
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646453 9



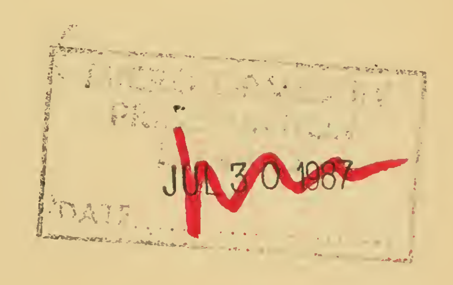


OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

XI


JUL 30 1987

Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo)*.
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio)*.

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado)*.
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo)*.

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

L9534

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

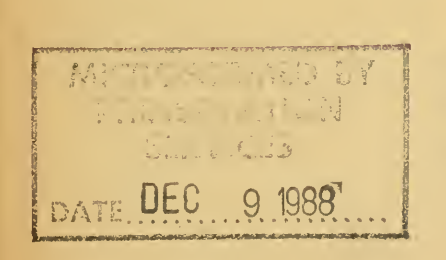
FR. JUSTO CUERVO

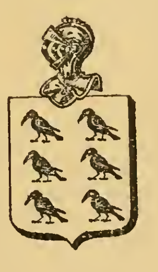
DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO XI





MADRID

IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1906

PRÓLOGO

VARIAS son las obritas reunidas en este volumen. Va al frente de todas ellas, por la antigüedad, el *Manual de diversas Oraciones y Espirituales Ejercicios*, impreso por vez primera en Lisboa, en casa de Ioannes Blavio de Colonia, en 1557, aunque la edición príncipe calla el año. Pero no puede ser otro que el consignado, por leerse en la misma portada del *Manual* que está «sacado por la mayor parte del *Libro llamado Guía de Pecadores*», cuyo tomo segundo salió á luz en 1557, y por existir una edición del mismo *Manual* hecha en Amberes en 1558.

Fr. Luis de Granada indica claramente en el prólogo el fin de este opúsculo. «Porque la oración es negocio de todos los tiempos y lugares, y conviene que ella sea compañera de nuestra vida, parecióme sería bien recoger aquí algunas oraciones y meditaciones sacadas por la mayor parte del *Libro llamado Guía de Pecadores*, para que sirviese como de unas horas de rezar y de un pequeño manual que se pudiese traer en el seno, para despertar con él nuestra devoción todas las veces que la muchedumbre de los negocios deste siglo resfriase nuestro corazón».

Divídese la obra en dos partes: en la primera hay oraciones y consideraciones propias para los que comienzan, y en la segunda, para los que han pasado ya más adelante y han logrado echar raíces en el camino de la virtud. Al final hay una *Breve y Sumaria Instrucción* y *Regla de bien vivir para los que comienzan á servir á Dios, mayormente en las*

religiones, resultando un devocionario completo, verdaderamente manual, henchido de doctrina y siempre rebosando en elocuencia.

2. *Manual de diversas Oraciones y Espirituales Ejercicios*. Aunque los títulos son idénticos, este *Manual* difiere mucho del anterior en la extensión y en la disposición de las materias. Publicóse también por vez primera en Lisboa, en casa de Ioannes Blavio de Colonia, pero dos años más tarde, en Mayo de 1559. Conservando la idea madre del *Manual* primero, divídese este segundo en tres partes, según los tres estados por que el alma pasa para llegar á la perfección cristiana. Al final hay también una *Breve Institución y Regla de bien vivir para personas devotas y espirituales, especialmente para religiosos y religiosas*, no ya para solos los que comienzan á servir á Dios, como la del *Manual* primero.

En el *Catálogo* de Valdés, 1559, con el *Libro de la Oración* y la primitiva *Guía de Pecadores* prohíbese también un *Manual de diversas Oraciones y Espirituales Ejercicios*, por Fr. Luis de Granada. Opinamos que la prohibición se refiere á este *Manual* ampliado, por los trozos literales del Evangelio que incluye, relativos á la vida de Cristo, los cuales tienen un sabor arcaico muy marcado, demostrando estar tomados de alguna traducción primitiva.

3. *Memorial de lo que debe hacer el cristiano*.

4. *Tratado de algunas muy devotas oraciones para provocar al amor de Dios y de las otras virtudes*.

5. *Vita Christi, en el cual se contienen los principales pasos y misterios de la vida de Cristo*. Estos tres opusculitos publicáronse juntos, aunque con paginaciones distintas, en Lisboa, en casa de Ioannes Blavio, 1561. Complétanse mutuamente, pues en el primero, sentado el principio de que «el mayor de todos los negocios del mundo (para el cual sólo el hombre fué criado, y para el cual fueron criadas todas las cosas del mundo, y por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo, y murió y predicó en el mundo) es la salvación y santificación del hombre», y que «la suma de

todo lo que para esto debe hacer, consiste en una sola cosa, que es, en tener en su ánimo un muy firme y determinado propósito de nunca jamás cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida, ó cosa semejante», señálanse y explícanse trece remedios contra todo género de vicios, con otros tres más breves, á saber, «huir la ociosidad, amar la soledad, y romper con el mundo, no haciendo caso del qué dirán».

En el tratado segundo, supuesto el odio del pecado, hay oraciones devotísimas para ejercitarnos en el amor y temor de Dios, y para prepararnos á recibir la sagrada Eucaristía, el gran sacramento de amor.

En el tratado tercero, en el *Vita Christi*, se nos convida «al uso de la oración mental, que se hace con lo íntimo del corazón», ofreciendo al lector «la vida y pasión de Cristo, que es universalmente provechosa para todo género de personas, así principiantes como perfectas».

6. *Tratado de Meditación*. Mejor debiera titularse: *Tratado de la Sagrada Comunión*, por hablar de esta materia; pero respeté el texto más antiguo de que al imprimirlo disponía. Últimamente he hallado una edición de Évora, 1554, cuyo texto incluiré en la *Bibliografía Granadina*, si no aparece otro anterior.

7. *Recopilación breve del Libro de la Oración y Meditación de Fr. Luis de Granada, hecha por el mismo autor*. Esta *Recopilación* publicóse en Salamanca, en casa de Domingo de Portonariis, en 1574, y nada he de añadir aquí sobre la importancia del texto, después de lo indicado en los prólogos de los tomos II, X y XIV, á donde remito á los lectores curiosos.

Fr. Justo Cuervo

MANUAL

DE

DIVERSAS ORACIONES

Y ESPIRITUALES EJERCICIOS

SACADO POR LA MAYOR PARTE DEL LIBRO LLAMADO

GUIA DE PECADORES

QUE COMPUSO

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

PROVINCIAL DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO
EN LA PROVINCIA DE PORTUGAL.

AÑADIÓSE UNA BREVE Y SUMARIA INSTRUCCIÓN
PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS, MAYORMENTE
EN LAS RELIGIONES, POR EL MISMO AUTOR.

IMPRESO EN LISBOA
EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA
Con Real Privilegio en la Corona de Portugal
por diez años

Fué visto & examinado este Tratado por el R. P. F. Francisco Foreiro, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en estos reinos de Portugal.

AL LECTOR

PORQUE la oración es negocio de todos los tiempos y lugares, y conviene que ella sea compañera de nuestra vida, parecióme sería bien recoger aquí algunas oraciones y meditaciones sacadas por la mayor parte del libro llamado Guía de Pecadores, para que sirviesen como de unas horas de rezar y de un pequeño manual que se pudiese traer en el seno, para despertar con él nuestra devoción todas las veces que la muchedumbre de los negocios deste siglo resfriase nuestro corazón. Para este mismo propósito dice Sant Augustín que escribió su Manual. Y para este mismo me pareció sería bien recopilar este breve tratado. Aprovéchome para esto en todo lo que pude hallar en cualesquier otros autores, mayormente en las Obras de D. Serafino de Fermo, canónigo regular, y en las del religioso Padre L. Blosio, monje de S. Benito: para que pudiese el cristiano lector hallar en este pequeño devocionario todo lo que sirviese para despertar su devoción.

Y porque una manera de oraciones y consideraciones son más apropriadas á los que comienzan, y otras á los que han ya pasado más adelante, por tanto pondremos aquí las unas y las otras, comenzando por los principios de la penitencia y por algunas oraciones devotas, y después procediendo poco á poco á los ejercicios de la consideración así de los beneficios divinos como de la vida de nuestro Salvador, en los cuales se debe gastar toda la vida.

Y conforme á esto se dividirá este tratadillo en dos partes. En la primera de las cuales se pondrán las consideraciones y oraciones que son más apropriadas á los principios (aunque también no menos sirven para adelante) y en la segunda las que parece convenir más á los que han ya pasado por estos primeros rudimentos. Recibe pues, cristiano lector, con benignos ojos este pequeño presente, que cuanto es más pequeño, tanto te será más ligero de traer y más fácil de comprar, por pobre que seas.

PRIMERA PARTE

DE LAS CONSIDERACIONES Y ORACIONES

PARA LOS QUE COMIENZAN.

De lo que debe luego hacer el que vuelve á Dios.

CAPÍTULO I.

PUES aquél que salido ya de Egipto comienza á caminar á la tierra de promisión, aquél que (á manera del hijo pródigo) ha vuelto en sí, y abierto los ojos á la luz, y conocido con ella su perdición y el engaño desta vida, y desea volver á los brazos de su padre y al regalo y hartura de su casa, sepa que la primera puerta por donde ha de entrar, es la penitencia: á la cual pertenece llorar las culpas de la vida pasada y proponer firmemente la emienda de ellas. Para lo cual es muy buen consejo hacer una confesión general luego al principio, para barrer con ella todas las negligencias de las confesiones pasadas. Y para mejor hacer esto, aprovechará mucho tomar algún breve confisional, y descurriendo por las principales partes dél, traer á la memoria todas sus culpas y negligencias, y ponerlas brevemente por escrito, si es persona que sabe escribir, para poder dar mejor cuenta de ellas.

Y porque este examen se ha de hacer de la manera que el Profeta dice (que es con dolor y amargura de corazón) por esto debe en los tales días ejercitarse en aquella manera de oraciones y consideraciones que le puedan provocar á dolor y arrepentimiento de sus culpas y temor y vergüenza de ellas, cuanto le sea posible. Para lo cual aprovecha mucho la consideración de de la muerte, y del juicio final, y de las penas del infierno, y de la pasión de Cristo, considerándola en cuanto fué causada por nuestros pecados, pues está claro que si no hubiera pecados de por medio, no padeciera Él lo que padeció. Ésta es una de las

consideraciones que más nos puede mover á dolor y aborrecimiento del pecado (que es la principal parte de la penitencia) en la cual el hombre se debe ejercitar, no por cinco ni por seis días, sino mucha parte de la vida. En lo cual se engañan muchos penitentes que siendo diligentísimos en examinar sus pecados, son negligentísimos en llorarlos. Porque aunque lo uno y lo otro sea necesario, pero mucho más lo segundo que lo primero. Y creo que la causa de estarse muchos en el camino de la virtud tan desmedrados y caídos, y no arribar en mucho tiempo á la perfección (y aun á veces de dejar el camino comenzado) es no haber fundádose bien, ni echado raíces altas en este ejercicio. Porque como éste sea el fundamento de todo el edificio, cuando el fundamento fuere flaco, no podrá ser firme lo que se cargare sobre él.

Por lo cual debe el hombre diputar algunos días (cada uno más ó menos, según que el Espíritu Sancto le enseñare) en los cuales, como dije, se ejercite en todas aquellas maneras de oraciones y consideraciones que le puedan inducir á este dolor. De las cuales (para mayor claridad de esta doctrina) pondremos aquí algunas que no sólo sirven para despertar dolor del pecado y aborrecimiento dél, sino también amor de la virtud, temor de Dios y menosprecio del mundo, porque de todo esto tienen necesidad los que comienzan.

De las consideraciones que mueven al temor de Dios y á dolor y aborrecimiento del pecado.

CAPÍTULO II.

PUES el que desea mover su corazón á todo esto, debe escoger primeramente cada día un pedazo de tiempo, ó dos, los más quietos y aparejados que hallare: y recogido en algún lugar secreto, y despedidos de su corazón todos los otros cuidados y pensamientos terrenos, hecha primero la señal de la cruz, invocada húmilmente la gracia del Espíritu Sancto para que le ayude en este negocio, tomando en sí el corazón y ánimo de aquel piadoso publicano que no osaba alzar los ojos al cielo por la confusión y vergüenza de sus pecados, diga la confesión general, ó el psalmo de *Miserere mei, Deus,* con la mayor devoción que pu-

diere. Y luego comience á ocupar su pensamiento en las consideraciones siguientes, para que con ellas se despierte al sobredicho temor de Dios, dolor y aborrecimiento de sus pecados.

PRIMERA CONSIDERACIÓN

De la muchedumbre de los pecados.

La primera cosa que puede mover aun á los muy duros á dolor y aborrecimiento de los pecados, es considerar la muchedumbre dellos, y ponerlos así como un escuadrón delante los ojos, para que espanten el ánima con aquella horrible y numerosa vista suya. Discurre pues sumariamente por todos los mandamientos divinos, y por todos los pecados mortales, y por todos los sentidos y potencias de tu cuerpo y ánima, y por todos los beneficios divinos, y verás que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado en que no hayas caído, ni sentido interior ó exterior de que no hayas mal usado, ni beneficio alguno de que te hayas servido para el fin que se te dió, sino que (como dice el Profeta) el Señor te dió su oro y su plata, y con ellos serviste á Baal. Vuelve pues los ojos atrás, y mira todo el discurso de la vida pasada, y verás una muy prolija tela de engaños, de traiciones, de soberbias, de avaricias, de carnalidades, de juramentos, de mentiras, de odios, de invidias, de murmuraciones, de lisonjas, de blasfemias, de malicias, y de otras mil maneras de males. Hallarás que á manera de una bestia bruta en todo y por todo seguiste el ímpetu de tus apetitos, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón: hallarás que viviste como un puro gentil y pagano que ningún respecto ni conocimiento tiene de Dios, ó como si creyeras que ni había Dios, ni muerte, ni juicio, ni pena, ni gloria, ni otra cosa más que nascer y morir. Pues quien tantos años así vivió, ¿no será razón que esos pocos que le quedan, emplee en llorar los muchos mal gastados, y en sentir el estrago de las potencias de su ánima por razón de los malos hábitos que cobró, y lo mucho que en todo este tiempo pudiera ganar, que no ganó ni ganará jamás, pues el tiempo perdido nunca jamás volverá? Derribate, pues, á los pies del Señor y con doloroso y lastimado corazón comienza á decirle así: Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas de la mar,

y por todas partes se han extendido y multiplicado mis pecados, y no merezco levantar los ojos al cielo, porque provoqué tu ira, y hice mal delante ti, &c.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

De lo que por el pecado se pierde.

Lo segundo considera también lo mucho que se pierde por el pecado: que es una da las consideraciones que mayor espanto pone á quienquiera que atentamente considera por una parte lo que por el pecado se pierde, y por otra la facilidad con que los hombres desalmados suelen pecar.

Porque por el pecado se pierde primeramente la gracia del Espíritu Sancto, que es la mayor dádiva que Dios puede dar á una pura criatura en esta vida. Piérdese también la amistad de Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia: y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de los cielos y de la tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales el ánima estaba hermosa y ataviada en los ojos de Dios, y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos, que también procede desa misma gracia, pues por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol. Piérdese también el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios y así nos da espíritu y corazón de hijos para con Él: y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquéllos que recibe por hijos (que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer) en el cual con grandísima razón se gloriaba el Profeta cuando decía: Alegrarme he, Señor, de verme puesto debajo la sombra de tus alas, que es debajo de la tutela y providencia paternal que tienes de los que recibes por tuyos. Piérdese también por aquí la paz y la serenidad de la buena conciencia, piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Sancto, piérdese el fructo y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese la participación de los bienes de toda la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que antes gozaba cuando estaba en gracia. Y sobre todo

esto piérdese la participación de los méritos de Cristo nuestra cabeza, por no estar el hombre con Él uñido (como miembro vivo) por caridad. Todo esto se pierde por un pecado mortal: y lo que por él se gana, es, quedar el hombre condenado á las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Sanctísima Trinidad, hecho cueva de ladrones y nido de serpientes y basiliscos.

Todo esto se pierde por el pecado, para que veas si hay razón para espantarte de ver la facilidad que los hombres desalmados tienen en pecar, y para que veas también cuánta razón tienes para derramar lágrimas de sangre (si posible fuese) sino por amor de Dios, á lo menos siquiera por amor de ti mismo, que tantos bienes perdiste por un tan pequeño interese como es la golosina de un pecado. Y si tantas voces y gemidos dió Esaú en balde por haber perdido el mayorazgo de su padre por otra semejante golosina, ¿cuánta razón tienes tú para hinchir el cielo y la tierra de clamores, por haber perdido un tan noble mayorazgo y por volver á recobrar por penitencia lo que perdiste por tu culpa?

TERCERA CONSIDERACIÓN

De los beneficios divinos.

CONSIDERA también para esto mismo la muchedumbre de los beneficios divinos: porque mientra más profundamente considera el hombre cuán bueno ha sido Dios para con él, mayor confusión recibe de ver cuán malo ha sido él para con Dios. Porque por aquí pretendían muchas veces los profetas inducir el pueblo de Dios á penitencia, y por aquí comenzó Natán profeta á inducir á David á lo mismo cuando primero que lo reprehendiese del adulterio en que cayó, le puso delante las mercedes que Dios le había hecho, y las que tenía propósito de le hacer.

Pues conforme á esto puede poner sumariamente el hombre ante sus ojos aquellas diez maneras de beneficios que adelante se declaran, que son el beneficio de la creación, de la conservación, de la redempción, del bauptismo, del llamamiento, de las inspiraciones divinas, de las preservaciones de males así de cuerpo como

de ánima, de los sacramentos, de las mercedes particulares y ocultas que del Señor ha recebido, y de la gloria que espera recebir: y señaladamente haga hincapié en el beneficio del llamamiento, que es haberle Dios esperado tanto tiempo á penitencia, y sufriéndole tantas maldades con tan larga paciencia, y enviándole tantas buenas inspiraciones, aun en medio de su mala vida, hasta sacarle de pecado y volverle á sí.

Pues considerada por una parte esta tan maravillosa largueza y benignidad del Señor, y por otra, nuestra dureza y nuestra ingratitud y rebeldía, y la muchedumbre de abominaciones que habemos cometido contra tan largo y tan piadoso bienhechor y sufridor, ¿quién no se confundirá? ¿Quién no reventará? ¿Quién no se despedazará? ¿Quién no llamará á todas las criaturas para que vengan á tomar venganza de una tan ingrata y rebelde criatura?

CUARTA CONSIDERACIÓN

De la injuria que se hace á Dios en el pecado.

CONSIDERA otrosí el menosprecio y la injuria grande que se hace á Dios en el pecado. Porque todas las veces que pecamos, pasa este juicio práctico en nuestro corazón, aunque nosotros no lo sintamos. Pónesenos por una parte delante el interese del pecado (que es algún deleite, ó interese, ó punto de honra, ó cosa semejante) y por otra se nos pone la ofensa de Dios, por la cual se pierde el mismo Dios (que es nuestro último fin) por aquel pecado. De manera que en la una balanza se pone Dios, y en la otra la golosina susodicha, y puesto el hombre en medio, determínase y da sentencia que debe perder y posponer á Dios por no perder aquella golosina. Pues ¿qué mayor desprecio, qué mayor injuria, qué mayor bofetada se puede dar á aquella soberana Majestad, que anteponerle y tener en más el estiércol sucio de una cosa como ésta? ¿Qué cosa más semejante á aquella que hicieron los judíos cuando puestos ante los ojos Cristo por una parte y Barrabás por otra, dijeron que querían más á Barrabás que á Cristo?

Finalmente esto es tanto como decir á Dios: No quiero teneros por Dios, sino quiero adorar y tener por Dios y por último fin mi deleite. Porque quien estima en más el deleite que á

Dios, y lo antepone á Dios, y lo ama y desea y precia más que á Dios, y ordena á Dios para el deleite como medio á su fin, ya quita á Dios la dignidad de Dios (que es ser Él nuestro último fin) y la da al deleite, que es quitar la corona y sceptro al criador y ponerla á su criatura. Pues ¿qué cosa más horrible se puede imaginar que ésta? Á los mismos cielos (que son criaturas insensibles) manda Dios que sientan esto y se espanten, diciendo por Hieremías: Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y fuéronse á beber de unos algibes rotos que no pueden retener las aguas.

Pues quien considera cuántos millares de veces ha hecho á Dios esta misma injuria, ¿cómo no temblará de tan grande ofensa? ¿Cómo no deseará que sus ojos se hagan fuentes de lágrimas, para llorar día y noche tan grande mal?

QUINTA CONSIDERACION

Del odio que Dios tiene contra el pecado.

CONSIDERA también la grandeza del odio que Dios tiene contra el pecado, puesto caso que no hay entendimiento humano que esto pueda comprehender, porque la maldad del pecado es conforme á la grandeza de la persona ofendida: de donde, así como la grandeza de Dios es infinita, así también lo es la malicia del pecado que se hace contra Él. Y demás de esto, así como Dios es una infinita bondad, así tiene infinito aborrecimiento á la maldad.

Y si quieres aun más palpablemente sentir algo de la grandeza deste odio, y junto con esto despertar en tu corazón temor de Dios (que es principio de todo nuestro bien) pon los ojos en los castigos espantables que Dios tiene hechos contra el pecado, y por aquí entenderás algo desto. Estos castigos son cuasi innumerables: pero tú puedes poner ante los ojos algunos de los más insignes, como fué primeramente

El castigo del primer ángel con todos sus secuaces.

El castigo del primer hombre con toda su posteridad.

El castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio.

El castigo de aquellas cinco ciudades que ardieron con fuego del cielo.

El castigo de Datán y Abirón que tragó la tierra vivos y sumió en los abismos.

El castigo de los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, porque ofrecieron á Dios sacrificio con fuego ajeno.

El castigo de David por su adulterio, de Saul por su desobediencia, de Helí por la negligencia en castigar sus hijos, y de Ananías y Safira por su avaricia, y de Nabucodonosor por su soberbia.

El castigo de Hierusalén, de Nínive, de Babilonia, y de otras semejantes ciudades, que del todo fueron destruídas y asoladas por diversos pecados.

El castigo de la ceguedad & infidelidad que hoy día padece tanta parte del mundo por sus pecados.

La grandeza de las penas del infierno, que es castigo con que Dios castiga al pecado.

Y sobre todos éstos, el castigo y satisfación que tomó en las espaldas de su Hijo por la culpa del pecado, que es más espantable que todos éstos, por la dignidad de la persona en quien fué ejecutado. Donde claramente se descubre el grande odio que Dios tiene contra el pecado, pues por quitar la vida al pecado, consintió que se quitase á un tan preciado y tan amado Hijo.

Cada uno de estos castigos (si atentamente se considerare con todas sus circunstancias) aprovechará grandemente para dar á entender el rigor espantable de la justicia de Dios, y el grande odio que tiene contra el pecado: con lo cual se despertará en nuestros corazones el temor de Dios y el dolor de haberle ofendido.

Pues quien considera cuántas mil veces incurrió en este tan grande odio de Dios, ¿no será razón que tiemble y desee hacerse todo un mar de lágrimas, para aplacar y apagar con ellas la llama de este tan grande odio y furor que Dios tiene concebido contra él?

Pues considerando el hombre con todo el dolor y sentimiento que nuestro Señor le diere, todo lo susodicho, ó parte dello, derríbese húmilmente ante su Divino acatamiento, y prostrado en lo íntimo de su corazón diga así.

Oración.

SOBERANO hacedor de todas las cosas, pensando comigo cuánto he ofendido á tu infinita majestad, espántome de mi locura: considerando cuán benigno & magnífico padre he desamparado, maldigo mi desagradecimiento: viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre, condeno mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mí sino infierno y desesperación: porque tu justicia (de quien no puedo huir) espanta mi consciencia. Mas por el contrario, cuando considero aquella tu grande misericordia que según el testimonio de tu Profeta va delante de todas tus obras, y con la cual en cierta manera vences á ti mesmo, puesto que de nadie puedes ser vencido, luego un frescor alegre de esperanza recrea y esfuerza mi ánima entristecida. Porque ¿cómo desesperaré yo de hallar perdón en Aquél que por la Escritura de sus profetas tantas veces convida á los pecadores á penitencia, diciendo que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? Y allende desto tu unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está tu perdón á todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada, y por la oveja descarriada y traída sobre los hombros de su pastor, y mucho más por la comparación del hijo pródigo, cuya imagen en mí cognosco. Porque yo soy el que injustísimamente desamparé á ti, mi amantísimo padre, y el que desperdicié malamente toda mi hacienda, y obedeciendo á los apetitos de mi carne, huí de la subjeción de tus mandamientos y caí en el turpísimo captiverio de los pecados, y quedé puesto en extrema miseria, de la cual no sé otro que me pueda sacar sino Aquél que desamparé. Reciba pues, Señor, tu misericordia al humilde que pide perdón, á quien hasta agora has esperado tan blandamente. No merezco levantar á ti los ojos, ó llamarte padre: mas tú, que verdaderamente eres padre, ten por bien mirarme con tales ojos. No pido tus abrazos y besos, no demando la vestidura rica que solía vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad, ni te suplico me recibas á la honra de tus hijos: asaz me irá bien si me contares entre tus esclavos herrados con tu señal y atados con tus cadenas, como á fugitivo, para que no pueda ya más apartarme de ti. Y porque esto no se debe á mis merecimientos, ofrézcote en lugar dellos

todos los trabajos y méritos de tu preciosísimo Hijo, y todos los dolores y tormentos que tú quisiste que Él padeciese por mí Pues, oh clementísimo Padre, por el amor y humilísimos ruegos de tu amado Hijo perdona las culpas deste tu desleal esclavo. Acuérdate del dignísimo sacrificio de tu Hijo, y olvídate del desacato de tu vil siervo: pues mucho más es lo que él pagó por mí, que lo que yo te puedo deber. ¡Oh! Si tuvieses por bien poner en una balanza mi malicia y su bondad, mis vicios y sus heridas, sin dubda ellas pesarían mucho más. Porque ¿qué delicto puede ser tan grave, por quien no pueda satisfacer tal tristeza, tal aflicción, tal obediencia, tal humildad, tan vencedora paciencia, y sobre todo tan inmenso amor? ¿Qué crimen habrá tan enorme, que no pueda ser lavado con aquel fervoroso y sangriento sudor y con aquel abundoso río de sus angre? ¿Qué pecado habrá tan abominable, á quien no sobrepuje la muerte de Cristo? Oh Padre celestial, ofrézcote yo agora al mismo salvador y redentor mío Jesucristo tu muy querido Hijo, ajuntando mi pobre devoción y agradescimiento con aquel tan grande amor y caridad con que tú lo enviaste al mundo, para que se vistiese de mi carne y me librase de la eterna damnación. Ofrézcote sus dolores extraños y sus incomprehensíbiles angustias (las cuales tú solo cumplidamente conosces) por todos mis pecados, en lugar del dolor y contrición que yo soy obligado á tener por ellos. Ofrézcote su sangriento sudor por las lágrimas que yo hobiera de tener y no tengo, ni puedo derramar, por la dureza grande de mi corazón. Ofrézcote sus humilísimas y muy inflamadas oraciociones, por toda la tibieza, pereza y negligencia mía. Finalmente ofrézcote todos sus gravísimos trabajos y ejercicios de virtudes, su áspera y rigurosa vida, y todo cuanto en ella obró, y los crudelísimos tormentos que sufrió, junto con todos los loores de los soberanos espíritus y con los merecimientos de todos los santos, en sacrificio digno de tu gloria, por todos los pecados con que yo en toda mi vida te he ofendido, y por las buenas obras que dejé de hacer, y asimismo por todos los vivos y defunctos, por los cuales tú mi Dios quieres ser rogado y me mandas rogar, para que á todos ellos des lo que sabes que les conviene. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SEXTA CONSIDERACIÓN

De la muerte.

SOBRE estas consideraciones añadiré otras cuatro muy provechosas que pone Serafino, de la muerte, del juicio, de las penas del infierno, y de la gloria del paraíso, las cuales aprovechan mucho para todo lo susodicho. Dice pues este doctor así.

En el principio de la conversión es utilísimo sobre todos el pensamiento de la muerte, así porque vale contra todos los deleites sensuales, como también porque es muy fácil, pues es cosa que cada día se ve con los ojos y se toca con las manos: mas antes podemos decir que siempre traemos la muerte con nos mismos y que continuamente morimos, pues tenemos un cuerpo tan corruptible, que de hora en hora se muda y nunca persevera en un mismo ser, á manera de un arrebatado y furioso río, del cual no podéis señalar una misma parte, porque corriendo apresuradamente, mientra señaláis una, ya aquélla no es la misma que queríades señalar.

Muchas consideraciones se pueden hacer acerca de la muerte, que la misma materia descubre á quien atentamente piensa en ella. Mas queriendo recoger algunas dellas, digo que si tú de verdad deseas hacer mudanza de tu vida, cuando á la mañana te levantares de la cama, persuade á ti mismo (cuanto te fuere posible) que aquél es tu postrero día, y de tal manera dispón de tu alma y de tus negocios como si verdaderamente no tuvieses más que aquél. Y no pienses que será esto engañarte: antes creyendo otra cosa, podrías alguna vez ser engañado. Porque si la muerte te puede cada día sobrevenir, tú debes igualmente cada día esperarla. Y más te digo, que ningún día de tu vida pasará sin muchas negligencias, si no te esfuerzas á creer que cada uno dellos es el postrero.

Piensa asimesmo el término de la muerte, que por ser incierto debe ser continuamente temido. Y piensa cuántas maneras y ocasiones hay de morir, y hallarás que son cuasi innumerables, así las que de dentro de ti como de fuera de ti se pueden ofrecer: tanto, que si bien lo miras, podrás ver pintada la muerte en todos los lugares y negocios.

Piensa también la angustia del punto de la muerte, á lo cual te ayudará mucho haberte hallado alguna vez presente cuando alguno muere. Considera, pues, los accidentes y paroxismos de aquella hora, cómo el cuerpo queda desamparado de su calor, los miembros sin fuerzas y sin movimientos, como si fuesen de piedra, las partes altas y extremidades frías, la cara demudada, el color de plomo, las cuencas de los ojos hundidas, y los mismos ojos envedriados, la boca llena de espuma, la lengua gruesa, y la garganta adelgazada. Mira también cómo el pecho con ansias se despedaza, los labios se vuelven azules y los dientes pardos: y finalmente, resolviéndose todo el cuerpo y desamparándole el alma, con tristísimo sospiro el hombre queda hecho un costal de tierra.

Viendo tales cosas en otro, podrás fácilmente representar el mismo espectáculo en ti, imaginando que ya los médicos te han desahuciado y dejado por muerto: tus parientes y amigos están al derredor de tu cama, cuya presencia te acrecienta más la pena de la partida. ¡Oh, cuán amargo será aquel apartamiento, donde no te podrán consolar las riquezas, mas antes te darán mayor congoja: no te podrán valer las honras, mas con tanto dolor las dejarás, cuanto con mayor cobdicia las adquiriste: y de los deleites pasados no te quedará otra cosa sino solo remordimiento de consciencia! Pues ¿qué harás en aquel trance? ¿Qué tal estará allí tu ánima? Salir del cuerpo serle ha intolerable, quedar en él es imposible, dilatar la salida no le será concedido. Ni tampoco podrá tornar á los acostumbrados deleites de los sentidos ya insensibles, mas volviéndose á sí mesma, se espantará de su propria fealdad, y si posible fuese, de sí mesma querría huir. Verse ha rodeada de espantables monstruos, conviene saber, de sus pecados, de los cuales á doquiera que se vuelva será perseguida. Todo lo pasado le parecerá un soplo, lo venidero conocerá que es infinito, y no sabrá si será bueno ó malo. Entonces podrá bien decir con el Profeta: Cercáronme dolores de muerte, y peligros del infierno me han salteado.

Con tal memoria de la muerte no podrás dejar de alcanzar muchos provechos. Primeramente por aquí serás compelido á temer á Dios, cuyo temor es principio de la sabiduría y de todo bien. Luego procurarás de andar apercebido para que de súbito no te venza el pecado. Hará asimesmo que conozcas tu propria miseria, con cuyo conocimiento se derriba la soberbia y se fun-

da la humildad, guarda de todas las virtudes. Allende de esto fácilmente echarás de ti la cobdicia de todas las cosas terrenas: porque la memoria de la muerte te hará conoscer que ninguna cosa es tuya, de aquellas que no puedes llevar contigo. Y prestamente, continuando este ejercicio, el temor se convertirá en amor, y te parecerá la muerte no tanto terrible por la privación de la vida temporal, cuanto amable y fructuosa, porque pone fin á tantas miserias y da principio á la vida inmortal. Y verás cuán poca razón tienes para entristecerte, considerando que cuando el cuerpo se consumiere en la sepultura, tu ánima vivirá bienaventurada en el cielo, con cierta esperanza de resuscitar á vida perdurable.

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

Del juicio final.

Muchas veces experimentamos que nuestro entendimiento, considerando alguna cosa espantable, se recoge todo dentro de sí mesmo, y por aquel tiempo despide todo otro pensamiento de sí. Por tanto es provechosísimo consejo, mayormente en el principio de la conversión, ejercitarse en tales pensamientos. Porque desta manera el pensamiento vano, unas veces por el temor, otras por la maravilla, se refrena y se recoge dentro de sí mismo. Y si (como habemos dicho) la consideración de la muerte tiene fuerza para uñir y recoger los pensamientos, mucho más lo podrá hacer lo que después de la muerte se sigue, que es el juicio final y la pena del infierno. En las cuales cosas si pensares á menudo, hacerse ha en ti aquello que dice el Sabio: Acuérdate de tus postrimerías (quiere decir, de lo que finalmente te ha de suceder) y para siempre no pecarás. No sin causa decía S. Jerónimo: Ora coma, ora beba, siempre me parece que oyo el sonido de aquella trompeta que dice: Levantaos, muertos, y venid al juicio. El cual cuánto haya de ser terrible, no se puede explicar con palabras, pues toda otra cosa (por espantable que sea) en su comparación es nada.

Muchos juicios ha monstrado Dios en la tierra, como cuando anegó el mundo con las aguas del diluvio, cuando encendió á Sodoma y las ciudades comarcanas, cuando hirió á Egipto con

muchas diversidades de plagas, cuando abrió la tierra en el desierto para tragar á los pecadores: los cuales todos á respecto del que se hará en el último día, son como sombras comparadas con la verdad.

Pues si tú deseas volver en ti con esta memoria, imagina la terribilidad del juez Cristo, cuyo aspecto no mostrará otra cosa que venganza, como en su primera venida no mostró otra que mansedumbre. Del cual, porque es supremo juez, no podrás apelar: y porque es poderosísimo, no podrás huir: y porque es Dios de las sciencias, ninguna cosa le podrás encubrir: y porque en gran manera le desagrada el pecado, ninguna culpa dejará de castigar. Entonces te convendrá dar razón de tantas cosas, que la menor de ellas bastará para ponerte en gran trabajo. ¿Quién podrá satisfacer á tantas deudas cuantas allí serán demandadas? Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has regido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has respondido á las inspiraciones divinas, cómo has reconocido tantos beneficios. En la cual acusación serán tantos los testigos cuantas las criaturas de que mal usaste en el pecado. Las cuales en aquella hora así se turbarán, que si posible fuese, los inmortales en aquella hora morirían de temor. Porque será muy grande espanto ver arder el mundo, caer los edificios, tremer la tierra, alborotarse los elementos, escurecerse el sol y la luna y las estrellas, morir todas las criaturas, abrirse los sepulcros, oir la voz de las trompetas, temblar las gentes, descubrirse las consciencias, ver los espantables demonios, y el horno del infernal fuego encendido. Mas sobre todo será temeroso ver en el aire levantado el estandarte de la cruz con todas las otras insignias de la pasión del Señor, y ver al juez hacer cargo á sus enemigos de tantos dolores como pasó por su salud: á los cuales sería mucho más sufridero el infierno, que verse del Señor malditos y condenados á perpetuo destierro de su presencia.

OCTAVA CONSIDERACIÓN

De las penas del infierno.

Si por esta consideración no huyen de ti los pensamientos ociosos (puesto que ciertamente muy profundo es el sueño que con tales aguijones no despierta) no por eso desfallezcas;

antes cuanto hallares mayor dificultad, tanto más te esfuerza á proseguir lo comenzado. Mira pues si podrás hallar más fructo pensando en las penas del infierno. Cerca de lo cual te ocurrirán á la memoria dos cosas, conviene saber, la terribilidad de las penas, y el espacio que durarán. Cada una de estas cosas es bastante para ablandar todo corazón, cuanto quier que sea duro. Mas quien ni por lo uno ni por lo otro se mueve, verdaderamente está muerto, ó no debe de creer lo que nuestra fe predica. Y puesto que la gravedad de las penas del infierno no se pueda imaginar ni declarar, pero con todo eso, poco que tú puedas alcanzar, será bastante para sosegar tu corazón: que es agora nuestro intento principal.

Pues pon agora delante de tus ojos la generalidad de las penas, las cuales no pueden dejar de pensar los que allí padescen. Porque la voluntad no podrá querer sino cosas malas, la memoria no podrá acordarse sino de solo el mal, y acordándose de los bienes pasados, no sacará de ellos más que pena y dolor. Allí los ojos no verán otra cosa sino monstruos espantosos, las orejas de sólo llantos y bramidos estarán llenas. Pues el tacto ¿qué otra cosa tocará sino fuego, y hielo, y serpientes? El gusto ¿qué otra cosa sentirá sino penas? El olfato ¿qué podrá sentir morando en el albañar de todas las suciedades del mundo? La imaginación ¿de qué estará llena sino de males y tristezas, pues todo mal que temerse pueda, súbitamente le sobrevendrá, y toda recreación que se pueda desear, incontinenti le huirá?

Gravísimas son estas penas, pero no es menos molesta la compañía de los condenados, el gusano que nunca muere, la continua y escurísima noche que allí los cubre, y sobre todo el dolor de haber perdido á Dios sin esperanza de jamás recobrarle. La cual pena tanto sobrepuja las otras penas sensibles, cuanto la hermosura divina es mayor que toda la fealdad del infierno.

Á la cual consideración, si ayuntares la perpetuidad de la duración y cómo á los miserables condenados sería gran consuelo esperar que de mil en mil años se deminuyese una milésima parte de sus penas, ó que cesasen cuando se agotase el mar Océano sacando dél en cada mil años una sola gota de agua, y después de tan luengo y desmedido tiempo fuesen sueltos, quedarás del todo encogido y lleno de un muy justo temor y espanto. Y si en tal estudio perseverares, en breve tiempo te mudarás en otro

hombre. Porque por esta meditación tu ánima será inducida á despreciar el mundo, á huir el pecado, á temer estas penas, á amar la virtud: y si en el principio sintieres espeluzos y pavores grandes, ten paciencia, porque en el medio el temor se mezclará con el amor, como la escura noche poco á poco se convierte en claro día.

NONA CONSIDERACIÓN

De la gloria del Paraíso.

Y si por la sobredicha meditación tu ánimo fuese traído á demasiada tristeza, es muy fácil el remedio. Porque puedes luego volver los ojos á pensar materia muy alegre, que es el galardón de la gloria, para que con la dulzura de lo uno puedas templar la amargura de lo otro. Donde si quisieres atentamente hincar los ojos, podrás con igual corazón sufrir así los acaecimientos tristes como los alegres, así como el caminante que por la continua memoria que lleva de su patria para donde camina, no se detiene en algún lugar, mas todo lo que ve deja á las espaldas y pone en olvido. Ni nos debe acobardar para emprender este ejercicio la excelencia de la gloria, que parece exceder nuestro entendimiento y se puede menos comprehender que la pena de los condenados (pues es Dios más copioso en galardonar que riguroso en castigar) sino antes tanto más fuerza debemos poner para conocerla, cuanto es mayor por su nobleza, alegrándonos de ver que su excelencia exceda nuestra capacidad, y dando gracias al Señor por habernos criado y llamado para poseer un tan incomprehensible bien, que siendo infinito no puede engendrar de sí hastío. Ni hay otra razón por qué de tan pocos es apreciado, sino la ignorancia y la falta de consideración: porque si fuese conocido, no podría dejar de ser deseado. Si no, mira cuántos se acobdician á los bienes temporales desta vida, unos á riquezas, otros á deleites, otros á honras: las cuales si todas fuesen juntas, sin duda provocarían á mayores deseos, y mucho más si fuesen perpetuas. Pues si quieres enamorarte de tu patria, sey cierto que cuanto en el mundo se puede estimar, en su comparación es vilísima arena. Mira, pues, cuán grande es aquella felicidad, cuya sombra en este siglo basta para embriagar la mayor parte del

mundo. De la cual no había San Pedro conjecturado ni aun la milésima parte en la transfiguración de Cristo, y de aquella pequeña centella quedó tan encendido, que saliendo fuera de sí, con la grandeza del deseo, quería morar en aquel lugar para siempre. Pues ¿qué hiciera si le hubiera Cristo manifestado toda su belleza? Á lo menos cierto es que todo cuanto es menester para quietar nuestro deseo, está allí recogido bastantemente, y toda miseria está desterrada de aquel lugar. Allí hay vida sin muerte, gozo sin tristeza, descanso sin trabajo, bienaventuranza sin temor, amor sin congoja, y finalmente todo bien sin algún mal. El lugar de aquella morada es muy ancho, resplandeciente, hermoso y seguro: la compañía graciosa, excelente y virtuosa: el tiempo perpetuo, no dividido entre días y noches, mas permaneciente en pura eternidad. Allí los ángeles discurren, los arcángeles ministran, les principados triunfan, las potestades cantan con suma alegría, las dominaciones señorean, las virtudes obran maravillas, resplandecen los tronos, lucen los querubines y arden los serafines.

Mas sobre todo esto te debe levantar el espíritu el gozo que nasce del amor excesivo que hay entre los sanctos: el cual de cada uno maravillosamente redunda en el otro. Donde aquéllos que son iguales en gloria, viéndose de los otros ser amados, á los cuales ellos aman, doblan su gloria, gozándose de la felicidad ajena como de la suya propria. Así, los mayores viéndose de los menores amados, y semejantemente los inferiores sintiéndose amados de los más altos, con grandísima caridad acrecientan su contentamiento. De donde nasce que pues los sanctos son á nosotros innumerables, que también lo sean los gozos de cada uno dellos, pues cada cual goza en su manera de la gloria de todos. Y como quier que la sagrada Virgen María excede en gloria á todas las criaturas, así sin proporción el gozo que nasce del amor que los sanctos le tienen, es mayor que todos los otros. Y mucho más el amor que á Jesucristo tienen todos los sanctos, de quien todos ellos se conoscen ser tan amados.

Grandes y copiosos son estos placeres, mas en comparación del que procede de la Divinidad, se puede decir que son nada. Porque á la verdad todas las criaturas son nada delante del Criador. Pero desto sería locura querer escribir, pues dello no tenemos más conocimiento que el ciego de los colores. Y si el Após-

tol después de haber visto estas grandezas, no halló palabras con que declararlas, ¿cuánto menos las hallaremos nosotros, que tan lejos estamos de verlas? Solamente podemos decir que ésta es una felicidad perfecta sobre cuanto imaginar se puede, donde estará presente cuanto se pudiere desear. Donde los ojos de los escogidos, renovados y hechos más resplandecientes y más hermosos que el sol, tendrán siempre presente la humanidad de Cristo y la hermosura de la Sacratísima Virgen. Los cuerpos, después de resuscitados, estarán esclarecidos, impasibles, sutiles y muy ligeros. Las orejas oirán siempre nuevas y deleitables músicas de cantares y loores divinos. El olfato será recreado, no de humos como agora, mas de olores suavísimos sobre toda estimación. Asimesmo el gusto será lleno de sabores admirables, no por necesidad de la vida, mas por cumplimiento de todo deleite. El sentido interior hallará tanto más excelentes objetos en que se ocupe, cuanto en más noble forma será restaurado. Pero mucho más el entendimiento será absorto en la vista y contemplación de la primera Verdad, donde juntamente con la voluntad será harto de todos los bienes sin hastío, y hambriento sin congoja. Pues esta consideración, aunque flaca y sin comparación menor de lo que la verdad de las cosas es, todavía criará en tu alma grandes bienes: porque la que hasta aquí estaba acostumbrada á amar los terrenos deleites, comenzará á aborrecerlos por el deseo del bien verdadero, y tendrá de sí mesma enojo por haber estado por el pecado tanto tiempo dél apartada, y así le parecerá dulce la pelea, con esperanza de galardón.

CAPÍTULO III.

DE ALGUNAS ORACIONES VOCALES.

DESPUÉS de estas meditaciones y consideraciones me pareció sería bien añadir aquí algunas oraciones vocales, porque (como dice Santo Tomás) la oración vocal ayuda mucho á despertar la devoción, y es único y singular remedio para los que tienen el corazón instable y distraído. Y por esto me pareció añadir este género de oraciones, sacadas por la mayor parte de las Obras del muy religioso Padre Ludovico Blosio: para que esto

con todo lo demás ayudase á despertar nuestra devoción y nos favoreciese en el ejercicio de la devoción.

Y porque la oración sirve no sólo para pedir perdón de los pecados y remedio para todas las necesidades, sino también para dar gracias al Señor por sus beneficios, y para ofrecerle de nuestra parte los trabajos y merecimientos de Cristo, y también para implorar el favor y socorro de todos los sanctos, y especialmente de la Madre del Señor de los sanctos, para todas estas cosas se pondrán aquí sus particulares oraciones, para que de todo halle aquí recaudo el que desea aprovechar en este camino.

ORACIÓN PRIMERA

para pedir al Señor perdón de los pecados.

OH Padre todopoderoso, todo piadoso y misericordioso, yo miserable pecador con cuanta humildad puedo, y con entera confianza de tu infinita bondad y misericordia, derribado ante tus pies confieso húmilmente mis grandes culpas, con las cuales hasta agora ofendí á ti, mi benignísimo Padre. Confieso también mi grande desagradecimiento á tus infinitos beneficios, que es á tanto amor y benignidad como comigo usaste, esperándome tanto tiempo á penitencia y no echándome en los infiernos, donde merescía estar por mi malicia, sino antes muchas veces provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh, cuántas veces, Señor mío, llamaste á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocaste con beneficios! ¡Cuántas me halagaste con regalos! ¡Cuántas me apretaste con azotes! Pero con todo esto te despedí de mí y te volví las espaldas, sosteniéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh, cuán justamente me pudieras haber echado en el abismo de los infiernos, y por tu sola clemencia detuviste el ímpeto de la ira que yo tenía merecida! Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor cuando tales cosas considero. Verdaderamente ni el mismo infierno tiene tantos tormentos cuantos merece la culpa de mis pecados. Indigno soy de llamarme tu criatura, y de que la tierra me sustente y dé fructos con que viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas y todos los elementos por las injurias y desacatos que cometí contra ti con mis continuas maldades. Pero ya, Padre mise-

ricordioso, ten misericordia de mí, y vuelve á mí desconsolado y miserable pecador los ojos de tu divina clemencia. Ábreme las entrañas de tu piedad, y recíbeme graciosamente en ellas. Perdóname porque tanto dilaté convertirme á ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de padre, y dame el mantenimiento y sustentación que sueles dar á tus hijos. Suplícote, Señor, obres agora en mí aquello para que tanto tiempo me esperaste, y para lo que eternalmente me tienes determinado. ¡Ay de mí, que desamparé un Padre tan benigno y piadoso, que nunca comigo mostró sino amor, sino beneficios, sino gracia y fidelidad! ¡Ay de mí, porque te negué el corazón en que habías acordado fundar tu templo y morada, y le ensucié con mucha basura, y le hice vaso de maldad y de corrupción! Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene: mas con todo esto confío en tu bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias. Oh Padre amantísimo, si tú quieres, sin dubda puedes alimpiarme. Sáname, Señor, y seré sano: pues claramente confieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, diciendo: Tú fornicaste con muchos enamorados: pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazón me vuelvo á ti, como si á mí solo hubieras llamado y á mí solo convidado con voz tan amorosa. Porque yo soy aquella sucia y desleal ánima, aquel hijo pródigo y desperdiciado que desdichadamente me enajené de ti, Padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden, y como oveja modorra me perdí de tu rebaño, perdiendo y destruyendo tan largas mercedes como tú me habías concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y cavé para mi beber pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan: pues es cierto que todos los temporales y carnales deleites más presto que humo desaparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, sumo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Porque desnudo, pobre, miserable y sucio fuí hecho, y en el estiércol de mis vicios me podrí. Mas agora, Padre mío, suplícote quieras olvidarte de la afrenta y deservicios que te hice, no por la penitencia que

yo tengo hecha, sino por la que por ellos hizo tu unigénito Hijo.

Y tú, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío Jesucristo, ten misericordia de mí. En tu Divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recibiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradecimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí. Y ruégote, Dios mío, que todos los quieras deshacer con tu preciosa sangre, de tal manera que ninguna memoria quede dellos. Oh amable Jesú, único consuelo mío, vesme aquí vengo á ti con toda afición y deseo de te amar y de huir todo aquello que me pueda apartar de tu amor. Tú eres toda mi esperanza, y toda mi consolación, y mi amparo. Cuanto me turban y enflaquecen mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu bondad y los merecimientos de tu pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por tu muerte cruel fué deshecho: todo cuanto á mí falta, sobra al valor de tu sacratísima pasión. Y dado que mis pecados sean grandes y innumerables, pero muy pequeños y pocos son comparados á tu infinita misericordia. Por lo cual confío de tu bondad que no dejarás perecer á quien criaste á tu imagen y semejanza, y por quien te heciste consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de ti condenado, pues con tanto trabajo y por tan caro precio me redemiste. Tú que vives y reinas &c.

SEGUNDA ORACIÓN

Para dar al Señor gracias por los beneficios recebidos.

GRACIAS te doy, dulce Jesú, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, y por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y por esta ánima con todas sus potencias para que con ellas te conociese y amase. Dame, Señor, gracia para que de tal manera sirva yo á ti, mi Criador y Padre celestial, que muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva á reformar en mí esta imagen que tú criaste, y á recobrar esta divina semejanza por inocencia de vida.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación: porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser

que me diste, y porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los peces, las aves, los árboles, y finalmente todas las otras criaturas: de las cuales unas heciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme, y otras también para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de tus criaturas, y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste: conviene saber, para que por ellas venga en conocimiento de ti, mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi corazón y arrebate en admiración y amor de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, por el beneficio de la redempción: que es, por aquella incomprehensible bondad y misericordia que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y trabajaste en sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nacimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios, y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, por los vituperios, por la sentencia del juez inicuo, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte, por la sepultura y por la cruz, y demás desto, por tu gloriosa resurrección y ascensión y venida del Espíritu Sancto, pues todos estos pasos y misterios ordenaste para mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que dende el nacimiento y principio de mi vida me recibiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me heciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima y mi cuerpo hasta el día presente. Plega á tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima, hasta que

acabado el curso de esta peregrinación, goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesú, que hasta agora me has guardado y librado de muchos y grandes peligros así de cuerpo como de ánima, meresciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado. Alumbra, Señor, mi corazón con la luz de tu gracia, para que conociendo enteramente la grandeza de esta piedad y de mi desagradecimiento, llore siempre mis pecados y trabaje de aquí adelante por agradar á ti, único Señor y Salvador mío.

Gracias de doy, dulce Jesú, porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, viviendo torpísimamente, me sufriste tanto tiempo con tanta paciencia y me esperaste á penitencia. Concédeme, Señor, que con verdadera y viva contrición y con buenas obras lave las heces de mis pecados pasados, y de aquí adelante con limpieza de corazón te ame con ardentísimo amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que caminando yo por el camino de la perdición, y estando ya en medio de las gargantas del infierno no consentiste que pereciese, mas otra vez me trajiste al camino de la vida, no oyéndote yo, sino huyendo de ti y resistiendo á tus sanctas inspiraciones. Concédeme que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus sanctas inspiraciones y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás de ti se apartar.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque has gobernado y defendido á mí, vilísimo pecador, y de tal manera has mirado con los ojos de tu misericordia (y aun todavía pecando yo, tan benignamente me sostienes y tan continuamente me visitas y recreas) como si olvidado de todos los otros hombres, de mí solo tuvieses cuidado. Haz, Señor, que yo también ardentísimamente te ame, y todas las cosas perecederas por ti desampare, en ti solo piense, y con ánimo promptísimo siga y cumpla siempre tu voluntad.

Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, porque me has preser-

vado de tantos males, y por otros muchos particulares y secretos beneficios que me has hecho, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno della. Dame, Señor, que de tal manera use yo destos beneficios, que no me sean ocasión de soberbia y negligencia, sino de mayor humildad, agradecimiento y deseos de tu servicio. Amén.

TERCERA ORACIÓN

En la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo nuestro Salvador al Padre.

¿QUÉ daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? ¿Qué le ofreceré por tantas misericordias? ¡Oh, cuán mal he respondido á tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fuí desagradecido á tus beneficios, siempre puse impidimiento á tus inspiraciones, añadiendo culpas á culpas y pecados á pecados. Confieso, Señor mío, que no merezco nombre de hijo: mas todavía te reconozco por padre. Porque tú eres verdaderamente mi padre y toda mi confianza: tú eres fuente de misericordia, que no desechas á los sucios que corren á ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, oh suave socorro mío, cómo yo el más pobre de todas las criaturas vengo á ti, sin traer otra cosa comigo que la carga de mis pecados. Húmilmente me derribo á los pies de tu piedad, húmilmente pido tu misericordia: perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita misericordia.

Dulce Jesú, yo en remisión de todos mis pecados te ofrezco aquella espantable caridad por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste de hacer hombre por nosotros y vivir en este mundo treinta y tres años con muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradiciones, cansancios y fatigas. Ofrézcote aquella congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazón afligía. Ofrézcote aquel ardiente deseo que de padecer tenías, cuando tan de voluntad te entregaste á tus enemigos, y te ofreciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcote las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, las blasfemias, las bofetadas, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Anás

y Caifás toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padeciste. Todas estas cosas te ofrezco, rogando á tu piedad sin medida que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Ofrézcote también aquella inefable humildad y paciencia que tuviste, cuando te coronaban con espinas, y para mayor escarnio te vistieron una ropa colorada, y burlando te saludaban, y escupían, y herían con la caña que en la mano tenías. Ofrézcote aquel cansancio doloroso de tu sanctísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos de tus pies, y aquella tan pesada carga de la cruz que llevabas en tus hombros. Ofrézcote aquel sudor y sed que en la cruz padeciste, con otras muchas penas que con mansísimo y promptísimo corazón sufriste. Todo esto te ofrezco con las gracias que yo te puedo dar, rogando á tu piedad inmensa que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste cuando quitándote la vestidura que estaba pegada á las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus pies y manos en el sancto madero, cuando se descoyuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre (como arroyo de sus fuentes) corría de tus heridas. Ofrézcote cada gota de esa sangre preciosa, ofrézcote aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradición y vituperios de aquellos malvados que meneando sus cabezas te escarnecían, excusándolos tú benignamente y rogando por ellos. Todo esto te ofrezco, junto con las gracias que yo te puedo dar, para que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis liviandades y negligencias te ofrezco aquellos incomprehensibles tormentos que sufriste cuando dejado de todas partes á la fuerza de las angustias y desamparado de todo consuelo, miserablemente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcote la gran sed que allí padeciste, y aquella piedad y reverencia con que inclinada la cabeza al Padre, le encomendaste tu espíritu. Ofrézcote aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Todo esto te ofrezco, junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merescimientos perdones mis pe-

cados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA ORACIÓN

Á Dios y á todos los sanctos para pedir todo lo que es necesario así para nos como para nuestros prójimos.

PADRE benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, habe misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo. Ofrézcote cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcote su sanctísimo corazón hecho un panar de miel por la grandeza de su amor. Ofrézcote los merecimientos de su dulcísima Madre y de todos los sanctos, para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí. Á ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso Jesú, Redemptor y Señor mío, habe misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias. Gracias te doy por las mercedes sin cuento que á mí indigno has hecho y cada día haces. Gracias te doy por tu sacratísima encarnación, por tu perfectísima conversación, por tu limpiísimo nacimiento, por tu crudelísima pasión, por el derramamiento de tu bendita sangre y por tu tan afrentosa muerte. Ruégote, piadoso Señor, me quieras hacer particionero de todos tus merecimientos, para que encorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor y imitación de tu vida sanctísima, merezca yo gozar de ti como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles. Á ti sea loor y imperio en los siglos de los siglos. Amén.

Espíritu Sancto, consolador mío, ayúdame, Señor. A ti encomiendo mi ánima, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En tus manos dejo el proceso y fin de mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta deste cuerpo mortal. Yo ciego y enfermo mientra en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, fácilmente soy engañado y escarnecido. Por esto me entrego á ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, á este pobre siervo tuyo de

todos los males. Enseña y alumbra mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalesce mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi consciencia. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, que mis entrañas se aficionen á ti, y que en todo lugar y tiempo cumpla yo tu sancta voluntad. Á ti sea bendición y hacimiento de gracias en los siglos de los siglos Amén.

Adoro, reverencio, glorifico á ti, Sancta Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Sancto. Ante tu divina majestad del todo me derribo, y á tu sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta á tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales cuales quieres que seamos. Encomiéndote toda esta nuestra compañía, todas las cosas deste lugar, todos sus negocios espirituales y temporales. Encomiéndote á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y á todos aquéllos por quien debo rogarte, y á todos los que pidieron ó piden mis oraciones. Encomiéndote á toda tu Iglesia: haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen y se amen entre sí. Á los errados vuelve al camino, apaga las herejías y convierte á la fe á todos los que aun no tienen conoscimiento de tu sancto nombre. Danos paz y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y á nosotros conviene. Recrea y consuela á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales ó corporales. Finalmente debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas, para que á los vivos concedas gracia, y á los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, Virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el Rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia. Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa Madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel grande y postrero trabajo.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía á una voz glorificáis un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, sancto Angel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. Oh sanctos y sanctas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo, y salidos deste destierro, llegastes al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorecido agora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACION

para pedir á nuestro Señor su amor.

INCLINADAS las rodillas de mi corazón, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, delante ti como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente á todos aquéllos que no les cierran las puertas. Aquí me pongo ante ti, como una materia prima desnuda de todas las formas ante Aquél que es acto puro que da ser y virtud á todas las formas. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo y clementísimo maestro una masa de barro y un tronco nudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo criaste. Criásteme para que te amase: dame gracia para que pueda yo hacer aquello para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir un amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, me amenazas si no te amo, y moristes porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que viendo mi desamor ordenaste un bocado de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti, para que me mandes que te ame, y que para

esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti, sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Y qué eres tú á mí, sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿porqué no amaré yo á ti, siendo el que eres para comigo?

Pues confiando, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado: y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me dés licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas: déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas (así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas) ¿porqué no te amaré yo? ¿Porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor, que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas así como del mar todas las aguas, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿porqué no te amaré yo, pues el objecto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la mesma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas (así como en el hombre están las perfecciones de todas las otras criaturas inferiores) ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿porqué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recibió el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título destos falta á ti, Dios mío, porque no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste

el ser que tengo, muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva á los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el padre que me heciste, y la cabeza que me conservas, y el esposo que das á mi ánima cumplido contentamiento, y el último fin y bienaventuranza para quien dende *ab æterno* me criaste. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recibir: porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada, sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor, sino de Aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura (dice Hieremías) olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, si tú eres toda mi gloria y mi esperanza, ¿cómo será posible olvidarme de ti?

Los amores, pues, que deben los hijos á sus padres, y los miembros á sus cabezas, y las esposas á sus esposos, y los efectos á sus causas, júntalos todos, ánima mía, en uno, y ofrécelos á este Señor, porque Él solo te es todas las cosas por muy más excelente manera que ellas te lo pueden ser. Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios: arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras. Mis esclavos sois y servidores diputados por mi Señor para mi servicio: no es razón que yo sea adúltera y desleal á tal esposo, y haga traición con los mismos criados que Él diputó para mí.

Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿porqué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía

cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, me eres todas estas cosas, ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío, ensancha mi corazón en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca, y donde sea todo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo á ti mi amado á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallezea mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todopoderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas. Y ¿qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable, oh todo dulce, oh todo deleitable! ¡Oh santísimo Padre, oh clementísimo Hijo, oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo, y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y Vos todo mío? ¿Cuándo, rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿cuándo? ¡Oh! ¿si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza, oh qué penosa dilación! Date priesa, oh buen Jesú, date priesa: aguija, Señor, aguija, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel,

¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se arrima, piedra sobre que se funda, y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra, pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti y si no te pusiere yo, Señor, en la delantera de todas mis alegrías. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

para pedir todas las virtudes.

TODOPODEROSO y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca, y perfectamente las cumpla para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda y fuerzas para que lo obre así como conviene para la salud de mi ánima. Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto, y tal, que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os dé gracias, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas, ni desconfíe en las otras.

De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare á vos ó me apartare de vos. Á nadie desee contentar sino á solo Vos, ni tema descontentar á otro que á Vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de Vos, & muy

caras y preciosas todas las vuestras, y Vos, Dios mío, sobre todas ellas. Déme, Señor, en rostro todo gozo sin Vos, y no desee alguna cosa fuera de Vos. Séame deleitoso cualquier trabajo que me viniere por Vos, y enojoso cualquier descanso que tomare sin Vos.

Dadme que á menudo levante á Vos mi corazón, y si alguna vez desto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer en emendarla.

Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaecimiento, maduro sin pesadumbre, prompto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación y confiado sin presumpción. Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradición, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de Vos, un corazón noble que ningún bajo deseo tras sí lo lleve, un corazón valeroso que ningún trabajo lo quebrante, un corazón libre que nadie baste á forzarle, y un corazón derecho que ninguna mala intención pueda forzarle. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor Dios mío, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, & vida que siempre os agrade, perseverancia que confiadamente os espere, y esperanza que felizmente os abrace. Dadme que merezca yo ser clavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria.

SÍCUESE UNA MUY DEVOTA ORACION

á Nuestra Señora.

Dios te salve, excelentísima Señora y después de Dios entre los sanctos sanctísima María, que con virginidad de madre y con maternidad de virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Sancto, tú recámara gloriosa de la sanctísima Trinidad. Por ti, Señora, vive la redondez de la tierra,

contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora, los oídos de tu piedad á las oraciones deste tu vil siervo, y con los rayos de tu sanctidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar á tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará á ti? Tú eres en las cosas dubdosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres después de tu unigénito Hijo cierta salud y esperanza nuestra. Tú eres la más excelente de las mujeres, la más graciosa y la más hermosa. Bienaventurados los que te aman, y los que por sanctidad de vida se hacen tus familiares. Á tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía.

Dios te salve, magnífica sala y resplandeciente palacio del Emperador eterno. Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella reina del cielo que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á los demonios como las haces de los reales bien ordenadas. Dame, Señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en ti, para que despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de las moradas de la gloria.

Dios te salve, estrella resplandeciente y clarísima lumbrera María, de quien nasció el sol de justicia Cristo nuestro Salvador. Tú eres virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras á los hijos de la Iglesia doquiera que están por todo el mundo. Tú dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendito fructo de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú después del Señor eres la primera que mereces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, Señora, porque ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses y á ti, Señora de las señoras, en Sión, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna.

De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesú, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los sanctos, tu perfecta inocencia alimpia los pecadores. Todos los hijos de Dios hallan en ti reposo cumplido. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón para que me cuentes en el número de aquéllos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, virgen bellísima, virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas y más blanca que el azucena: Tú eres fuente del paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolación. El Señor te crió virgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No vuelvas, Señora, los ojos de mí pecador miserable, mas de sucio me haz limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados, á quien tanta honra hace tu Hijo que todo cuanto le pides concede, y todo lo que quisieres se cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los serafines, y tú gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, oh Señora, sobre los coros de los ángeles, y como á la primavera te acompañan las flores y rosas y las frescuras de los valles. Sáname, oh bienaventurada, y seré sano: sálvame, y seré salvo, y bendecirte he en los siglos de los siglos por siempre jamás.

SEGUNDA PARTE DESTE MANUAL

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA CONSIDERACION DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

Y DE LA VIDA DE CRISTO

Y OTRAS COSAS SEMEJANTES

PROLOGO

TODO lo que hasta aquí habemos escripto, aunque puede bien servir para toda la vida, pero señaladamente sirve para la entrada y principios deste camino del cielo. Lo que al presente trataremos, puede suceder á esto: que es la consideración de los beneficios divinos y de la vida de Cristo, con otras cosas semejantes, en las cuales puede el siervo de Dios ocuparse toda la vida: aunque no por eso debe dejar lo que de lo pasado sintiere que puede ayudar á su devoción y hacerle mayor provecho.

EJERCICIO PRIMERO

EN LA CONSIDERACIÓN DE LOS BENEFICIOS DIVINOS Y DE CUATRO PARTES QUE PUEDEN ENTREVENIR EN ÉL.

TRES cosas señaladamente debe el hombre hacer en la oración: la primera, dar gracias á nuestro Señor por los beneficios recebidos: la segunda, ofrecer á sí y á todas sus cosas junto con los trabajos y merecimientos de Cristo en sacrificio por nuestros pecados: la tercera, pedir el socorro y favor divino así para todas sus necesidades espirituales y temporales como para las de sus prójimos y de todo el mundo.

Entre estas tres partes la primera (que es el hacimiento de gracias) es una cosa muy debida, muy dulce y muy copiosa para meditar. Muy debida, porque ¿qué cosa más debida que dar gracias á nuestro Señor por tantos millares de beneficios como cada día llueve sobre nosotros? Muy dulce, porque cada uno destos beneficios bien considerado es como una saeta ó como una brasa que nos enciende en el amor de Dios, que es el más dulce

pasto que hay para nuestras ánimas. Muy copiosa, porque como estos beneficios sean tantos y tan grandes (especialmente el beneficio de la Redempción, que incluye todos los pasos y trabajos de la vida de Cristo) y el de la glorificación (que comprehende todos los gozos de los bienaventurados) hay tanto que rumiar y que considerar en ellos, que si el hombre quisiere (á imitación de los sanctos) estarse la mayor parte de la noche ó del día en oración, nunca le faltará materia ni cosas en que pensar.

La segunda parte (que es el ofrecimiento) es un linaje de sacrificio vivo que el hombre ofrece á Dios, entregando todas sus cosas, y á sí mismo con ellas, en sus manos y resignándose todo en el beneplácito de su divina voluntad, para que haga de él y de todas sus cosas lo que fuere servido, y el hombre de ahí adelante no viva ya más para sí, sino para Dios, ni tenga más cuenta con su voluntad y provecho, sino con sola la voluntad y gloria de Dios. Hacer esto es uno de los principales actos de aquella piedad y religión que debemos á Dios, y es una renovación cuotidiana de nuestra profesión y de la ley en que habemos de vivir, y es un freno con que nos podemos dar una gran sofrenada todas las veces que intentáremos hacer nuestra voluntad contra la de Dios, acordándonos de aquel asiento y determinación que con Él capitulamos, y de aquella ofrenda que le ofrecimos, contra la cual cometemos un linaje de furto espiritual, volviendo á tomar y enajenar lo que tantas veces le entregamos. Y porque todo esto en fin es poco (porque es nuestro) debemos también ofrecerle junto con esto todos los méritos y trabajos de Cristo, que es la mayor y más agradable ofrenda que le podemos ofrecer.

La tercera parte (que es la petición) es también acto desta misma religión: en la cual podemos ejercitar en su manera las obras de misericordia, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia, y podemos también ejercitar actos de amor de Dios, deteniéndonos en el fin de esta parte en la petición deste amor, pidiéndolo con muy entrañables y encendidos deseos.

Éstas son las tres cosas más principales que debemos tratar en la oración. Mas porque el Sabio nos aconseja que aparejemos nuestra ánima antes de la oración, será necesario presuponer antes de estas tres partes la cuarta, que es una humilde y devota

preparación para orar. Y así vendrán á ser cuatro partes las de este ejercicio, conviene saber, preparación, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición, de las cuales trataremos aquí agora por su orden.

PREPARACIÓN Y PRINCIPIO DEL EJERCICIO

CAPÍTULO IV.

PRIMERAMENTE, antes que comencemos á hablar con nuestro Señor, será muy bien aparejar el corazón para este negocio de tanta dignidad: para lo cual debemos hacer las tres cosas siguientes.

La primera, porque no pensemos que hablamos al aire y que está muy lejos de nosotros el que nos ha de oir, pongamos ante los ojos la presencia de Dios, que hinche cielos y tierra y está en todo lugar presente, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, ahí está Él, como causa y fuente del ser, dándolo á todas las criaturas: porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno á otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente, y así lo contemplaba el profeta Elías cuando decía: Vive el Señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy.

Pues así has de presuponer que está Dios presente á tu oración, tan entero y tan grande como está en el cielo, y pensar que no hablas á las paredes sino á Dios, que realmente está delante de ti, oyendo tus palabras, y mirando tu devoción y tus lágrimas, y deleitándose y manteniéndose de ellas: porque aunque universalmente asista Él á todas las criaturas, mas particularmente asiste á los que oran, como expresamente nos lo denunció un profeta diciendo: No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cercanos á sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Pues ¿qué más bien quieres tú, que saber tan de cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera Aquél que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

La segunda cosa que debes hacer (después que así te veas en su presencia) es una profundísima reverencia de todo corazón.

Y llamo aquí reverencia un reconoscimiento de la majestad de Aquél á quien vas hablar, y de la bajeza de ti que le vas hablar, como lo reconocía aquel sancto Patriarca que decía: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza. Para esto debes levantar un poco los ojos de la consideración á pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura y las otras perfecciones deste soberano Señor: las cuales son tan grandes y sobrepujan tanto el entendimiento así humano como angélico, que como dice un religioso doctor, si todo el universo mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar fuese tinta, antes se acabarían todos los libros, y se agotaría la mar, y se cansarían los escriptores, que pudiesen cumplidamente explicar una sola de sus perfecciones. Y añade más, diciendo que si de todos los corazones de los hombres se hiciese un solo corazón que tuviese la virtud y capacidad de todos, y éste llegase á sentir algo de cualquiera destas perfecciones como ella es en sí, no sería posible que á la hora no reventase, si por especial milagro de Dios no fuese para ello confortado. Finalmente es tan grande la majestad y inmensidad de este Señor, que toda esta tan gran máquina del mundo, con todo cuanto hay en ella, apenas es una pequeñita hormiga delante de Él. Pues si todo el universo mundo no es más que esto en su presencia, tú que tan pequeña parte eres del mundo, ¿qué parecerás delante dél? Pues este provecho entre otros te trairá esta consideración, que más claramente verás por ella lo que eres. Porque muchas veces en levantando los ojos á aquella beatísima luz, la primera cosa que verás, será tu nada: y así verás cómo todas las cosas de suyo son nada, y cómo Él les da todo el ser y hermosura que tienen, y cómo en Él y dél y por Él son y se conservan todas ellas.

Esta consideración basta para que el hombre se humille hasta el polvo de la tierra, y encoja sus alas, y se suma en los abismos en presencia de tan grande majestad. Y esta misma consideración bastará para hacerle estar con temor y temblor delante de este Señor: y cuanto su corazón estuviere más tomado deste temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos: porque el freno del temor no le consentirá desmandarse ni descuidarse en presencia de tan grande Majestad.

Hecha esta reverencia, la tercera cosa que debe hacer, es que

(porque el justo al principio es acusador de sí mismo) comience luego á acusarse de todos sus pecados, trayendo á la memoria de la manera que vivió antes que el Señor le abriese los ojos, y de la que vive agora en el tiempo presente.

Desta manera pues se arrepienta de sus pecados, y diga su culpa dellos, y propuesta la enmienda dellos, pida perdón al Señor, para que con estos actos de penitencia haga propicio al juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la confesión general, ó el psalmo de *Miserere mei Deus,* ó otra cosa semejante, para despertar con estas sanctas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración.

Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse á hablar con Él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe á tan alta majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recibir el Espíritu Sancto y la gracia de la devoción que en aquel ejercicio se reparte á todos los que religiosamente perseveran en él.

Esto basta para la preparación: en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conoscimiento de sí mismo y de sus proprias miserias, según que adelante se declara.

También ayudará mucho para esta misma preparación (cuando el ánimo estuviere muy derramado) recogerlo con la lición de algún libro devoto, ó con algunas oraciones vocales: porque éstas devotamente dichas suelen ayudar mucho á recoger el corazón derramado.

HACIMIENTO DE GRACIAS.

DESPUÉS de la preparación podemos luego comenzar á dar gracias á nuestro Señor por los beneficios recebidos, que es una de las principales partes deste ejercicio, como ya dijimos.

Y como sean innumerables los beneficios divinos, reduciremoslos aquí á diez maneras de beneficios: de los cuales podemos hacer un psalterio de diez cuerdas, en el cual con el profeta David cantemos y alabemos á Dios. Entre estos beneficios el pri-

mero es de la creación, el segundo de la conservación, el tercero de la redempción, el cuarto del baptismo, el quinto del llamamiento, el sexto de las inspiraciones divinas, el séptimo de las preservaciones de males, el octavo de los sacramentos, el nono de los beneficios particulares, el décimo de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios había mucho que encarescer y que decir: mas yo no haré por agora más que correr sumariamente por todos ellos, para que se entienda la importancia del beneficio y el agradescimiento que se debe por él.

§. I.

Pues entre estos beneficios el primero y el fundamento de todos es habernos Dios criado y hecho á su imagen y semejanza. De manera que hoy ha tantos años que (cuanto á la principal parte de ti, que es el ánima) eras nada, y fuiste *ab æterno* nada (que es menos que una hormiga, menos que una piedra, finalmente nada) y así pudieras ser eternalmente nada: y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él como que dejaras de ser: y plugo á aquella divina bondad, ante todo merecimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo y de aquellas profundísimas tinieblas en que *ab æterno* morabas, y darte ser y hacerte algo: y no cualquier algo, esto es, no piedra, ni ave, ni serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo. En el cual beneficio nos dió este cuerpo con todos sus miembros y sentidos (de los cuales cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra, cuando la hay) y esta ánima racional con todas sus potencias, hecha á su imagen y semejanza, conviene saber, inmortal, incorruptible, intelectual y capaz del mismo Dios y de su misma bienaventuranza. Por donde verás que si tanto debes á los padres porque fueron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, cuánto más deberás al que con ellos formó tu cuerpo y sin ellos crió tu alma, sin la cual el cuerpo no fuera más que una bestia muda ó un pedazo de carne podrida.

§. II.

El segundo beneficio es de la conservación: porque no sólo te sacó de no ser á ser, mediante el beneficio de la creación, sino

también te conserva en ese ser que te dió, de tal manera que si un solo punto desviase sus ojos de ti, luego desfallecerías, y te volvieras en aquella misma nada de que fuiste criado. De suerte que así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y el mismo que los produce, los conserva en el ser que les dió, así también lo hace este mismo Señor con nosotros, sacándonos de no ser á ser, y después conservándonos en ese mismo ser: de manera que lo que una vez nos dió, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo, pues todas vemos que sirven á la conservación del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras para castigarle: porque de todo es razón que haya en la casa del buen padre. Y es cosa muy para considerar ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto. ¡Qué de manjares crió para sustentarnos, qué de paños para vestirnos, qué de yerbas para curarnos, y sobre todo, qué de diferencias de cosas para recrearnos! Porque unas sirven para recreación de la vista (que son todas las flores y colores) otras para los oídos (que son todas las músicas y cantos de aves) otras para las narices (que son todos los olores y especies aromáticas) otras para el gusto (que son cuasi infinitas maneras de fructas, de pesces, y aves, y animales) porque todas estas cosas son más para el hombre que para sí mismas, pues más goza el hombre del servicio y usofructo dellas que ellas mismas. Mira pues cuán largamente y cuán regaladamente se hubo Dios contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criaturas del mundo, que fueron criadas para tu servicio, pues Dios para el suyo no tenía de ellas necesidad. Y no sólo las de la tierra sino también las del cielo (como son el sol, luna, estrellas y planetas) y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales también diputó para nuestra guarda y compañía.

§. III.

El tercero beneficio es de la redempción: el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarescer y decir. Porque si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber, lo que el Señor por este beneficio nos dió, el medio por donde lo dió, el amor con que lo dió, la persona que lo dió y la persona que lo rescibió, cada cosa de éstas te pondrá nuevo espanto y admiración, y entenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el medio más excelente, ni el amor más subido, ni la persona que lo dió más digna, ni la que lo recibió (quitando aparte los demonios) más indigna.

En cada cosa déstas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto (que bastara para padescer mil veces más de lo que padesció, si nos fuera necesario) y asimismo en el medio que escogió para hacer esta obra, que fué tomar sobre sí todos nuestros males, para hacernos gracia de sus bienes. Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida sanctísima, los cuales todos son partes deste beneficio, y cada uno de ellos por sí grandísimo beneficio. Aquí entra la humildad de la encarnación, la pobreza del nascimiento, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias, los trabajos y persecuciones de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fueron tantas cuantas nunca jamás se vieron) por las cuales todas y por cada una en particular debemos dar infinitas gracias á este Señor, que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos más claro testimonio de lo mucho que nos amaba, y echar mayor cargo y obligación sobre nuestros hombros, para que así le amásemos como nos amó.

§. IV.

El cuarto beneficio es del Baptismo: por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algún merescimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya, tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado, y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas,

y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos (que son pecado, infierno, demonio y muerte) y hacernos templo vivo y morada suya, y darnos allí espíritu de adopción (que es ser rescebidos por hijos de Dios) y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requerían, que son la gracia, y las virtudes infusas, y dones del Espíritu Sancto, con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios y cobremos nuevas fuerzas para triunfar del demonio, para que así podamos conseguir el fin para que fuimos criados, que es el reino de los cielos. Pues ¿con qué pagarás al Señor este beneficio? ¿Qué le darás porque entre tanta muchedumbre de nasciones bárbaras de infieles, de turcos, de moros, de gentiles (que adoran piedras y palos y serpientes) quiso el Señor que fueses cristiano, y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en el arca del verdadero Noé, para que no perecieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada día perecen? Mira cuántas ánimas crió Dios el día que crió la tuya, de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería, &c. y así pudiera caer la tuya, y no quiso este Señor que cayese sino en el paraíso y gremio de su Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. Pues ¿qué le darás por este beneficio?

§. V.

El quinto beneficio es del llamamiento: y entiendo aquí por llamamiento si algún tiempo viviste rotamente sin ningún temor de Dios, y agora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal: á esto pongo nombre de llamamiento, porque es grandísima conjectura para creer que eres llamado á la gracia: pues esta mudanza no parece de carne ni sangre, sino de la diestra del muy alto.

Pues si habiendo vivido algún tiempo en aquel estado miserable, te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en éste, ¿qué gracias será razón que le des por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía de éste. Porque un beneficio fué esperarte tanto tiempo á penitencia, sin cortar el hilo de la mala vida,

que por ventura se cortó á otros que quizá por esta causa estarán agora penando en el infierno. Otro fué sufrir tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas como en aquel estado te sufrió con tan larga paciencia. Otro fué en lugar de castigos enviarte tantos avisos y maestros y despertadores, y tantas buenas inspiraciones para despertarte y sacarte de aquel peligro. Otro fué llamarte con tan poderoso llamamiento, que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran el deleite del vicio, y el poder del demonio, y la fuerza de la mala costumbre, que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene preso á los suyos, la cual dificultosísimamente se rompe. Otro fué rescibirte finalmente como al hijo pródigo en su casa, y perdonarte (si por ventura estás ya perdonado) tantos pecados, y hacerte llano el camino del cielo, y dádote otro corazón con el cual te fuese dulce lo que antes era amargo, y te amargase lo que antes era dulce, para que así pudieses perseverar en el bien.

Y sobre todo esto es mucho más de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es, ante todo merecimiento tuyo: porque en aquel estado no se puede hacer cosa que tenga mérito ni precio delante dél. ¿Cuántos millares de ánimas piensas que estarán agora penando en el infierno por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio, esto es, ó porque no las esperó tanto tiempo, ó porque no las sufrió con tanta paciencia, ó porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, ó porque no las confirmó con tan abundante gracia? Pues ¿qué heciste tú más que ellas, qué más mereciste que ellas, para que fueses tanto más dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una misma atahona, ó durmiendo en una cama (esto es, en el mismo deleite ó en la misma culpa) ¿porqué habías de ser tú más el que tomaron para la gloria, que el que dejaron para la pena, estando ambos en una misma culpa? ¿Porqué habías de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado para vaso sucio de que se sirviese el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y de los mozos que tuviste ó por vecinos, ó por amigos, ó por compañeros de tus disoluciones y de tus vicios, los cuales permanescieron ó acabaron por ventura en aquel mismo estado de

donde Dios á ti te sacó, y mira cuán gran misericordia fué que permanesciendo ellos en aquel mismo estado, sacase Dios á ti de tal peligro, habiendo perseverado con ellos en un mismo delicto. Vuélvete pues á Dios, y dile: Señor, ¿qué vistes en mí? ¿Qué necesidad teníades Vos de mí? ¿Qué servicios hice yo? ¿De dónde á mí tanto bien, que dejando aquéllos en sus tinieblas enviásedes á mí este rayo de luz? ¿Qué gracias os daré por este beneficio? ¿Con qué palabras os alabaré? Alábeos, Señor, mi lengua y mi corazón, y todos mis huesos digan: Señor, ¿quién es como Vos? ¿Quién pudiera hacer esta mudanza sino Vos? ¿Quién pudiera librarme de las gargantas de aquella antigua serpiente sino Vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce y dulce lo amargo sino Vos? Alabad (dice el Profeta) al Señor, porque es bueno, y porque su misericordia permanece en todos los siglos. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? ¿Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo (dice él) los que han sido redimidos del Señor, los que él libró de la mano del enemigo: porque solos ésos tendrán lengua para alabarle, que tienen experiencia de ese tan grande beneficio.

§. VI.

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía: con que nos despierta siempre y nos llama á todo bien. Porque así como el corazón está siempre enviando espíritus y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto que (según Sancto Tomás) es como corazón de la Iglesia, siempre está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánima donde mora. Pues según esto todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Sancto has recebido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios. Porque así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra, vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas) así cuantas maneras de bienes suceden á los hombres, todos nascen del piélago de todos los bienes, que es Dios. Porque sentencia es de muchos teólogos, que para hacer

una obra meritoria (demás de la gracia habitual del Espíritu Sancto) es menester especial ayuda y tocamiento de Dios, que interiormente nos toque y nos despierte á bien obrar.

De donde, así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño, le ponemos otro al lado que de rato en rato le esté avisando que no se duerma, así habemos de imaginar que está el Espíritu Sancto á nuestro lado ejercitando con nosotros esto mismo: y esto por tantas vías y maneras, y tan á la continua, que parece que no tiene otro oficio en que entender sino solo éste. Por donde cada vez si el hombre sentiese que interiormente le mueve acá dentro á que despierte y se acuerde de Dios, ó que ponga las manos en alguna buena obra, luego había de reconoscer la visitación y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánima, y acudir luego á poner por obra lo que se le manda.

§. VII.

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males: el cual comprehende todos los males del mundo de que el Señor por su misericordia nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza, y males de fortuna, y males de culpa, que son todas las maneras de pecados que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningún mal hay que tenga un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adam como él, y concebido en pecado como él, y finalmente compañero de la misma naturaleza y de la misma culpa, y así subjecto á la misma miseria.

Según esta cuenta, todos cuantos males hay en el mundo, son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caído, si Dios por su misericordia no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro lisiado, otro tullido, otro loco, otro con los dolores de la gota, otro de la piedra, otro preso tantos años ha, otro cativo, otro condenado á las galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves á cada paso y á cada hora por ese mundo. Cada vez que esto vieses, habías de hincar las rodillas del corazón á Dios, y levantar las manos al cielo, diciendo: Señor, esto os debo yo á Vos. Sea para siempre bendito vuestro nombre, que yo pudiera ser

como éste y como aquél, y si así me viera, quizá perdiera la paciencia, y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los pies á quien desto me librara, y ofreciéramele por esclavo perpetuo. Pues beso, Señor mío, vuestros pies y vuestras manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y doos infinitas gracias porque por sola vuestra misericordia enderezastes mi vida de tal manera que no me viese en estos males.

§. VIII.

El octavo beneficio es el de los sacramentos, y señaladamente el de la Confesión y Comunión. Pues ¡cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado! ¿Qué es el sacramento de la confesión, sino un baño limpísimo para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras enfermedades, y un medio eficacísimo para reconciliarnos con Dios á costa de la sangre de Cristo? Dime, si estuvieses sentenciado á una muerte afrentosa, ó á cien azotes por las calles públicas, y un amigo tuyo por pura nobleza y misericordia se pusiese á pasar aquella vergüenza y rescebir aquellos azotes por ti, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles con una soga á la garganta, ¿con qué ojos le mirarías? ¿Con qué corazón le agradescerías aquel tan grande beneficio? Pues ninguna otra cosa pienses que es el sacramento de la Confesión, sino ésta. Porque tú estabas sentenciado á azotes y á muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios movido de pura lástima y compasión se atravesó de por medio y se puso á esperar los azotes y sentencia que tú merecías, y en virtud de esta satisfacción manda Dios al sacerdote que te dé por libre, porque ya se entregó de la deuda que le debías, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazón, con qué amor, con qué ojos será razón que mires á quien tal hizo por ti? ¿Y qué no será razón que hagas tú por él?

Pues del sacramento de la Comunión, ¿qué diré? Éste es el sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios y el memorial de todas las maravillas de Dios. Éste es sacramento de gracia, sacramento de amor, sacramento de

unidad, sacramento de devoción, y de remisión, y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con la presencia divina, aquí es hecho templo vivo de la Sanctísima Trinidad, aquí se da la gracia en mayor abundancia que en los otros sacramentos, aquí se gusta la divina suavidad en su misma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su esposo, de donde resultan en ella maravillosos deleites. Éste es el viático con que se ha de andar este camino del cielo, y éste es el pan de trabajadores con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña del Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí reverdescen los buenos deseos, aquí se acrescienta la devoción, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima, y aquí finalmente se mantiene y come de Cristo, que es el mayor bien que en esta vida se puede recebir. Porque no es otra cosa comer á Cristo, sino hacernos participantes de su espíritu, de su gracia y de su justicia, de sus merescimientos y de todas sus virtudes y trabajos. Porque así como el que come, hace suyo proprio lo que come, y no como quiera suyo, sino su misma carne y su misma sangre, así, comer á Cristo no es otra cosa que aplicar á nosotros y hacer nuestros los bienes de Cristo, para que así seamos mirados del Padre eterno con aquellos ojos que es mirado Él, no ya como extraños y peregrinos, sino como partes y miembros de su mismo Hijo. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia que ésta?

§. IX.

Todos estos beneficios de que hasta aquí habemos tratado, por la mayor parte son comunes á todos los fieles: quedan después de éstos los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recibido: de los cuales así como nadie puede hacer suma, así el que los ha recebido no puede de ellos tener ignorancia. Discurre, pues, por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconosce que de todo eso le eres deudor. Mira (cuanto á los bienes de naturaleza) las habilidades naturales que te ha dado: el ingenio, la condición, la discreción natural, los

padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud, la vida, y otras cosas semejantes. Cuanto á los bienes de fortuna, mira la hacienda y el patrimonio que te dió, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas semejantes, que no nascen con nosotros, sino que después nos vinieron por la providencia de Dios. Cuanto á los bienes de gracia, mira si por ventura has rescebido algunos particulares dones del Señor, como son lágrimas, devoción, castidad, caridad y misericordia para con los prójimos, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dió. Mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal: que es una grande y singular prenda de la divina gracia. Mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido, y otras cosas semejantes.

Mira también con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir, los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso. Si eres sacerdote, si bien casado, ó por ventura libres de las cargas del matrimonio, y con esto vives contento y seguro, que es mayor bien que el primero. Y sobre todo mira si eres religioso, mayormente en provincia ó monesterio donde floresce la observancia regular, porque si hay cosa en el mundo que tenga imagen y semejanza del cielo, es la congregación observante de la vida religiosa, por razón de la paz y quietud interior y exterior que allí se halla, y de la buena compañía, que es el paraíso de la tierra, y de los aparejos y ayudas grandes para bien vivir, y de los votos esenciales, que hacen de hombre ángel.

Otros beneficios hay más ocultos que éstos, los cuales aun el mismo que los tiene no los conosce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánima tan secretamente, que el mismo que los rescibe no los entiende, como lo significó el sancto Job, cuando dijo: Si viniere á mí, no le veré, y si se fuere, también esto ignorará mi ánima. Y hacer él esto así, es doblada misericordia, porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros más segura la gracia: que es como quien da el tesoro y da también la llave para guardar el tesoro.

Y así como hay dones ocultos, así también hay preservaciones de males ocultos, que el mismo hombre preservado no en-

tiende. ¿Qué sabes tú si estando alguna vez para pasar por una calle (donde por ventura se te ofresciera ocasión para alguna culpa semejante á la que David cometió por la ocasión que tuvo) te estorbó Dios ese camino, ó te puso en corazón que fueses por otra parte, para excusarte dese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con Sant Pedro, cuando le dijo: Pedro, Satanás andaba muy solícito para acribaros y aventaros como á trigo: mas yo hice oración por ti porque no desfalleciese tu fe? ¿Cuántas veces, pues, habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquecido las fuerzas de nuestro adversario, para que no prevaleciese contra nosotros? Pues por estos beneficios ocultos no menos le debemos gracias que por los manifiestos, sino muchas más. Porque así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdón, así por los beneficios ocultos le debemos agradescimiento.

§. X.

El décimo beneficio es de la glorificación que adelante se nos promete por corona y agora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideración deste soberano bien, y aquí puede alargar la vista, y extender los ojos, y considerar la grandeza deste bien que nos está guardado. Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble región, y mira atentamente qué será ver la hermosura de aquella ciubdad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro purísimo y aquellas arboledas y fuentes de agua viva. ¿Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus hierarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandecientes? ¿Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas y de profetas? ¿Qué será ver la sacratísima Virgen, señora y abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? ¿Qué será ver aquella sacratísima Humanidad de Cristo, señor nuestro y hermano nuestro, asentada á la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios? ¿Qué será sobre todo esto ver Aquél á quien ver es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo, y saberlo todo de una vez? ¿Qué será ver aque-

lla luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites, y aquella fuente de todos los bienes? ¿Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas, y conversar con aquellos ciubdadanos tan nobles, tan sanctos, tan hermosos y tan discretos? Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre para alcanzar esta corona?

Aviso de la manera de dar las gracias.

PUES por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias á este Señor: y para que con mayor atención puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias hablando con el mismo Señor y enderezando las palabras á Él, diciendo así, ó de otra manera semejante.

Gracias te doy, Señor, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, dándome este cuerpo con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que te conociese y amase &c.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación: porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste todas cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los árboles, las aves, los peces, los animales y finalmente todas las otras cosas que criaste, unas para mantenerme, otras para curarme, otras &c.

Gracias te doy por el beneficio de la Redempción, que es por aquella incomprehensible bondad y misericordia de que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y te abajaste á sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno y tentación del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios, y por la pobreza y

humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, &c.

Desta manera puede el hombre proceder por todos los otros beneficios susodichos, porque entendida la substancia de cada uno dellos, fácil cosa será enderezar el hombre las palabras á Dios y darle gracias por ellos. Digo esto porque (como arriba tocamos) más atento está el corazón y más levantado el espíritu y más religioso cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mismo, ó las habla con su propria ánima: porque el hablar con aquella soberana majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descuidado, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado de cualquier imaginación: porque el temor y reverencia de Aquél con quien está hablando, tiene más atento y más fijo su corazón.

Después de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre (si hallare en sí devoción para eso) convocar todas las criaturas del cielo y de la tierra para que todas le ayuden á bendecir y alabar á este Señor que tan magníficamente lo ha hecho con él. Y para esto no hay mejor instrumento que aquel divino Cántico que cantaron aquellos tres mozos que echó Nabucodonosor en el horno de Babilonia porque no quisieron adorar su estatua de oro, á los cuales dice la Escriptura que no tocó el fuego, ni entristeció, ni dió alguna molestia. Y entonces todos ellos tres, experimentada esta tan grande bondad y providencia del Señor para con sus siervos, como con una boca alababan y glorificaban al Señor en medio del horno, diciendo.

Bendito seáis Vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el santo nombre de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis en el trono de vuestro reino, y alabado y ensalzado en los siglos.

Bendito seáis Vos, que estáis asentado sobre los querubines

y dende ahí véis los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendecid todas las obras del Señor al Señor, alabado y ensalzado en todos los siglos. &c. hasta el fin de este cántico.

OFRECIMIENTO

Despues deste hacimiento de gracias se sigue el ofrecimiento y la resignación. Porque después que el hombre ha reconoscido la grandeza de las mercedes del Señor, luego se levanta en el ánima aquel afecto y deseo que tenía el Profeta cuando decía: ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Pues á este afecto podemos luego responder con ofrecer al Señor eso que de nuestra parte podemos y tenemos (aunque todo sea suyo) porque así vuelvan las aguas al lugar de do salieron, para que tornen otra vez á correr. Y según esto podremos ofrecer tres cosas.

La primera, todos cuantos bienes con su ayuda hiciéremos y males padesciéremos, todas nuestras palabras, obras y pensamientos, nuestros placeres y pesares, nuestros trabajos y descansos, nuestro ocio y nuestros negocios, y hasta las mismas obras necesarias para la vida (como son comer, beber y dormir) porque todo esto quiere el Apóstol que le ofrezcamos para gloria suya: para que así las estrellas luzgan con alegría al Señor que las crió. De manera que aunque al tiempo del obrar nos olvidemos de referir actualmente estas obras á Dios, dende agora las demos por ofrecidas y referidas á Él.

Lo segundo, ofrezcámosle no sólo nuestras cosas, sino también á nosotros mismos, que es otra ofrenda mayor. Porque una cosa es ofrecer la fructa del árbol, y otra ofrecer el mismo árbol con su fructa, para que de ahí adelante fructifique para aquél á quien se da. Ofrézcase pues el hombre á sí mismo, desposeyéndose y desapropriándose de sí, y entregándose por esclavo en las manos de su Criador, pues en hecho de verdad fué comprado y rescatado por Él.

Pues así como el esclavo (en cuanto esclavo) no tiene licencia para hacer en nada su voluntad, sino la de su señor, así

él se ofrezca por tal, para nunca más hacer su propria voluntad en alguna cosa, grande ni pequeña, buena ni mala, sino sola aquella que entendiere ser conforme á la voluntad de su Señor.

Item, así como el esclavo no trabaja para sí, ni adquiere para sí, sino para su señor, así él de aquí adelante ni trabaje para sí, ni se busque á sí, ni pretenda cosa suya propria, sino sola la honra, gloria y beneplácito de su Señor.

Item, así como del esclavo hace su señor todo lo que quiere, vendiéndolo, empeñándolo, enajenándolo, castigándolo, &c. así él también se resigne y ofrezca como esclavo en las manos de su Señor, para que haga dél todo lo que fuere servido en tiempo ó en eternidad. Si quisiere que viva, que muera, que esté rico, que pobre, que sano, que enfermo, que honrado, que deshonrado, en todo y por todo se derribe á sus pies y se resigne en el beneplácito de su sanctísima voluntad. Éste es uno de los grandes sacrificios que podemos ofrescer á nuestro Señor, si lo ofrecemos con todo nuestro corazón y con una profunda y verdadera subjección y humildad.

Mas porque todo esto es poco para lo que Dios merece, ofrezcámosle lo tercero otra ofrenda de inestimable precio y acepción, que es la vida, la muerte, los trabajos y merescimientos de nuestro Salvador: pues ésta es nuestra justicia, nuestro derecho, nuestro mayorazgo, nuestro tesoro, nuestra herencia y todo nuestro bien.

Lleguemos pues (como dice el Apóstol) confiadamente al trono de su gracia, y ofrezcamos al Padre esta tan preciosa ofrenda, recontando todos los trabajos y méritos de su Hijo dende el pesebre hasta la cruz, no como hacienda ajena, sino como derecho y patrimonio nuestro.

De la manera del ofrescer.

§. I.

Y acordémonos de hacer esto de la manera que antes dijimos, que es, enderezando las palabras á nuestro Señor, y diciendo así, ó de otra manera.

Pues ¿qué te daré yo, Señor, por tantos beneficios? ¿Qué te podré ofrecer de mi parte? Tuyo es, Señor, todo lo que hay en

nosotros, y lo que de tu mano habemos recebido te ofrecemos. Ofrézcote pues, Señor, primeramente todas cuantas obras este día y de aquí adelante hiciere, y los trabajos que padesciere, el comer, el beber, el dormir, el hablar, el callar, para que todo ello sea para eterna gloria y alabanza tuya.

Ofrézcote no sólo todas mis cosas, sino á mí también con ellas por perpetuo esclavo tuyo, para que de hoy más no tenga que ver con mi voluntad sino con la tuya, ni pretenda cosa mía, ni interese mío, ni contentamiento mío, sino sola tu gloria y solo el beneplácito de tu sancta voluntad. Y así como de un esclavo hace su señor todo lo que quiere, así yo postrado á tus pies me pongo en tus sanctísimas manos, para que en esta vida y en la otra hagas de mí todo lo que fueres servido, si quisieres que viva, que muera, &c. como arriba.

Y porque todo esto es poco para lo que tú meresces y yo debo, ofrézcote sobre todo la más rica y más preciosa ofrenda que se te puede ofrecer en los cielos y en la tierra, que es la vida, la muerte, la sangre, los trabajos, las virtudes y merecimientos de tu unigénito Hijo, los cuales aunque fueron suyos cuanto á la pasión, son más míos que suyos cuanto al usofructo y satisfación. Ofrézcote pues las lágrimas de su nascimiento, la dureza del pesebre, la pobreza del establo, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, la humildad de su baptismo, la tentación del desierto, los caminos del Evangelio, los trabajos del día, las vigilias de la noche, las contradiciones del mundo, las calumnias de sus contrarios, los dolores de su sacratísima pasión, los azotes á la columna, la corona de espinas, los vituperios, los clavos, la hiel y vinagre, la lanza, la sepultura y la cruz. Ofrézcote todas aquellas virtudes que resplandecieron en su vida sanctísima, con que tanto te honró y agradó: aquel celo de tu honra, aquel tan encendido deseo de tu gloria, aquella obediencia hasta la muerte, aquella lealtad y fidelidad para contigo, aquella caridad tan extendida para con nosotros, aquella humildad tan profunda, aquella paciencia inexpugnable, aquel silencio y mansedumbre entre tantas acusaciones & injurias, aquella desnudez y pobreza tan extremada, con todas las otras virtudes de su pasión y vida sanctísima: porque éstas son las flores más hermosas, y el encienso más suave, y el sacrificio más agradable que se puede ofrecer ante tu acatamiento divino. Y seas tú, Dios, bendito

que tal derecho nos diste y tal ofrenda nos entregaste, para que de nuestra parte la pudiésemos ofrecer en loor de suavidad.

PETICIÓN

OFRECIDA esta tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes á este Señor. Y primeramente pidamos socorro y ayuda para todas las necesidades corporales y espirituales de nuestros prójimos, que es una de las principales obras de misericordia que les podemos hacer. Pidamos pues con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos.

Roguemos también por todas las cabezas de la Iglesia, como son Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros y perlados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediencia de su Criador. Y asimismo debemos rogar (como lo aconseja Sant Pablo) por los reyes y príncipes y por todos aquéllos que están constituídos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada: porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad.

Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los defunctos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

§. II.

Después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros. Y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conociere. Mas para mayor facilidad desta doctrina podemos pedir las mercedes siguientes.

Primeramente pidamos por los méritos y trabajos deste Señor perdón de todos nuestros pecados y emienda dellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados, descubriendo todas estas llagas á aquel celestial zurujano, para que Él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y noblísimas virtudes en que consiste la suma de toda la perfección, que son fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes, que están en la cumbre deste espiritual edificio. Porque la fe es la primera raíz de toda la cristiandad, la esperanza es el báculo y remedio contra las tribulaciones desta vida, la caridad es fin de toda la perfección cristiana, el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo, la obediencia es una muy agradable ofrenda donde el hombre ofrece á sí mismo á Dios en sacrificio, la discreción es los ojos con que el ánima ve y anda todos sus caminos, y la fortaleza, los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención, la que refiere y endereza todas nuestras obras á Dios.

Lo tercero, pidamos luego las otras virtudes que demás de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda destas mayores: como son la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para con los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después desto acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta petición con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien) y podrá decir así.

Petición especial del amor de Nuestro Señor.

§. III.

Sobre todas estas virtudes, dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda

mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, esposo suave, esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía! Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que según la promesa de tu sancta palabra vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad.

¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario á ti en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará todo la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo, y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás, anegarás, y transportarás, y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo quitados todos los impedimentos y estorbos me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura, dulzura de mi corazón! Óyeme, Señor, no por mis merecimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa haga ni diga, sino la que fuere á tus ojos agradable.

Y porque una de las cosas que te agrada y más hiere tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire, conviene saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla, para que mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos que miraste á S. Pedro, cuando le heciste llorar su pecado: con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo, cuando le saliste á recebir y le diste beso de paz: con aquellos ojos que mi-

raste al publicano, cuando él no osaba alzar los suyos al cielo: con aquellos ojos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con lágrimas de los suyos: con aquellos ojos finalmente con que miraste á la esposa en los Cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, los ojos tienes de paloma: para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, la hermosees y le des aquellos arreos de virtudes y gracias, con que siempre te parezca hermosa.

Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame, ayúdame, Señor, en todo.

Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en ti, y hínchela de sanctos y devotos pensamientos.

Oh Hijo, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conoscimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza.

Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprehensible bondad traspasa en ti toda mi voluntad y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar. ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte tan perfectamente como te alaban y aman todos los ángeles y todos los sanctos! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena voluntad te lo daría y lo traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú meresces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella meresce: de manera que en solo ese tu divino pecho se guarda justicia de amor.

Oh María, María, María, Virgen Sanctísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia, ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima gracia y caridad. Oh vosotros bienaventurados sanctos y sanctas, y vosotros bienaventurados espíritus que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros bienaventurados serafines que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro

amor, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino alimpialdo como los labrios de Esaías de todos sus pecados, y abrasaldo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que á este solo Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDO EJERCICIO

EN LA CONSIDERACIÓN DE LA VIDA DE CRISTO

ACABADO este primer ejercicio de la consideración de los beneficios divinos, síguese el segundo de la vida de Cristo, que es la más dulce, más provechosa, más copiosa materia de meditar de todas cuantas hay, y más acomodada á todo género de personas, altas y bajas, perfectas y imperfectas. Y porque en la segunda parte de la Guía de Pecadores se trata este ejercicio tan extendidamente, que ocupara muy gran parte deste librillo, si aquí se pusiera como allí está, acordé ponerlo de la manera que lo pone Serafino de Fermo, que es con grande brevedad y facilidad: lo cual también aprovechará para que se pueda mejor retener en la memoria y saberse con mayor facilidad. Y quien esta materia quisiere ver algo más extendida, puede recorrer al sobredicho lugar, y ahí hallará lo que desea.

Mas aquí es de notar que también este ejercicio puede y debe tener todas las partes de el pasado, ó algunas dellas. Porque antes de la meditación razón es que preceda alguna preparación, y después de la meditación muy bien se pueden seguir las otras tres partes, conviene á saber, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición, para que así tenga el hombre más copiosa materia de meditar y con que más se pueda despertar á devoción, ya con unas cosas, ya con otras.

También es necesario avisar que no debe el hombre abarcar toda la vida de Cristo para un solo rato de ejercicio: mas antes para cada vez debe señalar dos ó tres pasos de ella, y á veces también uno solo (si en él hallare bastante materia de consideración para todo aquel tiempo) porque aquí no se mira si es mucho si poco lo que se piensa, sino si es mucha ó poca la devoción con que se piensa. Y acabada desta manera paso á paso la vida de Cristo, debe el hombre volver otra vez al mismo ejercicio, en

el cual siempre el Espíritu Sancto da á sentir cosas nuevas. Mas con todo esto de tal manera ha de ir el hombre atado á estos misterios, que si al tiempo que medita, se le ofrece otra cosa de más gusto ó más provecho, siempre debe anteponer esto á todo lo otro, pues el fin de todo ello es alcanzar mayor sentimiento de las cosas divinas y mayor provecho y devoción. Presupuesto pues este pequeño preámbulo, síguese agora un sumario de la vida de Cristo en la manera que la recopiló el auctor susodicho.

SÍGUESE EL VITA CHRISTI

COMO quiera que todas las criaturas hayan sido criadas para que en ellas nuestra ánima contemple á su hacedor, y al mesmo fin se enderecen todas las otras cosas, de aquí es que son infinitas las materias y motivos que podemos tener para meditar. Mas porque toda nuestra vida no basta para proseguirlos todos, debemos escoger aquellos que más nos puedan llevar al amor divino, sin el cual todo pensamiento es vano, como leemos que acaeció á los filósofos, que cuanto más abundaron de curiosas sciencias, tanto más se desvanecieron y apartaron de Dios. Y si tú quieres hallar en un breve libro todo lo necesario, estudia siempre en el Hijo de Dios humanado, verdadero libro de vida escripto de dentro y de fuera, vivo dechado para toda ánima sedienta del verdadero saber. Y porque el arte de estudiar en este libro ha sido escripto por muchos sabios y sanctos varones, no quiero más al presente que poner en suma aquello que en infinitas hojas no podría ser bastantemente recopilado, encomendando al devoto contemplativo que procure fuerzas y industria para ejercitarse en este espaciosísimo campo. Mas ¿quién podrá decir cuántos y cuán grandes fructos se cogen en él?

La Encarnación.

PUES primeramente tú puedes levantarte á considerar la alteza del consejo divino que tuvo sobre nuestra salud, la cual fué obrada por la encarnación de su unigénito Hijo: donde se te representará un piélago de infinita bondad, misericordia y amor. Después podrás imaginar cómo Dios envió su ángel que saludase á la Virgen, de cuya belleza y humildad y inocencia te mu-

cho debes maravillar. Y cómo después que la Virgen conosció la voluntad de Dios, consintió á la embajada del ángel, y fué hecha por el Espíritu Sancto madre de Dios. En el cual misterio se te ofrecerán muchos motivos de alegría, así por el gozo de los ángeles como por la redempción de los hombres, y así bendicirás al Hijo y á la Madre de todo tu corazón.

La Visitación de Nuestra Señora.

De ahí adelante tendrás lugar de meditar cómo la Virgen preñada fué á visitar la estéril viejecita. En cuyos abrazos no solamente las madres, mas aun los hijos no nascidos hicieron muy gran fiesta. Donde juntamente te ocurrirá á la memoria el nascimiento de Sant Juan Baptista, y la obra maravillosa que Dios hizo desatando la lengua del padre mudo, para que cantase el cántico de profecía, lleno de loores divinos, y hinchiese de gozo y admiración toda la vecindad.

La Revelación de la pureza de Nuestra Señora.

Luego te ocurrirá la vuelta de la Virgen y la pena que sintió por la sospecha de su sancto esposo, que quería secretamente dejarla, hasta que fué asegurado por el ángel. En el cual caso podrás entender la paciencia que tuvo la Virgen, que nunca osó confesar su propria inocencia, hasta que tuvo testimonio, y no divino.

El Nascimiento de Cristo.

Contempla después cómo por mandamiento del emperador de la tierra van ambos á Betlem. En la cual peregrinación, llegándose el tiempo del virginal parto, fueron forzados á recogerse en una vil posada de animales, donde naciendo el Hijo de Dios, fué recostado en un pesebre. Entonces de muchas partes te vendrán motivos en que ocupes tu corazón, considerando el padecer del tierno Hijo, y el compadescer de la piadosa Madre, la alegría de los ángeles, la venida de los pastores, la luz no acostumbrada del cielo, y otras muchas cosas, según que el espíritu te inclinará á meditar.

La Circuncisión.

MÍRALE después al octavo día derramar su primera sangre en la circuncisión, no por sanar sus llagas, sino las nuestras. Donde no solamente sentirás ternura de corazón, mas mezclándose las piadosas lágrimas de la Madre con la inocente sangre del Hijo, y lavando con aquel licor tu corazón, resfriarás las ardientes llamas de la carne y criarás en ti la preciosa perla de la castidad.

La Presentación en el templo.

NI te será menos precioso el misterio de la Presentación, cuando el viejo Simeón tomó al Niño en sus brazos, y viendo aquel tesoro mayor que en la tierra se podía ver, y cumplido su largo deseo, demandó merced á Dios que dejase ir en paz su siervo. Donde cuanto él tuvo de contentamiento, tanto dió á la Virgen de angustia, profetizando que su ánima sería traspasada con cuchillo de dolor, manifestando el escondido juicio de Dios, y diciendo que aquel infante sería para caída y levantamiento de muchos.

La Adoración de los Magos.

CONSIDERA después la fe de los Magos guiados por una estrella hasta llegar á la casa donde le adoraron. Y de la otra parte mira la malicia de Herodes, de quien huyendo la Virgen con su sancto Hijo, te da á entender así la crueldad de los hombres como la paciencia de Dios. Y no te sea grave juntarte con aquella pobre compañía en el destierro que por ti sufrieron para llevarte á tu patria, prometiendo de serles siempre leal compañero. Ca no menos merecerás acompañándolos con piadosas meditaciones, que si corporalmente caminaras con ellos. Lo que en Egipto hicieron no lo declara la Escriptura: mas por ti mesmo podrás formar muy muchas consideraciones cerca de su niñez, que te muevan á devoción. De la misma manera imagina que vienes con ellos de jornada en jornada, cuando vuelven á su ciudad, y unas veces dales la ayuda que hubieren menester para su camino, otras platica con la Madre de su dulcísimo Hijo, y con el sancto Josef tenido por padre, otras halaga al graciosísimo Niño y pí-

dele que te resciba por suyo. En la cual plática tu corazón se derretirá, y con la familiaridad con el Sol de justicia no podrá dejar de recibir luz y calor espiritual.

Cuando se perdió el Niño de doce años.

IGUALMENTE cuando siendo de doce años fué perdido por la Virgen en el templo, y después de ser buscado dolorosamente por tres días, fué hallado en medio de los doctores, no te sea pesado en este paso andar con ellos buscando su amado y angustiarte con ellos por su ausencia. Porque te certifico que si perseverantemente le buscares, que Él te dé un espiritual y maravilloso gusto de su sabiduría, cuyo resplandor te hará menospreciar cualquiera curiosa doctrina deste siglo.

Dende entonces hasta su predicación pasaron muchos años, en los cuales no tenemos escrito lo que hizo: pero no debes pensar que estaba ocioso, mas puedes tener por cierto que siempre se ocupaba en tu salud. Y ¿quién podrá pensar cuántas veces juntaba el día con la noche perseverando en oraciones, cuántas amarguras y angustias sentía poniendo delante de sus ojos la pasión que había de padecer, cuántas veces se fatigaba viendo tus pecados, como la madre que ve morir á su hijo? Porque cuanto Él era inocente, tanto más se dolía de los pecados del mundo: cuanto excedía todos los hombres y ángeles en caridad, tanto quiso padescer mayores trabajos: y cuanto más voluntario fué su dolor, tanto quiso que fuese más crescido, para mostrarnos su infinita piedad.

Del ayuno y tentación.

CUANDO se llegó el tiempo de manifestarse al mundo, fuése primero al desierto. Cerca de lo cual podrás hacer muchos discursos, imaginándote presente cuando se despidió de su Madre, y cómo andaba solitario en aquella escura selva, cómo ayunó continuamente cuarenta días y noches, cómo allí lloraba tus pecados, cómo ofrecía al Padre su sangre en satisfacción por ellos, cómo fué entrado del demonio en diversas maneras, cómo victoriosamente triunfó, cómo le vinieron á servir los ángeles. Y si aprendieres á compadecerte dél en sus trabajos, serás por Él y con Él vencedor en las tentaciones, y compañero de los sanctos espíritus que allí le sirvieron.

Del Baptismo.

PERO no dejes de considerar cómo primero de su siervo S. Juan Baptista recibió el baptismo, no por lavar sus mancillas (que ningunas tenía) mas por dar al agua virtud para lavar las nuestras. En el cual misterio hallarás muchos testimonios de su divinidad. Porque el Padre dende el cielo le llama su hijo muy amado. El Espíritu Sancto en figura de paloma se sienta sobre su cabeza. Sant Juan testifica ser Él quien quita los pecados del mundo. Donde tú podrás así del uno como del otro sacar ejemplo de humildad, esperanza de perdón, amor de penitencia, y propósito de adorar y reverenciar á Dios por ti humillado.

De los discursos de la predicación.

MUCHO más tendrás que considerar en lo que resta, cómo queriendo echar fuera del mundo al tirano demonio, escogió para su compañía no sabios, no poderosos, mas pobres pescadores, con los cuales caminando por diversas partes derramaba su doctrina y con milagros nunca oídos confirmaba sus palabras. En esto hallarás abundante materia para considerar, conviene saber, la caridad sin medida que tuvo contigo, por la cual no perdonó á fatigas y penas, las cuales tanto fueron mayores, cuanto de los hombres por cuya salud padecía, recibió mayores contradiciones, injurias, infamias, pasión y muerte. Donde si atentamente considerares cuán grande y cuán excelente sea este tu amigo, y cuán fielmente te ama, y de otra parte miras con cuánto desagradecimiento le respondes, no podrás dejar de quedar espantado de ti mismo.

De los milagros de Cristo.

CONTEMPLANDO sus milagros, no sólo debemos confesar la virtud divina, á quien toda criatura obedecía, mas con todo esto le suplica que otros tales milagros obre Él espiritualmente en tu ánima. Como cuando alumbró al que nasció ciego, puedes tú presentarle tu ceguedad interior, para que te dé verdadera luz para conocer á ti y á tu criador. Así en la sanidad del paralítico, pide que sane tu espiritual perlesía. Semejantemente en la liberación de los endemoniados, pedirás que defienda tu ánima de las furiosas pasiones del enemigo, y con las piadosas hermanas podrás suplicarle resuscite tu ánima del sepulcro de la mala cos-

tumbre á nueva composición de vida, como resuscitó á Lázaro. Así aprenderás la oración del corazón, que se hace más con el deseo que con palabras. Pues muy peor es la miseria del ánima que la del cuerpo, y menos mal sería que fuésemos por fuerza atormentados de enfermedades y demonios, que dejarnos de nuestra voluntad ser poseídos del pecado. Porque ninguna cosa se puede llamar verdaderamente mal, si no solo éste. Desta manera de todas las obras y palabras de Cristo recibirás doctrina viva y ayuda segura para tu salvación.

LA PASIÓN DEL SEÑOR

De cómo el Salvador se despidió de Nuestra Señora.

PERO singularmente se moverá tu corazón considerando su última pasión: en la cual puso todas sus fuerzas y grande amor que de nuestra salvación tuvo. Y si una de mil partes della supieses sentir y pudieses gustar, fácilmente podrás desenredarte de cualquier laborintio de pecados. Á lo menos te ruego quieras con devoción pasar por la memoria aquellos piadosísimos misterios de los cuales cada uno merecería la ocupación de toda nuestra vida. Llama, pues, todas las potencias de tu ánima y mándales que despidiendo todo otro pensamiento se recojan para esta sola consideración, y como si todas sus penas estuviesen presentes á tus ojos, así vivamente mira tu Señor. Primero cómo sabiendo el malvado consejo de Judas, se apartó tu inocente Señor amargamente de su Madre que más que á sí mesma le amaba. Donde sentirás enternecerse tu corazón, si piensas con qué ánimo pudo la Madre, y tal madre, despedir á su Hijo, y á tal hijo, para la muerte, y á tal muerte, y con qué ánimo el pacientísimo Hijo aceptó dos muertes, una de apartarse de su Madre, otra de su propria vida.

De la última cena.

LUEGO se ofrece su última cena, en la cual considera cómo descubre la secreta traición á sus discípulos, que dello quedaron espantados. Mira luego á Sant Pedro, que con los otros le promete de nunca desampararle, y á Sant Juan dormir sobre su pecho por la grande tristeza. Pero más admirable espectáculo es mirarle levantado de la mesa, á manera de siervo ceñidas las hal-

das, y puesto de rodillas á los pies de Sant Pedro, que todo estaba lleno de tristeza y vergüenza, á quien (rehusando él) lavó los pies y luego á todos los otros. Y dado que pasando tu memoria por cada uno de los discípulos puedas sacar algún provechoso ejemplo para tu vida, pero si contemplas la majestad del Señor abajado á los pies del traidor, y lavar los pies que tan prestamente habían de correr para derramar su preciosa sangre, serás compelido (cotejando la dureza del uno y la humildad del otro) á derramar lágrimas que laven la fealdad de tu ánima. No menor devoción y espanto habrás, si miras su proprio cuerpo y sangre en figura de pan dado á comer á sus discípulos. En que claramente se mostró su amor entrañable y la grandeza de su poder. Considera un tan nuevo milagro, y el fructo que de tal manjar dinamente recebido se saca, y el espantable juicio que á los malos obstinados (cual era Judas) sucede. Escucha después el graciosísimo sermón que volviendo á la mesa hizo, amonestando á los suyos á tener paciencia y caridad unos con otros. Y finalmente mira cómo levantando los ojos á su Padre, le encomienda y ofrece con lágrimas su ganado, que dende á poco había de quedar sin pastor, y cómo les dió su bendición. En el cual paso, no digo los hombres, mas las fieras y las piedras se movieran á compasión.

La Oración del huerto.

NO desampares con tu pensamiento al Señor en su penoso trabajo, acordándote siempre que todo lo sufre por tu causa. Mira cómo camina para el lugar donde sabía que le estaban sus enemigos aguardando. Y llegando allí lleno de inestimable tristeza, tres veces recorrió á la oración. Y viéndose desamparado de sus discípulos y de su Padre, teniendo tan flaca la carne cuanto tenía fuerte el espíritu, con el peso del dolor cayó en tierra todo rociado del sudor de sangre. En el cual paso te conviene consolarle, pues de todos está desamparado. Y si más no puedes, á lo menos hácele compañía con tu presencia y dale algún refrigerio con piadosas lágrimas.

De la prisión del Salvador.

CONTEMPLA después cómo habida la respuesta del Padre traída por el ángel, él de su gana se ofreció como manso cordero al sacrificio. Ca volviendo á sus discípulos fué salteado de los

crueles ministros, de los cuales no solamente no se defendió, mas reprehendió á quien le quería defender. Entonces dándoles él mismo las fuerzas con que le prender, fué por ellos preso, injuriado y llevado á juicio. Donde la pena del Maestro, la huída de los discípulos, la amargura de la Madre, te poderán mover á grande compasión. Dejo para ti que consideres los baldones que allí le dijeron, los acometimientos de los viles porquerones y soldados, los regocijos de los escribas y fariseos. Con el cual pensamiento poderás bien recoger tu espíritu y huirá de ti toda distración.

La negación de S. Pedro.

LUEGO contempla á S. Pedro que vencido del temor negó á su Maestro y juró que no le conocía, y después confundido de su culpa por mirarle el Señor, lloró su pecado: con el cual poderás juntamente levantarte á penitencia, trayendo á la memoria las ofensas que contra Dios has cometido.

La presentación ante los jueces, azotes, espinas, &c.

YO no puedo escribir cuán amarga noche aquella pasase: pero por ti mesmo hallarás en ella muchos puntos de compasión, y muchos más, si miras á lo que á la mañana siguiente se hizo, conviene saber, la bofetada que recibió en casa de Anás, la acusación delante de Caifás y después ante de Pilato, el escarnio que dél hicieron en presencia de Herodes, su pública infamia cerca de todo el pueblo, los crueles azotes á la columna, la coronación de espinas, la presentación á los ojos de toda la gente, como las gritas y alborotos y las voces que daban pidiendo la condenación del inocente Cordero. Muy duro serás, si en materias tan miserables estás insensible.

Del llevar la cruz y ser puesto en ella.

PERO más duro serás, si á lo que se sigue no suspiras. ¿Cuál corazón no se moverá viendo al Hijo de Dios sentenciado á muerte por hombres malos y ser llevado por gente armada entre dos ladrones con la pesada cruz sobre sus hombros? ¡Cuál estaba su rostro! ¡Cuál se había parado por la corriente de lágrimas y sudor, por las salivas, por la sangre y por los cardenales! ¡Cómo no parescía tener figura de hombre, cuanto menos de

Dios y hombre! ¡Cuánta fué la pena de su Madre, que le vió entre tantas angustias, y no le pudo socorrer! ¡Cuál fué la miserable historia que pasó, cuando despojado, desnudo y enclavado en el duro maduro de pies y manos, fué levantado en alto y sostenido en ásperos y duros clavos! Faltan para todo esto palabras y entendimiento. Ni por otra mejor manera se podía dar mejor á entender este negocio, sino tremiendo la tierra, y quebrantándose las piedras, y llorando los ángeles amargamente.

De la grandeza de los dolores que el Señor pasó en su pasión y muerte.

Si tú deseas en esta meditación compadecerte de Cristo, piensa primero cómo por todas vías la muerte de tu Señor fué excesivamente terrible, así porque fué perseguido de aquéllos á quien había predicado y por quien había hecho muchas maravillas (de donde justamente había de esperar servicios) como porque murió en edad en que más se siente la pasión de la muerte, y en el tiempo más solemne, donde infinita gente concurría, y en el lugar más público, y con tormento más infame y más contrario á su merecimiento, y que era de tal complexión, que más le lastimaba una puntadura de un alfiler, que á otro hombre una grande herida. Allende desto fué generalmente en todos los miembros de su cuerpo atormentado. Porque las manos y pies fueron pasados con clavos, el costado fué abierto con una lanza, la cabeza fué llagada con espinas, la cara fué abofeteada, las barbas peladas, la garganta sedienta, y todo el cuerpo descoyuntado y lleno de azotes.

De manera que fué muy grave la pasión en su cuerpo: pero mucho fué mayor la interior de su alma, que es cosa que pocos saben estimar. Mas ten por cierto que todas las criaturas juntas en uno no podrían sufrir tanto como Él solo sufrió, así como en caridad sobrepujaba á todas ellas. Y dejando el dolor que de su Madre y de sus discípulos tenía, atormentábale extrañamente la angustia que sentía por aquéllos por quien se veía padescer en vano, á quien por su proprio desagradecimiento no había de ser su pasión fructuosa, mas antes les había de ser ocasión de mayor condenación. La cual pena tanto más le era grave, cuanto veía que su pasión era abundantísima y sobrada para salud de todo el universo.

Á estas cosas añade que su pasión no fué repartida de manera que parte della padesciese por uno, parte por otro, mas de tal manera padesció universalmente por todos, que en particular padesció por cada uno. De donde puedes verdaderamente creer que así padesció por ti solo, como si por otro no padesciera. Por la cual consideración serás provocado á huir las culpas que de tantas penas fueron causa, y se encenderá en tu ánima tan grande fuego de humildad, que no solamente te estimarás por el mayor de los pecadores, mas á ti solo tendrás por pecador, no viendo otro pecado sino el tuyo, y considerando que por ti se expendió un bien infinito (que encierra todos los bienes, que es la vida de Cristo) te parescerá que todos los pecados se amontonarán en ti solo, como si en otro que en ti no se hallasen. Ni te maravilles si quiero de ti tan desmedida y grande humiliación, porque á esto te obliga el infinito exceso de la divina caridad que ves en Cristo crucificado. Á la cual si no respondes con gran deseo, con razón serás notado de frialdad y desagradescimiento. Y si Él puso cuanto tenía por ti al tablero, sin guardar para sí alguna cosa, ¿cómo no debes tú todo transformarte en su pasión, como lo hacía el Apóstol, que decía: Con Cristo estoy crucificado en la cruz. Por cierto eres obligado no sólo ocuparte en él con todas las potencias de tu ánima, mas convenía estar aparejado por su amor á ser puesto en todo tormento, así temporal como eterno, y tanto aborrescer á ti mesmo cuanto Él debe ser de ti amado. Pues cuando llegares á tal disposición, la cual se alcanza con tener siempre los ojos puestos en Cristo crucificado, entonces verdaderamente amarás á Dios. Y porque no se halla verdadero amor sino en Él, amarás juntamente á ti mismo y á tu prójimo. Y así el sancto aborrecimiento de ti mesmo te traerá á sancto amor, como antes el desordenado amor de ti mismo te hacía perder á Dios, y á ti mismo, y todo bien. Mira pues cuánta luz se te comunicará de meditar las obras y misterios de tu Redemptor. Por tanto te amonesto que siempre con el pensamiento le acompañes, y principalmente en la cruz, donde enflaquecido por tu amor te provoca á amarle con semejante amor.

De las siete palabras.

MÍRALE cómo echa llamas de fuego por aquellas preciosas ventanas de sus llagas como un muy encendido horno. Escucha las palabras que allí suenan, bastantes para romper toda oreja de piedra. Cuando dice: Padre, perdona, pide tú juntamente perdón de todos tus pecados. Cuando se queja porque fué desamparado, prométele tú de nunca desampararle. Cuando al fiel ladrón da el paraíso, toma tú confianza en tan grande liberalidad. Suplícale que con el amado discípulo te encomiende á su santa Madre. Y en su postrera sed no te sea penoso acudirle, siquiera con algunas lágrimas de tu corazón. Y finalmente encomienda tu espíritu en sus manos, como Él encomendó el suyo en las de su Padre. Desta manera sacarás fructo de compunción, el cual gustado avivará tu apetito para las otras cosas mayores.

Del descendimiento de la cruz, y sepultura.

POR tanto meditando acompaña aquéllos que perseveraron con él en la cruz, y dellos aprende á suspirar. Ayuda á los que abajan el llagado cuerpo y le ponen en los brazos de su muy afligida Madre. Detente un poco escuchando el llanto que hace sobre su querido Hijo y sobre la crueldad de los pecadores, los cuales aun todavía pecando renuevan su dolor: en el número de los cuales debes contar á ti mismo. Ayuda también con tus manos á sostener la carga de su sagrado cuerpo con aquéllos que le llevaban al sepulcro. Y llorando lava sus sangrientas heridas con tus lágrimas, que no será menor servicio que si con precioso ungüento las ungieses. Y no te despidas de Él hasta que deje tu corazón heredero de su sepulcro.

De la descendida al limbo, resurreccion, &c.

NO te faltará en este tiempo qué meditar, unas veces consolando á la Virgen, otras oyendo los sollozos de Sant Pedro y de los otros discípulos, otras aparejando las unciones con las piadosas mujeres, otras volviendo con el pensamiento á mirar sus llagas, otras gozándote de la nueva luz qne apareció á los sanctos padres en el limbo por la presencia del ánima de Cristo, hasta que resucitado alegra el cielo y la tierra con su triunfo.

Y en muchos días consuela á sus discípulos, y finalmente en presencia de ellos se vuelve al cielo. Y después de algún tiempo les envió el Espíritu Sancto en figura de fuego, y de hijos de hombres los hace hijos de Dios.

No sin causa queriéndote enseñar á vencer los ociosos y vanos pensamientos y orar en lo escondido de tu espíritu, he discurrido por diversos misterios de la vida de Cristo. Porque no hallarás estribo de mayor fortaleza y en que más se esfuerce el ánima contra la distración, que éste. Ni por otra cosa descendió el Hijo de Dios, y obró tan maravillosas obras, sino por llevar tu ánima con la consideración dellas á la divina unión. Ca como el Verbo divino unido con la carne obraba maravillas en la tierra, así por su medianería tu ánima agora por la fe y devoción y después por clara visión se uñirá con Él en la gloria.

TERCERO EJERCICIO

En el conoscimiento de sí mismo y en la virtud de la humildad y en todas las otras virtudes que de ella proceden.

DEMÁS de estos ejercicios susodichos, hay otro provechosísimo, copiosísimo y suavísimo en el conoscimiento de sí mismo y en la virtud de la humildad, con todas las demás que de ella proceden. Porque para esta virtud ayuda grandemente la consideración, pues no es otra cosa humildad (como difine San Bernardo) sino un verdadero desprecio de sí mismo, el cual procede del conoscimiento de sí mismo. Por do parece que la consideración y conoscimiento de sí mismo es la fuente de la humildad, y por consiguiente de todas las otras virtudes que de ella proceden.

Este ejercicio llaman algunos de aniquilación, porque el fin de él es conoscer el hombre clarísimamente cómo de su parte es nada, y cómo todo lo que tiene es de Dios, para que vea que á Él solo debe servir y amar, pues á Él solo debe todo lo que es y espera ser.

Pues para ocuparse en este sancto ejercicio, debe el hombre recogerse en algún lugar y tiempo convenible (aunque todos los lugares y tiempos debían servir para esto) y es muy proprio el tiempo de la mañana en levantándose de la cama, y allí á solas y con todo silencio comience á considerar lo que es de su parte

y lo que de parte de Dios: para que por aquí vea claramente en qué se ha de tener á sí, y en qué ha de tener á Dios.

Para ver lo que es de su parte, considere primeramente cuanto al cuerpo lo que fué antes del nascimiento, y lo que después del nascimiento, y lo que será después de muerto. Antes que nasciese ya se sabe que fué una masa sucia y hedionda & indigna de ser nombrada. Después de nascido (si bien se mira dentro y fuera) verá cómo es un muladar cubierto de nieve, y un sepulcro por de fuera blanqueado, y un vaso dañado que todos cuantos licores echan en él, corrompe, y finalmente una criatura puesta en medio del furioso mar deste siglo á todos los vientos y vaivienes de la fortuna: después de muerto lo que será, ya lo ves, y si no lo ves, abre alguna sepultura, y allí claramente lo verás, y te espantarás viendo lo que agora eres, y lo que de aquí á poco serás.

Cuanto al ánima considera también otras tres cosas semejantes á éstas, conviene saber, lo que fuiste antes del nascimiento, y lo que antes del llamamiento, y lo que después del llamamiento. Antes del nascimiento fuiste nada. ¿Qué es nada? No hay cosa en el mundo con que esto se pueda explicar, sino con imaginar unas tinieblas escurísimas, una hondura sin suelo, una pura privación de todo ser, finalmente nada, que es menos que una piedra y una paja. Y mira cuántos mil años estuviste así, y cuántos te pudieras estar así, si Dios no te sacara á luz y te diera ese nuevo ser que tienes. Estáte pues aquí un poco de tiempo, y detén los ojos contemplando esa nada, hasta llegar á pasarla con las manos (si fuese posible) porque por ahí recebirá tu ánima una grande luz y un grande conoscimiento de ti y de Dios.

Antes del llamamiento (si Dios te ha llamado y sacado de algún pecado mortal) si miras atentamente y con grande consideración lo que antes fuiste, hallarás que fuiste una bestia bruta que en todo y por todo seguía sus apetitos bestiales, y un puro gentil que ningún temor ni ley ni cuenta tenía con Dios, más que si nunca lo conoscieras, y así te fueste y te derramaste sin freno por todos cuantos vicios y maldades quisiste.

Después del llamamiento considera no sólo las culpas y pecados que de presente cometes, sino mucho más el haber tan mal respondido á las inspiraciones divinas y á las oportunidades y aparejos que el Señor te habrá dado para bien vivir. Porque si

bien consideras esto, podrás tener por cierto que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las señales que en ti (quiero decir, que si á un ladrón y salteador de caminos hubiera el Señor dado lo que á ti) por ventura hubiera aprovechado mucho más en la virtud que tú, y quizá habrás, como el otro siervo malo, cavado en la tierra y escondido el talento de tu Señor, por donde mil veces habrás merecido que te lo quitase, sino que todavía su misericordia te ha esperado benignamente. Lo cual no es virtud tuya sino gracia suya, por donde (cuanto es de tu parte) eso eres que por justicia merecías ser. Y pues merecías por esta ingratitud y negligencia ser desamparado de Dios y echado en las tinieblas exteriores, en ese lugar debes imaginar que estás, pues (cuanto es de tu parte) en ése merescías estar.

Pues según esta cuenta por la primera consideración hallarás que eres nada: por la segunda, que eres aun menos que nada (por razón del pecado, que hace al hombre menos que nada) por la tercera, eres aun menos que todo esto, pues merecías ser desamparado de Dios y sentenciado á perpetua privación y destierro del cielo. Cata aquí, hermano, el ajuar que tienes de tu parte, y lo que eres de ti mismo, así por parte del cuerpo como del ánima. Veamos agora lo que eres por parte de Dios.

Por parte de Dios hallarás claramente que todo cuanto tienes (que merezca nombre de ser ó de bien) todo te vino de Aquél que es fuente de todos los bienes y de todo el ser. Porque tres maneras de bienes hay en el hombre, bienes de naturaleza, y bienes de gracia, y bienes que el mundo llama bienes de fortuna.

Los bienes de naturaleza claramente ves que son de Dios, cuerpo, alma, vida, salud, fuerzas, sentidos exteriores & interiores, y todo finalmente hasta el postrer pelo es de Dios.

Bienes de gracia claramente ves también que son suyos: pues por eso se llaman bienes de gracia, porque graciosamente fueron dados de la mano del Señor. Entre los cuales el primero es la gracia de la predestinación, que no cae debajo del merescimiento. El segundo la gracia de la justificación, que tampoco se puede merecer de nuestra parte. El tercero la gracia concomitante, que aunque cresce con nuestros merescimientos, todavía no deja de ser gracia, pues el merecer procede de gracia. La cuarta es la gracia de la perseverancia, que tampoco cae debajo

de merescimiento. La quinta es la gloria, que es gracia consumada, y ésta también es gracia, pues como dice el Apóstol, por la gracia de Dios se da la vida eterna. De las otras maneras de gracias que llaman *gratis datas*, si algunas tienes, el mismo nombre se lo dice que son dadas por sola gracia, y por consiguiente que todas se deben al dador.

Los otros que llaman bienes de fortuna, también los da el mismo Señor, por cualquiera mano que nos vengan: y quien esto no cree, no cree al Espíritu Sancto que dice: Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza, de Dios viene. Ves luego cómo todo cuanto hay en ti y fuera de ti, es de Dios.

¿Qué se sigue de aquí? Que despidas, hermano mío, de ti toda soberbia, toda presumpción, toda vanagloria y toda jactancia, y te desprecies y tengas en lo que eres, y des de todo la gloria á Dios, que es el oficio proprio de la humildad, la cual (como has visto) nasce de esta susodicha consideración y conoscimiento de sí mismo.

¿Qué más se sigue de ahí? Que de aquí adelante mires á Dios como á fuente y origen de ti mismo, y de todo cuanto hay en ti y fuera de ti, y de todo lo que eres y puedes ser, y por consiguiente que ya no sacrifiques á tus redes, ni á tu industria, ni á tu brazo de carne, sino á solo Él, pues de solo Él procede lo que fueste, lo que eres y lo que esperas de ser. Pues según esto ¿con qué ojos será razón que mires á tal Señor? Quiérote poner algunas comparaciones para esto, porque mejor sepas cómo lo has de mirar: porque te hago saber que desta manera de aspecto se derivan todas las influencias del verdadero sol de justicia en nuestras ánimas.

Mírale pues de la manera que miran todos los efectos á sus causas (de las cuales procede todo su ser) pues Él es causa universal de todas las causas. Mírale como mira el hijo á su padre (que es principio de su ser) pues Él es padre y más que padre, y Él es el origen y principio de nuestro ser. Mírale como la esposa al esposo (de quien dependen todos sus bienes presentes y futuros) pues Él es el verdadero esposo que solo da á nuestras ánimas cumplido contentamiento. Mírale como el cuerpo al ánima (de quien recibe toda la vida, honra y hermosura que tiene) pues Él es el ánima de nuestra ánima y vida de nuestra vida. Mí-

rale como la tierra al cielo (de quien recibe toda la fertilidad y hermosura que contiene) pues Él es el espiritual cielo que nos alumbra y gobierna, de quien procede toda nuestra vida y hermosura. Mírale como los rayos del sol al mismo sol, de do proceden y por quien se conservan, pues Él es el que nos dió todo este ser que tenemos, y el que siempre nos está conservando en él. Finalmente mírale con aquellos ojos con que mira la sacratísima Humanidad de Cristo al Verbo divino, con quien está unida y de quien recibe todas las perfecciones que tiene, hasta el mismo ser con que subsiste: la cual vista es la más humilde, la más casta, la más amorosa y más leal de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Y así trabaja tú por imitar en algo esta manera de vista según el espíritu y favor que el Señor te diere.

Pues según esta cuenta, si todo tu ser y todos tus bienes presentes, pasados y venideros, proceden de este Señor, ¿á quién has de mirar, á quién temer, á quién agradar, á quién obedescer, á quién reverenciar, á quién alabar, en quién esperar, á quién guardar fe y lealtad, sino con solo Él? Vayan, vayan fuera de ti todos los otros respectos humanos, vayan todos los otros cumplimientos terrenos, pues ni tú tienes que ver con ellos, ni ellos tienen que ver contigo, sino solo el Criador y Señor de todo.

Ves pues, hermano mío, cuánto fructo ha nascido de esta pequeña raíz, que es el conoscimiento de sí mismo. Porque si bien has mirado, de aquí nace el amor de Dios, y el temor, y la obediencia, y la esperanza, y la oración, y el hacimiento de gracias, y la pureza de intención, y el menosprecio del mundo, con todo lo demás. Por donde verás cuánta razón tienen los que dicen que la humildad es raíz y fundamento de todas las virtudes, pues tan claramente ves cómo todas ellas se derivan del conoscimiento de sí mismo, que es la raíz y fuente de la humildad. Porque del conoscimiento de sí nasce luego el de Dios, y del conoscimiento de Dios y de sí mismo, todas las otras virtudes.

Tras de esta consideración convenientísimamente se pueden luego seguir aquellas dos partes de oración que arriba tratamos, que son, ofrecimiento y petición. Porque entendido cómo Dios es nuestro principio y nuestro hacedor, y nosotros su hacienda y su hechura, luego veremos cuánta razón hay para que sirva la hechura á su hacedor, y la hacienda á su señor, y el cativo á su redemptor. Y considerando todo esto, luego nos podemos ofrescer húmil-

mente en sus manos y derribados á sus pies protestar que somos suyos, y que lo queremos ser, y que así nos ofrecemos á Él, para que en tiempo y en eternidad haga de nosotros como de hacienda suya todo lo que quisiere. Y demás de esto, que nos dediquemos de ahí adelante para no ser más nuestros sino suyos, y para no hacer más nuestra voluntad sino la suya, y para no pretender más en lo que hiciéremos, nuestro interese ó contentamiento, sino solo el beneplácito de su divina voluntad.

Y porque esto no podemos nosotros hacer sin Él, sígase luego la petición: en la cual pidamos todas aquellas virtudes que de este principio y conoscimiento se derivan, diciendo así, ó de otra manera, según que el Espíritu Sancto nos enseñare.

Señor, si Vos sois mi principio y mi fin, ¿á quién tengo de amar sino á Vos? Si Vos mi Rey y mi Señor, ¿á quién tengo de obedecer sino á Vos? Si en vuestras manos está todo mi bien y mi mal, ¿á quién tengo de temer y reverenciar sino á Vos? Si de sola vuestra misericordiosa mano recebí todo lo que tengo, y de ella espero recebir todo lo que me falta, ¿en quién ha de estar toda mi esperanza sino en Vos? Si Vos solo sois mi padre, mi madre, mi criador y mi gobernador, ¿ á quién tengo de recorrer en todas mis necesidades sino á Vos? Si de Vos tengo rescebidos y rescibo cada día tantos bienes, ¿á quien tengo de alabar y dar gracias sino á Vos? Y si los criados sirven á sus reyes y señores con tanta fidelidad y diligencia, y en negocios de tantos trabajos y peligros, por lo que de ellos han recebido y por lo que esperan recebir, yo que tanto más he recebido de Vos y tanto más espero rescebir, ¿porqué no os serviré, Dios mío, con mayor fidelidad, con mayor diligencia, con mayor cuidado y en mayores trabajos, pues Vos, Señor, merescéis más, & yo os debo más, y sin comparación es mucho más lo que espero yo de Vos? Dadme pues gracia para que yo así os sirva. &c.

SÍGUESE UNA MUY DEVOTÍSIMA ORACIÓN

para antes de la Sagrada Comunión.

GRACIAS y alabanzas te doy, Salvador y Señor mío, por todos los beneficios que has querido hacer á esta tan vil y miserable criatura. Gracias te doy por todas las misericordias de que usaste con el linaje humano en el misterio de tu sancta encarna-

ción, y señaladamente por tu sanctísimo nascimiento, por tu circuncisión, por tu presentación en el templo, por la huída á Egipto, y por el ayuno y tentación, por los trabajos de tus caminos, por el discurso de las predicaciones, por las persecuciones del mundo, por los tormentos y dolores de tu acerbísima pasión, y por todo lo que en este mundo padeciste por mí, y mucho más por el amor con que lo padeciste, que sin comparación fué mayor.

Sobre todo esto te doy gracias porque tienes por bien asentarme á tu mesa y hacerme participante de ti mismo y de los inestimables tesoros y méritos de tu pasión. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿con qué te pagaré yo esta nueva misericordia? ¿Quién eres tú y quién nosotros, para que tú, Señor de la majestad, quieras descendir á nuestras casas de barro? Á tu casa, Señor, conviene la sanctidad en longura de días. Pues ¿cómo quieres tomar por casa la que está llena de maldad en todos los días? El cielo es tu silla, y la tierra es el escaño de tus pies, y todo lo hinche la gloria de tu majestad. Pues ¿cómo quieres aposentarte en tan viles pajares? ¿Es posible (dice Salomón) que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cuánto menos bastará esta tan estrecha posada? ¡Oh, cómo es grande maravilla que Aquél que está asentado sobre los querubines, y dende ahí mira los abismos, que agora descienda á estos abismos y ponga ahí la silla de su grande majestad!

Poco le paresció á tu infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio, sino que tú mismo, Señor de los ángeles, quisieses venir á nosotros, y entrar en nuestras ánimas, y tratar allí por tus manos los negocios de nuestra salud. Allí visitas los enfermos, levantas los caídos, enseñas los ignorantes, encaminas los errados, y finalmente tú mismo eres el que nos curas de todos nuestros males: y esto no con otras manos que con las tuyas, ni con otra medicina que con tu carne y con tu sangre.

¡Oh buen pastor, y cuán fielmente cumpliste aquella palabra que nos diste por el profeta diciendo: Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado: yo buscaré lo perdido, y volveré á la prisión lo desechado!

Mas ¿quién será digno de tales mercedes? ¿Quién será digno de tan grande beneficio? Sola, Señor, tu misericordia nos hace

dignos de tanto bien. Y pues sin ésta nadie es digno, ella sea, Dios mío, la que me favorezca, ella sea la que me haga participante deste misterio y agradescido á este tan inestimable beneficio. Supla pues mis defectos tu gracia, perdone mis pecados tu misericordia, apareje mi ánima tu espíritu, enriquezcan mi pobreza tus merescimientos y lave todas las mancillas de mi vida tu sangre preciosa, para que así pueda dignamente recebir este venerable Sacramento.

Alégrome, Dios mío, cuando me acuerdo de aquel milagro que hizo Eliseo después de muerto, cuando resucitó á otro muerto que tocó en él. Pues si tanto puede el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto más podrá el Cuerpo vivo del Señor de los profetas? No eres tú por cierto, Señor, menos poderoso que tu profeta, ni mi ánima está menos muerta que aquel cuerpo, ni de menor virtud este tocamiento que aquél: pues ¿porqué no esperaré yo de aquí otro semejante beneficio? ¿Porque hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado que el que fué concebido de Espíritu Sancto? ¿Porqué ha de ser más honrado el cuerpo del siervo que el del Señor? ¿Porque no resuscitará tu sagrado Cuerpo las ánimas que se llegaren á ti, pues aquél resuscitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquél, sin buscar la vida, recibió lo que no buscaba, por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á tu infinita misericordia, Señor mío, que pues yo la busco por medio de este Sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva más para mí, sino para ti. Oh buen Jesú, por aquella inestimable caridad y amor que te hizo encarnar y morir por mí, húmilmente te suplico me quieras alimpiar de todos mis pecados, y adornar con tus virtudes y merescimientos, y darme gracia para que reciba este sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de apartarme de ellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto ministerio.

Dame también, Señor, aquella pureza de intención con que reciba yo este misterio para gloria de tu sancto nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa contigo mediante este sacramento de amor, y para ofrecerte este sacrificio por la

salud de todos los fieles así vivos como defunctos, para que todos sean ayudados con la virtud inestimable deste Sacramento, que por la salud de todos fué instituído y consagrado. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACION DE SANT BUENAVENTURA

para después de la Comunión.

Señor Dios todopoderoso, Criador y Salvador mío, ¿cómo he tenido atrevimiento para llegarme á ti, siendo una tan vil, tan sucia y tan abominable criatura? Tú, Señor, eres Dios de los dioses y Rey de los reyes, tú eres la suma de todos los bienes, toda la honestidad, toda la hermosura de la honestidad, toda la utilidad y toda la suavidad: tú eres fuente de resplandor, fuente de melodía, fuente de amor y abrazo de entrañable caridad. Y con ser tú el que eres, tú ruegas á mí, & yo huyo de ti: tú tienes cuidado do mí, y yo no lo tengo de ti: tú siempre me sirves, & yo siempre te ofendo: tú me haces infinitas mercedes, yo las menosprecio, y tú finalmente amas á mí que soy vanidad y nada, & yo no hago caso de ti que eres infinito & incomutable bien. El hedor y horror abominable del mundo antepongo á ti, Esposo benignísimo, y más me mueve la criatura que el criador, más la vanidad que la eternidad, más la detestable miseria que la suma felicidad, y más la servidumbre que la libertad. Y como sea verdad que valen más las heridas del amigo que los engañosos besos del enemigo, yo soy de tal condición, que más quiero las engañosas heridas del que me aborrece, que los dulces besos del que me ama.

Mas no te acuerdes, Señor, de mis pecados ni de los de mis padres, sino de las entrañas de tu misericordia y del dolor de tus heridas. No mires lo que yo contra ti hice, sino lo que tú por mí hiciste: porque si yo he hecho cosas por donde me puedas condenar, tú tienes hechas muchas más por donde me puedas salvar. Pues, Señor, si me amas así como lo muestras, ¿porqué me desamparas? ¿Porqué te alejas de mí? Oh amantísimo Señor, tenme con tu temor, apriétame con tu amor y sosiégame con tu dulzor.

Confieso, Señor, que yo soy aquel hijo pródigo que viviendo lujuriosamente y amando á mí y á tus criaturas desordenada-

mente, desperdicié toda la hacienda que me diste. Mas agora que reconozco mi miseria y pobreza, y vuelvo acosado de la hambre á las paternales entrañas de tu misericordia, y aquí me he llegado á esta mesa celestial de tu preciosísimo Cuerpo, ten por bien mirarme con ojos de piedad, y salirme á rescebir con los secretos rayos de tu gracia, y tender sobre mí los brazos de tu inefable caridad, y darme besos de suavidad y de paz. Conozco, Padre mío, que pequé contra ti, y que ya no merezco llamarme hijo tuyo, ni aun siervo jornalero: mas con todo esto ten misericordia de mí, y perdona mis pecados. Suplícote, Señor, mandes que me sea dada la vestidura de la caridad, el anillo de la fe y el calzado de la esperanza, con el cual pueda yo andar seguro por el camino fragoso desta vida. Váyase fuera de mí la muchedumbre de todos los vanos pensamientos y deseos, que uno es mi amado, uno mi querido, uno mi Dios y mi Señor. Ninguna cosa pues me sea dulce, ninguna me deleite sino solo Él. Él sea todo mío. & yo todo suyo, de tal manera que mi corazón se haga una misma cosa con Él. No sepa yo otra cosa, ni otra ame, ni otra desee, sino sólo á Jesucristo, y éste crucificado. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Á NUESTRA SEÑORA

para el mismo propósito.

SANTA María, dignísima Madre de nuestro Señor Jesucristo, serenísima Reina del cielo y de la tierra, que meresciste traer en tu sacratísimo vientre al mismo criador de todas las criaturas, cuyo venerabilísimo Cuerpo yo he rescebido, ten, Señora, por bien de entrevenir por mí, para que cualquier cosa que contra este sacramento he pecado por ignorancia, ó por negligencia, ó por malicia, todo me lo perdone por tus ruegos Jesucristo tu Hijo. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACION PARA MIENTRA SE DICE LA MISA

en la cual se ofrece al Padre la muerte de su Hijo.

CLEMENTÍSIMO y soberano criador del cielo y de la tierra, yo el más vil de todos los pecadores juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito Hijo)

por todos los pecados que yo he hecho y por todos los beneficios que de ti he recebido. Mira, clementísimo Rey, al que padece, y acuérdate benignamente por quién padesce. ¿Por ventura no es este Señor el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradecido? ¿Por ventura no es éste el auctor de la vida, el cual llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan cruelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, y sus manos inocentes corriendo sangre, y ten por bien de perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo y herido con un cruelísimo hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies, que nunca estuvieron en el camino de los pecadores, atravesados con duros clavos, y ten por bien de enderezar los míos en el camino de tus mandamientos. Ruégote, Rey de los santos, por este Sancto de los sanctos, por este Redemptor mío, que sea yo uñido con Él en espíritu, pues Él no tuvo asco de juntarse comigo por carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaescida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada y caída con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redemido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, y cómo bermejea su sangriento costado, cómo están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de su sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despezados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona la culpa del redemido. Éste es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todopoderoso. Éste es aquel sumo pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues Él resplandece rociado con la suya.

Éste es el sacrificio santo, agradable y perfecto ofrescido y aceptado en olor de suavidad. Éste es el Cordero sin mancilla, el cual enmudesció ante los que le trasquilaban, el cual herido con azotes, afeado con salivas & injuriado con oprobrios no abrió su boca. Éste es el que no habiendo hecho pecados, pa-

desció por nuestros pecados y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué heciste tú, oh mancebo dulcísimo, porque así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo Cordero, porque así fueses tratado? ¿Qué fueron tus culpas, y qué la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, & yo la ocasión de tu muerte, yo la causa de tu condenacion. ¡Oh maravillosa censura y dispensación de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno: ofende el reo, y es herido el inocente: lo que comete el siervo, págalo el Señor. ¡Hasta dónde, oh Hijo de Dios, hasta dónde descendió tu humildad! ¡Hasta dónde se extendió tu caridad! ¡Hasta dónde procedió tu infinito amor! ¡Hasta dónde llegó tu grande compasión! Yo cometí la maldad, tú sufres el castigo: yo hice los pecados, y tú te subjectas á los tormentos. Yo me ensoberbescí, y tú eres humillado: yo fuí el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad.

Mira pues agora, Padre eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrecido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrecer. Hete presentado tu amantísimo Hijo y puesto entre ti y mí este fiel abogado. Rescibe con serenos ojos al buen Pastor, y mira la oveja descarriada que Él te trae sobre sus hombros. Ruégote, piadoso Padre, que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia, sin que yo te lo meresciese, me lo diste por Redentor.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN

que también se puede decir en el mismo tiempo.

ADORO, alabo y glorifícote, Señor mío Jesucristo, bendígote y doite gracias, Hijo de Dios vivo, porque tus dignísimos miembros quesiste que por mi remedio fuesen en tantas maneras afligidos y lastimados. Yo los saludo á todos por tu honra y amor. Salúdoos, pies de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con duros clavos traspasados. Salúdoos, venerables rodillas, que tantas veces por mí en la tierra fuestes hincadas y tantas veces cansadas de caminar. Salúdote, pecho florido, y por mí con cardenales y heridas afeado. Salúdote, costado sacratísimo, que fueste por mí con la lanza herido y traspasado. Salúdote, corazón amabilí-

simo, suavísimo, piadosísimo, por mí rompido y alanceado. Salúdoos, espaldas, por mí con azotes rasgadas y ensangrentadas. Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos y estirados. Salúdoos, delicadas manos, cruelmente por mí con duros clavos heridas y traspasadas. Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados. Salúdote, boca y garganta suavísima, por mí con vinagre y hiel amargada. Salúdoos, benignísimos oídos, por mí cargados de injurias y afrentas. Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mis pecados. Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada con espinas, llagada con llagas y con la caña lastimada. Clementísimo Jesú, saludo todo tu precioso cuerpo, por mí azotado, despedazado, crucificado, muerto y sepultado. Saludo tu sangre muy preciosísima, por mí ofrescida y derramada. Saludo tu nobilísima ánima, por mí entristecida, angustiada y afligida.

Amabilísimo Señor, ruégote por tus sanctísimos miembros que sanctifiques los míos y laves todas las mancillas que yo les pegué usando mal de todos ellos. Tú que vives y reinas. &c.

ORACION DE SANCTO TOMÁS DE AQUINO

para pedir todas las virtudes.

TODOPODEROSO y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla, para gloria y alabanza de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda, y fuerzas para que lo obre en la manera que conviene para la salvación de mi ánima. Séame, Señor, el camino para Vos seguro, derecho y perfecto, y tal, que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os dé gracias y en las adversidades guarde la paciencia, no ensoberbesciéndome en lo uno ni desmayando en lo otro. De ninguna cosa tenga gozo ni pena, sino de lo que me llegare á Vos, ó me apartare de Vos. Á nadie desee contentar sino á Vos, ni tema descontentar á otro que á solo Vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de Vos, & muy caras y pre-

ciosas todas las vuestras, & Vos, Dios mío, sobre todas ellas. Déme, Señor, en rostro todo gozo sin Vos, y no desee cosa fuera de Vos: séame deleitoso cualquier trabajo que me viniere por Vos, y enojoso cualquier descanso sin Vos. Dadme que á menudo levante á Vos mi corazón: y si alguna vez de esto faltare, recompense la falta con dolerme de ella y proponer emendarla.

Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, maduro sin pesadumbre, prompto para las cosas de vuestro servicio y sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación y confiado sin presumpción.

Dadme que corrija yo el prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradición, y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún mal pensamiento lo aparte de Vos, un corazón noble que ningún bajo deseo tras sí lo lleve, un corazón valeroso que ningún trabajo le quebrante, un corazón libre que nadie baste á forzarle, y un corazón derecho que ninguna mala intención pueda torcerle. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor Dios mío, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, y vida que siempre os agrade y contente, perseverancia que confiadamente os espere, y esperanza que felizmente os abrace. Dadme que merezca yo ser clavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria. Amén.

FIN

INSTRUCCIÓN

Y REGLA DE BIEN VIVIR

PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS, MAYORMENTE EN LAS RELIGIONES.

ANTES que comencemos á tratar de los ejercicios y virtudes que ha de tener el que comienza á servir á Dios, es necesario declarar el fin de todo este negocio, porque la ignorancia dél es la que hace á muchos errar el camino.

El fin pues de este negocio es corregir y mortificar todos los resabios y siniestros de naturaleza, y hacer un hombre espiritual y virtuoso, para que así consiga el fin para que fué criado, que es Dios. El fin es criar un hombre nuevo, no de la tierra, sino del cielo: no de carne, sino de espíritu: no conforme á la imagen del Adam terreno, sino conforme á la del celestial: no según los afectos y condiciones de la primera generación de naturaleza, sino según los de la segunda, que es por gracia. Finalmente el fin es hacer aquello que mandó Dios al profeta Hieremías, cuando le dijo: Yo te he puesto para que arranques, y destruyas, y descepes, y edifiques, y plantes: conviene saber, para arrancar del ánima todos los apetitos y resabios que sacamos del vientre de la madre y de la corrupción del pecado en que fuimos concebidos, y plantar en su lugar las plantas de las virtudes que son conformes á la nueva regeneración y adopción á que somos llamados.

Por do paresce que así como el que quiere hacer un jardín en un monte bravo, la primera cosa que hace, es arrancar todo el monte, y luego plantar en la tierra limpia todos los fructales que quiere, así el que quiere hacer su ánima huerto cerrado y paraíso de deleites de Dios, la primera cosa que ha de hacer es arrancar de ella todas las malas yerbas y todas las espinas de vicios y siniestros de naturaleza, y luego plantar en su lugar todas las flores y plantas de virtudes y gracias. Semejantemente hacen

los que quieren pintar un hermoso retablo, que primero labran la madera y le quitan toda la corteza y fealdad que la tabla saca del monte, y después de acipillada y labrada pintan todas las figuras y colores que quieren. Lo mismo hacen los que quieren hacer una conserva, que primero dan un cocimiento á la fructa de que la quieren hacer, y mortifican todo aquel verdor y amargura que saca del árbol, y después échanla en un cocimiento de miel, para que tome el sabor que le quieren dar. Pues esta misma diligencia es agora necesaria en este estado en que la naturaleza quedó por el pecado (la cual antes no lo era) para destruir las reliquias de aquèlla primera generación y adornar el ánima con las virtudes de la segunda.

Por donde así como entre las fructas hay unas que en cogiéndolas del árbol se pueden luego comer, otras que primero es menester darles algún cocimiento, ó echarlas en conserva muchos días para corregir y matar el verdor y amargura natural con que nascen, así debemos entender que en el hombre hubo dos estados, uno antes de la culpa, y otro después: y en el primero estaba tan sazonado y maduro, que no había en él cosa que corregir ni que desechar: mas en el segundo tiene tanto que desechar y que corregir, que apenas hay en él cosa que no sea menester pasar primero por el fuego del Espíritu Santo, para que por él pierda toda la malicia que tiene.

Por do parece cuán grande hierro es el de los criadores de novicios, que ocupados y embarazados en otras cosas menores, no emplean todas sus fuerzas en esta mortificación y mudanza: porque de aquí nasce quedarse los hombres en el andar de la madre (que es en solo lo natural, bueno ó malo) lo cual no es menor inconveniente que poner un madero en un edificio hermoso así como se corta del monte, ó poner en la mesa aceitunas verdes así como se cogen del árbol.

§. I.

Y pues el fin de este negocio es hacer un hombre bueno y virtuoso, porque no te engañes con cualquier manera de bondad, has de saber que hay dos maneras de bondad, una natural (que es la de aquéllos que naturalmente son bien acondicionados y mansos) y otra espiriritual, que procede de la gracia y del temor

y amor de Dios, cual es la de todos los justos. Entre estas dos maneras de bondad hay tanta diferencia, que con aquélla no se merece gracia ni gloria, mas con ésta se alcanza uno y otro. Y por esto el principal cuidado del buen maestro ha de atender á que se infunda este espíritu de amor y temor de Dios en el ánima de su novicio, procurándolo por todos los medios que para esto sirven, cuales son, oración, y consideración, y uso de sacramentos, &c. Porque de otra manera todo lo que hiciere, será un cuerpo sin alma, un Adam de barro sin espíritu de vida, que es cosa de muy poco provecho para la religión: porque por experiencia se ve que los que en las religiones no tienen más que esta bondad natural, no son más que un Juan de buen alma, que quienquiera los torcerá á lo que quisiere, que no saben decir de no á nadie, ni son para tener mano en cosa que se les encomiende. Por donde mucho más vale un hombre mal inclinado *a natura,* que con el temor de Dios pelea siempre con sus inclinaciones, que otro muy bien inclinado, si carece de este temor. Porque como dijo el Sabio, más vale el perro vivo que el león muerto: porque sin espíritu de vida ninguna cosa, por grande que sea, es agradable á Dios.

De lo dicho parece claro cómo este fin susodicho comprehende dos cosas: la una desterrar del ánima todos los vicios, y la otra plantar todas las virtudes, pues lo uno necesariamente precede á lo otro: porque así como en las cosas naturales no puede haber generacion sin corrupción, así no pueden en nuestra ánima engendrarse las virtudes, si no mueren primero los vicios, ni puede reinar libremente el espíritu, si no muere primero la carne.

Estos dos fines había conseguido el Apóstol, cuando decía: Con Cristo estoy crucificado en la cruz: vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Porque en decir que estaba crucificado en la cruz, y que no vivía él, da á entender la muerte del hombre viejo con todos sus resabios y siniestros, que con el favor de la cruz de Cristo había vencido: y en decir, vive en mí Cristo, da á entender la resurrección y vida del hombre interior, que no era ya conforme á los afectos de carne y de sangre, sino á las virtudes y ejemplos de Cristo.

Estos mismos dos fines comprehendió el Señor en aquellas palabras que dijo: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niegue

á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque en decir, niegue á sí mismo, puso delante el primero y inmediato fin, que es negar su propria voluntad y naturaleza con todos sus afectos y apetitos, y no tener ley con ellos ni conocerlos para hecho de abrazarlos. El segundo y último fin declaró cuando dijo: Sígame, esto es, siga todos los pasos y ejemplos de mi vida y todas las virtudes que en mí hallará. Y en lo que dice: Tome su cruz (conviene saber, de trabajo y aspereza) declaró el principal medio y instrumento que para lo uno y para lo otro se requería: porque ni el desterrar los vicios y vencer la naturaleza se puede hacer sin gran trabajo, ni tampoco el plantar las virtudes, porque así en lo uno como en lo otro hay dificultad.

§. II.

De donde claramente se colige cuál sea la condición de esta nueva milicia y profesión á que el hombre es llamado: porque no es llamado á vida regalada y descansada (como algunos imaginan) sino á la cruz, al trabajo, á la lucha contra sus pasiones, á la pobreza y desnudez, al sacrificio de sí mismo y de su propria voluntad, y finalmente á aquella mortificación que dijo el Señor: Si el grano de trigo que cae en la tierra, no muere, solo él permanesce: mas si muere, da mucho fructo. El que ama su vida, ése la destruye, y el que la pierde por amor de mí, ése la guarda para la vida eterna.

No es pequeña cosa vencer la naturaleza, y hacer de la carne espíritu, y de la tierra cielo, y del hombre Dios. Pues si para hacer lienzo de una yerba verde, son menester tantos martirios y tanto trabajo (por razón de la distancia que hay entre lo uno y lo otro) ¿cuánto mas para hacer esta mudanza del hombre en Dios? Dicen que cuando la culebra quiere mudar el pellejo, entra por un agujero muy estrecho, para que así pueda despedir la piel. Pues el que quiere desnudarse del hombre viejo y vestirse del nuevo, ¿cómo podrá hacer esto en una vida ancha y regalada? No puede haber generación sin corrupción, ni puede el hombre llegar á ser lo que no es, si no deja de ser lo que es, lo cual no se puede hacer sin gran trabajo.

La vida cristiana se ordena á fin sobrenatural, y presupone fuerzas sobrenaturales, y por eso ella también ha de ser sobrena-

tural, á donde no pueda llegar carne ni sangre. ¡Ay de la religión, cuando la manera de vivir es ancha y larga, porque así andará el hombre la petrina floja, y vivirá vida larga y regalada, y una largueza pide otra largueza, y un regalo otro regalo! Tal había de ser la vida religiosa, que así como la mar echa de sí los cuerpos muertos, y la olla que hierve, á la espuma que dentro tiene, así ella misma despidiese de sí toda la espuma y escoria que tuviese. Esfuércese pues el siervo de Dios, y ponga haldas en cinta, y haga cuenta que le dice Dios también á él: Levántate y come, que gran camino te queda por andar.

Pues tornando al propósito, como sean dos cosas las que habemos de tener ante los ojos en este negocio, que son extirpar vicios y plantar virtudes, conforme á esto tendrá este tractadillo dos partes principales. La una tratará de la mortificación de los vicios y siniestros de naturaleza, y la otra de las virtudes y de toda la renovación del hombre interior. No porque estas partes en la prática y uso sean entre sí distinctas (porque no se pueden plantar las virtudes sin arrancar los vicios) sino para que mejor se entienda la materia de que tratamos, especialmente que más claro conoscemos los vicios que nos combaten, que las virtudes que nos faltan, y así lo que no alcanzáremos por una vía, alcanzaremos por otra.

PRIMERA PARTE

DE LA MORTIFICACIÓN DE LOS VICIOS Y PASIONES Y DE LOS MEDIOS QUE PARA ESTO SIRVEN.

SIGUIENDO pues esta orden, la primera cosa que se ha de pretender, es echar fuera de este reino todos los jebuseos, y alimpiar esta tierra maldita de todas sus espinas y zarzas: quiero decir, trabajar por vencer la naturaleza y extirpar todos los resabios y siniestros que, parte por la condición natural de cada uno, y parte por la mala costumbre, se nos han pegado.

Pues según esto, la primera cosa que ha de hacer el que desea mudarse en otro hombre, es conoscer los resabios del primer hombre, que es conoscer los enemigos con que ha de traer guerra inmortal. Mire muy bien todos los rincones de su consciencia, examine todos los vicios á que se siente más inclinado,

si á ira, si á gula, si á parlería, si á lisonjería, si á jactancia, si á vanagloria, si á liviandad y facilidad de corazón, si á regalo y buen tratamiento de su cuerpo, si á soberbia, si á presumpción, si á lujuria, si á pusilanimidad y flaqueza de corazón, si á apretamiento y escaseza, y así de todos los otros vicios: y determínese de tomar esta tan gloriosa empresa en las manos, como es vencer á sí mismo, y desterrar todos estos monstruos de su ánima, y no descansar ni dar sueño á sus ojos hasta salir al cabo con ella. Y las malas inclinaciones y vicios por ninguna vía las entenderá mejor que trabajando por alcanzar las virtudes contrarias: porque al abrazar de la virtud se declara la contradición del vicio que le repugna. Porque nunca el hombre conosce sus naturales vicios, hasta que quiere salir de ellos: así como el ave que ha caído en un lazo, nunca se siente que está enlazada, hasta que quiere salir del lazo.

Y porque en esto había mucho que decir (discurriendo en particular por cada uno de los vicios y por cada una de nuestras pasiones) y la brevedad de este librillo no sufre tanta largueza, contentarme he al presente con remitir al estudioso lector á las fuentes de esta materia, que es á los doctores que della tratan, especialmente á las Mortificaciones de Enrico Herpe y á la Victoria de sí mismo de Serafino de Fermo, y ahí hallará todo lo que se requiere para este negocio.

Para esto le ayudará también el examen ordinario de la propria consciencia (que á lo menos se debe hacer una vez al día) en el cual debe entrar en juicio consigo, y sacar á plaza todos sus malos afectos y siniestros, y examinar todas sus palabras, obras y pensamientos, y la intención que tiene en lo que hace, y el fervor y devoción con que lo hace, y castigarse y penitenciarse por lo que mal hiciere, con algunas maneras de penitencias que para esto debe tener señaladas, y pedir á Dios instantemente gracia para salir vencedor.

Aprovechará también á semanas tomar á pechos la victoria de algunos particulares vicios, y traer para esto algún despertador consigo, que le traiga á la memoria esta empresa, como es ceñir á las carnes alguna cosa que le dé pena, ó cosa semejante, para que aquello le esté siempre amonestando y estimulando á que ande sobre aviso en aquel negocio y no se duerma.

Aprovechará también, y muy mucho, negar el hombre á me-

nudo su propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que así esté diestro para negarla en las ilícitas: y meterse en algunos trabajos no necesarios, para no desfallescer en los necesarios, como dicen que lo hacía Sócrates, y como lo hacen los que quieren entrar en algún desafío, que ejercitan primero en tiempo de paz lo que han de usar en tiempo de guerra. Y no descanse en este negocio hasta tener muerta y sepultada su propria voluntad (si fuese posible) para que no haya lanza enhiesta ni cosa que resista á la voluntad de Dios y de aquéllos que están en su lugar.

El instrumento general que para todos estos ejercicios se requiere, es aquella general fortaleza que arriba dijimos, para vencer con ella todas las dificultades que trae consigo este negocio, pues aquí han de ser vencidas las dos más poderosas cosas del mundo, que son la naturaleza y la costumbre, lo cual no se puede hacer sin este ánimo y esfuerzo general que dicho es. Por lo cual dijo el Señor que el reino de los cielos padescía fuerza, y que los esforzados eran los que lo arrebataban. Por donde así como el que labra en materia de hierro, nunca ha de soltar el martillo de las manos (por razón de la dureza de la materia que labra) así el que trata en materia de vicios y virtudes, no ha de dar paso sin esta fortaleza, por razón de la perpetua dificultad que hay en esta materia.

Y téngase por dicho que se le han de ofrecer aquí muchas ocasiones de aflojar y desmayar en lo comenzado, y que ha de dar muchas caídas, y derramar muchas lágrimas por ellas, y tener grandes descontentos y desconfianzas de sí mismo. Pero tenga entendido que éste es el camino real de todos los sanctos, y que ésta es la verdadera prueba y ejercicio de la virtud, y ésta la verdadera penitencia, y la lima con que se limpia todo el orín de los vicios, y que no hay otro camino más acertado, así para el conoscimiento de Dios, como para el conoscimiento y desprecio de sí mismo.

Y ni desmaye por muchas veces que caya (antes si mil veces cayere al día, mil veces se levante, confiando en la superabundantísima bondad de Dios) ni se turbe por ver que de todo punto no puede vencer algunas pasiones: porque muchas veces se vence á cabo de algunos años lo que en mucho tiempo antes no se venció: para que por aquí claramente vea el hombre cúya sea esta victoria. Y á veces también quiere el Señor que se guar-

de algún jebuseo en nuestra tierra, así para ejercicio de la virtud, como para guarda de la humildad.

Sobre todo esto ayudará mucho á esta mortificación la diligencia del buen maestro: porque á éste principalmente pertenece tener conoscidas las malas inclinaciones del discípulo, y andar siempre buscando medicinas y remedios para ellas. Entre las cuales una de las principales es enristrar la lanza, y encontrarle en aquellas pasiones y siniestros que tiene, ocupándole en ejercicios humildes, si es altivo, y en obras ásperas, si regalado, y despojándole de lo que tiene, si le sintiere propietario, y sobre todo haciéndole en muchas cosas negar su propria voluntad, si es muy amigo de ella. De manera, que así como el buen ginete para hacer un caballo revuelto y obediente al freno, no se contenta con llevarlo la carrera derecha, sino dale mil vueltas á una parte y á otra, para que así al tiempo de la necesidad pueda fácilmente revolverse en él, así el buen maestro ha de ejercitar tantas veces á su discípulo en negar sus apetitos, que ya la voluntad habituada y hecha á doblarse no esté bronca, ni yerta, ni intractable, sino blanda, flexible y obediente para lo que de ella quisieren hacer. Porque de otra manera vendrá á estar hecha un roble, cuando la quisiéredes doblar en algo, cual estaba la de aquel pueblo á quien dijo Dios por Esaías: Sé yo muy bien que tú eres duro y tiesto, y tu cerviz es como un niervo de hierro, y así dende el vientre de tu madre fuiste quebrantador de mi voluntad por hacer la tuya.

Éste es el principal punto de esta crianza, sin el cual todo lo demás es de muy poco valor. Porque para ir al coro á sus tiempos y hacer los oficios que todos hacen, cualquier virtud (por pequeña que sea) basta, y no se nos da aquí materia para ejercitar las otras virtudes más altas, que son, paciencia, obediencia, caridad, humildad, discreción, y otras semejantes. Las cuales más perfectamente se descubren en los trabajos, en los abatimientos, en los oficios, en los castigos, y particularmente en las penitencias que se dan sin suficiente causa: porque aquí se da muestra de paciencia, que es grande descubridora de la fineza de la virtud. Por donde es muy buena prueba dar á veces esta manera de penitencias, porque allí se descubre el valor y la virtud de cada uno. De esta manera probaban y ejercitaban aquellos sanctos Padres antiguos á los discípulos que criaban, y si de esta manera

se criasen agora, las religiones estarían pobladas, no de hombres, sino de ángeles, porque con esta manera de trilla aventarían la paja de la era, y quedaría solo el grano. Mas después que esta antigua disciplina cesó, están las cosas de la manera que vemos.

Y la misma fortaleza y severidad que el discípulo ha de tener para consigo, esa misma ha de tener el maestro para con él, castigando severa y religiosamente las culpas, para ser temido, y avisándole y amonestándole en secreto, para ser amado, guardándose todo lo posible de no tener ni mostrar tema con alguno, porque el día que la tuviere ó la mostrare, se borrará todo el negocio: pues nos consta que el mejor instrumento que hay para acabar todas estas obras, es amor. Ni por ser algunos aviesos y flacos debe tener menos cuidado dellos, antes (como dice Sant Bernardo) de los otros se debe tener por compañero, y de éstos solos por padre y por perlado, tomando por empresa no descansar ni tomar reposo hasta ganarlos para Cristo.

Muchas cosas más había que decir á este propósito, mas basta para esto haber señalado con el dedo las fuentes de donde se haya de coger esta doctrina (que son aquellos dos auctores que arriba dijimos) agora pasemos á lo que resta.

SEGUNDA PARTE DE ESTA INSTRUCCIÓN

QUE TRATA DE LAS VIRTUDES.

DESMONTADA pues ya la tierra de nuestro corazón de todas las espinas y malezas de vicios y pasiones que hay en ella, resta plantar agora diversas flores y plantas de virtudes, para que así se acabe aquel jardín cerrado y paraíso de deleites en que more Dios.

Pues la primera planta, que es como el árbol de vida que se ha de plantar en medio de este paraíso, es la caridad, que es amar y preciar á Dios sobre todas las cosas. Á la cual entre otras cosas pertenesce poner la primera piedra de este edificio, que es un propósito firme y determinado de no hacer cosa por donde se pierda este tesoro, el cual se pierde por un pecado mortal. Sea pues éste el primer fundamento y presupuesto del cristiano, estimar á Dios en tanto, y preciarlo tanto, y procurar de mante-

nerle esta manera de lealtad y fidelidad, que antes quiera padescer todos los tormentos del mundo (como los padescieron los mártires) que hacer un pecado mortal contra Él. Esto ha de traer siempre ante los ojos, esto solo ha de temer en todos sus negocios, y esto ha de pedir en todas sus oraciones: antes ésta ha de ser la mayor y más continua de todas sus peticiones.

Á esta misma caridad pertenesce purificar el ojo de la intención en todas nuestras obras, pretendiendo en ellas, no nuestro interese ni nuestra gloria, sino solo el beneplácito y contentamiento de Dios. De manera que todo lo que hiciéremos (ó por nuestra voluntad ó por la ajena) hagamos, no por cumplimiento, no por pura cerimonia, no por necesidad ó por fuerza, no por agradar á los ojos de los hombres, no por interese de la tierra ni del cielo, sino puramente por amor Dios, como sirve la buena mujer á su marido, no por el interese que dél espera, sino por el amor con que le ama. Y no sólo al principio ó fin de las obras debe tener esta intención, sino también al tiempo que las hace, de tal manera las debe hacer por Dios, que en ellas esté actualmente amando á Dios. De suerte que cuando estuviere obrando, más parezca que está amando que obrando, y de esta manera no se distraerá en lo que hiciere: porque así obraban los sanctos, y por esto no se distraían. Vemos que cuando una madre ó una mujer está lavando los pies ó haciendo algún otro servicio á su hijo ó á su marido que viene de fuera, que juntamente le está sirviendo y le está amando, gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel servicio: pues de esta manera se había de haber nuestro corazón cuando entiende en hacer algún servicio á su Criador.

Á esta misma caridad pertenesce no sólo amar á Dios, sino también á todas sus cosas, especialmente á las criaturas racionales hechas á su imagen y semejanza, que son hijos suyos y miembros de su cuerpo místico: y así con un mismo hábito de caridad debemos amar á Él y á ellos, á Él por sí y á ellos en Él y por Él, por cuyo amor es razón que sean mirados y estimados, aunque por sí no lo merezcan. Este amor nos pide no hacer mal á nadie, no decir mal de nadie, no juzgar á nadie, tener en gran secreto la fama del prójimo, y dar siete ñudos á la boca antes que tocar en su fama.

Y no basta no hacer mal á nadie, sino es menester también hacer bien á todos, socorrer á todos, aconsejar á todos, perdonar

á quien te ofendió, y pedir perdón á quien ofendiste, y sobre todo sufrir las cargas, injurias, simplezas y condiciones de todos, según aquello del Apóstol, que dice: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esto es lo que pide la caridad, en la cual está la ley y los profetas, sin la cual el que quisiere fundar religión, no hará más que el que quisiese formar un cuerpo sin ánima, el cual será palo ó piedra, mas no verdadera criatura.

La segunda virtud, hermana de la caridad, es la esperanza, á la cual pertenece mirar á Dios como á padre, teniendo para con Él corazón de hijo, pues que realmente así como no hay bueno en la tierra que merezca llamarse bueno comparado con Él, así no hay padre en ella que tenga tales entrañas de padre para con aquéllos que ha tomado por hijos, como Él. Y así todas cuantas cosas en este mundo le sucedieren, prósperas ó adversas, todas tenga por cierto que le vienen para su bien y por su mano (pues ni un pájaro cae en el lazo sin su providencia) y en todas ellas acuda luego á Él con entera confianza, manifestando todas sus tribulaciones delante dél, confiando en la inmensidad de su largueza, y en la fidelidad de sus promesas, y en las prendas de los beneficios recebidos, y sobre todo en los merescimientos de su Hijo, que aunque él sea pecador y miserable, habrá misericordia de él, y lo encaminará todo para su bien. Y para esto tenga siempre en la memoria aquel verso de David: *Ego autem mendicus sum & pauper, dominus solicitus est mei.* Y si mirare atentamente la Escriptura de los psalmos, de los profetas y de los evangelios, toda la hallará llena desta manera de providencia y esperanza, con la cual cada día cobrará más ánimo para confiar en Dios. Y tenga por cierto que nunca tendrá verdadera paz y reposo de corazón, hasta que tenga esta manera de seguridad y confianza, porque sin ella todas las cosas le turbarán, y con ella no tiene por qué turbarse, pues tiene á Dios por padre y por tutor y defensor (como lo es Él de todos los que esperan en Él) á cuya potencia y fortaleza no hay brazo que resista.

La tercera virtud es humildad interior y exterior, que es raíz y fundamento de todas las virtudes, á la cual pertenece que el hombre se tenga por una de las más viles & ingratas criaturas del mundo, y más indigna del pan que come, y de la tierra que huella, y del aire con que alienta: y no sienta más de sí que de un

cuerpo hediondo, y abominable, y lleno de gusanos, cuyo hedor él mismo no puede comportar: y de aquí venga á desear ser despreciado y deshonrado de todos, pues él así deshonró y despreció á su Criador. Ame los oficios más bajos y viles, el fregar, el barrer, el lavar y alimpiar las inmundicias de los otros, así enfermos como sanos, y esto tenga por suma gloria, venir á ser estropajo de todos por amor de Dios, pues él se hizo menos que todo esto cuando ofendió á Dios.

La cuarta virtud es la paciencia, que como dice Santiago, es obra de perfección, y como dice el Apóstol, es señal de probación, porque ésta es (como ya dijimos) una grande descubridora de la fineza de la virtud, y señaladamente de la prudencia y discreción. Esta virtud tiene tres grados: el primero, sufrir las tribulaciones & injurias sin murmuración y querella: el segundo, no sólo sufrirlas, sino también desearlas por amor de Dios: el tercero, alegrarse en ellas, como se dice de los Apóstoles que iban alegres delante concilio, por haber sido merecedores de padecer injurias por Cristo. Y aunque ésta sea obra de muy grande perfección, mas el novicio que en el principio de su conversión (cnando más abundan los fervores de la caridad y las consolaciones de- Espíritu Sancto) no llega aquí, tenga por cierto que aun no es buen novicio, ni ha comenzado prósperamente este camino.

La quinta virtud es la pobreza de espíritu, á la cual pertenece, no sólo el no poseer nada proprio, sino despreciar todas las riquezas por Cristo, como cosas que son materia de soberbia, de invidia, de avaricia, de ira, de pleitos y de todos los cuidados y desasosiegos del mundo. Á esta virtud pertenesce, no sólo ser pobre, sino también amar la pobreza, y no sólo amar la pobreza, sino también todos los compañeros della, que son, hambre, sed, frío, cansancio, pobre casa, pobre cama, pobre mesa, pobre vestidura, pobres alhajas, y todo pobre, para ser semejante á aquel Señor que tuvo tan pobre nascimiento, tan pobre vida, tan pobre muerte y tan pobre sepultura. Y el novicio ó religioso que no ha llegado á este punto, no ha llegado á lo fino de la pobreza ni al fervor del espíritu, y así ni en Dios ni en sí mismo hallará la paz que desea.

La sexta virtud es la castidad, á la cual pertenesce tener un cuerpo y corazón de ángel (si fuese posible) y huir cielo y tierra de todas las pláticas, vistas y conversaciones ó amistades que

á esto le puedan perjudicar, aunque sea á veces de personas espirituales, porque como singularmente dijo Sancto Tomás, muchas veces el amor espiritual viene á mudarse en carnal, por la semejanza que hay entre el uno y el otro amor.

Á esta virtud pertenesce que cuando el mal pensamiento llegare al corazón del hombre, en ese mismo punto con grandísima ligereza lo sacuda de sí como una víbora ó una brasa encendida, y ponga luego ante los ojos la figura de Cristo crucificado, con todo aquel horror y lástima que tenía en la cruz, vertiendo ríos de sangre de su cuerpo, y dígale de todo corazón así: ¡Señor, que os pusiésedes Vos ahí porque yo no pecase, y que con todo eso os haya yo de ofender! No plega á vuestra infinita misericordia y á la sangre que derramastes por mí. Ayudadme, Dios mío, &c.

Y á veces aprovechará, cuando el hombre estuviere solo, hacer de presto el señal de la cruz encima del corazón, para sacudir más presto el pensamiento interior con este movimiento y estremecimiento exterior. Y trabaje en esta parte por ser tan casto y tan fiel á Dios, que tenga los ojos quebrados (si fuese posible) para no ver cosa con que se pueda ofender el dador de ellos, y cuando algo se ofresciere que mirar, diga dulcemente en su corazón: Señor mío, no tengo yo ojos para ver cosa con que pueda ofender á los vuestros. No plega á vuestra bondad que de los ojos que Vos me distes, y que agora estáis alumbrando con vuestra luz, haga yo armas para contra Vos. El que esta honestidad y guarda tuviere en sus ojos, tenga por cierto que Dios le guardará, y que con esto ahorrará de muchas batallas y peligros, y vivirá en grandísima paz.

La séptima virtud es la mortificación de todos los apetitos y proprias voluntades, la cual no es particular virtud, sino general, que comprehende todas las virtudes que tienen por oficio templar y domar las pasiones de nuestro corazón. Á esta virtud pertenesce contradecir y mortificar, no sólo aquellos apetitos y deseos que se extienden á cosas ilícitas, sino también á las que son lícitas, para que con el ensaye y ejercicio de las unas esté el hombre más diestro para las otras. Y por esto es muy loable ejercicio (cuando el hombre tiene gana de comer, de beber, de hablar, de recrearse, de salir de casa, de ver esto ó lo otro) contradecir en esto su voluntad y quebrantar la naturaleza, para que con este ejercicio esté más hábil para sufrir el freno de la razón en

los otros apetitos más desordenados, cuales son los de la honra, del interese, del deleite y otros semejantes. Y en esto también conviene que ejerciten muchas veces y cuasi siempre los maestros á sus novicios (como arriba dije) para que con esto se quebrante la dureza natural de nuestras proprias voluntades, y se haga el hombre más obediente y más tractable, y no venga después á quebrar como palo duro cuando lo quisieren doblar. Y cada vez que el siervo de Dios en algo desto se venciere, piense que ha ganado una gran corona, y que ha hecho á Dios un tal servicio como aquel que hizo David cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Betlem que él tanto había deseado, sino antes resistiendo á su deseo la sacrificó á Dios.

La octava virtud, hermana de ésta, es el rigor y aspereza en todas las cosas, en la mesa, en la cama, en las disciplinas y en todas aquellas cosas que significó el Apóstol, cuando dijo: En trabajos y molestias, en vigilias, en hambre, en sed, en ayunos, en frío y desnudez, &c. Entre las cuales cosas la abstinencia es grandemente provechosa para todo ejercicio, porque ella castiga la carne, levanta el espíritu, doma las pasiones, satisface por los pecados y (lo que más es de maravillar) corta la raíz de todos los males, que es la cobdicia, pues el hombre que se contenta con poco, no tiene ocasión para desear lo mucho. Y no sólo lo libra esta virtud de los otros males, sino también de todos los discursos, cuidados, desasosiegos á que están obligados los que quieren regalarse y tratarse bien: y así queda el hombre libre y desocupado para darse todo á Dios. Por la cual causa fueron aquellos sanctos Padres de Egipto tan dados á esta virtud, y no fué otro el espíritu de Sant Francisco, que tanto encomendó la pobreza de cuerpo y de espíritu: porque al fin todo viene á parar en una misma cuenta, la aspereza de los unos y la pobreza y desnudez del otro.

Cuando esta virtud faltare en las religiones, en ese punto serán destruídas: porque el vicio contrario á esta virtud, que es comer, beber y regalo del cuerpo, no se contenta con quebrantar la ley sola de los ayunos, mas todas las otras leyes quebranta: porque para buscar y procurar los regalos que pide el vientre, no ha de quedar en pie ninguna ley de la religión, mayormente que un regalo pide otro regalo, y un vicio otro vicio, así como una virtud á otra virtud. Pues el que de tan grandes males quisiere ser

libre, asiente en su corazón aquellas palabras del Apóstol ,que dice: Muchos andan (como yo muchas os decía, y agora llorando lo digo) hechos enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la muerte, y cuyo Dios es su vientre. Por las cuales palabras verás que no puede ser mal pequeño el que el Apóstol llora con tantas lágrimas.

La nona virtud es el silencio, llave de la devoción, de la discreción, de la castidad, de la vergüenza, de la inocencia, y de todas las virtudes, pues dijo el Sabio: La muerte y la vida están en manos de la lengua. Cuyas alabanzas quienquiera que quisiere ver, lea los libros sapienciales, y ahí hallará maravillas de esta virtud. Haga pues el cristiano siempre oración á Dios por ella, diciendo con el Profeta: *Pone Domine custodiam ori meo, &c.* Y tenga por cierto que no es más posible conservar las otras virtudes sin esta virtud, que guardar un gran tesoro sin llave y sin cerradura.

Aquí conviene avisar de las circunstancias que se han de guardar al tiempo del hablar, conviene saber, quién habla, ante quién habla, de qué habla, cómo habla, con qué intención habla, con otras semejantes, para que así se desvíe el hombre de todas las rocas que hay en esta navegación.

La décima virtud, hermana y compañera del silencio, es la soledad, que es como antemuro del silencio, la cual debe amar y procurar con toda diligencia el que desea guardar la inocencia, y conservar la paz, y ocupar bien el tiempo, y gozar de los regalos del Espíritu Sancto, y subir y abajar por los grados de aquella escala que describe Sant Bernardo para los encerrados, que son, lición, meditación, oración y contemplación. Para alcanzar esta virtud, conviene quebrantar la naturaleza y hacerse el hombre fuerza, hasta que venga á hacer hábito de huir la compañía, y amar el recogimiento y la soledad, y hacer vida con ella.

Y señaladamente conviene huir la compañía de los distraídos y livianos, porque ésta es una de las mayores pestilencias que hay en el mundo. Porque no daña tanto un perro rabioso ni una vívora ponzoñosa, cuanto una mala compañía: pues es cierto (como dice el Apóstol) que las malas palabras corrompen las buenas costumbres. Escriba pues el siervo de Dios en su corazón aquello del Sabio: El que anda con sabios será sabio, y el amigo de

los locos será uno de ellos. Item, aquello del mismo: El que toca á la pez ensuciarse ha con ella, y el que trata con soberbios no carecerá de soberbia.

Esta virtud han de celar mucho los maestros de los novicios, si no quieren que se pierda en muy pocas horas el trabajo y crianza de muchos años.

La undécima virtud es la mesura y composición del hombre exterior, á la cual pertenesce aquello que dice Sant Augustín: En vuestro andar, estar y vestir, y en todos vuestros movimientos, no se haga cosa que ofenda á los ojos de nadie, sino lo que convenga á vuestra sanctidad: porque lo contrario de esto es indicio de liviandad de corazón y de poca virtud y devoción.

Por tanto uno de los cuidados del buen maestro ha de ser enseñar á su novicio cómo ha de andar, y hablar, y vestir, y conversar, y disputar, y reir, y menear los brazos, y recoger los ojos, con todo lo demás. Item, con cuánta templanza se ha de haber en la mesa, con cuánta honestidad ha de estar en la cama, con cuánta mortificación y con cuánta devoción en la iglesia, y con cuánta reverencia interior y exterior ante el altar, y así en todos los otros lugares semejantes. Y cuando tratare con los hombres, de tal manera se ha de haber con ellos, que los deje edificados con su ejemplo, y sea para con todos una imagen y dechado de sanctidad. De tal manera, que así como el que tocó una cosa olorosa, queda oliendo á lo que tocó, y así como el que tocaba en la Ley una cosa sancta, quedaba sanctificado, así es también razón que quede el que hubiere comunicado con el siervo de Dios.

La duodécima virtud es el amor entrañable á todas las cerimonias y observancias de su profesión, no sólo á las grandes y esenciales, sino también á todas las otras, por muy pequeñas que parezcan. Porque ninguna cosa se puede llamar pequeña, de las que se ordenan á tan alto fin como es amar á Dios. Acuérdese que está escripto que el que menosprecia las cosas pequeñas, vendrá á caer en las mayores, y que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho. Quiero decir que el que teme de caer en las cosas menores, estará más seguro de caer en las mayores. Y por el contrario, de los males menores vienen poco á poco los hombres á dar grandes caídas. Sabida cosa es lo que dice el proverbio, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Así

vemos que por una descosidura pequeña se descose toda una vestidura, y por un ripio que se caiga de una pared, se cae una piedra grande, y por ahí se va arruinando todo el edificio. Nunca nadie del primer salto fué muy malo, sino poco á poco van subiendo los hombres de menores males á mayores. No hay cosa en la religión que se pueda llamar pequeña, porque por pequeña que sea (por razón del voto hecho) ya es acto de religión y de obediencia, que son dos altísimas y excelentísimas virtudes. Porque la religión es la más excelente de todas las virtudes morales, y con todo esto la obediencia es tal virtud, que dijo de ella el Profeta que valía más que el sacrificio.

Sobre todo esto te acuerda que el religioso está obligado so pena de pecado mortal á caminar á la perfección que profesó, y que no está muy lejos de este peligro el que no hace caso de las cosas menores.

Y aunque todas las observancias y cerimonias merezcan este aprecio y reverencia, señaladamente la merescen las que traen consigo más dificultad y aspereza, como es el ayuno, el silencio, la abstinencia de carnes, las vigilias de la media noche, el encerramiento, las disciplinas, y otras semejantes: porque éstas hacen que la religión sea imitación y cruz de Cristo, y éstas nos diferencian principalmente de los hombres del mundo, y éstas doman la soberbia de la carne y provocan y llaman los ejercicios del espíritu: y con ser esto así ninguna rehusa más nuestra naturaleza, que es amiga de regalos y enemiga de trabajos: y por esto aquí conviene poner mayores estribos, donde el edificio es más pesado, así por la importancia del negocio como por la grandeza del peligro.

La décimatercia virtud en los religiosos es la imitación del padre debajo de cuya bandera militan, como los franciscos de San Francisco y los dominicos de Sancto Domingo. En el cual tienen sus hijos que imitar la grandeza de su caridad, el celo de la salvación de las ánimas, la perseverancia en las vigilias, la continuación en las oraciones, el rigor de su abtinencia, el amor de la pobreza, el andar á pie, el dormir vestido para levantarse más ligero á la media noche, y otras cosas semejantes, las cuales deben imitar los que son sus verdaderos hijos, para que así se parezcan en el espíritu y costumbres á su padre.

La décimacuarta virtud es la discreción, que es como gober-

nadora de todas estotras, y es como una candela que va delante señalando los pasos de todas las otras virtudes. De la cual dijo el Sabio: Tus ojos vean siempre lo que fuere justo, y tus párpados vayan delante de tus caminos. Ésta tiene por ayudadoras y compañeras á la gravedad, al silencio, al secreto, al consejo, á la oración, al reposo y asiento del hombre interior y exterior, y á la profunda consideración de todo lo que ha de hacer y decir, para que todo vaya medido y compasado con la razón, pospuesta toda otra pasión y afición. Quien quisiere saber mucho de esta virtud, lea un tratado que della escribió Serafino de Fermo, y ahí hallará lo que desea.

La última virtud es la obediencia, la cual pongo al fin, no como á la postrera de todas, sino como á sumario de todas, pues en ella se contienen todas las virtudes, tomándola en cuanto es virtud general, á la cual pertenesce tener el hombre del todo resignada y muerta su voluntad (en cuanto le sea posible) para que no haya en él cosa que contradiga ó resista á la divina voluntad.

En esta obediencia hay cinco grados, entre los cuales el primero es obedescer á los mandamientos de Dios: el segundo, á los consejos: el tercero, á las inspiraciones y llamamientos divinos, cuando entendiéremos que son suyos: el cuarto es conformarnos con la divina voluntad en todo lo que hiciere ó dispusiere de nos, por cualquier vía que nos venga, sea próspero, sea adverso, confiando que todo viene de su mano y para nuestro bien, como ya dijimos: el quinto es obedescer á aquéllos que están en lugar de Dios, como á ministros y vicarios suyos en todo lo que nos mandaren, acordándonos que está escripto: Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. En la cual obediencia ponen tres grados, entre los cuales el primero es obedescer con sola la obra exterior, sin consentimiento de voluntad ni aprobación del entendimiento: el segundo, obedecer con la obra y con la voluntad: el tercero, con la obra, voluntad y entendimiento, que es el más subido grado de obediencia, el cual no se puede hallar sin grande humildad, resignación y discreción.

Éstas son, amado lector, las principales virtudes con que ha de adornar su ánima el que la desea hacer templo vivo de Dios y vaso de escogimiento, de quien se pueda decir aquello del Sa-

bio: Como vaso de oro macizo, adornado de todo género de piedras preciosas. Todo esto se ha tratado aquí sumariamente, porque la dilatación de la materia quedase al enseñador desta doctrina, la cual pueda él acompañar con ejemplos de sanctos, y con testimonios de la Escriptura, y con todo lo demás que la lición, y la experiencia, y el Espíritu Sancto le enseñare.

De las cosas que nos pueden ayudar á poner por obra todo lo dicho.

En todo lo que hasta aquí se ha tratado, no se puede negar sino que hay trabajo y dificultad, porque así el vencer la naturaleza y despedir las costumbres viejas como el alcanzar las virtudes, tiene dificultad, pues ésta es la común materia de la virtud. Resta pues agora, para cumplimiento de lo dicho, proveer de remedios para facilitar este negocio: porque sin éstos muy poco aprovechará conoscer el bien, si no hay fuerzas para obrarlo, así como aprovecha muy poco al enfermo tener el mantenimiento delante, si no tiene apetito para comerlo.

Pues para esto, uno de los principales medios que hay, es la devoción, porque á esta virtud señaladamente pertenece hacer al hombre hábil para las obras de Dios. De manera que las otras virtudes son como la carga & yugo del Señor, mas ésta es como los hombros y alas que ayudan á llevarla.

Para cuyo entendimiento es de saber que la dificultad que hay en este negocio, no nace de la condición del vicio ni de la virtud (porque el vicio es contra naturaleza, y la virtud conforme á ella, y así en el vicio había de haber dificultad, y en la virtud facilidad) sino nasce de la corrupción del subjecto, que es el corazón humano, corrompido y estragado por el pecado. De donde así como al paladar no sano es desabrido el mantenimiento que al sano es suave, y á los ojos enfermos es penosa la luz que á los puros es amable, así la virtud viene á ser desabrida, y sabroso el vicio, no por lo que son en sí estas dos cosas, sino por la mala disposición del subjecto, que es nuestro corazón estragado.

Pues siendo esto así, necesario es proveer de alguna manera de emplasto y medicina para corregir esta malicia de nuestro corazón y para ponerlo en tal disposición, que ame lo bueno y aborrezca lo contrario, porque sin esto no será posible ni desterrar

los vicios, ni menos alcanzar las virtudes. Pues esto es lo que propísimamente pertenesce á la devoción, que es un refresco y rocío del cielo, y un soplo del Espíritu Sancro, y una exhalación y emanación de su gracia, y una llamarada de la fe, esperanza y caridad, y un maravilloso resplandor y suavidad que nace de la meditación y consideración de las cosas divinas, la cual de tal manera transforma el corazón del hombre, que le hace pesado para el mal y ligero para el bien, y le da gusto en las cosas de Dios y desgusto en las del mundo, como Sant Augustín lo declara en el principio del noveno libro de sus Confesiones, y como él mismo lo cuenta de sí, diciendo que le daban pena todas las cosas del mundo por la dulzura que hallara en Dios y por la hermosura de su casa que él amó. Lo cual sienten cada día por experiencia las personas espirituales, las cuales el tiempo que están con alguna grande devoción, se hallan muy prontas y ligeras para todo lo bueno y muy desganadas para todo lo malo, y en lo uno hallan grande gusto y en lo otro grande desgusto.

Pues por esto uno de los principales cuidados del que desea aprovechar, ha de ser que procure de conservar y acrescentar este noble afecto de devoción por todos los medios que sea posible: porque tanto le será más fácil la mudanza de su corazón, cuanto le tuviere más devoto.

Por donde así como los que quieren labrar ó sellar alguna cera, primero la ablandan entre las manos, y luego le imprimen la figura que quieren, así también el que quisiere labrar su corazón & imprimir en él la imagen de la virtud, trabaje por ablandarlo y enternescerlo con el calor de la devoción, y así hará dél todo lo que quisiere. Desta manera vemos que lo hacen generalmente todos los que quieren obrar algo en alguna materia dura & dificultosa. Así lo hacen los que quieren quebrantar una piedra dura, que primero la ablandan con vinagre y fuego, y después acuden con la herramienta para quebrarla. Y los que quieren enderezar una vara que está torcida, primero la ablandan al calor de la llama, y así la doblan y enderezan á su voluntad. Pues el herrero ¿cómo podría labrar el hierro sin el calor de la fragua? Con ella ablanda y enternesce el hierro duro, y así lo hace flexible y obediente como una cera á los golpes del martillo.

De manera que lo uno sin lo otro no bastaría para su oficio: porque martillo sin fragua, sería lo que suelen decir, martillar en

hierro frío, y fragua sin martillo ablandaría el hierro, mas no le mudaría su figura. Pues estas mismas dos cosas son en su manera necesarias en nuestro propósito, conviene saber, el martillo de la mortificación, para quebrantar y enderezar los siniestros de naturaleza, y el calor de la devoción, para enternescer el corazón y hacerlo obediente á los golpes deste martillo.

He dicho esto con tantas palabras y comparaciones, porque me parece que aquí está la llave deste negocio, y por aquí clarísimamente se descubre cuánta necesidad tenemos desta devoción para esta mudanza de vida, y por consiguiente, cuán errada va la criación de los nuevos, cuando no se tiene gran cuidado de criarlos en estos ejercicios.

§. I.

Resta decir agora de los medios por do se alcanza este buen afecto de devoción, entre los cuales el primero es el uso de los sacramentos, especialmente de la sagrada Comunión: porque el efecto proprio de este noble sacramento es la espiritual refección, que es una singular y excelente devoción, pues ella nos regala, esfuerza y alienta en este camino. Aquí tendrá el buen maestro mucho que decir, así de la virtud inestimable de los sacramentos, como de la manera en que nos habemos de aparejar para recebirlos: porque el que se llega como debe, no podrá dejar de recebir grandísimas visitaciones y resplandores de Dios. Y especialmente antes de la Comunión y después de ella conviene tener particular recogimiento y oración, porque á veces se recibe aquí un tan suave y tan admirable pasto, que dura después por muchos días. Y el que esta suavidad no ha probado, crea que no ha llegado á sentir el efecto nobilísimo deste sacramento, pues teniendo el panar de miel en la boca, y el pan de los ángeles, no ha sentido alguna cosa sobrenatural.

El segundo medio que para esto sirve, es la meditación y consideración de las cosas espirituales (como expresamente lo determina el Sancto Doctor en la *secunda secundæ)* especialmente de los beneficios divinos y de la vida de Cristo, &c porque de esta consideración del entendimiento resulta en la voluntad este buen afecto y sentimiento que llamamos devoción. Pues ésta es una de las primeras cosas en que debe el maestro impo-

ner luego á su novicio, para que de tal manera se le imprima la devoción, que nunca jamás la pueda olvidar: y así como la naturaleza comienza el cuerpo del animal por el corazón (porque de él procede la vida á todos los otros miembros) así él comience la vida espiritual por la oración y consideración, porque por aquí atraerá el espíritu del amor y temor de Dios, con que dé vida á todas sus obras. Para esto le debe señalar sus tiempos y su manera de ejercicios, platicándole & instruyéndole muy en particular y muy de espacio lo que en esto debe hacer, y pidiéndole cada día cuenta de lo que oró y meditó, para que así poco á poco le vaya enseñando este camino.

El tercero medio es la lición de libros espirituales y devotos, especialmente cuando se leen con humildad y deseo de ser aprovechados con ellos. Porque esta manera de lición es muy semejante á la meditación (sino que ésta se detiene algo más en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas más de espacio) lo cual también puede y debe hacer el que lee, y así poco menos fructo sacará de lo uno que de lo otro Porque la lumbre del entendimiento que aquí se recibe, luego desciende á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, así como la virtud y movimiento del primer cielo, á todos los otros orbes celestiales. Y es muy loable ejercicio leer cada día en comun á los novicios algún libro espiritual que tenga avisos y documentos de bien vivir, como es el tratado de Sant Vicente de Vida espiritual, ó Enrico Herpe, ó Serafino de Fermo, ó otros semejantes, y después de la lición hacer alguna plática espiritual con voz viva sobre lo leído.

Ayudan también mucho para esta misma devoción los oficios divinos, en los cuales muchas veces el ánima es arrebatada y embriagada con una maravillosa suavidad, si trabaja por asistir allí con la atención y devoción que se requiere. Y por esto uno de los cuidados del maestro ha de ser declarar la manera en que el novicio se ha de aparejar con tiempo para venir al coro, y de qué manera ha de asistir en él, no pesado, no tibio, no descaído, sino vivo, despierto, atento y devoto, como persona que está entre ángeles, haciendo oficio de ellos. Porque de estas dos cosas señaladamente depende el fructo que de aquí se saca, conviene saber, de la manera del aparejo antes del oficio, y de la atención en el mismo oficio. Y aquí le debe declarar la obliga-

ción que tienen á decir con atención el oficio divino, y cómo hay tres maneras de atención, una á las palabras, otra mejor al sentido de ellas, y otra mucho mejor al mismo Dios, fijando en Él el corazón y reposando en Él. Y puédele también enseñar á tener atención á diversos misterios de la pasión de Cristo, repartidos por las siete horas canónicas, que es gran remedio para los que no entienden lo que cantan.

Otro ejercicio es también el servir ó asistir á la misa, considerando allí el misterio que ella nos representa, que es el sacrificio de la pasión de Cristo, donde el hombre sirviendo ó asistiendo á la misa, hace oficio de los ángeles que ministran y asisten ante la divina Majestad. Asimesmo todas las veces que asistiere ó entrare ante el Sanctísimo Sacramento, trabaje por estar allí con el temor y reverencia que conviene á tan gran Majestad, que es una cosa digna de ser muy encarescida y emendada, por el descuido que en esto hay.

Demás de lo susodicho trabaje en todo lugar y tiempo por traer al Señor delante sus ojos, y andar en su presencia, y hacer, y decir, y pensar todas las cosas como quien tal juez y tal testigo tiene delante de sí. Éste es un consejo de grandísima importancia, más de lo que nadie puede pensar.

Todas las veces que pudiere, use de aquellas oraciones jaculatorias que encomiendan los sanctos, teniendo para esto á la mano algunos versos del profeta David que para ello le sirvan. Especialmente cuando el reloj diere la hora, siempre se acuerde de la hora en que Dios murió por él, y de aquella en que él ha de morir, y podrá decir entonces alguna breve oración á este propósito.

Á la mañana, en levantándose de la cama, haga tres cosas, conviene á saber, la primera, dar gracias á nuestro Señor porque le dió aquella noche quieta, y por todos los otros beneficios: la segunda, ofrecer á sí y á todas las cosas que aquel día hiciere y padeciere, para gloria de su sancto nombre: la tercera, pedirle gracia para emplear todo aquel día en su servicio, y particularmente para resistir á aquellos vicios á que se sintiere más inclinado.

Á la noche, antes que se acueste, entre en juicio consigo, y examine su consciencia, y pida húmilmente perdón de lo hecho, y proponga firmemente la emienda dello.

Después de acostado, póngase en la cama como ha de estar en la sepultura, y piense un poco en la figura que allí tendrá, y diga sobre sí un responso, y pida al Señor que en la hora de la muerte le ayude y defienda de las tentaciones del enemigo.

Todas cuantas veces despertare de noche en la cama, siempre sea diciendo: *Gloria Patri, &c.* ó *Jesu nostra redemptio, &c.* ó cosa semejante.

De todas cuantas cosas viere, siempre saque materia de su propria confusión y alabanza de Dios, y así siempre crescerá en humildad y amor del mismo Dios.

Cuando se asentare á la mesa, siempre tenga por estilo de guardar un bocado de los más sabrosos para Cristo, y á veces deje de comer lo que le sabe mejor, por hacer un poco de penitencia.

Todos los viernes, en memoria de la pasión de Cristo, debe hacer alguna cosa particular, ayunando, ó dando limosna, ó tomando alguna disciplina que duela, ó trayendo ceñida á las carnes alguna cosa áspera por su amor. Y las vísperas de comunión es razón hacer también lo mismo, para mejor aparejarse para este misterio: y cuando tomare la disciplina, debe repartirla en tres partes, una por sí, otra por las ánimas del purgatorio, y la tercera por los que están en pecado mortal.

Éstos son los espirituales ejercicios que el buen maestro ha de enseñar á su discípulo: porque éstos son los principales medios & instrumentos con que el Espíritu Sancto suele espiritualizar los hombres, y descarnarlos de toda carne, y hacerlos hábiles para toda virtud.

Y es muy buen medio para esto, los primeros días de la conversión desocuparlos todo cuanto sea posible de todos los negocios y trabajos exteriores, y puestos así en silencio y soledad, enseñarles la manera que en estos ejercicios han de tener, mayormente en la oración y meditación. Y cada día á cierta hora tome cuenta á su novicio de cómo le ha ido en cada cosa destas, cómo en las meditaciones, y qué pensó en ellas, cómo en el coro y en la misa y en el examen de su propria consciencia, cómo en el leer libros espirituales, y cómo se recogió antes y después de la sagrada Comunión, y qué rezó ó meditó en estos tiempos, y cómo se ha con los pensamientos que allí le vienen, y qué paciencia y longanimidad tiene en esperar la visitación del Señor y el rocío

de la devoción, aunque se tarde y aunque del todo se le niegue Y así como él fuere dando cuenta de sí mismo, así le irá conociendo y sabiendo lo que tiene en él, y por consiguiente cómo le ha de tratar.

Sumario de todo lo dicho.

RECOPILANDO pues en suma todo lo dicho, resta ser tres cosas necesarias para la orden y concierto de nuestra vida: la una, mortificar y despedir del ánima todas nuestras malas inclinaciones y vicios: la otra, adornarla y hermosearla con virtudes: y la tercera, procurar por todos estos medios y ejercicios la gracia de la devoción, para que mediante ella podamos acabar lo uno y lo otro. Entre las cuales cosas las dos primeras son como fines, y la tercera como un medio muy principal para conseguir este fin. Y esto hecho no subiremos al cielo sin escalera, como hacen aquéllos que sin ejercicios de devoción quieren subir á la cumbre de la perfección.

DE LAS TENTACIONES DE LOS NUEVOS.

AUNQUE este librillo no es más que un breve memorial de lo que el buen maestro ha de enseñar á su discípulo, donde no se hace más que apuntar las cosas de que ha de tratar, todavía me pareció demás de lo dicho señalar aquí al cabo con la misma brevedad las más comunes tentaciones que á los nuevos suelen combatir, para que á lo menos entiendan ser tentaciones: porque esto es una muy gran parte para vencerlas.

Para lo cual primeramente presuponga el que de nuevo se arma para esta caballería, que ha de padescer grandes encuentros y muchas tentaciones del enemigo: porque no en balde nos amonestó el Sabio, diciendo: Hijo, cuando te llegares á servir á Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentación.

Entre estas tentaciones la primera es de la fe: porque como hasta entonces estaba el hombre como dormido para la consideración de las cosas de la fe, cuando de nuevo comienza á abrir los ojos y á ver los misterios de ella, luego (como peregrino en extraña región) comienza á vacilar en las cosas que se le ponen delante, por la poca luz y conoscimiento que tiene dellas. Y así le acaesce como á un nuevo aprendiz que entra en una insigne

oficina de algún oficial, donde hay muchas maneras de instrumentos y herramientas, y como él no sabe para lo que son, maravíllase luego de lo que ve, y comienza á dubdar para qué es esto, para qué lo otro, hasta que después con el uso, viendo el propósito de cada cosa dellas, sosiega su corazón y viene á parescerle cosa muy conveniente lo que antes extrañaba.

Otra tentación es la de la blasfemia, representándosele cosas torpes y abominables cuando se pone á meditar las cosas divinas: porque como saca la imaginación del mundo llena de las imágines y figuras dél, no puede luego despegar de sí lo que de mucho tiempo tiene impreso, y así á vueltas de las especies y figuras espirituales represéntanse también las carnales, que dan gran tormento á la persona. Pero cuanto le dan mayor tormento, tanto tienen menor peligro, porque tanto están más lejos de deleite y consentimiento: aunque el mejor modo que hay para vencer estas tentaciones, es no hacer caso dellas, pues á la verdad más son una manera de asombro y espanto del enemigo, que verdadero peligro.

Otra tentación es de escrúpulos, los cuales nacen de la ignorancia que los nuevos tienen de las cosas espirituales, y por eso andan como el que camina de noche, que á cada paso piensa caer: y especialmente acaesce esto por no saber hacer diferencia del pensamiento al consentimiento, y por eso en cada cosa piensan que consienten. Mas esta tentación con el tiempo y conocimiento de las cosas espirituales poco á poco se va curando, mayormente en los humildes y subjetos al parecer ajeno.

Otra tentación es escandalizarse fácilmente de cualquiera cosilla, por la poca experiencia que tienen de las cosas: porque como tienen aprendido que la religión es una perfectísima escuela de perfección, y vida de ángeles, y no saben cuánta sea la flaqueza humana para llegar aquí, fácilmente se escandalizan y maravillan de cualquier cosa que vean.

Otra tentación es escandalizarse también de las leyes y ordenaciones de su profesión, y quererse hacer jueces y censores de lo que manda la regla, si es bien ó mal ordenado: que regularmente es tentación de entendimientos soberbios y presumptuosos, y que confían más de sí que de la experiencia de los Padres que las instituyeron. La cual tentación es muy semejante á aquella de la antigua serpiente, que preguntaba: ¿Á qué propó-

sito os mandó Dios que no comiésedes de ese árbol? Por dónde aconseja el Sabio que no nos desagraden las parábolas (que son doctrinas altas y al parescer escuras) de los sabios, porque no las dicen sin misterio, aunque nosotros no lo alcancemos. El niño cuando comienza á leer, cree lo que le dicen, sin preguntar por qué esto ni por qué lo otro: porque eso es cosa que adelante se sabe. Déjese el hombre regir por el parecer ajeno, y totalmente resigne el suyo, y viva más por fe que por razón, diciendo con el Profeta: *Ut iumentum factus sum apud te, &c.* Quien esto no hiciere, nunca perseverará en la religión, ni tendrá paz en su corazón.

Otra tentación es desear demasiadamente las consolaciones espirituales, y entristecerse y desconfiar demasiadamente cuando les faltan, y decir y publicar á los otros lo que Dios le da, y estimarse más que los otros que no gozan destas consolaciones, midiendo la perfección por la consolación: como quiera que no sea esta la medida cierta, sino la fineza de la mortificación y de la virtud.

Otra tentación es tener poco secreto en las visitaciones y mercedes que de Dios reciben, y publicar y manifestar á otros lo que debían callar, y querer hacerse predicadores y bachilleres antes de tiempo, y comenzar á ser maestros antes que discípulos, y todo esto so color de bien y con una sombra de virtud, no mirando que el árbol fructuoso ha de dar su fructo en su tiempo, y que el oficio proprio del que comienza es poner el dedo en la boca y tener silencio.

Otra tentación, y muy común, es inquietarse con deseos de mudanzas de lugares, pareciéndoles que en otra parte estarán más quietos, ó más devotos, ó más aprovechados y recogidos. Y no miran que en la mudanza de lugares se mudan los aires y no los corazones, y que doquiera que el hombre vaya, lleva á sí consigo, esto es, un corazón dañado y corrompido con el pecado, que es un perpetuo manantial de miserias y desasosiegos, y que éste no se cura con mudanza de los lugares, sino con ungüento de devoción. La cual (como arriba dijimos) de tal manera muda el corazón del hombre, que por el tiempo que ella reina, no se sienten tanto los hedores que salen deste muladar de nuestra carne. Por dónde el mejor medio que hay para huir de sí, es llegarse á Dios y comunicar con Él: porque estando en Él por actual amor y devoción, luego está el hombre ausente de sí.

Otra tentación es entregarse demasiadamante con el nuevo gusto y fervor del espíritu á indiscretas vigilias, oraciones, soledad y abstinencias, con que vienen á perder la vista, la cabeza y el estómago, y quedar cuasi para toda la vida inhábiles para los espirituales ejercicios (como ya yo he visto á muchos) y otros con esto vienen á enfermar gravemente, y parte con el regalo de la enfermedad, parte con la falta de los espirituales ejercicios que se dejan por ella, vienen á crescer las tentaciones de tal manera, que fácilmente pueden derribar la virtud desamparada del favor y fuerzas de la devoción. Otros, habituados al regalo de la enfermedad, quédanse con las malas mañas que en ella cobraron, y otros (como dice San Buenaventura) vienen por esta ocasión á amarse demasiadamente y á vivir no sólo más delicadamente, sino más disolutamente, haciendo cabeza de lobo de la enfermedad, para dar vado á todos sus apetitos y regalos.

Otros por el contrario pecan por demasiada discreción y flojedad, rehusando cualquier honesto trabajo por temor del peligro, y diciendo que basta para su salvación guardarse de pecado mortal, aunque no se guarden los otros rigores y cosas más menudas. De éstos dice San Bernardo: El nuevo que siendo aun animal es discreto, y siendo novicio es sabio, y siendo aun principiante es ya prudente, no es posible que pueda perseverar mucho en el monesterio.

Pero la más común tentación de los novicios es dejar el camino comenzado y volverse otra vez al mundo. Para lo cual usa el demonio de mil maneras. Porque unas veces con tentaciones de pusilanimidad y flaqueza les hace en creyente que no podrán sufrir aquella aspereza de vida. Otras, con fortísimas tentaciones de carne les representa como un puerto seguro y vida quieta la de los casados (siendo á la verdad un golfo de continuas tribulaniones y tormentas) alegándole para esto el ejemplo de muchos patriarcas que siendo casados fueron sanctos, haciéndole creer que podrá para esto hallar compañía conveniente que sea de un mismo propósito y corazón con él, y que así criará sus hijos en temor de Dios. Y aquí le representa las limosnas que pueda hacer en este estado, las cuales no puede en la religión, que es una gran parte para tener seguro el cielo en el día del juicio. Otras veces por el contrario pretende engañarle con más altos pensamientos, poniéndole delante otras religiones más apretadas, es-

pecialmente de la Cartuja. Lo cual hace él por sacarle una vez de la religión por este cabestro, y después que lo tenga fuera de la talanquera en medio del coso, arremeter con él y llevárselo en los cuernos. Otras veces enamora demasiadamente los corazones de la soledad y de aquellos ejemplos y vida de los Padres del desierto, para que llevándolos sin compañía por este camino solitario y teniéndolos solos sin la sombra y consejo de sus espirituales padres, fácilmente prevalezca contra ellos.

Éstas son las más comunes tentaciones de los que comienzan, para las cuales el buen maestro ha de tener proveídas y estudiadas sus medicinas: y muy gran parte de medicina es saber que son tentaciones, porque la principal astucia del enemigo es hacer creer que la tentación no es tentación, sino razón.

✠

FIN

MANUAL

DE

DIVERSAS ORACIONES

Y ESPIRITUALES EJERCICIOS

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

PROVINCIAL DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO
EN LA PROVINCIA DE PORTUGAL.

AÑADIÓSE UNA BREVE Y SUMARIA INSTITUCIÓN
PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS, MAYORMENTE
EN LAS RELIGIONES, POR EL MISMO AUTOR.

IMPRESO EN LISBOA
EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA
Á 15 DE MAYO, AÑO
1559
Con privilegio Real por diez años.

Fué visto y examinado este tratado por el R. P. F. Francisco Foreiro, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en los reinos de Portugal.

AL LECTOR

Porque la oración es negocio de todos los tiempos y lugares, y conviene que ella sea compañera de nuestra vida, parecióme sería bien recoger aquí algunas oraciones y meditaciones (tomadas de diversos lugares) para que serviesen como de unas horas de rezar y de un pequeño manual (que se pudiese traer en el seno) para despertar con él nuestra devoción todas las veces que la muchedumbre de los negocios deste miserable siglo resfríase nuestro corazón. Para este propósito dice S. Augustín que escribió su Manual, y para este mismo me paresció sería bien recopilar este breve tratado.

Y porque una manera de oraciones y consideraciones son más apropriadas á los que comienzan, y otras á los que han ya pasado más adelante, por esto pondremos aquí algo de las unas y de las otras, comenzando por los principios de la penitencia, y después procediendo á lo demás. Para lo cual es de notar que (como dicen los filósofos) la naturaleza en todas sus obras siempre procede de imperfecto á perfecto y de lo más fácil á lo más dificultoso. Así vemos que los niños primero que hablen comienzan á tartamudear, y después hablan clara y distinctamente. Así también cuando nascen, nascen sin dientes, con solas las encías, y de ahí á poco les nascen unos dientes pequeñuelos y flacos, que duran hasta los siete años: y después la misma naturaleza despide éstos y pone otros en su lugar, que duran toda la vida. Así vemos también que el mismo niño recién nascido luego se mantiene con sola leche: y de ahí á poco danle á comer unas miguillas, ó algún otro manjar de más substancia: y después vienen á darle el manjar entero y duro, para que él lo mastigue y se sustente con él. Y pues las obras de gracia es razón que imiten las de naturaleza (pues uno es el autor de ambas cosas) parescióme que sería bien seguir aquí esta misma orden, señalando otras tres maneras de edades ó estados del hombre espiritual, tomándolo dende la cuna hasta la edad perfecta, y proveyéndole

en cada uno destos estados de su manjar proporcionado, que es de las oraciones y meditaciones convenientes para él.

Entre estos estados el primero es cuando luego abre los ojos, y se convierte á Dios, y sale del pecado. Pues para este estado (en que el hombre está aun grosero y rudo, y no tiene dientes espirituales para rumiar y meditar las cosas de Dios) señalarle hemos aquí algunas oraciones que sean como una leche dulce, donde él no tenga más que hacer que leerlas devotamente y aplicar á ellas su atención: porque leídas desta manera bastarán para despertar en él un poco de devoción, con que se pueda sustentar en este primer estado y comience á gustar de Dios.

El segundo estado se sigue después déste, cuando ya al hombre interior le nascen dientes, aunque flacos, para poder en alguna manera mastigar y rumiar las cosas de Dios. Y para este estado señalaremos aquí también algunas meditaciones y consideraciones proporcionadas á él, cuales son las que pueden inducir su corazón á dolor y aborrescimiento de los pecados, temor de Dios y menosprecio del mundo: porque éstos son los afectos más necesarios para la entrada deste camino.

El tercero estado se sigue después de haberse ejercitado en éste, cuando ya es razón de respirar algún tanto, y enjugar los ojos de las lágrimas de la penitencia, y mudarlas en lágrimas de devoción y amor de Dios, considerando la muchedumbre de sus beneficios y los misterios de la vida de Cristo: para el cual estado señalaremos las meditaciones así de estos beneficios divinos como de la vida de Cristo, en las cuales puede el hombre gastar toda la vida, si el Señor no le levantare á otra cosa mayor. Aunque esto no se dice para que no puedan servir las cosas del un estado para el otro (porque ni las lágrimas de la penitencia deben cesar toda la vida, pues toda ella pecamos, ni las oraciones vocales dejan de ser necesarias aun á los perfectos, cuando están distraídos y cansados de los negocios del mundo) sino porque estas cosas susodichas pertenescen más propriamente cada cual dellas á su estado.

Conforme á lo cual se dividirá este tratadillo en tres partes principales (según las diferencias destos tres estados susodichos) señalando á cada uno lo que le pertenece en esta materia de oración, dejando lo demás para otros lugares. Porque mi intención fué aquí ordenar una como cartilla de niños, para poner en las

manos al que de nuevo sale del mundo y comienza á servir á Dios en religión ó fuera della, y declararle el lenguaje de que ha de usar en este nuevo estado para tratar con Dios. Por la cual causa quise tratar esta materia muy ruda y palpablemente, compadesciéndome de la falta de maestros que hay hoy en el mundo que la enseñen. Pues lo que conviene que sea muy bien sabido, conviene que sea muy declarado: y ninguna cosa hay en el mundo que más convenga ser sabida que ésta. Recibe pues, cristiano lector, este pequeño presente, que cuanto es más pequeño, tanto te será más ligero de traer en las manos y más fácil de comprar, por pobre que seas. Vale.

COMIENZA EL MANUAL

DE DIVERSAS MANERAS DE

ORACIONES Y MEDITACIONES

PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS

CAPÍTULO I.

EN QUE SE TRATA DE INDUCIR AL HOMBRE AL TEMOR DE DIOS Y ABORRECIMIENTO DEL PECADO.

ANTES que comencemos á tratar de las oraciones que sirven para el primer estado de los que comienzan á servir á Dios, me paresció poner aquí algunas consideraciones y ejemplos que puedan inducir los hombres al temor de Dios y aborrescimiento del pecado. Para lo cual conviene presuponer que la suma de todo lo que debe hacer un cristiano que desea salvarse, es tener asentado en su ánima un propósito muy firme de nunca hacer cosa que sea pecado mortal. Porque quien este propósito tuviere y en él perseverare, cierta tiene su salvación: porque en este propósito se encierran todas las otras cosas que se requieren para este fin. Pues para alcanzar y conservar este propósito (demás de la divina gracia, que es lo principal) entre otros muchos remedios ayudan dos cosas. Una es la consideración de nuestra muerte y de lo que después della se sigue, conforme á aquella común sentencia del Eclesiástico, que dice: Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás. La otra es el temor de Dios, porque déste dice el Sabio que expele al pecado y que sin él nadie será justificado. Pues ese mismo temor que se requiere para nuestra justificación y es principio de la sabiduría, se despierta grandemente en nuestro corazón con la consideración de la muerte. Porque aunque para esto ayuda mucho la memoria del juicio final y de las penas del infierno, mas porque estas dos cosas creemos por fe y no las vemos con los ojos, no nos mueven tanto como las que cada día vemos y palpamos, que son el agonía y las angustias que á la hora de la muer-

te padecen (si algún juicio tienen) los que han vivido mal. Para lo cual servirán algunas consideraciones y ejemplos de Sanctos, que aquí referiré.

Primeramente, Pedro Damiano, cardenal, hablando de lo que pasa en el corazón del malo en esta hora, dice así: Conviene pensar con grande atención con cuánta amargura y terror es afligida el ánima del que ha vivido mal, cuando comienza á salir de la prisión de la carne, y con cuán grandes estímulos y remordimientos de consciencia es allí despedazada. Acuérdase de los males que cometió, y ve los mandamientos de Dios que despreció. Duélese de haber gastado vanamente el tiempo que le dieron para penitencia, y llora porque ve ser llegada la hora inmutable de la divina venganza. Querría quedarse, y es compelida á partirse. Querría recobrar lo que perdió, y no le es concedido. Volviendo los ojos atrás, mira todo el curso de la vida pasada, y toda ella le parece un brevísimo punto. Echa los ojos adelante, y ve un espacio de infinita eternidad, donde comienza á entrar, llora miserablemente considerando en cuán pequeño espacio y con cuán pequeño trabajo pudiera alcanzar la bienaventuranza. Duélese viendo que por unos breves y sucios deleites de su carne, perdió la dulzura de la perpetua suavidad. Avergüénzase viendo que por aquella sustancia que ha de ser manjar de gusanos, despreció aquella que había de estar en compañía de los ángeles. Y cuando levanta los ojos de su ánima á contemplar las riquezas inmortales de la gloria, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza desta vida. Y cuando baja los ojos á mirar el valle tenebroso deste mundo, y en lo alto ve la claridad de la lumbre eterna, conosce claramente que fué noche y escuridad todo lo que en este siglo amó. ¡Oh, si entonces pudiese alcanzar un poco de tiempo de penitencia, á cuántos trabajos se ofrecería, y á cuántas cruces se obligaría! Entre tanto mientra los ojos se escurecen, y el pecho se levanta, y la voz se enronquece, y los dientes se paran negros, y los miembros yertos, y el rostro amarillo, mientra estas cosas pasan como precursores de la muerte vecina, ofrécense al ánima miserable todas las obras y palabras y malos pensamientos, que están dando triste testimonio contra ella. Todos estos males juntos como un escuadrón vienen á dar sobre él, y queriendo apartar los ojos de este espectáculo, es compelido á mirarle. Llega en este trance por una parte la terri-

ble compañía de los demonios, y por otra la virtud de los ángeles, y luego se ve á cuál de las partes pertenece aquella ánima. Porque si se hallan en ella señales de piedad y virtud, es regalada con la blandura y consolación de los ángeles, y convidada dulcemente á que salga del cuerpo. Mas hallándose en ella la tizne de los pecados y el hedor de la mala vida, es luego atormentada con un terrible espanto, y conturbada con la violencia deste ímpetu repentino, y es luego arrancada de la miserable cárcel del cuerpo para ser llevada á los eternos tormentos. Mas después de la salida del cuerpo, ¿quién podrá explicar cuántos escuadrones armados de los espíritus malignos están puestos en celada, y cuántas huestes de enemigos bramando con terribles penas le salen al camino, y cuántas legiones de demonios le sobrevienen al encuentro, para que no pueda escapar? Pues quienquiera que todas estas cosas atentamente pensare y revolviere en su corazón, fácilmente podrá despedir de sí los regalos engañosos del mundo, y dar libelo de repudio á los apetitos de su carne, y despedidos todos los otros cuidados tomar á pechos solo éste, que es el propósito de emendar la vida y aparejarse siempre para esta hora.

Para confirmación de lo dicho traeré aquí algunos ejemplos que sirven para despertar en nuestras ánimas temor de Dios y aborrescimiento del pecado: porque los ejemplos suelen mover más los corazones que las palabras. Pues para esto servirá un ejemplo que cuenta S. Juan Clímaco en el capítulo VII de su Escala Espiritual por estas palabras. Un religioso que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria: el cual, después de haber ejercitádose en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raíz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella divina y sagrada visión. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sides, que era de los monjes Anacoritas, que viven en soledad. Y después de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolación, y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenía

él ahí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina, que tenían en guarda la sobredicha celda. Y después de haber vivido unos pocos días en ella, cayó en una enfermedad, de que murió. Un día, pues, antes de su muerte súbitamente quedó atónito y pasmado, y teniendo los ojos abiertos miraba á la una parte del lecho y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondía él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así es cierto, mas por esto ayuné tantos años. Otras veces decía: No es así cierto, mentís, no hice eso. Otras decía: Así es de verdad, así es, mas lloré y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decía: Verdaderamente me acusáis, así es, y no tengo que decir sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y rigurosísimo juicio, en el cual (lo que es aun más para temer) le hacían cargo de lo que no había hecho. ¡Miserable de mí, qué será de mí, pues aquel tan grande seguidor de la soledad y quietud en algunos de sus pecados decía que no tenía qué responder, el cual había cuarenta años que era monje y había alcanzado la gracia de las lágrimas! ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Dónde estaba allí aquella voz del profeta Ezequiel, con que pudiera responder: En cualquier día que el pecador se convirtiere de su maldad, no tendré más memoria della? ¿Y aquella que dice: En lo que te hallare, en eso te juzgaré, dice el Señor? Nada desto pudo responder. ¿Por qué causa? Sea gloria á aquel Señor que solo lo sabe. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este Padre en el yermo, daba de comer á un león pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndole tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término y cuál la sentencia y determinación de su causa. Hasta aquí son palabras de S. Juan Clímaco.

Mas no entienda el cristiano lector que este sancto monje fuese condenado: porque no es cosa nueva aparecer algunas veces los demonios en esta hora á varones sanctísimos, como se escribe en la vida de S. Martín y de S. Bernardo, al cual también aparesció el demonio en esta hora, acusándole de sus culpas. Mas el sancto varón respondió acogiéndose á los méritos y llagas de su Redemptor. Pero quiso el Señor que el fin deste religioso Padre no se descubriese, para causar en aquellos tiempos, y también en los nuestros, un sancto y religioso temor deste examen

y juicio que pasa en la hora de la muerte, por el grande fructo que dél se sigue para apartar al hombre de todo pecado.

§. I.

Mas porque así por este ejemplo como por aquella consideración de Pedro Damiano conocemos en alguna manera lo que pasa en el ánima del malo á la salida del cuerpo, será bien pasar un poco más adelante y considerar con mayor atención lo que pasa en ésta después de la salida. Lo cual no es otra cosa que lo que el sancto Evangelio nos cuenta de aquel rico avariento, el cual acabando de expirar fué sepultado y echado en el infierno. Pues cuando este miserable de que aquí hablamos, se vea despeñado en aquel triste lugar en compañía de los demonios y de los otros condenados, especialmente cuando se haya restituído el cuerpo antiguo á su ánima en la resurrección general, ¿qué hará, qué dirá, qué sentirá? ¿Cuáles serán las ansias y despedazamientos de su corazón? Vese desterrado de la compañía gloriosa de todos los sanctos, de los cuales pudiera ser compañero si quisiera. Vese privado eternalmente de la vista de aquella infinita hermosura y de aquel universal y sumo bien, en quien están todos los bienes, para cuya vista fué criado. Vese por todas partes cercado de llamas de verdadero fuego, de tal manera, que á cualquier parte que se vuelva, siempre ha de encontrar con ellas. Ve otrosí la compañía de los demonios, con horribles figuras de serpientes y dragones que le espantan, vengándose de Dios en sus criaturas. Oye la triste y desacordada música de los aullidos terribles y voces de los otros condenados, que son blasfemias y maldiciones del día en que nascieron, y de la leche que mamaron, y de los padres que los engendraron y no los castigaron.

Júntase con esto aquel rabioso gusano de la consciencia, del cual dice Esaías: El gusano dellos no morirá, y el fuego dellas nunca se apagará. Este gusano es un perpetuo roedor y acusador de la mala consciencia, el cual les estará siempre representando los males que hicieron, y los bienes que perdieron, que con tan pequeño trabajo pudieran ganar. Éste les representará toda la eternidad de penas que allí han de pasar sin esperanza de término, ni de alivio, ni de penitencia, ni de misericordia, ni de per-

dón, ni de remedio alguno, el cual no quisieron procurar al tiempo que podían. Pues viéndose por todas partes tan apretados y cercados de angustias, ¿qué harán, qué dirán? ¿Á qué puerto se acogerán, cuando ya ni los Sanctos del cielo, ni la Sancta de los sanctos y abogada de los pecadores les ha de valer allí, pues no se quisieron valer de ella cuando pudieran? Entonces será la rabia, y el despecho, y los bramidos, y aquel llanto y crugir de dientes, de que tantas veces hace mención el sancto Evangelio. Y dice llanto, no porque en aquel lugar haya lágrimas materiales: porque si éstas hubiese, la mar y todo el mundo sería pequeño lugar donde pudiesen caber, aunque cada cien años derramasen una sola lágrima destas.

Viendo, pues, que de ninguna parte se les descubre un pequeño rayo de luz, ni de salud, ni de esperanza, volverán la furia y rabia contra sí mismos, maldiciendo cielos y tierra y su mala suerte, diciendo cada uno: Oh más que ciego, oh más que loco, oh más insensible que piedra, ¿cómo no eché los ojos adelante? ¿Cómo no me quise aprovechar del tiempo que me daban para la emienda de mi vida, en que gasté tantos años, en que la paciencia de Dios me estaba sufriendo y llamando y esperando una hora siquiera en que me convirtiese á Él? Y si yo no tuviera fe de todas estas cosas ni las creyera, no hubiera qué sentir: mas creyéndolas firmemente y sabiendo que en el estado en que me tomase la muerte, había de ser juzgado, ¿cómo no advertí este tan grande peligro? ¿Quién me cegó? ¿Quién me engañó? ¿Quién me cerró los ojos para que no viese? ¿Quién me tapó los oídos para que no oyese, y enduresció mi corazón más que el de Faraón, para que no sintiese cosas tan grandes? Pues ¿cuántas veces fuí avisado deste peligro? ¿Cuántas voces de confesores y predicadores sonaron en mis oídos que desto me avisaban, y á todo me hice sordo, á todo insensible y rebelde? ¿Qué es lo que me detenía? ¿Qué me captivaba? Un deleite vil y sucio y momentáneo desta vil y sucia carne, el cual ya se acabó, y el tormento dél duraba eternalmente. Pues ¿qué haré? ¿Á dónde huiré? ¿Dónde escaparé de las manos y de la venganza de Dios? Ya para mí no hay Iglesia, ni sacramentos, ni sacrificios, ni limosnas, ni oraciones que en este lugar me aprovechen. No hay para mí ni una sola gota de agua (como pedía aquel rico avariento) que me refrigere esta lengua, que tengo de sequedad en esta llama. ¡Oh

si pudiera yo agora matarme con mis propias manos, con que los hombres desesperados procuran dar fin á sus pasiones! Esta llama en que ardo, siendo tan cruel para atormentarme, no lo es para acabarme. Pues ¿qué me queda sino como á hombre desesperado, rabiar, y blasfemar, y maldecir cielos y tierra, y el pan que comí, y la vida que viví, y los que me incitaron á pecar, y desear despedazar y comer á bocados esta mala carne, por cuyos deleites tantas veces pequé, y padezco lo que padezco?

Éstos son, cristiano lector, los tormentos, éste el oficio de aquel gusano de la consciencia que atormenta los malaventurados. Y ni aun esto es la milésima parte de lo que allí padecen. Porque aunque no hubiera más en aquel malaventurado lugar, que estar siempre en cuerpo y ánima nadando en aquel piélago de fuego, abrasándose por todas partes, solo esto bastaba para hacer tremer corazones de piedra. Porque si tener sola la mano queda sobre unas brasas de fuego por espacio de una sola Avemaría, paresce cosa intolerable, ¿qué será estar en aquel horno de fuego, no por espacio de un Avemaría, sino de toda una eternidad, que es mientra Dios fuere Dios? ¡Oh ciegos, oh locos, oh embaídos, oh encantados y enhechizados por aquel antiguo engañador los que esto no sienten!

Pues cuán poderosa sea esta consideración de las penas que están deputadas para los malos, puede entenderse por un ejemplo que S. Gregorio escribe en el cuarto libro de sus Diálogos, donde cuenta que un hombre llamado Pedro, natural de un reino de España, vino á enfermar, de la cual enfermedad murió. Y descendiendo su ánima á los infiernos, vió las penas intolerables que allí se padescían, y los lugares de las llamas: donde también vió algunos hombres poderosos deste siglo colgados en medio de ellas. Y siendo él también llevado para ser arrojado en las mismas llamas, súbitamente acudió un ángel con grande resplandor, y no consintió que allí fuese echado, y junto con esto le dijo: Vuelve al cuerpo, y mira con toda atención de la manera que te conviene vivir después de lo que has visto. Dichas estas palabras, por particular privilegio y singular gracia de nuestro Señor volvió aquella ánima á su cuerpo, y habiendo tornado en sí, contó á un religioso monje todo lo que había visto. Y luego se fué al yermo á un lugar solitario que se llama Ebasa, donde afligía su cuerpo con tan grandes ayunos y vigilias, que aunque no conta-

ra haber visto y temido las penas susodichas, la aspereza de su vida callando él lo testificaba, acordándose cuán admirable había sido la misericordia de Dios para con él, pues así lo había librado. Porque (como dice luego el mismo S. Gregorio) la infinita misericordia de Dios quiere que algunas ánimas después de la muerte vuelvan al cuerpo, para que los que no quisieron creer las penas del infierno cuando las oían, las crean y teman cuando las vean.

El mismo Sancto en el mismo libro y capítulo cuenta otra cosa mucho para temer. Dice que tres años antes, habiendo una pestilencia en Roma, tan brava que claramente veían los hombres caer saetas del cielo y herir á muchos, fué herido un caballero en esta nuestra ciudad de tal manera que murió. Y salida el ánima del cuerpo, volvió de ahí á poco á él y contó lo que había visto, conviene saber, que vió una puente, debajo de la cual corría un río negro y escuro, del cual procedía un hedor intolerable: y pasada la puente había una pradería muy hermosa, llena de flores de grandísima suavidad, entre las cuales había moradas de hombres bienaventurados. Y era tan grande la suavidad de aquel olor, que bastaba para recrear y hartar á los que allí moraban. Y el mismo caballero contaba que vió otro hombre por nombre Estéfano (que bien conoscimos en esta ciudad) del cual dijo que pasando por aquella puente se le desbaró un pie de tal manera que la mitad del cuerpo estaba fuera de la puente, y unos espantosos negros, levantándose del río, le tiraban de una pierna para abajo: mas por otrá parte unos sanctos abades comenzaron á tirarle de los brazos para arriba. Y estando la cosa en esta lucha, que los buenos espíritus lo levantaban á lo alto, y los malos á lo bajo, el ánima que esto vió y contó, volvió á su cuerpo sin alcanzar el suceso y fin desta contienda. Mas lo que esto significaba, declara S. Gregorio, diciendo que en este hombre contendían los vicios de su carne con las obras de sus limosnas. Porque los que por una parte tiraban dél por las piernas para abajo, y los otros de los brazos para arriba, daban á entender que había sido largo en dar limosnas, mas no resistía á los vicios de su carne, que tiraban de él para abajo. Mas el fin deste secreto juicio de Dios, ni Él quiso que lo supiésemos nosotros, ni tampoco aquél que esto vió. Pero este ejemplo basta para que los que son tocados deste vicio, de tal manera emienden sus vidas, que no vengan á parar en semejante peligro.

Resta pues agora, cristiano lector, que sirva esto para lo que al principio propusimos, que es, para asentar en nuestras ánimas un muy firme propósito de nunca jamás hacer cosa que sea pecado mortal. Y para conservarnos en este propósito, en cuanto toca á lo venidero, y para alcanzar perdón de lo pasado, entre otras muchas cosas nos servirán las oraciones y ejercicios que se siguen, procediendo por ellas de virtud en virtud, y subiendo de este primer estado, que es de los que comienzan, á los otros de los que están ya más aprovechados.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO EL QUE SALE DEL MUNDO DEBE LUEGO ENTRAR POR LA PUERTA DE LA PENITENCIA

PUES el que de veras y de todo corazón desea volver á Dios, el que entendida la vanidad y engaño del mundo y la obligación que tiene á su Criador, se quiere obviar á Él y á manera del hijo pródigo desea volver á los brazos de su piadoso padre, sepa que la primera puerta por do ha de entrar, es la penitencia. Porque como dicen los sanctos, después de perdida la nave de la inocencia, ésta es la segunda tabla en que nos habemos de salvar.

De manera que la penitencia es la llave de nuestra salud, el principio de nuestra regeneración, la que nos resuscita de muerte á vida, la que lava la mácula de nuestros pecados, la que nos restituye las virtudes y la gracia perdida, la que nos reconcilia con Dios y nos hace hijos suyos y templo del Espíritu Sancto, la que reedifica los muros de la espiritual Hierusalem después de caída, y la que hace como á otro Sansón renascer los cabellos de la gracia, en que está toda hermosura y fortaleza de nuestra ánima. Ella es otro segundo baptismo, en el cual de nuevo se nos infunde el espíritu de adopción, y se dan al ánima todas aquellas armas y atavíos con que paresca hermosa en los ojos de Dios, y terrible y inexpugnable á los demonios.

Por dónde con mucha razón exclama un sancto Doctor en alabanza desta virtud, diciendo: ¡Oh penitencia, que perdonas el pecado, abres el paraíso, cierras las puertas del infierno, lavas al sucio, curas el enfermo, alumbras al ciego, sueltas al cativo, resuscitas al muerto y restituyes el hombre á la gloria de su primer estado! Por ti fué llevado el ladrón dende la cruz al paraíso, por ti David después de tan grande pecado recibió el Espíritu Sancto, por ti Manasés después de tan grandes maleficios y crueldades fué reconciliado con Dios y restituído en su primer estado, por ti el hijo desperdiciador volvió á su padre, y no sólo alcanzó

sus besos y abrazos, sino también el convite de la ternera muerta y la vestidura de la gracia, y por ti finalmente la pública pecadora derramando muchas lágrimas de sus ojos, no sólo lavó los pies de Cristo, sino también las máculas de sus pecados.

Pues para alcanzar esta universal reparadora de nuestra salud, conviene que diligentemente nos ejercitemos en las tres partes principales de ella, que son, contrición de corazón, confesión de boca y satisfación de obra, porque desta manera alcanzaremos todos estos bienes susodichos. Y cuanto á la primera parte (que es la contrición) debe el hombre trabajar de su parte por cumplir aquello que se escribe en el cántico de Ezequías: Pensaré, Señor, todos los años de mi vida con amargura de mi corazón. Éste es uno de los más preciosos sacrificios que podemos ofrecer á Dios: porque (como dice el Profeta) el corazón quebrantado y humillado, Señor, no le despreciaréis. Y en otro lugar: Miró el Señor la oración de los humildes, y no despreció los ruegos de ellos. Donde es de notar lo que dice S. Augustín en el libro de la Medicina de la penitencia, que no basta al hombre mudar la vida y apartarse de los pecados pasados, sino es menester también satisfacer por ellos con el dolor de la penitencia, y con el gemido de la humildad, y con el sacrificio del corazón contrito, y con obras de misericordia.

En esta parte faltan el día de hoy muchos penitentes, que siendo diligentísimos en examinar sus culpas, son negligentísimos en llorarlas: porque aunque lo uno y lo otro sea necesario, pero mucho más lo segundo que lo primero. Y creo que la causa de estarse muchos en el camino de la virtud tan desmedrados y caídos, y no arribar en mucho tiempo á la perfección, y aun á las veces dejar el camino comenzado, es no haber fundádose bien ni echado raíces altas en este ejercicio. Porque como éste sea el fundamento de todo el edificio espiritual, cuando el fundamento fuere flaco, no podrá ser firme lo que se cargare sobre él. Y pues esta parte es tan principal, en ésta nos debemos ejercitar con todo estudio: para lo cual sirven todas las oraciones y meditaciones que adelante se ponen, así en los ejercicios del primer estado como del segundo, á los cuales en esta parte me remito. La segunda y muy principal cosa que se requiere después de ésta, es la confesión: porque éste es uno de las mayores remedios que nos dejó aquel médico celestial contra estas enfermedades. Para

lo cual es muy saludable consejo para los que de nuevo quieren entrar en el camino de Dios, hacer una confesión general luego al principio de su conversión, para barrer con ella todas las negligencias de las confesiones pasadas: y para mejor hacer esto, es bien tomar algún breve confesional, y discurriendo por las principales partes de él, traer á la memoria todas sus culpas de la vida pasada y ponerlas brevemente por escrito, para poder mejor dar cuenta de ellas en la confesión. Y porque de esto tratan otros libros más copiosamente, remítome á ellos en esta parte sin dicir más.

La tercera cosa que se requiere, es la satisfacción: la cual dicen los doctores que se hace con tres maneras de obras, conviene saber, con ayunos, con limosnas y con oraciones. Porque el ayuno y cualquier otra aspereza corporal (como son cilicios y disciplinas y cosas semejantes) con el dolor de la pena satisfacen por el deleite de la culpa, y castigan y azotan la carne (que por la mayor parte fué la causa de todos nuestros pecados) y así se toma venganza de la parte que fué principalmente causadora de las ofensas de Dios. Y demás de esto, el ayuno es freno de nuestros apetitos, mortificación de nuestras pasiones, elevación de nuestro sentido, disciplina de nuestra vida, templanza de nuestra cobdicia, hermano de la pobreza, hijo de la penitencia, madre de la castidad, compañero de la oración, cuchillo del amor proprio, guarda de nuestra salud, y medio eficacísimo para aplacar á Dios y alcanzar mercedes dél. Con éste le aplacaron los Ninivitas, con éste se humillaban y socorrían los hijos de Israel en sus trabajos, con éste se amPararon y defendieron aquellos tres mozos del furor del rey de Babilonia, con éste fué arrebatado Elías en el carro de fuego, con éste recibió Moisén la ley de Dios, y con éste se apercibió el Hijo de Dios para la predicación del Evangelio, no por su necesidad, sino por nuestro ejemplo. Pues en ésta y en otras semejantes asperezas se debe ejercitar el siervo de Dios en todo tiempo, y mucho más á los principios, si de veras y de todo corazón le desea satisfacer á Dios, con tanto que todo esto se haga con discreción y moderación.

La limosna también (que es la segunda obra satisfactoria) como dice el santo Tobías, libra de todo pecado y de la muerte, y no deja el ánima ir á las tinieblas. Y el Eclesiástico dice que así como el agua mata al fuego, así la limosna al pecado. Y el pro-

feta Daniel no supo dar otro más saludable consejo á aquel rey sentenciado por Dios, sino éste, diciendo: Toma, señor, mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con socorro de pobres.

Sobre todo esto ayuda la oración no sólo á la tercera parte de la penitencia, que es la satisfacción, sino también á la primera, que es la contrición, pues por ella infunde muchas veces nuestro Señor este espíritu en las ánimas de los pecadores, y por ella también alcanzan perdón de sus pecados, pues con ésta lo alcanzó aquel publicano del Evangelio, y con ésta mesma lo alcanzó también el hijo pródigo, como escribe Sant Lucas. Por lo cual nos aconseja el Profeta que nos volvamos á Dios por este mismo medio, diciendo: Llevad con vosotros palabras, y volveos al Señor, y decidle: Quita de nos, Señor, toda maldad, y recibe nuestros buenos corazones, y ofrecerte hemos los becerros de nuestros labios, que es el sacrificio de nuestras oraciones. En las cuales palabras manifiestamente declara que la oración sirve para todo, conviene saber, para pedir al Señor perdón de las culpas y para ofrecerle después sacrificio de satisfacción por ellas.

Mas porque los niños recién nascidos no saben ordenar estas palabras, si no se las ponen sus padres en la boca, por esto me paresció que debía yo aquí usar deste oficio, ordenando algunas devotas palabras que poner en la boca destos espirituales hijos, para que con ellas declaren su corazón á Dios, hasta que vengan á edad que ellos por sí mesmos sepan hablar y pidir á Dios lo que les fuere necesario, con aquellas palabras que el Espíritu Sancto y su misma necesidad les enseñare. De las cuales oraciones las más servirán para pidir al Señor perdón de los pecados, que es lo principal deste primer estado, y otras servirán para darle gracias por los beneficios recibidos y para pidirle remedio para las miserias y necesidades de esta vida: las cuales oraciones debe el hombre leer, no corrida y apresuradamente (como quien quiere cumplir con una tarea ó desea ver el cabo de la obra) sino con toda la atención y devoción y con toda la humildad que le sea posible, buscando tiempo y lugar conveniente para esto, y trabajando por sentir lo que va leyendo, y haciendo sus pausas y estaciones donde hallare alguna cosa que mueva su corazón: porque no es el fin de este negocio dar cabo á tanto número de psalmos ó de oraciones, sino sacar de ellas

un poco de devoción, como quien hiere muchas veces un pedernal para sacar lumbre de él.

Para esto debe señalar dos ó tres tiempos en el día, en que se recoja, y repartir estas oraciones por ellos. Y si en un día las pudiere pasar todas, páselas: y si no, pase las que buenamente pudiere, y las otras queden para otro día.

Comienzan las Oraciones del primer estado (que es de la penitencia) en el cual se ponen muchas y diversas oraciones para provocar á dolor y arrepentimiento de los pecados, y pedir perdón de ellos, con todas las otras cosas que pertenecen para bien vivir.

ORACION PRIMERA

para provocar á dolor de los pecados, considerando la ingratitud y abuso de los beneficios divinos.

QUIÉN dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche mis pecados y el desagradecimiento mío contra Dios mi criador? Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas para compungir los corazones de los hombres y traerlos á conoscimiento de su pecado: mas ninguna tanto como considerar la grandeza de vuestra bondad y la muchedumbre de vuestros beneficios, aun para con los mismos pecadores. Pues porque la miserable de mi ánima desta manera se confunda, comenzaré, Señor, á contar algo de vuestros bienes y de mis pecados, para que por aquí se vea más claro quién sois Vos y quién soy yo, y quién habéis sido Vos para mí, y quién he sido yo para Vos.

Tiempo hubo, Señor mío, cuando yo no era: dístesme ser, y levantástesme del polvo de la tierra, y hecístesme á vuestra imagen y semejanza. Dende el vientre de mi madre Vos sois mi Dios, porque dende el primer principio de mi ser hasta hoy Vos habéis sido mi padre, mi criador, mi hacedor, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formastes mi cuerpo con todos sus sentidos, y criastes mi ánima con todas sus potencias, y hasta agora habéis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra providencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza, porque aunque ello en sí era mucho (porque era todo) mas como todo ello no os costaba nada, quisistes darme algo que os costase mucho, para tenerme

más obligado. Descendistes del cielo á la tierra para buscarme por todos los caminos por donde yo me había perdido. Ennoblecistes mi naturaleza con vuestra Humanidad, librástesme de captiverio con vuestras prisiones, sacástesme del poder del demonio poniéndoos en manos de pecadores, y destruístes mi pecado tomando imagen de pecador. Quisistes obligarme con esta gracia, enamorarme con este beneficio, fortalecer mi esperanza con estos merecimientos, y hacerme aborrecer al pecado, mostrándome lo que Vos hecistes contra él. Echastes brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazón, para que con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio, amase yo á quien tanto hizo por mí y tanto amor me descubrió.

Veisme aquí, Señor, redemido: ¿qué me aprovechara ser redemido si no fuera baptizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisistes que yo fuese del número de los fieles y de aquéllos á quien cupo tan dichosa suerte como es ser hijos vuestros, reengendrados por el agua del sancto baptismo. Allí fuí recebido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto, que Vos fuésedes mi Dios y yo vuestro siervo, Vos mi padre y yo vuestro hijo, y así contendiésemos á porfía, Vos á hacerme obras de padre, y yo á haceros servicios de hijo. ¿Qué diré de los otros sacramentos que ordenastes para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorros fué tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de inocencia: y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habéis sufrido hasta agora. ¡Oh esperanza mía y remedio mío, cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó! ¡Cuántos millares de ánimas por ventura arden agora en el infierno por menores culpas que las que yo entonces cometí, y no ardo yo! ¡Qué fuera de mí si me llevárades en aquel tiempo, como lleváis á otros! ¡Qué juicio se me aparejara tan recio, si me tomara la muerte con el hurto en las manos, si me hallara la justicia en el flagrante delicto! Pues ¿quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿Quién os rogó por mí, cuando yo dormía? ¿Quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis males lo provocaba? ¿Qué vistes en mí, porque qui-

sistes que yo fuese de mejor condición que aquéllos á quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí, y Vos os hacíades sordo para ellos. Mi malicia se alargaba cada día contra Vos, y alargábase el plazo de vuestra misericordia para comigo. Yo á pecar, y Vos á esperarme: yo á huíros, y Vos á buscarme: yo cansado de ofenderos, y Vos no cansado de aguardarme. Y como si mis pecados fueran servicios y no ofensas, así aun en medio dellos recibía de Vos muchas buenas inspiraciones y muchas piadosas sofrenadas que reprehendían y condenaban mis solturas. ¡Cuántas veces me llamastes y distes voces dentro de mí, diciendo: Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas vuélvete á mí, que yo te recibiré! ¡Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamábades, y otras con temores y amenazas me esperábades, trayéndome á la memoria el peligro de la muerte el rigor de vuestra justicia! ¡Cuántas maneras de predicadores y de confesores ordenastes para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen! ¡Cuántas veces no ya con palabras sino con obras me siguíades, convidándome con beneficios y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos (como hacen los cazadores cuando siguen la caza) para que no pudiese huir de Vos!

Pues ¿qué os podré yo, Señor mío, dar por todos estos beneficios? Porque me criastes, os debo todo lo que soy, pues todo lo hecistes. Porque me conserváis, os debo todo lo que soy y vivo, pues todo lo sustentáis. Pues porque Vos mismo os me distes en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mías, y todas os las ofreciese en sacrificio, ¿qué era todo esto para una de las gotas de sangre que derramastes por mí?

Pues ¿quién dará agora lágrimas á mis ojos, para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora y dadme gracias para que sepa yo confesar mis injusticias contra mí. Yo soy aquel malaventurado que aunque no lo paresco, soy criatura vuestra, hecha á vuestra imagen y semejanza. Recognosced, Señor, esta figura, que vuestra es. Quitad delante lo que yo puse, y hallaréis lo que Vos hecistes con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con la misma obra de vuestras manos os ofendí. Mis

pies corrieron á la maldad, mis manos se extendieron al avaricia, mis ojos se soltaron por toda la vanidad, y mis oídos estuvieron siempre atentos á la mentira. Aquella nobilísima parte de mi ánima que tenía ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura y púsolos en la flor de esta vida miserable. La que había de escudriñar siempre vuestros mandamientos, escudriñaba noche y día cómo quebrantarlos á su salvo. Pues estando tal mi entendimiento, ¿qué tal había de estar la voluntad? Ofrecíadesle Vos, Dios mío, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos que Vos habíades consagrado para Vos, al amor de las criaturas. Ésta es, Señor, la paga de vuestros beneficios, y éste es el fructo que llevaron los sentidos que Vos criastes. Pues ¿qué os podré yo responder cuando entréis en juicio comigo y me digáis: Yo te planté como á una viña escogida de muy buenas plantas, ¿cómo te me has pervertido y hecho tan diferente?

Y si á esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé á la segunda, sobre el beneficio de la conservación? Conservábades Vos, Señor, con vuestra providencia al que entendía en quebrantar vuestra ley, en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia y en fortalecer el reino del pecado contra Vos. Movíades la lengua que os blasfemaba, regíades los miembros que os ofendían, y dábades de comer á quien servía á vuestros enemigos á costa vuestra.

De manera que no sólo fuí ingrato á vuestros beneficios, sino aun desos mesmos beneficios hice armas contra Vos. Diputastes todas las criaturas para mi servicio, y enamoréme de todas ellas, y con todas ellas adulteré, pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise más á los dones que al dador, y de donde había de tomar ocasión para conocer vuestra hermosura, veguéme con lo que vi, y no alcé los ojos á ver cuánto más hermoso sería el hacedor que su hechura. Todas los cosas me distes porque yo os me diese, y aprovechéme de todas ellas, y nunca os di ni la gloria ni el tributo que os debía. Ellas os fueron obedientes en servirme siempre (porque Vos se lo mandastes) yo entendí en ofender siempre á Aquél por quien todo el mundo me servía. Vos me dábades la salud, y el demonio se llavaba el fructo della. Vos me dábades las fuerzas, y yo las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como vi en los otros hombres, para

entender que todos aquellos males ajenos eran beneficios míos, pues de todos ellos me librábades? Á Vos solo es lícito no agradecer el beneficio recebido. ¿Quién á quién no debe agradescimiento por el beneficio recebido? Si la fiereza de los leones y serpientes se doma con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme, para que alguna vez siquiera dijese con el Profeta: Temamos al Señor que nos envía agua del cielo, la temprana y la tardía en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes cada un año? Bastaba por cierto, Señor, para argumento de quien Vos sois, haber sufrido lo que yo soy, sin que hubiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y si tan rigurosa ha de ser la cuenta que me habéis de pedir de estas cosas que os costaron tan poco, ¿cuál será la que me pediréis de las que os costaron vuestra sangre? ¡Cómo pervertí todos vuestros consejos! ¡Cómo (cuanto fué de mi parte) deshice todo el misterio de vuestra Encarnación! Hecístesos hombre, para hacerme Dios, y yo (amigo de mi vileza) híceme bestia y hijo de Satanás. Abajastes á la tierra, por llevarme al cielo: yo indigno de tal llamamiento, como no lo merecía, no lo conoscí, y quedéme sumido en el cieno de mis vilezas. Librástesme, y tornéme á mi captiverio: resuscitástesme, y volví á abrazar la muerte: encorporástesme con Vos, y torné otra vez á juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para conosceros, ni tal muestra de amor para amaros, ni tales merescimientos para esperar en Vos, ni tal justicia como en Vos fué ejercitada, para teneros temor. Vos os humillastes hasta el polvo de la tierra, y yo me quedé levantado en mi soberbia. Vos estuvistes en la cruz desnudo, y á mi avaricia no basta el mundo: á Vos os dieron de bofetadas siendo Dios, y á mí no han de tocar en la ropa siendo vilísimo gusano.

¿Qué diré, Salvador mío, sino que fué tan grande la misericordia y amor que comigo usastes, que os pusistes á morir por matar mi pecado, y yo confiando en esa misma bondad y amor me atreví á pecar contra Vos? Pues ¿qué mayor blasfemia que ésta? Tomé ocasión de vuestra bondad para perseverar en mi maldad, y tomé motivo para pecar del mesmo medio que Vos tomastes para matar el pecado. Desta manera pervertí vuestros consejos y hice invenciones de mi malicia las invenciones de vuestra misericordia. Por ser Vos tan bueno, hallé yo que podía seguramente ser malo, y por haberme hecho tan grandes beneficios, colegí yo

que podía haceros tan grandes ofensas. De manera que la misma medicina que Vos ordenastes contra el pecado, hice yo incentivo de pecar, y la espada que Vos me distes para hacerle la guerra, le puse yo en las manos para que me quitase la vida. Finalmente Vos tomastes por medio el morir, para enseñorearos de vivos y muertos, para que (como dice el Apóstol) los que viven, ya no vivan para sí, sino para Vos, que moristes por ellos: mas yo (como hijo de Jezabel) tomé por medio vuestra misma muerte para despojaros de vuestra hacienda, apartándome de vuestro servicio y haciéndome esclavo del enemigo. Pues ¿qué meresce quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel por este pecado, ¿cómo están enteras las mías, pues hice lo mismo? Y si el Apóstol tanto encaresce la malicia del corazón humano por haber tomado ocasión de la misma ley para quebrantar la ley, ¿cuánto mayor malicia será tomar ocasión de la gracia para afrentar la misma gracia? ¡Oh pacientísimo Señor, por sufrir bofetadas por los pecadores, y mucho más para sufrir pecadores! Mas ¿por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que decís por vuestro Profeta: Callé, tuve siempre silencio y sufrí mucho, mas agora hablaré como quien tiene dolores de parto. Veo que la tierra que después de llovida no da fructo, es descomulgada y maldita, y que la viña que después de labrada y cultivada en lugar de uvas da graces, es por vuestro mandamiento destruída y desamparada. Pues, oh sarmiento loco y infructuoso, ¿cómo no temiste la voz de aquel tan sabio podador, que corta de la vid el sarmiento estéril y lo echa en el fuego? ¿Dónde tenía el juicio quien tales juicios no temía? ¡Qué tanto había ensordecido quien á tales voces no acudía, quien tan profundo sueño dormía, quien no despertaba con el trueno de tan grandes amenazas! Contentábame esta morada terrena tan indigna de mi ánima, y tenía por deleites estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones, pungíanme las espinas de mis cobdicias, despedazábame el distraimiento de mis cuidados, remordíame el gusano de mi consciencia: y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso, y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡Oh tan engañado para conocerme cuan rebelde y duro para serviros!

Pues ¿qué haré, Dios mío, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parecer delante Vos, ni alzar los ojos á

miraros. Mas ¿adónde iré? ¿Adónde me esconderé de Vos? Por ventura no sois Vos mi padre, y padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque aunque yo he dejado de ser hijo, Vos no habéis dejado hasta agora de ser padre, y aunque yo he hecho por donde me podáis condenar, Vos no habéis perdido por donde me podáis salvar.

Pues ¿qué otra cosa puedo hacer, sino echarme á vuestros pies y pediros misericordia? ¿Á quién llamaré? ¿Á quién me socorreré sino á Vos? ¿Por ventura no sois Vos mi criador, mi hacedor, mi gobernador, mi redemptor, mi librador, mi rey, mi pastor, mi sacerdote, mi sacrificio? Pues ¿á quién iré ó adónde huiré sino á Vos? Si Vos me desecháis, ¿quién me recebirá? Si Vos me desamparáis, ¿quién me amparará? Recognosce, Señor mío, esta oveja descarriada que se vuelve á Vos. Si vengo llagado, Vos me podéis sanar: si ciego, Vos me podéis alumbrar: si muerto, Vos me podéis resuscitar: si sucio y lleno de pecados, Vos me podéis alimpiar. Rociarme heis, Señor, con hisopo, y seré limpio: lavarme heis, y pararme he más blanco que la nieve. Mayor es vuestra misericordia que mi culpa, mayor vuestra piedad que mi maldad, y más podéis Vos perdonar que yo pecar. Pues no me despreciéis, Señor, ni miréis á la muchedumbre de mis pecados, sino dad gloria á vuestro nombre, y haced comigo según la muchedumbre de vuestras misericordias. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

ORACION SEGUNDA

para pedir al Señor perdón de los pecados.

OH Padre todopoderoso, todo piadoso y misericordioso, yo miserable pecador con cuanta humildad puedo, y con entera confianza de tu infinita bondad y misericordia, derribado ante tus pies confieso húmilmente mis grandes culpas, con las cuales hasta agora ofendí á ti, benignísimo Padre. Confieso también mi grande desagradescimiento á tus infinitos beneficios, que es, á tanto amor y benignidad como comigo usaste, esperándome tanto tiempo á penitencia, y no echándome en los infiernos, donde merescía estar por mi malicia, sino antes muchas veces provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh cuántas veces, Señor mío, llamaste

á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocaste con beneficios! ¡Cuántas me halagaste con regalos! ¡Cuántas me heriste con azotes! Pero con todo esto te despedí de mí y te volví las espaldas, sosteniéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh, cuán justamente me pudieras haber echado en el abismo de los infiernos, y por tu sola clemencia detuviste el ímpetu de la ira que yo tenía tan merescida! Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor, cuando tales cosas considero. Verdaderamente, ni el mismo infierno tiene tantos tormentos cuantos meresce la culpa de mis pecados. Indigno soy de llamarme tu criatura, y de que la tierra me sustente y me dé con qué viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas y todos los elementos por las injurias y desacatos que he cometido contra ti. Pero ya, Padre misericordioso, ten misericordia de mí y ábreme las entrañas de tu infinita piedad. Perdóname porque tanto dilaté convertirme á ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de padre, y dame el mantenimiento y sustentación que sueles dar á tus hijos. Suplícote, Señor, obres agora en mí eso para que tanto tiempo me esperaste, y para lo que eternalmente me tenéis determinado. ¡Ay de mí, que desamparé un padre tan benigno y piadoso, que nunca comigo mostró sino amor, sino beneficios, sino gracia y fidelidad! ¡Ay de mí, porque te negué el corazón en que habías acordado fundar tu templo y morada, y le hice vaso de maldad y corrupción! Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene: mas con todo esto confío en tu bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias. Oh Padre amantísimo, si tú quieres, sin dubda puedes alimpiarme. Sáname, Señor, y seré sano, pues claramente confieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, diciendo: Tú fornicaste con muchos enamorados: pero vuélvete á mí, que yo te recibiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazón me vuelvo á ti, como si á mí solo hubieras llamado y á mí solo convidaras con esa voz tan amorosa. Porque yo soy aquella sucia y desleal criatura, aquel hijo pródigo y desperdiciado que desdichadamente me alejé de ti, Padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden, y como oveja modorra me perdí de

tu rebaño, destruyendo tan largas mercedes como tú me habías concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y fuíme á beber á los pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan: pues es cierto que todos los sensuales deleites más presto que humo desaparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, sumo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Porque desnudo, pobre, miserable y sucio soy hecho, y en el estiércol de mis vicios me podrí. Mas agora, Padre mío, suplícote quieras olvidarte de los deservicios que te hice, no por la penitencia que yo he hecho, sino por la que tu unigénito Hijo hizo por mí.

Y tú, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recebiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradescimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí. Tú eres toda mi esperanza y toda mi consolación y mi amparo. Cuanto me turban mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu bondad y los merescimientos de tu pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por tu muerte fué deshecho: todo cuánto á mi falta, sobra al valor de tu pasión. Y dado que mis pecados sean grandes y innumerables, pero muy pequeños y pocos son, comparados á tu misericordia. Por lo cual confío en tu bondad que no dejarás perecer á quien criaste á tu imagen y semejanza, y por quien te heciste consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de ti condenado, pues con tanto trabajo y por tan caro precio me redemiste. Tú que vives y reinas. &c.

TERCERA ORACIÓN

para dar al Señor gracias por los beneficios recebidos.

GRACIAS te doy, dulce Jesú, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y por esta ánima con todas sus potencias, para

que con ellas te conosciese y amase. Dame, Señor, gracia para que de tal manera sirva yo á ti, mi criador y padre celestial, que muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones vuelva á reformar en mí esta imagen que tú criaste, y á recobrar esta divina semejanza por inocencia de vida.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación, porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra la mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los peces, las aves, los árboles, y finalmente todas las otras criaturas, de las cuales unas heciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme y otras también para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de tus criaturas, y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste, conviene saber, para que por ellas venga en conoscimiento de ti, mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi corazón y arrebate en admiración de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, por el beneficio de la redempción, que es por aquella incomprehensible bondad y misericordia que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y trabajaste en sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, por los vituperios, por la sentencia del juez inicuo, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte, por la sepultura y por la cruz, pues todos estos trabajos y dolores ordenaste para mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que dende el nascimiento y principio de mi vida me recebiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me heciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima hasta el día presente. Plega á tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga sed mi ánima, hasta que acabado el curso de esta peregrinación goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesú, que hasta agora me has guardado y librado de muchos y grandes peligros, así de cuerpo como de ánima, meresciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado. Alumbra, Señor, mi corazón con la luz de tu gracia, para que conosciendo enteramente la grandeza de tu piedad y de mi desagradescimiento, llore siempre mis pecados y trabaje de aquí adelante por agradar á ti, único Señor y Salvador mío.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, viviendo torpísimamente, me sufriste tanto tiempo con tanta paciencia y me esperaste á penitencia. Concédeme, Señor, que con verdadera y viva contrición y con buenas obras lave las heces de mis pecados pasados, y de aquí adelante con limpieza de corazón te ame con ardentísimo amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que caminando yo por el camino de la perdición y estando ya en medio de las gargantas del infierno, no consentiste que acabase de perderme, mas otra vez me trajiste al camino de la vida, no sirviéndote yo, sino huyendo y resistiendo á tus sanctas inspiraciones. Concédeme que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus sanctas inspiraciones, y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás de ti se apartar.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque has gobernado y defendido á mí, vilísimo pecador, y de tal manera me has mirado con los ojos de tu misericordia (y aun todavía pecando yo, tan benignamente me sostienes y tan continuamente me visitas) como si olvidado de todos los otros hombres, de mí solo tuvieses cuidado. Haz, Señor, que yo también ardentísimamente te ame y todas las cosas perecederas por ti desampare, en ti solo piense, y

con ánimo promptísimo siga y cumpla siempre tu voluntad. Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, porque me has preservado de tantos males, y por otros muchos particulares y secretos beneficios que me has hecho, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno della. Dame, Señor, que de tal manera use yo destos beneficios, que no me sean ocasión de soberbia y negligencia, sino de mayor humildad, agradescimiento y deseos de tu servicio. Amén.

CUARTA ORACIÓN

en la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo nuestro Salvador al Padre.

¿QUÉ daré yo al Señor por todo lo que Él me ha dado? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? ¿Qué le ofresceré por tantas misericordias? ¡Oh, cuán mal he respondido á tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fuí desagradescido á tus beneficios, siempre puse impedimiento á tus inspiraciones, añadiendo culpas á culpas y pecados á pecados. Confieso, Señor mío, que no merezco nombre de hijo: mas todavía te reconozco por padre, porque tú eres verdaderamente mi padre y toda mi confianza. Tú eres fuente de misericordia, que no desechas á los sucios que corren á ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, oh suave socorro mío, cómo yo el más pobre de todas las criaturas vengo á ti, sin traer otra cosa comigo más que la carga de mis pecados. Húmilmente me derribo á los pies de tu piedad, húmilmente pido tu misericordia: perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita clemencia.

Dulce Jesú, yo en remisión de todos mis pecados te ofrezco aquella espantable caridad, por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste de hacer hombre por nosotros, y vivir en este mundo treinta y tres años cou muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradicciones, cansancios y fatigas. Ofrézcote aquella congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazón afligía. Ofrézcote aquel ardiente deseo que de pade-

cer tenías, cuando tan de voluntad te entregaste á tus enemigos, y te ofreciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcote las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Anás y Caifás toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padeciste. Todas estas cosas te ofrezco, rogando á tu piedad sin medida que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Ofrézcote también aquella inefable humildad y paciencia que tuviste cuando te coronaban con espinas, y para mayor escarnio te vistieron una ropa colorada, y burlando te saludaban, y escupían, y herían con la caña que en la mano tenías. Ofrézcote aquel cansancio doloroso de tu sanctísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos de tus pies y aquella tan pesada carga de la cruz que llevabas en tus hombros. Ofrézcote aquel sudor y sed que en la cruz padeciste, con otras muchas penas que con mansísimo y promptísimo corazón sufriste. Todo esto te ofrezco con las gracias que yo te puedo dar, rogando á tu piedad inmensa que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste, cuando quitándote la vestidura que estaba pegada á las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus pies y manos, cuando se descoyuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre (como arroyo de sus fuentes) de tus heridas corría. Ofrézcote cada gota de esa sangre preciosa, ofrézcote aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradicción y vituperios de aquellos malvados que meneando sus cabezas te escarnecían, excusándolos tú benignamente y rogando por ellos. Todo esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, para que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis liviandades y negligencias te ofrezco aquellos incomprehensibles tormentos que sufriste cuando dejado de todas partes á la fuerza de las angustias, y desamparado de todo consuelo, miserablemente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcote la gran sed que allí padeciste, y aque-

lla piedad y reverencia con que inclinada la cabeza al Padre, le encomendaste tu espíritu. Ofrézcote aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Todo esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna. Amén.

QUINTA ORACIÓN

á Dios y á todos los sanctos, para pedir todo lo que es necesario así para nos como para nuestros prójimos.

PADRE benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, habe misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo. Ofrézcote cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcote su sanctísimo corazón hecho un panar de miel por la grandeza de su amor. Ofrézcote los merescimientos de su dulcísima Madre y de todos los sanctos, para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí. Á ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso Jesú, Redemptor y Señor mío, habe misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias. Gracias te doy por las mercedes sin cuento que á mí indigno has hecho y cada día haces. Gracias te doy por tu sacratísima encarnación, por tu perfectísima conversación, por tu limpiísimo nascimiento, por tu crudelísima pasión, por el derramamiento de tu bendita sangre y por tu tan afrentosa muerte. Ruégote, piadoso Señor, me quieras hacer particionero de todos tus merescimientos, para que encorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor y imitación de tu vida sanctísima, merezca yo gozar de ti como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles. Á ti sea loor y imperio en los siglos de los siglos. Amén.

Espíritu Sancto, consolador mío, ayúdame, Señor. Á ti encomiendo mi ánima, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En tus manos dejo el proceso y fin de mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio, haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta deste cuerpo mortal.

Yo ciego y enfermo mientra en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, fácilmente soy engañado y escarnecido. Por esto me entrego á ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, á este pobre siervo tuyo de todos los males. Alumbra mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalesce mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi consciencia. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, que mis entrañas se aficionen á ti y que en todo lugar y tiempo cumpla yo tu sancta voluntad. Á ti sea bendición y hacimiento de gracias en los siglos de los siglos. Amén.

Adoro, reverencio, glorifico á ti, Sancta Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Sancto. Ante tu divina majestad del todo me derribo, y á tu sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta á tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales, cuales tú quieres que seamos. Encomiéndote toda esta nuestra compañía, todas las cosas deste lugar, todos sus negocios espirituales y temporales. Encomiéndote á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares y á todos aquéllos por quien debo rogarte, y á todos los que pidieron ó piden mis oraciones. Encomiéndote á toda tu Iglesia: haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen y se amen entre sí. Á los errados vuelve al camino, apaga las herejías y convierte á la fe á todos los que aun no tienen conoscimiento de tu sancto nombre. Danos paz, y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y á nosotros conviene. Recrea y consuela á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y afliciones espirituales ó corporales. Finalmente debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas, para que á los vivos concedas gracia y á los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandesciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el Rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia. Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima.

Ayuda, piadosa Madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel grande y postrero peligro.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía á una voz glorificáis un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, sancto Angel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. Oh sanctos y sanctas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo y salidos deste destierro llegastes al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merescimientos y oraciones sea yo favorescido agora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACION

para pedir el amor de Dios.

INCLINADAS las rodillas de mi corazón, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, ante ti, como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente á todos aquéllos que no cierran las puertas para recebirlos. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo maestro una masa de barro y un tronco ñudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo heciste. Hecísteme para que te amase: dame aquello para que pueda yo hacer aquello para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que viendo mi desamor, orde-

naste un sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Y qué eres tú á mí sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿porqué no amaré yo á ti, siendo el que eres para comigo?

Pues confiando, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú meresces ser amado, y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me dés licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas: déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no solo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas (así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas) ¿porqué no te amaré yo? ¿Porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor, que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas (así como del mar todas las aguas) ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿porqué no te amaré yo, pues el objecto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están enbebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas, ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿porqué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recibió el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibie-

ron el ser que tienen, y por ellas esperan recebir lo que les falta. Pues ¿qué título destos falta á ti, Dios mío, porque no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de perfección. Tú eres el padre que me heciste, y la cabeza que me rige, y el esposo que das á mi ánima cumplido contentamiento. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recebir: porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor sino de aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura (dice Hieremías) olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallescido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios, arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras.

Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿porqué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, me eres todas estas cosas, ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío, ensancha mi corazón en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea re-

solverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca y donde sea todo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor, que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo á ti mi amado á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todopoderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas: y ¿qué digo cuando esto digo? ¡Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía! ¡Oh todo amable! ¡Oh todo dulce! ¡Oh todo deleitable! ¡Oh sanctísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y Vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh, cuándo! ¡Oh, si será! ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilatación! Date priesa, oh buen Jesú, date priesa, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se

arrima, piedra sobre que se funda, y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra: pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

para pedir todas las virtudes.

TODOPODEROSO y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables á vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla para gloria y honra de vuestro sancto nombre. Ordenad, Señor, el estado de mi vida: y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda y fuerzas para que lo obre, así como conviene para la salud de mi ánima. Seáme, Señor, el camino para Vos seguro, derecho y perfecto, y tal que entre las prosperidades y adversidades desta vida no desfallezca: para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas ni desconfíe en las otras.

De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare á Vos, ó me apartare de Vos. Á nadie desee contentar sino á solo Vos, ni tema descontentar á otro que á Vos. Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de Vos, y muy caras y preciosas todas las vuestras, y Vos, Dios mío, sobre todas ellas. Déme, Señor, en rostro todo gozo sin Vos, y no desee alguna cosa fuera de Vos. Séame deleitoso cualquier trabajo por Vos y enojoso cualquier descanso que tomare sin Vos.

Dadme que á menudo levante á Vos mi corazón: y si alguna vez desto faltare, recompense esta falta con pesarme della y proponer de emendarla. Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento, alegre sin distraimiento, triste sin descaescimiento, ma-

duro sin pesadumbre, prompto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación y confiado sin presumpción. Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que le edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca á los mayores sin contradicción y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración. Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador que ningún pensamiento lo aparte de Vos, un corazón noble que ningun bajo deseo lo cative, un corazón valeroso que ningún trabajo lo quebrante, un corazón libre que ningún poder lo fuerce, y un corazón derecho que ninguna mala intención pueda doblarle. Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, y vida que siempre os agrade, perseverancia que confiadamente os espere, y esperanza que felizmente os abrace. Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia, y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia, y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria.

SÍGUESE UNA MUY DEVOTA ORACIÓN

á Nuestra Señora.

DIOS te salve, excelentísima Señora y después de Dios entre los sanctos sanctísima María, que con virginidad de madre y maternidad de virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Sancto, tú recámara gloriosa de la sanctísima Trinidad. Por ti, Señora, vive la redondez de la tierra, contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los defunctos. Inclina, Señora, los oídos de tu piedad á las oraciones deste vil siervo, y con los rayos de tu sanctidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar á tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará á ti? Tú eres en las cosas dubdosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio y en los peligros y tentaciones fiel soco-

rro. Tú eres, después de tu unigénito Hijo, cierta salud y esperanza nuestra. Tú eres la más excelente de las mujeres, la más graciosa y la más hermosa. Bienaventurados los que te aman y los que por sanctidad de vida se hacen tus familiares. Á tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía.

Dios te salve, magnífica sala y resplandesciente palacio del Emperador eterno. Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella reina del cielo que resplandesces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como las haces de los reales bien ordenadas. Dame, Señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en ti, para que despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de la morada de la gloria.

Dios te salve, estrella resplandesciente y clarísima lumbrera, María, de quien nasció el sol de justicia Cristo nuestro Salvador. Tú eres virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras á los hijos de la Iglesia doquiera que están por todo el mundo. Tú dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra les ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendito fructo de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú después del Señor eres la primera que meresces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, Señora, porque ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses y á ti, Señora de las señoras, en Sión, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna. De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesú, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los sanctos, tu perfecta inocencia alimpia los pecadores. Todos los hijos de Dios hallan en ti reposo cumplido. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón, para

que me cuentes en el número de aquéllos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, virgen bellísima, virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas, y más blanca que el azucena. Tú eres fuente del paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolación. El Señor te crió virgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No apartes, Señora, los ojos de mí, pecador miserable, mas de sucio me haz limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados: á quien tanta honra hace tu Hijo, que todo cuanto le pides concede, y todo lo que quieres cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los serafines, y tú gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, oh Señora, sobre los coros de los ángeles, y como á la primavera te acompañan las flores y rosas y las frescuras de los valles. Sáname, oh bienaventurada, y seré sano, sálvame y seré salvo, y bendecirte he en los siglos de los siglos para siempre jamás.

SÍGUESE UNA MUY DEVOTA ORACIÓN

para antes de la sagrada Comunión.

GRACIAS y alabanzas te doy, Salvador y Señor mío, por todos los beneficios que has querido hacer á esta tan vil y miserable criatura. Gracias te doy por todas las misericordias de que usaste con el linaje humano en el misterio de tu sancta encarnación, y señaladamente por tu sanctísimo nascimiento, por tu circuncisión, por tu presentación en el templo, por la huída á Egipto, y por el ayuno y tentación, por los trabajos de tus caminos, por el discurso de las predicaciones, por las persecuciones del mundo, por los tormentos y dolores de tu acerbísima pasión,

y por todo lo que en este mundo padeciste por mí, y mucho más por el amor con que lo padeciste, que sin comparación fué mayor.

Sobre todo esto te doy gracias porque tienes por bien asentarme á tu mesa, y hacerme participante de ti mismo y de los inestimables tesoros y méritos de tu pasión. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿con qué te pagaré yo esta nueva misericordia? ¿Quién eres Tú y quién nosotros, para que tú, Señor de la majestad, quieras descendir á nuestras casas de barro? Á tu casa, Señor, conviene la sanctidad en longura de días. Pues ¿cómo quieres tomar por casa la que está llena de maldad en todos los días? El cielo es tu silla, y la tierra es el escaño de tus pies, y todo lo hinche la gloria de tu majestad. Pues ¿cómo quieres aposentarte en tan viles pajares? ¿Es posible (dice Salomón) que haya de morar Dios en la tierra con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cuánto menos bastará esta tan estrecha posada? ¡Oh, cómo es grande maravilla que Aquél que está asentado sobre los querubines, y dende ahí mira los abismos, que agora descienda á estos abismos, y ponga ahí la silla de su majestad!

Poco le paresció á tu infinita bondad haber enviado los ángeles para nuestro servicio, sino que tú mismo, Señor de los ángeles, quisieses venir á nosotros, y entrar en nuestras ánimas, y tratar allí por tus manos los negocios de nuestra salud. Allí visitas los enfermos, levantas los caídos, enseñas los ignorantes, encaminas los errados, y finalmente, tú mismo eres el que nos curas de todos nuestros males, y esto no con otras manos que con las tuyas, ni con otra medicina que con tu carne y con tu sangre. ¡Oh buen Pastor, y cuán fielmente cumpliste aquella palabra que nos diste por el Profeta, diciendo: Yo apacentaré mis ovejas y les daré sueño reposado: yo buscaré lo perdido y volveré al aprisco lo desechado!

Mas ¿quién será digno de tales mercedes? ¿Quién será digno de tan grande beneficio? Sola, Señor, tu misericordia nos hace dignos de tanto bien. Y pues sin esta nadie es digno, ella sea, Dios mío, la que me favorezca, ella sea la que me haga participante deste misterio, y agradescido á este tan grande beneficio. Supla, pues, mis defectos tu gracia, perdone mis pecados tu misericordia, apareje mi ánima tu espíritu, enriquezcan mi pobreza

tus merescimientos, y lave todas las mancillas de mi vida tu sangre preciosa, para que así pueda dignamente recebir este venerable sacramento.

Alégrome, Dios mío, cuando me acuerdo de aquel milagro que hizo Eliseo después de muerto, cuando resuscitó á otro muerto que tocó en él. Pues si tanto puede el cuerpo muerto de un profeta, ¿cuánto más podrá el cuerpo vivo del Señor de los profetas? No eres tú por cierto, Señor, menos poderoso que tu profeta, ni mi ánima está menos muerta que aquel cuerpo, ni es de menor virtud este tocamiento que aquél. Pues ¿porqué no esperaré yo de aquí otro semejante beneficio? ¿Porqué hará mayores maravillas el cuerpo concebido en pecado, que el que fué concebido de Espíritu Sancto? ¿Porqué ha de ser más honrado el cuerpo del siervo que el del Señor? ¿Porqué no resuscitará tu sagrado cuerpo las ánimas que se llegaren á ti, pues aquél resuscitó los cuerpos que se llegaron á él? Y pues aquél sin buscar la vida recibió lo que no buscaba, por virtud de aquel sancto cuerpo, plega á tu infinita misericordia, Señor mío, que pues yo la busco por medio de este Sacramento, sea yo por él de tal manera resuscitado, que ya no viva más para mí sino para ti. Oh buen Jesú, por aquella inestimable caridad y amor que te hizo encarnar y morir por mí, húmilmente te suplico me quieras alimpiar de todos mis pecados y adornar con tus virtudes y merescimientos, y darme gracia para que reciba este Sacramento con aquella humildad y reverencia, con aquel temor y temblor, con aquel dolor y arrepentimiento de mis pecados, y con aquel propósito de apartarme de ellos, y con aquel amor y caridad que conviene para tan alto misterio.

Dame también, Señor, aquella pureza de intención con que reciba yo este misterio para gloria de tu sancto nombre, para remedio de todas mis flaquezas y necesidades, para defenderme del enemigo con estas armas, para sustentarme en la vida espiritual con este manjar, y para hacerme una cosa contigo mediante este Sacramento de amor, y para ofrecerte este sacrificio por la salud de todos los fieles, así vivos como defunctos, para que todos sean ayudados con la virtud inestimable deste Sacramento que por la salud de todos fué instituído. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN DE S. BUENAVENTURA

para después de la Comunión.

SEÑOR Dios todopoderoso, Criador y Salvador mío, ¿cómo he tenido atrevimiento para llegarme á ti, siendo una tan vil, tan sucia y tan abominable creatura? Tú, Señor, eres Dios de los dioses y Rey de los reyes. Tú eres la suma de todos los bienes, toda la honestidad, toda la hermosura, toda la utilidad y toda la suavidad. Tú eres fuente de resplandor, fuente de melodía, fuente de amor y abrazo de entrañable caridad. Y con ser tú el que eres, tú ruegas á mí, y yo huyo de ti: tú tienes cuidado de mí, y yo no lo tengo de ti: tú siempre me sirves, y yo siempre te ofendo: tú me haces infinitas mercedes, yo las menosprecio: y tú finalmente amas á mí, que soy vanidad y nada, y yo no hago caso de ti, que eres infinito y inconmutable bien. El hedor y horror abominable del mundo antepongo á ti, Esposo benignísimo, y más me mueve la criatura que el criador, más la vanidad que la eternidad, más la detestable miseria que la suma felicidad, y más la servidumbre que la libertad. Y como sea verdad que valen más las heridas del amigo, que los engañosos besos del enemigo, yo soy de tal condición que más quiero las engañosas heridas del que me aborrece, que los dulces besos del que me ama. Mas no te acuerdes, Señor, de mis pecados, ni de los de mis padres, sino de las entrañas de tu misericordia y del dolor de tus heridas. No mires lo que yo contra ti hice, sino lo que tú por mí heciste: porque si yo he hecho cosas por donde me puedas condenar, tú tienes hechas muchas más por donde me puedas salvar. Pues, Señor, si me amas así como lo muestras, ¿porqué me desamparas? ¿Porqué te alejas de mí? Oh amantísimo Señor, tenme con tu temor, apriétame con tu amor y sosiégame con tu dulzor.

Confieso, Señor, que yo soy aquel hijo pródigo que viviendo lujuriosamente y amando á mí y á tus criaturas desordenadamente, desperdicié toda la hacienda que me diste. Mas agora que reconozco mi miseria y pobreza, y vuelvo acosado de la hambre á las paternales entrañas de tu misericordia, y aquí me he llegado hoy á esta mesa celestial de tu preciosísimo Cuerpo,

ten por bien mirarme con ojos de piedad, y salirme á recebir con los secretos rayos de tu gracia, y tender sobre mí los brazos de tu inefable caridad, y darme besos de suavidad y de paz. Conozco, Padre mío, que pequé contra ti y que ya no merezco llamarme hijo tuyo, ni aun siervo jornalero: mas con todo esto ten misericordia de mí y perdona mis pecados. Suplícote, Señor, mandes que me sea dada la vestidura de la caridad, el anillo de la fe y el calzado de la esperanza, con el cual pueda yo andar seguro por el camino fragoso desta vida. Váy e fuera de mí la muchedumbre de todos los vanos pensamientos y deseos, que uno es mi amado, uno mi querido, uno mi Dios y mi Señor. Ninguna cosa pues me sea dulce, ninguna me deleite sino sólo Él. Él sea todo mío y yo todo suyo, de tal manera que mi corazón se haga una misma cosa con Él. No sepa yo otra cosa, ni otra ame, ni otra desee, sino sólo á Jesucristo, y éste crucificado. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Á NUESTRA SEÑORA

para el mismo propósito.

SANCTA María, dignísima madre de nuestro Señor Jesucrito, serenísima reina del cielo y de la tierra, que meresciste traer en tu sacratísimo vientre al mismo Criador de todas las criaturas, cuyo venerabilísimo cuerpo yo he hoy recebido: ten, Señora, por bien entrevenir por mí, para que cualquier cosa que contra este sacramento he pecado, por ignorancia, ó por negligencia, ó por malicia, todo me lo perdone por tus ruegos Jesucristo tu Hijo. El cual con el Padre y Espíritu Sancto vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

¶ Este día, antes ó después de la comunión, se puede bien rezar la oración que arriba se puso para pedir el amor de Dios.

ORACIÓN PARA MIENTRA SE DICE LA MISA

EN LA CUAL SE OFRECE AL PADRE LA MUERTE DE SU HIJO

tomada de muchas palabras de S. Augustín.

CLEMENTÍSIMO y soberano Criador del cielo y de la tierra, yo el más vil de todos los pecadores juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito

Hijo) por todos los pecados que yo he hecho, y por todos los beneficios que de ti he recebido. Mira, clementísimo Rey, al que padece, y acuérdate benignamente por quién padece. ¿Por ventura no es éste, Señor, el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradescido? ¿Por ventura no es éste el Auctor de la vida, el cual llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan crudelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, y sus manos inocentes corriendo sangre, y ten por bien de perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo y herido con un cruel hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies (que nunca estuvieron en el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien de enderezar los míos en el camino de tus sanctos mandamientos. Ruégote, Rey de los sanctos, por este Sancto de los sanctos, por este Redemptor mío, que sea yo unido con Él por espíritu, pues Él no tuvo asco de juntarse comigo por carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaescida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada y caída con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redemido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de su sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona la culpa del redemido. Éste es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todopoderoso. Éste es aquel sumo Pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues él resplandece rociado con la suya propria.

Este es el sacrificio sancto, agradable y perfecto, ofrescido y aceptado en olor de suavidad. Éste es el cordero sin mancilla, enmudescido ante los que le trasquilan: el cual herido con azotes, afeado con salivas, y injuriado con oprobrios, no abrió su boca.

Este es el que no habiendo hecho pecados, padesció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas. Pues ¿qué heciste tú, oh Señor dulcísimo, porque así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo Cordero, porque así fueses tratado? ¿Qué fueron tus culpas y qué la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, yo la ocasión de tu muerte, yo la causa de tu condenación. ¡Oh maravillosa dispensación de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno: ofende el reo, y es herido el inocente, y lo que comete el siervo, págalo el Señor. ¡Hasta dónde, oh Hijo de Dios, hasta dónde descendió tu humildad! ¡Hasta dónde se extendió tu caridad! ¡Hasta dónde procedió tu amor! ¡Hasta dónde llegó tu compasión! Yo cometí la maldad, tú sufres el castigo: yo hice los pecados, y tú te subjectas á los tormentos: yo me ensoberbescí, y tú eres humillado: yo fuí el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad.

Mira pues agora, Padre eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrecido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrecer. Hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre ti y mí este fiel abogado. Recibe con serenos ojos al buen pastor, y mira la oveja descarriada que él te trae sobre sus hombros. Ruégote, piadoso Padre, que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia (sin que yo te lo mereciese) me lo diste por Redemptor.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN

que también se puede decir en el mismo tiempo de la misa ó en cualquier otro.

ADORO, alabo y glorifícote, Señor Jesucristo, bendígote y doite gracias, Hijo de Dios vivo, porque tus dignísimos miembros quisiste que por mi remedio fuesen en tantas maneras afligidos y lastimados. Yo los saludo á todos por tu honra y amor. Salúdoos, pies de mi Señor, por mí cansados, afligidos y con duros clavos traspasados. Salúdoos, venerables rodillas, que tantas veces por mi en la tierra fuistes hincadas y tantas veces cansadas

de caminar. Salúdote, pecho florido y por mí con cardenales y heridas afeado. Salúdote, costado sacratísimo, que fuiste por mí con la lanza herido y traspasado. Salúdote, corazón amabilísimo, suavísimo y piadosísimo, por mí rompido y alanceado. Salúdoos, espaldas, por mí con azotes rasgadas y ensangrentadas. Salúdoos, dulcísimos y carísimos brazos, por mí en la cruz tendidos y estirados. Salúdoos, delicadas manos, cruelmente por mí con duros clavos heridas y traspasadas. Salúdoos, hermosísimos hombros, por mí con el peso de la cruz molidos y quebrantados. Salúdote, boca y garganta suavísima, por mí con vinagre y hiel amargada. Salúdoos, benignísimos oídos, por mí ofendidos con injurias y afrentas. Salúdoos, bienaventurados ojos, llovidos de lágrimas por mis pecados. Salúdote, venerable cabeza, por mí coronada con espinas, llagada con llagas, y con la caña lastimada. Clementísimo Jesú, saludo todo tu precioso cuerpo por mí azotado, despedazado, crucificado, muerto y sepultado. Saludo tu sangre preciosa por mí ofrescida y derramada. Salúdote, nobilísima ánima, por mí entristecida y angustiada. Amabílisimo Señor, ruégote por tus sanctísimos miembros, que sanctifiques los míos y laves todas las mancillas que yo les pegué, usando mal de todos ellos. Tú que vives &c.

MEDITACION

de la sagrada Pasión de Cristo nuestro Señor, repartida por las siete horas del día en que padesció.

ABRE mi boca, alúmbrame, luz, inflama mi alma de ti deseosa, hazme sentir con ansia penosa los duros tormentos de tu santa cruz. Entiende en mi ayuda, Señor, con gran priesa, ven muy aína á me socorrer, del arte me libra y muy gran poder de aquél que jamás tentar nunca cesa. Al Padre y al Hijo y al Espíritu Sancto sea honra y gloria sin fin y medida, que por restaurarnos y darnos la vida, el Verbo divino quiso sufrir tanto.

Temeroso y triste, y gotas sudando de sangre, tu cuerpo con ellas cubierto, á los maitines, mi Dios, en el huerto orabas al Padre con ansia llamando. Con beso fingido fuiste entregado, preso y atado, dejado de todos, llevado con priesa, por diversos modos de aquellos malignos muy atormentado. Del que te amaba fuiste negado, de gran bofetada tu rostro herido, de Anás á Cai-

fás fuiste traído, de falsos testigos muy criminado. Blasfemias te imponen, pescozadas te dan, eres escupido, tu cara cubierta, de muchos herido: profetízanos, dicen, quién te hirió.

Á hora de prima al romano regente, por nombre Pilato, fuiste presentado, delante del cual fuiste acusado de aquella malvada y perdida gente. Este cruel juez memcrado á Herodes, oh Hijo de Dios, te envió por burla: de blanco allí te vistió, dél y de los suyos muy menospreciado.

Á tercia, Señor, fuiste desnudado, crueles azotes te despedazaron, por muy gran escarnio allí te adoraron, de espinas tu sancto celebro cercado. Por diversos modos de muchos herido fuiste, escupido y abofeteado, con caña en la mano al pueblo mostrado, muera, diciendo después de escarnido.

Á sexta te dan á quien te condena á muerte cruel, la cruz á tus cuestas llevas, y llévante, sobre ti van puestas todas nuestras culpas con muy dura pena. Desnudo, extendido y crucificado, entre ladrones puesto, inocente, do fuiste, mi Dios, de la ciega gente escarnescido después de ya alzado.

Tu madre se duele con gran compasión,blasfémate á nona el ladrón reprobado, de hiel y vinagre eres abrevado, y expirando das fin á tu sancta pasión. El sol y la luna mostraron gran duelo, con lanza es abierto el costado divino, del centurio llamado Longino, por cuya abertura entramos al cielo.

La tarde á las vísperas con rostro lloroso subió Josef, y también Nicodemus, alto á la cruz donde según vemos, desclavan del todo al Rey glorioso. Junta su cara la madre penosa con la del hijo muy dulce y querido, enflaquecida la fuerza, vigor y sentido, en ver allí muerta á su vida graciosa.

Á las completas, tu cuerpo sagrado fué de los sanctos varones ungido, y en la mortaja delgada envolvido y con un sudario tu rostro ligado. Y esto muy bien del todo acabado, los sanctos te toman con gran sentimiento, dentro te ponen en un monumento, do queda tu sancto cuerpo encerrado. La Virgen y Madre muy dolorosa, por despedirse del hijo querido, abraza por medio su cuerpo tendido y besa la boca del hijo precioso. Allí con dolor y pena forzosa, tan fuerte abrazado su hijo tenía, que nadie quitarle sus brazos podía, ni de la boca su boca amorosa. Alábente, Señor, el cielo y la tierra,el mar y todo lo que en ellos es, y tu sancto nombre siempre bendigan, y humillense todos debajo tus pies, y sírvante todos con alegría.

Oración.

Suplicámoste, Señor, por aquella muy grande y inefable caridad que á sufrir tanto por nos te forzó, conserves los justos y conviertas los pecadores, dés á los fieles defunctos perdurable reposo, y á nosotros desagradecidos y malos perdón y enmienda de nuestras vidas, y buen fin, y sentir entrañablemente con amor y compasión y agradecimiento los dolores, desprecios y penas que por nosotros tuviste por bien sufrir. Amén.

SÍGUENSE

LOS EJERCICIOS DEL SEGUNDO ESTADO

en el cual se ponen
las consideraciones que nos pueden inducir al dolor de los pecados, temor de Dios y desprecio del mundo.

LAS oraciones que hasta aquí pusimos para la entrada de este camino, son como leche que se bebe sin trabajo: porque no pone de su casa más que leerlas con un poco de atención el que en ellas se ejercita. Por lo cual después de haberse empleado el hombre algunos pocos de días en este ejercicio, debe luego esforzarse al trabajo de la meditación, donde ya es menester que ponga algo de su casa, y que sin dejar del todo la leche, comience á comer otros manjares de más substancia. Y porque de lo que mayor necesidad tenemos al principio de la conversión, es del dolor de los pecados, del temor de Dios y menosprecio del mundo (como ya dijimos) conviene enderezar á esto nuestros ejercicios, ocupándonos en considerar aquellas cosas que puedan inclinar nuestro corazón á esto. Para lo cual debe el hombre ordenar sus ejercicios, y escoger el tiempo y lugar más convenible que pudiere para tal negocio. El tiempo es muy bueno el de la media noche, ó el de la madrugada, ó cualquier otro que nos fuere concedido. Y el lugar también solitario y escuro tiene más recogida la vista y más quieto el corazón.

Llegado pues el hombre á este lugar, puesto de rodillas ó en pie, haga la señal de la cruz y despedidos de su corazón todos los cuidados y pensamientos terrenos, diga con toda la devoción

que pudiere, el psalmo de *Miserere mei, Deus* &c. ó la Confesión general, para encender algún tanto su corazón con aquellas palabras sanctas: y pedida la gracia del Espíritu Sancto para que le ayude en su ejercicio, lea primero algunas de las consideraciones siguientes: y después (como animal limpio) póngase á rumiar y á meditar lo que hubiere leído, porque así pueda mejor gustar y sentir las cosas de Dios, y encender más el afecto de la devoción. Y porque el dolor y arrepentimiento de los pecados es la primera parte de la penitencia, por ella se comenzará este primer ejercicio.

PRIMER EJERCICIO

en la consideración de las cosas que pueden mover nuestro corazón á dolor de los pecados.

PUES el que quisiere alcanzar de nuestro Señor esta preciosa margarita de la contrición, debe con toda humildad y atención recogerse á pensar en las consideraciones siguientes.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.

De la muchedumbre de los pecados.

LA primera cosa que puede mover aun á los muy duros á dolor y aborrescimiento de los pecados, es considerar la muchedumbre dellos, y ponerlos así como un escuadrón delante los ojos, para que espanten el ánima con aquella horrible y numerosa vista suya. Discurre, pues, sumariamente por todos los mandamientos divinos, y por todos los pecados mortales, y por todos los sentidos y potencias de tu cuerpo y ánima, y por todos los beneficios divinos, y verás que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado en que no hayas caído, ni sentido interior ó exterior de que no hayas mal usado, ni beneficio alguno de que te hayas servido para el fin que se te dió: sino que (como dice el Profeta) el Señor te dió su oro y su plata, y tú con ellos serviste á Baal.

Comenzando, pues, por el primero de los mandamientos que pertenecen al culto de Dios, dice S. Augustín que Dios es honrado con aquellas tres virtudes teologales, que son, fe, esperanza y caridad. Pues ¿qué manera de fe tenía quien vivía tan rota-

mente, como si todo lo que creía fuera mentira? ¿Qué esperanza tenía quien ni se acordaba de la otra vida, ni en sus trabajos y peligros se aseguraba con esta esperanza? ¿Qué caridad tenía quien amaba más el punto de honra, y la paja del interese, y el cieno del deleite, que al mismo Dios, pues por cada cosa destas le ofendía? ¿Qué reverencia tenía á aquella soberana Majestad quien tenía por costumbre de traer arrastrado aquel nombre de tanta majestad, jurando y perjurando por él por cada nonada? ¿Cómo sanctificaba sus fiestas quien esperaba estos días para ofenderla más en ellos, para jugar, y pasear, y escandalizar á la inocente doncella, y andar en malos tratos y compañías?

Después desto considera cuán duro y descomedido hayas sido para con tus padres, cuán desobediente á los mayores, cuán descuidado para con tus súbditos, para emponerlos en lo bueno y encaminarlos á Dios. Pues los odios y pasiones y deseos de venganzas que has tenido, ¿quién los contará? Y si éstos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las fealdades y torpezas en que has caído por obras, y por palabras, y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazón sino un revolcadero de puercos? ¿Qué tu boca sino (como dice el Profeta) una sepultura abierta, por do salían los malos olores del ánima que dentro estaba muerta? ¿Qué tus ojos sino ventanas de perdición y de muerte? ¿Qué se ofresció á esos ojos, que no lo cobdiciases y procurases, sin acordarte jamás que tenías á Dios presente y que te había puesto entredicho en ese árbol? Demás de esto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia, y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan lejos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parescía poco todo el mundo? Y si el que desea lo ajeno, es ladrón delante de Dios, ¿cuántas horcas tiene merescidas quien con el corazón cometió tantos hurtos? Pues las mentiras, y las murmuraciones, y los juicios temerarios tampoco tienen cuenta, como lo demás: porque apenas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de las pláticas la vida ajena, y la viuda, y la doncella, y el sacerdote, y el lego, sin perdonar á orden, estado, ni condición.

Desta manera, pues, guardaste los mandamientos divinos: veamos agora cómo te apartaste de los pecados. La soberbia de tu corazón ¿qué tal fué? El deseo de honra y alabanza ¿hasta dónde llegó? La presumpción y estima de ti mismo y el desprecio

de los otros ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazón? ¿Qué paso dabas, qué obra hacías, qué palabra hablabas que no fuese vestida de vanidad y deseo de honra? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías y finalmente todos tus pasos y meneos tenían olor de soberbia y resabios de vanidad. Pues la ira como de una serpiente, la gula como de un lobo tragador, la pereza como de un asno flojo, la invidia más que de una víbora, y en todo finalmente (si bien te miras) te hallarás muy estragado y perdido.

Discurre otrosí por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta: y es bien que tú te la tomes primero, y entres en juicio contigo, porque no seas después juzgado de Dios. Pues dime agora: ¿en qué gastaste la niñez, en qué la mocedad, en qué la juventud, en qué finalmente todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima que Dios te dió para que lo conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? ¿En qué tus oídos sino en oir la mentira? ¿En qué tu lengua sino en todas las murmuraciones y deshonestidades del mundo? ¿En qué tu gusto, tu oler y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues ¿qué respondrás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya no quiero que entiendas más en ella? Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos, ¿qué respondrás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida y de todos los puntos y momentos della?

Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de ti lo más bajamente que pudieres. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo, y abominable, y lleno de gusanos, que todos cuantos pasan, se tapan las narices y los

ojos por no lo ver. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y del mismo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Piensa de ti que eres un ladrón y salteador de caminos que estás delante del juez atado de pies y manos para ser llevado á justiciar. Mira lo que éste haría y diría en este trance, si esperase revocación de la sentencia que tiene merescida, y esto te enseñará lo que debes decir á Dios, y cuál debes estar delante dél. Piensa que todo este mundo está en una profundísima y escurísima cárcel en presencia de Dios y de todos los moradores del cielo, y que tú estas en el más bajo lugar, cargado de mil pecados, atado con mil pasiones, lleno de innumerables llagas podridas, de las cuales procede un intolerable hedor que inficiona todo el mundo. Con estos ojos te has de mirar, y por tal te has de tener, y con este afecto te has de humillar y prostrar á los pies de Dios y pedirle con humildad profundísima que te perdone y remedie tanto mal.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

De lo que por el pecado se pierde.

Lo segundo considera también lo mucho que se pierde por el pecado, que es una de las consideraciones que mayor espanto pone á quienquiera que atentamente considera, por una parte lo que por el pecado se pierde, y por otra la facilidad con que los hombres desalmados suelen pecar. Porque por el pecado se pierde primeramente la gracia del Espíritu Sancto, que es una de las mayores dádivas que Dios puede dar á una pura criatura en esta vida. Piérdese también la amistad de Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia: y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de cielo y tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales el ánima estaba hermosa y ataviada en los ojos de Dios y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos (que también procede de esa misma gracia) pues por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol. Piérdese también el espíritu de adopción, que nos hace hijos de Dios,

y así nos da espíritu y corazón de hijos para con Él: y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquéllos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer. Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena consciencia, piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Sancto, piérdese el fructo y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese también la participación de los bienes de toda la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que gozaba cuando estaba en gracia. Y sobre todo esto piérdese la participación de los méritos de Cristo nuestra cabeza, por no estar el hombre con Él uñido (como miembro vivo) por caridad y por gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal: y lo que por él se gana es quedar el hombre condenado á las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Sanctísima Trinidad, hecho cueva de ladrones y nido de serpientes y basiliscos.

Todo esto se pierde por el pecado, para que veas si hay razón para espantarse de ver la facilidad que los hombres desalmados tienen de pecar, y para que veas también cuánta razón tienes para derramar lágrimas de sangre (si posible fuese) si no por amor de Dios, á lo menos por amor de ti, que tantos bienes perdiste por un tan pequeño interese como es la golosina de un pecado. Pues ¿cómo no se llorará, cómo no se confundirá quien así se despeñó en tantos males? Abre, oh ánima miserable, los ojos (dice un sancto doctor) y mira lo que eras, y lo que eres, dónde estabas, y dónde estás. Eras esposa del muy Alto, eras templo de Dios vivo, eras vaso de escogimiento, eras tálamo del Rey eterno, eras trono del verdadero Salomón, eras silla de la sabiduría, eras miembro vivo de Cristo, eras hermana de los ángeles y heredera de los cielos. Todo esto y más que esto eras: y cada vez que digo eras, eras, es necesario que gimas. Pues ¿qué mudanza ha sido ésta tan grande? ¿La esposa de Dios se ha hecho adúltera de Satanás? ¿El templo de Dios vivo se ha mudado en cueva de ladrones, el vaso de escogimiento en vaso de corrupción, el tálamo de Cristo en revolcadero de puercos, la silla de Dios en cátedra de pestilencia, la hermana de los ángeles en com-

pañía de los demonios, y la que volaba como paloma por el cielo, rastra agora como serpiente sobre la tierra? Llórate pues, oh miserable, llórate por verte tal. Llórate, pues te lloran los cielos, pues te lloran los ángeles, pues te lloran todos los sanctos. Á ti lloran las lágrimas de S. Pablo, porque pecaste y no heciste penitencia de tu maldad. Á ti lloran las lágrimas de los profetas, porque ven ya venir sobre ti el furor de la divina justicia. Á ti lloran (mucho más que á las almenas caídas de Hierusalem) las lágrimas de Hieremías, por ver derribada del cielo á la noble Israel, y por ver á la hija de Sión perdida toda su hermosura.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

De los beneficios divinos.

CONSIDERA también para esto mismo la muchedumbre de los beneficios divinos: porque mientra más profundamente considerare el hombre cuán bueno ha sido Dios para con él, mayor confusión recibe de ver cuán malo ha sido él para con Dios. Porque por aquí pretendían muchas veces los profetas inducir el pueblo de Dios á penitencia, y por aquí comenzó Natán profeta á inducir á David á lo mismo, cuando primero que le reprehendiese del adulterio, le puso delante las mercedes que de Dios había recibido.

Pues conforme á esto puede poner sumariamente el hombre ante sus ojos aquellas diez maneras de beneficios divinos que adelante se declaran (que son el beneficio de la creación, de la conservación, de la redempción, del baptismo, del llamamiento, de las inspiraciones divinas, de las preserveraciones de males, de los sacramentos, de las mercedes particulares y ocultas que del Señor ha recebido, y de la gloria que espera recebir) y señaladamente haga hincapié en el beneficio de la redempción (que es el mayor de los beneficios divinos) y en el del llamamiento, que es haberle Dios esperado tanto tiempo á penitencia, y sufrídole tantas maldades, y dádole tantas buenas inspiraciones, aun en medio de su mala vida, y finalmente sacádole de pecado y vuéltolo á su gracia.

Pues considerada por una parte esta tan maravillosa benignidad del Señor, y por otra, nuestra grande ingratitud y rebeldía

y la muchedumbre de abominaciones que habemos cometido contra tan largo y tan piadoso bienhechor, ¿quién no se confundirá? ¿Quién no reventará? ¿Quién no temerá aquel tan terrible juicio que envió Dios á proponer al pueblo de Israel con el profeta Hieremías, diciendo: ¿Qué hallaron vuestros padres en mí, porque se alejaron de mí, y se fueron en pos de la vanidad, y se hicieron vanos? Y nunca fueron para decir: ¿dónde está el Señor que nos hizo subir de la tierra de Egipto, y nos trajo por el desierto por una tierra inhabitable y sin camino, por una tièrra de sed y de imagen de muerte, y nos llevó á la tierra del monte Carmelo, para que comiésemos los fructos della? Pues si tan grande beneficio fué librar Dios aquel pueblo de la tierra de Egipto, ¿qué será haberte librado á ti del infierno? Si tanto fué llevarlo á la tierra del monte Carmelo, ¿qué será haberte ganado y merecido el reino del cielo? Si tan grande mal fué no acordarse de Dios, que le trajo por tierra de sed y de imagen de muerte, ¿qué será olvidarte de Dios que padesció por ti esa misma sed y esa misma muerte? Conozco verdaderamente que lo que va de beneficio á beneficio, eso va de desconoscimiento á desconoscimiento, y eso mismo ha de ir de castigo á castigo.

Pues ¿qué diré del abuso de los sacramentos y de los otros beneficios divinos? Lavástesme, Señor, y recebístesme por vuestro en el sancto baptismo. Allí fuí adoptado por hijo, y consagrado como templo, y ungido como sacerdote, como rey y como luchador que había siempre de luchar con el enemigo. Allí me desposastes con Vos, y me distes todos los atavíos que para esta dignidad se requerían. Pues ¿qué hice destas joyas? ¿Qué cobro puse en esta hacienda? Tomástesme por hijo, y híceme esclavo del pecado: consagrástesme por templo, y híceme morada del demonio: armástesme caballero, y paséme al bando de vuestro enemigo: hecístesme rey, y alcéme con lo que me distes. Desposastes mi ánima con Vos en perpetua caridad, y yo amé más la vanidad que la verdad, y á la criatura que al Criador. Razón fuera, Señor mío, que hubiera comenzado á llorar quien esto hizo. Esto es lo que ha tanto tiempo que esperáis, cuanto ha que me dais vida. Para esto tantas veces me llamastes, y me sufristes, y me azotastes, y me halagastes, y por todas vías me quisistes traer á Vos. Esperástesme, y usé mal de vuestra paciencia: llamástesme, y híceme sordo á vuestro llamamiento: dístesme tiempo de

penitencia, y yo aprovechéme dél para mi soberbia: herístesme, y no lo sentí: afligístesme, y no quise recebir disciplina. Sudastes y trabajastes por alimpiarme, y con todo eso no salió de mí el orín de mis vicios ni con fuego. Endurecíme con los castigos, y endurecíme con los halagos: ingrato para lo uno, y rebelde para lo otro.

CUARTA CONSIDERACIÓN.

Del injuria que se hace á Dios en el pecado.

CONSIDERA otrosí el menosprecio y la injuria grande que se hace á Dios en el pecado. Porque todas las veces que pecamos, pasa este juicio en nuestro corazón, aunque nosotros no lo sintamos. Pónesenos por una parte delante el interese del pecado (que es aquel deleite ó interese por que pecamos) y por otra se nos pone la ofensa de Dios, por la cual se pierde el mismo Dios por aquel pecado. De manera que en la una balanza se pone Dios, y en la otra el interese susodicho: y puesto el hombre en medio, determínase y da sentencia que debe perder y posponer á Dios por no perder aquel interese. Pues ¿qué mayor desprecio, qué mayor injuria puede ser de aquella soberana Majestad que anteponerle una cosa tan vil? ¿Qué cosa más semejante á aquella que hicieron los judíos, cuando puestos ante los ojos Cristo y Barrabás, dijeron que querían más á Barrabas que á Cristo?

Finalmente, esto es tanto como decir á Dios: No quiero teneros por Dios, sino quiero adorar y tener por Dios y por último fin mi interese ó mi deleite. Porque quien estima en más el deleite que á Dios, y lo antepone á Dios, y lo ama y precia más que á Dios, ya quita á Dios la dignidad de Dios (que es ser Él nuestro último fin y ser amado y preciado sobre todas las cosas) y la da al deleite: que es quitar la corona al Criador, y ponerla á su criatura. Pues ¿qué cosa más horrible que ésta? Á los mismos cielos (qne son criaturas insensibles) manda Dios que se espanten de esto, diciendo por Hieremías: Espantaos, cielos, sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y fuéronse á beber de unos algibes rotos que no pueden retener las aguas. Pues quien considera cuántos millares de veces ha

hecho á Dios esta injuria, ¿cómo no temblará de tan grande ofensa? ¿Cómo no deseará que sus ojos se hagan fuentes de lágrimas para llorar día y noche tan grande mal? Especialmente considera el rigor con que á la hora de la cuenta se la ha Dios de pedir de tan grande injuria. Porque allí es donde el hombre (como dice un sancto) avergonzado y confundido por tan grande injuria como ésta, dentro de sí mismo dirá: Oh ánima mía, ya es llegado el término de tu soberbia, y de tus locuras, y de tus vanidades, y de los deleites de tu carne, á los cuales amaste más que á Dios, y obedeciste más que á Dios, pues por ellos tantas veces le ofendiste. ¿Dónde estás pues agora, vanidad y soberbia mía? ¿Adónde os fuistes, deleites y regalos míos? ¿Qué me distes, qué me dejastes por tantos años de servicio que os serví? Por vosotros troqué la vida eterna, ofendí á Dios, perdí el cielo y gané el infierno, perdí bienes infinitos y merezco ser hecho compañero de los demonios. Pues ¿qué es lo que me habéis dejado en recompensa de tanto mal? Pues si esto ha de pasar así, si todos estos estímulos y remordimientos han de afligir entonces tu corazón, y por ventura en vano, justo es que agora que tienes tiempo, te aflijas y llores tan grande mal y prevengas con lágrimas la cara de tu juez, porque entonces le hallas manso y propicio. Agora es tiempo de redimir aquel trabajo, agora es tiempo de pesar en una balanza contra quién pecaste y por qué pecaste, qué dejaste y qué tomaste, qué perdiste y qué ganaste, á quién despreciaste y por quién lo despreciaste, y avergonzarte y confundirte por eso, porque no seas entonces eternalmente avergonzado y confundido.

QUINTA CONSIDERACIÓN.

Del odio que Dios tiene contra el pecado.

CONSIDERA después de todo esto el odio que Dios tiene contra el pecado: el cual es tan grande que no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Y aun es cierto que si de todos los entendimientos criados se hiciese un entendimiento, y de todas las lenguas una lengua, todo esto no bastaría á declarar ni entender la grandeza de este odio. Y está clara la razón. Porque cierto es que cuanto uno es más bueno, tanto más ama la bon-

dad y aborresce la maldad. De donde se infiere que si uno fuese sumamente bueno, sumamente amaría la bondad y aborrescería la maldad. Y pues Dios es no sólo sumamente bueno, sino infinitamente bueno, de aquí nasce tener Él infinito amor á la bondad y infinito odio á la maldad, y así galardona lo uno con eterna gloria, y lo otro castiga con eterno tormento y con privación de bien infinito. Y allende esto, es cierto que Dios aborresce el pecado cuanto él meresce ser aborrescido, que es, conforme á la malicia y deformidad que en él hay: y esta malicia es infinita, pues es contra Dios, cuya majestad es infinita: porque cierto es que cuanto la persona ofendida es mayor, tanto lo es la ofensa hecha contra ella. Y pues la majestad de Dios es infinita (contra quien es el pecado) síguese que el aborrescimiento que contra él tiene, es infinito, y por consiguiente ni se puede comprehender ni explicar con palabras.

Mas porque por las obras se declara el corazón, quien quisiere entender algo del aborrescimiento que Dios tiene contra el pecado, póngase á mirar los castigos que dende el principio del mundo hasta hoy tiene Dios hecho contra él, y pondere cada uno de ellos con todas sus circunstancias, y por aquí entenderá algo de la grandeza de este odio. Y luego verá cuánta razón tiene para dolerse íntimamente de haber tantas veces cometido cosas tan aborrescibles á Dios. Estos castigos son cuasi innumerables: pero tú puedes poner ante los ojos algunos de los más insignes, como fué primeramente,

El castigo del primer ángel con todos sus secuaces.

El castigo del primer hombre con toda su posteridad.

El castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio.

El castigo de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo.

El castigo de Datán y Abirón que tragó la tierra vivos y sumió en los infiernos.

El castigo de los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, porque ofrecieron á Dios sacrificio con fuego ajeno.

El castigo de David por su adulterio, de Saúl por su desobediencia, de Helí por la negligencia en castigar sus hijos, y de Ananías y Safira por su avaricia, y de Nabucodonosor por su soberbia.

El castigo de Hierusalem, de Nínive, de Babilonia y de otras

semejantes ciudades, que del todo fueron destruídas y asoladas por diversos pecados.

El castigo de la ceguedad y infidelidad que hoy día padesce tanta parte del mundo también por pecados.

La grandeza de las penas del infierno, que es castigo con que Dios castiga el pecado.

Y sobre todo esto, el castigo y satisfacción que tomó en las espaldas de su Hijo por la culpa del pecado, que es más espantable que todos éstos, por la dignidad de la persona en quien fué ejecutado.

Cada uno de estos castigos (si atentamente se considerare con todas sus circunstancias) aprovechará grandemente para dar á entender el rigor espantable de la justicia de Dios y el grande odio que tiene contra el pecado: con lo cual se despertará en nuestros corazones temor de Dios, dolor y aborrescimiento de nuestros pecados.

Pues quien considera cuántas mil veces incurrió en este tan grande odio de Dios, ¿no será razón que tiemble y desee hacerse todo un mar de lágrimas para aplacar y apagar con ellas la llama de este tan grande odio y furor que Dios tiene concebido contra él?

Considerando pues el hombre con todo el dolor y sentimiento que nuestro Señor le diere, todo lo susodicho ó parte dello, derríbese húmilmente ante su divino acatamiento, y prostrado en lo íntimo de su corazón, diga así:

Soberano Hacedor de todas las cosas, pensando comigo cuánto he ofendido á tu divina Majestad, espántome de mi locura: considerando cuán benigno y magnífico padre he desamparado, maldigo mi desagradescimiento: viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre, condeno mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mí sino infierno y desesperación: porque tu justicia (de quien no puedo huir) espanta mi consciencia. Mas por el contrario, cuando considero aquella tu grande misericordia que (según el testimonio de tu Profeta) va delante de todas tus obras, y con la cual en cierta manera vences á ti mismo (puesto que de nadie puedes ser vencido) luego un frescor alegre de esperanza recrea y esfuerza mi ánima entristecida. Porque, ¿cómo desperaré yo de hallar perdón en Aquél que por la Escritura de sus profetas tantas veces convida á los pecadores á

penitencia, diciendo que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? Y allende desto, tu unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está tu perdón á todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada, y por la oveja descarriada y traída sobre los hombros, y mucho más por la comparación del hijo prodigo, cuya imagen en mí conozco. Porque yo soy el que injustísimamente desamparé á ti, mi amantísimo Padre, y el que desperdicié malamente toda mi hacienda, y obedesciendo á los apetitos de mi carne huí de la subjección de tus mandamientos, caí en el turpísimo captiverio de los pecados y quedé puesto en extrema miseria, de la cual no sé otro que me pueda sacar sino Aquél que desamparé. Reciba pues, Señor, tu misericordia al humilde que pide perdón, á quien hasta agora has esperado blandamente. No merezco levantar á ti los ojos y llamarte padre: mas tú que verdaderamente eres padre, ten por bien mirarme con tales ojos. No pido tus abrazos y besos, no demando la vestidura rica que solía vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad, ni te suplico me recibas á la honra de tus hijos: asaz me irá bien si me contares entre tus esclavos herrados con tu señal y atados con tus cadenas, como á fugitivo, para que no pueda ya más apartarme de ti. Y porque esto no se debe á mis merescimientos, ofrézcote en lugar dellos todos los trabajos y méritos de tu preciosísimo Hijo y todos los dolores y tormentos que pasó por mí. Pues, oh clementísimo Padre, por el amor y humilísimos ruegos de tu amado Hijo perdona las culpas deste tu desleal esclavo. Acuérdate del dignísimo sacrificio de tu Hijo, y olvídate del desacato de tu vil siervo, pues mucho más es lo que Él pagó por mí que lo que yo te puedo deber. ¡Oh, si tuvieses por bien poner en una balanza mi malicia y su bondad, mis vicios y sus heridas, sin duda ellas pesarían mucho más! Porque ¿qué delicto puede ser tan grave, por quien no pueda satisfacer tal tristeza, tal aflicción, tal obediencia, tal humildad, tan vencedora paciencia y sobre todo tan inmenso amor? ¿Qué crimen habrá tan enorme que no pueda ser lavado con aquel fervoroso y sangriento sudor y con aquel abundoso río de su sangre? ¿Qué pecado habrá tan abominable, á quien no sobrepuje la muerte de Cristo? Oh Padre celestial, ofrézcote yo agora al mismo Salvador y Redemptor mío Jesucristo, tu muy querido Hijo, ajuntando mi pobre devoción y

agradescimiento con aquel tan grande amor y caridad con que tú lo enviaste al mundo para que se vestiese de mi carne y me librase de la eterna damnación. Ofrézcote sus dolores extraños y sus incomprehensibles angustias (las cuales tú solo complidamente conosces) por todos mis pecados, en lugar del dolor y contrición que yo soy obligado á tener por ellos. Ofrézcote su sangriento sudor por las lágrimas que yo hobiera de tener y no tengo ni puedo derramar, por la dureza grande de mi corazón. Ofrézcote sus humilísimas y muy inflamadas oraciones por toda la tibieza, pereza y negligencia de las mías. Finalmente ofrézcote todos sus gravísimos trabajos y ejercicios de virtudes, su áspera y rigurosa vida y todo cuanto en ella obró, y los crudelísimos tormentos que sufrió, junto con todos los loores de los soberanos espíritus, y con los merescimientos de todos los sanctos en sacrificio digno de tu gloria por todos los pecados con que yo en toda mi vida te ofendí, y por las buenas obras que dejé de hacer, y asimismo por todos los vivos y defunctos, por los cuales tú, mi Dios, quieres ser rogado y me mandas rogar, para que á todos ellos dés lo que sabes que les conviene. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDO EJERCICIO DESTE SEGUNDO ESTADO

en el cual se ponen algunas consideraciones para mover á temor de Dios.

La segunda cosa que se requiere para la entrada deste camino (y también para todo él) es el temor de Dios: porque el temor de Dios es estímulo de la penitencia, freno de nuestra vida, principio de la sabiduría, guarda de la humildad, compañero de la discreción, peso del ánima, seguridad de la consciencia, fundamento de la virtud y correctivo del amor de Dios. La leche con que se cría en nuestras ánimas este buen afecto, es la consideración de aquellas cosas que más la puedan inclinar á esto, cual es la consideración de la grandeza de la justicia divina, de los juicios divinos, de la muerte, del juicio y del infierno. Porque aunque éste sea don de Dios (y uno de los siete dones del Espíritu Sancto, sin cuya gracia es imposible alcanzarlo) todavía hace mucho al caso hacer el hombre lo que es de su parte, que es ocuparse

en leer y considerar todas aquellas cosas que lo puedan mover á esto, cuales son las susodichas: porque por aquí le comunicará Dios este don.

LA PRIMERA CONSIDERACION.

De la grandeza de la divina justicia.

LA primera cosa, pues, que debe mover nuestro corazón á temor de Dios, es la consideración de la divina justicia. Esta justicia es tan grande, que de ella dice David: ¿Quién hay, Señor, que pueda comprehender la grandeza de vuestra ira, y explicar el temor que se debe al rigor de vuestra justicia? Qué tan grande sea esta justicia, sólo el que la tiene lo entiende (y otro juicio no hay que para esto baste) pero todavía por las obras de justicia podremos conoscer algo de ella, considerando los castigos que ha hecho Dios en este mundo por los pecados (según que arriba tocamos) porque por ellos en alguna manera entenderemos cuán justo y cuán espantable es el que tales castigos hace. De manera que las mismas obras que sirven para declarar qué tan grande sea el odio que Dios tiene contra el pecado, sirven también para declarar el rigor de su justicia: para que por lo uno aborrezcamos lo que tanto Dios aborresce, y por lo otro temamos cometer lo que tan rigurosamente castiga. Los castigos pues que puedes considerar, son los que en el capítulo precedente pusimos, y cualesquier otros que de presente el hombre en sí ó en sus prójimos haya visto: porque todos ellos sirven para este propósito, y por eso no es menester aquí repetirlos.

LA SEGUNDA CONSIDERACION.

De la profundidad de los juicios divinos.

LA segunda cosa que puede mover muy mucho nuestros corazones á temor de Dios (demás de su justicia) es la profundidad de sus juicios, porque de lo uno y de lo otro dijo el Profeta: Tu justicia, Señor, es como los montes de Dios (es á saber, muy grande) y tus juicios son como un abismo sin suelo: porque no se pueden comprehender. Ésta es muy más poderosa consideción que la pasada: porque la pasada principalmente sirve para hacer temer los malos (porque como dice el proverbio, no lo

hagas y no lo temas) mas ésta para buenos y para malos: porque la profundidad destos juicios ni asegura al malo en su maldad, ni al justo en su justicia, pues otro día puede caer de ella, según aquello del Sabio, que dice: ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y si el de las bestias desciende á lo bajo? Esto es, si se salvan todos los justos y condenan todos los pecadores, pues muchas veces el justo cae de su justicia, y el malo se convierte por penitencia? Y porque (como dijimos) los atributos y propriedades de Dios se conoscen por sus obras, será bien discurrir aquí por algunos de estos juicios, especialmente por aquellos de que nos dan noticia las Escrituras sagradas: para que por aquí se vea cuánta razón tiene cualquier hombre (por muy justo que sea) para temer.

Mira, pues, qué espantoso juicio fué el de aquellos dos hermanos Jacob y Esaú, que siendo ambos hermanos, hijos de un mismo padre y de una misma madre, y ambos nascidos en un mismo punto y de un mismo parto, con todo esto de ellos dijo Dios: Á Jacob amé y á Esaú aborrescí, antes que ninguna cosa hiciesen de bien ni de mal. Del cual juicio (cuando se vino á declarar en la bendición de Jacob) se espantó tanto su mismo padre, que dice la Escriptura divina: Espantóse Isaac con un espanto vehementísimo sobre todo lo que se puede creer, y maravillándose dijo: ¿Quién es aquél &c?

Saúl y David fueron escogidos de Dios para reyes de su pueblo, y pecando después ambos, y al parecer muy más gravemente David que Saúl, con todo esto reprobó Dios á Saúl, y así vino á matarse con sus proprias manos y á ser destruído él y toda su generación: y perdonó á David, y perpetuóle el reino, y hízolo padre de Jesucristo su hijo.

Salomón otrosí sanctísimo y sapientísimo rey, que tales obras hizo y tales maravillas escribió, cayó tan feamente: y Manasés (que fué uno de los más crueles y sacrílegos reyes del mundo) después de captivo halló lugar de penitencia y fué restituído en su primera silla: y (lo que más es de maravillar) que habiendo sido el autor de los pecados del pueblo, él fué librado y perdonado, y el pueblo que por él pecó, fué por esto destruído y abrasado.

Farao y Nabucodonosor, siendo ambos reyes y teniendo ambos el pueblo de Dios captivo y tiranizado, y siendo ambos de

Dios piadosamente amonestados y castigados, con todo esto, el uno hizo penitencia y se convertió, y el otro se enduresció y pervertió, y así pereció él y todo su pueblo.

Dos ladrones padescieron con Cristo, y siendo ambos ladrones y padesciendo ambos una misma pena por sus culpas, el uno fué tomado para la gloria, y el otro dejado para la pena, siendo ambos compañeros en la misma culpa.

Judas era apóstol de Cristo, y S. Pablo persiguidor de Cristo, y súbitamente el uno de persiguidor se hizo apóstol, y el otro de apóstol persiguidor: el uno vino á ponerse en un lazo, y el otro fué llevado al tercero cielo.

Los judíos eran pueblo escogido y regalado de Dios, y los gentiles malditos y descomulgados: y por justo juicio de Dios los amigos fueron desechados, y los enemigos escogidos: que es aquello de que el Apóstol se maravillaba diciendo: ¡qué maravilla es ésta, que Israel buscando la justicia, no alcanzó lo que buscaba, y los gentiles que no la buscaban, la hallasen!

También espantó mucho ver al sanctísimo rey Josías, que tantos y tan grandes servicios hizo á Dios mientra vivió, que viniese á morir á manos de sus enemigos tan desdichadamente.

Sobre esto todo espanta la caída de aquel primer ángel, que siendo (según la sentencia de algunos) la cosa más bella, más sabia, más poderosa y más divina criatura de cuantas Dios había criado, viniese á dar tan gran caída, que del más alto cielo cayese en el más profundo abismo, y del mayor de los ángeles se hiciese el mayor de los demonios.

Y no menos espanta el misterio de la predestinación y reprobación de los hombres, con todas las maravillas que de aquí proceden. Porque una maravilla es escoger Dios á unos y no á otros, siendo todos sus criaturas. Otra maravilla es nascer unos en tierra de cristianos y otros de paganos, y así gozar unos del sacramento del Baptismo y otros no, no siendo más merecedores de esto los unos que los otros. Otra maravilla es, estando dos en pecado, llamar Dios á éste y no llamar á aquél con tan poderoso llamamiento, y así salir uno del pecado y el otro no, siendo ambos igualmente pecadores y igualmente indignos de esta misericordia. Otra maravilla es tomar la muerte á uno en pecado y condenarse por esta causa, y á otro (á quien pudiera tomar en el mismo estado) esperarle Dios á penitencia y llevarlo en estado de gracia.

Sobre todas estas maravillas espanta ver el día de hoy tantos millares de naciones como hay debajo del cielo, que viven en tinieblas y estado de condenación, aun después de la venida de Cristo, y ver cuán pocos y cuán contados son aquéllos á quien alcanza la gracia de este misterio. En todas estas maravillas no hay que escudriñar, mas hay por qué temer y de qué nos maravillar y exclamar con el Apóstol, diciendo: ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y sciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios y cuán ininteligibles sus caminos!

Pues siendo esto así, ¿quién no temerá, quién no temblará, quién se tendrá por seguro? Ésta es la cosa del mundo que más hacía temblar á los sanctos, como lo temblaba el sancto Job, y David, y S. Pablo, y todos los demás: porque en esta parte ninguna cosa les daba perfecta seguridad: no la misericordia de Dios, no la redempción de Cristo, no la providencia divina y no finalmente ni la buena vida pasada ni el testimonio de su consciencia: porque todo esto cabía en los otros buenos que cayeron, y sin embargo de todo esto cayeron: por dónde ninguna cosa les quedaba sino humillarse, y temer, y orar, y vivir en continuo temblor, pensando que el que hoy es justo, mañana puede ser pecador, y el que hoy está en gracia, mañana puede hacer por dónde la pierda. De dónde así como el que está en alguna altísima torre, aunque esté seguro, todavía teme cuando mira abajo, por la profundidad del lugar, así el justo (aunque sospeche de sí que lo es) todavía teme cuando considera la profundidad de los juicios de Dios, que muchas veces cruza los brazos y hace maravillas en la tierra, por las cuales han venido á caer muchos grandes sanctos. Y como el verdaderamente justo no se tiene por mejor que ellos, ni por más humilde que ellos, ni por más avisado que ellos, ni tiene otro Dios ni otra seguridad que ellos, por eso teme que podrá caer y ser desamparado como ellos.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

De la muerte.

La tercera cosa que te puede mover á temor de Dios, es la consideración de la muerte: aunque esta consideración no sólo aprovecha para esto, sino también para el menosprecio del

mundo y para otras muchas cosas. La cual consideración (demás de ser tan provechosa) es muy fácil para todo género de personas, pues es cosa que cada día se ve con los ojos y se toca con las manos: mas antes podemos decir que siempre traemos la muerte con nos mismos y que continuamente morimos, pues tenemos un cuerpo tan corruptible, que de hora en hora se muda y nunca persevera en un mismo ser, á manera de un arrebatado y furioso río, del cual no podéis señalar una misma parte, porque corriendo apresuradamente, mientra señaláis una, ya aquélla no es la misma que queríades señalar.

Muchas consideraciones se pueden hacer acerca de la muerte, que la misma materia descubre á quien atentamente piensa en ella. Mas queriendo recoger algunas dellas, digo que si tú de verdad deseas hacer mudanza de tu vida, cuando á la mañana te levantares de la cama, persuade á ti mismo (cuanto te fuere posible) que aquél es tu postrero día, y de tal manera dispón de tu alma y de tus negocios, como si verdaderamente no tuvieses más que aquél. Y no pienses que será esto engañarte: antes creyendo otra cosa, podrías alguna vez ser engañado. Porque si la muerte te puede cada día sobrevenir, tú debes igualmente cada día esperarla. Y más te digo, que ningún día de tu vida pasará sin muchas negligencias, si no te esfuerzas á creer que cada uno dellos es el postrero.

Piensa asimismo el término de la muerte, que por ser incierto, debe ser continuamete temido. Y piensa cuántas maneras y ocasiones hay de morir, y hallarás que son cuasi innumerables, así las que de dentro de ti como de fuera de ti se pueden ofrecer: tanto que si bien lo miras, podrás ver pintada la muerte en todos los lugares y negocios.

Piensa también la angustia del punto de la muerte: á lo cual te ayudará mucho haberte hallado alguna vez presente cuando alguno muere. Considera, pues, los accidentes y paroxismos de aquella hora, cómo el cuerpo queda desamparado de su calor, los miembros sin fuerzas y sin movimiento, como si fuesen de piedra, las partes altas y extremidades frías, la cara demudada, el color de plomo, las cuencas de los ojos hundidas, y los mismos ojos invidreados, la boca llena de espuma, la lengua gruesa y la garganta adelgazada. Mira también cómo el pecho con ansias se despedaza, los labios se vuelven azules y los dientes pardos,

y finalmente, resolviéndose todo el cuerpo y desamparándole el alma, con tristísimo sospiro el hombre queda hecho un costal de tierra.

Viendo tales cosas en otro, podrás fácilmente representar el mismo espectáculo en ti, imaginando que ya los médicos te han desahuciado y dejado por muerto: tus parientes y amigos están alderredor de tu cama, cuya presencia te acrescienta más la pena de la partida. ¡Oh cuán amargo será aquel apartamiento, donde no te podrán consolar las riquezas, mas antes te darán mayor congoja: no te podrán valer las honras, mas con tanto dolor las dejarás cuanto con mayor cobdicia las adquiriste: y de los deleites pasados no te quedará otra cosa sino solo remordimiento de consciencia! Pues ¿qué harás en aquel trance? ¿Qué tal estará allí tu ánima? Salir del cuerpo serle ha intolerable, quedar en él es imposible, dilatar la salida no le será concedido. Ni tampoco podrá tornar á los acostumbrados deleites de los sentidos ya insensibles, mas volviendo á sí misma se espantará de su propria fealdad, y si posible fuese, de sí misma querría huir. Verse ha rodeada de espantables monstruos (conviene saber, de sus pecados) de los cuales á doquiera que se vuelva, será perseguida. Todo lo pasado le parecerá un soplo, lo venidero conoscerá que es infinito, y no sabrá si será bueno ó malo. Entonces podrá bien decir con el Profeta: Cercáronme dolores de muerte, y peligros del infierno me han salteado.

Con tal memoria de la muerte no podrás dejar de alcanzar muchos provechos. Primeramente, por aquí serás compelido á temer á Dios, cuyo temor es principio de la sabiduría y de todo bien. Luego procurarás de andar apercebido para que de súbito no te venza el pecado. Hará asimismo que conozcas tu propria miseria, con cuyo conoscimiento se derriba la soberbia y se funda la humildad, guarda de todas las virtudes. Allende de esto fácilmente echarás de ti la cobdicia de todas las cosas terrenas: porque la memoria de la muerte te hará conoscer que ninguna cosa es tuya de aquellas que no puedes llevar contigo. Y prestamente, continuando este ejercicio, el temor se convertirá en amor, y te parecerá la muerte no tanto terrible por la privación de la vida temporal, cuanto amable y fructuosa, porque pone fin á tantas miserias y da principio á la vida inmortal. Y verás cuán poca razón tienes para entristecerte, considerando que cuando el cuerpo

se consumiere en la sepultura, tu ánima vivirá bienaventurada en el cielo con cierta esperanza de resuscitar á vida perdurable.

Mas porque esta consideración de la muerte es de gran provecho, añadiré aquí un dicho maravilloso de Pedro Damián sobre este paso. Pensemos (dice él) muy profundamente, cuando el ánima del pecador comienza ya á soltarse de los vínculos de la carne, con qué espantos y terrores es combatida y con cuántos estímulos y remordimientos de consciencia es despedazada. Acuérdase de los pecados que cometió, mira los mandamientos de Dios que no cumplió, duélese porque gastó el tiempo de la penitencia en vano, y llora por ver que es llegado ya el artículo temeroso del divino juicio: desea quedarse, y es forzada á partirse: querría si pudiese recobrar lo perdido, y no se le cumple este deseo. Vuelve los ojos atrás y mira el curso de la vida pasada, y parécele toda una brevísima hora: échalos adelante, y ve una eternidad perpetua que allí se le representa, duélese porque en tan breve espacio perdió el alegría de todos los siglos, llora porque perdió aquella incomprehensible dulzura de la perpetua suavidad por un tan breve deleite de carne. Confúndese considerando que por el servicio de aquella substancia que esperaba ser comida de gusanos, menospreció aquella que había de ser colocada entre los ángeles. Tras desto levanta los ojos á lo alto, y cuando contempla la abundancia de aquellas inmortales riquezas, avergüénzase de haberla perdido por la pobreza miserable desta vida. Y cuando abaja los ojos á mirar este valle tenebroso del mundo, y por otra parte los levanta á mirar la claridad de la luz eterna, ve claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡Oh, si pudiese merescer un poquito de tiempo de penitencia, cuán rigurosamente viviría, cuántas cosas prometería y á cuántos vínculos de oraciones y devociones se obligaría! Entre tanto comienzan á hundirse los ojos, á saltar el pecho, á enronquecer la voz, á escurescerse los dientes y cubrirse de sarro, á pararse el rostro amarillo, y los miembros fríos y yertos. Mientras estas cosas pasan como mensajeros y oficiales de la muerte vecina, júntase también con esto palabras, y obras, y pensamientos, conforme al negocio presente, y todas estas cosas juntas testifican y dan voces contra su mismo autor. Porque todas éstas, hechas un escuadrón, se le ponen delante, y aunque vuelva

los ojos y no las quiere mirar, es por otra parte forzada y compelida á que las vea.

Júntase también con esto imaginar que por un cabo asiste la horrible compañía de los demonios, y por otro la virtud y compañía de los ángeles, y él está en medio barruntando á cuál de las partes será entregado. Porque si en él hay obras de piedad y de virtud, luego es regalado y convidado con dulces palabras y músicas de los ángeles para que salga. Mas por el contrario, si el defecto de sus merescimientos y la fealdad de sus obras lo adjudican á la otra parte, luego es combatido de un intolerable espanto, luego es conturbado con la fuerza de un ímpeto repentino, luego es despeñado, acometido y sacado violentamente de la miserable cárcel del cuerpo y llevado á los eternos tormentos. Pues ya después de la salida del cuerpo, ¿quién podrá explicar cuántos reales de malignos espíritus están puestos en celada, y cuántos escuadrones de enemigos armados con extraños tormentos le salen al camino y á manera de soldados y de gente de guerra le toman el paso y le impiden la ida? Estas cosas debríamos siempre revolver en nuestros corazones para desechar los regalos y halagos desta vida, para dar libelo de repudio al mundo, y quebrantar los ilícitos movimientos de nuestra carne, y aspirar siempre con todas nuestras fuerzas al propósito y perfección de la buena vida: lo cual nos conceda el Señor por su infinita misericordia. Amén.

CUARTA CONSIDERACIÓN.

Del juicio final.

MUCHAS veces experimentamos que nuestro entendimiento, considerando alguna cosa espantable, se recoge todo dentro de sí mismo y por aquel tiempo despide todo otro pensamiento de sí. Por tanto es provechosísimo consejo, mayormente en el principio de la conversión, ejercitarse en tales pensamientos. Porque desta manera el pensamiento vano, unas veces por el temor, otras por la maravilla, se refrena y se recoge dentro de sí mismo. Y si (como habemos dicho) la consideración de la muerte tiene fuerza para recoger los pensamientos, mucho más lo podrá hacer lo que después de la muerte se sigue, que es el juicio final y la pena del infierno. En las cuales cosas si pensa-

res á menudo, hacerse ha en ti aquello que dice el Sabio: Acuérdate de tus postrimerías (quiere decir, de lo que finalmente te ha de suceder) y para siempre no pecarás. No sin causa decía San Hierónimo: Ora coma, ora beba, siempre me parece que oyo el sonido de aquella trompeta que dice: levantaos, muertos, y venid al juicio. El cual cuánto haya de ser terrible, no se puede explicar con palabras, pues toda otra cosa (por espantable que sea) en su comparación es nada.

Muchos juicios ha mostrado Dios en la tierra, como cuando anegó el mundo con las aguas del diluvio, cuando encendió á Sodoma y las ciudades comarcanas, cuando hirió á Egipto con muchas diversidades de plagas, cuando abrió la tierra en el desierto para tragar á los pecadores: los cuales todos á respecto del que se hará en el último día, son como sombras comparadas con la verdad.

Pues si tú deseas volver en ti con esta memoria, imagina la terribilidad del juez Cristo, cuyo aspecto no mostrará otra cosa que venganza, como en su primera venida no mostró otra que mansedumbre. Del cual, porque es supremo juez, no podrás apelar: y porque es poderosísimo, no podrás huir: y porque es Dios de las sciencias, ninguna cosa le podrás encubrir: y porque en gran manera le desagrada el pecado, ninguna culpa dejará de castigar. Entonces te convendrá dar razón de tántas cosas, que la menor bastará para ponerte en gran trabajo. ¿Quién podrá satisfacer á tantas deudas cuantas allí serán demandadas? Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has regido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has respondido á las inspiraciones divinas, cómo has reconoscido tantos beneficios. En la cual acusación serán tantos los testigos cuantas las criaturas de que mal usaste en el pecado. Las cuales en aquella hora así se turbarán, que si posible fuese, los inmortales en aquella hora morirían de temor. Porque será muy grande espanto ver arder el mundo, caer los edificios, tremer la tierra, alborotarse los elementos, escurecerse el sol, y la luna, y las estrellas, morir todas las criaturas, abrirse los sepulcros, oir la voz de la trompeta, temblar las gentes, descubrirse las conciencias, ver los espantables demonios y el horno del infernal fuego encendido. Mas sobre todo será temeroso ver en el aire levantando el estandarte de la cruz con todas las otras insignias de la pa-

sión del Señor, y ver al juez hacer cargo á sus enemigos de tantos dolores como pasó por su salud, á los cuales sería mucho más sufridero el infierno, que verse del Señor malditos y condenados á perpetuo destierro de su presencia.

QUINTA CONSIDERACIÓN.

De las penas del infierno.

Si por esta consideración no huyen de ti los pensamientos ociosos (puesto que ciertamente muy profundo es el sueño que con tales aguijones no despierta) no por esto desfallezcas: antes cuanto hallares mayor dificultad, tanto más te esfuerza á proseguir lo comenzado. Mira, pues, si podrás hallar más fructo pensando en las penas del infierno. Cerca de lo cual te ocurrirán á la memoria dos cosas, conviene saber, la terribilidad de las penas y el espacio que durarán. Cada una de estas cosas es bastante para ablandar todo corazón, cuanto quier que sea duro. Mas quien ni por lo uno ni por lo otro se mueve, verdaderamente está muerto en el ánima, ó no debe de creer lo que nuestra fe predica. Y puesto que la gravedad de las penas del infierno no se puede imaginar ni declarar, pero con todo eso poco que tú puedas alcanzar, será bastante para sosegar tu corazón, que es agora nuestro intento principal.

Pues pon agora delante de tus ojos la generalidad de las penas, las cuales no pueden dejar de pensar los que allí padescen. Porque la voluntad no podrá querer sino cosas malas, la memoria no podrá acordarse sino de solo el mal, y acordándose de los bienes pasados, no sacará de ellos más que pena y dolor: los ojos no verán otra cosa sino monstruos espantosos, las orejas no oirán otra cosa sino bramidos y llantos. Pues el tacto ¿qué otra cosa tocará sino fuego, y hielo, y serpientes? El gusto ¿qué otra cosa sentirá sino penas? El olfacto ¿qué podrá sentir morando en el albañar de todas las suciedades del mundo? La imaginación ¿de qué estará llena sino de males y tristezas, pues todo mal que temerse pueda, súbitamente le sobrevendrá, y toda recreación que se pueda desear, incontinenti le huirá?

Gravísimas son estas penas, pero no es menos molesta la compañía de los condenados, el gusano que nunca muere, la continua y escurísima noche que allí los cubre, y sobre todo el dolor

de haber perdido á Dios sin esperanza de jamás cobrarle. La cual pena tanto sobrepuja las otras penas sensibles, cuanto la hermosura divina es mayor que toda la fealdad del infierno.

Á la cual consideración, si ayuntares la perpetuidad de la duración y cómo á los miserables condenados sería gran consuelo esperar que de mil en mil años se diminuyese una milésima parte de sus penas, ó que cesasen cuando se agotase el mar Océano, sacando dél en cada mil años una sola gota de agua, y después de tan luengo y desmedido tiempo fuesen sueltos, quedarás del todo encogido y lleno de un muy justo temor y espanto. Y si en tal estudio perseverares, en breve tiempo te mudarás en otro hombre. Porque por esta meditación tu ánima será inducida á despreciar el mundo, á huir el pecado, á temer estas penas, á amar la virtud: y si en el principio sintieres espeluzos y pavores grandes, ten paciencia: porque en el medio el temor se mezclará con amor, así como la escura noche poco á poco se convierte en claro día.

TERCER EJERCICIO DE ESTE SEGUNDO ESTADO

que es de las consideraciones

que nos pueden mover al menosprecio del mundo.

UNA de las cosas que mas nos impiden la entrada en el camino de Dios, es el amor de este mundo. Y por mundo entendemos aquí, no este mundo material y visible (que es obra de las manos de Dios) sino los mundanos que moran en él, y la vida mala que éstos viven: los cuales por esto se llaman hijos de este siglo. Ésta es, pues, la primera cosa que nos conviene aborrescer (si queremos bien vivir) porque ninguno puede entrar en la buena vida, si primero no aborresce la mala. Pues para criar en nuestros corazones este aborrescimiento, aprovechará mucho abrir un poco los ojos, y ponernos á considerar todo aquello que pueda inclinar nuestro corazón á este aborrescimiento, que son todas las fealdades y miserias del mundo. Y aunque éstas sean cuasi innumerables, pero podremos señaladamente considerar estas cinco, conviene saber, la muchedumbre de los pecados del mundo, la muchedumbre de sus trabajos, la infinidad de sus peligros, la grandeza de su ceguedad y la pobreza de su felicidad.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.

De la muchedumbre de los pecados del mundo.

La primera cosa que puede mover tu corazón al menosprecio del mundo, es considerar la muchedumbre de pecados que hay en él. Con esta consideración pretiende el B. mártir Cipriano inducir á un amigo suyo á este menosprecio en una carta que le escribe, pidiéndole que suba con el espíritu á un monte muy alto, y dende allí le va mostrando como con el dedo los mares y tierras llenas de mil maneras de pecados, para que por ahí vea cuánta razón tiene para aborrescer cosa tan abominable y dar á Dios gracias por haberle librado de tanto mal. Pues conforme á esta consideración, sube tú agora, hermano, á este mismo monte, y extiende luego un poco los ojos por las plazas, por los palacios, por las audiencias y oficinas del mundo, y verás ahí tantas mentiras, tantas calumnias, tantas blasfemias, tantos engaños, tantos juramentos, tantos robos, tantas envidias, tantas lisonjas, tanta vanidad, y sobre todo tanto olvido de Dios y menosprecio de su propria salud y de la ajena, que no podrás dejar de maravillarte y quedar atónito de ver tanto mal. Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo el ímpetu de sus pasiones, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón, como unos puros gentiles que ningún conoscimiento tienen de Dios, ni piensan que hay más que nascer y morir. Verás con cuánta razón dijo el Profeta: El Señor se puso á mirar dende el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había quien conosciese á Dios ó le buscase: mas todos habían prevaricado y héchose inútiles, y no había quien hiciese bien, ni solo uno. Y no menos se queja por el profeta Oseas, diciendo que ni había misericordia, ni verdad, ni conoscimiento de Dios en la tierra, sino que las malicias, y las mentiras, y los furtos, y los homicidios, y los adulterios habían extendídose por toda ella, y que una sangre caía sobre otra sangre y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que más claro veas qué tal está el mundo, pon los ojos en la cabeza que lo gobierna, y por ahí entenderás cuál estará lo gobernado. Porque si es verdad que el príncipe de este mundo es el demonio (como dice Cristo) ¿qué se puede esperar del cuerpo donde tal está la cabeza, y de la repú-

blica donde tal es el gobernador? Solo esto basta para darte á entender qué tal está el mundo, y cuáles sean los amadores dél. Pues ¿qué será luego este mundo sino un lugar de demonios encarnados, una cueva de ladrones, un ejército de salteadores, un revolcadero de puercos, una galera de forzados, un lago de serpientes y basiliscos? Pues si tal es el mundo como esto, ¿por qué no desampararé yo (dice un Profeta) un lugar tan feo, tan sucio y tan lleno de traiciones, de engaños y maldades, donde ni hay lealdad, ni piedad, ni ley, ni justicia, ni reposo de corazón, donde todos los vicios reinan, donde el hermano arma celada á su hermano, donde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de su mujer y la mujer de su marido, donde tan pocos son los que no roben ó engañen, pues así los grandes como los pequeños debajo de honestos nombres por la mayor parte hurtan y roban, y donde finalmente tantos fuegos arden de cobdicia, de lujuria, de ira, de ambición y de otros infinitos males? Pues ¿quién no deseará huir de tal mundo? Deseábalo cierto aquel profeta que decía: Quién me llevase á un desierto ó algún lugar apartado de caminantes, para verme libre de la compañía deste pueblo, porque todos son adúlteros y cuadrillas de prevaricadores.

Consideradas pues estas cosas, mira cuánta razón tienes de aborrescer una cosa tan mala: donde (si te abriese Dios los ojos) verías más demonios y más pecados que los átomos que se parescen en los rayos del sol. Y con esto crezca en ti el deseo de verte fuera dél (á lo menos con el espíritu) sospirando con el Profeta y diciendo: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

De los trabajos y miserias del mundo.

La segunda cosa que te puede mover á menosprecio del mundo, es considerar la muchedumbre de los trabajos y miserias dél. Cuántos sean estos trabajos, los mismos malos lo confiesan en el libro de la Sabiduría, diciendo: Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Y el Eclesiástico dice también: El camino de los malos está sembrado de barrancos y piedras, y al fin de la jor-

nada les están guardados infiernos, tinieblas y penas. De suerte que así como los buenos tienen en esta vida un paraíso y esperan otro, y de un sábado van á otro sábado (que es, de una holganza á otra holganza) así los malos tienen en esta vida un infierno y esperan otro, porque del infierno de la culpa van al infierno de la pena.

Estos trabajos vienen á los malos por mil maneras: porque unos les vienen por parte de Dios, que como justo juez no consiente que pase el mal de la culpa sin el castigo de la pena: el cual aunque generalmente se guarde para la otra vida, pero muchas veces y cuasi siempre se comienza en ésta.

Porque cierto es que así como tiene Dios universal providencia del mundo, así también la tiene particular de cada un hombre: y pues vemos que cuando en el mundo hay mayores pecados, hay también mayores castigos de hambres, de guerras, de pestilencias, de herejías, de naufragios y de otras calamidades, así también conforme á los pecados de cada un hombre se envían los castigos al hombre. Por lo cual dijo Dios á Caín: Si hicieres bien, recibirás el galardón, y si mal, luego á la puerta hallarás el pecado, que es la pena y castigo dél. Y en el Deuteronomio dijo Moisén al pueblo de Israel: Has de saber que tu Señor Dios es fuerte y fiel, y que mantiene su palabra y usa de misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos hasta la milésima generación, y que castiga luego los que le aborrescen, de tal manera que luego los destruye sin dilatar más el castigo, dándoles luego lo que merescen. Por las cuales palabras claramente se ve que demás del castigo que á los malos se debe en la otra vida, también son ordinariamente castigados en ésta. Pues de aquí proceden infinitas maneras de calamidades y azotes que padescen perpetuamente los malos, que cuasi siempre andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, necesidades y trabajos: puesto caso que aunque los sientan, no conoscen de dónde les vienen, y así más los tienen por condiciones de naturaleza, que por castigos de su culpa. Porque así como los bienes de naturaleza no reconoscen por beneficios de Dios, ni le dan gracias por ellos, así los azotes de su ira no los conoscen por castigos, ni se emiendan por ellos.

Otros trabajos les vienen por parte de los vicarios de Dios, que son los ministros de justicia que muchas veces encuen-

tran con los malhechores, y así los persiguen y aprietan con cárceres, con destierros, con gastos, con persecuciones, con infamias y perdimiento de bienes, y con otras mil maneras de penas, con las quales hacen que les amargue la golosina de su culpa, y la paguen aun en esta vida con las setenas.

Otros también les vienen par parte de sí mismos, esto es, de la corrupción y desorden de sus pasiones. Por lo cual dijo San Augustín: Mandásteslo, Señor (y verdaderamente es así) que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Entre los cuales tormentos uno es el de la hambre continua que los malos padescen deseando bienes desta vida, como son honras, haciendas, oficios, dignidades, medranzas, privanzas, deleites, casamientos, heredades y otras tales cosas que así como tienen alas más ligeras que de águila para volar, así huyen y desaparescen de los que las buscan: porque son muchos los que andan á caza dellas. Ésta es aquella hambre que padescía el hijo pródigo, de quien se escrebe que deseaba hinchir su vientre de los manjares de puercos, y aun de estos no le daban recaudo: porque aun los deleites sucios del mundo vende tan caros el príncipe de este mundo, que nunca los da en abasto á sus servidores. La cual miseria es tan grande, que esta sola bastó para desengañar este mozo perdido, y hacerle acordarse y desear la hartura de la casa de su padre.

Otra miseria es la servidumbre y captiverio en que viven los malos, que es contraria á la libertad que nos ganó Cristo con su pasión. Porque si llamamos preso y captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene los pies en un cepo (con lo cual se compadesce tener el ánimo libre, como lo tenía San Pablo estando preso) ¿cómo no estará preso el que tiene al ánima presa, y la voluntad presa, y el entendimiento preso, y la memoria presa con el amor de las criaturas? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre libre, ni es señor de sí mismo, sino esclavo de aquello que desordenamente ama: porque donde está su tesoro, allí está su corazón. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de ti lo está. Ni diminuye la servidumbre de esta prisión que estés voluntariamente preso: porque si ella es verdadera prisión, tanto será más peligrosa cuanto fuere más voluntaria: porque no diminuye la malicia del veneno el ser muy dulce,

si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prisión que la que de tal manera tira por ti y te tiene preso, que te haga cerrar los ojos á Dios, á la virtud, á la honestidad, á las leyes de justicia, y la que de tal manera te tiene tiranizado, que así como el beudo no es señor de sí mismo, sino el vino, así el que de esta manera está preso, no es señor de sí mismo, sino su pasión. Y no va mucho (si estás robado y engañado de ti mismo) que lo estés con el vino ó con la pasión, pues lo uno y lo otro es parte para enajenar al hombre de sí, como lo significó el Sabio cuando dijo: El vino y la mujer hacen salir de sí á los sabios: esto es, la fuerza del vino y la fuerza de la pasión sensual.

Otra miseria es los desastres y desconciertos que no pueden faltar en la vida de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de la vida que se gobierna por apetitos (donde rige la pasión y está muerta la razón) sino yerros y desconciertos? ¿Qué se puede esperar de un ejército sin capitán, y de una república sin cabeza, y de un navío sin maestro, sino dar en mil rocas y hacerse pedazos? Pues así acaesce á los malos, que por esto vienen muchas veces á dar en grandes rocas y despeñaderos, de donde en muchos años no pueden salir. Y así como un loco (si le ponéis una espada en las manos) hace cosas que después no hay medicina que baste para curarlas, así éstos vienen á hacer tales desconciertos, que todo el mundo no basta para remediarlos después de hechos, y así muchas veces en una hora hacen cosas que tienen que lastar toda la vida.

De aquí también nasce la guerra y confusión que los malos dentro de sí padescen, cuando los mismos apetitos dentro del corazón (como diversos vientos en la mar) pelean: cuando lo que quiere la gula, no quiere la avaricia: lo que quiere la infame lujuria, no quiere la soberbia honrosa: lo que quiere la diligente cobdicia, no quiere la negligencia perezosa: y así pelea el hombre consigo mismo y está muchas veces tan confuso y perplejo, que ni sabe qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros: como acaesce muchas veces en las enfermedades complicadas, donde lo que es saludable para un miembro, es contrario para otro. Ésta es aquella confusión de las lenguas de Babilonia, y aquella contradicción de que el Profeta se quejaba diciendo: Destruye, Señor, y divide las lenguas dellos, porque vi maldad y contradicción en la ciudad. Pues ¿qué división de len-

guas y qué maldad y contradicción es ésta, sino la que pasa en nuestro mismo corazón entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros?

Otra miseria es la muchedumbre de los cuidados que nascen de estos mismos apetitos: porque ¿qué se puede esperar del amor, y del temor, y de la esperanza dubdosa, y del deseo desordenado, y de la tristeza congojosa, y de la engañosa alegría, sino enjambres de sobresaltos y cuidados, los cuales roban la paz del corazón, inquietan la vida, persiguen el alma, solicitan al pecado, impiden la oración, quitan el sueño de la noche, y hacen tristes y miserables los días de la vida?

Todas estas maneras de miserias nascen en el hombre de sí mismo, esto es, de la desorden de sus pasiones: para que veas qué puede esperar de otra parte quien esto tiene de su cosecha, y con quién será posible que tenga paz quien consigo tiene tanta guerra.

Júntase con estos trabajos otro que mora siempre en el corazón de los malos, que es el remordimiento de la consciencia que siempre está despedazando sus entrañas y que aun en medio de sus deleites los está punzando y azotando, aguando sus alegrías, y echando acíbar en sus placeres, y no dejándoles beber el cáliz de sus deleites puro, como ellos lo desean beber. Porque allí la memoria de la muerte, allí el espanto del juicio, allí el horror de las penas del infierno, allí el temor de la divina justicia los azota y aflige, y hace que les amargue la dulzura de aquel deleite. De manera que apenas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo. Finalmente tantos son por una parte los trabajos, y por otra los pecados del mundo, que pudo el Profeta con razón decir que de día y de noche estaba por todas partes cercado de pecados y no había otra cosa en él sino trabajo y sinjusticia, que son males de pena y culpa. Porque, dime, ruégote, ¿qué otra cosa hay en el mundo (si lo miras por todas partes) sino trabajos y pecados? Ésta es la fructa del mundo, ésta la mercadería que en él se viende, éste el trato que en todos sus rincones se halla, trabajo y sinjusticia, que es mercadería de penas y culpas. Pues si ninguna otra cosa es el infierno sino lugar de penas y culpas, ¿cómo no se llamará también este mundo infierno, pues en él no se halla otro trato? A lo menos por tal lo tenía Sanct Bernardo cuando

decía que si no fuera por la simiente de esperanza que tenemos en esta vida de la otra, poco menos malo le parescía este mundo que el infierno.

TERCERA CONSIDERACIÓN.

De la muchedumbre de los lazos y peligros del mundo.

La tercera cosa que te puede mover á huir y despreciar el mundo, es la muchedumbre de los lazos y peligros que hay en él: los cuales son tántos, que pudo decir el Profeta: Lloverá Dios lazos sobre los pecadores. Pues ¿qué tantos lazos te paresce que veía en el mundo quien los comparaba con gotas de agua que cayen del cielo? Y dice señaladamente sobre los pecadores: porque como éstos tienen tan poca guarda en los sentidos, y tan poco cuidado de huir las ocasiones de los peligros, y tan poco estudio en proveerse de espirituales remedios, y sobre todo esto andan en medio de los fuegos y de las ondas del mundo, ¿cómo pueden dejar de carescer de infinitos peligros? Por dónde dijo el Sabio que todas las criaturas del mundo eran lazos y armadijos para los pies de los ignorantes: porque en todas ellas se le ofrescen mil maneras de lazos y peligros. Lazos en la niñez, lazos en la mocedad, lazos en la vejez, lazos en la riqueza, lazos en la pobreza, lazos en la honra, lazos en la deshonra, lazos en la compañía, lazos en la soledad, lazos en las adversidades, lazos en las prosperidades, lazos en peligrosas conversaciones, lazos en los malos ejemplos, en los escándalos y malas obras de prójimos, lazos peligrosísimos para los ojos, lazos también para los oídos, lazos para pies y manos, mucho más para el corazón. Finalmente tántos son los lazos, que da voces el Profeta diciendo: Lazo sobre ti, morador de la tierra. Y si nos abriese Dios un poco los ojos (como los abrió á S. Antonio) veríamos todo el mundo lleno de lazos trabados unos con otros, y exclamaríamos con él diciendo: ¡Oh, quién se escapará de tanto lazo! De aquí nasce el perecer tantas ánimas, que (como llora S. Bernardo) en el mar de Marsella de diez naos apenas se pierde una: mas en el mar de este mundo, de diez ánimas apenas se salva una. ¿Quién, pues, no temerá un mundo tan peligroso? ¿Quién no procurará escaparse de tanto lazo? ¿Quién no temblará de andar como andan los ma-

los, descalzados entre tantas serpientes, desarmados entre tantos enemigos, desproveídos entre tantas ocasiones, sin medicina entre tantas enfermedades mortales, y sin mástel y gobernalle en un golfo tan tempestuoso? ¿Quién no trabajará por salir de este Egipto? ¿Quién no huirá de esta Babilonia? ¿Quién no procurará de escaparse de las llamas de Sodoma y Gomorra, y salvarse en el monte de la buena vida? Pues estando el mundo lleno de tantos lazos y despeñaderos, y ardiendo en tantas llamas de vicios, ¿quién se tendrá por seguro? ¿Andará (dice el Sabio) alguno sobre las brasas sin que se le quemen las plantas, y esconderá fuego en su seno, y no arderán sus vestiduras? Cierto está (dice el Sabio) que el que toca la pez, se ha de ensuciar con ella, y el que tratare con soberbios, que ha de participar de su soberbia.

CUARTA CONSIDERACIÓN.

De la ceguedad y tinieblas del mundo.

La cuarta cosa que te puede mover á despreciar el mundo, es la extraña y espantosa ceguedad de los mundanos: la cual es tan grande, que convenientísimamente es figurada por aquellas tinieblas de Egipto, de quien dice la Escritura que se podían palpar con las manos, y que en aquellos tres días que duraron, ninguno se movió del lugar adonde estaba, ni vió al prójimo que tenía á par de sí. Tales son por cierto, y mucho más palpables y más extrañas, las tinieblas que el mundo padesce. Si no (discurriendo agora por las cegueras y desatinos dél) dime: ¿qué mayor ceguedad que creer los hombres lo que creen, y vivir de la manera que viven, preciarse tanto del nombre de Cristo, y hacer tan poco caso de los mandamientos de Cristo? ¿Qué mayor ceguedad que cometer con tanta facilidad tantos pecados mortales, y aun gloriarse en ellos, creyendo por otra parte que el pecado mortal es un mal tan grande, que aunque todas las arenas de la mar y todas las criaturas del mundo se hiciesen lenguas, no bastarían para explicar lo que es? ¿Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hombres y tan poco de Dios, tener tanta cuenta con las leyes del mundo y tan poco con las de Dios, trabajar tanto por este cuerpo (que es una bestia bruta) y tan poco por el ánima (que es una substancia divina) atesorar tanto

para esta vida que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para aquella que para siempre ha de durar, hacerse mil pedazos por los intereses de la tierra y no dar un paso por los bienes del cielo? ¿Qué mayor ceguedad que sabiendo tan cierto que habemos de morir, y que en aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, y que todo el peso de la sentencia pende del aparejo con que nos halláremos en aquella hora, que vivamos tan olvidados y tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué menos hacen los malos, ó con qué mayor descuido podrían vivir habiendo de morir mañana, que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad que por la golosina de un apetito perder el mayorazgo del cielo, hacer tanto caso de la privanza y gracia de los hombres y tan poco de la de Dios, estimar en tanto el decir de las gentes y no estimar lo que dirá Dios, tener tanta cuenta con la hacienda y tan poca con el alma, querer que todas tus cosas sean buenas y no querer que tu propria vida lo sea? Desta manera de ceguedades hallarás tántas en el mundo, que te parescerá estar los hombres como encantados y enhechizados de tal manera que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen, y teniendo la vista más aguda que de linces para ver las cosas de la tierra, tiénenla más que de topos para las cosas del cielo, como en figura se escribe de S. Pablo, que cuando iba á perseguir la Iglesia, cayó en tierra y abiertos los ojos ninguna cosa veía: como á estos miserables acaesce, que siendo tan sabios para el mal, son tan brutos y ciegos para el bien.

QUINTA CONSIDERACIÓN.

De cuán pequeña es la felicidad del mundo.

NADIE puede negar estos cuatro tan grandes males que hay en el mundo: mas con sola una cosa paresce que se podría recompensar todo esto, que es con la felicidad del mundo, que es la miel con que él nos da á beber estos venenos mortales. Examinemos, pues, agora esta felicidad qué tal es, para ver si es merescedora de comprarse con tan caro precio.

Primeramente, no puedes negar que esta felicidad sea breve, pues la vida de los mortales es tan breve. Porque la felicidad del

hombre no puede ser más larga que la vida del hombre, pues es accidente que se funda en esta substancia. Y qué tan grande sea esta vida, ya lo ves, pues la más larga vida del hombre apenas llega á cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? ¡Cuántos se van en flor! ¡Cuántos se cogen en agraz! ¡Á cuántos se cortó la tela al tiempo que se comenzaba á tejer! Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices de uno, y recién casados de una sola semana: y de estos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos muchos en los presentes.

Y si (como en otra parte dijimos) queremos sacar desta cuenta el tiempo de la niñez (que más se puede contar por vida de animales que de hombres, pues aun no es llegado el uso de la razón que nos hace hombres) y también el tiempo del sueño (que ni es vida de animales ni de hombres, pues lo uno y lo otro está suspenso) ¿qué tanto es lo que puede quedar de vida? Y si después de hecha esta cuenta (que es cierta) quisieres comparar eso que queda de vida tanto cuanto con aquella infinita duración de la eternidad que nos queda después desta vida, ¡cuánto menos te parescerá! Ciertamente ya no parescerá, sino desaparescerá, y sumirse ha en este abismo. Porque (como dice un doctor) si comparamos treinta años de espacio con un millón de años (aunque esto paresce poco ó cuasi nada) todavía paresce algo, pues hay proporción de uno á otro. Mas comparar treinta años con todo el espacio de la eternidad, que no tiene fin, claro está que ninguna cosa parescerá, ni un solo punto, porque de finito á infinito ningún linaje hay de proporción. Pues ¿cuál es el hombre que por un punto de alegría se quiere poner á padescer una eternidad de dolor? ¿Cuál es el hombre que no sale de sí, considerando aquella palabra de S. Gregorio, momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta? Demos (dice S. Crisóstomo) si quisieres, cien años á los deleites: añade á éstos otros ciento, y aun otros diez veces ciento, ¿qué tiene que ver esto con la eternidad? Si muchos años (dice Salomón) viviere el hombre, y en todos estos le sucedieren las cosas á su voluntad (que es cosa que tan pocas veces acaesce) ya que esto fuese así, debería acordarse del tiempo tenebroso y de los días de la eternidad, los cuales cuando vinieren, verse ha claro cómo todo lo pasado fué vanidad, conviene saber, cómo esta tan rara felicidad era nada: porque en presencia de tan inmenso espacio (como es el de la eternidad) ¿qué puede parescer

un plazo tan corto como el de esta vida? Por lo cual dice el Sabio que la esperanza del malo es como el pelito que se lleva el viento, y como la espuma liviana que esparce la ola, y como el humo que muy presto se desvanesce y deshace en el aire, y como la memoria del huésped de un día, que va de camino. Si no, dime, ¿qué más que esto fué la gloria de todos cuantos emperadores hubo en el mundo? ¿Dónde están (dice el Profeta) los príncipes de las gentes que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y cetrerías lidiando con las aves del aire: los que atesoraron montes de plata y oro (en que confían los hombres) sin dar fin á sus tesoros: los que labraron tantas y tan ricas bajillas, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿Qué se hiceron todos éstos? ¿En qué pararon? Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron, y otros sucedieron en su lugar. ¿Qué es del sabio? ¿Qué es del letrado? ¿Dónde está el escudriñador de los secretos de naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alexandre y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos Césares de los romanos? ¿Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vanagloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, su presumpción, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andadan al derredor? ¡Ved agora, pues, en qué pára la nobleza de la sangre, la hermosura del cuerpo, la graciosa mocedad, los palacios sin medida y finalmente toda la gloria del mundo!

Tiene aun otro mal esta felicidad del mundo, que es andar siempre acompañada con mil maneras de miserias que no se pueden excusar en esta vida, ó por mejor decir, en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro, en esta tierra de los que mueren, y en este mar de tantos movimientos. Porque verdaderate más son las miserias del hombre que los días y aun que las horas de la vida del hombre: porque cada día amanesce con su cuidado, y á cada hora está aparejada su miseria. Mas ¿qué lengua bastará para explicar estas miserias? ¿Quién podrá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todas las pasiones de nuestras ánimas, y todos los agravios de nuestros prójimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en

la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra, unos con odios, otros con envidias, otros con falsos testimonios, otros con armas, y otros con sus lenguas, peores que las mismas armas, nos hacen guerra mortal. Y sobre todas estas miserias hay otras infinitas que no les sabréis poner nombre, porque son acaescimientos inopinados, que ni son por pecados de hijos ni de padres, sino para que en ellos se manifiesten las obras de Dios. Á uno le quebraron un ojo, á otro un brazo, otro cayó de una ventana, otro de un caballo, otro se ahogó en un río, otro se perdió en unas rentas, otro en una mercadería. Y si quieres aun saber más males, vuelve la hoja un poco más atrás, y verás cuántos más son de los que aquí representamos. Porque verdaderamente, si pidiésemos cuenta á los hombres del mundo de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él, y los unos y los otros se pesasen en dos balanzas, veríamos claramente cuánto era mayor la una carga que la otra, y que para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida toda es tan corta (como arriba declaramos) y tanta parte de ella ocupan tantas miserias, ruégote que me digas: ¿qué tanto es lo que quedará de pura y entera felicidad? ¿Ves, pues, cuánto es aun más breve la felicidad del hombre que la vida del hombre, que de suyo es tan breve? ¿Ves cuánto es menos digna de ser amada de lo que el juicio del mundo loco imagina?

Dejo de contar aquí otros muchos males que esta felicidad miserable tiene (de los cuales tratamos arriba en su lugar) porque demás de ser breve, es también sucia, porque hace á los hombres sucios: es bestial, porque los hace poco menos que bestias: es loca, porque los hace locos y los saca de sí: es instable, porque nunca permanesce en un mismo ser: es finalmente infiel y desleal, porque al mejor tiempo nos falta y deja en el aire. Mas uno solo no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos, que es ser hipócrita y engañosa: porque paresce lo que no es, y promete lo que no da, y con esto trae en pos de sí perdida la mayor parte del mundo. Porque así como hay oro verdadero y oro falso, y piedras preciosas verdaderas y piedras falsas que parescen preciosas y no lo son, así también bienes verdaderos y falsos, felicidad verdadera y falsa, que paresce felicidad y no lo es: y tal es la de este mundo, y por esto nos engañan con esta muestra contrahecha. Porque así como dice Aristóteles que muchas veces

acaesce haber algunas mentiras que (con ser mentiras) tienen más aparencia de verdad que las mismas verdades,así hay algunos males que (con ser verdaderos males) tienen más aparencia de bienes que los mismos bienes. Y tal es sin dubda la felicidad del mundo, y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los pesces y las aves con el cebo que les ponen delante. Porque ésta es la condición de las cosas temporales, que luego se nos ofrescen con un alegre semblante y con un rostro lisonjero y halagüeño que nos promete alegría y contentamiento: mas después que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego sintimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucía. Así hallarás por experiencia que pasa en todas las cosas del mundo. Si no, mira los placeres de los recién casados, y hallarás cómo después de pasados los primeros días del casamiento, luego comienza á cerrárseles aquel día de su felicidad, y caer la noche escura de los cuidados que después de esto sobrevienen. Porque luego cargan trabajos de hijos, de enfermedades, de necesidades, de ausencias, de celos, de curas, de pleitos, de partos, de desastres, de dolores, y finalmente de la muerte necesaria del uno de los dos, que á veces los previene muy temprano y convierte las alegrías de los desposorios no acabados en lágrimas de perpetua viudez y soledad. Pues ¿qué mayor engaño y qué mayor hipocresía que ésta? ¡Qué contenta va la doncella al tálamo el día de su desposorio, porque no tiene ojos para ver más de lo que por fuera paresce! Mas si le diesen ojos para ver la sementera de males que aquel día se siembra, ¡cuánto mayor causa tendría para llorar que para reir! Deseaba Rebeca tener hijos, y después que se vió preñada y sintió que los hijos en el vientre peleaban, dijo: Si así había ello de ser, ¿qué necesidad había de concebir? ¡Oh, á cuántos acaesce esta manera de desengaño después que alcanzaron las cosas que deseaban, por hallar otra cosa en el proceso, de lo que al principio parescía!

Pues ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡Cuán alegres se representan luego cuando de nuevo se ofrescen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de invidias y trabajos se descubren después de aquel engañoso resplandor! Pues ¿qué diremos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las

entradas deste ciego labirinto! Mas después de entrados en él, ¡cuántos trabajos han de pasar! ¡Cuántas malas noches han de llevar! ¡Á cuántos peligros se han de poner! Porque aquel fructo del árbol vedado guarda la furia del dragón venenoso, que es la espada cruel del pariente ó del marido celoso, con la cual muchas veces se pierde la vida, la honra y el alma en un momento. Así puedes discurrir por la vida de los avarientos, de los mundanos y de los que buscan la gloria del mundo con las armas ó con las privanzas de los príncipes, y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines: porque ésta es la condición de aquel cáliz de Babilonia por de fuera dorado y dentro lleno de veneno.

Conclusión de todo lo dicho.

CATA pues, hijo mío, cuál es el mundo, *scilicet,* lleno de pecados, de miserias, de peligros y ceguedades, y cuál es también la felicidad dél, breve, miserable, bestial, sucia, loca, infiel y llena de mil engaños. Pues el que cada cosa de éstas considerare con un poco de reposo y atención, no podrá dejar de abrir los ojos y maravillarse de tan extraña ceguedad como tienen los hombres que tan perdidos andan tras de cosas tan vanas, por las cuales no dubdan perder á sí, y perder á Dios, y perder su espíritu, su amistad, su gracia, su gloria, sus dones, sus regalos y su providencia paternal, y ponerse á peligro de ir á arder para siempre en los infiernos, y cerrar los oídos á todas las voces de Dios, y á todas las promesas y amenazas de sus Escrituras, y á todos los azotes y beneficios divinos, por tan viles y tan sucios bienes.

Y entendida por esta vía la vanidad del mundo y el engaño de los mortales, luego entenderá que no hay otra luz, ni otra sabiduría, ni otra gloria, sino conoscer á Dios, amar á Dios, gozar de Dios y vivir en temor de Dios, que es el fin de todo este ejercicio susodicho. Á esto nos convida el bienaventurado mártir Cipriano en una carta que escrebió á un amigo suyo, del menosprecio del mundo, la cual acaba diciendo así: Una es, pues, la quieta y segura tranquilidad, una la firme y perpetua seguridad, si librado el hombre de la tempestad y torbellinos de este siglo tempestuoso, y colocado en la fiel estancia del puerto de salud, levanta los ojos de la tierra al cielo, y admitido ya á la compañía y

gracia del Señor, se alegra de ver cómo todo lo que está en la opinión del mundo levantado, dentro de su corazón está caído. No puede este tal desear alguna cosa del mundo, porque es ya mayor que el mundo. Y más abajo añade diciendo: Y no son menester muchas riquezas ni negocios ambiciosos para alcanzar esta felicidad: porque dádiva es ésta de Dios que en el ánima religiosa se recibe: el cual es tan liberal y tan comunicable, que así como el sol calienta, y el día alumbra, y la fuente corre, y el agua caye de lo alto, así aquel Espíritu divino liberalmente se comunica á todos. Por dónde tú, hermano mío, que estás ya asentado en la nómina de este ejército celestial, trabaja con todas tus fuerzas por guardar fielmente la disciplina de esta milicia con religiosas costumbres. Ten por compañera perpetua la oración y la lición: unas veces habla con Dios, y otras hable Dios contigo. Él te enseñe sus mandamientos, y Él disponga y ordene todos los negocios de tu vida. Á quien Él hiciere rico, nadie le tenga por pobre. Ya no podrá padescer hambre ni pobreza el pecho que estuviere lleno de la bendición y abundancia celestial. Entonces te parescerán estiércol las casas vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnecidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado, y que ésa es mucho mejor casa, en la cual (como en un templo vivo) reposa Dios, y donde el Espíritu Sancto tiene hecha su morada. Pintemos pues esta casa, y pintémosla con inocencia, y esclarezcámosla con lumbre y resplandor de justicia. Ésta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre, cuando el oro y el color de las paredes se desflorare. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas, y no dan estable firmeza á sus poseedores: porque no son verdadera posesión. Mas esta casa permanesce con el color siempre vivo y con honra entera y caridad perdurable, ni puede caer ni desflorarse, aunque puede con la resurrección de los cuerpos reformarse. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

TERCERO ESTADO

EN EL CUAL SE PONEN LOS EJERCICIOS Y CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS BENEFICIOS DIVINOS Y DE LA VIDA DE CRISTO

DESPUÉS que el hombre se hubiere por algunos días ejercitado en la consideración de todas estas cosas que le puedan inducir á dolor de los pecados, temor de Dios y menosprecio del mundo (que para los principios señaladamente se requieren) será bien pasar á la consideración de los beneficios divinos y de la vida de Cristo, que valen para esto mismo y para otras muchas cosas, y es la más dulce, más copiosa, más llana y más común materia de meditar de cuantas hay, y en la cual se puede el hombre emplear cuasi toda la vida. Comencemos pues primero por la consideración de los beneficios divinos, y de ahí procederemos á la de la vida de Cristo.

PRIMER EJERCICIO

en la consideración de los beneficios divinos, y de cuatro partes que pueden entrevenir en él.

TRES cosas debe el hombre señaladamente hacer en la oración: la primera, dar gracias al Señor por los beneficios recebidos: la segunda, ofrescer á sí y á todas sus cosas junto con los trabajos y merescimientos de Cristo en sacrificio por nuestros pecados: la tercera, pedir el socorro y favor divino, así para todas sus necesidades espirituales y corporales, como para las de sus prójimos y de todo el mundo.

Entre estas partes la primera (que es el hacimiento de gracias) es una cosa muy debida, muy dulce y muy copiosa para meditar. Muy debida: porque ¿qué cosa más debida que dar gracias á nuestro Señor por tantos millares de beneficios como cada día llueve sobre nosotros? Muy dulce: porque cada uno destos beneficios bien considerado es como una saeta ó como una brasa que nos enciende en el amor de Dios, que es el más dulce pasto que hay para nuestras ánimas. Muy copiosa: porque como estos beneficios sean tantos y tan grandes (especialmente el beneficio de la Redempción, que incluye todos los pasos y trabajos de

la vida de Cristo, y el de la glorificación, que comprehende todos los gozos de los bienaventurados) hay tanto que rumiar y que considerar en ellos, que si el hombre quisiere (á imitación de los sanctos) estarse la mayor parte de la noche ó del día en oración, nunca le faltará materia ni cosas en que pensar.

La segunda parte (que es el ofrescimiento) es un linaje de sacrificio vivo que el hombre ofresce á Dios, entregando todas sas cosas y á sí mismo con ellas en sus manos, y resignándose todo en el beneplácito de su divina voluntad, para que haga de él y de todas sus cosas lo que fuere servido, y el hombre de ahí adelante no viva ya más para sí, sino para Dios, ni tenga más cuenta con su voluntad y provecho, sino con sola la voluntad y gloria de Dios. Hacer esto es uno de los principales actos de aquella piedad y religión que debemos á Dios, y es una renovación cuotidiana de nuestra profesión y de la ley en que habemos de vivir, y es un freno con que nos podemos dar una gran sofrenada todas las veces que intentáremos hacer nuestra voluntad contra la de Dios, acordándonos de aquel asiento y determinación que con Él capitulamos, y de aquella ofrenda que le ofrescimos, contra la cual cometemos un linaje de furto espiritual, volviendo á tomar y enajenar lo que tantas veces le entregamos. Y porque todo esto en fin es poco (porque es nuestro) debemos también ofrescerle junto con esto todos los méritos y trabajos de Cristo, que es la mayor y más agradable ofrenda que le podemos ofrescer.

La tercera parte (que es la petición) es también acto desta misma religión: en la cual podemos ejercitar en su manera las obras de misericordia, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia, y podemos también ejercitar actos de amor de Dios, deteniéndonos en el fin de esta parte en la petición de este amor, pidiéndolo con muy entrañables y encendidos deseos.

Éstas son las tres cosas más principales que debemos tratar en la oración. Mas porque el Sabio nos aconseja que aparejemos nuestra ánima antes de la oración, será necesario presuponer antes de estas tres partes la cuarta, que es una humilde y devota preparación para orar. Y así vendrán á ser cuatro partes las de este ejercicio, conviene saber, preparación, hacimiento de gracias, ofrescimiento y petición, de las cuales trataremos aquí agora por su orden.

PREPARACIÓN Y PRINCIPIO DEL EJERCICIO

PRIMERAMENTE, antes que comencemos á hablar con nuestro Señor, será muy bien aparejar el corazón para este negocio de tanta dignidad, para lo cual debemos hacer las tres cosas siguientes.

La primera (porque no pensemos que hablamos al aire y que está muy lejos de nosotros el que nos ha de oir) pongamos ante los ojos la presencia de Dios, que hinche cielos y tierra y está en todo lugar presente, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, ahí está Él como causa y fuente del ser, dándolo á todas las criaturas: porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno á otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente: y así lo contemplaba el profeta Elías, cuando decía: Vive el Señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy.

Pues así has de presuponer que está Dios presente á tu oración, tan entero y tan grande como está en el cielo, y pensar que no hablas á las paredes, sino á Dios que realmente está delante de ti oyendo tus palabras, y mirando tu devoción y tus lágrimas, y deleitándose y manteniéndose de ellas: porque aunque universalmente asiste Él á todas las criaturas, mas particularmente asiste á los que oran, como expresamente nos lo denunció un profeta diciendo: No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cercanos á sí como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Pues ¿qué más bien quieres tú que saber tan de cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera Aquél que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

La segunda cosa que debes hacer (después que así te veas en su presencia) es una profundísima reverencia de todo corazón. Y llamo aquí reverencia, un reconoscimiento de la majestad de Aquél á quien vas á hablar, y de la bajeza de ti que le vas á hablar, como lo reconoscía aquel sancto Patriarca que decía: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza. Para esto debes levantar un poco los ojos de la consideración á pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura y las otras perfecciones deste

soberano Señor: las cuales son tan grandes, y sobrepujan tanto el entendimiento así humano como angélico, que (como dice un religioso doctor) si todo el universo mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda la agua de la mar fuese tinta, antes se acabarían todos los libros, y se agotaría la mar, y se cansarían los escriptores, que pudiesen cumplidamente explicar una sola de sus perfecciones. Y añade más, diciendo que si todos los corazones de los hombres se hiciesen un solo corazón que tuviese la virtud y capacidad de todos, y éste llegase á sentir algo de cualquiera destas perfecciones como ella es en sí, no sería posible que á la hora no reventase, si por especial milagro de Dios no fuese para ello confortado. Finalmente, es tan grande la majestad y inmensidad de este Señor, que toda esta tan gran máquina del mundo, con todo cuanto hay en ella, apenas es una pequeñita hormiga delante de Él. Pues si todo el universo mundo no es más que esto en su presencia, tú que tan pequeña parte eres del mundo, ¿qué parescerás delante dél? Pues este provecho (entre otros) te traerá esta consideración, que más claramente verás por ella lo que eres. Porque muchas veces en levantando los ojos á aquella beatísima luz, la primera cosa que verás, será tu nada: y así verás cómo todas las cosas de suyo son nada, y cómo Él les da todo el ser y hermosura que tienen, y cómo en Él y dél y por Él son y se conservan todas ellas.

Esta consideración basta para que el hombre se humille hasta el polvo de la tierra, y encoja sus alas, y se suma en los abismos en presencia de tan grande majestad. Y esta misma consideración bastará para hacerle estar con temor y temblor delante de este Señor: y cuanto su corazón estuviere más tomado deste temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos: porque el freno del temor no le consentirá desmandarse ni descuidarse en presencia de tan grande majestad.

Hecha esta reverencia, la tercera cosa que debe hacer, es, que (porque el justo al principio es acusador de sí mismo) comience luego á acusarse de todos sus pecados, trayendo á la memoria de la manera que vivió antes que el Señor le abriese los ojos, y de la que vive agora en el tiempo presente.

Desta manera, pues, se arrepienta de sus pecados, y diga su culpa dellos, y propuesta la enmienda dellos, pida perdón al

Señor, para que con estos actos de penitencia haga propicio el juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la confesión general ó el psalmo de *Miserere mei, Deus*, ó otra cosa semejante, para despertar con estas sanctas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración.

Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse á hablar con Él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe á tan alta majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recibir el Espíritu Sancto y la gracia de la devoción que en aquel ejercicio se reparte á todos los que religiosamente perseveran en él. Esto basta para la preparación: en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conoscimiento de sí mismo y de sus proprias miserias, según que adelante se declara.

También ayudará mucho para esta misma preparación (cuando el ánimo estuviere muy derramado) recogerlo con la lición de algún libro devoto, ó con algunas oraciones vocales: porque éstas devotamente dichas, suelen ayudar mucho á recoger el corazón derramado.

HACIMIENTO DE GRACIAS.

DESPUÉS de la preparación podemos luego comenzar á dar gracias á nuestro Señor por los beneficios recebidos, que es una de las principales partes deste ejercicio, como ya dijimos. Y como sean innumerables los beneficios divinos, reducirémoslos aquí á diez maneras de beneficios, de los cuales podemos hacer un psalterio de diez cuerdas, en el cual con el profeta David cantemos y alabemos á Dios. Entre estos beneficios el primero es de la creación, el segundo de la conservación, el tercero de la redempción, el cuarto del baptismo, el quinto del llamamiento, el sexto de las inspiraciones divinas, el séptimo de las preservaciones de males, el octavo de los sacramentos, el noveno de los beneficios particulares, el décimo de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios había mucho que encarescer y que decir, mas yo no haré por agora más que correr sumariamente por todos ellos, para que se entienda la importancia del beneficio y el agradescimiento que se debe por él.

§. I.

Pues entre estos beneficios el primero y el fundamento de todos es habernos Dios criado y hecho á su imagen y semejanza. De manera que hoy ha tantos años que (cuanto á la principal parte de ti, que es el ánima) eras nada, y fuiste *ab æterno* nada (que es menos que una hormiga, menos que una piedra, finalmente nada) y así pudieras ser eternalmente nada: y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él, como que dejaras de ser: y plugo á aquella divina bondad, ante todo merescimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo y de aquellas profundísimas tinieblas en que *ab æterno* morabas, y darte ser, y hacerte algo, y no cualquier algo, esto es, no piedra, ni ave, ni serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo. En el cual beneficio nos dió este cuerpo con todos sus miembros y sentidos (de los cuales cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra, cuando la hay) y esta ánima racional con todas sus potencias, hecha á su imagen y semejanza, conviene saber, inmortal, incorruptible, intelectual y capaz del mismo Dios y de su misma bienaventuranza. Por dónde verás que si tanto debes á los padres porque fueron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, cuánto más deberás al que con ellos formó tu cuerpo, y sin ellos crió tu alma, sin la cual el cuerpo no fuera más que una bestia muda ó un pedazo de carne podrida.

§. II.

El segundo beneficio es de la conservación: porque no sólo te sacó de no ser á ser mediante el beneficio de la creación, sino también te conserva en ese ser que te dió, de tal manera, que si un solo punto desviase sus ojos de ti, luego desfallescerías y te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado. De suerte que así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y él mismo que los produce, los conserva en el ser que les dió, así también lo hace este mismo Señor con nosotros, sacándonos de no ser á ser, y después conservándonos en ese mismo ser: de manera que lo que una vez nos dió, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo, pues todas vemos que sirven á la conservación del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras para castigarle: porque de todo es razón que haya en la casa del buen padre. Y es cosa muy para considerar, ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto. ¡Qué de manjares crió para sustentarnos! ¡Qué de paños para vestirnos! ¡Qué de yerbas para curarnos! Y sobre todo ¡qué de diferencias de cosas para recrearnos! Porque unas sirven para recreación de la vista (que son todas las flores y colores) otras para los oídos (que son todas las músicas y cantos de aves) otras para las narices (que son todos los olores y especies aromáticas) otras para el gusto (que son cuasi infinitas maneras de fructas, de pesces y aves y animales) porque todas estas cosas son más para el hombre que para sí mismas, pues más goza el hombre del servicio y usofructo dellas, que ellas mismas. Mira, pues, cuán largamente y cuán regaladamente se hubo Dios contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criáturas del mundo, que fueron criadas para tu servicio, pues Dios para el suyo no tenía de ellas necesidad. Y no sólo las de la tierra, sino también las del cielo (como son el sol, luna, estrellas y planetas) y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales también diputó para nuestra guarda y compañía.

§. III.

El tercero beneficio es de la redempción, el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarescer y decir. Porque si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber, lo que el Señor por este beneficio nos dió, el medio por donde lo dió, el amor con que lo dió, la persona que lo dió y la persona que lo recibió, cada cosa de estas te pondrá nuevo espanto y admiración, y entenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el medio más excelente, ni el amor más subido, ni la persona que lo dió más digna, ni la que lo recibió (quitando aparte los demonios) más indigna.

En cada cosa destas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto

(que bastara para padescer mil veces más de lo que padesció, si nos fuera necesario) y asimismo en el medio que escogió para hacer esta obra, que fué tomar sobre sí todos nuestros males, para hacernos gracia de sus bienes. Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida sanctísima, los cuales todos son partes deste beneficio, y cada uno de ellos por sí grandísimo beneficio. Aquí entra la humildad de la encarnación, la pobreza del nascimiento, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias, los trabajos y persecuciones de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fueron tantas cuantas nunca jamás se vieron) por las cuales todas, y por cada una en particular, debemos dar infinitas gracias á este Señor que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos más claro testimonio de lo mucho que nos amaba, y echar mayor cargo y obligación sobre nuestros hombros, para que así le amásemos como nos amó.

§. IV.

El cuarto beneficio es del baptismo: por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algún merescimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya, tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado, y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas, y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos (que son pecado, infierno, demonio y muerte) y hacernos templo vivo y morada suya, y darnos allí espíritu de adopción (que es ser recebidos por hijos de Dios) y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requirían (que son la gracia y las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto) con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios, y cobremos nuevas fuerzas para triunfar del demonio, para que así podamos conseguir el fin para que fuimos criados, que es el reino de los cielos. Pues ¿con qué pagarás al Señor este beneficio?

¿Qué le darás porque entre tanta muchedumbre de naciones bárbaras, de infieles, de turcos, de moros, de gentiles (que adoran piedras, y palos, y serpientes) quiso el Señor que fueses cristiano, y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en el arca del verdadero Noé, para

que no perescieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada día perescen? Mira cuántas ánimas crió Dios el día que crió la tuya, de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería, &c. y así pudiera caer la tuya, y no quiso este Señor que cayese sino en el paraíso y gremio de su Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. Pues ¿qué le darás por este beneficio?

§. V.

El quinto beneficio es del llamamiento. Y entiendo aquí por llamamiento, si algún tiempo viviste rotamente, sin ningún temor de Dios, y agora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal: á esto pongo nombre de llamamiento, porque es grandísima conjectura para creer que eres llamado á la gracia, pues esta mudanza no paresce de carne ni sangre, sino de la diestra del muy Alto.

Pues si habiendo vivido algún tiempo en aquel estado miserable, te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en ésta, ¿qué gracias será razón que le dés por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía de éste. Porque un beneficio fué esperarte tanto tiempo á penitencia, sin cortar el hilo de la mala vida, que por ventura se cortó á otros que quizá por esta causa estarán agora penando en el infierno. Otro fué sufrir tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas como en aquel estado te sufrió con tan larga paciencia. Otro fué en lugar de castigos enviarte tantos avisos y maestros y despertadores, y tantas buenas inspiraciones para despertaste y sacarte de aquel peligro. Otro fué llamarte con tan poderoso llamamiento, que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran el deleite del vicio, y el poder del demonio, y la fuerza de la mala costumbre, que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene preso á los suyos, la cual dificultosísimamente se rompe. Otro fué recebirte finalmente como al hijo pródigo en su casa, y perdonarte (si por ventura estás ya perdonado) tantos pecados, y hacerte llano el camino del cielo, y darte otro corazón, con el cual te fuese dulce

lo que antes era amargo, y te amargase lo que antes era dulce, para que así pudieses perseverar en el bien.

Y sobre todo esto es mucho más de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es ante todo merescimiento tuyo: porque en aquel estado no se puede hacer cosa que tenga mérito ni precio delante dél. ¿Cuántos millares de ánimás piensas que estarán agora penando en el infierno por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio, esto es, ó porque no las esperó tanto tiempo, ó porque no las sufrió con tanta paciencia, ó porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, ó porque no las confirmó con tan abundante gracia? Pues ¿qué heciste tú más que ellas? ¿Qué más meresciste que ellas, para que fueses tanto más dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una misma atahona ó durmiendo en una cama (esto es, en el mismo deleite ó en la misma culpa) ¿porqué habías de ser tú más el que tomaron para la gloria que el que dejaron para la pena, estando ambos en una misma culpa? ¿Porqué habías de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado para vaso sucio de que se sirviese el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y de los mozos que tuviste ó por vecinos, ó por amigos, ó por compañeros de tus disoluciones y de tus vicios, los cuales permanescieron ó acabaron por ventura en aquel mismo estado de donde Dios á ti te sacó, y mira cuán gran misericordia fué que permanesciendo ellos en aquel mismo estado, sacase Dios á ti de tal peligro habiendo perseverado con ellos en un mismo delicto. Vuélvete pues á Dios, y dile: Señor, ¿qué vistes en mí? ¿Qué necesidad teníades Vos de mí? ¿Qué servicios hice yo? ¿De dónde á mí tanto bien, que dejando aquéllos en sus tinieblas, enviásedes á mí este rayo de luz? ¿Qué gracias os daré por este beneficio? ¿Con qué palabras os alabaré? Alábeos, Señor, mi lengua y mi corazón, y todos mis huesos digan: Señor, ¿quién es como Vos? ¿Quién pudiera hacer esta mudanza sino Vos? ¿Quién pudiera librarme de las gargantas de aquella antigua serpiente sino Vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce, y dulce lo amargo sino Vos? Alabad (dice el Profeta) al Señor, porque es bueno, y porque su misericordia permanesce en todos los siglos. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? ¿Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo (dice él) los que han

sido redemidos del Señor, los que Él libró de la mano del enemigo, porque solos ésos tendrán lengua para alabarle, que tienen experiencia de ese tan grande beneficio.

§. VI.

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía, con que nos despierta siempre y nos llama á todo bien. Porque así como el corazón está siempre enviando espíritus y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto (que, según Sancto Tomás, es como corazón de la Iglesia) siempre está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánima donde mora. Pues según esto todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Sancto has recebido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios. Porque así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra, vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas) así cuantas maneras de bienes suceden á los hombres, todos nascen del piélago de todos los bienes, que es Dios. Porque sentencia es de muchos teólogos, que para hacer una obra meritoria (demás de la gracia habitual del Espíritu Sancto) es menester especial ayuda y tocamiento de Dios, que interiormente nos toque y nos despierte á bien obrar.

De dónde así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño, le ponen otro al lado que de rato en rato le está avisando que no se duerma, así habemos de imaginar que está el Espíritu Sancto á nuestro lado ejercitando con nosotros esto mismo: y esto por tantas vías y maneras y tan á la continua, que paresce que no tiene otro oficio en que entender sino solo éste. Por dónde cada vez si el hombre sintiese que interiormente le mueve acá dentro á que despierte y se acuerde de Dios, ó que ponga las manos en alguna buena obra, luego había de reconoscer la visitación y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánima, y acudir luego á poner por obra lo que se le manda.

§. VII.

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males: el cual comprehende todos los males del mundo, de que el Señor por su misericordia nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza, y males de fortuna, y males de culpa, que son todas las maneras de pecados que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningún mal hay que tenga un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adam como él, y concebido en pecado como él, y finalmente compañero de la misma naturaleza y de la misma culpa, y así subjecto á la misma miseria.

Según esta cuenta, todos cuantos males hay en el mundo son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caído, si Dios por su misericordia no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro lisiado, otro tollido, otro loco, otro con los dolores de la gota, otro de la piedra, otro preso tantos años ha, otro captivo, otro condenado á las galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves á cada paso y á cada hora por ese mundo. Cada vez que esto vieses, habías de hincar las rodillas del corazón á Dios, y levantar las manos al cielo diciendo: Señor, esto os debo yo á Vos. Sea para siempre bendito vuestro nombre, que yo pudiera ser como éste y como aquél: y si así me viera, quizá perdiera la paciencia, y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los pies á quien desto me librara, y ofresciéramele por esclavo perpetuo. Pues beso, Señor mío, vuestros pies y vuestras manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y doios infinitas gracias porque por sola vuestra misericordia enderezastes mi vida de tal manera que no me viese en estos males.

§. VIII.

El octavo beneficio es el de los sacramentos, y señaladamente de la confesión y comunión. Pues ¿cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado? ¿Qué es el sacramento de la confesión sino un baño limpísimo para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras en-

fermedades, y un medio eficacísimo para reconciliarnos con Dios á costa de la sangre de Cristo? Dime, si estuvieses sentenciado á una muerte afrentosa ó á cien azotes por las calles públicas, y un amigo tuyo por pura nobleza y misericordia se pusiese á pasar aquella vergüenza y recebir aquellos azotes por ti, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles con una soga á la garganta, ¿con qué ojos le mirarías? ¿Con qué corazón le agradescerías aquel tan grande beneficio? Pues ninguna otra cosa pienses que es el sacramento de la confesión sino ésta. Porque tú estabas sentenciado á azotes y á muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios movido de pura lástima y compasión, se atravesó de por medio y se puso á esperar los azotes y sentencia que tú merescías, y en virtud de esta satisfacción manda Dios al sacerdote que te dé por libre, porque ya se entregó de la deuda que le debías, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazón, con qué amor, con qué ojos será razón que mires á quien tal hizo por ti? ¿Y qué no será razón que hagas tú por Él?

Pues del sacramento de la Comunión ¿qué diré? Éste es el sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios y el memorial de todas las maravillas de Dios. Éste es sacramento de gracia, sacramento de amor, sacramento de unidad, sacramento de devoción, y de remisión, y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con la presencia divina, aquí es hecho templo vivo de la Sanctísima Trinidad, aquí se da la gracia en mayor abundancia que en los otros sacramentos, aquí se gusta la divina suavidad en su misma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su esposo, de donde resultan en ella maravillosos deleites. Éste es el viático con que se ha de andar este camino del cielo, y éste es el pan de trabajadores con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña del Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí reverdescen los buenos deseos, aquí se acrescienta la devoción, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima y aquí finalmente se mantiene y come de Cristo, que es el mayor bien que en esta vida se puede recebir. Porque no es otra cosa comer á Cristo sino hacernos participantes de su espíritu, de su gracia, de su justicia, de sus merescimientos y de todas sus virtudes y trabajos. Porque así como el que come, hace suyo proprio lo que

come, y no como quiera suyo, sino su misma carne y su misma sangre, así comer á Cristo no es otra cosa que aplicar á nosotros y hacer nuestros los bienes de Cristo, para que así seamos mirados del Padre eterno con aquellos ojos que es mirado Él, no ya como extraños y peregrinos, sino como partes y miembros de su mismo Hijo. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia que ésta?

§. IX.

Todos estos beneficios de que hasta aquí habemos tratado, por la mayor parte son comunes á todos los fieles: quedan después de estos los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recebido, de los cuales, así como nadie puede hacer suma, así el que los ha recebido no puede de ellos tener ignorancia. Discurre, pues, por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconosce que de todo eso le eres deudor. Mira (cuanto á los bienes de naturaleza) las habilidades naturales que te ha dado, el ingenio, la condición, la discreción natural, los padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud, la vida, y otras cosas semejantes. Cuanto á los bienes de fortuna, mira la hacienda y el patrimonio que te dió, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas semejantes, que no nascen con nosotros, sino que después nos vinieron por la providencia de Dios. Cuanto á los bienes de gracia, mira si por ventura has recebido algunos particulares dones del Señor, como son lágrimas, devoción, castidad, caridad y misericordia para con los prójimos, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dió. Mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal, que es una grande y singular prenda de la divina gracia. Mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido, y otras cosas semejantes.

Mira también con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir, los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso. Si eres sacerdote, si bien casado, ó por ventura libre de las cargas del matrimonio, y con esto vives contento y

seguro, que es mayor bien que el primero. Y sobre todo mira si eres religioso, mayormente en provincia ó monesterio donde floresce observancia regular: porque si hay cosa en el mundo que tenga imagen y semejanza del cielo, es la congregación observante de la vida religiosa, por razón de la paz y quietud interior y exterior que allí se halla, y de la buena compañía, que es el paraíso de la tierra, y de los aparejos y ayudas grandes para bien vivir, y de los votos esenciales que hacen de hombre ángel.

Otros beneficios hay más ocultos que éstos, los cuales aun el mismo que los tiene no los conosce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánima tan secretamente, que el mismo que los recibe no los entiende, como lo significó el sancto Job cuando dijo: Si viniere á mí, no le veré, y si se fuere, también esto ignorará mi ánima. Y hacer Él esto así, es doblada misericordia: porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros más segura la gracia: que es como quien da el tesoro, y da también la llave para guardar el tesoro.

Y así como hay dones ocultos, así también hay preservaciones de males ocultas, que el mismo hombre preservado no entiende. ¿Qué sabes tú si estando alguna vez para pasar por una calle (donde por ventura se te ofresciera ocasión para alguna culpa semejante á la que David cometió por la ocasión que tuvo) te estorbó Dios ese camino, ó te puso en corazón que fueses por otra parte para excusarte dese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con Sanct Pedro, cuando le dijo: Pedro, Satanás andaba muy solícito para acribaros y aventaros como á trigo, mas yo hice oración por ti porque no desfallesciese tu fe? ¿Cuántas veces, pues, habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquescido las fuerzas de nuestro adversario, para que no prevalesciese contra nosotros? Pues por estos beneficios ocultos no menos le debemos gracias que por los manifiestos, sino muchas más. Porque así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdón, así por los beneficios ocultos le debemos agradescimiento.

§. X.

El décimo beneficio es de la glorificación que adelante se nos promete por corona y agora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideración deste soberano bien, y aquí puede alargar la vista, y extender los ojos, y considerar la grandeza deste bien que nos está guardado. Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble región, y mira atentamente qué será ver la hermosura de aquella ciudad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de oro purísimo y aquellas arboledas y fuentes de agua viva. ¿Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus hierarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandescientes? ¿Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas y de profetas? ¿Qué será ver la sacratísima Virgen, señora y abogada nuestra, sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? ¿Qué será ver aquella sacratísima Humanidad de Cristo, señor nuestro y hermano nuestro, asentado á la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios? ¿Qué será sobre todo esto ver Aquél á quien ver es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo, y saberlo todo de una vez? ¿Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites y aquella fuente de todos los bienes? ¿Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas y conversar con aquellos ciudadanos tan nobles, tan sanctos, tan hermosos y tan discretos? Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre para alcanzar esta corona?

Aviso de la manera de dar las gracias.

§. XI.

PUES por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias á este Señor: y para que con mayor atención puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias hablando con el mismo Señor y enderezando las palabras á Él, diciendo así, ó de otra manera semejante.

Gracias te doy, Señor, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, dándome este cuerpo con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias para que te conosciese y amase &c.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación: porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste todas cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los árboles, las aves, los pesces, los animales, y finalmente todas las otras cosas que criaste, unas para mantenerme, otras para curarme, otras &c.

Gracias te doy por el beneficio de la redempción, que es por aquella incomprehensible bondad y misericordia de que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y te abajaste á sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno y tentación del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padesciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, &c.

Desta manera puede el hombre proceder por todos los otros beneficios susodichos: porque entendida la substancia de cada uno de ellos, fácil cosa será enderezar el hombre las palabras á Dios y darle gracias por ellos. Digo esto porque (como arriba tocamos) más atento está el corazón, y más levantado el espíritu y más religioso, cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mismo ó las habla con su propria ánima: porque el hablar con aquella soberana Majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descuidado, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado

de cualquier imaginación: porque el temor y reverencia de Aquél con quien está hablando, tiene más atento y más fijo su corazón.

Después de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre (si hallare en sí devoción para eso) convocar todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas le ayuden á bendecir y alabar á este Señor que tan magníficamente lo ha hecho con él. Y para esto no hay mejor instrumento que aquel divino Cántico que cantaron aquellos tres mozos que echó Nabucodonosor en el horno de Babilonia, porque no quisieron adorar su estatua de oro, á los cuales dice la Escriptura que no tocó el fuego, ni entristeció, ni dió alguna molestia. Y entonces todos ellos tres, experimentada esta tan grande bondad y providencia del Señor para con sus siervos, como con una boca alababan y glorificaban al Señor en medio del horno, diciendo:

Bendito seáis Vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el sancto nombre de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis en el trono de vuestro reino, y alabado y ensalzado en los siglos.

Bendito seáis Vos, que estáis asentado sobre los querubines, y dende ahí veis los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendecid todas las obras del Señor al Señor: alabado y ensalzado en todos los siglos, &c. hasta el fin de este Cántico.

OFRESCIMIENTO

Después deste hacimiento de gracias, se sigue el ofrescimiento y la resignación. Porque después que el hombre ha reconoscido la grandeza de las mercedes del Señor, luego se levanta en el ánima aquel afecto y deseo que tenía el Profeta cuando decía: ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Pues á este afecto podemos luego responder con ofrescer al Señor eso que de nuestra parte podemos y tenemos (aun-

que todo sea suyo) porque así vuelvan las aguas al lugar de do salieron, para que tornen otra vez á correr. Y según esto podremos ofrescer tres cosas.

La primera, todos cuantos bienes con su ayuda hiciéremos y males padesciéremos, todas nuestra palabras, obras y pensamientos, nuestros placeres y pesares, nuestros trabajos y descansos, nuestro ocio y nuestros negocios, y hasta las mismas obras necesarias para la vida (como son comer, beber y dormir) porque todo esto quiere el Apóstol que le ofrezcamos para gloria suya, para que así las estrellas luzgan con alegría al Señor que las crió. De manera que aunque al tiempo del obrar nos olvidemos de referir actualmente estas obras á Dios, dende agora las demos por ofrescidas y referidas á Él.

Lo segundo, ofrezcámosle no sólo nuestras cosas, sino también á nosotros mismos, que es otra ofrenda mayor. Porque una cosa es ofrescer la fructa del árbol, y otra ofrescer al mismo árbol con su fructa, para que de aquí adelante fructifique para aquél á quien se da. Ofrézcase, pues, el hombre á sí mismo, desposeyéndose y desapropriándose de sí, y entregándose por esclavo en las manos de su Criador, pues en hecho de verdad fué comprado y rescatado por Él.

Pues así como el esclavo (en cuanto esclavo) no tiene licencia para hacer en nada su voluntad, sino la de su señor, así él se ofrezca por tal, para nunca más hacer su propria voluntad en alguna cosa grande ni pequeña, buena ni mala, sino sola aquella que entendiere ser conforme á la voluntad de su Señor.

Item, así como el esclavo no trabaja para sí, ni adquiere para sí, sino para su señor, así él de aquí adelante ni trabaje para sí, ni se busque á sí, ni pretenda cosa suya propria, sino sólo la honra, gloria y beneplácito de su Señor.

Item, así como del esclavo hace su señor todo lo que quiere, vendiéndolo, empeñándolo, enajenándolo, castigándolo, &c., así él también se resigne y ofrezca como esclavo en las manos de su Señor, para que haga dél todo lo que fuere servido en tiempo ó en eternidad. Si quiere que viva, que muera, que esté rico, que pobre, que sano, que enfermo, que honrado, que deshonrado, en todo y por todo se derribe á sus pies y se resigne en el beneplácito de su sanctísima voluntad. Éste es uno de los grandes sacrificios que podemos ofrescer á nuestro Señor, si lo ofrescemos

con todo nuestro corazón y con una profunda y verdadera subjección y humildad.

Mas porque todo esto es poco para lo que Dios meresce, ofrezcámosle lo tercero otra ofrenda de inestimable precio y acepción, que es la vida, la muerte, los trabajos y merescimientos de nuestro Salvador, pues ésta es nuestra justicia, nuestro derecho, nuestro mayorazgo, nuestro tesoro, nuestra herencia y todo nuestro bien.

Lleguemos pues (como dice el Apóstol) confiadamente al trono de su gracia, y ofrezcamos al Padre esta tan preciosa ofrenda, recontando todos los trabajos y méritos de su Hijo dende el pesebre hasta la cruz, no como hacienda ajena, sino como derecho y patrimonio nuestro.

De la manera del ofrescer.

§. I.

Y acordémonos de hacer esto de la manera que antes dijimos, que es enderezando las palabras á nuestro Señor, y diciendo así, ó de otra manera.

Pues ¿qué te daré yo, Señor, por tantos beneficios? ¿Qué te podré ofrescer de mi parte? Tuyo es, Señor, todo lo que hay en nosotros, y lo que de tu mano habemos recebido te ofrescemos. Ofrézcote pues, Señor, primeramente todas cuantas obras este día y de aquí adelante hiciere, y los trabajos que padesciere, el comer, el beber, el dormir, el hablar, el callar, para que todo ello sea para eternal gloria y alabanza tuya.

Ofrézcote no sólo todas mis cosas, sino á mí también con ellas por perpetuo esclavo tuyo, para que de hoy más no tenga que ver con mi voluntad, sino con la tuya, ni pretenda cosa mía, ni interese mío, ni contentamiento mío, sino sola tu gloria y solo el beneplácito de tu sancta voluntad. Y así como de un esclavo hace su señor todo lo que quiere, así yo prostrado á tus pies me pongo en tus sanctísimas manos, para que en esta vida y en la otra hagas de mí todo lo que fueres servido, si quisieres que viva, que muera, &c. como arriba.

Y porque todo esto es poco para lo que tú merosces y yo debo, ofrézcote sobre todo la más rica y más preciosa ofrenda

que se te puede ofrescer en los cielos y en la tierra, que es la vida, la muerte, la sangre, los trabajos, las virtudes y merescimientos de tu unigénito Hijo: los cuales, aunque fueron suyos cuanto á la pasión, son más míos que suyos cuanto al usofructo y satisfacción. Ofrézcote pues las lágrimas de su nascimiento, la dureza del pesebre, la pobreza del establo, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, la humildad de su baptismo, la tentación del desierto, los caminos del evangelio, los trabajos del día, las vigilias de la noche, las contradicciones del mundo, las calumnias de sus contrarios, los dolores de su sacratísima pasión, los azotes á la columna, la corona de espinas, los vituperios, los clavos, la hiel y vinagre, la lanza, la sepultura y la cruz. Ofrézcote todas aquellas virtudes que resplandescieron en su vida sanctísima, con que tanto te honró y agradó: aquel celo de tu honra, aquel tan encedido deseo de tu gloria, aquella obediencia hasta la muerte, aquella lealtad y fidelidad para contigo, aquella caridad tan extendida para con nosotros, aquella humildad tan profunda, aquella paciencia inexpugnable, aquel silencio y mansedumbre entre tantas acusaciones y injurias, aquella desnudez y pobreza tan extremada, con todas las otras virtudes de su pasión y vida sanctísima: porque éstas son las flores más hermosas, y el encienso más suave, y el sacrificio más agradable que se puede ofrescer ante tu acatamiento divino. Y seas tú Dios bendito que tal derecho nos diste y tal ofrenda nos entregaste, para que de nuestra parte la pudiésemos ofrescer en loor de suavidad.

PETICION.

OFRESCIDA esta tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes á este Señor. Y primeramente pidamos socorro y ayuda para todas las necesidades corporales y espirituales de nuestros prójimos, que es una de las principales obras de misericordia que les podemos hacer. Pidamos pues con afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos.

Roguemos también por todas las cabezas de la Iglesia, como son Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros y

prelados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediencia de su Criador. Y asimismo debemos rogar (como lo aconseja S. Pablo) por los reyes y príncipes y por todos aquéllos que están constituídos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada: porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan en conoscimiento de la verdad.

Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los defunctos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

§. II.

Después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros. Y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conosciere. Mas para mayor facilidad desta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes.

Primeramente pidamos, por los méritos y trabajos deste Señor, perdón de todos nuestros pecados y emienda dellos: especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados, descubriendo todas estas llagas á aquel celestial zurujano, para que él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes en que consiste la suma de toda la perfección, que son fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están á la cumbre deste espiritual edificio. Porque la fe es la primera raíz de toda la cristiandad, la esperanza es el báculo y remedio contra las tribulaciones desta vida, la caridad es fin de toda la perfección cristiana, el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo, la obediencia es una muy agradable ofrenda donde

el hombre ofresce á sí mismo á Dios en sacrificio, la discreción es los ojos con que el ánima ve y anda todos sus caminos, y la fortaleza los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención la que refiere y endereza todas nuestras obras á Dios.

Lo tercero, pidamos luego las otras virtudes que demás de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda destas mayores: como son la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mensura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para con los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después desto acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo: pidiendo al Señor esta petición con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien) podrá decir así.

Petición especial del amor de nuestro Señor.

§. III.

Sobre todas estas virtudes dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, esposo suave, esposo mulifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que según la promesa de tu sancta palabra vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más intimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad.

¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario á ti en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu efi-

cacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo, y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás, anegarás y transportarás y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura, dulzura de mi corazón! Óyeme, Señor, no por mis merescimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa haga ni diga sino lo que fuere á tus ojos agradable.

Y porque una de las cosas que te agrada y más hiere tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, estos ojos con que te mire: conviene saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla: para que mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste á Sant Pedro, cuando le heciste llorar su pecado: con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo, cuando le saliste á recebir y le diste beso de paz: con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar los suyos al cielo: con aquellos ojos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con lágrimas de los suyos: con aquellos ojos finalmente con que miraste á la esposa en los Cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, los ojos tienes de paloma: para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, la hermosees y le dés aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame, ayúdame, Señor, en todo.

Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder, asienta y confirma mi memoria en ti, y hínchela de sanctos y devotos pensamientos.

Oh Hijo, por la eterna sabiduría tuya, clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conoscimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza.

Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprehensible bondad, traspasa en ti toda mi voluntad, y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar. ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh, si pudiese yo alabarte y amarte tan perfectamente como te alaban y aman todos los ángeles y todos los sanctos! ¡Oh, si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena voluntad te lo daría y lo traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú meresces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella meresce, de manera que en solo ese tu divino pecho se guarda justicia de amor.

Oh María, María, María, virgen sanctísima, madre de Dios, reina del cielo, señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia, ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima gracia y caridad. Oh vosotros bienaventurados sanctos y sanctas, y vosotros bienaventurados espíritus que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros bienaventurados serafines que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino alimpialdo como los labrios de Esaías de todos sus pecados, y abrasaldo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que á este solo Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDO EJERCICIO DE ESTE TERCERO ESTADO

en la consideración de la vida de Cristo.

DESPUÉS deste primer ejercicio de la consideración de los beneficios divinos, síguese el segundo, que es de la vida de Cristo, que es la más dulce, más provechosa, más copiosa materia de meditar de cuantas hay, y más acomodada á todo género de personas altas y bajas, perfectas y imperfectas. Por aquí sube el hombre á altísima contemplación y amor de Dios, y por aquí desciende á la mortificación de sus pasiones y reformación de

su vida, conforme á la imagen de Aquél á quien contempla. Á este sancto ejercicio nos convida S. Bernardo en el libro de los Cantares por estas palabras: Oh amiga mía, si deseas quietud, si procuras seguridad y si amas fecundidad, toma alas como de paloma, y volando pon tu nido en las llagas de Cristo: porque en ninguna parte hallarás más agradable quietud, más cierta seguridad ni más copiosa fecundidad: de donde podrás coger con qué dés de beber á otros. Mas de las alabanzas y provechos deste ejercicio no se puede decir en pocas palabras: solamente daré algunos avisos necesarios antes de él.

Entre los cuales el primero sea que también este ejercicio puede y debe tener todas las partes de el pasado, ó algunas dellas. Porque antes de la meditación razón es que preceda alguna preparación, y después de la meditación muy bien se pueden seguir las otras tres partes, conviene saber, hacimiento de gracias, ofrescimiento y petición, para que así tenga el hombre más copiosa materia de meditar y con qué más se pueda despertar á devoción, ya con unas cosas, ya con otras.

También es necesario avisar que no debe el hombre abarcar toda la vida de Cristo para un solo rato de ejercicio: mas antes para cada vez debe señalar dos ó tres pasos de ella, y á veces también uno solo (si en él hallare bastante materia de consideración para todo aquel tiempo) porque aquí no se mira si es mucho ó si es poco lo que se piensa, sino si es mucha ó poca la devoción con que lo piensa. Y acabada desta manera paso á paso la vida de Cristo, debe otra vez volver al mismo ejercicio, en el cual siempre el Espíritu Sancto da á sentir cosas nuevas. Mas con todo esto de tal manera ha de ir el hombre atado á estos misterios, que si al tiempo que medita, se le ofresce otra cosa de más gusto ó más provecho, siempre debe anteponer esto á lo otro, pues el fin de todo ello es alcanzar mayor sentimiento de las cosas divinas y mayor provecho y devoción.

Mas sobre todos estos avisos es muy necesario advertir á qué principalmente se deba tener respecto en esta meditación. Porque algunos hay que no tienen respecto á más que buscar un poquito de alegría espiritual y derramar alguna lagrimilla con que puedan consolarse ó compadescerse de Cristo. Y aunque esto sea bueno, pero otras cosas hay más importantes y provechosas á que se debe tener respecto en este negocio. Para lo cual es

necesario tener ojos para saber mirar á Cristo: porque éstos nos enseñarán á qué habemos de tener respecto cuando pensamos sus obras. Y aunque sea verdad (como dice S. Ambrosio) que Él nos sea todas las cosas, pero particularmente nos fué dado en este mundo por maestro para que nos alumbrase y enseñase el camino del cielo: porque como ciegos no sabíamos atinar á él. Lo segundo, fuénos dado por un perfectísimo dechado y ejemplo de virtud á quien hubiésemos de imitar. Porque así como en todas las artes hay un autor perfectísimo, á quien procuran imitar todos los estudiosos de aquella arte (como los poetas á Homero, los oradores á Tulio, los filósofos á Plato, &c.) así también en la virtud (que es sciencia de sciencias y arte de artes) tuviésemos un dechado perfectísimo y una regla infalible en quien seguramente pudiésemos poner los ojos. Lo tercero, fuénos dado por redemptor para que pagando nuestras deudas con el sacrificio de su muerte, nos redimiese de captivos y nos sacase de la cárcel donde nuestras culpas nos tenían presos. Lo cuarto, fuénos dado por salvador y médico, para que nos curase de todas nuestras enfermedades y proveyese de todo lo que pertenesce para nuestra salud. Pues conforme á estos títulos y oficios debemos mirar á este Señor en todos los pasos de su vida, oyéndole como á sapientísimo maestro, imitándole como á perfectísimo ejemplo, amándole como á suficientísimo redemptor, y alabándole y dándole gracias como á liberalísimo salvador.

Pues conforme á esto, cuando vamos meditando en cualquier paso de la vida de este Señor, debemos tener respecto á alguna de estas cuatro cosas, según que la materia diera para eso lugar. Porque lo primero debemos tener respecto á oir con grandísima atención todas las palabras de su doctrina. Lo segundo, á imitar (en cuanto nos sea posible) las virtudes de su vida, especialmente su humildad, su caridad, su obediencia, su misericordia, su mansedumbre, su benignidad, su pobreza, su aspereza, sus ayunos, sus caminos, sus oraciones, sus vigilias, su afabilidad, su fortaleza en los trabajos, su paciencia en las injurias, su discreción en las respuestas, su autoridad para con los mayores, su humanidad para con los menores, y su piedad para con todos. Pues en estas cosas principalmente debemos poner los ojos para sacar labores deste dechado. Lo tercero, debemos tener respecto á encender nuestros corazones en su amor, considerando la grandeza

de la bondad y caridad que este Señor en todos los pasos de su vida nos mostró, redimiéndonos por tan caro precio y padesciendo por nuestro amor tan grandes trabajos. Lo cuarto, debemos tener respecto á la grandeza deste beneficio, para ser agradescidos á quien tanto bien nos hizo, considerando lo mucho que este Señor nos dió, la manera en que nos lo dió, el amor con que lo dió, con todas las otras circunstancias que arriba tocamos.

Junto con esto debemos también acomodar nuestro corazón al sentimiento de los pasos de la vida de Cristo, gozándonos con el que se goza y llorando con el que llora, procurando alegrarnos en los misterios gozosos y compadescernos en los dolorosos, pidiendo siempre al Señor corazón y sentimiento proporcionado á los tales misterios.

También es necesario avisar que no desmaye el hombre cuando nada desto le sucede bien, cuando da en seco y no halla camino para nada: ni piense que por eso pierde tiempo, antes entienda que ganó tanto más con Dios en este tiempo, cuanto más en él trabaja. Y cuando así se viere, debe contentarse con una vista humilde y sencilla de los misterios que piensa, figurándolos delante de sus ojos y haciendo cuenta que pasan delante dél, acompañando al Señor en todos los pasos y siguiéndole por doquiera que va.

Presupuesto pues este pequeño preámbulo, pondremos aquí la historia de los principales misterios de la vida de Cristo, comenzando dende el misterio de su encarnación y procediendo por todos los otros hasta el de su gloriosa ascensión. Y aunque la historia de esto se pudiera sacar del libro de los Evangelios y Epístolas que se cantan por todo el año, pero en este libro contiénense otros muchos pasos y misterios: y para aquí bástannos los misterios que comprehende el Rosario de nuestra Señora y pocos más: porque en éstos se contiene la vida de Cristo y de su sanctísima Madre, que son los dos mejores espejos de inocencia que se pueden hallar. Sobre los cuales misterios, aunque haya muchas consideraciones en diversos libros escritas, pero ninguna cosa hay que más nos mueva que el mismo texto del Evangelio, y las mismas palabras con que el Espíritu Sancto los quiso declarar. Y después de escrita la historia, al cabo de todo pondremos algunos punctos y motivos que nos abran camino y nos den alguna materia de meditar.

SÍGUESE LA HISTORIA
DE LOS
PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO
Y DE SU SANCTÍSIMA MADRE
SEGÚN QUE SE COLIGE DE DIVERSOS EVANGELISTAS

La Anunciación del Angel á nuestra Señora.

FUÉ enviado el ángel Sant Gabriel de Dios á una ciudad de la provincia de Galilea (que tenía por nombre Nazaret) á una virgen desposada con un varón llamado Josef de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel á ella díjole: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. La cual oyendo esto, turbóse con estas palabras, y pensaba entre sí qué manera de salutación era ésta. Y respondió el ángel y díjole: No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios. Mira que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y ponerle has nombre Jesús. Éste será grande, y llamarse ha hijo del muy alto, y darle ha el Señor Dios la silla del rey David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Cómo se hará esto? Porque no conozco varón. Y respondió el ángel y díjole: El Espíritu Sancto sobrevendrá en ti, y la virtud del muy alto te cubrirá con su sombra, y por esto lo que de ti nasciere, será una cosa sancta, y será llamado Hijo de Dios. Y (para esto) mira que Elisabet tu parienta ha concebido un hijo en su vejez, y aquélla que todos llaman estéril, está agora en el sexto mes de su preñez, para que veas cómo no hay cosa imposible á Dios. Dijo entonces María: He aquí la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra.

La Visitación de Sancta Isabel.

Y levantándose María, subió á las montañas con grande priesa, y entró en la casa de Zacarías, y saludó á Elisabet. Y fué así que como oyese Elisabet la salutación de María, gozóse el niño que estaba en su vientre, y fué llena del Espíritu

Sancto Elisabet, y exclamó con una grande voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fructo de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien, que la madre de mi Señor venga á mí? Porque en el punto que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, se gozó con alegría el niño en mi vientre. Y bienaventurada tú porque creíste, porque en ti se cumplirán las cosas que de parte del Señor te fueron dichas. Dijo entonces María: Engrandesce mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque tuvo Él por bien de mirar la humildad de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque hizo en mí grandes cosas Aquél que es poderoso para hacerlas, cuyo nombre es sancto. Y cuya misericordia corre de generación en generación para con aquéllos que le temen. Usó del gran poder de su brazo, y derribó los soberbios de los pensamientos de su corazón. Derrocó los poderosos de sus sillas, y levantó los humildes. Á los hambrientos hinchió de bienes, y á los ricos dejó vacíos. Recibió benignamente á Israel su siervo, acordándose de su misericordia. Así como lo prometió á nuestros padres Abraham y á sus hijos en los siglos. Y estuvo María con Elisabet cuasi tres meses, y volvióse á su casa.

De la preñez de la Virgen
y de la revelación hecha al sancto Josef de su pureza virginal.

PUES como estuviese desposada María madre de Jesú con Josef, primero que se juntasen en uno, fué hallada haber concebido en su vientre del Espíritu Sancto. Y Josef su esposo, como fuese varón justo y no quisiese infamarla, quiso secretamente dejarla. Y estando él en estos pensamientos, he aquí el ángel del Señor le aparesció en sueños diciendo: Josef, hijo de David, no temas recibir á tu esposa María: porque lo que en su vientre ha nascido, del Espíritu Sancto es. Y parirá un hijo, y ponerle has nombre Jesús: porque Él hará salvo á su pueblo de sus pecados. Todo esto fué así hecho para que se cumpliese lo que el Señor había dicho antes por el Profeta: Mirad que una virgen concibirá y parirá un hijo, y llamarle han por nombre Emanuel, que quiere decir Dios con nosotros. Levantándose pues Josef del sueño, hizo lo que el ángel le había mandado, y recibió á su esposa María.

El Nascimiento de Cristo.

Y acaesció que en aquellos días se publicó un edicto del emperador César Augusto, en que mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino, presidente de Siria. Y iban todos cada uno á su tierra para esta protestación. Pues conforme á esta ley subió Josef de la provincia de Galilea y de la ciudad de Nazaret á la provincia de Judea y á la ciudad de David (que se llama Betleem) porque era de la casa y familia de David, para protestar allí con María, esposa suya, que iba preñada. Y acaesció que estando allí, se cumplieron los días de su parto, y parió su hijo primogénito, y envolviólo en pañales, y acostólo en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel mesón. Y había en aquella región unos pastores que á la sazón estaban velando y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado: y el ángel del Señor vino á ellos, y la claridad de Dios resplandesció sobre ellos, y temieron con gran temor. Y díjoles el ángel: No queráis temer, mirad que os denuncio unas nuevas de grande alegría que será para todo el pueblo, que es nascido hoy un Salvador (que es Cristo nuestro Señor) en la ciudad de David. Y esto os doy por señal, que hallaréis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el ángel una muchedumbre del ejército celestial que alababan á Dios y decían: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Y como los ángeles se apartaron dellos y se fueron al cielo, los pastores hablaban entre sí diciendo: Pasemos hasta Betleem, y veamos este misterio que el Señor ha obrado y nos ha revelado. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María y á Josef, y al niño puesto en el pesebre. Y viéndolo, conoscieron lo que les había sido revelado acerca de este niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron de las cosas que les habían sido dichas por los pastores. Y María guardaba todos estos misterios conferiéndolos en su corazón. Y volviéronse los pastores alabando y glorificando á Dios por todo lo que habían oído y visto, según que les fué revelado.

La Circuncisión.

Después de pasados ocho días para haberse de circuncidar el niño, fuéle puesto por nombre Jesús: el cual nombre fué pronunciado por el ángel primero que en el vientre fuese concebido.

La Adoración de los Magos.

Y como hubiese nascido Jesús en Betleem de Judea en tiempo del rey Herodes, he aquí donde vinieron unos sabios de Oriente á Hierusalem diciendo: ¿Dónde está el que es nascido rey de los judíos? Porque vimos su estrella en Oriente, y venimos adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, fué turbado, y toda Hierusalem con él. Y ayuntando todos los príncipes de los sacerdotes y letrados del pueblo, preguntábales dónde Cristo había de nascer. Ellos le dijeron que en Betleem de Judea: porque así estaba escrito por el Profeta: Tú, Betleem, tierra de Judea, no eres la menor entre las principales tierras de Judea, porque de ti saldrá una guía que rija á mi pueblo Israel. Entonces Herodes llamando secretamente los Magos, inquirió dellos diligentemente el tiempo en que la estrella les había aparescido. Y enviándolos á Betleem, dijo: Id, y preguntad diligentemente por este niño, y cuando le hubiéredes hallado, hacedmelo saber, para que yo también vaya y le adore. Los cuales oído esto se partieron su camino. Y he aquí la estrella que habían visto en Oriente, iba delante dellos, hasta venir á ponerse sobre el lugar donde estaba el niño. Y viendo ellos la estrella, gozáronse con un grande gozo muy mucho. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y prostrados en tierra le adoraron, y abiertos sus cofres le ofrescieron presentes, oro, incenso y mirra: y siendo avisados en sueños que no volviesen á Herodes, por otro camino volvieron á su región.

La Purificación de Nuestra Señora.

Después de cumplidos los días de la purificación de María según la ley de Moisén, llevaron al niño Jesús al templo para presentarlo al Señor, según que estaba escrito en la ley que todo hijo varón que abre el vientre de la madre, ha de ser san-

ctificado y ofrescido al Señor. Y asimismo para ofrescer la ofrenda que mandaba la ley, que era un par de tórtolas ó un par de palominos. Y había un hombre en Hierusalem, que tenía nombre Simeón, el cual era justo y temeroso de Dios, y vivía esperando la consolación de Israel, y el Espíritu Sancto moraba en él. Y había recibido respuesta del Espíritu Sancto que no vería la muerte hasta que viese al ungido del Señor. Y á la sazón movido del Espíritu Sancto vino al templo, y como trajesen al niño Jesús sus padres para hacer lo que era costumbre según la ley, él lo tomó en sus brazos, y alabó á Dios y dijo: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz, según la promesa de tu palabra. Porque ya han visto mis ojos tu salud, la cual aparejaste en presencia de todos los pueblos. Para que sea lumbre para que sean alumbradas las gentes, y gloria de tu pueblo Israel. Y estaba el padre y la madre de Jesús maravillándose de las cosas que dél se decían. Y bendíjoles Simeón, y dijo á María su madre: Mira que este niño está puesto aquí para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo. Y tu ánima será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos. Y había en Hierusalem una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, del tribu de Aser. Ésta era una mujer de muchos días, que había vivido con su marido siete años dende su virginidad, y era ya viuda hasta los ochenta y cuatro años de su edad, la cual nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche. La cual sobrevino á esa misma hora y alababa á Dios y hablaba dél á todos los que esperaban la redempción de Israel. Y después que acabaron todo lo que habían de hacer según la ley del Señor, volviéronse á la provincia de Galilea, á su ciudad de Nazaret. Y el niño crescía y era confortado lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

De la muerte de los Inocentes y huída en Egipto.

DESPUÉS de idos á su región los Magos, el ángel del Señor aparesció en sueños á Josef, diciendo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á la tierra de Egipto. Porque ha de acaescer que Herodes busque al niño para lo matar. El cual levantándose tomó al niño y á su madre, y fuése á Egipto, y es-

túvose allí hasta la muerte de Herodes: para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta que dice: De Egipto llamé á mi Hijo. Entonces Herodes viendo que había sido burlado de los Magos, airóse mucho. Y enviando sus ministros, mató todos cuantos niños había en Betleem y en toda su tierra, de dos años abajo, según el tiempo que había preguntado á los Magos. Entonces se cumplió lo que había sido dicho por el Profeta, que dice: Voces fueron oídas en Rama de mucho llanto y aullido, con que Raquel lloraba sus hijos, y no quiso recibir consolación por verlos muertos.

Después de la muerte de Herodes, he aquí el ángel del Señor aparesció en sueños á Josef, diciendo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y vuélvete á la tierra de Israel,porque ya son muertos los que querían matar al niño. El cual como se levantase, tomó al niño y á su madre, y vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea por Herodes su padre, temió ir á ella: y amonestado en sueños, fuése á la provincia de Galilea, y viniendo moró en Nazaret.

Cuando se perdió el Niño de los doce años.

IBAN sus padres á Hierusalem todos los años el día solemne de la Pascua: y como fuese el niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem (según la costumbre de la fiesta) y acabados ya los días, como se volviesen, quedóse el niño Jesús en Hierusalem sin que lo supiesen sus padres. Y pensando que estaría entre la compañía, vinieron camino de un día buscándolo entre los parientes y conoscidos: y como no le hallasen, volvieron á Hierusalem en busca dél. Y sucedió que á cabo de tres días le hallaron en el templo asentado en medio de los Doctores, oyéndolos y preguntándolos. Y estaban espantados todos los que le oían, viendo su prudencia y sus respuestas. Y como le vieron sus padres, maravilláronse de esto. Y díjole su madre: Hijo, ¿porqué lo habéis hecho así? Veis aquí vuestro padre y á mí que en dolor os andábamos buscando. Y díjoles Él: ¿Para qué me buscábades? ¿No sabíades que en estas cosas que son de mi Padre, me conviene á mí estar? Y ellos no entendieron la palabra que les dijo. Y descendió con ellos, y vino á Nazaret, y era súbdito á ellos. Y su madre guardaba todas estas palabras en su corazón: y Je-

sús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres.

Del Bautismo de Cristo.

ENTONCES vino Jesús de Galilea al río Jordán, donde San Juan bautizaba, para ser bautizado dél. Mas S. Juan lo estorbaba diciendo: Yo tengo de ser bautizado de ti, ¿y tú vienes á mí? Y respondiendo Jesús díjole: Deja ora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces le dejó. Y bautizado Jesús, luego salió del agua, y allí se le abrieron los cielos, y vió el Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre él. Y veis aquí una voz del cielo que decía: Éste es mi amado hijo, en quien yo me agradé.

Del Ayuno y Tentación de Cristo.

ENTONCES fué llevado Jesús al desierto por el Espíritu, para que fuese tentado del demonio. Y como ayunase cuarenta días y cuarenta noches, después hubo hambre. Y llegándose el tentador, díjole: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan. El cual respondiendo le dijo: Escrito está: No vive el hombre con solo pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el demonio le tomó y llevó á la sancta ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está que á sus ángeles tiene Dios mandado de ti que te traigan en sus manos, porque no tropiecen tus pies en una piedra. Díjole entonces Jesús: Escrito está: No tentarás á tu Señor Dios. Otra vez el demonio le tomó y llevó á un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria dellos, y díjole: Todas estas cosas te daré, si cayendo en tierra me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás, porque escrito está: Á tu Señor Dios adorarás y á Él solo servirás. Entonces le dejó el demonio. Y luego los ángeles se allegaron á él y le servían. Y acabada toda la tentación, apartóse el demonio dél hasta su tiempo.

La Transfiguración de Cristo.

Y tomó Jesús á Pedro y á Jocobo y á Juan su hermano, y llevólos á un monte alto á solas. Y acaesció que estando Él haciendo oración, se le mudó la figura del rostro, y resplan-

descía su cara como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y aparescieron allí Moisén y Elías con majestad hablando con Él. Y hablaban de la muerte con que había de acabar en Hierusalem. Y respondiendo Pedro, dijo: Maestro, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres moradas, una para ti, y otra para Moisén, y otra para Elías. Y estando él hablando esto, veis aquí aparesció una nube resplandesciente, y una voz dende la nube, que decía: Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me agradé, á Él oíd. Y oyendo esto los discípulos, cayeron en tierra y temieron mucho. Y allegóse Jesús, y tocóles diciendo: Levantaos y no queráis temer. Y alzando sus ojos, no veyeron más que á solo Jesús. Y descendiendo ellos del monte, mandóles Jesús diciendo: Á nadie deis cuenta desta visión hasta que el Hijo del hombre resuscite de la muerte.

COMIENZAN

LOS MISTERIOS DE LA SAGRADA PASIÓN

De la Entrada en Hierusalem con los ramos.

COMO se acercase el Señor á Hierusalem y viniese á una villa que se llama Betfagé (que está junto al monte Olivete) envió á dos de sus discípulos diciendo: Id á un castillo que está en frente de vosotros, y ahí hallaréis una asna atada y un pollino. Desataldа y traédmela. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad destas bestias, y luego os dejará. Caminando pues los discípulos, hicieron lo que el Señor les había mandado, y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestiduras, y hiciéronle asentar sobre ellos. Y mucha gente de los que le salieran á recibir, tendían sus ropas en el camino, y otros cortaban ramos de árboles y echábanlos por el camino. Y las compañías que iban delante, y quedaban atrás, daban voces diciendo: Sálvanos, Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Sálvanos en las alturas.

Del Lavatorio de los pies y Misterio de la Cruz.

Y antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era ya llegada su hora para pasar deste mundo al Padre, como él amase á los suyos que tenía en este mundo, en el fin

los amó. Y hecha ya la cena, como el demonio hubiese puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, que le vendiese, sabiendo que todas las cosas había el Padre puesto en sus manos, y que de Dios había venido y á Dios volvía, levantóse de la mesa, y quitóse las vestiduras: y como tomase un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en un baño, y comenzó lavar los pies de sus discípulos y alimpiarlos con el lienzo que se había ceñido. Llegó pues á Simón Pedro, y díjole Pedro: Señor, ¿tú me quieres lavar los pies? Respondió Jesús y díjole: Lo que yo hago, no lo sabes tú agora: saberlo has después. Díjole Pedro: Nunca jamás me lavarás los pies. Respondió Jesús y díjole: Si no te lavare, no ternás parte en mí. Díjole Simón Pedro: Señor, desa manera, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado, no tiene necesidad que le laven más que los pies, porque todo lo demás está limpio: y vosotros ya estáis limpios, aunque no todos. Sabía Él quién era el que lo había de vender, y por esto dijo: No todos estáis limpios. Pues como acabó de lavarles los pies, tomó sus vestiduras, y tornándose á asentar, díjoles: ¿Entendéis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque de verdad lo soy. Pues si yo os he lavado los pies siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debéis también unos á otros lavaros los pies. Porque ejemplo os he dado, para que así como yo lo hice, así vosotros lo hagáis.

Acabado el lavatorio, tomó el pan y bendíjolo, y partiólo, y diólo á sus discípulos diciendo: Tomad y comed, que éste es mi cuerpo. Y tomando también el cáliz, dió gracias, y entregóselo diciendo: Bebed todos deste cáliz, porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros será derramada en remisión de los pecados. Y cada vez que esto hiciéredes, haceldo en memoria de mí.

La Oración del Huerto.

ACABADA la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice Getsemaní, y díjoles: Esperad aquí hasta que vaya allí y haga oración. Y tomando consigo á Pedro y á los hijos de Zebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí y velad comigo. Y adelantándose un poquito dellos, prostróse, y caído sobre su ros-

tro oró y dijo: Padre mío, si es posible, pase este cáliz de mí: mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y vino á los discípulos, y hallólos durmiendo, y dijo á Pedro: ¿Así no pudiste una hora velar comigo? Velad y orad porque no entréis en tentación. El espíritu está prompto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió y hizo la misma oración diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad. Y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño. Y dejándolos así, volvió tercera vez y hizo la misma oración. Y aparescióle allí un ángel del cielo que lo confortaba: y puesto en agonía, hacía más larga su oración. Y hízose el sudor dél así como gotas de sangre que corrían hasta el suelo. Entonces vino á sus discípulos y díjoles: Dormid ya y descansad: veis aquí llegada la hora, y el Hijo de la Virgen será entregado en manos de pecadores: levantaos y vamos, catad aquí que agora vendrá el que me ha de entregar.

La Prisión del Señor.

AUN Él estaba hablando esto, y he aquí Judas uno de los doce vino, y con él mucha compañía de gente con espadas, y lanzas, y hachas, y armas, y lanternas, enviados por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Y el que lo traía vendido, dióles esta señal diciendo: Á cualquiera que yo besare, él es, prendedlo vosotros y llevadlo á buen recaudo. Y luego allegándose á Jesús, dijo: Dios te salve, Maestro. Y dióle paz en el rostro. Y díjole Jesús: Amigo, ¿á qué veniste? Pues Simón Pedro, como tuviese una espada, desenvainóla y hirió un criado del Pontífice, y cortóle la oreja derecha. Y llamábase el criado Malco. Dijo pues entonces Jesús á Pedro: Mete la espada en su vaina. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que le beba? Y como le tocase la oreja, sanólo. En aquella hora dijo Jesús á los príncipes de los sacerdotes y á los oficiales del templo y á los ancianos que habían venido á él: ¿Como á ladrón salistes á mí con espadas y lanzas? Y habiendo yo cada día estado con vosotros en el templo, no pusistes las manos en mí. Mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Entonces los soldados y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en Jesús, y atáronle, y así atado le trajeron primero á casa de Anás, porque era

suegro de Caifás, el cual era pontífice de aquel año. Entonces todos los discípulos dejaron al Señor y huyeron.

La Presentación ante los jueces.

PUES como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntóle el Pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondió Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo: Yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos y en el templo, donde todos los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oído, que ellos saben lo que yo he dicho. Como Él dijese esto, uno de los ministros que asistían al Pontífice, dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Respondió Jesús: Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me hieres? Y envióle Anás atado á Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ajuntados. Y el príncipe de los sacerdotes y los letrados buscaban algún falso testimonio contra Jesús, por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin vinieron dos falsos testigos y dijeron: Éste dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios y volverlo á reedificar después de tres días. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes díjole: Conjúrote de la parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios? Díjole Jesús: Tú lo dijiste. Mas en verdad os digo que presto veréis al hijo del hombre asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras y dijo: Blasfemado ha. ¿Qué necesidad tenemos aquí de testigos? Catad, aquí habéis oído la blasfemia, ¿qué os paresce? Ellos respondieron: Merescedor es de muerte. Entonces escupieron en su rostro y dierónle de pescozones: y otros le daban en la cara bofetadas y dicían: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? El día siguiente por la mañana toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron Jesús á Pilato, y comenzaron á acusarle diciendo: A este hombre hallamos que pervertía nuestra gente y vedaba que no se pagase tributo á César, diciendo que él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle diciendo: ¿Tú eres rey de los judíos? Y él respondió: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, nada respondía. Entonces le dijo Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios

dicen contra ti? Y Él no le respondió á ninguna palabra: tanto, que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes y á la gente: No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces y porfiaban diciendo: Ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando dende Galilea hasta aquí. Pilato, pues, oyendo que se hacía mención de Galilea, preguntó si por ventura el Señor fuese de Galilea. Y como supo que era de la jurisdicción de Herodes, envióle á él, el cual en aquellos días estaba en Hierusalem. Y Herodes viendo á Jesús, holgóse mucho, porque había mucho tiempo que le deseaba ver, y había oído muchas cosas dél, y esperaba ver algún milagro que hiciese delante dél. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente, y menosprecióle Herodes con toda su corte, y hizo burla dél. Y vestiéndole de una vestidura blanca, volvióle á enviar á Pilato. Y por razón del día solemne de la Pascua tenía por costumbre el Presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenía entonces preso á un malhechor famoso, que se decía Barrabás. Pues ayuntando á todos en uno, díjoles Pilato: ¿Á quién queréis que os solte de los dos, á Barrabás ó á Jesús que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á éste, sino á Barrabás. El cual estaba en la cárcel por un ruido que había levantado en la ciudad, en el cual había muerto un hombre. Díjoles entonces Pilato: Pues ¿qué haré de Jesús que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entonces tomó Pilato á Jesús, y azotólo.

La Coronación de espinas.

Entonces, conviene saber, después de haber azotado al Señor, los soldados del Presidente recibiendo á Jesús en audiencia, llamaron allí toda la gente de guerra, y desnudándole de sus vestiduras, cubriéronle con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas, pusiéronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, y hincadas las rodillas, burlábanse dél diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Y escupiendo en Él, tomaban la caña que tenía en la mano, y hiríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas. Salió pues otra vez Pilato, y díjoles: Veis aquí os lo traigo fuera para que conozcáis que no hallo en Él causa para lo justiciar. Salió pues Jesús fuera, puesta la corona

de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura, y díceles: *Ecce homo.* Pues como lo viesen los pontífices y ministros del pueblo, daban voces diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. Díceles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos ley, y según la ley ha de morir, porque se hizo hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió más. Y entrando otra vez en la audiencia, dijo á Jesús: ¿De dónde eres tú? Y Jesús no le respondió. Dícele Pilato: ¿Á mí no hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Respondió Jesús: No ternías poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Y por tanto, el que me entregó en tus manos, mayor pecado tiene sobre sí. Dende entonces procuraba Pilato de soltarle. Mas ellos daban grandes voces pidiendo que fuese crucificado, y prevalescían las voces dellos, y Pilato determinó que se cumpliese su petición, y soltóles al que por razón del homicidio y escándalo había sido preso, y entregó á Jesús á la voluntad dellos.

Del llevar la cruz á cuestas.

Y tomaron á Jesús y sacáronle fuera: y llevando Él sobre sí la cruz, salió al lugar que se decía Calvario. Seguíanlo en este camino mucha compañía del pueblo y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos dél: y volviéndose á ellas, díjoles: Hijas de Hierusalem, no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, y sobre vuestros hijos. Porque presto vendrán días en que digan: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos. Porque si esto hacen en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?

De cómo el Señor fué crucificado.

Y vinieron al lugar que se dice Gólgota, que es monte Calvario: y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel: y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entonces hora de tercia, y crucificáronlo: y con Él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escritura que dice: Con los malos fué reputado. Escribió también un títu-

lo Pilato y púsolo sobre la cruz. Y estaba escrito en él: Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Este título leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fué crucificado, estaba cerca de la ciudad. Y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Decían pues á Pilato los pontífices de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que Él dijo, Rey soy de los Judíos. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito.

Mas los soldados después que le hobieron crucificado, tomaron sus vestiduras y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno su parte. Y tomaron también la túnica, la cual no era cosida sino tejida de alto abajo. Dijeron pues entre sí los soldados: No partamos esta túnica, sino echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la Escritura, que dice: Partieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados. Y los que pasaban por aquel camino, blasfemaban del Señor meneando las cabezas y diciendo: Ah, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo vuelves á reedificar, hazte salvo á ti mismo. Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz. Ansimismo los príncipes de los sacerdotes escarnecían dél con los letrados de la ley y con los ancianos, y decían: ¿Á otros hizo salvos, y á sí no puede salvar? Pues que es rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en Él. Tiene su esperanza en Dios, líbrelo si quisiere, pues Él dijo: Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con Él.

De las siete palabras que el Señor habló.

ESTANDO, pues, los príncipes de los sacerdotes y ladrones blasfemando del Señor, Él hacía por ellos oración, diciendo: Padre, perdónales, que no saben lo que hacen. Y uno de los ladrones que estaban colgados, blasfemaba dél diciendo: Si tú eres Cristo, salva á ti y á nos. Y respondiendo el otro decía: ¿Ni aún tú temes á Dios, que estás en la misma condemnación? Nosotros por cierto justamente padescemos, pues que recibimos la paga de nuestras obras. Mas éste no ha hecho algún mal. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Y díjole Jesús: En verdad te digo, hoy serás comigo en el paraíso.

Y estaba en pie junto á la cruz de Jesú su madre, y una hermana de su madre, que se decía María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Pues como viese Jesús á la madre y al discípulo que Él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su madre: Mujer, cata ahí tu hijo. Y luego dijo al discípulo: Cata ahí tu madre. Y dende aquella hora el discípulo la tomó por suya.

Y á la hora de nona clamó Jesús con gran voz diciendo: Eli, Eli, lamasabathani. Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? Y algunos de los circunstantes decían: Espera, veamos si viene Elías á librarlo. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo. Y estaba allí á la sazón un vaso lleno de vinagre, y ellos tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronla en la boca: y como tomase Jesús el vinagre, dijo: Acabado es. Y clamando otra vez con una voz grande, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu. Y desde la hora de sexta fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona, y el velo del templo se partió en dos partes de alto abajo, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y muchos cuerpos de sanctos que durmían, resuscitaron. Y estaban todos sus amigos y conoscidos y las mujeres mirando dende lejos, entre las cuales estaba María Magdalena y María madre de Santiago el menor y de Josef y de Salomé (que cuando el Señor estaba en Galilea, le seguían y proveían de lo necesario de sus haciendas) y otras muchas mujeres que juntamente habían subido con Él á Hierusalem.

El Descendimiento de la cruz.

DESPUÉS de esto rogó á Pilato Josef de Arimatía (porque era discípulo de Jesú aun secreto, por temor de los judíos) que le diese licencia para quitar el cuerpo de Jesú de la cruz. Y concedióselo Pilato. Vino también Nicodemus (aquél que había venido á Jesú de noche) trayendo cuasi cien libras de ungüento hecho de mirra y aloe. Tomaron pues el cuerpo de Jesú, y atáronlo con lienzos, ungiéndolo con aquellos olores, de la manera que los judíos tienen por costumbre de sepultar los muertos.

Y había en el lugar donde el Señor fué sepultado, un huerto y en este huerto un sepulcro nuevo, donde hasta entonces nadie

había sido sepultado. Allí, pues, por razón de la fiesta de los judíos (porque estaba cerca el lugar) pusieron á Jesús.

La Resurrección del Señor.

El domingo siguiente después del viernes de la cruz vino María Magdalena muy de mañana, antes que esclaresciese, al sepulcro, y vió quitada la piedra dél y que no estaba allí el cuerpo de Jesú. Pues como no le halló, estábase allí fuera de la casa del monumento en el huerto llorando. Y estando así llorando, inclinóse, y miró en el monumento, y vió dos ángeles asentados, vestidos de blanco, uno á la cabecera y otro á los pies del lugar adonde fuera puesto el cuerpo de Jesú. Los cuales le dijeron: Mujer, ¿porqué lloras? Y respondió: Porque han llevado á mi Señor y no sé dónde lo pusieron. Y como dijo esto, volvió el rostro, y vió al Señor, y no lo conosció. Díjole pues el Señor: Mujer, ¿para qué lloras? ¿Á quién buscas? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, que yo le llevaré. Dijo entonces el Señor: María. Respondió ella: Maestro. Dícele el Señor: No toques en mí, sino ve y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena y dió cuenta desto á los discípulos, diciendo: Vi al Señor, y díjome esto y esto que os dijese.

De cómo el Señor aparesció á los discípulos.

Estando ellos hablando esto, aparesció Jesús en medio de sus discípulos y díjoles: Paz sea con vosotros. Mas ellos conturbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu: y Él díjoles: ¿De qué os turbáis? Mirad mis pies y mis manos, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne, como veis que yo tengo. Y dicho esto, mostróles las manos y los pies. Estando ellos así, que por una parte no creían, por otra se maravillaban de alegría, díjoles: ¿Tenéis aquí algo que comer? Y ellos ofresciéronle un pedazo de pesce asado y un panal de miel. Y como comiese delante de ellos, tomando las sobras de lo que quedaba, dióselas y díjoles: Éstas son las palabras que yo os decía cuando estaba con vosotros, que era necesario cumplirse todas las cosas que de mí están escritas en la ley de Moisén y en los

Profetas y Psalmos. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras. Y díjoles: Así está escrito, y así convenía que Cristo padesciese, y resuscitase de los muertos al tercero día, y se predicase en su nombre penitencia y perdón de pecados en todas las gentes, comenzando de Hierusalem. Y vosotros sois testigos de todo esto. Y yo enviaré sobre vosotros la promesa de mi Padre, y entre tanto estad quietos en la ciudad, hasta que seáis vestidos de virtud de lo alto.

La Ascensión del Señor.

Y llevólos á Betania, y levantadas sus manos en alto, bendíjoles. Y acaesció que estándolos bendiciendo, apartóse dellos y subióse al cielo, tomándolo una nube de delante de sus ojos. Y como ellos estuviesen mirando cómo iba al cielo, veis aquí dos varones vestidos de ropas blancas se llegaron á ellos y les dijeron: Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que es llevado al cielo de entre vosotros, de esta misma manera volverá, como lo vistes ir al cielo.

SÍGUENSE ALGUNOS PUNTOS Y MOTIVOS

DE CONSIDERACIÓN

sobre los misterios susodichos de la vida de nuestro Salvador

HASTA aquí habemos puesto por su orden los principales misterios de la vida de Cristo con aquella simplicidad de palabras que el Espíritu Sancto los ordenó: para que cada uno pueda según su devoción levantar sobre esto las consideraciones que el Señor le diere. Y para abrir algún camino á los principiantes, discurriremos otra vez por estos mismos misterios, apuntando sobre cada uno de ellos algunas piadosas (aunque breves) consideraciones, para que por ellas pueda sacar otras la devoción y piadosa inquisición del que en esto se ejercitare.

Para lo cual ante todas cosas es de saber que como sea verdad que todas las criaturas fueron criadas para que en ellas nuestra ánima contemple su Hacedor, y al mismo fin se enderecen todas las cosas, de aquí es que son infinitas las materias y motivos que podemos tener para meditar. Mas porque toda nuestra

vida no basta para proseguirlos todos, debemos escoger aquellos que más nos puedan llevar al amor divino, sin el cual todo pensamiento es vano: como vemos que acaesció á los filósofos, que cuanto más abundaron de curiosas sciencias, tanto más se desvanescieron y apartaron de Dios. Y si tú quieres hallar en un breve libro todo lo necesario, estudia siempre en el Hijo de Dios humanado, verdadero libro de vida escripto de dentro y de fuera, vivo dechado para toda ánima sedienta del verdadero saber. Y porque el arte de estudiar en este libro ha sido escripta por muchos sabios y sanctos varones, no quiero más al presente que poner en suma aquello que en infinitas hojas no podría ser bastantemente recopilado, encomendando al devoto contemplativo que procure fuerzas y industrias para ejercitarse en este espaciosísimo campo. Mas ¿quién podrá decir cuántos y cuán grandes fructos se cogen en él?

Pues primeramente tú puedes levantarte á considerar la alteza del consejo divino que tuvo sobre nuestra salud, la cual fué obrada por la encarnación de su unigénito Hijo, donde se te representará un piélago de infinita bondad, misericordia y amor. Después podrás imaginar cómo Dios envió su ángel que saludase á la Virgen, de cuya belleza y humildad y inocencia te debes mucho maravillar: y cómo después que la Virgen conosció la voluntad de Dios, consintió á la embajada del ángel, y fué hecha por el Espíritu Sancto Madre de Dios. En el cual misterio se te ofrescerán muchos motivos de alegría, así por el gozo de los ángeles como por la redempción de los hombres, y así bendicirás al Hijo y á la madre de tu corazón.

De ahí adelante tendrás lugar de meditar cómo la Virgen preñada fué á visitar la estéril viejecita. En cuyos abrazos no solamente las madres, mas aun los hijos no nascidos hicieron muy grande fiesta. Dónde juntamente te ocurrirá á la memoria el nascimiento de Sant Juan Baptista, y la obra maravillosa que Dios hizo desatando la lengua del padre mudo, para que cantase el cántico de profecía lleno de loores divinos, y hinchiese de gozo y admiración toda la vecindad.

Luego te ocurrirá la vuelta de la Virgen y la pena que sintió por la sospecha de su sancto esposo, que quería secretamente dejarla, hasta que fué asegurado por el ángel. En el cual caso podrás entender la paciencia que tuvo la Virgen, que nunca osó

confesar su propria inocencia, hasta que tuvo testimonio y abono de Dios.

Contempla después cómo por mandamiento del Emperador de la tierra van ambos á Betleem. En la cual peregrinación, llegándose el tiempo del virginal parto, fueron forzados á recogerse en una vil posada de animales. Dónde nasciendo el Hijo de Dios, fué acostado en un pesebre. Entonces de muchas partes te vendrán motivos en que ocupes tu corazón, considerando el padescer del tierno Hijo y el compadescer de la piadosa Madre, la alegría de los ángeles, la venida de los pastores, la luz no acostumbrada del cielo, y otras muchas cosas, según que el espíritu te inclinará á meditar.

Mírale después al octavo día derramar su primera sangre en la circuncisión, no por sanar sus llagas, sino las nuestras. Dónde no solamente sentirás ternura de corazón, mas mezclándose las piadosas lágrimas de la Madre con la inocente sangre del Hijo, y lavando con aquel licor tu corazón, resfriarás las ardientes llamas de la carne y criarás en ti la preciosa perla de la castidad.

Ni te será menos precioso el misterio de la presentación, cuando el viejo Simeón tomó al Niño en sus brazos, y viendo aquel tesoro mayor que en la tierra se podía ver, y cumplido su largo deseo, demandó merced á Dios que dejase ir en paz su siervo. Dónde cuanto él tuvo de contentamiento, tanto dió á la Virgen de angustia, profetizando que su ánima sería traspasada con cuchillo de dolor, manifestando el escondido juicio de Dios, y diciendo que aquel infante sería para caída y levantamiento de muchos.

Considera después la fe de los Magos, guiados por una estrella hasta llegar á la casa donde le adoraron. Y de la otra parte mira la malicia de Herodes, de quien huyendo la Virgen con su sancto Hijo, te da á entender así la crueldad de los hombres como la paciencia de Dios. Y no te sea grave juntarte con aquella pobre compañía en el destierro que por ti sufrieron para llevarte á tu patria, prometiendo de serles siempre leal compañero. Ca no menos merecerás acompañándolos con piadosas meditaciones, que si corporalmente caminaras con ellos. Lo que en Egipto hicieron, no lo declara la Escriptura: mas por ti mismo podrás formar muy muchas consideraciones cerca de su niñez, que te muevan á devoción. De la misma manera imagina que

vienes con ellos de jornada en jornada cuando vuelven á su ciudad, y unas veces dales la ayuda que hubieren menester para su camino, otras platica con la Madre de su dulcísimo Hijo, y con el sancto Josef tenido por padre, otras halaga al graciosísimo Niño y pídele que te reciba por suyo. En la cual plática tu corazón se derretirá, y con la familiaridad con el Sol de justicia no podrá dejar de recebir luz y calor espiritual.

Igualmente, cuando siendo de doce años, fué perdido por la Virgen en el templo, y después de ser buscado dolorosamente por tres días, fué hallado en medio de los doctores, no te sea pesado en este paso andar con ellos buscando su amado y angustiarte con ellos por su ausencia. Porque te certifico que si perseverantemente le buscares, que Él te dé un espiritual y maravilloso gusto de su sabiduría, cuyo resplandor te hará menospreciar cualquiera curiosa doctrina deste siglo.

Dende entonces hasta su predicación pasaron muchos años, en los cuales no tenemos escrito lo que hizo. Pero no debes pensar que estaba ocioso, mas puedes tener por cierto que siempre se ocupaba en tu salud. ¿Y quién podrá pensar cuántas veces juntaba el día con la noche perseverando en oraciones: cuántas amarguras y angustias sentía, poniendo delante de sus ojos la pasión que había de padescer: cuántas veces se fatigaba viendo tus pecados, como la madre que ve morir á su hijo? Porque cuanto Él era inocente, tanto más se dolía de los pecados del mundo: y cuanto excedía á todos los hombres y ángeles en caridad, tanto quiso padescer mayores trabajos: y cuanto más voluntario fué su dolor, tanto quiso que fuese más crescido, para mostrarnos su infinita piedad.

Cuando se llegó el tiempo de manifestarse al mundo, fuése primero al desierto. Cerca de lo cual podrás hacer muchos discursos, imaginándote presente cuando se despidió de su Madre, y cómo andaba solitario en aquella escura selva, cómo ayunó continuamente cuarenta días y noches, cómo allí lloraba tus pecados, cómo ofrescía al Padre su sangre en satisfacción por ellos, cómo fué tentado del demonio en diversas maneras, cómo victoriosamente triunfó, cómo le vinieron á servir los ángeles. Y si aprendieres á compadescerte dél en sus trabajos, serás por Él y con Él vencedor en las tentaciones, y compañero de los sanctos espíritus que allí le sirvieron.

Pero no dejes de considerar cómo primero de su siervo San Juan Baptista recibió el baptismo, no por lavar sus mancillas (que ningunas tenía) mas por dar al agua virtud para lavar las nuestras. En el cual misterio hallarás muchos testimonios de su divinidad. Porque el Padre dende el cielo le llama su hijo muy amado, el Espíritu Sancto en figura de paloma se sienta sobre su cabeza, Sant Juan testifica ser Él quien quita los pecados del mundo. Donde tú podrás así del uno como del otro sacar ejemplo de humildad, esperanza de perdón, amor de penitencia, y propósito de adorar y reverenciar á Dios por ti humillado.

Mucho más tendrás que considerar en lo que resta. Cómo queriendo echar fuera del mundo al tirano demonio, escogió para su compañía, no sabios, no poderosos, mas pobres pescadores, con los cuales caminando por diversas partes, derramaba su doctrina, y con milagros nunca oídos confirmaba sus palabras. En esto hallarás abundante materia para considerar, conviene saber, la caridad sin medida que tuvo contigo, por la cual no perdona á fatigas y penas, las cuales tanto fueron mayores cuanto de los hombres (por cuya salud padescía) recibió mayores contradicciones, injurias, infamias, pasión y muerte. Donde si atentamente considerares cuán grande y cuán excelente sea este tu amigo, y cuán fielmente te ama, y de otra parte miras con cuánto desagradescimiento le respondes, no podrás dejar de quedar espantado de ti mismo.

Contemplando sus milagros, no sólo debes confesar la virtud divina, á quien toda criatura obedescía, mas con esto le suplica que otros tales milagros obre Él espiritualmente en tu ánima. Como cuando alumbró al que nasció ciego, puedes tú presentarle tu ceguedad interior, para que te dé verdadera luz para conoscer á ti y á tu criador. Así en la sanidad del paralítico pide que sane tu espiritual parlesía. Semejantemente en la liberación de los endemoniados pedirás que defienda tu ánima de las furiosas pasiones del enemigo, y con las piadosas hermanas podrás suplicarle resuscite tu ánima del sepulcro de la mala costumbre á nueva conversión de vida, como resuscitó á Lázaro. Así aprenderás la oración del corazón, que se hace más con el deseo que con palabras. Pues muy peor es la miseria del ánima que la del cuerpo, y menos mal sería que fuésemos por fuerza atormentados de enfermedades y demonios, que dejarnos de nuestra voluntad

ser poseídos del pecado. Porque ninguna cosa se puede llamar verdaderamente mal, sino solo éste. Desta manera de todas las obras y palabras de Cristo recibirás doctrina viva y ayuda segura para tu salvación.

SÍGUESE LA PASIÓN DEL SEÑOR.

De cómo el Salvador se despidió de Nuestra Señora.

PERO singularmente se moverá tu corazón considerando su última pasión, en la cual puso todas sus fuerzas y grande amor que de nuestra salvación tuvo. Y si una de mil partes della supieses sentir y pudieses gustar, fácilmente podrías desenredarte de cualquier labirinto de pecados. Á lo menos te ruego quieras con devoción pasar por la memoria aquellos piadosísimos misterios, de los cuales cada uno merescía la ocupación de nuestra vida. Llama, pues, todos las potencias de tu ánima y mándales que (despidiendo todo otro pensamiento) se recojan para esta sola consideración, y como si todas sus penas estuviesen presentes á tus ojos, así vivamente mira á tu Señor. Primero, cómo sabiendo el malvado consejo de Judas, se apartó amargamente de su Madre, que más que á sí misma le amaba. Donde sentirás enternecerse tu corazón, si piensas con qué ánimo pudo la Madre, y tal madre, despedir á su Hijo, y tal hijo, para la muerte, y tal muerte. Y con qué ánimo el pacientísimo Hijo aceptó dos muertes, una de apartarse de su Madre, otra de su propria vida.

Luego se ofresce su última cena, en la cual considera cómo descubre la secreta traición á sus discípulos, que dello quedaron espantados. Mira luego á Sant Pedro que con los otros le promete de nunca desampararle, y á Sant Juan dormir sobre su pecho por la grande tristeza. Pero más admirable espectáculo es mirarle levantado de la mesa á manera de siervo, ceñidas las haldas y puesto de rodillas á los pies de Sant Pedro, que todo estaba lleno de tristeza y vergüenza, á quien (rehusando él) lavó los pies, y luego á todos los otros. Y dado que pasando tu memoria por cada uno de los discípulos, puedas sacar algún provechoso ejemplo para tu vida, pero si contemplas la majestad del Señor abajado á los pies del traidor, y lavar los pies que tan prestamente habían de correr para derramar su sangre, serás compelido (cotejando la dureza del uno y la humildad del otro) á

derramar lágrimas que laven la fealdad de tu ánima. No menor devoción y espanto habrás, si miras su proprio cuerpo y sangre en figura de pan dado á comer á sus discípulos. En lo cual claramente se mostró su amor entrañable y la grandeza de su poder. Considera un tan nuevo milagro, y el fructo que de tal manjar dignamente recibido se saca, y el espantable juicio que á los malos obstinados (cual era Judas) sucede. Escucha después el graciosísimo sermón que volviendo á la mesa hizo, amonestando á los suyos á tener paciencia y caridad unos con otros. Y finalmente mira cómo levantando los ojos á su Padre, le encomienda y ofresce con lágrimas su ganado, que dende á poco había de quedar sin pastor, y cómo les dió su bendición. En el cual paso, no digo los hombres, mas las fieras y las piedras se movieran á compasión.

No desampares con tu pensamiento al Señor en su penoso trabajo, acordándote siempre que todo lo sufre por tu causa. Mira cómo camina para el lugar donde sabía que le estaban sus enemigos aguardando. Y llegando allí, lleno de inestimable tristeza, tres veces recurrió á la oración. Y viéndose desamparado de sus discípulos y de su Padre, teniendo flaca la carne cuanto tenía fuerte el espíritu, con el peso del dolor cayó en tierra todo rociado del sudor de sangre. En el cual paso te conviene consolarle, pues de todos está desamparado. Y si más no puedes, á lo menos hazle compañía con tu presencia y dale algún refrigerio con piadosas lágrimas.

Contempla después cómo habida la respuesta del Padre traída por el ángel, Él de su gana se ofresció como manso cordero al sacrificio. Ca volviendo á sus discípulos fué salteado de los crueles ministros, de los cuales no solamente no se defendió, mas reprehendió á quien le quería defender. Entonces dándoles Él mismo las fuerzas con que le prendiesen, fué por ellos preso, injuriado y llevado á juicio. Donde la pena del Maestro, la huída de los discípulos, la amagura de la Madre, te podrán mover á grande compasión. Dejo para ti que consideres los baldones que allí le dijeron, los acometimientos de los viles porquerones y soldados, los regocijos de los escribas y fariseos. Con el cual pensamiento podrás bien recoger tu espíritu, y huirá de ti toda distracción.

Luego contempla á S. Pedro que vencido del temor negó á

su Maestro y juró que no le conoscía, y después confundido de su culpa por mirarle el Señor, lloró su pecado: con el cual podrás juntamente levantarte á penitencia, trayendo á la memoria las ofensas que contra Dios has cometido.

Yo no puedo escrebir cuán amarga noche aquella pasase: pero por ti mismo hallarás en ella muchos punctos de compasión, y muchos más, si miras á lo que la mañana siguiente se hizo, conviene saber, la bofetada que recibió en casa de Anás, la acusación delante de Caifás, y después ante Pilato, el escarnio que dél hicieron en presencia de Herodes, su pública infamia cerca de todo el pueblo, los crueles azotes á la columna, la coronación de espinas, la presentación á los ojos de toda la gente, como las gritas y alborotos y las voces que daban pidiendo la condenación del inocente cordero. Muy duro serás si en materias tan miserables estás insensible.

Pero más duro serás, si á lo que se sigue no sospiras. ¿Cuál corazón no se moverá, viendo al Hijo de Dios sentenciado á muerte por hombres malos, y ser llevado por gente armada entre dos ladrones con la pesada cruz sobre sus hombros? ¡Cuál estaba su rostro! ¡Cuál se había parado por la corriente de lágrimas y sudor, por las salivas, por la sangre y por los cardenales! ¡Cómo no parescía tener figura de hombre, cuanto menos de de Dios y hombre! ¡Cuánta fué la pena de su Madre, que le vió entre tantas angustias, y no le pudo socorrer! ¡Cuál fué la miserable historia que pasó, cuando despojado, desnudo y enclavado en el duro madero de pies y manos, fué levantado en alto y sostenido en ásperos y duros clavos! Faltan para todo esto palabras y entendimiento: ni por otra mejor manera se podía dar á entender este negocio, sino tremiendo la tierra, y quebrantándose las piedras, y llorando los ángeles amargamente.

DE LA GRANDEZA DE LOS DOLORES

que el Señor pasó en su pasión y muerte.

Si tú deseas en esta meditación compadescerte de Cristo, piensa primero cómo por todas vías la muerte de tu Señor fué excesivamente terrible, así porque fué perseguido de aquéllos á quien había predicado y por quien había hecho muchas maravillas (de donde justamente había de esperar servicios)

como porque murió en edad en que más se siente la pasión de la muerte, y en el tiempo más solemne, donde infinita gente concurría, y en el lugar más público, y con tormento más infame y más contrario á su merescimiento. Y que era de tal complexión, que más le lastimaba una puntadura de un alfiler, que á otro hombre una grande herida. Allende desto fué generalmente en todos los miembros de su cuerpo atormentado. Porque las manos y pies fueron pasados con clavos, el costado fué abierto con una lanza, la cabeza fué llagada con espinas, la cara fué abofeteada, las barbas peladas, la garganta sedienta, y todo el cuerpo descoyuntado y azotado.

De manera que fué muy grave la pasión en su cuerpo: pero mucho fué mayor la interior de su alma, que es cosa que pocos saben estimar. Mas ten por cierto que todas las criaturas juntas en uno, no podrían sufrir tanto como Él solo sufrió, así como en caridad sobrepujaba á todas ellas. Y (dejando el dolor que de su Madre y discípulos tenía) atormentábale extrañamente la angustia que sentía por aquéllos por quien se veía padescer en vano, á quien por su proprio desagradescimiento no había de ser su pasión fructuosa, mas antes les había de ser ocasión de mayor condenación. La cual pena tanto más le era grave, cuanto veía que su pasión era abundantísima y sobrada para salud de todo el universo.

A estas cosas añade que su pasión no fué repartida de manera que parte della padesciese por uno, parte por otro: mas de tal manera padesció universalmente por todos, que en particular padesció por cada uno. De donde puedes verdaderamente creer que así padesció por ti solo, como si por otro no padesciera. Por la cual consideración serás provocado á huir las culpas que de tantas penas fueron causa, y se encenderá en tu ánima tan grande fuego de humildad, que no solamente te estimarás por el mayor de los pecadores, mas á ti solo tendrás por pecador, no viendo otro pecado en el mundo sino el tuyo. Y considerando que por ti se expendió un bien infinito (que encierra todos los bienes, que es la vida de Cristo) te parescerá que todos los pecados se amontonaron en ti solo, como si en otro que en ti no se hallasen. Ni te maravilles si quiero de ti tan desmedida y grande humiliación, porque á esto te obliga el infinito exceso de la divina caridad que ves en Cristo crucificado. Á la

cual si no respondes con este tan gran deseo, con razón serás notado de frialdad y desagradescimiento. Y si Él puso cuanto tenía por ti al tablero, sin guardar para sí alguna cosa, ¿cómo no debes tú todo transformarte en su pasión, como lo hacía el Apóstol que decía: Con Cristo estoy crucificado en la cruz? Por cierto eres obligado, no sólo á ocuparte en Él con todas las potencias de tu ánima, mas convenía estar aparejado por su amor á ser puesto en todo tormento, así temporal como eterno, y tanto aborrescer á ti mismo, cuanto Él debe ser de ti amado. Pues cuando llegares á tal disposición (la cual se alcanza con tener siempre los ojos puestos en Cristo crucificado) entonces verdaderamente amarás á Dios. Y porque no se halla verdadero amor sino en Él, amarás juntamente á ti mismo y á tu prójimo. Y así el sancto aborrescimiento de ti mismo te traerá á sancto amor, como antes el desordenado amor de ti mismo te hacía perder á Dios y á ti mismo y todo bien. Mira pues cuánta luz se te comunicará de meditar las obras y misterios de tu Redemptor. Por tanto, te amonesto que siempre con el pensamiento le acompañes, y principalmente en la cruz, donde enflaquecido por tu amor, te provoca á amarle con semejante amor.

Mírale cómo echa llamas de fuego por aquellas preciosas ventanas de sus llagas, como un muy encendido horno. Escucha las palabras que allí suenan, bastantes para romper toda oreja de piedra. Cuando dice: Padre, perdona, pide tú juntamente perdón de todos tus pecados. Cuando se queja porque fué desamparado, prométele tú de nunca desampararle. Cuando al fiel ladrón da el paraíso, toma tú confianza en tan grande liberalidad. Suplícale que con el amado discípulo te encomiende á su sancta Madre. Y en su postrera sed no te sea penoso acudirle, siquiera con algunas lágrimas de tu corazón. Y finalmente encomienda tu espíritu en sus manos, como Él encomendó el suyo en las de su Padre. Desta manera sacarás fructo de compunción, el cual gustado avivará tu apetito para las otras cosas mayores.

Por tanto meditando acompaña aquéllos que perseveraron con Él en la cruz, y dellos aprende á suspirar. Ayuda á los que abajan el llagado cuerpo y le ponen en los brazos de su muy afligida Madre. Detente un poco escuchando el llanto que hace sobre su querido Hijo y sobre la crueldad de los pecadores, los cuales aun todavía pecando renuevan su dolor, en el número de los cuales

debes contar á ti mismo. Ayuda también con tus manos á sostener la carga de su sagrado cuerpo con aquéllos que le llevaban al sepulcro, y llorando lava sus sangrientas heridas con tus lágrimas, que no será menor servicio que si con precioso ungüento los ungieses. Y no te despidas de Él, hasta que deje tu corazón heredero de su sepulcro.

De la Descendida al limbo, Resurrección, &c.

No te faltará en este tiempo qué meditar, unas veces consolando á la Virgen, otras oyendo los sollozos de Sant Pedro y de los otros discípulos, otras aparejando las unciones con las piadosas mujeres, otras volviendo con el pensamiento á mirar sus llagas, otras gozándote de la nueva luz que aparesció á los sanctos padres en el limbo por la presencia del ánima de Cristo, hasta que resuscitado alegra el cielo y la tierra con su triunfo. Y en muchos días consuela á sus discípulos, y finalmente en presencia de ellos se vuelve al cielo. Y después de algún tiempo les envió el Espíritu Sancto en figura de fuego, y de hijos de hombres los hace hijos de Dios.

No sin causa queriéndote enseñar á vencer los ociosos y vanos pensamientos y orar en lo escondido de tu espíritu, he discurrido por diversos misterios de la vida de Cristo. Porque no hallarás estribo de mayor fortaleza y en que más se esfuerce el ánima contra la distracción, que éste. Ni por otra cosa descendió el Hijo de Dios y obró tan maravillosas obras, sino por llevar tu ánima con la consideración dellas á la divina unión. Ca como el Verbo divino unido con la carne obraba maravillas en la tierra, así por su medianería agora tu ánima por la fe y devoción y después por clara visión se unirá con Él en la gloria.

SÍGUESE UN MUY BREVE Y DEVOTO EJERCICIO

DE ORACIÓN Y MEDITACIÓN

PARA LOS QUE TIENEN POCO TIEMPO.

Como sea verdad que la mayor parte de la consolación y remedio de nuestra vida sea conversar y tratar con Dios, para esto no hay una manera sola, sino cuasi infinitas: entre las cuales aquélla es la mejor, que más arma á cada uno y con que más

fácilmente se recoge y se enciende en devoción. Y aunque entre todas éstas la más común y más llana sea la meditación de la vida de Cristo, y de los beneficios divinos &c. pero porque algunos son tan ocupados, que no pueden cumplir con todo esto, por ser cosa larga, parescióme poner aquí otra más breve forma de recogimiento, donde solamente se pusiesen aquellas partes más principales y que menos se pueden excusar en la oración, por ser más encomendadas en la Escritura divina: como son el dar gracias al Señor por sus beneficios recibidos, y ofrescerle á nos y á todas nuestras cosas junto con los merescimientos de Cristo, y pedirle mercedes y favores de gracia para remedio de nuestra vida. Estas tres partes en ninguna manera deben faltar en la oración, y mucho menos ante todas ellas la preparación del ánima para orar, que nos encomienda el Sabio: con la cual el hombre se acusa al principio y se humilla ante la majestad de Dios, y llamado á este divino convite, se asienta en el más bajo lugar (que es en el conoscimiento de sí mismo) diciendo con el sancto Patriarca: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza. Estas cuatro cosas, demás de ser tan esenciales en este sancto ejercicio, están por otra parte tan trabadas y encadenadas entre sí, que cada una dellas con una maravillosa consecuencia demanda la otra. Porque para el principio del ejercicio ninguna entrada hay más conveniente que la acusación y conoscimiento de sí mismo, entrando por la puerta de la humildad, como ya dijimos. Después deste conoscimiento, ninguna cosa hay que mejor se siga que el hacimiento de gracias por los beneficios de Dios. Porque después que el hombre ha considerado cómo él de suyo es nada, y esto ha venido cuasi á palpar con las manos, luego se le abren los ojos, y ve claramente cómo todo lo que tiene, sobre nada, es ajeno, dado graciosamente por la mano de Dios, conviene saber, todo lo que tiene nombre de ser, ora sea de naturaleza, ó de fortuna, ó de gracia. Y cuanto más claro esto ve, tanto más de corazón da gracias al Señor por ello. De manera que así como las atalayas se suben á una torre alta para que dende allí puedan descubrir mejor la tierra por todas partes, así por el contrario el que quiere ver lo que debe á Dios, se ha de poner en el más bajo lugar del mundo, que es en la nada (de que fué formado) porque dende ahí verá clarísimamente cómo todo lo que tiene, es de Dios, que es todo lo que es más que nada. Después deste

agradescimiento por lo recibido, convenientísimamente se sigue el ofrescimiento, que es dar algo de nuestra parte á quien tanto nos ha dado. Y porque ninguna cosa podemos mejor dar que los merescimientos y trabajos de Cristo, justísima cosa es que por tales merescimientos pidamos grandes mercedes: y así después del ofrescimiento convenientísimamente se sigue la petición, que es la última parte deste ejercicio: á la cual se añade muy bien la petición del amor de Dios, en la cual el hombre puede gastar más ó menos tiempo, según que fuere más movido por el Espíritu Sancto.

Tiene también otra muy grande comodidad este ejercicio, que así como es muy breve para los muy ocupados, así puede ser muy largo para los devotos, porque en cada parte destas hay mucho que pensar, así en el conoscimiento de sí mismo, como en el hacimiento de gracias y en la consideración de los beneficios divinos (que son tantos y tan grandes) y así también en el ofrescimiento: porque se puede en él discurrir por todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, ofresciéndolos todos y cada uno por sí al Eterno Padre: y así también en la petición hay mucho que pedir y que alegar en nuestro favor: y después en la petición del amor de Dios hay tanto que hacer, que algunos gastan cuasi todo el tiempo del recogimiento y aun de toda la vida en ella con muy grande aprovechamiento, aspirando con entrañables deseos y peticiones á este divino amor.

Tiene también otra maravillosa comodidad este ejercicio, que es ir el corazón más atento y más levantado á Dios (porque va siempre hablando con Él) que cuando procede por la meditación, por la cual va más suelto y libre y más aparejado para derramarse y prenderse en cosas varias de que se traba la meditación. Presupuesto pues este pequeño preámbulo, procedamos por las partes deste ejercicio brevemente, remitiendo el cumplimiento de lo que aquí falta, á lo que arriba está dicho.

PREPARACIÓN.

PRIMERAMENTE puesto en el lugar de la oración, y hecha la señal de la cruz, y dicha la confesión general, ó el psalmo *Ad te levavi oculos meos, &c.* ó el *Miserere mei Deus, & cœt.*, comience con toda humildad (como quien está en la presencia de

Dios) á entender en el conoscimiento de sí mismo. Para lo cual debe pensar las tres cosas siguientes.

Lo primero, cuanto al ánima considere lo que su ánima fué antes de la creación, y antes de la vocación, y después de la vocación. Antes de la creación eras nada. ¿Qué es nada? La más baja cosa que se puede imaginar: menos que una piedra, menos que una paja, menos que un átomo de los que parescen entre los rayos del sol: finalmente, nada. Imagina pues esta nada como unas tinieblas escurísimas, y un abismo profundísimo que está debajo de todas las cosas en el más infimo lugar del mundo, y ahí te debes tú poner, pues esto eres de tu parte y eso eras antes que Dios te criase: eso fuiste *ab æterno* hasta de pocos días á esta parte: y haciendo esto cumplirás con aquel mandamiento del Evangelio, que nos manda asentar en el más bajo lugar cuando fuéremos llamados al convite. Asentado pues en este lugar par de la nada, imagina que ésa eres tú, y ése el lugar natural que á ti se debe, y por consiguiente, que ése es el centro donde tu ánima ha de reposar con el conoscimiento desa verdad:porque ninguna cosa es más propria tuya, ni que más te convenga, que esa nada: porque así como ninguna cosa le conviene más á Dios que el ser, así ninguna conviene más á la criatura que el no ser. Ésa es, pues, la cosa del mundo más vecina y más parienta tuya, y más semejante á ti, y donde como en un espejo claramente puedes ver lo que eres. Por donde así como el santo Job, asentado en aquel su muladar y cercado de llagas y gusanos, decía: Á la podre dije, tú eres mi padre, y á los gusanos dije, vosotros sois mi madre y vosotros mis hermanos: así tú (visto cómo realmente cuanto es de tu parte, eres nada) abrázate con esa nada y dile: Tú eres mi madre, y tú eres mi hermana: pues ninguna hermana hay más semejante á otra hermana, que una nada á otra nada. Asiéntate pues muy de espacio en este lugar, porque (si del todo no estuvieres ciego) dende ahi verás y entenderás todo cuanto te conviene saber. Dende ahí verás cómo todo lo que hay en ti después desa nada, que es cuerpo, alma, vida, salud, razón, discreción, &c. y todo lo demás, es ajeno, porque todo es puramente misericordia y dádiva de Dios. Dende ahí verás cuánto debes amar, alabar, servir, obedescer y agradescer á quien todo esto te dió de pura gracia, pues la nada nada merescía. Dende ahí verás cuán lejos debes estar de toda presumpción, ambición, so-

berbia, vanagloria y estima de ti mismo. Porque así como el que ve un caballo muy enjaezado y cubierto de seda y oro, entiende que nada de aquello es de su propria cosecha, sino que todo es ajeno y postizo, y así no tiene por qué gloriarse dello, así entenderás que todo lo que tienes, más que nada, es ajeno, y postizo, y comunicado de Dios. Dende ahí verás el engaño y el olvido de los hombres, y la vanidad de sus pensamientos, pues tan olvidados andan de su origen y principio (que es, de quien todo se lo dió) y tan engañados en el conoscimiento de sí mismos. Con esta consideración te medirás con tu propria medida, humillarás tus pensamientos, abajarás las alas de la soberbia, subjectaraste á Dios y hallarás aquí un centro, un lugar de refugio y un puerto seguro adonde acogerte todas las veces que las olas de la vanidad combatieren tu corazón: y conoscerás por experiencia que no hay en el mundo otros dos más convenientes lugares para el corazón del hombre, que Dios y nada: porque en solos estos dos permanesce seguro, en todos los demás padesce tormenta, porque en el uno está en caridad (porque está en Dios) y en el otro está en humildad y en verdad, porque está en el conoscimiento verdadero de sí mismo.

Después que así hubieres considerado lo que fuiste antes de la creación, considera lo que fuiste antes de la vocación (que es antes que Dios te abriese los ojos y te diese conoscimiento de sí) y hallarás que fuiste un étnico y publicano, un hombre sin Dios, una bestia desenfrenada y suelta en todos sus apetitos, un hijo deste siglo, un esclavo del pecado y del demonio, y un puro gentil que ninguna ley ni conoscimiento tiene de Dios. Ésta es aun mayor miseria que la pasada: porque por la primera eras nada, por ésta eres aun menos que nada, porque el pecado menos es que nada.

Después considera cuál hayas sido después de la vocación, y hallarás que por ventura eres aun por esto más miserable, por haber usado tan mal de la gracia recibida y de todos los aparejos, beneficios, inspiraciones y oportunidades que Dios te ha dado para bien vivir. Donde podrás con mucha razón creer que á ningún ladrón hubiera dado Dios los favores que á ti, que no hubiera aprovechado con ellos más que tú.

Aquí puedes particularmente poner los ojos en los defectos familiares que tienes: los cuales has de tener tan contados, tan

decorados y tan sabidos, que así como un doliente señala al médico todas las partes del cuerpo que tiene maltratadas, así también las has tú de señalar á Dios, para que te sane y te cure. Mira, pues, si eres airado, regalado, vanaglorioso, curioso, inconstante en los buenos propósitos, hablador, envidioso, goloso, malicioso, doblado, apetitoso, presumptuoso, ambicioso hecho á tu voluntad, flojo, parlero, inhumano, mal acondicionado, inconsiderado, amigo de ti mismo, vivo y entero en todos tus afectos y pasiones. Porque el conoscimiento desto es la llave y fuente de la verdadera humildad: porque sin este conoscimiento, ni nadie puede ser verdaderamente humilde, ni saber lo que ha de pedir á Dios.

Estas tres cosas se han de considerar cuanto al ánima: mas cuanto al cuerpo se deben considerar otras tres, conviene saber, lo que fuiste antes que nascieses, y lo que eres después de nascido, y lo que serás después de muerto. Antes del nascimiento fuiste una materia sucia, hedionda y abominable, indigna de ser nombrada. Después de nascido eres agora un muladar cubierto de nieve, una sepultura por defuera blanqueada y dentro llena de corrupción, un saco de mil flaquezas y enfermedades, y una criatura subjecta á más peligros y miserias que arenas hay en la mar, y más miserable en esta parte que todas las criaturas del mundo. Después de la muerte ya ves lo que serás: porque ninguna diferencia habrá en ti y un rocín muerto, que está en un muladar hirviendo de gusanos, y tan hediondo y abominable, que todos los que pasan, se tapan los ojos y las narices por no verlo ni olerlo. Cata aquí, hermano, lo que eres por parte del cuerpo y lo que por parte del ánima.

Después que así hayas considerado los defectos y miserias que tienes por estas dos partes, considera lo tercero cómo todos los bienes que tienes, son de Dios: para que más claro veas lo que eres por tu parte, y lo que por parte dél. Para lo cual debes de saber que todos los bienes del mundo, ó son bienes de naturaleza, ó bienes de fortuna, ó bienes de gracia. Los bienes de naturaleza claramente ves que son de Dios, cuerpo, alma, vida, salud, fuerza, sentidos exteriores y interiores, y todo finalmente, hasta el postrer pelo, es de Dios. Bienes de gracia claramente ves también que son suyos, pues por eso se llaman bienes de gracia, porque graciosamente fueron dados de la mano del Señor. Entre los cuales el primero es la gracia de la predestinación,

que no cae debajo de merescimiento. El segundo la gracia de la justificación, que tampoco se puede merescer de nuestra parte. El tercero la gracia concomitante, que aunque cresce con nuestros merescimientos, todavía no deja de ser gracia, pues el merescer procede de gracia. La cuarta es la gracia de la perseverancia, que tampoco cae debajo de merescimiento. La quinta es la gloria, que es gracia consumada, y ésta también es gracia, pues como dice el Apóstol, por la gracia de Dios se da la vida eterna. De las otras maneras de gracias que llaman gratis dadas (si algunas tienes) el mismo nombre se lo dice que son dadas por sola gracia, y por consiguiente que todas se deben al dador. Los otros que llaman bienes de fortuna, también los da el mismo Señor, por cualquiera mano que nos vengan. Y quien esto no cree, no cree al Espíritu Sancto que dice: Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza de Dios vienen. Ves luego cómo todo cuanto hay en ti y fuera de ti, es de Dios.

¿Que se sigue de aquí? Que de aquí adelante mires á Dios como á fuente y origen de ti mismo, y de todo cuanto hay en ti y fuera de ti, y de todo lo que eres y puedes ser, y por consiguiente, que ya no sacrifiques á tus redes, ni á tu industria, ni á tu brazo de carne, sino á solo Él, pues de solo Él procede lo que fuiste, lo que eres y lo que esperas de ser. Pues según esto, ¿con qué ojos será razón que mires á tal Señor? Quiérote poner algunas comparaciones para esto, porque mejor sepas cómo lo has de mirar: porque te hago saber que desta manera de aspecto se derivan todas las influencias del verdadero Sol de justicia en nuestras ánimas.

Mírale pues de la manera que miran todos los efectos á sus causas (de las cuales procede todo su ser) pues Él es causa universal de todas las causas. Mírale como mira el hijo á su padre (que es principio de su ser) pues Él es padre, y más que padre, y Él es el origen y principio de nuestro ser. Mírale como la esposa al esposo (de quien dependen todos sus bienes presentes y futuros) pues Él es el verdadero esposo, que solo da á nuestras ánimas cumplido contentamiento. Mírale como el cuerpo al ánima (de quien recibe toda la vida, honra y hermosura que tiene) pues Él es el ánima de nuestra ánima y vida de nuestra vida. Mírale como naturalmente mira la tierra al cielo (de quien recibe toda la fertilidad y hermosura que tiene) pues Él es el es-

piritual cielo que nos alumbra y gobierna, de quien procede toda nuestra vida y hermosura. Mírale como los rayos del sol al mismo sol, de do proceden y por quien se conservan, pues Él es el que nos dió todo este ser que tenemos, y el que siempre nos está conservando en él. Finalmente, mírale con aquellos ojos con que mira la sacratísima Humanidad de Cristo al Verbo divino con quien está unida y de quien recibe todas las perfecciones que tiene, hasta el mismo ser con que subsiste: la cual vista es la más humilde, la más casta, la más amorosa y más leal de cuantas el entendimiento humano puede comprehender. Y así trabaja tú por imitar en algo esta manera de vista, según el espíritu y favor que el Señor te diere.

Pues según esta cuenta, si todo tu ser y todos tus bienes presentes, pasados y venideros proceden de este Señor, ¿á quién has de mirar, á quién temer, á quién agradar, á quién obedescer, á quién reverenciar, á quién alabar, en quién esperar, á quién guardar fe y lealtad, sino á solo Él? Vayan, vayan fuerade ti todos los otros respectos humanos, vayan todos los otros cumplimientos terrenos, pues ni tú tienes que ver con ellos, ni ellos tienen que ver contigo, sino solo el Criador y Señor de todo. Vuélvete pues de todo corazón á este Señor, y dile así:

Señor, si Vos sois mi principio y mi fin, ¿á quién tengo de amar sino á Vos? Si Vos mi rey y mi señor, ¿á quién tengo de obedescer sino á Vos? Si en vuestras manos está todo mi bien y mi mal, ¿á quién tengo de temer y reverenciar sino á Vos? Si de sola vuestra misericordiosa mano recebí todo lo que tengo, y de ella espero recebir todo lo que me falta, ¿en quién ha de estar toda mi esperanza sino en Vos? Si Vos solo sois mi padre, mi madre, mi criador y mi gobernador, ¿á quién tengo de recorrer en todas mis necesidades sino á Vos? Si de Vos tengo recebidos y recibo cada día tantos bienes, ¿á quién tengo de alabar y dar gracias sino á Vos? Y si los criados sirven á sus reyes y señores con tanta fidelidad y diligencia y en negocios de tantos trabajos y peligros por lo que de ellos han recebido y por lo que esperan recebir, yo que tanto más he recebido de Vos, y tanto más espero recebir, ¿porqué no os serviré, Dios mío, con mayor fidelidad, con mayor diligencia, con mayor cuidado, y en mayores trabajos, pues Vos, Señor, merescéis más, y yo os debo más, y sin comparación es mucho más lo que espero yo de Vos.

HACIMIENTO DE GRACIAS.

DESPUÉS que el hombre desta manera se hubiere mirado por todas partes y hubiere claramente conoscido cómo todo cuanto tiene es de Dios, luego naturalmente se levanta en el corazón un entrañable afecto y deseo de alabarle y darle gracias por todos estos beneficios. Y así debe el hombre seguir luego la vena deste celestial movimiento y proceder á la segunda parte del ejercicio, que es el agradescimiento de los divinos beneficios, pasándolos por la memoria uno por uno, y dándole gracias por ellos, y reconosciéndose por obligado y deudor de todas estas mercedes. Cuáles y cuántos sean estos beneficios, ya arriba se trató, y por eso ahí remito al piadoso lector, advirtiéndole que siempre trabaje por detenerse más en el beneficio á que se sintiere más obligado, como es el del llamamiento, ó de la redempción, ó de algún otro beneficio particular.

DEL OFRESCIMIENTO.

Y porque es natural cosa al que ha recibido mercedes, desear luego ofrescer algo al que se las hizo, tras deste agradescimiento convenientísimamente se sigue el ofrescimiento: en el cual primeramente habemos de ofrescer á Dios todas nuestras obras y trabajos y todos los pasos de nuestra vida, para que toda ella se refiera y enderece á gloria suya. Lo segundo, ofrezcámosle á nosotros mismos por perpetuos esclavos suyos, resignándonos húmilmente en sus sanctísimas manos, para que haga de nosotros como de cosa suya todo lo que Él fuere servido, según que más largamente arriba declaramos. Lo tercero y más principal, ofrezcamos al Padre los trabajos de su Hijo: donde podemos hacer una breve conmemoración de todos los pasos de la vida de Cristo, dende el pesebre hasta la cruz, discurriendo ordenadamente por todos ellos: que es la más dulce y más devota letanía de cuantas pueden ser. Y aquí también se da el mismo documento que en los capítulos pasados, de detenerse más en aquella parte deste ofrescimiento, en que sintiere mayor devoción. Y lo mismo también se entenderá en la petición que se sigue: en la cual es muy provechoso detenernos en la petición de aquellas cosas de que tenemos, ó mayor deseo, ó mayor necesidad, especialmente en la petición del amor de Dios.

DE LA PETICION.

OFRESCIDA esta tan rica ofrenda, luego podemos seguramente pedir mercedes á Dios por tales merescimientos. Entre las cuales primero pidamos para nuestros prójimos, y después para nosotros. Y para nosotros debemos pedir tres cosas: la primera, perdón de los pecados pasados: la segunda, gracia para evitar los venideros, especialmente tal y tal pecado á que somos más inclinados: lo tercero pidamos todas las virtudes, especialmente tal virtud y tal virtud de que nos sintiéremos más necesitados.

Y porque entre todas las virtudes la principal es la del amor de Dios, acabemos con esta petición, pidiéndola con ardentísimos deseos, para lo cual nos ayudará la oración que antes deste ejercicio se puso, que comienza: Oh buen Jesú, oh vida, &c.

Estas cuatro partes podrá tener este ejercicio, de las cuales se trató arriba más copiosamente, y por esto bastará lo dicho para instrucción del piadoso lector: y con este breve ejercicio se podrá recoger, cuando la brevedad del tiempo no le diere lugar para más.

SÍGUESE OTRO MUY PROVECHOSO EJERCICIO

para todo tiempo.

EL ejercicio pasado es proporcionado para tiempos ciertos: éste será general para todos los tiempos. Para lo cual es de saber que entre todos los avisos y consejos que se pueden dar en la vida espiritual, uno de los mayores y más provechosos es trabajar todo cuanto sea posible por nunca perder á Dios de vista, por andar siempre en su presencia y traerle siempre ante los ojos, como dice el Profeta, ó á lo menos levantar muchas veces los ojos á Él. Porque realmente has de creer que así como toda la claridad y virtud que tiene la luna, recibe de mirar al sol, de tal manera que si mucho le mira, mucha claridad recibe, si poco, poca, y si nada, nada, así también (como dice singularmente un filósofo) toda la virtud y claridad que nuestra ánima tiene, la recibe de mirar á Dios, de tal manera, que en el grado que le mira, en ése recibe esta luz: si mucho, mucha: si poco, poca: si nada, nada. De manera que así como la vida de los bienaventurados en el cielo consiste en ver á Dios, así la vida es-

piritual de los justos en la tierra procede desa misma vista: de suerte que así la vida de gloria como la de gracia, ambas penden de una misma vista, aunque por ser diferentes las vistas, son también diferentes las vidas. Por donde todo nuestros estudio ha de ser procurar, en cuanto sea posible, de nunca perder á Dios de vista, ó al menos mirarle muchas veces: porque nunca jamás le miraremos, que no reciba nuestra ánima una particular luz y esfuerzo que se nos comunica desta vista. De donde, así como cada vez que el hombre respira, recibe un especial refresco y aliento para conservarse en esta vida corporal, así cada vez que levanta los ojos á Dios y sospira por Él, recibe un particular aliento y refresco para la vida espiritual: porque así como el cuerpo del ánima vive del aire, así nuestra ánima (que es substantia espiritual) vive de Dios. Por lo cual decía el Profeta: Abrí mi boca y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos.

Para esto se han dado muchas maneras y avisos por diversos autores: á los cuales se añade agora éste, para mayor luz y declaración desta doctrina, conviene saber, que todas cuantas veces quisiéremos levantar el corazón á Dios, para que más fácilmente hallemos la puerta para esto y no nos embaracemos imaginando qué pensaré ó qué le diré, nos acordemos de las cuatro partes deste ejercicio susodicho: porque por ninguna otra puerta podremos entrar más fácilmente que por cualquiera destas, ó por todas ellas juntas, siguiéndose la una después de la otra, como dicho es. De manera que si yo quisiere agora en medio de los tratos y caminos desta vida levantar mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro, puedo hacer esto, ó humillándome y anihilándome ante la presencia de la divina Majestad, como se enseña en la primera parte: ó dándole gracias por tantas maneras de beneficios como nos ha hecho y hace (pues todas las criaturas del mundo son beneficios suyos) como se enseña en la segunda: ó ofresciéndolo todos los méritos y trabajos de Cristo para nuestro remedio, como se enseña en la tercera: ó pidiéndole perdón de nuestras culpas, y gracia para emendarlas, como se enseña en la cuarta. Donde señaladamente podemos pedirle su amor y temor, aspirando con ardientes y encendidos deseos á lo uno y á lo otro, y pidiéndolo con grande instancia, ayudándonos para esto de algunas palabras devo-

tas que aticen y despierten nuestro corazón, cuales son las de las oraciones del amor de Dios, que arriba señalamos. Otras veces (cuando hubiere más espacio) podemos también continuar estas partes de la manera que está declarado, para que sea más larga nuestra conversión á Dios: porque cuanto ella fuera más larga, tanto será más devota y fructuosa.

Para esto puede tomar el hombre ocasión de cuantas cosas en el mundo viere, oyere y tratare, así prósperas como adversas, así proprias como ajenas, haciendo tránsito de las mismas cosas, unas veces para humillarse delante de Dios, otras para darle gracias &c. como dicho es. Aunque entre todas estas maneras de recursos y oraciones, la más ordinaria ha de ser por vía de amor de Dios, aspirando siempre á esta tan rica joya, y determinándose de nunca jamás descansar ni cesar de acudir á Dios con importunos clamores y aspiraciones hasta sentir en sí las saetas vivas y los ardores encendidísimos y suavísimos desta divina llama: la cual después de entrada en el ánima, la purga y limpia de toda escoria de pecado, y la hace despreciar cuanto en este mundo resplandesce, y la hinche de seso, de luz, de desengaños y de verdadera sabiduría: la cual solo aquél conosce que la ha recibido de lo alto.

Esto se ha dicho así material y rudamente para los principiantes: los cuales (así como en todas las otras artes y sciencias) tienen necesidad al principio destos trastes y destos avisos así palpables, hasta que el uso, la experiencia y la gracia les abra otros caminos y les enseñe mejor lo que deben hacer, que nadie lo puede platicar.

SÍGUESE UN BREVE MEMORIAL

DE LOS PECADOS DE OMISIÓN

en que caen muchas veces las personas espirituales cuasi sin sentirlo.

COMO haya dos maneras de pecados, unos de omisión y otros de comisión (que es, ó dejando de hacer el bien que podríamos, ó haciendo el mal que no debríamos) los primeros pecados son dificultosos de conoscer, y así muchas veces no se hace caso dellos en la confesión, y por esto me paresció sería bien poner

aquí un breve memorial dellos para las personas que se confiesan á menudo, para que mejor sepan acusarse de lo que en esta parte desfallece, así para con Dios, como para consigo y para con los prójimos en la forma siguiente.

Preámbulo antes de la confesión.

A la entrada de la confesión se acuse el hombre de las cosas siguientes.

Primeramente de no venir á este sacramento de la penitencia con aquel dolor y arrepentimiento de sus culpas, y con aquel propósito tan firme de apartarse dellas como debiera, ni traer tan examinada su consciencia como era razón.

Acúsese que el día de la comunión pasada no tuvo aquella devoción y recogimiento que para tan alto huésped se requería, ni agora para haber de comulgar viene tan aparejado ni con tanto temor y reverencia como para tan alto sacramento se requiere.

Acúsese de la poca emienda de la vida, y de no aprovechar en el servicio de nuestro Señor un día más que otro, sino andarse así como corcho sobre el agua adonde lo lleva el viento.

Para con Dios.

ACÚSESE primeramente de no haber amado á Dios con todo su corazón y ánima y con todas sus fuerzas, así como era obligado.

De no haberle dado tantas gracias por los beneficios recebidos y por los que cada día recibe, mayormente por haberlo redemido y dádole conoscimiento dél, como era obligado.

De no haber hecho las obras de su servicio, ni con aquella pureza de intención, ni con aquel fervor y devoción que debiera, sino pesadamente y tibiamente.

Del olvido de Dios se acuse de no traerlo ante los ojos presente, ó á lo menos acordarse muchas veces dél, antes pasarle mucho tiempo sin pasarle por la memoria.

De no haber respondido por su parte á las inspiraciones de Dios, y á los buenos propósitos que le envía, y á los aparejos y oportunidades que le ha dado para bien vivir: con lo cual pudiera haber aprovechado mucho más, si no quedara por su grande negligencia.

De no haber asistido en la misa, y en los oficios divinos, y en los lugares sagrados en presencia del Sanctísimo Sacramento, con aquella devoción y atención y con aquel temor y reverencia que pide la presencia de tan grande majestad.

Para consigo.

EL hombre tiene en sí muchas partes: porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y ánima con todos sus apetitos, y espíritu con sus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad, y así puede haber pecado contra la orden que había de haber en cada cosa de éstas.

Acúsese pues primeramente de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debría, así en el comer, y beber, y vestir, y dormir, como en todas las otras cosas.

De no traer así la imaginación como los otros sentidos exteriores tan recogidos y guardados como debría, sino muy placeros y derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y no necesarias, que después impiden el recogimiento del corazón.

De no tener tan mortificados sus apetitos y tan quebradas todas sus proprias voluntades como debiera.

De no ser tan humilde de corazón y de obra como debría, ni conosciéndose por tan vil y tan miserable como es, ni tratándose como á tal.

De no haber procurado un poco de devoción, ni dádose tanto á la oración, ni estado en ella con tanto recogimiento y atención como debría, y haber sido perezoso en levantarse á sus tiempos á ella.

De no andar con aquel aviso y discreción en todas las cosas que ha de decir y hacer, antes ser muchas veces precipitado y inconsiderado en lo que hace.

Para con el prójimo.

ACÚSESE de no haber amado á sus prójimos con aquel amor que él querría ser amado, como Dios lo manda.

De no les haber acudido en sus necesidades con el favor y socorro ó con el consejo que debiera y pudiera.

De no haber compadescídose tanto de sus miserias, y rogado tanto á Dios por ellas como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia (como son guerras, herejías y cautiverios, &c.) no haber tenido aquel sentimiento que era razón, ni encomendándolas tanto á Dios como ellas lo merescen.

Los que tienen superiores se acusen de no haberlos obedescido y reverenciado y socorrido como debieran. Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberlos enseñado, castigado, proveído de lo necesario y tenido de ellos aquel cuidado que era razón.

De los pecados de comisión.

DESPUÉS que así se hubiere acusado de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los que llaman de comisión, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados, y acusándose de lo que la consciencia le remordiere en cada uno. Y si más brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado, y acusarse de ellas.

Y después de todo esto se debe acusar de todas las culpas anejas al estado ó oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado, como si es religioso, de los tres votos y de las cosas de su regla: si es juez, ó médico, ó mercader, &c. de las cosas de su oficio, si príncipe del suyo, &c.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya diciendo: De todas estas culpas y de todas las demás en que he caído por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente y digo á Dios mi culpa, mi culpa, mi muy grande culpa, y ruego y pido por, &c.

FIN

SÍGUESE UNA BREVE INSTITUCIÓN

Y

REGLA DE BIEN VIVIR

PARA PERSONAS DEVOTAS Y ESPIRITUALES

ESPECIALMENTE PARA RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS



IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA

AÑO 1559

SÍGUESE UNA BREVE INSTITUCIÓN

Y REGLA DE BIEN VIVIR

PARA PERSONAS DEVOTAS Y ESPIRITUALES

ESPECIALMENTE PARA RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS.

ASÍ como á los que aprenden á escrebir, suelen los maestros poner delante una materia de letra muy escogida, para que de allí tomen la forma de la letra que quieren aprender, así á los que desean cristianamente vivir conviene que se les ponga delante otra materia perfectísima, que les sea como un dechado y regla de su vida: la cual no puede ser otra más conveniente que la vida de Cristo, que nos fué dado en el mundo por maestro y ejemplo de virtudes, pues todo lo que Él hizo y dijo en su vida, fué ejemplo y remedio de la nuestra. Pues según esto, el que desea ser de verdad cristiano (que es discípulo de Cristo) y vivir como miembro suyo, ponga este perfectísimo dechado ante los ojos, y conforme á él enderece todos los pasos de su vida. Para lo cual procure siempre traer en su memoria la vida de Cristo, mayormente su sagrada pasión, agradesciéndola devotamente con todas sus fuerzas, por imitar la humildad, mansedumbre, paciencia, templanza, benignidad, caridad y limpieza & obediencia de su Señor y Maestro, y la abnegación de su voluntad humana y conformidad con la divina.

A ninguna criatura vana y perescedera se pegue con afición desordenada. Téngase por verdaderamente muerto al mundo, y como si fuese ciego y sordo, así ninguna cosa quiera ni desee oir ni ver, sino lo necesario ó provechoso.

Dando al cuerpo su mantenimiento, mire con mucho cuidado no cargue su estómago y espíritu con demasiado comer y beber, sino lo uno y lo otro reciba templadamente, no buscando en esto regalo ni deleite, sino sólo satisfacer á la necesidad. Y puesto que naturalmente lleve gusto en lo que come, pero no lo procure él de su parte ni se saboree en él. Cada bocado que comiere,

espiritualmente lo moje en la preciosísima salsa de la sangre del Redemptor, y de las dulcísimas fuentes de sus llagas reciba lo que hobiere de beber. Quiera más las groseras y viles viandas, que las costosas y curiosas, acordándose que nuestro Señor Jesucristo gustó por él hiel y vinagre. Pero advierta que quien come manjares viles y despreciados (si con demasiada cobdicia y golosina los come) pierde el valor de la verdadera abstinencia: la cual no consiste tanto en la cualidad de los manjares, cuanto en la manera del comerlos. Porque (como dice S. Augustín) posible cosa es que un sabio use templadamente de un precioso manjar, y que el no sabio se destemple en la comida de uno muy vil. Porque no hace gula la cualidad del manjar, sino la desorden del deleite. Así que el verdadero amador de la vida espiritual ha de traer guerra perpetua con su sensualidad, negándole prudentemente lo que ella con desorden apetesce. Pero de tal manera castigue la carne, que no destruya la naturaleza ni consuma su cuerpo con indiscreto rigor de abstinencia, siguiendo en esto solo su juicio: mas en todo guarde la medida y sancta discreción, dejándose guiar por el consejo de los sabios y virtuosos: y conforme á esta regla debe menospreciar la vanidad y curiosidad en el vestido, servicio y aposento, y en todas las otras piezas y alhajas de que se sirve.

Nunca de su boca salgan palabras perjudiciales ni deshonestas, ni dé oídos á los que las hablaren, mas antes procure interrumpir con toda discreción las tales pláticas, por la mejor manera que le sea posible. Aborrezca mucho toda mentira y toda palabra de lisonjas ó de vanagloria. No sea áspero ni maldiciente en sus hablas, sino dulce y amigable: y no sean sus palabras artificiosas y compuestas, sino sencillas y llanas. Guárdese lo mejor que pueda de palabras ociosas, por el tiempo que en ellas se pierde, y mucho más de burlas y donaires, porque se derrama con ellas la devoción. Pero las principales rocas de que se debe desviar con todo cuidado, son palabras de ira y palabras con que diga bien de sí ó mal de otro. Y para estar más seguro destos peligros, pudiendo callar sin detrimento de la caridad ó de la obediencia, calle de buena gana: pero no sea pesada y enojosamente callado, porque su silencio no sea para otros molesto. Y cuando le conveniere hablar, abrevie cuanto pudiere sus razones, y hable con cautela y discreción, y antes que abra la boca, asiente consigo

de no pronunciar más palabras de las que fueren menester, invocando primero para esto el divino favor. No contradiga á otro ligeramente, ni porfíe con nadie: mas después que hobiere afirmado una ó dos veces lo que tiene por verdad, si no es creído, deje á los otros sentir lo que quisieren, y calle como si más no supiese, en caso que su silencio no fuese notoriamente perjudicial á la gloria de Dios.

No sea cabezudo en sus paresceres ni porfiado en sus razones, ni afirme con demasiada aseveración lo que sabe, sino con modestia y templanza, diciendo: Pienso que es así: ó, si no me engaño, así es. Con toda diligencia huya toda liviandad en sus costumbres, y meneos descompuestos, y risas desenfrenadas, y cuanto le fuere posible, se guarde de escandalizar ó dar ocasión á otros de mal. No se entregue demasiadamente á compañías, visitaciones y pláticas de hombres: antes ame estar solo, y en la soledad trate con Dios en sus negocios cuanto le ayudare su gracia. Pero mire no sea huraño, sino amigo y afable con todos: y tenga por un linaje de pérdida cualquier pequeño espacio que gastare de balde, y por muy grande ganancia cuando estando ocioso con las manos, dentro de sí se ocupare con Dios.

Ninguna cosa estime más que la sancta obediencia, sabiendo que es aceptísimo sacrificio á Dios la perfecta muerte de la propria voluntad. Cualquiera cosa hecha simplemente por obediencia (dado que por sí sea de poco valor) Dios la engrandesce y como á excelente la galardona: y ninguna obra por grande que sea puede agradarle, si es acompañada con desobediencia de Dios ó de los hombres. Obedezca, pues, el siervo de Dios con alegre y devoto corazón á sus mayores, puesto que por ventura sean imperfectos y viciosos, y hónrelos por respecto de Dios: porque la honra que no merescen por sus personas, por el oficio la merecen. Obedezca también á los iguales, y aun á los inferiores, en las cosas que fueren lícitas y honestas, como ve que lo hizo su Señor.

Huelgue de ser reprehendido y enseñado por otro cualquiera: y á los que le riñen ó reprehenden con enojo, ni se defienda con soberbia: mas imitando á su Señor, quiera más sufrir y callar, salvo si de su silencio se siguiese algún escándalo notable. Subjétese húmilmente á toda criatura por amor de Dios, y puesto que reciba dél grandes mercedes y consolaciones, no por eso se en-

sorbebezca ni tenga por mejor por esta causa, pues á la verdad no es suyo sino de Dios el bien que tiene, y solo el pecado puede tener por suyo. Por lo cual no ha de atribuir á sí los dones de Dios, mas referirlos á la fuente de donde manaron, reconosciendo por suyas todas las buenas obras que hace, y confesando de corazón que por sí ninguna cosa es, ninguna cosa tiene, ni sabe, ni puede. Y con esta vil reputación de sí mismo persevere en humildad y anteponga á sí todos los hombres, entendiendo que si ellos recibieran los dones que él ha recibido, por ventura vivieran más sanctamente que él: y que sin duda, si no fuese amparado por la gracia divina, más gravemente pecaría que ninguno dellos. Por lo cual se debe estimar por el más vil de todos y por indigno de que le sustente la tierra: y así procure apagar en su corazón cualquier llama que se levantare de afición de honra, ó de cobdicia de ser conoscido ó loado de los hombres, ó tenido por sancto: antes por el contrario desee que nadie le conozca y que todos le desprecien, deseando y apreciando el favor y honra de Dios, y no el de los hombres.

Aprenda á sufrir sin quejas ni murmuraciones cualesquier injurias, escarnios, acusaciones, aflicciones y daños que permitiere Dios que le vengan, creyendo fuera de toda duda que Dios por su justa y piadosa ordenación se los envía. Por lo cual no se indigne ni quiera mal á los hombres, por cuya mano los recibe, antes conformándose con su Señor, se muestre para con ellos manso y benigno, ni hable en presencia ni absencia de sus defectos, si no le compeliere á esto necesidad ó utilidad manifiesta. Conozca que nadie le puede tanto agraviar ni abatir, que más no merezca por sus pecados y desagradescimiento. Desnúdese de todo engaño y fingimiento malicioso, y á todos los hombres ame con sencillo amor, sin sacar á nadie. Á todos tenga por honrados, y á todas por honradas, libre de todo amor sensual y carnal, y á todos desee que alcancen la vida perdurable. No juzgue los hombres ni los mida por la miserable y corruptible aparencia del cuerpo, sino por la dignidad incomprehensible del ánima, que es hecha á imagen de Dios. Á nadie haga mal rostro, ni se muestre airado, ni desabrido, ni triste, sino así en su conversación como en sus palabras y respuestas sea afable y benigno á todos con una mansa gravedad. Las faltas ajenas sufra mansamente, pero las que contrariaren á la honra de Dios, procure con diligencia

emendarlas amigablemente por sí ó por otro. Aborrezca al pecado en el hombre, no al hombre por el pecado: porque el hombre es hechura de Dios, y el pecado hechura del hombre. Esté aparejado cuando convenga para hacer bien á todos, mayormente á los que mal le quieren, y compadézcase así de los que mal hacen como de los que mal padescen. Pero señaladamente se mueva á compasión de las ánimas de los fieles defunctos que en el purgatorio son atormentadas, y ruegue por ellas al Señor. Y para que muy fácilmente se duela de los males ajenos,ponga á sí mismo en lugar de los que padescen, y así sienta los males ajenos como sentiría los suyos proprios. De ninguno tenga envidia, de ninguno murmure, á ninguno disfame, de todos sienta bien, y si algunas siniestras sospechas se levantaren en su corazón, prestamente las deseche de sí. Á ninguno desprecie, y de ningún pecador desespere: porque quien en esta hora es malo, puede por la gracia de Dios mañana estar mudado. Asiente consigo un firme propósito de nunca juzgar á nadie, y procure de interpretar los dichos y hechos ajenos siempre á la mejor parte, oyendo y mirando todas las cosas con sencillo y benigno corazón. Lo que fuere malo, déjelo ser malo: pero ninguna cosa determine atrevidamente ó afirme por cierta, mas haga oración principalmente por sí, como por un gran pecador, y por todos los que obran maldad. No se turbe por los males y desastres que en el mundo acaescen, mas en todas las cosas se fíe de la divina providencia, sin la cual no cae un pájaro en el lazo. Y á la misma providencia divina encomiende á sí y á todas sus cosas seguramente, estribando con humilde confianza en cualquier caso ó fortuna en la misericordia de tan buen Señor, socorriéndose á Él con oración fervorosa, según amonesta el Profeta diciendo: Deja tus cuidados á Dios, que Él te proveerá. Y semejantemente nos amonesta el apóstol S. Pedro diciendo: Arrojemos todos nuestros cuidados en sus manos, porque Él tiene cargo de nosotros. Por donde, puesto que le desampare la consolación interior y sobre esto sea gravísimamente afligido, no deje por eso su sancto propósito, mas persevere ante el Señor lleno de humildad y confianza, sin buscar vanos consuelos con que se recree: porque Él lo consolará. Si el espíritu maligno pusiere en su corazón perversos y abominables pensamientos, no haga caso dellos, sino cierre con presteza los ojos del alma: porque mucho mejor ven-

cerá los tales combates despreciándolos y escupiéndolos, que mirándolos ó altercando con ellos. Ni se tenga por llagado con las saetas á que del todo resiste y prestamente desecha de sí: porque no comete en tal caso culpa que sea necesario confesarla: porque los pecados somos obligados á confesar, no las tentaciones de los pecados á que por ninguna vía consentimos. Las torpezas pensadas no ensucian, si no nos agradan: porque una cosa es sentir el mal, y otra consentirle: y sabemos que muchos sanctos sentieron algunas veces en su carne grandes incentivos de vicios, pero con la razón y voluntad los desterraron.

Nunca deje la sagrada comunión ó otros espirituales ejercicios por hallarse desconsolado, ó turbado y menguado de espíritu, ó por algunas angustias con que por ordenación de Dios es afligido. Porque dado que los tales ejercicios le sean por entonces desabridos, pero á Dios son muy agradables y adelante los hallará provechosos.

No piense que la sanctidad de la vida consiste en sentir en el alma grande consolación y dulzura, ni tenga por cierta y segura devoción el sentimiento tierno del espíritu, con que algunos fácilmente hacen sus ojos fuentes de lágrimas: porque muchas veces se halla en herejes y paganos semejantes blanduras. La verdadera devoción es la buena voluntad, con la cual está determinado el hombre á todo lo que conviene á la honra y servicio de Dios. Ésta persevera siempre con su fructo, puesto que el ánima esté seca y el corazón estéril. Por tanto, no desee el varón espiritual desordenadamente la suavidad interior, mas igualmente esté aparejado para recibirla y para carecer della cuando el Señor quisiere. Si Él tuviere por bien consolarle, reciba con humildad y agradescimiento la merced, y guárdese no use del don para su contentamiento, ni goce de la dádiva olvidándose del dador. Y tan puro y sencillo, tan humilde y tan sosegado permanezca cuando es de Dios visitado, como cuando no lo es. Ni debe tanto asegurarse y descansar en los dones de Dios, cuanto en el dador de ellos, que es nuestro último fin. Por pequeña gracia que reciba, se juzgue por indigno della: antes crea siempre que es merecedor de pena y no de regalos. Si cantando ó rezando no pudiere estar tan atento como desea, no por eso desmaye ni se desconfíe, porque aun las oraciones hechas con corazón distraído son fructuosas y recibidas de Dios, cuando el que ora

padesce contra su voluntad tal distracción y de buena gana hace lo que es en sí, ofresciendo á Dios su buena voluntad y insistiendo en la oración con cuidado y diligencia. Pues no sea impaciente ni desasosegado, ni se congoje demasiadamente: mas poniéndose en las manos de Dios, se alegre porque es Dios tan bueno y tan piadoso que con benignidad sufre á los que hablando con Él en la oración, revuelven en su pensamiento cosas indignas de su presencia. Y así le diga: Señor, Vos sabéis que mi corazón vuela por muchas partes: habed misericordia de mí vilísimo pecador. Buen Jesú, responded por mí, y suplí todas mis faltas. Yo por mi flaqueza resbalo: tenedme Vos, y no cairé. Pero ¿qué diré, que así débil, y enfermo, y dando mil caídas, me aguardáis, porque sois amoroso y benigno?

Ame la lición de libros sagrados: pero anteponga la oración á la lición. No lea en una hora muchas cosas importunamente, porque no canse el espíritu con la prolija lición en lugar de recrearle. Siempre reciba la palabra de Dios con hambre espiritual de la lengua de cualquier que la dijere, aunque baja y grosamente la pronuncie: y cuando sintiere que la oye sin gusto, humíllese y acuse antes su paladar que la rudeza del que dice, creyendo que por su culpa no meresció oirla como le agradase. Dispóngase y desee recibir la sagrada comunión á menudo para loor de Dios: y si no la puede recibir sacramentalmente cuantas veces desea, no se turbe ni inquiete, mas conformándose con la voluntad del Señor, aparéjese para recibirle espiritualmente: porque nadie le podrá impedir que no se llegue al Señor y le reciba espiritualmente, si quiere, mil veces cada día.

Recójase de noche y tómese estrecha cuenta de cómo ha gastado el día y en cuántas cosas ha ofendido al Señor, y pídale perdón de todas, proponiendo firmemente la emienda, con el favor de su gracia. Hecho esto, componga su corpecillo honestamente para dormir, y hállele el sueño (si pudiere ser) meditando en Dios dulcemente, y entretenga sus amorosos deseos para volvérselos cuando despertare. Y á la mañana en despertando, madrugue luego su corazón á Dios, y enderece sus primeros pensamientos y palabras á Él, diciendo con el Profeta: Dios, Dios mio, á ti velo yo por la mañana. Y más abajo torna á decir: En lo mañana pensaré en ti, porque fuiste mi ayudador. Desta manera se apareja el hombre para recibir y continuar la gracia de la devoción, que

nunca se debría interrumpir. Pero si por la confusión y derramamiento de su espíritu no puede libremente convertirse á Dios, ó si durmiendo padesciere algunos feos y torpes sueños, no por esto se entristezca demasiadamente, mas luego que despedido el sueño, volviere á uso de su razón, aborrezca la torpedad que soñó, y sufra con paciencia y humildad la molestia que siente.

Huya no solamente los graves pecados, mas las pequeñas negligencias con todo cuidado y solicitud. Porque si no quisiere guardarse de todo lo que á Dios desplace, y de todo lo que impide ó menoscaba su amor, no podrá alcanzar la perfecta pureza y paz del corazón. Y aunque estas negligencias sean livianas, todavía por tenerse en poco pueden hacerse grandes: porque no hay enemigo tan pequeño que despreciado no sea muy perjudicial. Por lo cual dice S. Gregorio: Algunas veces acaesce ser mayor el peligro de las culpas pequeñas que el de las mayores: porque las mayores, cuanto más claro se conoscen, tanto más fácilmente se emiendan, mas las pequeñas, cuanto menos se conoscen, menos se evitan, y así podrían mucho dañar.

Mas por esto no debe el hombre desconfiar cuando algún pecado destos cometiere, ni huya luego de la presencia de Dios, mas conviértase á Él humilde y confiadamente, y trate con Él del mal que hizo, y de su ingratitud, llorando tiernamente porque ofendió á tan buen Señor. Y no sólo ponga los ojos en su profunda miseria, mas juntamente considere la inmensidad de la misericordia de Dios: la cual no puede faltar á aquéllos que de todo corazón se vuelven á Él. Y para entera satisfacción y emienda de sus pecados ofrezca al eterno Padre la sanctísima vida y amarguísima muerte de su unigénito Hijo, y pida amorosamente al mismo Hijo que con aquella preciosa sangre que por él derramó, le lave y alimpie. Y esto hecho, tenga buen corazón y prosiga su vida con el mismo aliento y corazón que tenía antes que pecara.

Y por algunos defectos y pasiones que por ninguna vía puede acabar de vencer en sí, no desmaye ni se haga pusilánime: mas encomendándolos á la divina misericordia y poniéndose en sus manos, persevere con humildad y paciencia, y nunca pierda la esperanza. Y si cien veces al día cayere, cien veces se levante con esperanza cierta de perdón. Y cada hora proponga fuertemente de ser más vigilante y más atento á lo que debe hacer,

con tanto que no confíe en su propósito ni esfuerzo, sino en sola la bondad de Dios y en el favor de su gracia, la cual nunca falta á quien hace lo que es de su parte.

En todas sus obras, y palabras, y pensamientos, y en todo cuanto hiciere ó dejare de hacer, el primero de sus cuidados sea la pureza de la intención, la cual mire pura y sencillamente la gloria de Dios y el beneplácito de su divina voluntad. Y para esto, cuando se determina de hacer ó decir alguna cosa, examine con atención lo que á eso le mueve, si es Dios, ó su proprio interese: y si hallare que por su respecto se mueve, luego debe sacudir de sí este motivo y negar su intención y voluntad, pretendiendo sólo agradar á Dios en todo lo que hiciere. Los afectos de su ánima debe tener de tal manera ordenados y enderezados á Dios, que Él le sea todo en todas las cosas y á Él solo vea en todas ellas, y á todas ellas en Él. No ponga los ojos en ellas, ni quiera gozar dellas por lo que son, sino todas las mire en Dios, considerando lo principal qua hay en ellas, que es haber manado dél y representarnos algo dél. Desta manera será el gozo de la criatura no sólo más puro, sino también más suave y mayor. Todas sus obras y ejercicios encomiende á la divina Sabiduría, para que Él las enderece y perfecione, y al mismo Salvador y á su eterno Padre las ofrezca en alabanza eterna para la salud de toda la Iglesia, encorporadas y uñidas con las sanctísimas obras y ejercicios de Cristo. Porque desta manera las mismas obras y ejercicios que de sí son viles y bajas, se hacen nobilísimas y muy agradables á Dios: porque de las obras heroicas de Cristo (á cuya sombra se arriman) reciben inestimable dignidad. Por lo cual nos aconseja el Apóstol que ofrezcamos á Dios sacrificios de buenas obras, que le sean agradables por Cristo. Y así, cuantas cosas padesciere, grandes ó pequeñas, interiores ó exteriores, todas las ofrezca á Dios, ayuntándolas también con los trabajos y dolores de Cristo, para que del valor y dignidad de su sacratísima pasión reciban ellas valor.

No sea arrebatado y apresurado en las cosas que entiende hacer, ni se afeccione á ellas con demasiada afición, haciéndose captivo y esclavo dellas, sino siempre trabaje por conservar su corazón en libertad. No siga los movimientos impetuosos de su espíritu, aunque sea en cosas de virtud, mas con miramiento y razón prudentemente sea señor de sus afectos y obras. Ni se fíe

de que sus afectos y movimientos sean buenos: porque ninguna virtud sin discreción es virtud, y hasta el mismo amor de Dios sin discreción se hace furor.

Desvíe de sí con toda discreción cualquiera cosa que le pueda ser ocasión de perder ó impedir la serenidad y paz de su corazón, y con principal diligencia destierre de sí las desenfrenadas pasiones de ira, de cobdicia, de deleite, de temor, de gozo, de tristeza, de amor, de aborrescimiento, con las demás: porque éstas son las que principalmente destierran la paz y libertad del corazón. Y no menos le conviene echar de sí los vanos y indiscretos escrúpulos, y finalmente cualesquier cuidados superfluos que puedan enredar la libertad de su espíritu. Las cosas que no están á su cargo ni le tocan, déjelas totalmente á Dios: y nunca sea muy solícito por las cosas que temporalmente le acaescen, pues en cabo todo lo temporal es perecedero, y así todas las pérdidas temporales no son más que pagas adelantadas. Finalmente apartando así su entendimiento como su afición de las cosas perecederas y mundanas, recoja todas sus fuerzas y potencias dentro de sí mismo, y ahí á solas comunique siempre con Dios.

En todo tiempo y lugar considere reverentemente la presencia de Dios, porque Él á ninguna hora ni parte está absente, mas todo y indivisible está en todo lugar. Y como amigo que tiene junto consigo, le hable amorosamente, mostrando sus fieles deseos y encendidos afectos. Aprenda á tratar con él y de él á solas sin compañía de otros: porque esta familiaridad con Dios en gran manera le es provechosa. Ni desmaye ó pierda la esperanza, viendo tan variable su corazón y hallando grande dificultad en tener el pensamiento fijo en Dios: mas persevere constantemente y déle tantas sofrenadas hasta que le vuelva á la carrera: porque después que con alguna fatiga se acostumbrare á esto, de ahí adelante no sólo le será fácil y suave pensar de Dios y de sus misterios, mas antes no se hallará á estar un solo punto sin él. Y cuando alguna vez hallare su ánima derramada, vuélvala á su primer ejercicio, diciendo: ¿Dónde has andado, ánima mía? ¿Qué provecho traes de haberte apartado de tu Señor, sino perdimiento de tiempo y derramamiento de corazón? Mira no seas callejera y vagabunda, pues ninguna cosa menos conviene á esposa de tan grande Rey.

Ponga otrosí delante sus ojos la imagen de Cristo, Dios y hombre, enclavado en la cruz, y cuanto pudiere lo imprima en el centro de su corazón, saludando y haciendo reverencia con devoción entrañable á aquellas sus sanctísimas heridas, dignas de perpetua memoria, y con una humilde y amorosa osadía se esconda dentro dellas. Y ocupado todo su sentido en esta sagrada imagen de la vida y muerte del Redemptor, no habrá lugar para otras figuras ni imaginaciones extrañas: mas echará fuera todas las fantasías y pensamientos desaprovechados, como con un clavo se saca otro clavo. Así que cuanto le fuere posible, siempre more consigo y trate dentro de sí, desembarazando su corazón y despidiendo dél todas las cosas transitorias, mirando de hito en hito á su Dios que siempre le está mirando, trabando siempre con Él dulces y amorosas palabras. Y tenga por grande pérdida alejarse, aunque sea por muy breve espacio, deste sumo bien, en quien están todos los bienes.

DE DOCE COSAS
MUY PRINCIPALES QUE EL SIERVO DE DIOS HA DE HACER.

CAPÍTULO II.

PORQUE algunos desean traer siempre ante los ojos los principales punctos y documentos de la perfección, para ver siempre el dechado de lo que han de hacer, añadiremos al fin desta regla sumariamente las principales cosas que el siervo de Dios debe hacer, y de las que principalmente se debe apartar.

Cuanto á lo que debe hacer, la primera cosa es que trabaje por andar siempre en la presencia del Señor, como quien asiste delante dél, pues en hecho de verdad Él también asiste á nuestra ánima como criador y conservador y justificador della, dándole gracia y amor, y moviéndola á todo bien, pues nos consta de la doctrina de los sanctos que nunca el hombre se mueve á hacer cosa agradable á Dios, sin que preceda para esto un especial tocamiento y movimiento del mismo Dios. Y si esto no pudiere hacer á la continua, á lo menos levante muchas veces entre día y noche su corazón á Él con breves, amorosas y humildes oraciones y aspiraciones, pidiéndole siempre su ayuda y amor, como persona que nada puede sin Él.

La segunda, que de todo lo que oyere, viere ó leyere, trabaje

siempre, como el abeja entre las flores, de sacar alguna miel que lleve á su colmena: que es alguna devota y amorosa consideración con que pueda criar y sustentar dentro de sí el panal dulce del divino amor. De manera que así como un grande fuego convierte en fuego todo cuanto entra en él (sea agua, sea hierro, sea lo que fuere) así también su corazón debe estar tan encendido en el fuego de este divino amor, que todas cuantas cosas hay en este mundo, le sean materia y incentivos de amor, de cualquier cualidad que sean.

La tercera, que cuando alguna vez desvariare en algunos defectos y derramamientos de corazón, no luego desmaye ni se deje caer con la carga, sino vuélvase al Señor con una humilde y amorosa conversión, reconosciendo su gran miseria y la grandeza de su misericordia, y haciendo todo lo que es de su parte por volver al estado en que estaba, y llevar adelante lo comenzado.

La cuarta, que en todas las cosas procure la pureza de la intención en todas sus obras: para lo cual conviene que atentamente escudriñe todas sus palabras y obras y pensamientos, y mire la intención que en ellas tiene, y procure siempre de rectificarla y enderezarla, ofresciendo todo lo que así hiciere, á gloria de Dios, no solamente una vez al día, mas todas las veces que de nuevo comenzare á poner las manos en algo.

La quinta, que trabaje de andar, aunque sea en tiempo de paz, armado y apercibido para recibir con humildad y mansedumbre todas las cosas que de súbito se levantaren contra él. Porque la ira, aunque algunas veces sirva para algo, mas por milagro acierta á salir bien, y siempre deja á la consciencia escrupulosa y temerosa si excedió ó no excedió, &c. De manera que ella es una de las pasiones de que con menos perjuicio podría carecer el siervo de Dios: y si del todo la pudiese cortar de sí, está claro que viviría en grande paz.

La sexta, que no siendo prelado ni señor de familia, siempre desvíe sus ojos de los defectos ajenos, y tráyalos siempre puestos en los suyos: porque lo primero trae consigo indignación, y soberbia, y juicios temerarios, y desasosiego de consciencia, y celos indiscretos, y otras cosas que perturban el corazón: mas lo segundo trae confusión de la propria consciencia, y temor de Dios, y humildad y recogimiento de corazón.

La séptima, que no sólo con el ánima sino también con el cuerpo se aparte de todas las cosas culpables y transitorias, y se llegue á Dios de todo corazón: porque cuanto más esto hiciere, tanto tendrá menos de hombre y participará más de Dios. Porque el que ama las cosas pasaderas y transitorias, es por fuerza que él también ha de pasar y alterarse con ellas: mas el que ama á solo Dios, participa en su manera la estabilidad y firmeza de Dios. Apártese también de la muchedumbre de los negocios, aunque no sean malos, si son demasiados: porque éstos también distraen el corazón y no lo dejan quietar en Dios. Por donde altamente dijo un filósofo platónico que el que quisiese llegarse á Dios y hacerse semejante á Él, había de apartarse de todas estas cosas: lo cual él concluía desta manera. Dios es único y sumo bien, y por tanto el que quisiere ser semejante á Él, ha de apartarse de todo lo que es contrario á Él. Y pues Él es sumamente bueno, debe apartarse de las cosas malas: y pues es sumamente alto, debe apartarse de las bajas: y pues es sumamente uno, debe apartarse de las muchas, para que así se haga bueno, alto y único como Él es. En las cuales palabras singularmente puso tres grados de apartamientos: el primero de cosas malas, el segundo de las bajas, aunque no fuesen malas (como son allegar hacienda y otras semejantes) y el tercero de las muchas (que es de la variedad y muchedumbre de las ocupaciones, aunque sean buenas, cuando son demasiadas) porque éstas, aunque no ensucian el corazón con su malicia, diviértenlo con su muchedumbre y sácanlo de aquella paz y silencio de que goza el que tiene su fiesta y sábado con solo Dios. El primer grado paresce que es de los que comienzan, el segundo de los que aprovechan, el tercero de los perfectos. El cuarto (que á éstos añade la perfección cristiana) es de los que ocupados en muchas cosas de fuera, no por eso pierden el silencio y gozo de dentro. El cual ya no es tanto de hombres como de ángeles, los cuales sin dejar un punto de ver á Dios, andan ocupados en los negocios de nuestra salud: el cual grado pertenece á la vida evangélica y apostólica.

La octava, que ponga siempre sus ojos en la vida de Cristo y en su sacratísima pasión, y conversación, y doctrina: y trabaje (cuanto le sea posible) por imitar aquellos tan ilustres ejemplos de virtudes suyas, aquella humildad, y caridad, y misericordia,

y obediencia, y pobreza, y aspereza de vida, y menosprecio de mundo, y amor de nuestra salud que tuvo, haciendo cuenta que en cada cosa destas le está siempre diciendo: Ejemplo os he dado, para que así como yo hice, así vosotros hagáis.

La nona, que trabaje siempre cuanto pudiere por negar su propria voluntad, resignándola del todo (como hacen los que resignan beneficios) en las manos de Dios: de tal manera, que del todo muera en Él su propria voluntad, y viva sola la de Dios (que esto es reinar Él en nosotros, y no nosotros) lo cual se debe hacer en todo género de cosas, adversas ó prósperas, tristes ó alegres, dulces ó amargas, así en vida como en muerte.

La décima, que en todas sus tribulaciones, cuidados y negocios se acorra á Dios humilde y confiadamente, con espíritu y corazón de hijo que tiene tan piadoso y poderoso Padre, remitiendo todas las cosas á su providencia y tomándolas como de su mano, desechando y sacudiendo de sí todo cuidado, y arrojándolo en sus brazos.

La undécima, que sea agradescido á Dios por todos sus beneficios, y por todos ellos, así mayores como menores, le dé siempre gracias, no mirando tanto á la dádiva cuanto á la indignidad de quien la recibe, y á la grandeza de quien la da, y al amor con que la da, pues no da con menor amor las cosas pequeñas que las grandes.

La duodécima, que corte y despida de sí con grande y generoso corazón todas las cosas que sintiere serle alguna ocasión de menos aprovechar, ora sean corporales, ora espirituales: como es amor de personas, estudios, libros, conversaciones, ejercicios y familiaridades, aunque sean espirituales, cuando sintiere que le traban del corazón y lo retraen de su aprovechamiento.

DE DOCE MANERAS DE DEFECTOS QUÉ SE DEBEN MUCHO EVITAR EN LA VIDA ESPIRITUAL

CAPÍTULO III.

Muchos defectos hay por donde se impide el aprovechamiento en la vida espiritual, y por donde muchos á cabo de muchos años se son los mismos que siempre se eran. De los cuales señalaremos aquí otros doce de los más principales, en los

cuales (como en un espejo) se debe el hombre mirar para que entienda sus faltas y conozca por qué causa se impide su aprovechamiento, y así procure el remedio.

El primero dellos es ser el hombre muy dado á los ejercicios y negocios exteriores, y por esto muchas veces caresce de las visitaciones y consolaciones interiores: porque no puede nadie hallar fuera de sí lo que dentro de sí ha de buscar.

El segundo es querer ser demasiadamente amigable y afable con todos: de donde nasce que no se sabe sacudir de los negocios y personas cuando es menester, y así pierde tiempo, y falta muchas veces en sus ejercicios, por no faltar á los hombres: de donde viene á ser que tanto menos agrade á Dios, cuanto más procura agradar al mundo.

El tercero, que algunas veces es para con Dios menos humilde y más atrevido de lo que debría, y así viene á perder aquella vergüenza espiritual que para con Él se requiere, que es hija de la humildad y madre del aprovechamiento.

El cuarto, que algunas veces se va de boca, y se arroja á los negocios inconsideradamente, más con ímpetu de ánimo que con juicio de razón: de donde viene á perder la paz y tranquilidad del corazón con el demasiado fervor, y errar también los mismos negocios, por la priesa que se da en ellos, porque escrito está: El que tiene los pies ligeros, es cierto que ha de caer. Por donde en todas las cosas conviene siempre tener juicio reposado, que es amigo y compañero fiel de toda prudencia.

El quinto, que por ventura algunas veces se tiene en algo y presume de sí y de sus virtudes, aunque él no lo entiende, y así con el fariseo secretamente desprecia los otros y se tiene en más: de donde viene á carecer del fundamento de todas las virtudes, que es la humildad.

El sexto, que es inclinado á juzgar los otros y á agraviar y condenar sus hechos: de donde viene á resfriarse en la caridad, porque mientra más encaresce los males ajenos, más aguza el cuchillo con que hace guerra á la caridad, que nasce de la buena opinión que de los prójimos tenemos.

El séptimo, que aun tiene mucha parte de su amor puesto en las cosas transitorias, y por esto con razón le es quitado mucho del divino amor.

El octavo, que es muy tibio y flojo en los ejercicios de la

oración, comenzándolos con pereza, y prosiguiéndolos con flojedad, y acabándolos sin fructo: de donde viene muchas veces á ser privado de las visitaciones del Señor y del esfuerzo de la devoción.

El nono, que es muy flojo y negligente en el negocio de la mortificación y en la victoria de sí mismo: de donde nasce que no pueda vivir á Dios quien vive á sí mismo, ni ser transformado en Dios el que no está aun mortificado en sí.

El décimo, que no anda recogido dentro de sí mismo, sino muy derramado y fuera de sí: de donde nasce que no sepa tanto de sí cuanto era menester, y así ni sepa despreciarse ni guardarse como conviene.

El undécimo, que todavía se quiere mucho y es grande amador de sí mismo, y de su propria voluntad, y de su regalo: de donde nasce que ni se puede negar á sí, ni abrazar la cruz de Cristo, ni mortificar la naturaleza, y así no puede alcanzar la perfección de la vida evangélica.

El duodécimo, que es inconstante y liviano en los buenos propósitos que propone, quebrantándolos con facilidad por cualquier ocasión que se le ofresce: de donde nasce que faltándole la perseverancia, que es la que sola lleva las cosas al cabo, todo se le vaya en comienzos, y así no crezca ni aproveche en la vida espiritual. De donde nace que algunos hay que son como las parras que dicen de siete veces, que todo el año llevan fruto, y nunca jamás lo llegan á madurar.

FIN

MEMORIAL

DE

LO QUE DEBE HACER

EL CRISTIANO

CON ALGUNAS ORACIONES MUY DEVOTAS

PARA PEDIR EL AMOR DE DIOS Y PARA OTROS PROPÓSITOS

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO

VÉNDESE EN CASA DE IOANNES BLAVIO
IMPRIMIDOR EN LA RUA DE LOS ESCUDEROS

EN LISBOA, 1561.

Fueron vistos y examinados estos dos tratados por el Reverendo P. Presentado F. Francisco Foreiro, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en estos reinos de Portugal.

COMIENZA EL MEMORIAL

DE

LO QUE DEBE HACER EL BUEN CRISTIANO

El mayor de todos los negocios del mundo (para el cual solo el hombre fué criado, y para el cual fueron criadas todas las cosas del mundo, y por el cual el mismo Criador y Señor de todo vino al mundo, y murió y predicó en el mundo) es la salvación y sanctificación del hombre. Pues el que de veras y de todo corazón desea cumplir con este tan gran negocio (en cuya comparación es nada todo cuanto hay de los cielos abajo) la suma de todo lo que para esto debe hacer, consiste en una sola cosa, que es, en tener en su ánima un muy firme y determinado propósito de nunca jamás cometer pecado mortal por cosa del mundo, que sea hacienda, que sea honra, que sea vida, ó cosa semejante. De manera que así como la buena mujer y el buen capitán están determinados de morir antes que hacer traición, la una á su marido y el otro á su rey, así el buen cristiano ha de estar determinado de nunca hacer este linaje de traición á Dios: la cual se comete por un pecado mortal. Y pecado mortal llamamos aquí brevemente cualquiera cosa que se comete contra alguno de los mandamientos de Dios ó de la sancta madre Iglesia.

Y como haya muchas maneras de estos pecados, los más ordinarios y en que más veces suelen caer los hombres, son cinco, conviene saber, odios, carnalidades, jurar el nombre de Dios en vano, tomar lo ajeno y detraer y infamar al prójimo, y otros tales. El que déstos se apartare, fácilmente podrá evitar todos los otros. Ésta es la suma de todo lo que el buen cristiano debe hacer (comprehendida en pocas palabras) y esto basta para su salvación. Mas porque cumplir con esta obligación enteramente es cosa que tiene grandes dificultades (por los grandes lazos y

peligros que hay en el mundo, y por la mala inclinación de nuestra carne, y por los combates continuos del enemigo) por esto debe el hombre ayudarse de todas las cosas que para esto le pueden servir: y aquí está la llave de todo este negocio.

Entre las cuales la primera es considerar profundamente qué tan grande mal sea un pecado mortal, para provocarse con esto al temor y aborrescimiento dél. Y para esto debe considerar dos cosas entre otras muchas: la primera, qué es lo que por el pecado mortal se pierde, y la segunda, qué tanto es lo que Dios lo aborresce.

Cuanto á lo primero, por el pecado mortal se pierde la gracia de Dios: piérdese la caridad y todas las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, que de ella proceden: piérdese el derecho de la vida eterna, que se da por la gracia: piérdese la amistad de Dios y la adopción y título de hijos de Dios, y el tratamiento y regalo de hijos, y la providencia paternal que Dios tiene de todos aquéllos que así toma por hijos. Piérdese también el fructo y mérito de todas las buenas obras que el hombre ha hecho dende que nasció hasta aquella hora: y piérdese la participación y comunicación de los bienes que se hacen por toda la Iglesia: y piérdese también el mérito de todos los bienes que el hombre hace de presente: y finalmente por el pecado se pierde Dios (que es bien infinito) y gánase el infierno (que es mal infinito) pues priva de Dios y dura para siempre. De donde viene á ser que el ánima que hasta entonces era templo vivo de Dios y esposa del Espíritu Sancto, queda hecha esclava del demonio y cueva de Satanás. Esto es en suma lo que por el pecado se pierde.

Mas cuánto sea lo que Dios lo aborresce, conoscerse ha esto por los castigos espantables que contra él tiene hechos dende el principio del mundo, especialmente por el castigo de aquel grande ángel, y de aquel primer hombre, y de todo el mundo con las aguas del diluvio, y de aquellas cinco ciudades que ardieron con llamas del cielo, y de la destrucción de Hierusalem, y de Babilonia, y de otras muchas cibdades, reinos y imperios: y sobre todo, por el castigo que se da en el infierno por un pecado: y mucho más por aquel tan grande y tan espantoso castigo y sacrificio que se hizo en las espaldas de Cristo, el cual quiso Dios que muriese por matar y desterrar del mundo una cosa que El tanto aborrescía, como es el pecado. Quien estas cosas profundamente

considerare, no podrá dejar de quedar atónito de ver la facilidad con que los hombres el día de hoy hacen un pecado. Ésta es, pues, la primera cosa que sirve grandemente para evitarlo y aborrescerlo.

Lo segundo, ayuda también para esto huir prudentemente las ocasiones de los pecados, como son, juegos, malas compañías, peligrosas conversaciones y pláticas desordenadas, y señaladamente vista de ojos, y otras cosas semejantes. Porque si el hombre quedó tan flaco por el pecado, que él mismo de su proprio estado se cae y peca, ¿qué hará si la ocasión le tira por la halda, convidándole con la presencia del objecto y con la oportunidad y facilidad para pecar, mayormente siendo verdad lo que comúnmente se dice, que en el arca abierta el justo peca?

Lo tercero, ayuda también para esto resistir al principio de la tentación con grandísima ligereza, y sacudir de sí la centella del mal pensamiento antes que prenda en el corazón. Porque desta manera resiste el hombre con grande facilidad y con grande merescimiento: y si se tarda un poco, acresciéntase después el trabajo de la resistencia, y pierde el merescimiento de la victoria, y comete con esta negligencia nueva culpa, que por lo menos será venial, y á veces será mortal. Y para esto sirve levantar luego los ojos del ánima á Cristo crucificado, mirándolo con aquella dolorosa figura que estaba en la cruz, despedazado, y descoyuntado, y corriendo sangre, pensando que todo aquello padesció Él por el pecado, y pidiéndole instantemente fortaleza y gracia para vencerlo.

Lo cuarto, ayuda también á esto examinar cada día, antes que el hombre se acueste, su consciencia, y mirar en lo que ha pecado aquel día, y acusarse dello ante nuestro Señor, y pedirle perdón y la gracia para la emienda dello: y á la mañana, cuando se levanta, armarse y apercibirse con nueva oración y determinación contra aquel pecado ó pecados á que se siente más inclinado, y poner allí mayor recaudo, donde siente mayor peligro.

Lo quinto, ayuda también para esto evitar cuanto sea posible los pecados veniales, porque éstos disponen para los mortales. Por donde así como los que temen mucho la muerte, trabajan todo lo posible por excusar las enfermedades, que disponen y abren camino para ella, así también los que desean evitar los pecados mortales (que son muerte del ánima) deben cuanto sea

posible evitar también los veniales, que son enfermedades que disponen para ella. Y demás desto, el que fuere solícito y fiel en lo poco, mucho de creer es que lo será también en lo mucho, y que quien anda con cuidado de evitar los males menores, más seguro estará de los mayores. Y por pecados veniales entendemos aquí palabras ociosas, risas desordenadas, comer, beber, dormir demasiado, tiempo malgastado, mentiras livianas y otras cosas tales que aunque no quitan la caridad, apagan el fervor della (que es un gran mal) y aunque no matan el ánima, disponen (como dijimos) para la muerte de ella.

Lo sexto, ayuda también para esto la aspereza y mal tratamiento de la carne, así en el comer como en el dormir y vestir, y en todo lo demás: la cual (como sea un manantial y incentivo de todos los pecados) cuanto más flaca y debilitada estuviere, tanto más débiles y flacos serán los apetitos y pasiones que della procederán. Porque así como la tierra seca y flaca lleva también flacas las plantas que en ella nascen, pero si es tierra gruesa y está bien regada y estercolada, las lleva por el contrario muy verdes y muy poderosas, así también lo hace esta nuestra carne acerca de las pasiones que della proceden, según estuviere mal tratada ó bien tratada.

Y demás desto cónstanos ya que el mayor enemigo y el mayor contradictor que tiene la virtud, es esta carne: la cual con la fuerza de sus apetitos y con el deseo de su buen tratamiento y regalo nos impide todos los buenos ejercicios, así de oración, lición, silencio, recogimiento, ayunos y vigilias, como todos los demás. Por donde si nos ponemos en costumbre de rendirnos y obedescer á sus apetitos, del todo nos queda cerrada la puerta á todos los ejercicios de virtud. Y por el contrario, si nos habituamos á resistirla, y contradecirla, y pelear contra todas estas viciosas inclinaciones suyas (alcanzada esta victoria, y hecho ya hábito desto con el uso del pelear) ninguna resistencia hallaremos en la virtud, porque ella por sí no es áspera ni dificultosa, sino por la corrupción de nuestra carne. Y por esto el verdadero amador de Dios no debe cesar ni dar descanso á sus ojos, hasta que llegue á este grado de virtud, que venga á tratar su cuerpo ó como á un grande enemigo y tirano (pues en hecho de verdad lo es) ó como á un esclavo ladrón y de malas mañas, que le han de dar (como dicen) del pan y del palo, ó á lo menos

como á hijo que un padre virtuoso y discreto cría sin ningún regalo, antes con todo rigor y aspereza, nunca monstrándole el rostro alegre, haciendo en esto fuerza á su natural afición, por el bien del mismo mozo. Pues de esta manera debe el siervo de Dios tratar su proprio cuerpo, y hasta que aquí haya llegado, no se tenga por aprovechado, ni aun por bien encaminado en la carrera de la virtud. Bienaventurado el que aquí llegó, el que así trata su cuerpo, el que así lo trae arrastrado, fatigado y mal tratado, alcanzado de sueño y de mantenimiento, el que así lo hace por fuerza servir al espíritu, y el que así ha vencido ya la misma naturaleza. Porque el que esto hace, no vive ya según carne y sangre, sino según el espíritu de Cristo: ni milita ya debajo de las leyes de naturaleza, porque está hecho señor de la naturaleza, ni se puede llamar puramente hombre, porque es más que hombre. Y si esto es así, por aquí podrás ver la perdición del mundo, pues en ninguna otra cosa entiende sino en procurar por todas las vías posibles todo género de regalo y buen tratamiento del cuerpo, siendo esto una cosa tan repugnante y tan contraria al espíritu y Evangelio de Cristo.

Verdad es que todo esto se ha de hacer con discreción y moderación: mas esto á pocos es menester aconsejarse el día de hoy. Y para acertar en esto, debe el hombre todas cuantas veces se llega á la mesa, demás de la bendición della, levantar el corazón á Dios, y pedirle esta templanza, y procurar él cuando come por retenerla.

Lo séptimo, ayuda también para esto traer siempre grande cuenta con la lengua: porque ésta es la parte con que más fácilmente y más veces pecamos: porque la lengua es un miembro muy deleznable, que facilísimamente desvara en mil maneras de palabras feas, airadas, jactanciosas, vanas, y asimismo en mentiras, juramentos, maldiciones, murmuraciones, lisonjas, y otras tales. Por donde dijo el Sabio que en el mucho hablar no podía faltar pecado, y que la muerte y la vida estaba en la mano de la lengua. Por lo cual es muy buen consejo que todas cuantas veces hubieres de hablar en materias y con personas donde puedes recelar algún peligro, ó de murmuración, ó de jactancia, ó de mentira, ó de vanagloria, que primero levantes los ojos á Dios, y te encomiendes á Él, y le digas con el Profeta: *Pone, Domine, custodiam ori meo, & ostium circumstantiæ labiis meis.* Y junto con esto, mientra hablares, lleva grande tiento en las palabras

(como lo lleva el que pasa un río por algunas piedras que están en él atravesadas) para que no desvares en alguno destos peligros.

Lo octavo, ayuda el no dejar pegar el corazón con demasiado amor á ninguna cosa visible, sea honra, sea hacienda, sean hijos, ó deudos, ó amigos. Porque este amor es un gran motivo cuasi de cuantos pecados, cuidados, enojos, pasiones y desasosiegos hay en el mundo. Por lo cual dijo el Apóstol que la cobdicia (que es la demasiada afición de las cosas temporales) era raíz de todos los males. Por esto debe el hombre vivir siempre con atención y cuidado de no dejar pegar el corazón demasiadamente á estas cosas: antes debe siempre tirarle del freno (cuando viere que se va de boca) y no querer las cosas más de como ellas merescen ser queridas, que es como bienes pequeños, frágiles, inciertos y momentáneos, desviando el corazón de ellos y traspasándole á aquel sumo, único y verdadero bien. El que desta manera amare las cosas temporales, no se desperescerá por ellas cuando le faltaren, ni se ahogará cuando se las quitaren, ni cometerá otra infinitas maneras de pecados que cometen los amadores destas cosas, ó por alcanzarlas, ó por acrescentarlas, ó por defenderlas. Aquí está la llave de todo este negocio: porque sin duda el que este amor ha templado, señor es ya del mundo y del pecado.

Lo nono, ayuda también para esto la virtud de la limosna y misericordia: por la cual meresce el hombre alcanzarla delante de Dios, y ella es una de las grandes armas que hay contra el pecado. Por lo cual dijo el Eclesiástico: La limosna del hombre es como bolsa de dinero que lleva consigo, y ella es la que conservará su gracia como la lumbre de los ojos, y ella le defenderá y peleará contra sus enemigos más que la lanza y que el escudo del poderoso. Acuérdese también el hombre que todo el fundamento de la vida cristiana es caridad, y que ésta es la señal por donde habemos de ser conoscidos por discípulos de Cristo: y la señal de esta caridad es la limosna y misericordia para con enfermos, pobres, atribulados, encarcelados, y para con todos los miserables. Á los cuales debemos ayudar y socorrer según nuestra posibilidad, con obras piadosas, y con palabras blandas, y con oraciones devotas, rogando al Señor por ellos, y ayudándolos con lo que tuviéremos.

Lo décimo, ayuda mucho para esto la lición de los buenos libros (así como daña mucho la de los malos) porque la palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento, nuestro maestro, nuestra guía, nuestras armas y todo nuestro bien, pues ella es la que hinche nuestro entendimiento de luz, y nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto ayuda á recoger el corazón cuando está más distraído, y á despertar la devoción cuando está más apagada y más dormida.

Lo undécimo, ayuda también para esto andar siempre en la presencia de Dios, y traerlo ante los ojos presente (en cuanto nos sea posible) como testigo de nuestras obras, y juez de nuestra vida, y ayudador de nuestra flaqueza, pidiéndole siempre como á tal con devotas y humildes oraciones el socorro de su gracia.

Mas esta continuada atención no sólo ha de ser á Dios, sino también al regimiento y gobierno de nuestra vida, de tal manera, que el un ojo traiga siempre puesto en Él para reverenciarlo y pedirle misericordia, y el otro en lo que hubiere de hacer y decir, para que en ninguna cosa salga del compás de la razón. Y esta manera de atención y vigilancia es el principal gobernalle de nuestra vida. Y si no pudiéremos continuar esta manera de atencion á Dios, á lo menos procuremos de levantar el corazón á Él muchas veces entre día y noche con algunas breves oraciones, las cuales para esto debemos tener diputadas. Y entre ellas es muy alabado de Casiano aquel verso de David que dice: *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina*: y otros mil tales como éste se hallarán á cada paso en el mismo Profeta. Cuando nos acostamos, dice S. Juan Clímaco que nos pongamos como estaremos en la sepultura, y que por esta manera de jácigo pensemos en el otro. Y será bien decir el hombre sobre sí un responso, como sobre un defuncto. Cuando despertáremos de noche, sea diciendo un *Gloria Patri,* ó cosa semejante: y cuando abrimos los ojos por la mañana, sea diciendo: *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo* &c. ó *Diligam te, Domine, fortitudo mea, Dominus firmamentum meum & refugium meum & liberator meus,* ó cosa semejante: y cuando estuviéremos comiendo, dice el mismo Sancto que cada bocado remojemos en la sangre y en la hiel y vinagre de Cristo.

Lo duodécimo, ayuda la frecuencia de los sacramentos, que

son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devoción, estribos de nuestra esperanza, socorros de nuestra miseria, tesoros de la divina gracia, prendas de su gloria y testimonios de su amor. Y por esto debe el siervo de Dios darle gracias por este beneficio, y aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, usando dél á sus tiempos, unos más á menudo y otros menos, según el gusto de su devoción, y el fructo de su aprovechamiento, y el consejo de sus padres espirituales.

Lo décimotercio, ayuda la oración, que es la que tiene por oficio pedir gracia (como los sacramentos lo tienen de darla) y así le corresponde por premio alcanzarla, cuando se hace como se debe hacer. Pues por ésta pida el hombre al Señor entre todas sus peticiones principalmente ésta, que lo libre de los lazos del enemigo y que nunca le permita caer en pecado mortal.

Y porque debajo de nombre de oración entendemos también la meditación y consideración de las cosas divinas, debe el hombre tener también sus tiempos y horas señaladas para darse á ella, y también sus materias diputadas en que se haya de ejercitar. Y para este propósito hace mucho al caso pensar en aquellas cuatro cosas postrimeras, que son, muerte, juicio, paraíso y infierno: cuya consideración ayuda singularmente á verdadera penitencia, temor de Dios, menosprecio del mundo, y aborrescimiento del pecado, según aquello que esta escripto: Acuérdate de tus postrimerías (que son estas cuatro cosas sobredichas) y nunca jamás pecarás. Vale también para esto y para todo lo demás la memoria de los beneficios divinos y de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, especialmente de su sagrada pasión, en la cual debe el hombre ordinariamente pensar. Y en cada uno de los pasos que pensare, debe tener respecto y enderezar su atención á estas cuatro cosas: la primera, á compadescerse de los trabajos que el Hijo de Dios por nuestra causa padesció: la segunda, á aborrescer el pecado, por cuya destruición tantas cosas padesció: la tercera, á imitar los ejemplos tan admirables de humildad, caridad, paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida como allí nos descubrió: y la cuarta, á conoscer por ella la grandeza de su bondad, caridad, justicia y

misericordia, para amar la bondad y caridad, temer la justicia, y esperar en la misericordia que ahí nos descubrió.

Y antes de entrar en la consideración destas cosas, ayudará mucho para despertar nuestra devoción la lición de algún libro espiritual y devoto (como son las *Meditaciones* de S. Augustín, *Contemptus mundi*, y otros tales) ó rezar algunos psalmos ó oraciones vocales: para lo cual pueden servir las que en este tratadillo van, para comenzar con esto á recoger el corazón y despertar la devoción, á lo cual señaladamente sirven las palabras devotas, que son (como dijo muy bien S. Buenaventura) atizadores y fuelles de la devoción.

Éstos son los principales remedios que tenemos contra todo género de vicios. Y á estos trece sobredichos añadiré aquí otros tres más breves, que no menos ayudarán que muchos de los pasados. Entre los cuales el primero es huir la ociosidad, raíz cuasi de todos los vicios: porque (como está escripto) muchas malicias enseñó al hombre la ociosidad. La tierra ociosa se hinche de espinas, y el agua estantía, de sapos y de otras inmundicias: y así también el ánima del ocioso se hinche de vicios y se hace inventora de nuevas maldades.

El segundo remedio es la soledad, que es madre y guarda de la inocencia, pues nos quita de un golpe las ocasiones de todos los pecados. Éste es un linaje de remedio que fué enviado del cielo al Bienaventurado Arsenio, el cual oyó de lo alto una voz que le dijo: Arsenio, huye, calla y reposa. Por esto debe el siervo de Dios despedir de sí y dar de mano (en cuanto le sea posible) á todas las visitaciones, conversaciones y cumplimientos de mundo: porque en éstas ordinariamente nunca faltan murmuraciones, escarnios, malicias, historias y otras cosas tales. Y si desto algunos se agraviaren, traguen esto por amor de la virtud: porque menos inconveniente es tener á los hombres quejosos que á Dios.

El tercero (que vale así para esto mismo como para otras muchas cosas) es romper con el mundo, no haciendo caso del qué dirán (no habiendo escándalo activo) porque todos estos miedos y respetos, examinados bien y pesados en una balanza, al cabo son viento y espantajos de niños y de bestias espantadizas que de nada se asombran. Y finalmente, el que tuviere mucha cuenta con el mundo, imposible es que sea verdadero siervo de Cristo.

Tienes agora aquí, cristiano lector, diez y seis remedios generales contra todo género de pecado. Otros hay particulares contra particulares pecados, de que al presente no es necesario tratar. Mas para conclusión y guarda de todo lo susodicho debes traer siempre ante los ojos cuidado destas cuatro cosas: conviene saber, de castigar el cuerpo, guardar la lengua, mortificar los apetitos de la propria voluntad, y traer siempre el espíritu recogido y puesto en Dios. Porque con estas cuatro cosas se reforman la carne, lengua, apetito y entendimiento, que son las cuatro principales partes por do pecamos.

FIN

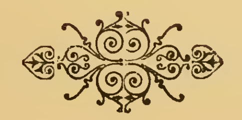
TRATADO

DE ALGUNAS MUY

DEVOTAS ORACIONES

PARA PROVOCAR

AL AMOR DE DIOS Y DE LAS OTRAS VIRTUDES.



IMPRESO EN LISBOA
En Casa de Ioannes Blavio de Colonia
Año Domini
1561

Véndese en casa de Ioannes Blavio
en la rua de los Escuderos.

Á la Serenísima Infanta

DOÑA MARÍA

Como es tan conoscida en estos reinos la cristiandad y religión de V. A., paresce que nadie le puede hacer mayor servicio que quien le ofresciere alguna cosa que sirva á su religión y devoción. Y porque entre todas las maneras de oraciones y devociones que hay, aquéllas son más aprobadas, que son tomadas de las palabras de la Escritura divina y de los dichos de los sanctos, tomé yo atrevimiento á servir á V. A. con ésta, que destas fuentes se ha cogido. La cual va repartida en ocho partes, conforme al número de las horas canónicas, que contadas con las Laudes, hacen este número. El propósito desta oración (para que V. A. más guste della) es éste. Tres partes de justicia comprehende la vida cristiana, que son, cumplir con las obligaciones que tenemos á Dios, y á nos, y á nuestros prójimos. Entre estas obligaciones, la primera (que es la que tenemos á Dios) es la mayor: la cual comprehende muchas cosas, porque (como luego se dirá) á 'su divinidad se debe adoración, á su majestad reverencia, á sus perfeciones alabanza, á sus beneficios agrasdecimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia y providencia esperanza, al señorío de su majestad obediencia, á la posesión de todas las cosas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida. Estos actos de virtudes (como unos tributos y derechos reales) se deben á Dios. Y para cumplir en alguna manera con ellos se ordenaron estas siguientes oraciones, referiendo cada cual dellas á cada uno destos títulos, y acabándola con algún pedazo de un psalmo de David, que deste propósito trate. Y quien estas oraciones rezare con aquella verdad y con aquel afecto y sentimiento de corazón que pide cada obligación déstas, habrá cumplido en alguna manera con esta tan principal parte de justicia, de donde se derivan todas las otras. Juntamente con esto van aquí otras oraciones devotas para sus propósitos, como V. A. verá. Cuya serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con favores del cielo.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

en la cual se ejercitan los actos de muchas nobilísimas virtudes, y especialmente del amor y temor de Dios.

PREÁMBULO PARA ANTES DESTA ORACIÓN.

De la preparación y ánimo con que se ha de hacer.

CUANDO te asentares (dice el Sabio) á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues conforme á este documento, el que se llega á tratar con Dios en la oración, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente quién Él es: porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con Él, cual es el que allí se le pone delante. Levante, pues, húmilmente los ojos á lo alto, y mírelo asentado en el trono de su majestad sobre todo lo criado, y considere cómo Él es el que tiene en su vestidura y en su muslo escrito, Rey de los reyes y Señor de los señores: y también cómo Él es infinitamente perfeto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable: y cómo también es benignísimo padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo Redemptor y Salvador.

Y después que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos, y hallará que por la parte que es Dios, meresce ser adorado: por la que es infinitamente perfeto y glorioso, alabado: por la que es bueno y hermoso, amado: por la que es terrible y justo, temido: por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedescido: por razón de sus beneficios meresce infinitas bendiciones y gracias: y por ser nuestro Criador y Redemptor meresce que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo: y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que á Él solo pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador: de manera que á su divinidad se debe adoración, á sus perfeciones alabanza, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia esperanza, al señorío de su majestad obediencia, á la posesión de todas las co-

sas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida.

Éstas son las virtudes y éstos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar á este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se ejercitan en la oración: y ésta es una de las mayores excelencias que ella tiene, que haciéndose como conviene, entrevengan en ella los actos de todas estas nobilísimas virtudes, fe, esperanza, caridad, humildad, religión, temor de Dios, y otras tales, como claramente se verá en estas ocho oraciones siguientes (que todo esto contienen) las cuales por eso conviene que sean muy estimadas y con mucha devoción y sosiego ejercitadas.

Y porque el justo al principio es acusador de sí mismo, y la puerta primera para entrar á Dios es la penitencia y la humildad, debe el hombre ante que las comience, rezar devotamente la confesión general, ó alguno de los siete Psalmos Penitenciales: y esto hecho, comience su oración.

SÍGUENSE LAS ORACIONES

ORACIÓN PRIMERA.

Si aquel publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo, sino dende lejos hería sus pechos, diciendo: Señor Dios, apiádate de mí pecador: y si aquella sancta pecadora no osó aparescer ante la cara del Señor, sino rodeando por las espaldas, se derribó á sus pies y con las lágrimas de sus ojos alcanzó el perdón de sus pecados: y si aquel sancto patriarca Abraham, queriendo hablar, Señor, con Vos, decía: Hablaré con mi Señor, aunque sea polvo y ceniza: si éstos así estaban derribados y humillados cuando se presentaban ante vuestra Majestad, siendo quien eran, ¿qué hará un tan pobre y miserable pecador? ¿Qué hará la podre y la ceniza? ¿Qué hará el abismo de todos los pecados y miserias? Mas porque no puedo yo, Señor, alcanzar aquel temor y reverencia que se debe á vuestra Majestad, sino poniendo los ojos en ella, dadme licencia para que ose yo levantar mis ojos

lagañosos á Vos, sin que el resplandor de vuestra gloria reverbere la flaqueza de mi vista. Bien veo que sois Vos aquel Dios grande que vence nuestra sabiduría. Bien sé que ningún entendimiento criado os puede comprehender: mas con todo esto, aunque nadie os comprehenda, nadie puede hacer mejor cosa que poner los ojos en Vos.

Pues ¡oh sumo, omnipotentísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, presentísimo, hermosísimo, fortísimo, estable y incomprehensible, simplicísimo y perfectísimo, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda: á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan: á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden: á quien ni la origen dió principio, ni los tiempos augmento, ni los acaescimientos darán fin: porque en los siglos de los siglos permanescéis para siempre! Vos sois el que alcanzáis de cabo á cabo juntamente, y disponéis todas las cosas suavemente. Vos sois el que criastes todas las cosas sin necesidad, y las sustentáis sin cansancio, y las regís sin trabajo, y las movéis sin ser movido. Vos sois todo ojos, todo pies y todo manos: todo ojos, porque todo lo veis, todo pies, porque todo lo sustentáis, y todo manos, porque todo lo obráis. Vos estáis dentro de todas las cosas, y no estrechado: fuera de todas, y no desechado: debajo de todas, y no abatido: encima de todas, y no altivo. ¡Oh sumo y verdadero Dios, y suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las cosas que verdadera y bienaventuradamente viven! Vos, Señor, sois la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo lo que es bueno y hermoso. Vos sois el que mandáis que os pidamos, y hacéis que os hallemos, y nos abrís cuando os llamamos. Vos sois de quien apartarse es caer, á quien llegarse es levantar, y en quien estar es permanescer. Vos sois de quien nadie se aparta sino engañado, á quien nadie busca sino amonestado, y á quien nadie halla sino purgado. Vos sois Aquél, á quien conoscer es vivir, á quien servir es reinar, y á quien alabar es salud y alegría de quien os alaba.

Pues, oh Rey mío y Salvador mío, ¿qué podré yo decir, pobre gusanillo, de la grandeza de vuestras alabanzas? Diré lo que vuestros profetas con vuestro espíritu dijeron. ¿Quién (dice Isaías)

midió las aguas con el puño y los cielos con un palmo? ¿Quién tiene de tres dedos colgada la redondez de la tierra, y asentó los montes en su peso, y los collados en una balanza? ¿Quién ayudó el espíritu del Señor, ó quien fué su consejero y le enseñó algo? Todas las gentes son como un hilico de agua y como un granico de peso delante dél. Todas las islas son un poco de polvo en su presencia, y toda la leña del monte Líbano, con todos cuantos ganados hay en él, no bastarán para ofrescerle un digno sacrificio. Todas las gentes así son delante dél como si no fuesen, y como nada serán reputadas en su presencia. Pues ¿qué diré, Señor, de la grandeza de vuestra sabiduría? Vos, Señor, (dice el Profeta) entendistes todos mis pensamientos dende lejos, y la senda y hilo de mi vida Vos la alcanzastes. Vos vistes *ab æterno* todos mis caminos, y no hay palabra mía que Vos no sepáis. Vos, Señor, conoscistes todas las cosas antiguas y venideras: Vos me criastes y pusistes vuestra mano sobre mí. Maravillosa es vuestra sabiduría en mis ojos, más alta es de lo que puedo alcanzar. ¿Dónde me alejaré de vuestro espíritu, y á dónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis, y si descendiere al infierno, tambien os hallaré ahí presente. Si tomare alas por la mañana y fuere á parar al cabo de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y allí me sosterná vuestra diestra. Y dije: Por ventura las tinieblas me esconderán donde no parezca: y éstas serán las que os descubrirán los hurtos de mis deleites, porque las tinieblas no son tinieblas delante de Vos, y la noche se hará como día en vuestra presencia. Vuestros ojos (dice un sabio) están sobre los caminos de los hombres, y Vos tenéis cuenta con todos sus pasos: no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se os puedan esconder los que obran maldad. Pues ¿qué diré de la grandeza de vuestra omnipotencia? Dios (dice el Profeta) que es nuestro Rey ante todos los siglos, obró salud en medio de la tierra. Vos abristes camino por la mar, y quebrantastes las cabezas de los dragones en las aguas. Vos quebrastes la cabeza del dragón, y lo distes por manjar á los pueblos de Etiopía. Vos abristes fuentes y arroyos, y Vos secastes los ríos de Etán. Vuestro es el día, y vuestra la noche: Vos fabricastes el sol y la mañana. Vos hecistes todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano obras son de vuestras manos. Y en otro lugar: Señor Dios de las virtudes, ¿quién será semejante á Vos? Poderoso

sois, Señor, y vuestra verdad está al derredor de Vos. Vos tenéis señorío sobre el poder de la mar, y Vos amansáis el furor de sus olas. Vos humillastes y derribastes al soberbio, y con la virtud de vuestro brazo desbaratastes vuestros enemigos. Vuestros son los cielos y vuestra la tierra: la redondez della con todas las cosas de que está poblada, Vos la fundastes: la mar y el viento Aquilón que la levanta, Vos los criastes. El monte Tabor y Hermón en vuestro nombre se alegrarán, y solo vuestro brazo es el poderoso. Y no menos altamente sentía el sancto Job de vuestra omnipotencia, cuando decía: En Él está la sabiduría y la fortaleza, y Él tiene el consejo y la inteligencia. Si Él destruyere, no hay quien edifique: y si Él encerrare el hombre, no hay quien le abra. Si detuviere las aguas, todo se secará: y si las dejare correr, todo se anegará. En Él está la fortaleza y la sabiduría, y Él conosce al engañador y al engañado. Él trae los consejeros á locos y desastrados fines, y á los jueces hace que queden pasmados. Quita la cinta á los reyes gloriosos, y ciñe con una soga sus lomos. Hace los sacerdotes amenguados, y pone debajo los pies los grandes señores. Muda las palabras de los sabios, y quita la doctrina de los viejos. Hace los príncipes viles y despreciados, y levanta los oprimidos. Descubre el profundo de las tinieblas, y saca á luz la sombra de la muerte. Multiplica las gentes, y destrúyelas: y después de destruídas, tórnalas á restituir. Si Él concediere paz, ¿quién condenará? Y si Él escondiere su rostro, ¿quién lo mirará? Pues ¿qué diré de las riquezas de vuestra gloria y de la vena de vuestra felicidad? Si pecares (dice un sabio) ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra Él? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú, dañará tu maldad, y al hijo del hombre aprovechará tu justicia. Mas Vos, Señor, tal sois, y tan bienaventurado, y tan dentro de Vos está la vena de vuestra gloria, que de nadie tenéis necesidad.

Esto es, Señor mío, lo que sois Vos en Vos: mas ¿qué es lo sois para mí? ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Vos sois mi Dios, mi criador, mi gobernador, mi redemptor, mi salvador, centro y esposo de mi ánima, y mi último fin. Vos sois mi padre, y mi rey, y mi señor, y mi pastor, y mi médico, y mi maestro, y mi defensor, y todas las cosas. Vos sois todo mi tesoro, mi heredad, mi esperan-

za, mi riqueza, mi alegría y todo cuanto más se puede desear.

Por tanto, Señor mío, á Vos primeramente adoro con la más profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoración de latría que á Vos solo se debe, y no á criatura alguna: de la manera que os adoran las Dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo: las cuales, aunque no os conozcan, todavía no pueden cada cual en su manera dejar de adorar el sceptro de vuestra divinidad y reconoscer vuestra grandeza: porque Vos solo sois Dios de los dioses, Rey de los reyes, Señor de los señores y Causa de las causas. Vos sois Alfa y Omega, que es principio y fin de todas las cosas, y principio sin principio, y fin sin fin. Vos sois el que solo sois, porque todas las otras cosas (por altísimas que sean) tienen el ser imperfecto, dependente y emprestado: mas el vuestro es sumo, perfecto, universal y que de nadie depende sino de solo Vos. Por lo cual con mucha razón se dice que Vos solo sois el que sois, pues que todo lo criado no tiene ser delante de Vos. Pues confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, prostrado ante vuestro divino acatamiento con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados que derribados ante el trono de vuestra Majestad y poniendo sus coronas ante vuestros pies, os adoran y reverencian, confesando que todo lo que tienen, es de Vos. Pues así yo, la más vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que Vos sois mi verdadero Dios y Señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro: y así pido á todas las criaturas que ellas también juntamente comigo os alaben y adoren: y así las llamo y convido á esto con aquel cántico de vuestro Profeta, que dice:

Venid, y alegrémonos delante del Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con psalmos le alabemos. Porque nuestro Dios es gran Señor y Rey grande sobre todos los dioses: porque no desechará el Señor su pueblo: ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyas son. Suyo es también el mar, y Él lo hizo: y la tierra fundaron sus manos. Venid, pues, y adoremos este Señor, y prostrémonos y lloremos delante dél: porque Él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo y ovejas de su manada. *Gloria Patri, &c. Sicut erat, &c.*

SEGUNDA ORACIÓN.

Y así como á Vos solo, Señor, se debe adoración como á verdadero Dios, así también á solo Vos se debe temor, y no á otro, según que Vos mismo nos lo testificastes, cuando dijistes: No queráis temer los que matan el cuerpo y no tienen más en que hacer, sino temed Aquél que después de muerto el cuerpo, puede enviar el ánima al infierno. Esto mismo nos enseña la Iglesia cuando dice: En presencia de las gentes no tengáis temor, mas vosotros en vuestro corazón adorad y temed á Dios, porque su ángel anda con vosotros para os librar.

Temaos pues, Señor, mi alma y mi corazón, pues en Vos (que sois todas las cosas) no menos hay razón para ser temido que para ser amado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo: y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las de vuestra justicia: y (lo que más es para temer) sin comparación son muchos más los vasos de ira que los de misericordia, pues tantos son los condenados, y tan pocos los escogidos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo, por la resistencia continua á vuestras sanctas inspiraciones. Témaos yo, y trema delante de Vos, ante cuyo acatamiento tremen las potestades, y tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra. Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de aquellas palabras que Vos mismo decís por vuestro Profeta: Pues ¿cómo? ¿Á mí no me temeréis, y delante de mi cara no os doleréis, que puse las arenas por término de la mar, y le puse mandamiento eterno que no quebrantará? Y embravescerse han y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán. Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra desta manera os obedescen y temen por la grandeza de vuestra majestad, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles tremen, cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿porqué no tremerán mis labios y mi corazón, cuando me atrevo yo á hacer este mismo oficio? ¡Miserable de mí, cómo se ha enduresscido mi alma, cómo se han se-

cado las fuentes de mis ojos, para no derramar muchas lágrimas, cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo, con Aquél que todo lo hizo de nada! Quiero, mas no puedo: porque no puedo todo lo que deseo. Vos, Señor, enclavad con vuestro temor mis carnes, y alégrese mi corazón, para que tema vuestro sancto nombre.

Témaos también, Señor, por la grandeza de vuestros juicios, que dende el principio del mundo hasta hoy habéis obrado. Gran juicio fué la caída de aquel ángel tan principal y hermoso. Gran juicio fué la caída de todo el género humano por la culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio. Gran juicio fué la eleción de Jacob y la reprobación de Esaú, el desamparo de Judas y la vocación de San Pablo, la reprobación del pueblo de los judíos y la eleción de los gentiles, con otras maravillas semejantes que sin que lo sepamos, pasan de secreto cada día sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra yacer en la región y sombra de la muerte y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas á otras tinieblas, y por trabajos temporales á tormentos eternos. Témaos pues yo, Señor, por la grandeza destos juicios, pues aun no sé yo si seré uno destos desamparados. Porque si el justo apenas se salvará, el pecador y perverso ¿dónde parescerá? Si tiembla el inocentísimo Job del furor de vuestra ira como del ímpetu de las olas hinchadas, ¿cómo no temblará quien tan lejos está desta inocencia? Si tiembla el profeta Hieremías dentro del vientre de su madre sanctificado, y no halla rincón donde se esconda, por estar lleno del temor de vuestra ira, ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y después acá no ha hecho sino pecar?

Témaos también, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis pecados, con los cuales tengo de parescer ante vuestro juicio, cuando delante de vuestra presencia vendrá aquel fuego abrasador, y al derredor de Vos una grande tempestad, cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar á vuestro pueblo. Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades, delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no sólo de palabras y obras, sino también de

pensamientos. Donde tantos terné por jueces, cuantos me precedieron en las buenas obras, y tantos serán contra mí testigos, cuantos me dieron ejemplos de virtudes. Y con esperar tal juicio, no acabo de poner freno á mis vicios: antes todavía me estoy pudriendo en las heces de mis pecados, todavía me envilesce la gula, y me persigue la lujuria, y me envanesce la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la invidia, y me despedaza la murmuración, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad, y me entorpesce la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor. Veis aquí, Señor, los compañeros con quien he vivido dende el día de mi nacimiento hasta agora: éstos son los amigos con quien he conversado, éstos los maestros á quien he obedescido, éstos los señores á quien he servido. Pues no entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de Vos ninguno de los vivientes: porque ¿á quién hallaréis justo, si lo juzgáredes sin piedad? Pues por esto, derribado á vuestros pies con espíritu humilde y atribulado lloraré con vuestro Profeta y diré:

Señor, no me arguyáis en vuestro furor, ni me castiguéis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo: sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi ánima está grandemente turbada: mas Vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertíos, Señor, y librad mi ánima, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de Vos: y en el infierno ¿quién os alabará? Trabajé en mi gemido, y lavaré cada una de las noches mi cama, y con lágrimas regué mi estrado. Turbado se me ha la vista de los ojos con el amargura del dolor, y envejescido he entre todos mis enemigos. *Gloria Patri,* &c. *Sicut erat,* &c.

TERCERA ORACIÓN

En este ejercicio de temor y penitencia me convenía, Señor, gastar toda la vida, pues tanto tengo por qué temer y por qué llorar. Mas con todo esto la grandeza de vuestra gloria, así como nos obliga á adoraros y reverenciaros, así también á alabaros y glorificaros: porque á Vos solo se debe el himno y la alabanza en Sión, por ser (como lo sois) un piélago de todas las perfeciones y un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riquezas, de grandeza, de suavidad, de majestad, en

quien están todas las perfeciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todas en sumo grado de perfeción. En cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura, y finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandesce, mucho menos es delante de Vos que una pequeña candelica delante del sol.

Vos sois sin deformidad perfeto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentira verdadero, sin sitio dondequiera presente, sin lugar dondequiera todo, en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras sancto, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo y para con los penitentes piadosísimo. Pues por tal, Señor, os confieso y por tal os alabo, y glorifico vuestro sancto nombre. Dadme Vos lumbre en el corazón y palabras en la boca, para que mi corazón piense en vuestra gloria, y mi boca sea llena de vuestras alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, pido yo á todos los ángeles del cielo y á todas las criaturas del mundo que ellas juntamente comigo os alaben y suplan en esta parte mis faltas, convidándolas á esto con aquel glorioso cántico que aquellos tres sanctos mozos en medio de las llamas del fuego de Babilonia os cantaban, diciendo:

Bendito seáis Vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el nombre de vuestra gloria, que es santo, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis, Señor, en el santo templo de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el trono de vuestro Reino, y alabado y ensalzado &c. Bendito seáis Vos que estáis asentado sobre los querubines, mirando los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Bendito seáis en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado. Todas las obras del Señor bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Cielos, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos.

Todas las aguas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Sol y luna, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Agua lluvia y rocío, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Todos los espíritus de Dios, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Fuego y estío, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Frío y verano, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos.

Heladas y nieves, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Noches y días, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Relámpagos y nubes, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo en todos los siglos. Bendiga la tierra al Señor, alábelo y ensálcelo en todos los siglos. Montes y collados, bendecid al Señor, alabaldo y ensalzaldo, &c. *Gloria Patri, &c.*

CUARTA ORACIÓN.

También, Señor, os doy gracias por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho dende el día que fuí concebido hasta este día de hoy, y por el amor que dende *ab æterno* me tuvistes, cuando dende entonces determinastes de criarme, y redemirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero, vuestro es. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustentan, vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y los pesces, y los animales, y todas las otras criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar. Pero mucho mayores os las doy porque Vos quisistes ser mío, pues todo os ofrescistes y expendistes en mi remedio, pues para mí os vestistes de carne, para mí nascistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y per-

seguido, y mal tratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y caminastes, y padescistes los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamás. Para mí ordenastes y confeccionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente el mayor de los sacramentos (que es el de vuestro Sanctísimo Cuerpo) donde estáis Vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para prenda de mi esperanza y para testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy cuantas gracias os puedo dar, diciendo de todo corazón con el sancto Rey David.

Bendice, oh ánima mía, al Señor, y todas cuantas cosas hay dentro de mí, bendigan su santo nombre. Bendice, oh ánima mía, al Señor, y no eches en olvido las mercedes que te ha hecho. Porque Él se apiada de todas tus maldades, y sana todas tus enfermedades. Él libró tu vida de la muerte, y Él te corona con misericordia y misericordias. Él cumple todos tus buenos deseos, y renovarse ha tu juventud así como la del águila. El Señor usa de misericordia, y hace justicia á todos los que padescen agravio. Él enseñó sus caminos á Moisén, y á los hijos de Israel su voluntad. Misericordioso y piadoso es el Señor, largo de corazón y muy piadoso. No se ensañará para siempre, ni para siempre amenazará. No lo hizo con nosotros según nuestros pecados, ni nos dió nuestro merescido según nuestras maldades. Cuan grande es la altura que hay del cielo á la tierra, tanto ensalzó su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros. De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de los que le temen: porque Él conosce la masa de que somos compuestos. Acordóse que éramos polvo, y que el hombre es como heno, y que sus días se pasan como la flor del campo. Porque despedirse ha su espíritu dél, y luego desfallescerá y no tornará más á su lugar. Mas la misericordia del Señor persevera dende los siglos hasta los siglos sobre aquéllos que le temen. Y la justicia dél sobre los hijos de los hijos déstos que guardan su testamento y se acuerdan de sus mandamientos para haberlos de cumplir. El Señor aparejó en el cielo su silla, y su reino tendrá señorío sobre todos. Bendecid al Señor

todos sus ángeles que sois poderosos en virtud, y hacéis sus mandamientos, y obedescéis á la voz de sus palabras. Bendecid al Señor todas sus virtudes y sus ministros que hacéis su voluntad. Bendecid al Señor todas sus obras, y en todos los lugares de su señorío bendice, oh ánima mía, al Señor. *Gloria Patri, &c. Sicut erat, &c.*

QUINTA ORACIÓN.

Y si tanta obligación tenemos á los bienhechores por razón de los beneficios, si cada beneficio es como un tizón y un incentivo de amor, y si según la muchedumbre de la leña así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios y tantos los incentivos que tengo de amor? Si todo este mundo visible y invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar dellos, sino tan grande como él? Especialmente que no sólo os debo yo amor por esto, sino también porque en Vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, y todas en sumo grado de perfección. Porque si por bondad va, ¿quién más bueno que Vos? Si por hermosura va, ¿quién más hermoso que Vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que Vos? Si por riquezas y sabiduría va, ¿quién más rico y más sabio que Vos? Si por amistad va, ¿quién más nos amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cúyo es todo lo que tenemos, sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta, sino de vuestra misericordia? Si á los padres naturalmente se debe tan grande amor, ¿quién más padre que Aquél que dice: No llaméis á nadie padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos? Si los esposos son amados con tan grande amor, ¿quién es el esposo de mi ánima sino Vos, y quién hinche el seno de mi corazón y de mis deseos sino Vos? Si el último fin dicen los filósofos que es amado con infinito amor, ¿quién es mi principio y mi último fin sino Vos? ¿De dónde procedí y á dónde voy á parar sino á Vos? ¿Cúyo es lo que tengo, y de quién tengo de recebir lo que me falta, sino de Vos? Finalmente, si la semejan-

za es causa de amor, ¿á cúya imagen y semejanza fué criada mi ánima, sino á la vuestra? Esto se ve claro por su manera de obrar. Porque como el obrar presupone ser y es conforme á él, donde hay semejante manera de obrar, hay semejante manera de ser. Y ésta hay, Señor, entre Vos y el hombre: porque no es otra cosa lo que los filósofos dicen, que el arte imita á la naturaleza y la naturaleza al arte, sino decir que el hombre obra como Dios y Dios como el hombre. Pues adonde hay tanta semejanza en el obrar, también la hay en el ser. Y si tan grande es la semejanza en el ser, tan grande conviene que sea el amor. Pues si este título y cada uno de todos estotros por sí solo es tan suficiente motivo de amor, ¿cuál conviene que sea el que de todos estos títulos procede? Ciertamente la ventaja que hace la mar á cada uno de los ríos que en ella entran, ésta convenía que hiciese este amor á todos los otros amores.

Pues si tantas razones tengo yo, Señor Dios mío, para amaros, ¿porqué no os amaré yo con todo mi corazón y con todas mis entrañas? ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, toda mi alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh Esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía! ¿Cuándo os amaré con todas mis fuerzas y con toda mi ánima? ¿Cuándo os agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay en mí contrario á Vos? ¿Cuándo seré del todo vuestro? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de Vos vivirá en mí? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de vuestro amor? ¿Cuándo me arrebataréis, anegaréis y trasportaréis en Vos? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me haréis un espíritu con Vos, para que nunca me aparte más de Vos? Ah Señor, ¿qué os cuesta hacerme tanto bien? ¿Qué quitáis de vuestra casa? ¿Qué perdéis de vuestra hacienda? Pues ¿porqué, Señor, siendo Vos un piélago de infinita liberalidad y clemencia, detenéis en vuestra ira vuestras misericordias para comigo? ¿Porqué han de vencer mis maldades á vuestra bondad? ¿Por qué han de ser más parte mis culpas para condenarme, que vuestra bondad para salvarme? Si por dolor y penitencia lo habéis, á mí me pesa tanto por haberos ofendido, que quisiera más haber padescido mil muertes, que haber hecho una ofensa contra Vos. Si por satisfación lo habéis, ¡catad aquí este cuerpo miserable: ejecutad, Señor, en él todos

los furores de vuestra saña, con tanto que no me neguéis vuestro amor. No os pido oro ni plata, ni aun os pido cielo, ni tierra, ni otra cosa criada: porque todo eso no me harta sin Vos, y todo me es pobreza sin vuestro amor. Amor quiero, amor os pido, amor os demando, por vuestro amor sospiro: dadme vuestro amor, y bástame. ¿Porqué, Señor, me dilatáis tanto esta merced? ¿Porqué me veis penar día y noche, y no me socorréis? ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis? ¿Hasta cuándo apartaréis vuestro rostro de mí? ¿Hasta cuando andará mi ánima fluctuando con tan grandes ansias y deseos? Miradme, Señor mío, y habed misericordia de mí. No os pido la ración copiosa que se da á los hijos: con una sola de las migajuelas de vuestra mesa me contentaré. Aquí, pues, me presento como un pobre y hambriento cachorrillo ante vuestra rica mesa: aquí estoy mirándoos la cara, viendo cómo coméis y dais de comer á vuestros hijos con el pasto de vuestra gloria: aquí estoy mudando mil semblantes y figuras en este corazón, para inclinar el vuestro á que hayáis misericordia de mí. No me hartan, Señor, las cosas desta vida: á Vos solo quiero, á Vos busco: vuestro rostro, Señor, deseo y vuestro amor siempre os pediré, y con vuestro Profeta cantaré.

Ámeos yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi firmeza, y mi refugio, y mi librador, y mi Dios, y mi ayudador: esperaré en Él. Él es mi amparo, y defensor de mi salud, y mi recibidor. Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos.

Gloria Patri, &c. Sicut erat, &c.

SEXTA ORACIÓN

En no sólo me obliga todo esto á amaros, sino también á poner toda mi esperanza en solo Vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es mi Padre, y Padre todopoderoso, Padre para amarme, y poderoso para remediarme, Padre para quererme bien, y poderoso para hacerme bien, el cual tie-

ne mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos, que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién finalmente tengo yo de esperar sino en Aquél que cuasi en todas sus Escrituras ninguna cosa hace sino mandarme que me llegue á Él, y espere en Él, y promerteme mil cuentos de favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, los beneficios hechos, y los tormentos padescidos, y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes, y repelones, y bofetadas por mí, y finalmente, de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada para mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que que así me buscó cuando yo le huía? ¿Cómo me negará el perdón cuando se lo pidiere, el que me lo meresció cuando yo no lo pedía? ¿Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que así me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en Él, y con el sancto Profeta en medio de todas mis tribulaciones y necesidades esforzadamente cantaré: El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré miedo? Si se asentaren contra mí reales de enemigos, no temerá mi corazón: si se levantare batalla contra mí, en Él esperaré yo. *Gloria Patri & Filio,* &c.

SÉPTIMA ORACION.

MAS porque no está segura la esperanza sin la obediencia (según aquello del Psalmista, que dice: Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor) dadme Vos, Dios mío, que con esta esperanza en vuestra misericordia junte yo la obediencia de vuestros santos mandamientos, pues no menos os debo yo esta obediencia que todos los otros actos de religión, pues Vos sois mi Rey, y mi Señor, y mi Emperador, á quien el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las otras criaturas obedescen, cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado y guardarán para siempre. Pues obedezcaos yo, Señor, más que todas éstas, pues os soy más obligado que ellas. Obedézcaos yo, Rey mío y Señor mío, y guarde enteramente todas vuestras leyes sanctísimas.

Reinad Vos, Señor, en mí, y no reine más en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertedores de vuestra justicia, y solo Vos, Señor, mandad y ordenad, y Vos solo y vuestro sceptro sea reconoscido y obedescido para que así se haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo. ¡Oh! ¿Cuándo será este día? ¡Oh! ¿Cuándo me veré libre destos tiranos? ¡Oh! ¿Cuándo no se oirá en mi ánima otra voz sino la vuestra? ¡Oh! ¿Cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradicción en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad? ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno y escombrado este cielo, cuándo tan acalladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbación que altere esta paz y obediencia, y que impida este vuestro reino en mí? Dadme Vos, Señor, esta obediencia, ó (por mejor decir) dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él á mí, que del todo lo subjecte yo á Vos. Y puesto en esta subjección, diga de todo mi corazón con el Profeta:

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum: & exquiram eam semper. Da mihi intellectum, & scrutabor legem tuam, & custodiam illam in toto corde meo. Deduc me in semitam mandatorum tuorum, quoniam ipsam volui. Inclina cor meum in testimonia tua, & non in avaritiam. Averte oculos meos ne videam vanitatem, in via tua vivifica me. Statue servo tuo eloquium tuum, in timore tuo. Gloria Patri, &c. Sicut erat, &c.

OCTAVA ORACIÓN.

Y así como estoy obligado, Señor, á obedesceros, así también lo estoy á entregarme y ofrescerme á Vos y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos. Vuestro, porque me criastes y distes este ser que tengo: vuestro, porque me conserváis en él con los beneficios y regalos de vuestra providencia: vuestro, porque me sacastes de captivo y me comprastes, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre: y vuestro, porque tantas otras veces me habéis

redemido, cuantas me habéis sacado de pecado. Pues si por tantos títulos soy vuestro, y si Vos por tantos títulos sois mi Rey, mi Señor, y mi Redemptor, y mi librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo: aquí me ofrezco por vuestro esclavo y captivo, aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea más mío ni de nadie, sino vuestro: para que ya no viva sino para Vos, ni haga más mi voluntad, sino la vuestra, de tal manera que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea según Vos y para Vos. Aquí me presento á Vos para que dispongáis de mí como de hacienda vuestra á vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonrado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos, y me desposeo de mí, para que no sea ya más mío sino vuestro, para que lo que es vuestro por justicia, lo sea también por mi voluntad. Mas ¿quién podrá, Señor, hacer nada desto sin Vos? ¿Quién podrá dar un paso, ó quién os podrá dignamente nombrar sin Vos? Por tanto, Señor, dadnos poder para hacer lo que mandáis, y mandad lo que quisiéredes. Acordaos, Señor, que Vos mismo nos mandastes instantísimamente que os pidiésemos, diciendo: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y abriros han. Vos mismo también dijistes por vuestro Profeta: Dios justo y salvador no hay sino yo. Convertíos á mí todos los fines de la tierra, y seréis salvos. Pues si Vos mismo, Señor, nos llamáis, y nos convidáis, y nos abrís los brazos para que nos lleguemos á Vos, ¿porqué no confiaremos que nos recibiréis en ellos? No sois Vos, Señor, como los hombres, que se empobrescen cuando dan, y por eso se importunan cuando les piden. No sois Vos así, porque como no os empobrescéis en lo uno, no os importunáis en lo otro. Y por eso pediros no es importunaros sino obedesceros (pues Vos mandáis que os pidamos) y también honraros y glorificaros, porque con esto protestamos que Vos sois Dios y universal señor y dador de todo, á quien todo se ha de pedir, pues de Vos depende todo. Y así Vos mismo nos pedís este linaje de sacrificio sobre todos los otros, diciendo: Llámame en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has. Pues movido yo por este tan piadoso mandamiento, me llego á Vos y os pido tengáis por bien darme todo esto que os debo yo, conviene saber, que así os adore, así os tema y re-

verencie, así os alabe, así os dé gracias por todos vuestros beneficios, así os ame con todo mi corazón, así tenga toda mi esperanza puesta en Vos, así obedezca á vuestros sanctos mandamientos, y así me ofrezca y resigne en vuestras manos, y así os os sepa pedir estas y otras mercedes, como conviene para vuestra gloria y para mi salvación. Pidoos también, Señor, me otorguéis perdón de mis pecados y verdadera contrición y confesión de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda más en ellos ni en otros: y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón y recoger los pensamientos de mi imaginación, para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra, que son, temor de vuestro sancto nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, perfectísima paciencia, clara discreción, pobreza de espíritu, perfeta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y sobre todo, ardentísima caridad para con mis prójimos y para con Vos. Y porque yo nada desto merezco, acordaos, Señor, de vuestra misericordia, que no presupone más de miseria para haber de ejecutarse. Acordaos que no queréis la muerte del pecador (como Vos mismo dijistes) sino que se convierta y viva. Acordaos que vuestro unigénito Hijo no vino á este mundo (como Él mismo lo dice) á buscar justos, sino pecadores. Acordaos de que cuanto en este mundo hizo y padesció, dende el día que nasció, hasta que expiró en la cruz, no lo padesció por sí, sino por mí: lo cual todo os ofrezco en sacrificio por mis necesidades y pecados, y por Él, y no por mí, os pido esta misericordia. Porque pues de Vos se dice que honráis al padre en los hijos, honrad á Él, haciéndome bien á mí. Acordaos que me socorro á Vos, y me entro por vuestras puertas, y como á verdadero médico y Señor os presento mis necesidades y llagas, y con este espíritu os llamaré con aquella oración que el profeta David compuso, diciendo:

Inclina, Señor, tus ojos, y óyeme, porque pobre y necesitado soy yo. Guarda mi ánima, porque á ti estoy ofrescido: salva, Dios mío, á este tu siervo, que espera en ti. Ten misericordia de mí, Señor, porque á ti clamé todo el día: alegra el ánima de tu sier-

vo, porque á ti, Señor, la levanté. Porque tú, Señor, eres suave, y manso, y de mucha misericordia para todos los que te llaman. Recibe, Señor, en tus oídos mi oración, y atiende á la voz de mi suplicación. En el día de mi tribulación clamé á ti, porque me oíste. No hay quien sea semejante á ti entre los dioses, Señor: no hay quien haga las obras que tú haces. Todas las gentes que heciste, vendrán, y adorarán delante de ti, Señor, y justificarán tu santo nombre. Porque grande eres tú, y obrador de maravillas: tú solo eres Dios. Guíame, Señor, por tu camino, y ande yo en tu verdad: alégrese mi corazón, para que tema tu sancto nombre. Alabarte he, Señor Dios mío, de todo mi corazón, y tu nombre para siempre glorificaré. Porque tu misericordia ha sido grande sobre mí, y libraste mi alma del infierno más bajo.

Gloria Patri, &c. *Sicut erat,* &c.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANCTO.

OH Espíritu Sancto consolador, que en el día sancto de Pentecostés descendiste sobre los Apóstoles, y hinchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría, suplícote, Señor, por esta inefable largueza y misericordia hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la dulzura inefable de tu amor. Ven, oh Espíritu Sanctísimo, y envíanos dende el cielo un rayo de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres: ven, dador de las lumbres y lumbre de los corazones. Ven, consolador muy bueno, dulce esposo de las ánimas y dulce refrigerio dellas. Ven á mí, limpieza de los pecados y médico de las enfermedades: ven, fortaleza de flacos y remedio de caídos: ven, maestro de los humildes y destruidor de los soberbios: ven, singular gloria de los que viven, y salud única de los que mueren: ven, Dios mío, y aparéjame para ti con la riqueza de tus dones y misericordias. Embriágame con el don de la sabiduría, alúmbrame con el don del entendimiento, rígeme con el don del consejo, confírmame con el don de la fortaleza, enséñame con el don de la sciencia, hiéreme con el don de la piedad, y traspasa mi corazón con el don del temor.

Oh dulcísimo amador de los limpios de corazón, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas ellas así abrasadas sean arre-

batadas y llevadas á ti, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes. Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias, pues tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar á ti. Y para esto, Señor, derriba, mortifica, anihila y deshace en mí todo lo que quisieres, para que del todo me hagas á tu voluntad, para que toda mi vida sea un sacrificio perfeto, que todo se abrase en el fuego de tu amor. ¡Oh, quién me diese que á tan grande bien me quisieses admitir! Mira que á ti sospira esta pobre y miserable criatura tuya día y noche. Tuvo sed mi ánima de Dios vivo, ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de todas las gracias? ¿Cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable hasta la casa de mi Dios? ¿Cuándo me hinchirás de alegría con tu rostro? ¿Cuándo me veré harto con tu gloriosa presencia? ¿Cuándo por ti seré librado de la tentación, y en ti traspasaré el muro desta mortalidad? ¡Oh fuente de resplandores eternos! Vuélveme, Señor, á aquel abismo de donde procedí, donde te conozca de la manera que me conosciste, y te ame como me amaste, y te vea para siempre en compañía de todos los escogidos. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

para pedir el amor de Dios.

INCLINADAS las rodillas de mi corazón, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con toda la reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, ante ti, como una de las pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente á todas las criaturas que no cierran las puertas para recebirlos. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo Maestro una masa de barro y un tronco ñudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo heciste. Hecísteme para que te amase: dame gracia para que pueda yo hacer aquello para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir: mas ¿qué haré,

que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas sino te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que (viendo mi desamor) ordenaste un Sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti, sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Qué eres tú á mí, sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿porqué no amaré yo á ti, siendo el que eres para comigo?

Pues confiando, Señor, en todas estas prendas de amor, y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es, darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú meresces ser amado, y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me des licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas: déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no solo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas, como de la lumbre del sol la de todas las estrellas, ¿porqué no te amaré yo? ¿Porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor, que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas así como del mar todas las aguas, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿porqué no te amaré yo, pues el objecto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas, ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones con amor?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿porqué no te ama-

ré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque del recibió el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recebir lo que les falta. Pues ¿qué título destos falta á ti, Dios mío, porque no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo, muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza á los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo tiene, y lo que le falta, de ti lo espera recebir: porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta, sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar, sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta, sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada, sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor, sino de Aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura (dice Hieremías) olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni que tengo que desear sobre la tierra? Desfallescido ha mi carne, y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad, Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios: arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras. Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿porqué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, eres todas estas cosas, ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas

y con todo mi corazón? Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío, ensancha mi corazón en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca, y donde sea todo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor, que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo á ti, mi amado, á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas. Y ¿qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía, y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable! ¡Oh todo dulce! ¡Oh todo deleitable! ¡Oh sanctísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della, Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo, y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro, y Vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh! ¿Si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh, qué gran tardanza! ¡Oh, qué penosa dilatación! Date priesa, oh buen Jesú, date prisa, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel. ¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, guía de mis caminos, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro,

medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, y maestro de todas mis ignorancias! Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra: pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob. Que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN PARA MIENTRA SE DICE LA MISA

EN LA CUAL SE OFRESCE AL PADRE LA MUERTE DE SU HIJO

tomada de muchas palabras de S. Augustín.

CLEMENTÍSIMO y soberano Criador del cielo y de la tierra, yo el más vil de todos los pecadores, juntamente con la Iglesia te ofrezco este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito Hijo) por todos los pecados que yo he hecho, y por todos los pecados del mundo. Mira, clementísimo Rey, al que padesce, y acuérdate benignamente por quién padesce. ¿Por ventura no es este Señor el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo desagradescido? ¿Por ventura no es éste el auctor de la vida, el cual, llevado como oveja al matadero, no rehusó padescer un tan crudelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, sus manos inocentísimas corriendo sangre, y ten por bien de perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo, herido con un cruel hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos sacratísimos pies (que nunca anduvieron por el camino de los pecadores) atravesados con duros clavos, y ten por bien enderezar los míos en el camino de tus sanctos mandamientos. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaescida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo tan amado, y ten misericordia del siervo redemido. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo

están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riegan sus atravesados pies los arroyos de aquella sangre divina. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de las miserias de tu vil criado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona las culpas del redemido. Éste es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todopoderoso. Éste es aquel sumo Pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues Él resplandesce rociado con la suya propria. Éste es el sacrificio sancto, agradable y perfecto, ofrescido y aceptado en olor de suavidad. Éste es el cordero sin mancilla, enmudescido ante los que le trasquilaban: el cual herido con azotes, afeado con salivas, injuriado con oprobrios, no abrió su boca. Éste es el que no habiendo hecho pecados, padesció por nuestros pecados, y sanó nuestras heridas con las suyas.

Pues ¿qué heciste tú, oh dulcísimo Señor, porque así fueses juzgado? ¿Qué cometiste, inocentísimo cordero, porque así fueses tratado? ¿Qué fueron tus culpas, y qué la causa de tu condenación? Verdaderamente, Señor, yo soy la llaga de tu dolor, yo la ocasión de tu muerte y la causa de tu condenación. ¡Oh maravillosa dispensación de Dios! Peca el malo, y es castigado el bueno: ofende el reo, y es herido el inocente: comete la culpa el siervo, y págala su Señor. ¡Hasta dónde, oh Hijo de Dios, hasta dónde descendió tu humildad! ¡Hasta dónde se extendió tu caridad! ¡Hasta dónde procedió tu amor! ¡Hasta dónde llegó tu compasión! Yo cometí la maldad, y tú sufres el castigo: yo hice los pecados, y tú padesces los tormentos: yo me ensoberbescí, y tú eres humillado: yo fuí el desobediente, y tú hecho obediente hasta la muerte, pagas la culpa de mi desobediencia. Cata aquí, Rey de gloria, cata aquí tu piedad y mi impiedad, tu justicia y mi maldad.

Mira pues agora, Padre Eterno, cómo hayas de haber misericordia de mí, pues devotamente te he ofrescido la más preciosa ofrenda que se te podía ofrescer. Hete presentado á tu amantísimo Hijo, y puesto entre ti y mí este fiel abogado. Recibe con serenos ojos al buen Pastor, y mira la oveja descarriada que Él trae sobre sus hombros. Ruégote, Rey de los reyes, por este

Sancto de los sanctos, que sea yo uñido con Él en espíritu, pues Él no tuvo asco de juntarse comigo por carne. Y suplícote húmilmente que por esta oración le merezca yo tener por ayudador, pues de gracia (sin que yo te lo meresciese) me lo diste por redemptor.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

á Nuestra Señora.

Oh Virgen gloriosa y bienaventurada, más pura que los ángeles, más resplandesciente que las estrellas, hermosa como la luna, escogida como el sol, ¿cómo parescerá mi oración delante de ti, pues la gracia que merescí por la pasión de quien me redimió, perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo mi demanda ser justa, osaré rogarte que me oyas. Oh Reina y Señora mía, suplícote ruegues á tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia me perdone lo que contra su voluntad y mandamiento hice. Y si esto por mi indignidad no meresciere, séame concedido porque no perezca lo que Él crió á su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas del purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerescer me aflige, y mi malicia me enmudesce? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste, cuando viste tu amado Hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mi maldad lo que Él redimió por su sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste cuando la sangre del atormentado cuerpo de tu Hijo te monstraba el camino de la cruz, pon siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parescer sin ti ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en

el castigo, pues ni el galardón por el bien se niega, ni la pena por el mal se excusa? Pues ¿quién será tan justo, que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido según mis yerros, mas muy pequeña según tu virtud. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, enmienda mi vida y ordena todas mis obras de tal manera, que merezca yo (aunque malo) ser de ti oído con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben, y los malos esperen en ti. Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo hijo y redemptor mío Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazón. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sosterná? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú (que eres estrella de la mar y guía de los errados) no me alumbras, ¿qué será de mí? No me dejes tentar del enemigo: y si me tentare, no me dejes caer: y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías, cuando después de bajado de la cruz tu preciosísimo Hijo lo tomaste en tus brazos, no teniendo fuerzas para más llorar, mirando aquella imagen preciosísima de los ángeles adorada y entonces de los malos escupida, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo por la inobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mía, cuál estabas entonces, los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazón, que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que entonces decías á los que te miraban: Oh vosotros que pasáis por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante á mi dolor, porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volver lo que della recibí, porque no me engañe la gloria perescedera deste siglo. Pon, Señora, en mi me-

moria cuántas veces volvías á mirar el monumento, donde tanto bien dejabas encerrado, porque alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver á mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa donde no tenías otra cosa viva sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas, y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones: porque llorando el angustia que padeciste en la tierra, me hagas ver la gloria que mereciste en el cielo. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA MEDITACIÓN

para antes de la Sagrada Comunión, para despertar en el anima temor y amor deste Sanctísimo Sacramento.

¿QUIÉN eres tú, Señor mío, y quién soy yo, para que me ose llegar á ti? ¿Qué cosa es el hombre, para que pueda recibir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupción, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, y en sus apetitos sucio, y en sus deseos desvariado, y finalmente, en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? Pues ¿cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias delante tu acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante ti, los más altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en tu presencia: pues ¿cómo te osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Baptista dende las entrañas de su madre sanctificado no osa tocar tu cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de tu zapato. El Príncipe de los Apóstoles da voces y dice: Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador. ¿Y osaré yo llegarme á ti tan cargado de pecados? Si de aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo delante de Dios (que no eran más que una sombra deste misterio) no podía comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del Pan de los ángeles, estando tan ajeno de sanctidad? Aquel cordero pascual (que no era más que figura de este sacramento) mandaba Dios que se co-

miese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes: pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual sin tener deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recebido en esta mesa, si me falta este aparejo. Desta mesa fué desechado aquél que no se halló con ropa de bodas (que es caridad) y atado de pies y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas, ¿qué será de la mía, si ante ellos paresciere desnuda? Tocar el arca del testamento (que no era más que figura deste misterio) fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó, llamado Oza, fué luego castigado con arrebatada muerte: pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los Betsamitas más que mirar curiosamente esta misma arca del testamento, cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento dice la Escriptura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo. Pues ¡oh misericordioso y terrible Dios, cuánto mayor cosa es tu Sacramento que aquel arca! ¡Cuánto mayor cosa es recibirte que mirarte! Pues ¿cómo no temblaré yo, cuando me llegare á recibir un Dios de tan alta majestad y justicia?

Y si tanta razón tengo para temer, considerando tu grandeza, ¿cuánto más debo temer, considerando mis pecados y mi malicia? Acuérdome, Señor, de muchas y muy graves culpas que tengo hechas contra ti. Tiempo hubo (y plega á tu misericordia no lo sea también ahora) cuando la cosa más olvidada y menos amada eras tú, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas tenía yo en más que el tesoro de tu gracia y la esperanza da tu gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada á mis apetitos, y no tenía más cuenta contigo que si nunca te conosciera. Yo soy aquel nescio que dijo en su corazón: No hay Dios: porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo había. Nunca por tu amor trabajé, nunca por tu justicia temí, nunca por tus leyes me aparté de lo

malo, nunca por tus beneficios te di las gracias que debía, nunca por saber que tú estabas en todo lugar presente, dejé de pecar delante de ti. Todo lo que mis ojos desearon, les concedí, y no fuí á la mano á mi corazón para estorbarle ninguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué toda mi vida sino una perpetua guerra contra ti y una renovación de todos los martirios que pasaste por mí? ¡Cuántas veces por la golosina de un deleite ó de un poco de dinero (como otro Judas) te vendí! Pues ¿qué será llegarme yo agora á recibirte, sino darte paz con el mismo Judas, después de haberte vendido? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y acabando de comulgar te ofendí, sino escarnescerte con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas te adoraban, y por otra con la caña te herían? Pues, oh Salvador y Juez mío, ¿cómo te osaré recibir en una tan vil y sucia morada? ¿Cómo depositaré tu sagrado cuerpo en la cama de los dragones y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estarás tú, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? Oh flor del campo y azucena de los valles, ¿cómo quieres tú agora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos? Oh amador de las ánimas limpias, que te apascientas entre los lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras, ¿qué pasto te podré yo dar en este corazón, donde no nascen estas flores, sino cardos y espinas? Tu lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro, & la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno de estos colores: pues ¿qué silla te daré yo, cuando entrares en ella? Tu sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido sepultado: pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva, donde te pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salía el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué mi corazón, sino fuente de malos deseos? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con

estos labios sucios y con este aparejo á recibirte y á darte paz? Oh Redemptor mío, confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy á la cama y á los brazos del esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir. ¿Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, Rey de gloria, de recibir en tu casa y tomar por esposa á la deshonrada por un tan vilísimo rufián? Tú (dices) has fornicado con cuantos enamorados has querido: mas con todo eso vuélvete á mí, que yo te recibiré.

Conozco, Señor, mi indignidad, y conozco tu gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para llegarme á ti tal cual estoy. Porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedarás tú en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechas, Señor, los pecadores, antes los llamas y los atraes á ti. Tú eres el que dijiste: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tú dijiste: No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos, y: No vine á buscar los justos sino á los pecadores. De ti públicamente se decía que recibías los pecadores y comías con ellos. No has mudado, Señor, la condición que tenías entonces, y por eso creo que agora también llamas dende el cielo á los que entonces llamabas en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á ti cargado de pecados, para que me descargues, y trabajado con mis proprias miserias y tentaciones, para que me des refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, y como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique. Dicen que recibes los pecadores y comes con ellos, y que tus manjares es la conversación de los tales. Si tanto te deleita ese convite, cata aquí un pecador con quien puedas comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que te deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciaste sus lágrimas, ni la desechaste por pecadora, sino antes la recibiste, y la perdonaste, y la defendiste, y por unas pocas de lágrimas le perdonaste muchos pecados. Aquí se te pone, Señor, agora otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fué aquella la última de tus misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenías hechas, y otras muchas te quedaban por hacer. Entre agora ésta en la cuenta dellas, y perdona á quien más te ha ofendido y menos llora porque te ofendió. No tiene tantas

lágrimas, que basten para lavar tus pies: mas tú tienes derramada tanta sangre, que bastaba para lavar todos los pecados del mundo. No te indignes, Dios mío, porque estando tal cual me ves, me oso llegar á ti. Acuérdate que no te indignaste cuando aquella pobre mujer que padescía flujo de sangre, se llegó á recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de tu vestidura: antes la consolaste y esforzaste diciendo: Confía, hija, que tu fe te hizo salva. Pues como yo padezca otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que éste, ¿qué puedo hacer sino llegarme á ti para recibir el beneficio de mi salud? No has mudado, Señor mío, la condición ni el oficio que tenías en la tierra, aunque te subiste al cielo. Porque si así fuera, otro Evangelio hubiéramos menester, que nos declarara la condición que tienes allá, si fuera diferente de la de acá. Leo, pues, en tus Evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocarte, porque de ti salía virtud que sanaba á todos. Á ti se llegaban los leprosos, y tú extendías tu bendita mano, y los alimpiabas. Á ti venían los ciegos, á ti los sordos, á ti los paralíticos, á ti los mismos endemoniados, y á ti, finalmente, acudían todos los monstruos del mundo, y á ninguno dellos te negaste. En ti solo está la salud, en ti la vida, en ti el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿á dónde iremos los necesitados sino á ti? Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos: no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos: no sólo enamora y deleita los justos, sino también sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue según pudiere, y tome de ahí la parte que le pertenezca. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán, y si muerto, aquí me resuscitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos: no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos. No huiré dél (como hizo Adam por verse desnudo)

porque Él es poderoso para cubrir mi desnudez: no por verme sucio y lleno de pecados, porque Él es fuente de misericordia: no por verme con tanta pobreza, porque Él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión (mientra más miserable fuere) para que resplandezca más su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego dende su nascimiento sirvieron para que resplandesciese más en él la gloria de Dios, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que siendo tan alto no desdeña cosas tan bajas, especialmente que no se tiene aquí respecto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el Eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como á tal. Pues por esto te suplico, clementísimo Padre de nuestro Salvador, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa á un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás (queriendo en esto honrar al hijo, no por sí sino por los méritos de su padre) así tú, Eterno Padre, tengas por bien asentar á este pobre y disforme pecador á tu sagrada mesa, no por sí, sino por los merescimientos de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo, nuestro segundo Adán y verdadero Padre. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MEDITACIÓN MUY DEVOTA

para ejercitarse en ella el día de la sagrada Comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido y dando gracias á Nuestro Señor por él.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á darte, Señor, gracias por el beneficio que hoy me has hecho, es cierto que no te las podría dignamente dar. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿cómo te alabaré yo porque me has querido en este día visitar, y consolar, y honrar con tu presencia? Aquella sancta madre de tu precursor, llena del Espíritu Sancto, cuando vió entrar por sus puertas á la Virgen que dentro en sus entrañas te traía, espantada de tan grande maravilla, exclamó diciendo: ¿De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á mí? Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puer-

tas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? ¡Con cuánta mayor razón podré exclamar: De dónde á mí tanto bien, que no la Madre de Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo creado haya querido venir á mí! ¡Á mí, que tanto tiempo fuí morada de Satanás! ¡Á mí, que tantas veces le ofendí! ¡Á mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merescía nunca más recibir á quien así desechél Pues ¿de dónde á mí, Señor, que tú, Rey de los reyes y Señor de los señores (cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra) hayas querido venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mío, quieres descendir al infierno? ¿Otra vez quieres ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez quieres nascer en un establo de bestias? Bien paresce, Dios mío, que el mismo corazón que tenías entonces, tienes agora, pues lo que heciste una vez por los pecadores, eso haces cada día por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitaras, todavía fuera ésta grande misericordia: mas que tú, Señor, hayas querido no sólo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, y transformarme en ti, y hacerme una cosa contigo por una unión tan admirable, que meresce ser comparada (como tú la comparaste) con aquella altísima unión que tú tienes con el Padre (para que así como el Padre está en ti, y tú en él, así el que come de ti, esté en ti, y tú en él) ¿qué cosa puede ser más admirable? Maravillábase el rey David de que tú, Señor, quesieses acordarte del hombre y poner en él tu corazón: pues ¿cuánto mayor maravilla es que Dios quiera, no sólo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una misma cosa con el hombre? Maravillábase el rey Salomón que quisiese Dios morar en aquel templo que él en tantos años había edificado, y así decía: ¿Es posible que quiera Dios morar acá en la tierra con los hombres? Si no cabes en el cielo y en los cielos de los cielos, ¿cuánto menos podrás caber en esta casa que yo te he edificado? Pues ¿cuánto mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos por otra más excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima, que apenas trabajó un solo día en aparejarle la posada? Maravillábase toda la naturaleza criada de ver á Dios

hecho hombre, de verlo bajar del cielo á la tierra y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella: y es razón que se maraville, pues ésta fué la mayor de las maravillas de Dios y la mayor de sus obras. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Sancto, estaban más limpias que las estrellas del cielo, y así aparejaron morada digna para Dios. Mas que este mismo Señor quiera morar en las mías (que son más impuras que el cieno, más escuras que la noche, más sucias que todos los albañares del mundo) ¿cómo no será ésta grande maravilla? ¡Oh, bendígante, Señor, los ángeles por tan alta gracia, y por tan gran misericordia, y por tan excelente obra y muestra de bondad! Bien paresce que eres sumamente bueno, pues eres sumamente comunicativo de ti mismo, y pues tal y tan admirable medio buscaste para hacernos buenos.

Pues ¿qué será, si con todo esto se junta el beneficio que á nosotros obra y significa este Divino Sacramento? ¡Oh, cuán alegres nuevas me da de ti, Señor, este misterio, y cuán dignas de todo agradescimiento! Tráeme firmado de tu nombre que eres mi padre, y no solamente padre, sino también esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oyo decir que el efecto proprio para que este Sacramento fué instituído, es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa contigo. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazón, ¿de cuál corazón salió tal obra como ésta? Porque unión propriamente pertenesce á los casados, y regalo no suele ser de señor á siervo, sino de padre á hijo, y á un hijo chiquito y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenesce no sólo proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino también de cosas con que huelgue para su recreación. Pues tal efecto de amor como éste quedaba, Señor, por descubrir al mundo, y éste se guardaba para el tiempo de tu venida y para la buena nueva del Evangelio. De manera que en la otra manera de sacramentos y beneficios me das á entender que eres mi rey, y mi salvador, y mi pastor, y mi médico: mas en éste (donde por una tan alta manera te quisiste ayuntar con mi ánima y regalarla con tan maravillosos deleites) claramente me das á entender que eres mi esposo y mi padre, y padre que tiernamente ama á su hijo, como Jacob amaba á Josef entre todos sus hermanos. Esto me da á entender el efecto de este Sacramento, estas nuevas me da de ti. No hay doblez, Se-

ñor, en tus obras: lo que muestran por de fuera, eso es lo que tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa, por esta obra juzgo tu corazón, deste tratamiento y regalo que me haces, tomo información para conoscer el corazón que para comigo tienes. Porque si de aquel maná que cayó en el desierto, se dice que porque tenía todo género de sabor y suavidad, declaraba la suavidad y dulzura de tu corazón para con tus hijos, ¡cuánto con mayor razón se dirá lo mismo deste divinísimo Maná, pues tiene tanto mayor suavidad! ¡Oh manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refección de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios, y gusto de la felicidad eterna! Pues ¿qué diré, Dios mío? ¿Qué gracias te daré? ¿Con qué amor te amaré, si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú, siendo el que eres, así amas á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á ti, esposo altísimo y nobilísimo de mi ánima? Ámete pues yo, Señor, cobdíciete yo, cómate yo, y bébate yo. ¡Oh dulcedumbre de amor! ¡Oh amor de inestimable dulcedumbre! Cómate mi ánima, y del licor suavísimo de tu dulcedumbre sean llenas mis entrañas. Oh caridad, Dios mío, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes, fazme crescer en ti, para que pueda yo gozar dignamente de ti. Oh dulzor y hartura de mi ánima, ¿porqué no soy yo del todo encendido y abrasado en el fuego de tu amor? ¡Oh divino fuego! ¡Oh dulce llama! ¡Oh suave herida! ¡Oh amorosa cárcel! ¿Porqué no soy yo preso en esa cadena, y herido con esa saeta, y abrasado con ese fuego, de tal manera que ardan y se derritan todas mis entrañas en amor? Hijos de Adam, linaje de hombres ciego y engañado, ¿qué hacéis? ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis? Si amor buscáis, éste es el más noble y más dulce que hay en el mundo. Si deleites buscáis, éstos son los más suaves, más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y el piélago de todos los bienes. Si honra queréis, aquí está Dios, y con Él toda la corte del cielo, que os viene á visitar. Pues ¿qué mayor honra que tener tal huésped en casa, y toda la corte del cielo al derredor della?

Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con

tantos beneficios, y sobre todo, preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más deleites de mundo para mí, ya no más pompa del siglo para mí. Vayan, vayan lejos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que sólo éste es el verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles, no ha de comer manjar de bestias: el que ha recibido á Dios en su morada, no es razón que admita en ella otra criatura. Si una mujer de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste Sacramento, ¿cómo se bajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazón á pensamiento de mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y sanctificada con la presencia divina? No consintió Salomón que la hija del rey Faraón, su mujer, morase en su casa, por haber estado en ella un poco de tiempo el Arca del Testamento, aunque ya no estaba. Pues si este tan sabio rey no quiso que su propria mujer (y mujer tan principal) pusiese los pies en el lugar donde había estado el Arca de Dios, por ser del linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana éntre en el corazón donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrescido el mismo rey Salomón sacrificio en el portal del templo, dejó aquel lugar sanctificado para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánto más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió Aquél á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tan honrado me dejas, Señor, con esta visitación, dame gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que tú me diste. Nunca jamás diste á nadie honra sin darle gracia para mantenerla: y pues aquí me has honrado tanto con tu presencia, sanctifícame con tu virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hiciste siempre en todos los lugares que entraste. Entraste en las entrañas virginales de tu sacratísima Madre, y así como la levantaste á inestimable gloria, así le diste inestimable gracia para

mantenerla. Entraste (estando aun en esas mismas entrañas encerrado) en casa de Sancta Elisabet, y allí con tu presencia sanctificaste y alegraste su hijo, y henchiste su madre del Espíritu Sancto. Entraste en el mundo á conversar con los hombres, y así como lo ennobleciste con tu venida, así lo reparaste y sanctificaste con tu gracia. Entraste después en el infierno, y del mismo infierno heciste paraíso, beatificando con tu presencia á los que honraste con tu visitación. Y no sólo tú, Señor, mas el arca del testamento (que no era más que sombra deste misterio) entró en casa de Obededón, y luego echaste tu bendición sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se te hacía. Y pues has querido, Señor, también entrar en esta pobre morada y ser hospedado en ella, comienza ya á bendecir á la casa de tu siervo y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada tuya. Quesiste que yo fuese como aquel sancto sepulcro en que tu sagrado cuerpo se depositase: dame las condiciones que tenía este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que tú me elegiste. Dame aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificación, con que muera á todos mis apetitos y proprias voluntades, y viva á ti. Quesiste que yo fuese como un arca del testamento en que tú morases: dame gracia para que así como en aquella arca no había otra cosa más principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazón no haya otro pensamiento ni deseo sino de tu sanctísima ley. Quesiste darme á entender en este Sacramento que eras mi padre (pues así me tratabas como á hijo, y hijo tiernamente amado) dame gracia para que pueda yo responder á este beneficio amándote, no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en tu amor, y la memoria sola de tu dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazón. Dame también para contigo espíritu y corazón de hijo, que es espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor, y de confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego á ti con tanta seguridad y confianza como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Quesiste sobre todo esto descubrir á mi ánima en este Sacramento amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal: dame, pues, ese mismo corazón para contigo, para que así te ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable

y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de ti. Esposo dulcísimo de mi ánima, extiende esos dulces y amorosos brazos, y abrázala de tal manera contigo, que ni en vida ni en muerte se pueda apartar de ti. Para esta unión ordenaste este Sacramento, porque sabías cuánto mejor estaba la criatura en ti que en sí, pues en ti estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca: mas echada en la mar y ayuntada con su principio, permanesce para siempre. Sácame pues, Señor, de mí, y recíbeme en ti, porque en ti vivo, y en mí muero: en ti permanezco, y en mí desfallezco: en ti soy estable, y en mí paso como pasa la vanidad. No te vayas pues, oh buen Jesú, no te vayas: quédate, Señor, con nosotros, porque viene la tarde y se cierra ya el día.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es tenerte hoy en mi casa (donde tan buena coyuntura tengo para negociar contigo á solas mis negocios) no será razón perder esta buena coyuntura. No te soltaré, Señor mío, de los brazos, contigo lucharé toda la noche, hasta que me des tu bendición. Múdame, Señor, el hombre viejo y dame otro nuevo, que es otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Máncame el un pie, y déjame el otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero tu solo amor, para que desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos, á ti solo ame, á ti solo desee, en ti solo piense, con ti solo more, á ti solo viva, en ti estén todos mis cuidados y pensamientos, á ti acuda con todos mis trabajos, y de ti solo reciba todos los socorros, y finalmente tú, Señor, seas todo mío, y yo sea todo tuyo. Que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

VITA CHRISTI

EN EL CUAL SE CONTIENEN

LOS PRINCIPALES PASOS Y MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO



VÉNDESE EN CASA DE IOANNES BLAVIO

IMPRIMIDOR EN LA RUA DE LOS ESCUDEROS

EN LISBOA, 1561.

Fué examinado y aprobado este tratado por el R. P. Presentado F. Francisco Foreiro, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en estos reinos de Portugal.

AL CRISTIANO LECTOR

El tratado precedente, cristiano lector, sirve para el uso de la oración vocal, la cual con palabras humildes y devotas habla y negocia con Dios. Esta manera de orar, entre otros muchos provechos que tiene, uno y muy principal es, ser un grande estímulo y incentivo de devoción, cuando más derramado y frío está nuestro corazón. Porque como él sea tan malo de recoger en este tiempo (por el distraimiento de los pensamientos) no tenemos entonces otro más fácil remedio que apegarlo á las palabras de Dios (que son como unas brasas y saetas encendidas) para que con ellas se encienda y despierte á devoción.

Mas el tratado presente servirá al uso de la oración mental, que se hace con lo íntimo del corazón, en la cual entreviene la consideración de las cosas celestiales, que es la principal causa de la devoción, como dice el Sancto Doctor. De manera que así como los niños unas veces andan en pies ajenos, y otras (cuando ya son mayores) en los suyos proprios, así el siervo de Dios debe tratar en la oración con Él, unas veces con palabras ajenas (pronunciándolas con toda devoción) y otras con las suyas proprias, que es con las que su devoción ó su necesidad le enseñare. En esta cuenta entra el ejercicio de la consideración de las cosas divinas, que es el proprio pasto y mantenimiento de nuestra ánima.

Y entre otras muchas cosas que hay que considerar, una de las más principales es la vida y pasión de Cristo, que es universalmente provechosa para todo género de personas, así principiantes como perfectas. Porque éste es el arbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas, las altas para los grandes (que por aquí suben á la contemplación de la bondad, caridad, sabiduría, justicia y misericordia de Dios) y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo y la fealdad de sus pecados, para moverse á dolor y compasión.

Éste es uno de los más proprios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por doquiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando (según la translación caldea) dijo que los justos y los fieles serían la cinta de las renes de Cristo, y que andarían siempre al derredor dél. Lo cual espiritualmente se hace, cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta de Él, ni le pierde jamás de vista, acompañándole en todos sus caminos, meditando en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual) sino (como dice la Esposa) un suavísimo bálsamo derramado: el cual (en cualquier paso que le miréis) está siempre echando de sí olor de sanctidad, de humildad, de caridad, de devoción, de compasión, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nasce que así como el que tiene por oficio tratar ó traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo á aquello que trata, así el cristiano que desta manera trata con Cristo, viene por tiempo á oler al mismo Cristo, que es, á parescerse con Cristo en la humildad, en la caridad, en la paciencia, obediencia y en las otras virtudes de Cristo.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y después apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditación al ánima devota. De las cuales, unas sirven para despertar la devoción, otras para la compasión, otras para la imitación de Cristo, y otras para su amor, y para el agradescimiento de sus beneficios, y para otros propósitos semejantes. Imité en este tratado á otro que S. Buenaventura hizo, llamado Árbol de la Vida del Crucificado (que para este mismo efecto por este sancto Doctor fué compuesto) y púselo así en este breve compendio, para que pudiese traerse en el seno lo que debe siempre andar en el corazón, y así pudiese el hombre decir con la Esposa en los Cantares: Manojico de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará. Al cabo (después de la subida del Señor al cielo) puse la venida á juicio, y la gloria del paraíso, y las penas del infierno, y el camino para lo lo uno y para lo otro, que es la muerte, tratando de la

memoria della, que son las cuatro postrimerías en que el hombre debe siempre pensar para no pecar. Y después declaré brevemente de la manera que el hombre se había de haber en estos sanctos ejercicios. Mas antes que descendamos á tratar en particular de estos misterios, quise poner un breve preámbulo del misterio de la Encarnación de Cristo, que ayuda mucho para la consideración y inteligencia de su vida sanctísima.

COMIENZA UN BREVE SUMARIO
DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS
DE LA VIDA DE CRISTO

PREÁMBULO PARA ANTES DE LA VIDA DE CRISTO, EN EL CUAL SE TRATA DEL MISTERIO INEFABLE DE SU ENCARNACIÓN.

ACERCA del inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la primera y principal cosa que hay que presuponer y considerar, es la grandeza de la bondad y sabiduría de Dios, que resplandesce en la conveniencia deste medio que escogió para nuestra salud. Del bienaventurado Sanct Augustín se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de contemplar con una maravillosa dulcedumbre la alteza deste consejo que la divina sabiduría había escogido para encaminar la salud del linaje humano. Pues quien quisiere sentir algo de lo que este Sancto sentía, debe trabajar por entender el abismo de la sabiduría que en este divino misterio está encerrada. Para lo cual convendrá tomar este misterio dende sus primeros principios.

Pues para esto considera primeramente que hay Dios: lo cual es una verdad tan evidente, aun en lumbre natural, que no hay nación en el mundo, por bárbara que sea, que no conozca ser así, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. Y si preguntas qué cosa sea Dios, eso no se puede explicar con palabras, sino confesando que Dios es una bondad, sabiduría y hermosura infinita, principio y fin de todas las cosas, criador, gobernador, señor y padre de todo el universo, y una cosa tan grande, que ninguna otra se puede pensar mayor ni mejor, ni á quien el hombre esté más obligado.

Lo segundo, piensa consecuentemente que ninguna cosa hay debajo del cielo más justa ni más debida que amar, temer, ser-

vir y obedescer á este Señor, y vivir conforme á su sanctísima voluntad. Ésta es la cosa más obligatoria, más necesaria, más honesta, más honrosa, más provechosa y más hermosa de todas cuantas hay y puede haber en el mundo, y la que por más millares de títulos es debida, como está claro no sólo en lumbre de fe, sino también de razón, como lo confiesan todas las naciones del mundo.

Lo tercero, considera profundamente cuán inhábil quedó el hombre por la caída de nuestros primeros padres para cumplir con esta obligación, cuán ciego, cuán enfermo, cuán sensual, cuán terreno, cuán fácil para los vicios y cuán pesado para las virtudes, cuán apetitoso para las cosas sensuales, cuán desgustoso para las espirituales, cuán cuidadoso de las cosas desta vida, cuán descuidado para las de la otra, cuán aficionado á su cuerpo, cuán olvidado de su ánima, cuán solícito por lo presente (que es momentáneo) y cuán descuidado de lo futuro (que es eterno) cuánta cuenta tiene con los hombres, cuán poca ó ninguna con Dios. Y la causa de todos estos males fué haber ofendido y indignado contra sí á Dios, y haberse por su propria culpa entregado al enemigo.

Lo cuarto, considera cuán conveniente cosa era que socorriese Dios al hombre en esta tan grande necesidad. Porque si es voz de toda la filosofía que el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues vemos que ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire hay animal, ni gusano, ni gusarapito, por pequeño que sea, á quien falte la divina providencia) ¿cómo había de faltar á la más excelente de todas sus criaturas, y en la mayor de todas sus necesidades? Y demás desto, si el hombre por malicia ajena había sido derribado, razón era que la virtud ajena ayudase á quien la maldad ajena tanto desayudó, porque así fuese el hombre tan capaz de bien como de mal, pues le podía ayudar lo uno, como le pudo desayudar lo otro.

Lo quinto, mira también que para que este remedio y socorro fuese más bien encaminado, convenía que viniese por el ministerio de uno. Porque así como fué uno el que destruyó á todos, así también convenía que uno fuese el que salvase á todos: y así como uno fué el destruidor del género humano, así otro fuese su reparador, para que por el camino que había venido la dolencia, por ese mismo viniese la medicina. Y demás desto, por-

que esta orden guarda Dios en todo este universo, que en cada linaje de cosas haya una nobilísima que sea como cabeza de todas las otras, la cual influya y comunique su virtud á todas ellas y sea causa de toda la perfección que hay en ellas, como vemos en el sol, que es causa de toda la luz que hay en las estrellas, y en el primer cielo que se mueve, que es causa de todos los otros movimientos del mundo. Pues conforme á esto convenía que en el linaje de las cosas sanctas hubiese un sumamente sancto que las sanctificase á todas y fuese causa de la sanctidad de todas. Teníamos, pues, necesidad de un tal sancto, que nos sanctificase, de un salvador que nos salvase, de un padre que nos reengendrase, de un rey que nos defendiese, de un sacerdote que por nosotros rogase, y de un sacrificio que por nosotros se ofresciese, de un reconciliador que nos hiciese amigos con Dios, y de un fiel abogado y medianero que por nosotros entreviniese. Pues si de todos estos títulos y de todos estos oficios y beneficios tenía necesidad el hombre (que con tantas inhabilidades y manqueras había quedado) ¿quién pudiera suplir mejor todas estas faltas, y soldar todas estas quiebras, y curar todas estas llagas, y hacer todos estos oficios, y ser medianero entre Dios y los hombres, que Aquél que juntamente era Dios y hombre, tan amigo de los hombres (porque era verdaderamente hombre) y tan amigo de Dios (porque era verdadero Dios) tan hábil para deber (pues era del linaje del hombre culpado) y tan poderoso para pagar, pues era Dios todopoderoso? Claro está, pues, que así como no hay en el cielo ni en la tierra otra persona mejor que el Hijo de Dios, así nadie podía mejor dar cabo á esta obra (llevando el negocio por vía y orden de justicia) que el mismo Hijo de Dios. Y así convenía por cierto que ello fuese: porque si en las obras de naturaleza dicen los filósofos que Dios siempre hace lo mejor y lo más perfecto, mucho más convenía esto en las obras de gracia, que cuanto son más perfectas, tanto se deben hacer con mayor providencia.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar la muchedumbre de bienes y provechos que desta manera de remedios se siguieron? Porque (dejados aparte otros muchos provechos, y supuesta la deuda general del linaje humano, y la inhabilidad con que había quedado, así para amar á Dios como para todas las otras virtudes) ¿ qué medio podía haber más conveniente para satisfacer á

Dios, y conoscer á Dios, y esperar en Dios, y amar á Dios, y tener que ofrescer á Dios? ¿Qué medio podía haber mejor? ¿Quién podía mejor satisfacer por deuda infinita, que Señor de virtud y dignidad infinita? ¿Cómo podíamos tener mayor conoscimiento de la grandeza de la bondad, justicia, misericordia y providencia de Dios, que viendo lo que hizo por el hombre, y de la manera que castigó el pecado del hombre? ¿Qué mayor incentivo para esperar en Dios, que tener méritos de Cristo por nuestra parte, y para amar á Dios, que ponérsenos delante tal bondad, tal caridad y tal beneficio de Dios? Si la cuerda de tres ramales es dificultosa de quebrar, ¿cómo quebrará el amor que de tres tales motivos como éstos se compone? Pues para tener que ofrescer á Dios, ¿qué sacrificio se nos podía dar para descargo de nuestras culpas y remedio de nuestras necesidades, más eficaz y más acepto que la muerte del mismo Hijo de Dios? Pues para inclinar al hombre á la virtud de la humildad, de la paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida, ¿qué medio ni qué motivo pudiera haber más poderoso que ver al mismo Dios tan humilde, tan paciente, tan obediente, tan pobre y tan mal tratado por nos? Pues para criar en nuestros corazones odio contra el pecado, ¿qué motivo se podía dar mayor que ver el odio que Dios mostró contra él, pues tantos y tan grandes extremos hizo por destruirlo? Piense, pues, el hombre cada cosa déstas en particular y profundamente, y hallará por cierto que para ninguno destos fines pudiera haber medio más conveniente: antes le parescerá tan conveniente y tan á propósito de cada uno, como si para solo aquél fuera instituído. Y por aquí conoscerá la sabiduría de Dios, que tan bien supo encaminar lo que convenía para nuestro remedio.

Mas por ventura dirás: Ya que convenga tanto eso al remedio del hombre, no paresce que conviene á la gloria de Dios abajarse tanto, que se hiciese hombre y viniese á morir por el hombre. Esta objección nasce de mirar los hombres al hombre de la manera que agora está, que es con todas las vilezas y desórdenes que le vinieron por el pecado, y pensando que todo eso tomó sobre sí el Hijo de Dios. Desengáñense, pues, porque nada deso tomó sobre sí este Señor. Porque Él apartó la naturaleza, de la culpa (que es, lo que Dios hizo, de lo que el hombre hizo) y tomando solamente lo que Dios hizo, dejó lo que el hombre hizo: aunque

por nuestra causa tomó los tormentos y la muerte que sin deberla padesció. Preservando, pues, la naturaleza de todos estos defectos, adornóla y ennoblescióla (sobre todo lo que se puede encarescer) con tanta abundancia de riquezas espirituales, de virtudes, de sabiduría, de poder y de gracias tantas y tan admirables, que no fué deshonra suya, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. No sería deshonra de un rey vestir un sayo de picote, si estuviese todo sembrado de franjas de oro y de piedras preciosas: porque la bajeza que tenía por parte de la materia, se encubría con la hechura. Y lo mismo hizo aquí el Hijo de Dios: porque aunque el paño era bajo, Él lo supo adornar con tantas riquezas y labores obradas por mano del Espíritu Sancto, que no fuese deshonra suya vestirse dél. Porque claro está que ya que Dios quería hacerse hombre, en su mano estaba hacerse tal hombre cual conviene que fuese el que había de ser Dios y hombre: y así lo hizo. Y demás desto, el fin para que venía requería esta manera de hábito tan humilde. Porque así como no es cosa indigna de la persona real vestirse de picote ó de sayal, cuando va á caza (porque para este propósito más arma el sayal que la tela de oro) así también (pues el Hijo de Dios venía al mundo á reformar el mundo, que es, á hacer guerra á la vanidad, á las riquezas y deleites) éste era el hábito que más convenía para este propósito.

Con esta grandeza concuerdan todas las demás, así las que precedieron como las que acompañaron y se siguieron después deste misterio. Porque antes desta venida precedieron entre judíos y gentiles infinitas profecías y figuras que la denunciaron y prometieron por todas las edades y siglos dende el principio del mundo: y cuando hubo de venir, vino también de la manera que convenía á tan alta Majestad. Ca fué concebido como convenía á Dios, porque de Espíritu Sancto: nasció como Dios, porque de madre virgen: conversó en este mundo como Dios, obrando infinitos miraglos y haciendo infinitos beneficios: y murió como Dios, pues todos los elementos del mundo hicieron sentimiento en su muerte: y pues que después de muerto resuscitó de los muertos, y subió á los cielos, y de ahí envió al Espíritu Sancto. De manera que aunque Él fué hombre como nosotros en la naturaleza, no lo fué en la dignidad y en la gloria. Hombre fué de verdad como nos: mas concebido (como dijimos) de Espíritu San-

cto, nascido de madre virgen, alabado de ángeles, anunciado de profetas y deseado de todas las gentes. Hombre fué como nos: mas hombre que sanctificaba los hombres, que sanaba los enfermos, que alumbraba los ciegos, que alimpiaba los leprosos, que hacía andar á los cojos y resuscitaba los muertos. Hombre fué como nos: mas hombre á quien obedescía la mar, á quien servían los elementos, á quien testificaban los cielos, de quien temblaban los demonios, y á quien glorificaban las voces de Dios. Hombre fué, y así murió como hombre: mas muerto venció la muerte, y sepultado saqueó al infierno: y saqueado el infierno, subió al cielo: y subido al cielo, envió al Espíritu Sancto y sanctificó al mundo. Y quien quisiere ver esta sanctificación, ponga los ojos en aquella felicísima edad de la primitiva Iglesia, y verá los desiertos poblados de monjes, y los poblados llenos de mártires, de confesores y de doctores y vírgines. Verá derribados los templos de los ídolos, verá vencidos los tiranos, verá convertido el mundo: y entenderá que nadie era poderoso para hacer tan grandes maravillas, sino Dios.

Lo que después de todo esto se siguió, fué esta renovación del mundo, acompañada con los triunfos admirables que en esta jornada alcanzó. Porque primeramente triunfó del reino del diablo (que cuasi en todo el mundo era adorado) cuyos altares y templos derribó. Triunfó del mundo, cuyos reyes y emperadores, no peleando, sino padesciendo, venció y subjectó. Triunfó de sus enemigos, cuya república y templo hasta hoy día destruyó y puso en perpetuo cautiverio. Y lo que más es, triunfó del pecado, que tan apoderado estaba de todos los hombres del mundo, pues tanta muchedumbre de sanctos se levantaron de nuevo, que vencieron este tirano, vencedor de todos los reyes y emperadores del mundo. Y finalmente, triunfó del infierno, pues lo saqueó: y también del cielo, pues nos lo abrió: y triunfará después de la muerte, cuando le hará restituir todos los muertos y volver á la vida sus despojos. Por lo cual todo se ve claro cómo no es deshonra, sino grandísima gloria, hacerse Dios tal hombre cual aquí protestamos y confesamos que se hizo.

Ni hace contra esto haber padescido tan cruel y tan deshonrada muerte, pues en la muerte no hay deshonra, sino en la causa: porque así como padescer por maleficios es la más amenguada cosa del mundo, así por el contrario, padescer por bene-

ficios, esto es, por la patria, por la justicia, por la fe, por la castidad y por la gloria y obediencia de Dios, es la cosa más gloriosa y más honrosa del mundo: y cuanto mayor fuere por esta causa la ignominia, tanto mayor será la gloria. Demás de que esta tan gloriosa muerte parió todas las muertes de los mártires, y todas las mortificaciones y virtudes de los confesores y de todos los sanctos que ha habido en el mundo, los cuales con el ejemplo, esfuerzo y beneficio que desta gloriosa muerte recibieron, padescieron constantemente todo lo que convenía padescer por la virtud. Alaba pues, oh hombre, al Señor por este tan grande beneficio, considerando que pudiera Él desamparar al hombre después que pecó (sin perder por eso nada de su derecho) ó pudiéralo remediar por otro medio que no le fuera tan caro, y no quiso sino por éste que á Él era tan costoso, por ser más conveniente para nuestro remedio. Y pues este Señor de tal manera se hizo nuestro medianero, que con sus merescimientos obligó á Dios, y con sus ejemplos á los hombres, el que quisiere valerse de sus merescimientos, es razón que trabaje por imitar sus ejemplos.

De la Anunciación de Nuestra Señora.

DESPUÉS que se cumplió el tiempo que la divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel S. Gabriel á una virgen llena de gracia, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo: porque tal convenía que fuese la que había de ser madre del Salvador del mundo. Y después que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traía, y le declaró de la manera que se había de obrar aquel misterio, que no había de ser por obra de varón sino por Espíritu Sancto, luego la Virgen con humildes palabras y devota obediencia consintió á la embajada celestial: y en ese punto el Verbo de Dios omnipotente descendió en sus entrañas virginales, y fué hecho hombre: para que desta manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre á hacerse Dios.

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para nuestra salud (de la manera que en el preámbulo precedente está platicado) por-

que ésta es una de las consideraciones que más poderosamente arrebata y suspende el corazón del hombre en admiración desta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud, dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio por que lo hizo, y mucho más por el amor con que lo hizo, que sin comparación fué mayor.

Después desto pon los ojos en las virtudes excelentes desta Virgen que Dios escogió para su templo y morada. Mira primeramente la pureza y gloria de su virginidad, pues ella fué la primera que trajo esta invención al mundo, haciendo voto de perpetua virginidad. Mira su clausura y recogimiento, cual convenía á tal propósito, y los ejercicios espirituales de oraciones y lágrimas en que gastaría las noches y los días en aquel su retraimiento. Mira el rigor de su silencio, pues entre tantas palabras como habló el ángel, habló ella tan pocas y tan necesarias. Mira también su humildad y obediencia en aquel final consentimiento que dió al ángel, diciendo: *Ecce ancilla Domini*, &c. La humildad, en llamarse sierva la que era escogida por madre: y la fe, en creer tan grandes misterios sin pedir señal, como Zacarías y como otros pidieron: y la obediencia, en resignarse y entregarse en las manos del Señor para lo que della quisiese hacer. Mas sobre todo esto es mucho más para considerar los movimientos, los júbilos y los ardores que en aquel purísimo corazón entonces habría con la supervención del Espíritu Sancto, y con la encarnación del Verbo Divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrescía, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fueron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar á entender esto como ello fué?

La Visitación á Sancta Elisabet.

COMO el ángel dijo á la Virgen que su parienta Elisabet en su vejez había concebido un hijo, dice el Evangelista que se partió luego con gran priesa á visitarla. Y entrando en su casa y saludándola húmilmente, así como oyó Elisabet la salutación de María, saltó de placer el niño en su vientre. Y en este puncto fué llena del Espíritu Sancto Elisabet, y exclamó con una grande

voz, diciendo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la Madre de mi Señor venga á mí? &c.

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos: el niño S. Juan, su madre y la Virgen. En el niño considera una tan extraña manera de movimiento y sentimiento como fué el que tuvo en la presencia de Cristo. Porque allí le fué acelerado el uso de la razón, y le fué dado conoscimiento de quién era el Señor que allí venía. De lo cual fué tan grande el alegría que recibió en su voluntad, que vino á hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grandeza del alegría del espíritu. Donde podrás ver qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnación de Cristo, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Sancto que fuese por este niño celebrado, y por consiguiente, qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las angosturas del vientre de su madre tal sentimiento tuvo.

Mas en la madre considera qué tan grande sería la admiración y alegría desta sancta mujer con el súbito resplandor de tan grande luz (que es con el conoscimiento de tan grandes maravillas como allí le fueron reveladas) pues en aquel instante por una muy alta manera le fué hecha revelación cuasi de todo el discurso del Evangelio. Porque allí conosció que aquella doncella que tenía delante, era Madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Sancto, y que el Hijo de Dios había encerrado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido, y que el mundo con su venida había de ser reformado: y finalmente allí conosció todo lo que el ángel con la misma Virgen había tratado. Pues si el estilo del Espíritu Sancto es dar el sentimiento de la voluntad conforme á la lumbre que da al entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y sentimientos de aquella sancta voluntad, precediendo tal lumbre en el entendimiento? No hay palabras que basten para explicar esto como es: porque por aquí veas cuán grandes sean los dones y favores de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos.

Entendido por esta vía el corazón desta sancta mujer, trabaja (como pudieres) por entender el corazón de la Virgen y las palabras de aquella maravillosa canción que allí cantó sobre este tan alto misterio. Mira cuán alabada es allí la humildad, cuán de-

testada la soberbia, y cuán encarecida la misericordia, la fidelidad y la providencia paternal de Dios para con los suyos. Oh bienaventurada Virgen, ¿qué sentía tu piadoso corazón cuando decías: Engrandece mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, y hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso? ¿Qué grandezas y qué maravillas eran ésas? No es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la consideración dellas. ¡Oh, dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son á veces visitados y consolados de Dios!

La revelación de la virginidad de Nuestra Señora.

VUELTA la Virgen á su casa, como el sancto Josef la vió preñada, y no sabía de dónde esto fuese, dice el Evangelista que no queriendo acusarla, se quiso ir y desampararla, hasta que el ángel de Dios le apareció en sueños y le reveló este tan grande misterio.

Acerca de lo cual primeramente considera la grandeza del trabajo que padescería la Virgen en este tiempo, viendo al esposo tan amado con tan grande turbación y aflición como consigo traía: para que por aquí veas cómo á tiempos desampara el Señor á los suyos, y los ejercita y prueba con grandes angustias y tribulaciones para acrescentar su perfección.

Considera también la paciencia, y el silencio, y la confianza con que la Virgen padescería este trabajo, pues ni por eso perdió la paz de su consciencia, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, ni perdió la confianza de que el Señor volvería por su inocencia, sino puesta en continua oración, descubría y encomendaba al Señor su causa.

Piensa luego en la revelación hecha al santo Josef: para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, mortifica y da vida, derriba hasta los abismos y saca dellos, y cómo finalmente es verdad lo que dice el Apóstol: Sabe muy bien el Señor librar á los justos de la tribulación.

Aquí puedes también considerar qué tan grande sería el alegría deste sancto varón, cuando hallase inocencia en quien tanto deseaba hallarla, y qué tan grande sería el alegría de la Virgen viendo por una parte el esposo dulcísimo despenado, y vueltas sus lágrimas en alegría, y por otra, considerando el so-

corro de la divina Providencia y la fidelidad que el Señor mantiene con todos aquéllos que fielmente esperan en Él. Pues ¿qué sería ver allí con cuántas lágrimas el esposo pediría perdón á la esposa de la sospecha pasada, y con qué ojos la miraría de ahí adelante, y con cuánta reverencia y acatamiento la trataría? Y ¿qué sería ver las lágrimas de la Virgen, y las alabanzas con que alabarían á Dios toda aquella noche por este tan grande beneficio?

El Nascimiento del Salvador.

EN aquel tiempo, dice el Evangelista que mandó el emperador César Augusto que todas las gentes fuesen á sus tierras á escribirse. Por cuya causa la sagrada Virgen caminó de Nazaret á Betleem á cumplir este mandamiento: donde cumplidos los nueve meses, parió su Hijo, y (como dice el Evangelista) lo envolvió en pañales y recostó en un pesebre, porque no tenía otro más conveniente lugar en aquella posada.

Aquí puedes primeramente considerar el trabajo que la Virgen pasaría en este camino, pues el tiempo era tan contrario al caminar, y ella era tan delicada, y la despensa y provisión para el camino tan pobre. Camina, pues, tú con el espíritu en esta sancta romería, y sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres á estos sanctos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, otras dulcemente platicando: y así alternando los ejercicios, vencían el trabajo del caminar.

Pon luego los ojos en la sacratísima Virgen, y mira con qué amor y reverencia abrazaría aquel sancto Niño, cómo lo adoraría, con qué devoción lo arrimaría á sus pechos y le daría su leche, y cuáles serían allí las alegrías de su corazón, cuántas las lágrimas de sus ojos, viéndose madre de tal Hijo, viéndose abrazada en tal tesoro, y viéndose finalmente parida sin dolor ni menoscabo de su pureza virginal.

Mira luego con cuánta devoción y compasión lo acostaría en aquel pesebre: donde hallarás maravillosos ejemplos de humildad, pobreza, aspereza y caridad del Hijo de Dios. ¿Qué mayor humildad que nascer en un establo? ¿Qué mayor pobreza que los pañales en que fué envuelto? ¿Qué mayor aspe-

za que ser en tan tierna edad reclinado en un pesebre? ¿Qué mayor caridad que ponerse á padescer todos estos trabajos por nuestra causa el Señor de todo lo criado? Y mira cómo las cosas más bajas escogió Dios: por do paresce que éstas deben ser las mejores, aunque todo el mundo lo contradiga.

También tienes aquí que mirar (demás de aquellas dos resplandescientes lumbres Madre y Hijo) las lágrimas y alegría del sancto Josef, los cantares de los ángeles, y particularmente la devoción de los pastores. Y si tú quieres que te quepa alguna parte desta fiesta como á ellos, trabaja por imitar la simplicidad, la humildad, la pobreza y las vigilias dellos, y serás visitado de los ángeles y cercado de luz como ellos. No seas doblado, ni malicioso, ni ambicioso: conténtate con las riquezas de la simplicidad, vive según naturaleza, y luego este Niño, amador de simples y de niños, te hará participante destos misterios.

En cabo de todo esto mira cómo la sacratísima Virgen meditaba y confería todos estos misterios en su corazón (como dice el Evangelista) para que por aquí veas cuán alto y cuán divino ejercicio sea la consideración de la vida de Cristo, pues aquélla que fué consumadísimo dechado de toda perfección y contemplación, tan á la continua se ejercitaba en él.

La Circuncisión del Señor.

PASADOS ocho días, dice el Evangelista que fué circuncidado el Niño, y le fué puesto por nombre Jesús: el cual nombre fué declarado por el ángel antes que en el vientre fuese concebido.

Acerca deste misterio puedes primeramente considerar el dolor que padescería aquella delicatísima y ternísima carne con este nuevo martirio: el cual era tan grande (especialmente al tercero día) que algunas veces acaescía morir dél. Por donde verás lo que debes á este Señor, que tan temprano comenzó á padescer tan graves dolores y hacer tan dura penitencia por las demasías y torpezas de tus culpas. Y mira cómo el primer día de su nascimiento derramó lágrimas, y el octavo, sangre: para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre de cada vez más.

Considera también el dolor y lágrimas del santo Josef, que tan tiernamente amaba este Niño (que por ventura fué el ministro

desta circuncisión) y mucho más de su sacratísima Madre, que mucho más le amaba, y mira la diligencia que pondría en arrullar y acallar el Niño (que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba) y con qué reverencia recogería aquellas sanctas reliquias y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conoscía.

Mira también cuán tarde comenzó el Hijo de Dios á predicar, y cuán temprano á padescer, pues á los treinta años comenzó la predicación, y á los ocho días padesció la circuncisión y comenzó á hacer oficio de redemptor. Mira cómo aquel esposo de sangre comienza ya á derramar sangre por su esposa la Iglesia. Mira cómo el segundo Adam, salido del paraíso de las entrañas virginales, comienza ya á saber de bien y de mal, y mira cómo aquel caudaloso mercader y redemptor del linaje humano comienza ya á dar señal de la paga advenidera, derramando agora esta poquita de sangre en prendas de la mucha que adelante derramará. Por aquí verás con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comenzó á dar por el hombre este tesoro. Adora pues, oh ánima mía, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud, la cual sola bastara para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan superabundantemente satisfacer por nuestras culpas.

Mira también cómo hoy le ponen por nombre Jesús (que quiere decir Salvador) para que si la señal de pecador te desmayaba, te esfuerce este dulcísimo y eficacísimo nombre de Salvador. Adora pues, oh ánima mía, abraza y besa ese dulcísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el olio, más medicinable que el bálsamo, y más poderoso que todos los poderes del mundo. Éste es el nombre que deseaban los Patriarcas, por quien suspiraban los Profetas, á quien repetían y cantaban los Psalmos y todas las generaciones del mundo. Éste es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocación se salvan los pecadores.

La Adoración de los Magos.

Entre las maravillas que acaescieron el día que el Salvador nasció, una dellas fué aparescer una nueva estrella en las partes de Oriente: la cual significaba la nueva luz que había venido al mundo para alumbrar á los que vivían en tinieblas y en la región de la sombra de la muerte. Pues conosciendo unos grandes sabios (que en aquella región había) por especial instincto del Espíritu Sancto lo que esta estrella significaba, parten luego á adorar este Señor. Y llegados á Hierusalem, preguntan por el lugar de su nascimiento. Y informados desto, y guiándolos la misma estrella que habían visto en Oriente, llegaron al portalico de Betleem, y allí hallaron al Niño en los brazos de su Madre: y prostrados en tierra, le adoraron y ofrescieron sus dones, que fueron oro, encienso y mirra.

Donde puedes primeramente considerar la bondad y caridad inefable deste Señor, el cual apenas había nascido en el mundo, cuando luego comenzó á comunicar su luz y sus riquezas al mundo, trayendo con su estrella los hombres á sí dende el cabo del mundo: para que por aquí veas que no huirá de los que le buscan con cuidado, el que con tanta diligencia buscó á los que estaban tan descuidados.

También puedes considerar la devoción, la fe y la ofrenda destos sanctos reyes, y el misterio que por ella nos es significado. La devoción, en ver á cuánto trabajo y peligro y á cuán largo camino se pusieron por ir á adorar á este Señor y gozar de su presencia corporal: para que tú por aquí condenes tu pereza, viendo por cuán poco trabajo dejas muchas veces de gozar deste mismo beneficio por no acudir á las iglesias y frecuentar ahí los sacramentos. La fe, viendo con cuánta humildad y reverencia adoraron como á rey y como á Dios al que estaba tan pobremente aposentado y acompañado. Porque si fué grande la fe del buen ladrón, que en la cruz conosció el reino, no es menor la destos sanctos reyes, que en una tan grande humildad adoraron y reconoscieron la Divinidad soberana. Mas la ofrenda que juntaron con esta fe, nos enseña que debemos acompañar nuestra fe con obras dignas de tal fe, pues la fe sin ellas está muerta.

Pero considerando más profundamente el misterio desta ofrenda, hallaremos que en ella está significada la suma y cumplimiento de toda la justicia cristiana. Porque tres cosas comprehende esta justicia, que son, cumplir con Dios, y con nos, y con nuestros prójimos: y con estas tres partes cumple perfectamente quien estos tres dones espiritualmente ofrece, conviene saber, el que ofresce encienso de devoción para con Dios, y mirra de mortificación para consigo, y oro de caridad para con sus prójimos. Con lo primero cumple el hombre, trayendo una continuada oración y elevación del espíritu inflamado para con Dios. Con lo segundo, reformando todas las partes y fuerzas de su cuerpo y ánima, castigando la carne, mortificando las pasiones, enfrenando la lengua y recogiendo la imaginación. Mas con lo tercero cumple, socorriendo á las necesidades de sus prójimos con caridad, y sufriendo sus faltas con paciencia, y tratándolos benignamente con suavidad y buenas palabras. De suerte que el que quisiere ser perfecto cristiano, ha de tener en un corazón tres corazones, conviene saber, un corazón devotísimo, humilísimo y inflamadísimo para con Dios, y otro rigurosísimo y vigilantísimo para consigo, y otro liberalísimo, sufridísimo y suavísimo para con los prójimos. Bienaventurado el que adora la Trinidad en unidad, y bienaventurado el que tiene estas tres maneras de corazones en un corazón.

Últimamente puedes aquí considerar el alegría que la sagrada Virgen recibiría en este paso, viendo la devoción y fe destos sanctos varones, y levantando los ojos á las esperanzas que aquellas primicias prometían, y viendo este nuevo testimonio de la gloria de su Hijo entre los otros que habían precedido, que eran Hijo sin padre, virgen y madre, parto sin dolor, cantar de ángeles, adoración de pastores, y agora esta ofrenda de reyes venidos del cabo del mundo. Pues ¿cuáles serían aquí las alegrías de su ánima, y cuáles las lágrimas de sus ojos, cuáles los ardores y júbilos de su purísimo corazón?

La Purificación de Nuestra Señora.

CUMPLIDOS los cuarenta días que mandaba la ley para haberse de purificar la mujer que paría, dice el Evangelista que fué la Virgen á Hierusalem á cumplir esta ley y ofrescer el Sancto

Niño en el templo. Donde fué recebido en los brazos del sancto Simeón, que tanto tiempo aguardaba por este día, y donde también fué conoscido y adorado por aquella sancta viuda Ana, que acudió allí á esta sazón.

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima desta Virgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de subjectar á las leyes de la purificación y ofrescer sacrificio que pertenecía á mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevan la Madre y el Hijo del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no queremos parescerlo: mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parescerlo. Porque del Hijo se dice que después de los ocho días se subjetó al remedio de la circuncisión (que era señal de pecadores) y de la Madre, que después de los cuarenta días se subjetó á la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

Considera también la grandeza del alegría que aquel sancto Simeón recibiría con la vista y presencia deste Niño: la cual excede todo encarescimiento. Porque cuando este varón (que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y que tanto deseaba ver antes de su partida Aquél en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos) cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conosciese por revelación del Espíritu Sancto que dentro de aquel corpecico estaba encerrada toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal Hijo tal Madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras y con el conoscimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y las colores y alteración de su rostro, y la devoción con que cantaría aquel suavísimo cantico, en que está encerrada la suma de todo el Evengelio? ¡Oh Señor, y cuán dichosos son los que os aman y sirven, y cuán bien empleados sus trabajos, pues aun antes de la paga advenidera tan grandemente son remunerados en esta vida!

Después que así hubieres considerado el corazón deste sancto viejo, trabaja por considerar y entender el corazón de la Sanctísima Virgen, y hallarla has por una parte llena de inefable

alegría y admiración, oyendo las grandezas y maravillas que deste Niño se decían, y por otra, llena de grandísima y incomparable tristeza mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este sancto varón del mismo Niño le profetizaba. Pues ¿porqué quesiste, Señor, que tan temprano se descubriese á esta inocentísima esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Porqué no estuviera este misterio debajo de silencio hasta el mismo tiempo del trabajo, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Porqué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta doncella sea siempre virgen, sino quieres también que sea siempre mártir? ¿Porqué afliges á quien tanto amas, á quien tanto te ha servido, y á quien nunca te hizo por donde meresciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas, por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los trabajos, que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie, pues, infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorescido de Dios, cuando se viere atribulado, pues la más amada y más favorescida de todas las criaturas fué la más lastimada y afligida de todas.

La Huída á Egipto.

DESPUÉS que los sanctos Magos se volvieron á su tierra por otro camino (según que les fué dicho por el ángel) viendo Herodes burladas sus esperanzas (como no tuviese nueva cierta del Niño) determinó matar todos los niños que había en la tierra de Betleem, por matar entre ellos éste que tanto deseaba. Entonces, aparesciendo el ángel en sueños á Josef, le dijo que tomase al Niño y á su Madre, y huyese con ellos á tierra de Egipto, porque Herodes andaba en busca del Niño para lo matar. El cual, levantándose de noche, tomó al Niño y á su Madre, y fuése á Egipto: y estuvo allí siete años, hasta la muerte de Herodes: después de la cual, fué otra vez por el mismo ángel amonestado que se volviese á la tierra de Israel, porque ya eran muertos los que procuraban la muerte del Niño.

Aquí puedes primeramente considerar cuál sería el sobresalto que la Virgen recibiría con esta nueva (viendo que un rey tan poderoso andaba en busca del Hijo que ella tanto amaba,

para matarlo) y cuán ligeramente se levantaría y desampararía toda esa pobreza que tenía, por poner en cobro aquel tan precioso tesoro, y qué lágrimas de compasión iría derramando por todo aquel camino sobre el rostro del Niño que en sus virginales brazos llevaba, viendo cómo ya comenzaban á cumplirse las profecías dolorosas de aquel sancto viejo Simeón, que eran las persecuciones y trabajos que aquel Señor había de padescer.

Mira también cuál sería la vida y los trabajos de aquella Señora todos aquellos siete años que estuvo en tierra de gentiles: donde veía adorar piedras y palos en lugar del verdadero Dios, y donde tan poco refrigerio hallaría entre gente pagana para todas las necesidades que se le ofresciesen, especialmente siendo ella extranjera y pobre, y tan pobre, que por falta de cordero ofresció el día de su purificación un par de tórtolas ó palominos, que era la ofrenda de los pobres.

Y juntamente con esto considera cuán temprano comenzó este Señor á padescer destierros, y persecuciones, y contradicciones del mundo: para que por aquí entiendan los que fueren miembros suyos y participaren su mismo espíritu, que no han de esperar menos del mundo de lo que el Señor de ellos esperó. Y así también entiendan que como después de nascido Cristo, no faltó un Herodes que lo persiguiese, así después de haber nascido Él espiritualmente en nuestros ánimas, no han de faltar muchos otros Herodes que le persigan y le quieran matar en ellas, para que no viva en nuestro corazón.

Cuando se perdió el Niño Jesús.

Y siendo ya el Niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem (según la costumbre del día de la fiesta) quedóse el niño Jesús en el templo, sin que ellos lo supiesen. Y después que lo hallaron menos y lo buscaron tres días con grandísimo dolor, vinieron á hallarlo en el templo, asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos muy sabiamente, y poniendo á todos en admiración con la grandeza de su prudencia y con sus respuestas.

Aquí puedes considerar primeramente cuán grande sería el dolor que la sacratísima Virgen en estos tres días padescería, habiendo perdido un tan grande y tan incomparable tesoro, y con cuánta diligencia, con cuánto cuidado y con cuántas lágri-

mas lo buscaría por todas partes, y con cuánta devoción y humildad por una parte suplicaría á Dios le deparase aquel tesoro, y con cuánta obediencia por otra se resignaría en sus manos y haría sacrificio de sí y de su amantísimo Isaac al común Señor de ambos.

Pues ya, cuando pasados estos tres días de tan grande martirio, lo viniese á hallar en auto de tanta admiración, ¡cuál sería allí su gozo y su alegría! ¡Cuán dulces abrazos le daría! ¡Cuántas lágrimas derramaría! ¡Cómo se encontrarían allí las lágrimas del dolor y del alegría juntamente, las del dolor, por haberlo perdido, y las del alegría, por haberle hallado de la manera que le halló! Por donde conoscerás cómo no es perpetua la consolación ni la desconsolación de los siervos de Dios en este mundo: porque el Señor que á tiempos los aflige y ejercita, á tiempos también los consuela, y según la muchedumbre de los dolores de su corazón, así y mucho mayor es la de su consolación.

Aprende también de aquí á no desmayar cuando algunas veces perdieres de vista este Señor (quiero decir, el alegría y consolación espiritual que dél nos viene) pues esta sacratísima Virgen lo perdió sin culpa suya, por sola voluntad y dispensación divina. Y aprende también della á resignarte en las manos del mismo Señor, cuando así le perdieres, estando aparejado á padescer el martirio desta ausencia por todo el tiempo que Él fuere servido: aunque no por eso debes aflojar ni descuidarte cuando así te vieres, antes en este tiempo debes andar con mayor recaudo, y buscar lo que perdiste, con mayor cuidado, como lo hizo esta Virgen, la cual perdió á tiempos este tesoro para nuestro consuelo, y después lo buscó para nuestro ejemplo, y finalmente lo halló para nuestro esfuerzo. Porque por esta causa hace el Señor estas ausencias, para darnos materia de todos estos ejercicios de virtudes. Vase, para humillarnos: viene, para consolarnos: y entretiénese para probarnos, y purgarnos, y ejercitarnos, y darnos conoscimiento de lo que somos.

Lo último, considera la subjección y obediencia deste Señor para con sus padres (de que hace mención el Evangelista) para que espantado de tan grande obediencia y confundido de tu gran soberbia, aprendas de aquí á subjetarte y obedescer no solamente á los iguales y mayores, sino también á los menores, por ejemplo deste Señor. Y mira cómo dende esta edad hasta

los treinta años de su vida no se escribe ni que predicase ni que hiciese alguna maravilla: aunque no hizo poco en callar todo este tiempo, para enseñarnos á no hablar ni predicar antes de tiempo, para que el mismo Señor que es maestro del hablar nos lo fuese también del silencio, que no es menos necesario.

El Bautismo del Señor.

LLEGADOS pues los treinta años de su edad, caminó el Señor al río Jordán á ser allí bautizado de S. Juan á vueltas de los otros publicanos y pecadores.

Mira pues con cuánta humildad y mansedumbre y con qué hábito y semblante tan humilde se junta el Señor de los ángeles con los públicos pecadores, para recibir el remedio y el lavatorio de los pecados. ¡Oh hermosura del cielo, oh fuente de limpieza y de vida! ¿Qué á ti con el lavatorio de las inmundicias? ¿Qué á ti con el remedio de los pecados, pues fueste concibido sin pecado? No era razón que tan grande humildad como ésta pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condición del Señor es humillar los soberbios y glorificar los humildes. Y así acaesció en este paso: porque allí se abrieron los cielos, y bajó el Espíritu Sancto en forma de paloma, y sonó aquella magnífica voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé, á Él oíd. Y generalmente acaesció esto en todos los pasos de la vida deste Señor, que dondequiera que Él más se humilló, ahí fué más particularmente glorificado de Dios. Nasce en un establo, y ahí es alabado y cantado en el cielo. Es circundado como pecador, y ahí le ponen por nombre Jesús, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se escurescieron los cielos, y tembló la tierra, y se rasgaron las piedras, y resuscitaron los muertos, y se alteró todo el mundo. Pues así en este misterio, por una parte es bautizado como pecador entre pecadores, y por otra es publicado por Hijo de Dios: para que por aquí vean todos los que fueren miembros suyos, que nunca jamás se humillarán por amor de Dios, que no sean por esta causa glorificados y honrados por el mismo Dios.

El Ayuno y la Tentación.

ACABADO el bautismo, fué llevado el Señor por el Espíritu Sancto al desierto, donde estuvo cuarenta días ayunando, y orando, y padesciendo diversas tentaciones del enemigo. Todo esto es nuestro, y todo para nuestro bien: la soledad para nuestro ejemplo, la oración para nuestro remedio, el ayuno para la satisfación de nuestras deudas, y la pelea con el enemigo para dejarnos vencido y debilitado nuestro adversario. Acompaña pues tú, hermano mío, al Señor en todos estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa, pues aquí se están haciendo tus negocios y pagándose tus delitos. Imita en todo lo que pudieres este Señor, ora con Él, ayuna con Él, pelea con Él, mora á tiempos en la soledad con Él, y junta tus trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos más agradables á Dios.

La Transfiguración.

DESTA soledad camina para otra soledad y deste monte á otro monte, esto es, del monte de la penitencia al monte de la gloria, y del monte del ayuno y oración al monte de la transfiguración (pues el uno es camino para el otro) donde verás al Señor en presencia de los tres amados discípulos transfigurado, resplandesciendo su rostro como el sol y sus vestiduras como la nieve. Donde en la voz del cielo conoscerás al Padre, y en la nube al Espíritu Sancto (que tiempla con su gracia los ardores de nuestra concupiscencia) y donde verás á Moisén y Elías en medio de aquella gloria tratar con el Señor de los dolores y tormentos de su pasión.

Oye también la voz de Pedro que dice (sin saber lo que se decir) Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os place, hagamos aquí tres moradas, una para Vos, y otra para Moisén, y otra para Elías. Por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro: porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo dellos, sabe á su tiempo consolarlos, y visitarlos, y darles algunas veces en esta vida á probar las primicias de la gloria advenidera, para que no cayan con la carga ni desmayen en la jornada, antes se esfuer-

cen para el trabajo que les queda. Y cuán grandes sean estos deleites, S. Pedro nos lo da á entender, pues tan alienado y tan fuera de sí estaba en aquel tiempo, que no sabía lo que se decía, ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza del gusto que allí sentía, ni quisiera él jamás apartarse de aquel lugar ni dejar de estar bebiendo siempre de aquel suavísimo licor.

Mira también que (como dice S. Marcos) estando el Señor en oración, fué desta manera transfigurado: para que por aquí entiendas cómo en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las ánimas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida, y finalmente un corazón tan esforzado y tan otro, que no paresce que es el mismo que antes era, por haberlo desta manera transfigurado el Señor.

Y mira también lo que se trata en medio destos tan grandes favores, que es, de los trabajos que se han de padescer en Hierusalem: para que por aquí entiendas el fin para que hace nuestro Señor estas mercedes, y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de tener el siervo de Dios en este tiempo, que han de ser determinaciones y deseos de padescer y poner la vida por Aquél que tan dulce se le ha mostrado, y tan digno de que todo esto y mucho más se haga por su servicio. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que por él ha de padescer.

La Predicación de Cristo y sus Milagros.

DESPUÉS desto considera cómo llegado ya el Señor á edad perfecta, comenzó á entender en el oficio de la predicación y salvación de las ánimas. Donde se te ofresce materia de considerar con cuánto celo de la honra de Dios y con cuánto deseo de la salud de los hombres discurría este Señor por toda aquella tierra, de cibdad en cibdad y de villa en villa, ya en Judea, ya en Galilea, ya en Samaria, predicando y haciendo tantos beneficios á los hombres, curando los enfermos, lanzando los demonios, enseñando los simples, recibiendo y perdonando los pecadores. Mira, pues, con cuánta caridad aquel buen Pastor andaba por montes y valles buscando la oveja perdida para traer-

la sobre sus hombros á la manada, y cuántos trabajos, pobrezas, fríos, calores, persecuciones, contradicciones y calumnias de fariseos padeció andando en esto, predicando de día, y orando de noche, y tratando siempre los negocios de nuestra salud como verdadero padre, pastor, salvador y remediador nuestro. Mira también aquí cuán benignamente trataba con los pecadores, entrando en sus casas y comiendo con ellos, para enamorarlos con su conversación y remediarlos con su doctrina. Testigo desta misericordia es Mateo el publicano, testigo Zaqueo, príncipe de los publicanos, testigo aquella mujer pecadora que á sus pies fué recibida, y testigo la mujer adúltera que tan benignamente fué perdonada. Sigue pues, oh ánima mía, este Señor con Mateo, y recíbelo en la posada de tu ánima con Zaqueo, y lava sus pies con lágrimas con la mujer pecadora, para que con ella también merezcas oir aquella dulce palabra: Tus pecados te son perdonados.

La Entrada en Hierusalem con los Ramos.

ACABADOS los discursos y oficio de la predicación del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la pasión, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar de la pasión, donde había de dar cabo á la redempción del género humano. Y porque se viese con cuánta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este cáliz, quiso ser recibido este día con grande fiesta, saliéndole á recibir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz y diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: sálvanos en las alturas. Junta pues, hermano mío, tus voces con estas voces y tus alabanzas con estas alabanzas, y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo hace. Porque aunque le debes mucho por lo que por ti padeció, mucho más le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su pasión, mucho mayor fué el amor de su corazón: y así más amó que padeció, y mucho más padesciera si nos fuera necesario. Sal, pues, al camino á recibir á este noble triunfador, y recíbelo con voces de alabanza y con ramos de olivas y palmas

en las manos, y con tender tus proprias vestiduras por tierra para celebrar la fiesta desta entrada. Las voces de alabanza son la oración y el hacimiento de gracias, las olivas las obras de misericordia, y las palmas, la mortificación y victoria de las pasiones, y el tender las ropas por tierra, el castigo y maltratamiento de nuestra carne. Persevera pues en oración, para glorificar á Dios, y usa de misericordia para socorrer al prójimo, y con esto mortifica tus pasiones y castiga tu carne, y desta manera recibirás en ti al Hijo de Dios. Aquí también tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos excesos. ¿Quieres, pues, ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco días lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra El voces, diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. De manera que el que hoy predicaba por hijo de David (que es por el más sancto de los sanctos) mañana le tiene por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo, y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus paresceres que el juicio y testimonio deste mundo? Hoy dice, y mañana desdice: hoy alaba, y mañana blasfema: hoy livianamente os levanta sobre las nubes, y mañana con mayor liviandad os sume en los abismos: hoy dice que sois hijo de David, mañana dice que sois peor que Barrabás. Tal es el juicio de esta bestia de muchas cabezas y deste engañoso monstruo que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su proprio interese. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano: y no es malo sino el que le trata como él meresce, aunque haga milagros. Porque no tiene otro peso para medir la virtud sino solo interese. Pues ¿qué diré de sus mentiras y de sus engaños? ¿Á quién jamás guardó fielmente su palabra? ¿Á quién dió lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿Á quién conservó mucho tiempo lo que dió? ¿Á quién jamás vendió vino, que no se lo diese aguado con mil zozobras? Solo esto tiene de fiel, que á ninguno fué fiel. Éste es aquel falso Judas, que besando á

sus amigos los entrega á la muerte: éste, aquel traidor de Joab, que abrazando al que le saludaba como amigo, secretamente le metió la espada por el cuerpo. Pregona vino, y vende vinagre: promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar, peligroso para tener, y dificultoso de dejar. ¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto, en los principios dulce, en los dejos amargo, en la cara blando, en las manos cruel, en las dádivas escaso, en los dolores pródigo, al parescer algo, de dentro vacío, por de fuera florido, y debajo de la flor espinoso!

Preámbulo de la Pasión del Señor.

Conclusión es de todos los doctores que los dolores y tormentos que el Hijo de Dios sufrió en su pasión, exceden á todos cuantos dolores se han hasta hoy en el mundo padescido. Si preguntas la causa desto, entre innumerables maneras de causas y conveniencias que para esto hay, la principal fué la grandeza de su caridad y la grandeza de nuestra necesidad. Porque á la grandeza de su caridad pertenescía redemirnos copiosísima y perfectísimamente, y la grandeza de nuestra necesidad pedía esta manera de remedio tan grande. Porque ¿quién podrá explicar cuán inhábil quedó el hombre por el pecado para todo lo bueno, especialmente para poner todo su amor, temor y esperanza en Dios, y asimismo para las virtudes de la humildad, de la castidad, de la paciencia, de la obediencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, de la aspereza de vida, de la victoria de sí mismo, y finalmente para todos los trabajos y ejercicios virtuosos? Porque como por el pecado quedó el hombre tan resfriado en el amor de Dios y tan encendido en el amor de sí mismo, de aquí procedió quedar tan inhábil y tan manco para todo lo bueno. Pues aquel Señor que vino á remediar todos estos males, convenía que remediase estos dos tan principales, transformando nuestro corazón de tal manera, que lo hiciese arder en el amor que estaba tan frío, y lo enfriase en el que estaba tan fervoroso. Pues esto hizo nuestro benditísimo Salvador y reformador, no sólo meresciéndonos y enviándonos al Espíritu Sancto para que hiciese esta transformación, sino también dejándonos en

su vida, y mucho más en su muerte, eficacísimos y potentísimos estímulos para todas estas virtudes. Para lo cual propondremos agora los principales pasos y misterios de su sagrada Pasión, en la cual hallará el hombre tan grandes estímulos y incentivos, por una parte para amar, temer y esperar en Dios, y por otra, para las virtudes contrarias á nuestra carne, como son, humildad, paciencia y obediencia, con todas las demás, que no podrá dejar de quedar muchas veces atónito de ver cómo no arde el mundo en amor de tal Dios, y cómo no desea de padescer mil cuentos de martirios por tal Señor, según son grandes los motivos que hallará aquí para lo uno y para lo otro.

La Cena del Señor y el Lavatorio de los pies.

ENTRE todas las obras memorables que obró nuestro Salvador en este mundo, una de las más dignas de perpetua recordación es aquella postrera cena que cenó con sus discípulos. Donde no solamente se cenó aquel cordero figurativo que mandaba la ley, sino el mismo Cordero sin mancilla, que era figurado por la ley. En el cual convite resplandesce primeramente una maravillosa suavidad y dulzura de Cristo, en haber querido asentarse á una mesa con aquella pobre escuela (que es con aquellos pobres pescadores) y juntamente con el traidor que lo había de vender, y comer con ellos en un mismo plato. Resplandesce también una espantosa humildad, cuando el Rey de la gloria se levantó de la mesa, y ceñido con un lienzo á manera de siervo, echó agua en un baño, y prostrado en tierra, comenzó á lavar los pies de los discípulos, sin excluir dellos al mismo Judas que lo había vendido. Y resplandesce sobre todo esto una inmensa liberalidad y magnificencia deste Señor, cuando á aquellos primeros sacerdotes (y en aquéllos á toda la Iglesia) dió su sacratísimo cuerpo en manjar, y su sangre en bebida: para que lo que había de ser el día siguiente sacrificio y precio inestimable del mundo, fuese nuestro perpetuo viático y mantenimiento, y también nuestro sacrificio cuotidiano. Mas ¿quién podrá explicar los efectos y virtudes deste nobilísimo Sacramento? Porque con él por una manera maravillosa es uñida el ánima con su esposo, con él se alumbra el entendimiento, avívase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acresciéntase la devoción, derrí-

tense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adorméscense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortaléscese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios. Oh maravilloso Sacramento, ¿qué diré de ti? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del divino amor y prenda y tesoro de la vida cristiana. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas deste Sacramento? ¿Quién podrá agradescer tal beneficio? ¿Quién no se derritirá en lágrimas, viendo á Dios corporalmente uñido consigo? Faltan las palabras y desfallesce el entendimiento, considerando las virtudes deste soberano misterio: mas nunca debe faltar en nuestras ánimas el uso, el agradescimiento dél.

La Oración del Huerto.

ACABADA pues la sacratísima Cena y ordenados los misterios de nuestra salud, abrió el Salvador la puerta á todas las angustias y dolores de su pasión, para que todos viniesen á embestir sobre su piadoso corazón, para que primero fuese crucificado y atormentado en el ánima que lo fuese en su misma carne. Y así dicen los Evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos de los más amados, y comenzando á temer y angustiarse, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad comigo. Y Él, apartándose un poco dellos, fuése á hacer oración: para enseñarnos á recorrer á esta sagrada áncora todas las veces que nos halláremos cercados de alguna grave tribulación. Y la tercera vez que oró, fué tan grande la agonía y tristeza de su ánima, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrían hasta el suelo, y á decir aquellas palabras: Padre, si es posible, traspasa este cáliz de mí.

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padescer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginación suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban

para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo (por los cuales padescía) y el desagradescimiento de tantas ánimas que ni habían de reconoscer este beneficio, ni aprovecharse deste tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes y dió lugar á la sangre que manase por toda ella hasta correr en tierra. Y si la carne (que de sola recudida padescía estos dolores) tal estaba, ¡qué tal estaría el ánima que derechamente los padescía¡ Testigos desto fueron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su sacratísimo cuerpo corrían: porque una tan extraña manera de sudor como éste, nunca visto en el mundo, declara haber sido éste el mayor de todos los dolores del mundo, como á la verdad lo fué. Pues, oh Salvador y Redemptor mío, ¿de dónde á ti tanta congoja y aflicción, pues tan de voluntad te ofresciste por nosotros á beber el cáliz de la pasión? Esto heciste, Señor, para que mostrándonos en tu persona tan ciertas señales de nuestra humanidad, nos firmases en la fe, y descubiéndonos en ti este linaje de tremores y dolores, nos esforzases en la esperanza, y padesciendo por nuestra causa tan terribles tormentos como aquí padesciste, nos encendieses en tu amor.

La Prisión del Salvador, y presentación ante los pontífices.

CON cuánta promptitud y voluntad se haya ofrescido el Salvador por nosotros al sacrificio de la pasión, fácilmente se conosce viendo cómo Él mismo salió á recibir á los que le venían á prender, aunque venían tan pertrechados y tan armados con laternas, y hachas, y lanzas. Y para que conosciese la presumpción humana que ninguna cosa podía contra la omnipotencia divina, antes que le prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra: aunque ellos, como ciegos y obstinados en su malicia, ni con esto quisieron abrir los ojos y conoscer su temeridad.

Mas con todo esto, el piadoso Cordero no cerró aun entonces las corrientes de su misericordia, ni dejó aquel suavísimo panar de miel de distilar gotas de miel, pues allí sanó la oreja

del ministro que S. Pedro había cortado, y detuvo sus manos de la justa venganza que en aquel tiempo se pudiera hacer. Maldito sea furor tan pertinaz, pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó.

Mas ¿quién podrá oir sin gemido de la manera que aquellos crueles carniceros extendieron sus sacrílegas manos y ataron las de aquel mansísimo Cordero (que ni contradecía ni se defendía) y así maniatado como á un ladrón ó público malhechor le llevaron con grande priesa y grita y con grande concurso y tropel de gentes por las calles públicas de Hierusalem? ¿Cuál sería entonces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Señor y Maestro apartado de su compañía y llevado desta manera, vendido por uno dellos, pues el mismo traidor que lo vendió, sintió tanto el mal que hizo, que vino á ahorcarse y desesperar?

Preso pues desta manera el pastor, descarriáronse las ovejas: aunque Pedro (como más fiel que los otros) seguía dende lejos al piadoso Maestro. Mas entrado dentro de la casa del Pontífice, á la voz de una mozuela negó tres veces al Señor con grandes juramentos y protestaciones, diciendo que no lo conoscía, ni sabía quién se era, ni tenía que ver con Él. Entonces cantó el gallo, y miró el Señor con unos piadosísimos ojos á Pedro, y acordóse Pedro de lo que el Señor le había profetizado, y saliéndose fuera (por no tornar á padescer escándalo con la ocasión del mismo peligro) lloró amargamente su pecado. Oh tú, quienquiera que seas, que á instancia y requirimiento de la mala sierva de tu carne negaste por obra ó por voluntad á Dios, quebrantando su ley, acuérdate de la pasión deste dulcísimo Señor, y sal fuera de esa ocasión con Pedro, y llora amargamente tu pecado, si por ventura tendrá por bien mirarte Aquél que miró á Pedro, con los mismos ojos que á él miró, para que alimpiado y purificado con Pedro, merezcas recibir después con él al Espíritu Sancto.

Después desta negación mira cuán maltratado fué el Señor en casa del Pontífice: porque siendo Él conjurado en virtud y nombre del Padre que dijese quién era (como Él por reverencia deste nombre diese testimonio de la verdad) aquéllos que tan indignos eran de oir tan alta respuesta, cegados con el resplan-

dor de tan grande luz, se levantaron furiosísimamente contra Él, y como á blasfemo le comenzaron á escupir y maltratar. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles y venerado de de los hombres (el cual con su hermosura alegra toda la corte soberana) es allí por aquellas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozoñes, deshonrado con vituperios y cubierto con un velo por escarnio. Finalmente, el Señor de todo lo criado es allí tratado como un vil esclavo, sacrílego y blasfemo, estando Él por otra parte con un rostro mansísimo y sereno, y así con blandas y comedidas palabras se quejó de uno de aquéllos que lo herían, diciendo: Si mal hablé, muéstrame en qué, y si no, ¿por qué me hieres? ¡Oh dulce y piadoso Jesú! ¿Cuál hombre, viendo esto, podrá contener las lágrimas y no partírsele el corazón de dolor?

La Presentación ante Pilato y Herodes y los azotes á la columna.

Pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los Pontífices, otro día por la mañana llevaron al Señor atado á Pilato, que en aquella provincia por parte de los romanos presidía, pidiendo con grande instancia que lo condenase á muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole y alegando contra Él tantas falsedades y mentiras, y pidiendo que perdonase á Barrabás y crucificase á Cristo, Él entre toda esta barahunda de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo tresquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder una sola palabra: tanto que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio y tanta serenidad de rostro en medio de tanta confusión y gritería.

Mas aunque el presidente sabía muy bien que toda aquella gente se había movido más con celo de invidia que de justicia, pero vencido con pusilanimidad y temor humano, determinó entregar al piadosísimo Rey en manos del cruel tirano de Herodes, para que él lo sentenciase. El cual visto el Señor, y escarnesciendo dél con toda su corte, y vistiéndolo por escarnio de una vestidura blanca, se lo tornó á remitir. Entonces Pilato (para satisfacer á la furia y rabia de los acusadores) mandó azotar al inocentísimo Cordero, paresciéndole que con esto se amansaría

el furor de sus enemigos. Llegan pues luego los sayones, y desnudan al Señor de sus vestiduras, y atándole fuertemente á una columna, comienzan á azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir llagas á llagas y heridas á heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse con ellos la tierra y teñirse de sangre por todas partes. Oh pues hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas, ¿cómo no revientas de dolor viendo lo que padesce este inocentísimo Cordero, que por tus hurtos es azotado?

Mira también cuán grandes motivos tienes aquí para todas aquellas virtudes que arriba dijimos, especialmente para amar, temer y esperar en Dios. Para amar, viendo lo mucho que este Señor por tu amor padesció: para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados: y para esperar, considerando cuán copiosa redempción y satisfación se ofresce aquí á Dios por ellos.

La Coronación de espinas y el Ecce Homo.

ACABADO el martirio de los azotes, comiénzase de nuevo otro no menos injurioso, que fué la coronación de espinas. Porque vinieron á juntarse allí todos los soldados del presidente á hacer fiesta de los dolores y injurias del Salvador, y tejiendo primeramente una corona de juncos marinos, hincáronla por su sacratísima cabeza, para que así padesciese con ella por una parte sumo dolor, y por otra suma deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban (como dice San Bernardo) hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado celebro. Y no contentos con este tan doloroso linaje de vituperio, vístenle de una púrpura vieja y rasgada, y pónenle por ceptro real una caña en la mano, y hincándose de rodillas, dábanle bofetadas y escupíanle en la cara, y tomándole la caña de las manos, heríanle con ella en la cabeza, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos. No paresce que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos. Porque cosas eran éstas que si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternescer cualquier corazón. Mas como era el demonio el que las inventaba, y Dios el que las padescía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún tormento, según

era grande su odio, ni á aquella tan grande piedad bastaban todos estos trabajos, según era grande su amor.

Mas tú, ánima mía, deja de considerar agora la crueldad de los hombres y la malicia de los demonios, y vuelve los ojos á considerar la figura tan lastimera que allí ternía el más hermoso de los hijos de los hombres. Oh pacientísimo y clementísimo Redemptor, ¿qué figura es ésa tan dolorosa, qué martirio tan nuevo, qué mudanza tan extraña? ¿Eres tú Aquél que poco antes discurrías por las ciudades, predicando y haciendo tantas maravillas? ¿Eres tú Aquél que poco antes en el monte Tabor resplandesciste con figura celestial y vestiduras de nieve? ¿Eres tú Aquél testificado con voces del cielo por Hijo de Dios y Maestro del mundo? Pues ¿cómo se perdió aquella hermosura tan grande? ¿Qué se hizo aquel resplandor de tu cara? ¿Dónde están las vestiduras de nieve? ¿Qué es de la gloria del Hijo? ¿Qué es de la dignidad y pompa del Rey? ¿Éste es el reino que te tenían aparejado? ¿Ésa es la corona, y la púrpura, y el ceptro, y las cerimonias de Rey? Ésta es, Señor, la cura de mi soberbia, ésta la satisfación de mis atavíos y regalos, éste el dechado de la verdadera paciencia y humildad, éste el camino de la cruz para el reino, y éste el ejemplo de menosprecio del mundo. Esto me predican tus llagas, esto me enseñan tus deshonras, esto es lo que leo en el libro de tu pasión.

Pues como el presidente tuviese claramente conoscida la inocencia del Salvador, y viese que no su culpa sino la invidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le paresció bastante medio sacarlo así como estaba á vista del pueblo furioso: porque Él estaba tal, que bastaba la figura que tenía (según él creyó) para amansar la furia de sus corazones. Pues tú, oh ánima mía, procura hallarte presente á este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras, mira con grande atención la figura que trae éste, que es resplandor de la gloria del Padre, por restituirte la que tú perdiste cuando pecaste. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes pasados, las manos cruelmente atadas, y todo encogido y ensangrentado. Mira cuál estaba aquel divino rostro, hinchado con los

golpes, afeado con las salivas, rascuñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y como el sancto Cordero tenía las manos atadas, no podría con ellas alimpiar los hilos de sangre que por los ojos caían: y así estarían aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y cuasi ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre. Finalmente, tal estaba su figura, que ya ni parescía quien era, y aun apenas parescía hombre, sino un retablo de dolores pintado por manos de aquellos malvados sayones y de aquel cruel presidente, á fin de que abogase por Él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

Del llevar la cruz á cuestas.

MAS como todo esto nada aprovechase, dióse por sentencia que el Inocente fuese condenado á muerte, y muerte de cruz. Y para que por todas partes cresciese su tormento y su deshonra, ordenaron sus enemigos que Él mismo llevase sobre sí el madero en que había de ser justiciado. Toman, pues, aquellos crueles carniceros el santo madero (que según se escribe era de quince pies) y cárganlo sobre los hombros del Salvador, el cual (según los trabajos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que con los azotes había perdido) apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su proprio cuerpo: y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era el peso de la cruz.

En este paso puedes considerar por una parte la mansedumbre inestimable del Salvador, y por otra la crueldad grande de sus enemigos: porque ni la mansedumbre pudo ser mayor, ni tampoco la crueldad. ¿Qué mayor crueldad que desde la hora de la pasión hasta el punto de la muerte no darle una sola hora de reposo, sino añadir siempre dolores á dolores y tormentos á tormentos? Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnesce, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro lo corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz á cuestas, y todos finalmente se ocupan en darle tormento. Vuelven y revuelven, llévanlo y tráenlo de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice á pontífice, como si fuera un loco de atar

ó un público ladrón. Pues ¿quién no se moverá á piedad, considerando un hombre tan manso y tan inocente, y que había hecho tantos bienes á los hombres, y curádolos de tantas enfermedades, y predicádoles tan maravillosa doctrina, y después le ve llevar con una cruz á cuestas por las calles públicas con tanta ignominia? Oh crueles corazones, ¿cómo no os mueve á piedad tanta mansedumbre? ¿Cómo podéis hacer mal á quien tanto bien os ha hecho? ¿Cómo no miráis siquiera esa tan grande inocencia, pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra vosotros? ¡Quién me diera, oh buen Jesú, que yo te pudiera dar un poco de refrigerio en esa tan grande agonía! Toda la noche has velado y trabajado, y los crueles sayones á porfía se han entregado en ti, dándote bofetadas y diciéndote injurias, y después de tan largo martirio, después de enflaquescido ya el cuerpo y desangrado con tantos azotes, cargan la cruz sobre tus delicadísimos hombros y así te llevan á justiciar. Oh delicado cuerpo, ¿qué carga es ésa que llevas sobre ti? ¿Á dó caminas con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues ¿cómo? ¿Tú mismo habías de llevar á cuestas los instrumentos de tu pasión? Aquí, oh anima mía, lleva el Señor sobre sí toda la carga de tus pecados: dale gracias por ese tan grande beneficio, y ayúdale á llevar esa cruz por imitación de su ejemplo, y síguelo con las lágrimas de esas piadosas mujeres que le van acompañando, y mira sobre todo esto que si eso se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?

De cómo fué crucificado el Salvador.

LLEGADO el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas que los azotes habían dejado en sus espaldas: y al tiempo de quitárselas, harían esto aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad, que volverían á renovarse las heridas pasadas y á manar sangre por todas ellas. Pues ¿qué haría el bendito Señor, cuando así se viese desollado y desnudo? Es de creer que levantaría entonces los ojos al Padre, y le daría gracias por haber llegado á tal punto, que se viese así tan pobre y tan desnudo por su amor.

Estando pues así ya desnudo, mándanle extender en la cruz (que estaba tendida en el suelo) y obedesce Él como cordero á este mandamiento, y acuéstase en esta cama que el mundo le

tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos á los verdugos para enclavar en el madero. Pues cuando el Salvador del mundo se viese así tendido de espaldas sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué haría? ¿Qué pensaría? ¿Qué diría en este tiempo? Paresce que se volvería al Padre y diría así: Oh Padre Eterno, gracias doy á vuestra infinita bondad por todas las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí. Agora fenescido ya con vuestra obediencia el número de mis días, vuelvo á Vos no por otro camino que por la cruz. Vos mandastes que yo padesciese esta muerte por amor de los hombres: yo vengo á cumplir esta obediencia y á ofrescer aquí mi vida en sacrificio por su amor.

Tendido pues el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comienza á dar golpes con el martillo y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste sin morir. Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal. Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo lo demás. Y estando así cargado el buen Jesú hacia esta parte, tomó el ministro la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que hizo desencajarse los huesos de los pechos y desabrocharse toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino: y así quedaron sus huesos tan distinctos y señalados, que (como el Profeta dice) los pudieran contar. Y desta misma manera de crueldad usaron cuando le enclavaron los sagrados pies. Y para mayor acrescentamiento de ignominia, crucificaron al Señor fuera de la ciudad en el lugar público de los malhechores y entre dos famosos ladrones. Y los que por allí pasaban, y los que estaban presentes, le escarnescían y baldonaban diciendo: Á otros hizo salvos, y á sí mismo no puede salvar. Mas el Cordero mansísimo hacía oración al Padre por los unos y por los otros, y ofrescía liberalmente el paraíso al ladrón que le confesaba.

Después desto, sabiendo el Señor que ya todo era acabado, para que se cumpliese la Escriptura, dijo: Sed he. Y en esta sed le sirvieron con darle á beber vinagre mezclado con hiel: para que pues la causa de nuestra perdición había sido el gusto del árbol vedado, el remedio della fuese el gusto de la hiel y vinagre de Cristo. Y demás desto, no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase libre de tormento, y por esto quiso que la lengua también padesciese su pena, pues todos los otros miembros padescían cada uno su proprio dolor. Pues ¿qué sentirías tú en este paso, Virgen bienaventurada? La cual, asistiendo á todos estos martirios y bebiendo tanta parte deste cáliz, viste con tus proprios ojos aquella carne sanctísima que tú tan castamente concebiste y tan dulcemente criaste, y que tantas veces reclinaste en tu seno y apertaste en tus brazos, ser despedazada con azotes, agujereada con espinas, herida con la caña, injuriada con puñadas y bofetadas, rasgada con clavos, levantada en un madero, y despedazada con su proprio peso, y injuriada con tantas deshonras, y al cabo jaropada con hiel y vinagre. Y no menos viste con los ojos espirituales aquella ánima sanctísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristescida, ya turbada, ya congojada, ya bramando, ya temiendo, ya agonizando, parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasión de nuestras miserias, y parte por la compasión que de ti su Madre dulcísima tenía, viéndote asistir presente á todos estos trabajos: para cuya consolación y compañía encomendándote al amado discípulo, dijo: Mujer, cata ahí tu hijo.

Después desto mira cómo el Salvador expiró, haciendo oración por nosotros con gran clamor y lágrimas, encomendando su espíritu en manos del Padre. Entonces el velo del templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entonces el más hermoso de los hijos de los hombres, escurescidos los ojos y cubierto el rostro de amarillez de muerte, paresció el más feo de todos los hombres, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos, para revocar la ira del Padre que tenían merescida. Mira pues, oh sancto Padre, dende tu sanctuario en la faz de tu Cristo: mira esta sacratísima Hostia, la cual te ofresce este sumo Pontífice por nuestros pecados. Mira tú también, hombre redimido, cuál y cuán

grande es éste que está pendiente en el madero, cuya muerte resuscita los muertos, cuyo tránsito lloran los cielos, y la tierra, y hasta las mismas piedras. Pues, ¡oh corazón humano, más duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te mueve la compasión, ni te aflije la compunción, ni te ablanda la piedad!

La Lanzada del Señor y la Sepultura.

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron también los malvados ejecutar su furor en él muerto, y así después de expirado el Señor, uno de los soldados le dió una lanzada por los pechos, de donde salió agua y sangre para lavatorio de nuestros pecados. Levántate pues, oh esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como la paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos. Pon aquí también la boca para que bebas aguas de las fuentes del Salvador: porque éste es aquel río que salió de en medio del paraíso, el cual fecunda, riega y hace fructificar toda la sobrehaz de la tierra.

Finalmente, viniendo después aquel noble centurión Josef, y con él Nicodemus, habida licencia de Pilato, quitando el sancto cuerpo de la cruz, lo envolvieron en una sábana limpia con olorosos ungüentos, y pusiéronlo en un monumento. Donde aquellas sanctas mujeres que seguían al Señor en la vida, le sirvieron también en la muerte, trayendo ungüentos olorosos para ungir su sacratísimo cuerpo. Entre las cuales María Magdalena ardía con tan grande fuego de caridad, que olvidada de la flaqueza mujeril, ni por la escuridad de las tinieblas, ni por la crueldad de los sayones se podía apartar de la visitación del sepulcro, antes perseverando en aquel lugar y derramando muchas lágrimas, despidiéndose los discípulos, ella no se despedía: porque era tan grande su amor y la impaciencia de su deseo, que en ninguna otra cosa tomaba gusto sino en llorar la ausencia de su amado, diciendo con el Profeta: Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientra dicen á mi ánima: ¿dónde está tu Dios? Pues, oh buen Jesú, concédeme, Señor (aunque indigno) que ya que entonces no merescí hallarme con el cuerpo presente á estas tan dolorosas obsequias, me

halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazón, y experimentando algo de aquel afecto y compasión que tu inocentísima Madre y la bienaventurada Magdalena experimentaron en este día.

La Resurrección del Señor.

ACABADA ya la batalla de la pasión, cuando aquel dragón rabioso pensó que había alcanzado victoria del Cordero, comenzó á resplandescer en su ánima la potencia de su divinidad, con la cual nuestro león fortísimo descendió á los infiernos, venció y prendió aquel fuerte armado, y lo despojó de aquella rica presa que allí tenía cativa: para que pues el tirano había acometido á la cabeza sin tener derecho contra ella, perdiese por vía de justicia el que parescía tener sobre sus miembros. Entonces el verdadero Sansón muriendo mató sus enemigos: entonces el Cordero sin mancilla con la sangre de su testamento sacó sus prisioneros del lago donde no había agua: y entonces amanesció aquella deseada y nueva luz á los que moraban en la región de las tinieblas y sombra de la muerte.

Y habida esta victoria, al tercero día el autor de la vida, vencida la muerte, resuscitó de los muertos: y así salió el verdadero Josef de la cárcel del infierno por voluntad y mandamiento del Rey soberano, tresquilados ya los cabellos de la mortalidad y flaqueza, y vestido de ropas de hermosura y inmortalidad.

Aquí tienes que considerar el alegría de todos los aparescimientos que entrevinieron en este día tan glorioso: conviene saber, el alegría de aquellos padres del limbo, que tantos años esperaron y suspiraron por este día: el alegría de la Virgen, que tanto padesció el día de la pasión, y tanto se alegró el de la resurrección: el alegría de las Marías, especialmente de la bienaventurada Magdalena, que tanto amaba este Señor y tanto se alegró de verle resuscitado: el alegría también de los discípulos, que tan desconsolados estaban sin su Maestro, y tanta consolación recibieron en le ver: y con esto ruega al Señor te dé á sentir alguna parte de lo que ellos este día sintieron. Y no sólo esta vez, mas otras muchas veces y de otras maneras les aparesció el Señor por espacio de cuarenta días, comiendo y bebien-

do con ellos: para que con estos argumentos confirmase nuestra fe, y con sus promesas esforzase nuestra esperanza, y con los d ones que del cielo nos enviase, encendiese nuestra caridad.

La Subida á los cielos.

ACABADOS estos cuarenta días, sacó el Señor á sus discípulos fuera de la ciudad al monte Olivete, y despidiéndose allí dulcemente dellos y de su benditísima Madre, levantadas las manos en alto, viéndolo ellos, subió al cielo en una nube resplandesciente. Y desta manera, abriéndonos camino para el cielo, llevó consigo sus prisioneros y introdujo los desterrados en su reino, haciéndolos ciudadanos de los ángeles y domésticos de la casa de Dios. Y así como en este mundo nos ayudó con sus trabajos, así allí nos ayuda con sus oraciones, haciendo en la tierra oficio de redemptor y en el cielo de abogado. Porque tal convenía que fuese nuestro Pontífice, sancto, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más alto que los cielos: el cual, asentado á la diestra de la Majestad, está allí presentando las señales de sus llagas al Padre por nosotros, gobernando dende aquella silla el cuerpo místico de su Iglesia y repartiendo diversos dones á los hombres para hacerlos semejantes á sí. Por donde así como Él (que es nuestra cabeza) fué en este mundo afligido y martirizado con diversos trabajos, así también quiere Él que lo sea su cuerpo, porque no haya deformidad ni desproporción entre la cabeza y los miembros. Porque grande fealdad sería, si estando la cabeza cubierta de espinas, los miembros fuesen delicados. Por esta causa fueron tan atribulados todos los sanctos dende el principio del mundo, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgines y los monjes, los cuales todos fueron ejercitados, afligidos y purgados con diversas tribulaciones y diversos trabajos. Y por esta misma fragua han de pasar todos los otros miembros vivos de Cristo hasta el día del juicio (ordenándolo Él así dende lo alto) los cuales después con el Profeta cantarán diciendo: Pasamos por fuego y por agua, y trajístenos, Señor, á refrigerio. Desta manera, asentado nuestro Pontífice en aquella silla, gobierna este cuerpo místico de su Iglesia. Gracias pues te dé, oh Eterno Padre, toda lengua por esta tan grande dádiva, en la cual nos diste tu unigénito Hijo,

para que fuese por una parte nuestro gobernador y por otra nuestro abogado: porque tales y tantas eran nuestras culpas, y tales y tantas nuestras miserias, que otro que Él no era bastante para remediarlas.

La Venida á juicio.

Después desta subida al cielo, testificaron los ángeles en aquella hora que de la misma manera volvería otra vez este Señor á juzgar el mundo. Considera, pues, las terribles señales que precederán este juicio, las cuales habrá en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la mar, y en la tierra: donde andarán los hombres atónitos y ahilados de muerte con el temor de los males que han de sobrevenir al mundo.

Mira el sonido de aquella terrible trompeta que sonará por todas las regiones del mundo, y aquella voz del arcángel que dirá: Levantaos, muertos, y venid á juicio. Mira el espanto que será resuscitar todos los muertos, unos de la mar y otros de la tierra, con aquellos mismos cuerpos que en este mundo tuvieron, para recibir en ellos según el mal ó bien que hicieron. Y mira qué maravilla tan grande será que estando los cuerpos de los muertos unos hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de peces y otros de los mismos hombres, de allí sabrá Dios entresacar á cabo de tantos años lo que es proprio de cada cuerpo, sin que se confunda lo uno con lo otro.

Piensa en la venida temerosa del Juez y en el espanto que los malos recibirán cuando lo vean venir con tanta gloria, pues dirán entonces á los montes que cayan sobre ellos y los cubran, por no parescer delante dél.

Mira el repartimiento que allí se hará de todos los hombres, poniendo los humildes y mansos á la mano derecha, y los soberbios y desobedientes á la izquierda, y el espanto que los grandes deste mundo recibirán, cuando vean allí los humildes y pobrecitos que ellos despreciaron, levantados á tanta gloria.

Considera el rigor de la cuenta que allí se pedirá, pues nos consta por texto expreso del Evangelio que hasta de una palabra ociosa se ha de dar cuenta en aquel juicio. Mete pues la mano en tu seno, y vuelve los ojos á toda la vida pasada, y acuérdate que todo el proceso y todas las torpezas della han de ser pregonadas y publicadas en aquella plaza.

Mira, pues, cuán terrible cosa será verse el malo allí por todas partes cercado de tantas angustias: porque á ningún lugar volverá los ojos, que no halle causas de temor. En lo alto estará el Juez airado: en lo bajo, el infierno abierto: á la diestra, los pecados que nos estarán acusando: á la siniestra, los demonios aparejados para nos llevar al tormento: fuera de nos estará el mundo ardiendo, y dentro de nos la consciencia remordiendo. Pues cercado el malo de tantas angustias, ¿á dónde irá? Esconderse es imposible, y parescer, intolerable: porque si el justo apenas se salvará, el pecador y malo ¿dónde parescerá?

Últimamente considera el trueno de aquella irrevocable sentencia que dirá: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para todos sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me distes de comer: sed, y no me distes de beber, &c. Donde verás el valor de las obras de misericordia y el alegría y contentamiento que allí recibirá el que aquí fué largo para con sus prójimos, y por el contrario, el tormento que recibirá el que por no querer dar lo que dejó en este siglo, se vea allí despedido del reino del cielo.

De las penas del Infierno.

DESPUÉS desta sentencia irán los justos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. Pues para entender la condición desta pena, debes imaginar el lugar del infierno por algunas semejanzas que los sanctos para esto nos dejaron. Imagina, pues, que el infierno es una escuridad y un caos horribilísimo, y un lago que está debajo de la tierra abominabilísimo, y un pozo profundísimo lleno de llamas de fuego. Imagina también que es una ciudad horrible y escura, la cual está ardiendo con terribles llamas, cuyos moradores están día y noche rompiendo el cielo con alaridos y desesperaciones, por la grandeza de los dolores que en ella padescen.

Piensa luego en la acerbidad de las penas que allí se pasan, y en la muchedumbre y duración dellas. Y cuanto á la acerbidad, mira cuán intolerable tormento será el de aquel fuego, con el cual comparado este nuestro de acá, se dice que es como pintado. Y lo mismo has de entender del frío y del hedor que hay en aquel detestable lugar. La acerbidad destas penas se declara

por el crujir de dientes, y por el gemido y llanto, y por las blasfemias y rabias que allí dice la Escritura que hay.

Piensa también en la muchedumbre destas penas. Porque allí hay fuego que no se puede apagar, y frío que no se puede sufrir, hedor horrible y tinieblas palpables, como eran las de Egipto, y mucho más. Allí padescerán y penarán todos los sentidos, cada uno con su proprio tormento: los ojos con la vista horrible de los demonios, los oídos con los gemidos y clamores lamentables de aquella miserable compañía y de aquellos crueles atormentadores (que ni se cansan de atormentar, ni saben qué es compasión) los cuales entonces escarnescerán y darán grita á los malos, diciéndoles: ¿Dónde está agora la gloria y el fausto de vuestros estados? ¿Dónde las manadas de criados y lisonjeros que traíades al derredor de vosotros? Así también padescerá el gusto y el tacto, con todo lo demás: y no menos padescerán todos los otros miembros que fueron armas y instrumentos del pecado, cada uno conforme á la cualidad de su delicto.

Después de las penas exteriores del cuerpo, piensa en las interiores del ánima, especialmente en aquel gusano que no muere, que es el remordimiento perpetuo de la consciencia, por razón de la mala vida pasada. Mas ¿quién será suficiente para pensar qué tan grande será el despecho y rabia que allí padescerán los malos, cuando consideren con cuán pequeños y cortos trabajos pudieran excusar tan grandes y tan intolerables tormentos? Y no menos los atormentará la memoria de las prosperidades y deleites pasados: por donde vendrán á decir aquellas palabras de la Sabiduría: ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y el fausto de nuestras riquezas? Pasaron todas estas cosas como sombra que vuela, ó como el correo que va por la posta.

Sobre todo esto considera la duración destas penas, las cuales nunca tendrán fin, ni después de mil años, ni de mil cuentos de millares de años, ni después de tantos años cuantos se pueden contar con todos los números: porque allí ni habrá término, ni fin, ni redempción, ni revista, ni apelación, ni año de jubileo, ni lugar de penitencia, ni remisión de culpa, sino perpetuo dolor y desesperación en todos los siglos de los siglos. Pues dime, hombre loco, si tener la mano sola sobre unas brasas de fuego por espacio de un credo te parescería intolerable tormento, y no habría cosa que no hicieses por excusar esta pena, ¿cómo no haces

algo por no estar acostado en esta cama de fuego que durará eternalmente en los siglos de los siglos?

De la gloria del Paraíso.

PARA contemplar la gloria que se da á los buenos, debes también imaginar el lugar della según las semejanzas con que los Sanctos lo describen, conformándose en esto con nuestra capacidad. Imagina, pues, una ciudad toda de oro purísimo, maravillosamente labrada de piedras preciosas, y cada una de sus puertas de una piedra preciosa. Imagina un campo llano, espaciosísimo y hermosísimo, lleno de todas las flores y frescuras que se pueden pensar, donde hay perpetuo verano y florestas siempre verdes, con olor de inestimable suavidad.

Después desto mira primeramente qué gloria será ver aquella Beatísima Trinidad, que es un perfectísimo dechado donde resplandesce toda hermosura, toda bondad y toda suavidad: en cuya visión tendrás todo lo que quisieres, y sabrás todo lo que deseares, según la medida que te cupiere de gloria. Éste es el libro que llaman de la vida, cuya origen es eterna, cuya esencia es incorruptible, cuyo conoscimiento es vida, cuya doctrina es fácil, cuya sciencia es dulce, cuya profundidad no se puede medir, cuya escriptura no se puede borrar, y cuyas palabras no se pueden explicar.

Piensa luego en la segunda gloria que se sigue tras ésta, que es la visión clara de aquella sacratísima Humanidad de Cristo, que para nuestra salud fué crucificada en un madero, y para nuestra gloria reside en el cielo: pues en esto hacemos ventaja á los ángeles, en que el común Señor de los unos y de los otros verdaderamente es hombre y no ángel, aunque Él sea todo en todas las cosas. Mira después el gozo que el ánima recibirá de la compañía y vista de la gloriosa Virgen, señora y abogada nuestra, y de todos los otros Sanctos, Apóstoles, Profetas, Mártires, Confesores y Vírgines, que son innumerables: de cuyos gozos gozarás tú también con ellos, por la grandeza de la caridad que allí reina: y así lo que no tuvieres tú en ti, tendrás en ellos.

Considera también aquellos cuatro singulares dotes que allí recibirán los cuerpos de los Sanctos en premio de haber sido fieles ayudadores de las ánimas á quien servieron, que son, in-

mortalidad, impasibilidad, ligereza y hermosura tan grande, que no se puede explicar. Y no son menores los dotes de las ánimas, que son, plenitud de sabiduría en el entendimiento con destierro de toda ignorancia, y plenitud de alegría en la voluntad con destierro de toda tristeza. Destos dotes se siguen otros innumerables bienes: porque de aquí se sigue seguridad, por la cual no temerás ni ser vencido de tentación, ni ser jamás despedido de tan hermosa compañía. De aquí también nasce suma libertad, y sanidad, y suavidad, y amistad, y honra, y concordia, y finalmente todos los bienes: porque allí habrá todo lo que quisieres, y no habrá lo que no quisieres. ¡Oh bienaventurado reino, donde con Cristo reinan todos los sanctos: cuya ley es la verdad, cuya paz es la caridad, cuya vida es la eternidad: el cual ni se divide con la muchedumbre de los que reinan, ni se hace menor con la muchedumbre de los que lo participan, ni se confunde con el número, ni se desordena con la desigualdad, ni se estrecha con el lugar, ni se varía con el movimiento, ni se altera con el tiempo, que altera todas las cosas!

De la memoria de la muerte.

ANTES destas tres cosas sobredichas (que son juicio, paraíso y infierno) precede la muerte, que es camino y puerta para ellas: y así no menos aprovecha la consideración della, que las demás.

Pues para esto considera primeramente cuán incierta sea la hora de esta muerte: porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está más descuidado y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están más seguros y más dormidos.

Piensa luego todo lo que precede la muerte, y lo que entreviene en la muerte, y lo que se sigue después della. Y para que mejor entiendas cada cosa destas, imagina que tú eres el que has de morir (pues á la verdad has de morir) y piensa dende agora todo esto que por ti ha de pasar.

Antes de la muerte, piensa en la enfermedad grave que ha de preceder la muerte, con todos los accidentes, hastíos, tristezas, medicinas y molestias y noches largas que allí te han de

fatigar: lo cual todo es camino y disposición para la muerte. Porque así como antes de entrarse por fuerza un castillo ó una cibdad, suele preceder una recia batería que derriba los muros y fuerzas por tierra, y tras desto es luego entrada y conquistada, así para esto suele preceder á la muerte una gravísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y día sin parar las fuerzas naturales y los miembros principales de nuestro cuerpo, y de tal manera los deja maltratados, que el ánima no pudiéndose ya más defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Piensa luego (cuando ya la enfermedad llega á lo postrero, y ó el médico ó ella nos desengañan y nos quitan la esperanza de la vida) las angustias que entonces te cercarán, y las cosas que se te representarán. Porque lo primero, allí luego se representa la salida desta vida y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella, hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, y finalmente este mundo, este aire y esta luz que es á todos común. Tras de esto se representa todo el curso de la vida pasada y todos los más graves pecados que se han hecho en ella, especialmente tal y tal pecado más grave, y la cuenta que entonces de todo esto se ha de dar y la sentencia que por esto se ha de esperar. Pónese también ante los ojos el tiempo pasado y el venidero: y el pasado (como ya no es) paresce un soplo, y el venidero (como está por venir y es eterno) paresce lo que es, que es infinito. Y con esto comienza el hombre á reprehenderse y condenarse, viendo que por placeres y bienes que entonces le parescerán de un punto, está en peligro de padescer tormentos que durarán para siempre. Y para remedio deste tan grande yerro, comienza á desear espacio de penitencia y condenar su negligencia, y á caer (aunque ya muy tarde) en la cuenta. Estas y otras semejantes olas y fatigas son las que (demás de la enfermedad) combaten y afligen al doliente en aquel trabajoso tiempo noche y día sin parar.

Tras desto piensa luego en los accidentes y trabajos que entrevienen en la misma muerte, que son aun mayores que los pasados. Mira cómo el cuerpo comienza ya á perder el calor natural, y los miembros las fuerzas y el movimiento, y quedar como si fuesen de piedra. Las partes altas y las extremidades se paran frías, la cara demudada, el color como de plomo, las

cuencas de los ojos hundidas, los ojos envedriados, la boca llena de sarro y espuma, la lengua gruesa y torpe para hablar, y la garganta adelgazada. El pecho con angustias se levanta, los labios se vuelven azules y los dientes pardos, y cuasi todo el hombre viene á estar como muerto antes que muera.

Aquí puedes también pensar en el sacramento de la Extremaunción que en este paso se administra para ayudar en esta postrer batalla, y en todas las oraciones y sufragios de que la Iglesia usa en esta necesidad, cuando el hombre está ya tirando y agonizando á la salida desta vida: en la cual paga la deuda de las angustias con que en ella entró, padesciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padesció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada de la vida con la salida, pues la una y la otra es con dolores, aunque la una con los ajenos y la otra con los proprios.

Después desto considera lo que se sigue tras de la muerte, que es la suerte que al cuerpo y ánima ha de caber. La del cuerpo es la sepultura: en la cual te debes hallar con el espíritu presente, mirando cómo te llevan á enterrar, cómo te acompañan, cómo te lloran, cómo doblan por ti, cómo preguntan los que oyen doblar por el muerto, cómo te depositan en el sepulcro entre los otros huesos de los muertos, y te pisan y dejan en aquel estrecho y escuro aposento, acompañado de perpetua soledad.

Dejando el cuerpo en este lugar, camina con tu propria ánima hasta el tribunal de Dios: donde irás acompañado por una parte de ángeles y por otra de demonios, alegando cada cual de las partes de su derecho: y mira la cuenta que allí se te pedirá del tiempo, de los beneficios y inspiraciones divinas, de los aparejos que tuviste para bien vivir, y de todos los males que heciste, y aun de los mismos bienes, si no los heciste como debías. Y considerando todas estas cosas, trabaja, hermano, por vivir agora de tal manera, cual entonces desearas haber vivido.

De los beneficios divinos.

DESPUÉS de la vida de Cristo y de estas cuatro postrimerías, es utilísima la consideración de los beneficios divinos, así para incitarnos á amar á quien tanto bien nos hizo, como para entender la obligacion que tenemos á su servicio. Y es bien te-

ner muchas cosas en qué meditar, porque con la variedad dellas tengamos con que encender más nuestro corazón y excusar el hastío que aquí podría entrevenir.

Y aunque los beneficios divinos sean innumerables, pero todos ellos pueden reducirse á estos ocho más principales, conviene saber, al beneficio de la creación, conservación, redempción, cristiandad, llamamiento, sacramentos, inspiraciones divinas, beneficios particulares y ocultos.

Pues cuanto al primer beneficio de la creación, considera cómo antes que Dios te criase, eras nada: y desa nada te hizo el Señor, no piedra, ni palo, ni serpiente, sino hombre, que es una nobilísima criatura, dándote ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa ánima con todas esas nobilísimas potencias que tiene para conoscer á Dios y ser capaz del sumo bien.

Cuanto al segundo, de la conservación, mira cómo el mismo Señor que te crió y te sacó de no ser á ser, ése mismo te conserva en ese ser, de tal manera, que lo que una vez te dió, siempre te lo está dando y conservando. Y mira cómo para este efecto crió toda esta tan gran máquina del mundo con todas cuantas cosas hay en él, de las cuales unas sirven para mantenerte, otras para curarte, otras para enseñarte, otras para regalarte y otras también para castigarte: porque de todo es razón que haya en la casa de buen padre.

Cuanto al tercero, de la redempción, ya has visto todos los pasos que este Señor dió por ti, y lo mucho que te dió, y lo mucho que le costó, y lo mucho más que te amó: por donde verás el amor y gracias que por todo esto le debes. Y para sentir más la grandeza deste beneficio y del pasado, imagina que á ti solo fueron hechos estos dos grandes beneficios, pues aunque hayan sido hechos para todos, no menos sirven para ti que si para ti solo fueran hechos. Porque no menos gozas tú de todas las cosas deste mundo y de todos los trabajos de Cristo, que si para ti solo fuera hecho todo.

Cuanto al cuarto, que es de la cristiandad, mira lo que le debes por haberte hecho cristiano, y nascido en tierra de cristianos, pues tanta es la muchedumbre de hombres que hay por esos mares y mundos, que nascen y mueren paganos y se van á los infiernos. Pues ¿qué fuera de ti, si fueras uno désos? Y ¿qué debes á quien hizo que no lo fueses? &c.

Cuanto al quinto beneficio, que es del llamamiento (si por ventura te ha Dios llamado, sacándote de pecado) mira lo que le debes por este beneficio, considerando cuánto tiempo te esperó, cuántos pecados te sufrió, cuántas inspiraciones te envió, y cuán benignamente te recibió, y qué fuera de ti, si te tomara la muerte estando en pecado, como á muchos otros tomó, puesto caso que nadie puede saber de cierto si está fuera dél.

Cuanto al sexto, que es de los sacramentos, mira lo que le debes por el remedio que te dejó en los sacramentos de su Iglesia, y señaladamente en el Sacramento del altar, donde se te da Él mismo en mantenimiento y en remedio. Donde puedes considerar todos los favores y espirituales consolaciones que por medio deste venerable Sacramento habrás en este mundo recibido, y lo que por todo esto le debes.

Cuanto al séptimo, de las inspiraciones divinas, mira lo que debes á este Señor porque continuamente te está siempre llamando y despertando á bien obrar. Porque todos cuantos pasos buenos das, todos cuantos deseos, propósitos, pensamientos, movimientos y sentimientos buenos tienes, todos son beneficios y inspiraciones suyas y obras desta especial providencia que tiene de ti. Pues ¿con qué le podrás pagar tan grande deuda?

Cuanto al octavo, que son beneficios particulares y ocultos, aquí tienes que considerar todas las particulares mercedes así espirituales como temporales que Dios te ha hecho, y todas las preservaciones de males así espirituales como temporales de que te habrá librado sin que tú por ventura lo hayas sentido. En esta cuenta entran todos los males de pena ó de culpa que padescen todos los otros hombres, los cuales tú también pudieras padescer. Ves aquél ciego, el otro tullido, el otro perniquebrado, el otro sacrílego, ó blasfemo, ó amancebado. ¿Quién quita que no pudieras tú también estar así? Pues ¿qué dieras (si así te vieras) á quien te librara desos males? Adora, pues, ama y sirve al Señor, porque Él fué el que de todos esos males te preservó, pues no es menos preservar del mal para que no venga, que curarlo después de venido.

Por aquí, pues, verás lo que debes á Dios por cada uno de sus beneficios: y por ellos mismos verás cuántas veces es Dios tu padre, pues está claro que es padre porque te crió, y padre porque te conserva en ese ser que te dió, y padre porque te redi-

mió, y padre porque en la cruz con tantos dolores te reengendró, y padre porque en el santo bautismo te adoptó por hijo, y padre (si después de perdido por el pecado este título) lo volvió á renovar con el beneficio del llamamiento. Pues si tanto debes y quieres al que una sola vez fué tu padre, ¡cuánto más debes al que tantas veces te ha sido padre por tan excelentes maneras! ¡Cuánto más le debes querer, y servir, y obedescer, y confiar en Él, y recorrer á Él en todas tus necesidades como á verdadero padre!

Y para entender mejor la grandeza destos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son, quién lo da, á quién se da, por qué causa y en qué manera se da. Cuanto á lo primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios. Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina deste mundo, con toda la universidad de criaturas que hay en él. Considera también la grandeza de su sabiduría, la cual se conosce por el orden, concierto y providencia maravillosa que hay en todas ellas. Porque si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey y Señor, había de ser muy estimada, por la dignidad de quien la da.

Y no menos cresce la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es con la vileza del que lo recibe, que con la excelencia del que lo da. Por lo cual decía David: Señor, ¿quién es el hombre, para que Tú te acuerdes dél, ó el hijo del hombre, para que Tú le visites? Porque si todo este mundo apenas es una hormiga delante la majestad de Dios, ¿qué será el hombre, que tan pequeña parte es deste mundo? Pues ¿cómo no será grande misericordia y maravilla que un tan alto y tan soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes á una tan pequeña hormiguita?

Pues ¿qué será si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien, ni da un paso, sin esperar ó pretender algún interese. Solo este Señor nos hace todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosa que redunde en provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola bondad y amor. Si no, dime: si eres predestinado, ¿por qué otra causa te predestinó, y después te crió, y te redimió, y

te hizo cristiano, y te llamó á su servicio? ¿Qué causa pudo haber aquí para tan grandes beneficios, sino sola bondad y amor?

Ni hace menos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos bienes, que es el corazón y voluntad con que los hace. Porque todo cuanto bien nos ha hecho en tiempo, dende *ab æterno* nos lo determinó de hacer, y así dende *ab æterno* con perpetua caridad, y grandísima caridad, nos amó: y por esta caridad y amor que nos tuvo, se determinó de hacernos todos estos bienes y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual entiende con tanta providencia y recaudo, como si desocupado de todos los otros negocios, no tuviera otro en que entender sino en la salud sola de cada uno. Aquí, pues, tiene el ánima devota en qué rumiar, como animal limpio, noche y día: donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida.

De la manera que se ha de tener en la consideración de todas las cosas susodichas.

DICHO ya de la materia de la consideración (que es todo lo que hasta aquí se ha tratado) diremos agora brevemente de la manera y forma que en este sancto ejercicio se ha de tener. Para lo cual debe el hombre primeramente buscar cada día tiempo convenible, según la condición de su estado y de su vida: aunque el mejor tiempo de todos es el de la media noche ó el de la madrugada. El lugar también ayuda para esto (cuando es escuro y solitario) para que así esté el corazón más recogido, no teniendo en qué derramarse los sentidos. Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima á considerar qué es lo que quiere hacer, que es tratar de Dios ó tratar con Dios, para recibir el espíritu y gracia del mismo Dios. Y viendo cuán inhábil es él de su parte para tan gran negocio, pida á aquel dador de todos los bienes que recoja su corazón y lo guíe y enseñe en este camino. Y para esto puede rezar algunas oraciones vocales ó psalmos al principio del recogimiento (como arriba se dijo) para comenzar á encender su corazón con el fuego de las palabras divinas.

Luego puede tomar para cada día un paso, ó dos, ó tres, de la vida de Cristo para el tiempo de su ejercicio, y hacer cuenta

que allí donde él está, se celebra y trata este misterio como se trató en su proprio lugar. El cual oficio pertenesce á la imaginación, que sabe figurar y representar todas estas cosas como pasaron, y como las debujaría un pintor. Mire, pues, al Señor en el tal paso, lo que hace, ó lo que padesce, y mucho más el corazón con que lo padesce. De manera que no sólo ha de mirar á Cristo por de fuera, sino mucho más lo que está encerrado en su ánima, que es la caridad, y la humildad, y la benignidad y mansedumbre con que hace todo lo que hace. Y en cada uno destos pasos podemos considerar aquellas mismas cinco cosas que señalamos en cada uno de los beneficios divinos, conviene saber, lo que se padesce, quién lo padesce, por quién lo padesce, por qué causa lo padesce y de qué manera lo padesce, que es con aquel corazón y con todas aquellas virtudes que dijimos. Porque cada una destas circunstancias declara mucho la grandeza del negocio y del beneficio. Y no se requiere de necesidad pensar de cada vez todas estas cosas juntas, sino unas veces puede el hombre detenerse en una circunstancia destas, y otras en otra, según que el Espíritu Sancto le moviere.

Debe también tener aquí respecto, cuando en esto piensa, á enderezar su atención á aquellas cuatro cosas que arriba dijimos, que son, á la compasión de los trabajos de Cristo, á la imitación de sus virtudes, al aborrescimiento del pecado y al conoscimiento de la bondad y caridad inmensa de Dios, que resplandesce en estos misterios, para movernos á amar á quien tan amable aquí se nos mostró.

Mas cuando el hombre entendiere en esto, no debe trabajar demasiadamente por exprimir á fuerza de brazos las lágrimas y la devoción (como hacen algunos) sino con un corazón humilde y atento (no caído, ni tibio, ni flojo) se presente á nuestro Señor, haciendo lo que es de su parte: porque el Señor hará lo que es de la suya. Y cuando ningún otro fructo de aquí sacare sino sequedad de corazón, conténtese con haber allí acompañado y hecho presencia al Salvador, y peleado con el desasosiego de su corazón: porque no caresce esto de fructo, y grande fructo.

Ni debe desistir luego de su sancto ejercicio, si á las primeras azadonadas no saca agua: porque muchas veces se da al cabo al que fiel y húmilmente persevera, lo que se niega á los principios: y aquí está la llave deste negocio. Por tanto, trabaja, y

persevera, y porfía: porque tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer á tiempos, que muchos años de trabajo que se pasasen por ellas, eran muy bien empleados.

Verdad es que una de las principales causas desta sequedad, ó dilación desta gracia, es traer el corazón muy ocupado en negocios exteriores y peregrinos: por donde con dificultad y tarde se viene á tomar de las cosas de Dios. Por esto conviene mucho traerlo cuanto sea posible siempre ocupado en sus cosas: porque andando siempre caliente y devoto con esta memoria, fácilmente se levanta á Dios, cuando lo queremos levantar. Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera, lición ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazón ocupado en aquello de que anda lleno: y la segunda y muy más principal, trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios y nunca perderlo de vista, ó á lo menos levantar muchas veces entre día y noche el corazón á Él con algunas breves oraciones, tomando ocasión de las mismas cosas que vemos ó que tratamos: y así debe el hombre tener su manera de oraciones y consideraciones diputadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer, ó hablar, ó negociar, para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, ó cuando ve algunos males corporales ó espirituales de prójimos: para que todo le sea motivo de levantar el corazón á Dios, y así pueda conservar siempre en él con estos tizones el fuego de la devoción. Porque así como en la leña seca se enciende presto la llama, así también se enciende la devoción en el corazón que anda siempre caliente con el uso de la continua oración, y lición, y meditación de las cosas de Dios.

Acabada la meditación en la manera que dicho es, puede el hombre acabar su ejercicio con dar gracias al Señor por aquel paso que ha considerado, y por todos los otros beneficios divinos: y luego ofrescer aquel misterio al Eterno Padre, y con él á sí mismo y todas sus obras: y luego pedir mercedes por esta tan rica ofrenda que le ofresció, que fueron los trabajos de su unigénito Hijo. Y lo que debe cada uno pedir es lo que su necesidad le enseñare que ha menester: porque éste es el mejor maestro de la oración. Por do paresce que pueden entrevenir en este sancto ejercicio cinco partes principales, conviene saber, pre-

paración, meditación, hacimiento de gracias, ofrescimiento y petición: no porque todo esto sea siempre necesario, sino para que tenga el hombre materia copiosa en que ocupar su corazón, y así tenga también más estímulos y incentivos de devoción: porque lo que no se halla en una parte, á veces se halla en otra.

Y después de acabado todo este glorioso itinerario de la vida de Cristo, y corridas todas estas estas estaciones, con todo lo demás que se sigue después dellas, debe tornar (como el sol después de corridos los doce signos del cielo) á andar por esta misma rueda: porque no menor fructo se sigue en las ánimas deste espiritual movimiento, que del sol se sigue en el mundo. De manera que mientras durare al hombre la vida, siempre ande por estos pasos de la vida de Cristo: aunque no debe por eso tener cerrada la puerta, cuando el Señor le llamare á otra cosa con que su devoción sea más ayudada.

FIN

VERSOS DE M. MARULO

EN QUE SE TOCAN

CUASI TODAS LAS MATERIAS DESTE PRESENTE TRATADO

PREGUNTANDO EL CRISTIANO

Y RESPONDIÉNDOLE CRISTO BREVEMENTE DENDE LA CRUZ

Pregunta el cristiano.

PIADOSO y clementísimo Señor, ¿por qué te vestiste de carne humana, y quisiste bajar del cielo á la tierra?

Para que el hombre terreno (á quien su culpa había derribado) pudiese con mi favor y ayuda subir dende la tierra al cielo.

¿Quién á ti (que eras inocente y estabas libre de pecado) forzó á padescer muerte y dolores por los pecados?

El amor grande que tuve al hombre, para que lavado él con mi sangre, se hiciese hábil para morar en el cielo.

¿Por qué tienes los brazos tendidos en ese madero, y los pies juntos y traspasados con un clavo?

Porque de una parte y de otra llamo las gentes del mundo, y así las vengo á juntar en unión de una misma fe.

¿Por qué estando en esa cruz, tienes inclinada la cabeza, y los ojos húmilmente abajados y puestos en tierra?

Porque con esta figura enseño á los hombres á no levantarse con soberbia, sino bajar húmilmente la cerviz, y ponerla debajo de yugo.

¿Por qué estás en esa cruz desnudo, y por qué está ese rostro y ese divino cuerpo tan consumido y tan flaco?

Porque con esto quise enseñarte á despreciar las riquezas y bienes del mundo, y á padescer hambre y pobreza comigo.

¿Por qué tienes cubiertos los lomos con un velo de lienzo? ¿Qué es lo que me significa esa cubertura real?

De aquí quiero que aprendas que me agradan los cuerpos limpios y castos, y que aborrezco toda torpeza y fealdad.

¿Qué quieren decir esas bofetadas, salivas, azotes, corona de espinas, y los otros tormentos de la cruz?

Que tenga paciencia en las injurias y no quiera dar mal por mal el que desea sobre las estrellas del cielo vivir en perpetua paz.

La vida es breve, el trabajo pequeño, el galardón grande y que durará para siempre.

Mas si alguno hay que no sienta la grandeza del premio, á lo menos muévalo el miedo del destierro de aquella carcel infernal.

Y aquellos fuegos que nunca se apagan, y aquellas tinieblas que nunca resplandescen, y aquel gusano que siempre muerde, y aquella miseria que nunca cesa.

Porque tales cosas están guardadas para los que agora tiene cativos el fugitivo deleite, engañándolos con diversos halagos.

Ofresciendo riquezas á los avarientos, descanso á los perezosos, torpes pasatiempos á los carnales, vino precioso á los amigos del vientre, pompa y fausto á los soberbios, y despojos á los esforzados.

Con estos cebos, engañado el pueblo miserable, olvidado de su propria salud, camina derecho y corre á su perdición.

Y ni oye mis amonestaciones, ni hace caso de mis ejemplos, y finalmente no tiene cuenta con mi juicio.

Pues cuando venga este horrible juicio, este día será día de ira, día de nieblas y de torbellinos.

Cuando los cielos se estremescerán y sacudirán de sí las estrellas, que caerán del cielo en la tierra.

Entonces espantará al mundo la luna con su cara sangrienta, y el sol se escurescerá, y esconderá sus rayos.

Todas las cosas temblarán, y el mundo se acabará, y hasta los coros de los ángeles se estremescerán.

Una llama de fuego abrasador volará por el mundo, y la mar y la tierra quedarán hechas una foguera.

Entonces vendré yo con gran poder y majestad, asentado en una nube resplandesciente.

Al derredor de mi vendrán millares de sanctos gloriosos y millares de espíritus bienaventurados.

Luego una trompeta dará un terrible sonido de lo alto, el cual rasgue las tierras y llegue al profundo de los infiernos.

Y luego sin tardanza resuscitarán todos aquéllos que perdida la lumbre de la vida, nuestra gran madre la tierra recibió en su grande gremio.

Y estará toda esta compañía resuscitada delante de mi justo tribunal, esperando con temeroso corazón la terrible sentencia de mi juicio.

Ninguna cosa secreta ni escondida pasará sin examen, aunque sea lo que el hombre pensó dentro de su corazón.

Y según los méritos se dará á cada uno su galardón: á unos vida perpetua y á otros muerte que nunca morirá.

Oh pues hombres miserables, que estáis enredados con tantos engaños, mientras tenéis poder agora, sacad vuestros pies dese lazo.

Abrid los ojos y velad, porque el día escuro deste tiempo no os tome cerrados los ojos y cargados de sueño.

Mirad con cuán ligera carrera huyen y se pasan los tiempos, y cómo las horas apresuradas no saben sentir tardanza.

Dichoso aquél que emplea bien los días de la vida, y piensa que el fin dél será hoy ó será mañana.

HABLA DEL CRUCIFIJO

QUE ESTÁ Á LA ENTRADA DE LAS IGLESIAS

compuesta en verso por Lactancio Firmiano

QUIENQUIERA que por aquí pasas, y subes por estos grados del templo, espera un poco, y pon los ojos en mí, que siendo inocente, por tus culpas tan cruel muerte padescí. Yo soy Aquél que habiendo lástima de la caída miserable del género humano, vine á este mundo á ser medianero de paz y perdón copioso de la culpa común. Aquí se dió una clarísima luz á la tierra, aquí está la imagen de la verdadera salud, aquí soy tu descanso, camino derecho, redempción verdadera, bandera de Dios, y estandarte real, digno de perpetua recordación.

Por tu causa y por amor de tu vida entré en el vientre de una Virgen: por ti fuí hecho hombre y por ti padescí terrible muerte, sin hallar descanso en todos los fines de la tierra, sino en todo lugar amenazas, y en todo lugar trabajos. El establo y las majadas ásperas de Judea fueron la hospedería de mi nascimiento y las compañeras de mi pobre Madre. Aquí entre las

bestias brutas tuve una cama de paja en un angosto y humilde pesebre. Los primeros años de mi edad viví en la tierra de Egipto desterrado del reino de Herodes: y vuelto de ahí, gasté los otros en Judea, donde siempre padescí ayunos, siempre trabajos y siempre extrema pobreza. Y con esto siempre trabajé por encaminar á los hombres con saludables consejos al estudio de la virtud, acompañando y confirmando mi doctrina con obras maravillosas. Por las cuales cosas la malvada Hierusalén, movida con crueles odios y rabiosa invidia, y ciega con furor, extendió las manos contra mí, y me procuró en una terrible cruz muerte cruel. La cual si yo quisiere explicar por sus partes, y tú quisieres comigo acompañarme y sentir todos mis dolores, pon primero ante los ojos los ayuntamientos y consejos de mis enemigos, y las celadas que me armaron, y el precio vil de mi inocente sangre, y los besos fingidos de mi discípulo, y el acometimiento y los clamores de aquella cruel compañía. Piensa también aquellos crueles azotes, y aquellas criminosas lenguas tan aparejadas para mentir, aquellos testigos falsos, y aquel perverso juicio del ciego presidente, y aquella grande y pesada cruz cargada sobre mis hombros y espaldas cansadas, y aquellos pasos dolorosos con que caminé á la misma cruz. Y después de puesto en ella, mírame levantado en alto y desviado de los ojos de la dulce Madre, y rodéame dende los pies hasta la cabeza por todas partes. Mira los cabellos cuajados con sangre, y la cerviz ensangrentada debajo dellos, la cabeza agujereada con crueles espinas, corriendo hilos de sangre viva sobre el divino rostro. Mira también los ojos cerrados y escurescidos, y las mejillas afligidas, y la lengua seca y atoxicada con hiel, y el rostro amarillo con la presencia de la muerte. Mira los brazos extendidos, y las manos atravesadas con clavos, y la herida grande en el costado, y el río de sangre que manaba della, los pies enclavados; y todos los miembros sangrientos. Hinca pues las rodillas, y adora este venerable madero de la cruz, y besando la tierra sangrienta con boca humilde, derrama sobre ella muchas lágrimas, y nunca me pierdas de vista, ni me apartes de tu corazón, siguiendo siempre los pasos de mi vida. Y considerando estos tormentos y esta muerte cruel, con todos los otros innumerables trabajos y dolores míos, aprende de aquí á padescer adversidades y tener perpetuo cuidado de tu salud.

HIMNO EN ALABANZA DE CRISTO

Á Jesú las vírgines castas, á Jesú la sancta juventud, á Jesú los varones, los viejos y las mujeres ancianas alabemos, en cuya fe vivimos, el cual nos favoresce y ama con amor de padre. Eterno Hijo del sumo Dios, criador de las estrellas, de la tierra y de la mar, ninguna cosa encierra en sí la inmensidad del cielo y la redondez grande de la tierra, que no sea hecha por tu diestra. Tú asentado en el seno del Padre, sustentas y gobiernas todas las cosas. Tú por tu inmensa caridad apiadado de nuestra miseria, te vestiste de cuerpo mortal: enclavado en una áspera cruz, con tu muerte nos libraste de los fuegos eternos. Tú vencida la muerte, volviendo á tu palacio real, colocaste contigo á los tuyos en esa parte del cielo dorado. Á ti canta días y noches la compañía de los moradores del cielo. De ti da testimonio aquel eterno Espíritu, diciendo que eres único autor de nuestra salud. Tú eres reposo, lumbre y deleite de las ánimas. Tú eres pastor y cordero que quitas los pecados del mundo. Tú eres eterno pontífice, poderoso para aplacar la ira del Padre soberano. Pues ¿quién no te alabará, Señor? ¿Quién no te amará con todo su corazón? Pues, oh benigno Jesú, enciende, Señor, mi ánima en este amor, muéstrame ese rostro hermoso, y haz bienaventurados mis ojos con los tuyos, y no quieras negar, oh amante, al que te ama, beso de paz. Tú eres esposo de mi ánima, á ti busca ella, á ti con lágrimas llama. Tú, Sancto, habiéndola librado de la muerte con tu muerte, y heridola con tu amor, no la has de aborrescer. Pues ¿por qué la miserable no siente la dulzura de tu presencia? Óyeme, Dios mío y Salvador mío, y concédeme esta petición, pues ninguna cosa hay más dulce que arder siempre nuestro corazón en tu amor.

FIN

TRATADO

COMPUESTO POR

EL M. R. P. FR. LUIS DE GRANADA

MEDITACIÓN PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

para despertar en el ánima temor y amor del sanctísimo Sacramento, que es el aparejo principal que se requiere para recebirlo.

QUIÉN eres tú, Señor, y quién soy yo para que me ose llegar á ti? ¿Qué cosa es el hombre, para que pueda recebir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es el hombre según el cuerpo, sino un vaso de corrupción, y qué según el alma, quitada aparte tu gracia, sino hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura muy flaca para todo lo bueno y muy poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus pensamientos ciego, en sus obras malo, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente, en todas las cosas pequeño, y en la su estima grande? Cata aquí Señor quién soy yo. Mas ¿quién eres tú? Tú eres sin cantidad grande, sin calidad bueno, sin medida sabio y sin tiempo eterno. Tú eres en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la sabiduría inmenso, en los consejos admirable, en los juicios terrible y en todas las virtudes acabado. Pues ¿cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar á un Dios de tan alta majestad? Las estrellas no están limpias delante tu acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante de ti, los más altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en tu presencia. Pues ¿cómo te osará recebir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El sancto Baptista dende las entrañas de su madre limpio y sanctificado no osa tocar tu cabeza, ni se halla digno de desatar la correa de tu zapato. El Príncipe de los Apóstoles da voces y dice: Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador. ¿Y osaré yo llegarme á ti estando tan cargado de pecados? Si de aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo delante de Dios (que no eran más que sombra de aqueste misterio) no podía comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del Pan de los ángeles,

estando tan ajeno de sanctidad? Aquel cordero pascual (que era figura deste sacramento) mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes: pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los buenos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recebido en esta mesa, si me falta este aparejo. Desta mesa fué desechado el que no se halló con ropa de bodas (que es la caridad) y atado de pies y manos fué mandado echar en las tinieblas. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si desta manera me hallare en este convite? Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras almas, ¿qué será de la mía, si ante ellos pareciere desnuda? Tocar el arca del testamento (que no era más que figura deste sacramento) fué cosa tan grave, que el que la tocó, llamado Oza, fué luego castigado con arrebatada muerte: pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al mismo que por el arca era figurado? No hicieron los Betsamitas más que mirar el arca del testamento, cuando pasaba por su tierra, y por solo este atrevimiento dice la Escritura divina que mató Dios cincuenta mil hombres dellos. ¡Oh cosa para hacer temblar todos los corazones! No menospreciaron el arca, no la recibieron con mala cara, antes se alegraron con ella y le ofrecieron sus sacrificios, y sólo haber querido curiosamente miralla fué castigado con la sangre de tantos. ¿Quién presumiera tal castigo por tal delicto de un Dios tan piadoso? Pues, oh mi Señor Dios, y terrible Dios, ¡cuánto mayor cosa es tu Sacramento que aquel arca! ¡Cuánto mayor cosa es recebirte que mirarte! ¿No temeré yo y no temblaré, cuando me llegare á recebir un Dios de tan alta majestad y justicia? Verdaderamente conozco, Señor, que si por espacio de muchos años me aparejase á recebirte una sola vez con toda la devoción y pureza de los ángeles, no sería digno do llegarme á tan alto sacramento. Y si tanta razón tengo para temer, considerando tu grandeza, ¡cuánto más debo temer considerando mis pecados y malicia! Acuérdome, Señor, de innumerables culpas que tengo hechas contra ti. Tiempo hubo, y plega á tu misericordia que no lo sea también agora, cuando la cosa más olvidada y

menos amada era tu hermosura infinita, cuando el polvo de las criaturas tenía yo en más que el tesoro de tu gracia y la esperanza de tus promesas. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada á mis apetitos. No tenía cuenta contigo más que si nunca te conociera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazón: No hay Dios, porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no lo había. Nunca por tu amor trabajé, nunca por tu justicia temí, nunca por tus deleites me aparté de lo malo, nunca por tus beneficios di las gracias que debía, nunca por saber que tú estabas en todo lugar presente, dejé de pecar delante de ti. Todo lo que mis ojos desearon, les concedí, y no fuí á la mano á mi corazón para estorbarle ninguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué toda mi vida sino una perpetua guerra contra ti, y una continua desobediencia, y una renovación de todos los martirios que pasaste por mí? ¡Cuántas veces por la golosina de un deleite ó de un poco de dinero, como otro Judas) te vendí! Pues ¿qué será llegarme yo agora á recebirte, sino darte paz con el mismo Judas, después de haberte vendido? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y acabando de comulgar te ofendí, sino escarnecerte con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas te adoraban, y por otra parte te herían con la caña en la cabeza? Pues, oh Salvador y Juez mío, ¿cómo te osaré recebir en una tan sucia posada? ¿Cómo depositaré tu sagrado cuerpo en la cama de los dragones y nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el alma llena de pecados sino una casa llena de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estarás tú, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? Oh flor del campo y azucena de los valles, ¿cómo quieres ser hecho manjar de las bestias? ¿Cómo se ha de dar este sancto á los perros? Oh amador de las ánimas puras y limpias, que te apacientas entre los lirios mientra dura el día y se inclinan las sombras, ¿qué pasto te podré yo dar en este corazón, donde no nacen estas flores, sino cardos y espinas? Tu lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno destos colores. Pues ¿qué silla te daré yo cuan-

do entrares en ella? Tu sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia, y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido puesto: pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva, donde te pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salía el hedor de la corrupción de mis pecados? ¿Qué mi corazón, sino fuente de malos deseos? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré llegarme con estos labios sucios á recebirte y darte paz ninguna? ¿Qué parte hay en mi ánima que esté pura y limpia y que no haya sido corrompida por el pecado muchas veces? Pues ¿qué es del sepulcro limpio y nuevo, donde te haya de sepultar? Oh Redemptor y Padre mío, confúndome de verme tal, avergüénzome de verme cuál voy á la cama y á los brazos del esposo del cielo, que de nuevo me quiere recebir. Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, Rey de gloria, de recebir en tu casa y tomar por esposa á la desechada y deshonrada por tan vilísimo rufián. Llevóse el demonio la flor de mi honestidad, y conténtaste tú con los desechos del enemigo. Tú dices: Has fornicado con todos cuantos amadores has querido: pero con todo eso vuélvete á mí, que yo te recebiré. Conozco, Señor, mi indignidad, y conozco tu gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para allegarme á ti tal cual estoy, porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedarás tú en no desechar ni tener asco de tan baja criatura. No desechas los pecadores, Señor, antes los llamas y los atraes á ti. Tú eres el que dijiste: Vení á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tú dijiste: No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos: no vine á buscar los justos sino á los pecadores. De ti públicamente se decía que recebías los pecadores y comías con ellos. No has mudado, Señor, la condición que tenías antes, y por eso creo que agora llamas también desde el cielo á los que entonces llamabas en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á ti cargado de pecados, para que me descargues, y trabajado con mis propias miserias y tentaciones, para que me des refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, y como pecador al justo y fuente de justicia, para que me justifique. Dicen que recibes los pecadores y comes con ellos, y que tu manjar es la conversación de los tales: si tanto te deleita ese convite, cata aquí á mí pecador, con

quien tanto puedes comer deste manjar. Bien creo yo, Señor, que te deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo, pues que no menospreciaste sus lágrimas ni la desechaste por pecadora, sino antes la recebiste, y la perdonaste, y la defendiste, y por unas pocas de lágrimas la perdonaste muchos pecados. Aquí se te pone, Señor, otra nueva ocasión de mayor gloria, que es á mí pecador con más pecados y menos lágrimas. No fué aquélla la última de tus misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenías hechas, y otras muchas te quedan por hacer. Éntre ahora ésta en la cuenta dellas, y perdona á quien más te ha ofendido y menos llora porque te ha ofendido. No tiene tantas lágrimas, que basten para lavar tus pies: mas tú tienes derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No te indignes, Dios nuestro, porque estando yo tal cual me ves, me ose llegar á ti. Acuérdate que no te indignaste cuando aquella pobre mujer que padecía flujo de sangre, se allegó á recebir el remedio de su enfermedad, tocando en el hilo de tu ropa, antes la consolaste y esforzaste diciendo: Confía, hija, que tu fe te hizo salva. Pues como yo padezca otro flujo de sangre más peligroso y más incurable, ¿qué puedo hacer sino llegarme á ti para recebir salud? No has mudado, Señor, la condición ni el oficio que tenías en la tierra, aunque te subiste á los cielos: porque si ansí fuera, otra Escriptura y otro Evangelio hubiéramos menester, que nos declarara la condición que tienes allá, si fuere otra que la de acá. Leo en tus Evangelios que todos los enfermos y miserables se allegaban á tocarte, porque de ti salía muy grande virtud, y sanabas á todos. Á ti se allegaban los leprosos, y tú extendías tu mano, y los alimpiabas. Á ti venían los ciegos, á ti los sordos, á ti los paralíticos, á ti los mismos endemoniados. Á ti finalmente ocurrían todos los menesterosos del mundo, y á ninguno de ellos te negaste. En ti solo está la salud, en ti la misericordia. Tan piadoso señor eres para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿adónde iremos los necesitados sino á ti? Conozco, Señor, verdaderamente que este sancto Sacramento no sólo es manjar de sanos, sino medicina de enfermos: no sólo es fortaleza de vivos, sino también resurrección de muertos: no sólo enamora y deleita á los justos, sino también sana y purifica á los pecadores. Cada uno se allegue como estuviere, y tome de allí la parte que le perte-

nezca. Alléguense los justos á gozar y comer desta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite. Yo me llegaré como pecador y enfermo á recebir este cáliz de mi salud. Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán: si estuviere vivo, aquí me fortalecerán, y si muerto, aquí me resuscitarán: y si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos: no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos: no huiré dél, como hizo Adam por verse desnudo, porque él es poderoso para cubrir mi desnudez: no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia: no por verme con tanta pobreza, porque él es señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión, mientra más miserable fuere, que resplandezca más en mí la grandeza de su misericordia. Las tinieblas del ciego desde su nacimiento servieron para que resplandeciese la gloria de Dios en él, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que siendo tan alto no se desdeña de descendir á tan bajo lugar. Especialmente que no se tiene aquí respecto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre no se desdeña de tomarme por hijo y tratarme como á tal. Pues por esto te suplico, clementísimo Dios y Padre de mi Señor Jesucristo, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa un hombre tollido, porque era hijo de aquel grande amigo suyo Jonatás, quiriendo en esto honrar al hijo, no por sí mismo, sino por los merecimientos de su padre, así, eterno Padre, tengas por bien de asentar á este pobre y diforme pecador á tu sagrada mesa, no por sí, sino por los merecimientos y honra de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo, nuestro verdadero Señor, que con tantos dolores y trabajos nos engendró en el árbol de la cruz. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MEDITACIÓN MUY DEVOTA

para ejercitarse en ella el día de la sagrada Comunión, pensando en la grandeza del beneficio recebido y dando gracias á Nuestro Señor por él.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á darte, Señor, gracias por el menor de tus beneficios, es cierto que no te las podrían dignamente dar. Pues quien por el menor de los beneficios no te podría dar dignas gracias con tanta compañía, ¿cómo podrá dártelas, estando solo, por el mayor? Oh Dios mío y Salvador mío, ¿qué gracias, qué alabanzas te daré porque me has querido en este día visitar, y consolar, y mantener, y honrar con tu presencia? Aquella sancta madre de tu precursor, llena del Espíritu Sancto, cuando vió entrar por sus puertas á la Virgen, que dentro de sus entrañas te traía, espantada de tan grande maravilla, exclamó diciendo: ¿De dónde á mí tanto bien, que la madre de mi Señor venga á mí? Pues ¿qué haré yo, vilísimo gusano y el mayor de todos los pecadores, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? ¡Con cuánta mayor razón podré exclamar: ¿De dónde á mí tanto bien, que no la madre de Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí? ¡A mí que tanto tiempo fuí morada y aposento de Satanás! ¡Á mí que tantas veces le ofendí! ¡Á mí que siempre le menosprecié y deshonré y crucifiqué, y le di á beber tantas hieles cuantos pecados cometí, y finalmente le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merecía nunca más recebir á quien así deseché, ni ser admitido á su sagrada cena, pues no quise acudir á ella, cuando me llamaba! Pues ¿de dónde á mí, Señor, que tú, Rey de los reyes y Señor de los señores, que no tienes por qué llamar á ninguna puerta de todo lo criado, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son todos los ejércitos de los ángeles, á quién alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra: tú que asentado sobre los querubines ves hasta los abismos, esto es, hasta las cosas más secretas y escondidas del mundo, penetrando con tu sabiduría dende lo más alto hasta lo más bajo?

¿Tú, Señor de tan incomprehensible majestad y grandeza, quisiste venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mío, quieres descendir al infierno? ¿Otra vez quieres ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez quieres nacer en un establo de bestias, y ser reclinado en un pesebre, y estar entre las pajas y el heno? Bien parece, Dios mío, que el mismo corazón que tenías entonces, tienes agora, pues lo que heciste una vez por los pecadores, eso haces ahora cada día por ellos. Y si de otra manera alguna me visitaras, todavía fuera ésta grande misericordia: mas que tú, Señor, hayas querido no sólo visitarme, sino entrar en mí, y morar en mí, transformarme en ti, hacerme una cosa contigo por una unión tan admirable que merezca ser comparada, como tú la comparaste, con aquella altísima y divinísima unión que tienes con el Padre, para que así como el Padre está en ti y tú en El, así el que come de ti, esté en ti y tú en Él. ¿Qué cosa puede ser más admirable? Maravillábase el rey David del mucho caso que hacías del hombre, cuando decía: Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque quieres acordarte dél, y poner en él tu corazón? Pues ¿cuánto mayor maravilla es que Dios quiera no sólo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre, y hacerse una misma cosa con el hombre? Maravillábase el rey Salomón que quisiese Dios morar en aquel templo que él tantos años y con tan grandes expensas había edificado, y así decía: ¿Es posible que quiera Dios morar acá en la tierra con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos no te pueden recebir, ¿cuanto menos lo podrá esta casa que yo he edificado? Pues ¿cuánto mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos por otra más excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima que apenas trabajó un solo día en aparajarle la posada? Maravillábase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo á la tierra, andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella: y es razón que se maraville, pues ésta fué la mayor de las maravillas de Dios, y la mejor de las obras, y el mayor de sus beneficios. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Sancto, estaban más limpias que las estrellas del cielo, más puras que los ángeles del paraíso, más adornadas de virtudes, y de gracias que el cielo y tierra con todo su ornamento, y así aparejaron morada digna

para Dios. Mas que este mismo Señor quiera morar en las mías, que son más impuras que el cieno, más escuras que la noche, más sucias que todos los albañares del mundo, ¿cómo no será ésta grande maravilla? Y puesto caso que por su infinita piedad estuviesen ya lavadas y limpias con el agua de su gracia y de sus sacramentos, ¿cómo no será todavía gran misericordia que un Señor de tanta limpieza no tenga asco de cosa que algún tiempo fué tan sucia? Ofensa sería de un gran Señor, si le pusiesen en la mesa un vaso que hobiese servido en alguna enfermería, de rescebir el vómito de los enfermos, ó de otra cosa semejante, aunque después lo lavasen y parasen más blanco que la nieve, porque basta la memoria de las inmundicias pasadas para poner asco á quien lo viese. Pues, oh Dios mío y Salvador mío, ¿qué mayor misericordia que no tener tú asco de que se ponga en tu mesa entre los otros vasos escogidos un vaso de corrupción y de todas las inmundicias, para que comas tú en él? Porque aunque ya estuviese limpio con tu gracia, todavía queda la memoria reciente del pecado, y el mal olor, y las reliquias que en el ánima siempre quedan dél. Pues ¿tal vaso como éste consientes que se ponga á tu mesa, y que sea como un relicario en que se deposite esta hostia consagrada? Oh, bendígante, Señor, los ángeles por tan alta gracia, y por tan gran misericordia, y por tan excelente obra y muestra de bondad. Bien parece que eres sumamente bueno, pues eres sumamente comunicativo de ti mismo. Y pues tanto quisiste humillarte y perder de tu derecho sólo por hacernos buenos, bien parece cuán grande sea tu amor para con los hombres, pues la caridad, como dice tu Apóstol, no es ambiciosa ó (como traslada otro) fastidiosa, pues no tienes asco de una cosa tan asquerosa como es el corazón del pecador. Pues ¿qué será, si con todo esto se junta lo que obra y significa este maravilloso sacramento? ¡Oh cuán alegres nuevas me da de ti, Señor, este misterio y cuán dignos de todo agradescimiento? Tráeme firmado de tu nombre que eres mi padre. Y no solamente padre, sino también esposo dulcísimo do mi ánima: porque oyo decir que el efecto propio deste sanctísimo sacramento, para que tú lo instituíste, es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites y hacerlas una cosa contigo. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazón, ¿de qué corazón salió tal obra como ésta? Porque unión pro-

priamente pertenece á los hombres casados, y regalo no suele ser de señor á siervo, sino de esposo á esposa, ni aun de padre á hijo, si no fuese hijo chiquito y tiernamente amado de su padre, porque á tal padre pertenesce no solamente proveer á su hijo de lo necesario para la vida, sino también de regalos y cosas con que huelgue para su recreación, Pues tal efecto de amor como éste quedaba, Señor, por descubrir al mundo, y éste se guardaba para el tiempo de tu venida y para la buena nueva del Evangelio. De manera que en la otra manera de sacramentos y beneficios me das á entender que tú eres mi rey y mi salvador, y mi pastor y abogado, mi médico, mi maestro, mi tutor y mi redemptor y defensor y finalmente mi Dios: mas en éste (donde por una tan alta manera te quesiste ayuntar con mi ánima y regalarla con tan maravillosos deleites) claramente me das á entender que eres mi esposo y mi padre, y padre que tiernamente ama á su hijo, como Jacob amó á José entre todos sus hermanos. Esto me da á entender el efecto de tu sacramento: estas nuevas me da de ti. No hay doblez, Señor, en todas tus obras. Lo que muestras por de fuera, eso es lo que tienes de dentro. Pues por este efecto conozco la causa, por esta obra juzgo tu corazón, deste tratamiento y regalo que me haces, tomo información para conocer el corazón que para comigo tienes. Pues ¿qué mayor beneficio, que mayor gracia, qué mayor amor se pudiera mostrar que éste? ¡Oh materia de alegrías, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, pan de vida, medicina de salud, fuego de amor, refección de los espíritus, salud de las ánimas, convite real y gusto de toda la felicidad y hartura celestial! Pues ¿qué haré, Dios mío? ¿Qué gracias te daré? ¿Con qué amor te amaré, si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú siendo el que eres, así amas á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á ti, esposo altísimo, riquísimo y nobilísimo de mi ánima? Ámete pues yo, Señor, codíciete yo, cómate yo, Señor, y bébate yo. Oh dulcedumbre de amor, oh amor de inestimable dulcedumbre, cómate mi ánima, y del licor suavísimo de tu dulcedumbre sean llenas mis entrañas. Oh caridad, Dios mío, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes, hazme crecer en ti para que pueda yo gozar dignamente de ti. Oh dulzor y hartura de mi voluntad, oh amor y deseo de mi corazón, ¿por qué

no soy yo del todo encendido y abrasado en el fuego de tu amor? ¿Por qué no soy yo del todo (así como el hierro en la fragua) transformado en amor, de tal manera que ya no haya en mí otra cosa sino amor? Oh divino fuego, oh dulce llama, oh suave herida, oh amorosa cárcel, ¿por qué no soy yo preso en esa cadena, y ferido con esa saeta, y abrasado con ese fuego de tal manera que ardan y se derritan todas mis entrañas en amor? Hijos de Adán, linaje de hombres ciegos y engañados, ¿qué hacéis? ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis? Si amores buscáis, éstos son los más nobles, los más dulces, los más honrados que hay en el mundo. Si deleites buscáis, éstos son los más suaves, los más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y el piélago de todos los bienes. Si honra queréis, aquí está Dios y con Él toda la corte del cielo que os viene á visitar. Pues ¿qué mayor honra que tener tal huésped y toda la corte del cielo al rededor dél? Si un rey va camino, y se apea á comer en una venta ó en un pajar que sea, claro está que toda aquella posada está rodeada de alabarderos y señores que lo vienen acompañando. Y si Dios por medio deste sacramento entra en mi ánima, creo verdaderamente que el día que lo recibo, toda la corte del cielo está al rededor della, acompañándolo y adorándolo, así como lo adora en el cielo. Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recebido en estos brazos, regalado en tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, dende aquí, Señor, renuncio todos los otros deleites y amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más deleites de carne para mí, ya no más pompa de siglo ni vanidad para mí. Vayan, vayan lejos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que solo éste es el verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles, no ha de comer manjar de bestias: el que ha recebido á Dios en su morada, no es razón que admita en ella otra criatura. Si una mujer rústica y de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste sacramento, ¿cómo se bajará ya á la vileza del traje viejo y de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazón á pensamiento de

mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa prafana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina? No consintió Salomón que la hija del rey Faraón su mujer morase en su casa por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del testamento, aunque ya no estaba. Pues si este tan sabio rey no quiso que su propia mujer, y mujer tan principal, pusiese los pies en el lugar donde había estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana éntre en el corazón donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el mismo rey Salomón sacrificio en el portal del templo, dejó aquel portal sanctificado, para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánta más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió Aquél á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y pues tan honrado me dejas, Señor, con esta visitación, dame gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que tú me diste. Nunca jamás diste á nadie honra sin darle caudal de gracia para mantenerla, y pues aquí me has honrado con tu presencia, sanctifícame con tu virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo: así lo heciste siempre en todos los lugares donde entraste. Entraste en las entrañas virginales de tu sanctísima madre, y así como la levantaste á inestimable gloria, así le diste inestimable gracia para mantenerla. Entraste en este mundo á conversar con los hombres, y así como lo ennobleciste con tu venida, así lo reparaste y alumbraste con tu gracia. Entraste después en el infierno, y del mismo infierno heciste paraíso, beatificando con tu gloria á los que honraste con tu visitación. Finalmente hasta la figura deste sacramento (que era el arca del testamento) entró en casa de Obededón, y luego echaste tu bendición sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se te hacía. Y pues has querido, Señor, también entrar en esta pobre morada y ser hospedado en ella, comienza ya á bendecir la casa de tu siervo y á darme con que yo pueda responder á esta honra, haciéndome digna morada tuya. Quisiste que yo fuese como aquel sancto sepulcro, en que tu sagrado cuerpo se depositase: dame todas las condiciones que tenía

este sepulcro para que pueda yo ser aquello para que tú me escogiste. Dame aquella firmeza de piedra, y aquel sudario de humildad, y aquella mirra de mortificación, con que muera á mis apetitos y voluntad y viva á ti. Quesiste que yo fuese como un arca del testamento en que tú morases. Dame gracia para que así como en aquella arca no había otra cosa más principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazón no haya otro pensamiento ni deseo sino de tu sanctísima ley. Quesiste darme á entender en este sacramento que eras mi padre, pues así me tratabas como á hijo, é hijo tiernamente amado. Dame gracia para que pueda yo responder á este beneficio, amándote no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno que todas mis entrañas se derritan en tu amor, y la memoria sola de tu dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazón. Dame también para contigo espíritu y corazón de hijo, que es espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor y confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego á ti con tanta seguridad y confianza como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Quesiste sobre todo esto descubrir á mi ánima en este sacramento amor de esposo á esposa, y tratarme como á tal. Dame pues, Señor, ese mismo corazón para contigo, para que así te ame yo con amor fiel, con amor leal, con amor casto, con amor entrañable y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de ti. Esposo dulcísimo de mi ánima, extiende esos dulces y amorosos brazos, y abrázala de tal manera contigo, que ni en vida ni en muerte se pueda apartar de ti. Para esta unión ordenaste este sacramento, porque sabías cuánto mejor estaba la criatura en ti que en sí, pues en ti estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca, mas echada en la mar y ayuntada con su principio, permanece para siempre. Sácame pues, Señor, de mí y recíbeme en ti, porque en ti vivo, y en mí muero: en ti permanezco, y en mi desfallezco: en ti soy estable, y en mí paso como pasa la vanidad. No te vayas pues, oh buen Jesú, no te vayas. Quédate, Señor, comigo, porque viene la tarde y se escurece el día, la noche se apresura á más andar, y no una noche, sino muchas, conviene saber, la noche de la muerte, y del mundo, y del pecado, y de la tentación, y de la tribulación, y de la soledad y absencia de tu gracia. Todas estas noches vienen á caer sobre nosotros y cubrirnos: no nos des-

ampares, Señor. Por todas partes nos va faltando la luz, y se va resfriando la caridad y creciendo la maldad: pues ¿qué será de nos, si tú nos desamparas? ¡Ay de nosotros (dice el Profeta) que se ha inclinado el día, y se han hecho mayores las sombras en la tarde! Porque como va faltando la verdadera luz, que es el conocimiento de Dios y de los verdaderos bienes, las sombras de los falsos y transitorios parecen grandes y de grande dignidad. Pues quédate, Señor, con nosotros, que eres luz del mundo, para que cada cosa nos parezca lo que es, y no seamos de aquéllos que llaman lo bueno malo y lo malo bueno, y hacen lo dulce amargo y lo amargo dulce. Y pues me ha cabido tan dichosa suerte, como es tenerte hoy en mi casa, donde tan buena coyuntura tengo para negociar contigo á solas mis negocios, no será razón perder esta buena coyuntura. No te soltaré, Señor mío, de los brazos: contigo lucharé toda la noche, y no te dejaré hasta que me des tu bendición. Múdame tú, Señor, el hombre viejo, y dame otro nuevo, que es otro nuevo ser & otra nueva manera de vivir. Máncame el un pie, y déjame el otro sano para que desfallezca de mí el amor del mundo, y quede sano y entero tu solo amor, para que desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos, á ti solo ame, á ti solo desee, á ti solo viva, en ti solo piense, con ti solo more, en ti solo estén todos mis cuidados y pensamientos, á ti acuda con todos mis trabajos, y de ti solo reciba todos los socorros. Y finalmente tú, Señor, todo seas mío, y yo sea todo tuyo, que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE UNA MUY DEVOTA ORACIÓN

á Nuestra Señora.

VIRGEN gloriosa y bienaventurada, que para consuelo de los pecadores fuiste la más limpia de mancilla y más amancillada de dolor, ¿cómo parecerá mi oración ante ti, pues la gracia que merecí por la pasión de quien me redimió, perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea muy pecador, viendo mi demanda ser justa, osaré rogarte que me oigas. Oh Reina y Señora mía, suplícote que ruegues á tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia me perdone lo que contra su

voluntad y mandamiento hice. Y si esto por mi indignidad no mereciere, séame concedido porque no perezca lo que crió á su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres esperanza de los errados. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti, los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas del purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel amortecimiento y grande desmayo que tu corazón sintió cuando Sant Juan te dijo que si querías ver con la lumbre de tus ojos viva la luz de tu ánima (que era tu amado Hijo) que apresurases los pasos, que se amortezcan y desmayen las tentaciones que el enemigo ordena contra mí, porque no se pierda por mi maldad lo que Él redimió por su preciosísima sangre. Aquellas piadosísimas lágrimas que derramaste cuando la sangre del atormentado cuerpo de tu preciosísimo Hijo te mostraba el camino de la cruz, firma siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, tantas salgan de mis ojos, que basten para lavar la mancilla de mi cuerpo. Dame, Señora, entendimiento con que te conozca, y saber con que te alabe, gracia con que te sirva, y memoria con que no te olvide. ¿Cuál pecador como yo osará parecer sin ti ante aquel verdadero Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo, pues ni el galardón por el bien se niega, ni la pena por el mal se excusa? Pues ¿quién será tan justo que para el juicio suyo tu ayuda no haya menester? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu clemencia? Gran cosa te pido según mis yerros, mas muy pequeña según tu virtud: no es nada lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, enmienda mi vida de tal manera que pueda ser oído de ti con piedad. Tu misericordia me esfuerza, y mi pecado me enflaquece, temiendo que no me querrás oir. Muestra manifiestamente tu misericordia en mi salvación, porque los buenos te alaben y los infieles te crean. Los dolores que tú pasaste en la pasión de mi redemptor Jesucristo estén siempre ante mi ánima y sean fuentes

de mi corazón, y tus penas sean manjar de mi voluntad. No me desampare tu amparo, no me desfallezca tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú me dejas, ¿quién me terná? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú, Señora, no me alumbras, ¿por dónde iré? No me dejes tentar del enemigo, y si me tentare, no me dejes caer, y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió que no le otorgases? ¿Quién te sirvió que no le galardonases con mucha magnificencia? Todos mis pensamientos sean en ti, y mis sospiros son por ti, y todos mis servicios son para ti. Alumbre mi entendimiento tu claridad, y enderece mi sentido tu virtud, y despierte mi corazón á bien obrar. Haz tú, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías cuando después de bajado de la cruz tu preciosísimo Hijo lo tomaste en tus brazos, no teniendo fuerzas para más llorar, mirando aquella imagen preciosísima de los ángeles adorada, y entonces de los judíos escupida, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del Justo por la inobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mía, cuál estabas entonces, los brazos abiertos, y los ojos mortales, inclinada la cabeza á una parte, sin algún color en el rostro, sintiendo mayor tormento en las entrañas, de amor, que ninguna persona podrá sentir en su propio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que entonces decías á los que te miraban: Oh vosotros que pasáis por la carrera, ved y mirad si hay dolor semejante al mío: porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Planta, Señora, en mí ánima aquel cuchillo de dolor, que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, porque me acuerde de que soy tierra y al cabo he de volver lo que della recebí, porque no me engañe la gloria perecedera de este siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías á mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado, porque alcance gracia de ti que vuelvas á mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en que estuviste aquella noche, donde no tenías otra cosa viva sino tus dolores, bebiendo el agua sagrada de tus preciosas lágrimas y comiendo el manjar de tus sentidas contemplaciones, porque llorando la angustia que padeciste en la tierra, me hagas ver la gloria que mereciste en el cielo. Amén.

DE ALGUNAS DEVOCIONES Y EJERCICIOS

que el siervo de Dios debe tener entre día y noche.

UNO de los principales cuidados que el siervo de Dios ha de tener, es que demás de sus oraciones y ejercicios acostumbrados procure muchas veces de levantar su corazón á Dios en todo lugar y tiempo y en todo género de negocios, de tal manera que así como las abejas, de todas las flores que ven, procuran de sacar alguna cosa que lleven á su colmena y de que hagan su miel, así él procure sacar de cualquier cosa que viere ó oyere, alguna manera de devoción ó amor de Dios, de que pueda rumiar y gustar dentro de su corazón. Esto sirve para que en el altar de nuestro corazón haya siempre fuego de amor de Dios, procurando siempre de cebarlo en muchas destas piadosas y devotas consideraciones.

Pues primeramente á la mañana en despertando trabaje por cerrar la puerta á todo genero de pensamientos terrenos, hasta visitar primero á nuestro Señor y ofrecerle las primicias de aquel día, donde hablando húmilmente con Él, podrá hacer tres cosas: la primera, darle gracias porque le dió aquella noche quieta y lo libró de las fantasías y asechanzas del enemigo, y por todos los otros beneficios, como es de la creación, conservación, vocación, redención y llamamiento á su fe, y por las buenas inspiraciones que le ha dado, y por los males de que le ha librado, y por el tiempo que ha que lo sufre con tanta paciencia y misericordia, con todos los demás. Lo segundo, ofrézcale todo cuanto aquel día hiciere, y padeciere, y trabajare, y todos los pasos y ejercicios en que se ocupare. Y á sí mismo también se ofrezca con todas sus cosas, para que todo sirva á gloria suya, y de todo haga Él lo que fuere á su sancta voluntad como de cosa suya. Lo tercero, pídale gracia para que en aquel día no haga cosa que sea ofensa de su Majestad: y principalmente le pida favor para contra todos aquellos vicios á que se siente más inclinado, como es ira, ó vanagloria é inconsideración en hablar, ó otras cosas semejantes, y ármese con una fuerte determinación y circunspección para contra este linaje de vicios.

Á la noche antes que se acueste, éntre consigo en juicio y tómese cuenta de todo lo que aquel día hizo, ó dijo, ó pensó

contra la voluntad de Dios, y de las negligencias y tibiez que tuvo en las cosas de su servicio, y del olvido que tuvo dél. Y rezada con devoción la confesión general, pídale perdón de lo mal hecho y gracia para la enmienda dello.

Cuando se acostare en la cama, póngase en ella de la manera que estará en la sepultura, y considere un poco la figura que allí ha de tener su cuerpo, y rece sobre sí un responso ó un Pater noster y una Ave María como sobre un difuncto.

Todas las veces que despertare de noche, sea con un Gloria Patri ó con alguna otra cosa semejante, y todas los veces que el reloj diere la hora, diga: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Señor, á la hora de mi muerte acuérdate de mí. Y piense entonces cómo ya tiene una hora menos de vida y que poco á poco é hilo á hilo se acabará de destejer esta tela.

Cuando se asentare á la mesa ó se levantare della, acuérdese á ejemplo de Jesucristo de alzar su corazón á Dios, y piense cómo Él es el que le da de comer y el que crió todas las cosas para su servicio, y déle gracias por la comida que le da, y mire á cuántos falta lo que á él le sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzan con tanto trabajo y peligro.

Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima ligereza á la cruz: y mire allí á Cristo despedazado, y descoyuntado, y desfigurado, manando ríos de sangre de todo su cuerpo, y acordarse que la principal causa por que allí se puso, fué por destruir el pecado, y suplicarle con toda devoción no permita Él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable en sus ojos y que Él con tantos trabajos procuró destruir, y así diga: Señor, ¡que te pusieses tú ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitas, Señor, por esas sacratísimas llagas: no me desampares, mi Dios, pues que me vengo á ti: si no, muéstrame otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si tú me desamparas, ¿qué será de mí? ¿Adonde iré? ¿Quién me defenderá? Ayúdame, Señor Dios mío, y defiéndeme deste dragón, pues yo no puedo sin ti.

Y será muy bien á veces santiguarse, ó á lo menos hacer á mucha priesa la señal de la cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie.

Desta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona y de que más veces al día levante su corazón á Dios, y así el demonio que venía por lana, volverá trasquilado. Entre todos estos ejercicios es muy alabado el de las aspiraciones, que son unos amorosos deseos con que el ánima prevenida del Espíritu Sancto y herida del amor de Dios sospira y anhela con ardientes deseos por su amor y lo pide á la continua y con grande instancia. Y es de tan gran provecho este sancto cuidado y ejercicio, que si se hace muy á la continua, comiendo, bebiendo, andando y trabajando, muchas veces importa mas que los ejercicios de muy largas y prolijas oraciones. Este ejercicio más se continúa con deseos y gemidos interiores que con palabras: pero todavía ayudan algo las palabras, las cuales puede el hombre repetir muchas veces en esta manera, ó en otra manera semejante.

Oh buen Jesú, oh dulzura de mi corazón, oh vida de mi ánima, ¿cuándo te agradaré en todo y por todo? ¿Cuándo moriré perfectamente á mí y á todas las criaturas? ¿Cuando ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? Habe misericordia de mí, Señor, y ayúdame. Aquí estoy y dende aquí saludo todas tus rosadas llagas: escóndeme, Señor, entre ellas y lávame con ellas, porque perfectamente sea limpio y embriagado de tu amor. Oh Señor Dios mío, oh admirable principio mío, oh amable piélago de caridad, oh clarísima luz de mi entendimiento, oh hartura y descanso de mi voluntad, ¿cuándo te amaré ardentísimamente? Ea, Señor, ten por bien de traspasar mi ánima con la saeta de tu amor, ten por bien de juntarme contigo sin algún tercero y hacerme una cosa contigo. ¡Oh todo mi deseo! ¡Oh toda mi esperanza! ¡Oh todo mi refrigerio! ¡Oh si fuese mi ánima digna de ser abrasada de ti, para que así toda su tibieza fuese consumida con el fuego de tu amor! Oh ánima de mi ánima, oh vida de mi vida, á Ti todo deseo y á mí todo me ofrezco, todo á todo, uno á uno, único á único. ¡Oh si se cumpliesen en mí aquellas palabras tuyas que dijiste al Padre: Ruégote, Padre, que sean una misma cosa yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados y perfectos en uno! Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra deseo, ninguna otra pido, sino á Ti, porque Tú solo me bastas. Tú eres mi padre, y mi madre, y mi hermano, y mi tutor, y mi gobernador, y todo mi bien. Tú eres todo amable, todo deleitable y todo fiel. ¿Quién tan liberal como el que se dió á sí mismo? ¿Quién tan amoroso, que por tan

vil criatura á sí mismo se diese? ¿Quién tan humilde, que así inclinase y abajase su majestad? Oh Señor, que á nadie desprecias, de nadie tienes asco, á nadie de los que te buscan desechas, sino antes le previenes y despiertas y le sales al camino, porque tus deleites son estar con los hijos de los hombres. Oh, bendígante, Señor, los ángeles. ¿Qué hallaste en nosotros sino suciedad de pecados? ¿Para qué quieres estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? ¿No bastaba haber padescido por nosotros, y dejarnos los sacramentos y los ángeles en compañía, sino que con todo esto y con ser ingratos á tales beneficios, quieras todavía estar con nosotros, porque eres tan bueno que no te puedes negar? Hagamos pues, Señor ,un trueque, si te place. Tú ten cuidado de mí, y yo lo tendré de ti, y haz comigo así como Tú lo quieres y sabes que me conviene, porque tuyo quiero ser y no de otro. Dame, Señor, que ninguna otra cosa desee, sino á Ti, y que todo me ofrezca á Ti, sin que más me vuelva á tomar. Oh fuego que me enciendes, oh caridad que me inflamas, oh lumbre que me alumbras, oh descanso mío, oh refrigerio mío, oh esperanza mía, oh tesoro mío, oh vida mía, oh amor que siempre ardes y nunca mueres, ¿cuándo te amaré perfectamente? ¿Cuándo te abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? ¿Cuándo menospreciaré á mí y á todo el mundo por tu amor? ¿Cuándo mi ánima con toda su virtud y fuerzas se unirá contigo? ¿Cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de tu amor? Dulcísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado y adorado, ¿cuándo te amaré de tal manera que yo todo sea convertido en amor? Oh vida de mi ánima, que por darme vida padeciste muerte, y muriendo mataste la misma muerte, mátame, Señor, también á mí del todo, conviene saber, todas mis malas inclinaciones y propias voluntades y todo aquello que puede ser impedimento para que tú no vivas en mí. Y después que así me hobieres muerto, hazme vivir en Ti, conviene á saber, en amor y obra, guardando fielmente tus mandamientos y los de mis mayores, y siguiendo los instinctos y movimientos de tu Espíritu. Oh buen Jesú, dame, Señor, perfecto apartamiento y aborrecimiento de todo pecado, y perfecta conversión de mi corazón á Ti, para que en Ti solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mis cuidados, mi memoria y todas mis fuerzas. ¡Oh vida sin la cual muero, oh verdad sin la

cual yerro, oh camino sin el cual me pierdo, oh salud sin la cual no vivo, oh lumbre sin la cual ando en tinieblas! No me dejes, Señor, apartar de Ti, pues en Ti solo vivo, y sin Ti muero: en Ti me cobro, y fuera de Ti me pierdo: y en Ti soy lo que Tú eres, y fuera de Ti soy nada: que vives &c.

DEL APAREJO

para recebir dignamente el Sacramento de la Eucaristía, y cuánta gracia y fructo en él se recibe.

ENTRE todos los ejercicios que los hombres espirituales pueden tener, ninguno es tan excelente, ni tan divino, ni tan cierto y seguro para alcanzar el sumo bien y gozar de entrañable unión con Dios, como recebir á menudo el cuerpo del Señor con devoto corazón: por lo cual deseaba un hombre conocer de Dios quién, y cuándo, y con qué aparejo debía recebir á este misterio, y fuéle respondido por Dios desta manera: El que no posee con afición lo que es suyo, ni codicia lo que suyo no es, y á quien agradan todas las cosas que yo hago, este tal podrá recebir de mí la gracia deste sacramento. Ni es menester que espere quien estas condiciones tiene, á ser primero bañado con grande y sensible devoción: mas mire con diligencia cuán grande amor tiene á Dios, cuán perfecta voluntad, cuán entera intención de su gloria. Digo claramente que no mire lo que siente, sino lo que quiere y lo que pretende. Pues quien quiere llegarse seguramente, en todas las cosas ha de tener la conciencia limpia de pecados. Después ha de enderezar su afección y deseo á Dios totalmente, de tal manera que ninguna cosa de corazón desee ni procure sino á solo Dios y su gracia. Finalmente despedirá de sí todas aquellas cosas que á Dios desagradan, para cumplir en todo su sanctísima voluntad. Y de aquí podrá cada uno conocer cuán lejos ó cuán cerca está de Dios. Porque sentirá, si cerca está de Dios, crecer en sí amor y reverencia á tan admirable sacramento, y que en nada desfallece ni disminuye el temor filial por la mucha conversación. Pues cualquiera que estas cosas en sí siente, este tal cuantas veces se llega á la comunión, tanto es mejor. Ni permite Dios fácilmente que le sea quitada tanta gracia. Porque deleites son de Dios todopoderoso conversar con los hijos de los hombres. Pero aun cuando se siente perezoso, y frío, y sin deseo

ni devoción cerca deste dignísimo manjar, no por eso se ha de privar dél, con tanto solamente que no tenga la consciencia mancillada de pecado. Porque entonces tiene mayor necesidad deste fortísimo mantenimiento, en quien hallará abundantemente toda sanctidad y amor y todo aquello de que tiene necesidad, si con deseo y con afecto y corazón aplicado á solo Dios, se llegare á Él y le recibiere. Ni en cosa alguna se halla ni se recibe gracia tan copiosa como en este divinísimo Sacramento, donde todas las fuerzas y sentidos del alma derramados se recogen y juntan por la eficaz virtud de la presencia corporal de Nuestro Señor Jesucristo. Y especialmente los flacos y resbaladizos se afirman, y los destruídos se reducen á las cosas interiores, y desembarazados de los impedimentos de las cosas temporales son inflamados de deseos celestiales, y fortalecidos para las cosas divinas por el morador sanctísimo de su ánima, y finalmente su cuerpo es reparado y renovado por el sacratísimo cuerpo del Señor.

Allende desto por este sacramento nos trasformamos en Dios y nos juntamos con Él por perfectísima unión, tanto que todas sus cosas se hacen nuestras, y su cuerpo y corazón y el nuestro se hacen una cosa por gracia, y los sentidos y miembros, amor y voluntad y todas nuestras fuerzas tanto se enderezan y refieren á Él, que en el ánima y en el cuerpo lo sentimos.

Pues cuando quier que alguno se halla agravado de miserias y de pecados, conociendo su pobreza y poquedad, humildemente se llegue á este tesoro, en quien están todas las riquezas y prosperidades y deleites, y sentirá sin dubda que puede fácilmente hacerle rico y cumplir todas sus necesidades. Y llegándose á Él, piense dentro de sí y diga: Oh más que dulcísimo Señor Dios mío, veis aquí, tanta es la grandeza de mis maldades que yo no sé emendarlas ni satisfacer por ellas. Por lo cual deseo recebir tu muy amado Hijo que por mí ofreció perfecto sacrificio en la cruz, y ora ofrecértele por mis pecados, para que por mí Él satisfaga, sabiendo que ninguna cosa es de ti tan amada en los cielos y en la tierra, y que ninguno otro en ninguna manera puede por mí satisfacer ni cumplir. Deseo asimismo, oh Padre celestial, recebir el mesmo Hijo tuyo, para darte por Él las gracias y loores que debo por todos los dones y gracias y beneficios que de ti he recibido, los cuales de otra manera no puedo dignamente agradecer.

Allende desto, pensando consigo cuán inclinado es al mal y dificultoso al bien, diga: Oh Padre eterno, deseo recebir tu amado Hijo para sacrificarle por mí, para que pueda por Él vencer y sobrepujar todos mis enemigos, el demonio, la carne y el mundo. Quiero también, oh fidelísimo Padre, recebir tu único Hijo para que sus riquezas cumplan por mi pobreza, su infinita bondad destierre mi malicia, su incomprehensible divinidad restaure y perfeccione mi humana naturaleza, destruída por mí pecador. Finalmente deseo, dulcísimo Padre, recebir tu muy amado Hijo, para que por Él me asientes en ti y me retengas, como por mí permitiste que Él fuese enclavado en el árbol de la cruz, de la cual no quiso descendir hasta que cumplidamente me redimió y me reconcilió consigo. Por cuya caridad sin medida te ruego me quieras ayudar que así esté junto contigo tan constante y estable, que aunque viese que todo el mundo te faltaba ,yo no te desamparase. Y todas estas cosas, amantísimo Padre, deseo para todos aquéllos por quien especialmente soy obligado á rogar, antes por todos los hombres así vivos como defuntos. Después desto considere con diligente atención cuán grande es aquel Señor que quiere recebir, y cuán indigno es de recebirle, como quier que más merece ser tizón del infierno, que recebir dentro de su cuerpo al Señor de la majestad. Piense asimismo cómo la Virgen Santísima, dignísima madre de Dios, no habiendo cometido algún pecado se espantó cuando entendió de la embajada del ángel que había de concebir al Hijo de Dios, y cómo Sant Juan, mensajero del Señor, tembló cuando fué mandado tocar con sus manos y lavar con las aguas del Jordán la sacratísima carne del Salvador Pues ¡cuánto más nosotros miserables y perdidos pecadores habemos de recebir al mesmo Señor de la majestad con temor y temblor y toda la reverencia posible! Pues quien codicia y procura librarse de todos sus vicios y defectos, y enriquecerse de toda gracia y virtudes, y volver á su principio, de tal manera ordene su vida que sea digno de recebir á menudo el excelentísimo sacramento del cuerpo y sangre del Señor, por el cual se juntará al gloriosísimo Dios tan enteramente como una gota de agua echada en una cuba de vino: tanto, que todas las criaturas juntas no podrán hallar distinción ni hendedura entre su ánima y Dios. Y si no siente dentro de sí tal unión, no tenga deso mucho cuidado, mas dé firme crédito á las palabras del Se-

ñor, que dice: Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí está y yo estoy en él. Y cuanto menos siente á Dios y más animosamente le cree, su fe es más virtuosa, y recibirá de Dios mayor galardón, con tanto que haga lo que en sí es. Mas ¡ay, que á los más de los hombres falta esta fuerte y constante fe! Pero dirá alguno: ¿Por qué razón esperaré yo ó creeré grandes cosas de mí, viéndome tan vicioso y culpado de tantos pecados y tan resbaladizo á pecar como yo me experimento? Para esto considere cada uno en sí mismo dos cosas, las cuales también tuvo verdaderamente nuestro Señor Jesucristo, conviene saber, fuerzas superiores del alma y fuerzas inferiores de la sensualidad y naturaleza humana. Las fuerzas superiores del ánima de nuestro Redemptor siempre conservaban, poseían y gozaban la eterna bienaventuranza: las inferiores en ese mismo tiempo perseveraban en grandes aflicciones y grande lucha con las penas, ni una cosa destas se impidía por la otra en la obra que le convenía. Pues así ciertamente conviene que sea en nosotros, conviene saber, que nuestras fuerzas superiores sean levantadas á Dios y juntas con Dios, y todas las afliciones y fatigas queden en el cuerpo y en los sentidos inferiores. Quiero decir que el espíritu fuerte y poderosamente se levante y camine libre y presto para Dios. Porque ninguna participación tienen las cosas que convienen al espíritu y las que son propias de la carne: ca los sentidos y fuerzas inferiores pertenecen á las pasiones del cuerpo, como son hambre, sed, frío, angustia, temblor, solicitud, y otras cosas, unas deleitables, otras enojosas. Y ciertamente cuanto la lucha fuere más terrible, tanto la victoria será más victoriosa. Y cuanto el combate de los vicios es más fuerte, mas todavía se vence, tanto la virtud que resiste es mayor y más agradable á los ojos de Dios. Pues si queremos recebir dignamente el excelentísimo cuerpo del Señor, consideremos si nuestras fuerzas superiores están enderezadas á Dios, quiero decir, si nuestra voluntad á Él quiere, ó si otras cosas amamos y buscamos en Él, y cuánta fidelidad le guardamos, y con cuánta firmeza nos determinamos á servirle. La cual mediremos no por lo que sentimos, sino por el propósito & intención del corazón. Porque quien esto tiene como debe, nunca recibe el sacramento del cuerpo del Señor, que no gane alguna grande merced, y cuantas veces á Él se allega, tantas mayores gracias alcanza. Y aun podría este tal llegarse una

vez con tanta devoción y deseo y con tan firme intención, que si entonces estaba igual de la primera orden de los ángeles, fuese por Dios mejorado á la segunda orden, y aun á la octava y nona de los serafines. De donde digo que habiendo dos sanctos hombres igualmente perfectos en toda su vida, de los cuales el uno recibiese más frecuentemente que el otro el cuerpo y sangre del Señor dignamente, por eso solo resplandecería éste más que el otro como clarísimo sol, y se juntaría con Dios con más familiar privanza. Pero es de saber que estos gloriosos fructos del excelentísimo cuerpo del Señor consisten y se gozan, no solamente por la corporal comunión, mas juntamente por la espiritual del corazón sediento, atento y devoto deste dulcísimo sacramento. Asimesmo puede alguno recebirle espiritualmente donde quiera que esté, sano ó enfermo, mil veces y más cada día, con tanta fe y amor que él se enriquezca de la gracia divina como otro que á menudo le recibiese sacramentalmente. Pero aunque así sea, le debe recebir sacramentalmente, así cuando la Iglesia lo tiene mandado y estatuído como otras muchas veces, según su devoción. Y si por ventura no siente tal ardor de deseo, á lo menos con todas sus fuerzas se apareje, y disponga, y concierte su vida como si cada día le hubiese de recebir. Y desta manera en el siglo presente poseerá verdadera sanctidad y en el venidero alcanzará vida eterna: porque seguir agora á Dios y imitarle es sanctidad, alcanzarle perfectamente es bienaventuranza.

Fué impreso
á gloria y alabanza de Dios nuestro Redemptor
y de la gloriosa Virgen María
el presente Tratado de Meditación
fecho por el muy Reverendo Padre F. Luis de Granada
con el Espejo de la Vida humana
en la imperial ciudad de Toledo,
en casa de Juan Ferrer, á once días de Julio.
Año M. D. L. vj.

RECOPILACIÓN BREVE

DEL

LIBRO DE LA ORACIÓN

Y MEDITACIÓN

DE FRAY LUIS DE GRANADA

HECHA POR EL MISMO AUTOR

Añadióse aquí otra breve recopilación del Vita Christi, que se contiene en el Memorial de la vida cristiana, recopilada por el mismo Padre. Item una breve Instrucción y Regla de bien vivir para los que comienzan á servir á nuestro Señor, mayormente en las religiones, compuesta por el mismo Autor.



EN SALAMANCA
EN CASA DE DOMINGO DE PORTONARIIS
Impresor de su Católica Majestad
1574
Con privilegio

DON Filipe por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, Conde de Flandes y de Tirol, &c. Por cuanto por parte de vos Fray Luis de Granada, de la orden de los Predicadores, nos fué hecha relación diciendo que vos habíades compuesto un libro intitulado de Recopilación breve del Libro por vos hecho de la Oración y Meditación, el cual es muy útil y provechoso á la república cristiana, y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para le poder hacer imprimir y vender, ó como la nuestra merced fuese: lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática por nos agora nuevamente fecha dispone fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, y nos tovímoslo por bien, por la cual vos damos licencia y facultad para que por esta vez podáis hacer imprimir el dicho libro que de suso se hace mención, sin caer ni incurrir en pena alguna: y mandamos que después de impreso no se pueda vender ni venda sin que primero se traiga al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fué visto, que van rubricadas todas las hojas y firmado al fin dél de Juan Fernández de Herrera, nuestro escribano de Cámara, de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él y se le dé licencia para lo poder vender, con que se tase ante todas cosas en el nuestro Consejo el precio á que se hubiere de vender cada volumen, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la Premática y leyes de nuestros Reinos, y más de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dado en Madrid á tres días del mes de Mayo de 1574 años.—D. Episcopus Segobiensis.—El Licenciado Pedro Gasco.—El Licenciado Contreras.—El Licenciado Rodrigo Vázquez Arce.—El Doctor Francisco de Avedillo.—El Doctor Luis de Molina.—El Doctor Aguilera.

Yo Juan Fernández de Herrera, escribano de Cámara de su Majestad, la fice escribir por su mandado, con acuerdo de los de su Consejo.

POR orden y comisión de los Señores del Consejo Real de su Majestad he visto y examinado la Recopilación breve que el Padre Fray Luis de Granada, de la Orden de los Predicadores, hizo del Libro que él mesmo compuso de la Oración y Meditación. Paréceme que demás de ser toda católica, enseña por estilo piadoso y provechoso cómo el espíritu cristiano se levante á devoción y amor de Dios. Por esto se debe dar licencia, para que todos le puedan gozar &c. En Madrid, Abril diez y nueve, de mil y quinientos y setenta y cuatro años.—El Doctor Heredia.

AL LECTOR

La causa que me movió, cristiano lector, á hacer esta breve Recopilación de nuestro Libro de la Oración y Meditación fué que algunas personas virtuosas y celosas de la salud de las ánimas han sumado aquel libro é impreso y publicado en particulares tratados lo que sumaron. Á lo cual se movieron, parte por proveer á los pobres de la doctrina de aquel libro, los cuales no siempre tienen caudal para comprarlo, teniendo mucha parte en los ejercicios dél, y parte también porque los que lo tienen, podían, en pocas palabras resumida la sustancia y doctrina de todo el libro, socorrer á la flaqueza de la memoria, que no puede todas veces con grande carga. No me pareció mal este religioso intento, si no me descontentara algún tanto el estilo y modo con que esto se hizo. Porque leyendo yo algunos capítulos destas sumas (aunque la doctrina era sana y buena) el estilo me desagradó en algunas partes. Porque hallé algunas cláusulas cojas, otras algo desatadas, otras imperfectas y con demasiada brevedad. Y el estilo otrosí era desigual, á veces elegante, á veces rudo, como ropa remendada de diversos pedazos, como es necesario que sea cuando la obra es de diversos autores, por tener cada uno su propio estilo y modo de hablar. Por lo cual me pareció cosa conveniente, ya que el dicho libro andaba recopilado por otros autores, que el mismo autor hiciese esta diligencia, porque toda la escriptura fuese de un estilo y de un color, y la brevedad no fuese tanta que escuresciese la doctrina, por no ser las cosas explicadas con tantas palabras cuantas bastasen para la perfecta inteligencia dellas. Lo cual suele acontecer á los que todo su intento ponen en sola la brevedad. Mas antes de entrar en la recapitulación del libro, me pareció poner al principio una breve introducción, en la cual se apuntan algunas cosas que sirven para las personas que se quieren dar á este sancto ejercicio de la oración y á toda virtud.

A LA MUY EXCELENTE SENORA

DUQUESA DE ALBA

ANTIGUOS ejemplos tenemos, muy excelente Señora, no sólo en los profanos autores, pero también en la sagrada Escriptura, que animan á los pobres y que poco podemos, á ofrecer á Dios y á los grandes señores, no tanto lo que á ellos y á su grandeza se debe, cuanto lo que se puede ofrecer, según la poca posibilidad del que da, principalmente si lleva sencillez y pureza de corazón. Porque la fin, si el que da, da todo lo que puede, parece que no está á más obligado. Yo hallé este tesoro que presento á vuestra excelencia, habiéndoseme ofrescido camino á Lisboa, en casa de su autor, que es el Reverendo Padre Fray Luis de Granada, y me dijo que había hecho esta Recopilación en gracia de los pobres que no alcanzan á comprar las obras enteras del autor. Preguntéle si lo quería dedicar á alguna persona: respondió que por ser cosa tan poca no se atrevería á buscar sombra de nadie para su amparo, y mucho menos el de vuestra excelencia, por no ser el servicio digno de tanto favor. Yo le supliqué me la diese, porque á mí me estaría bien imprimirla debajo de la mejor protección y sombra que nuestro siglo tiene, y donde será mejor empleada. Así suplico á vuestra excelencia reciba este pequeño servicio con aquel ánimo que yo debo y siempre mostré, que no creo es pequeño, para servicio de esa muy insigne casa, siguiendo en todo las pisadas de mis antecesores, que no menos servidores de vuestra excelencia fueron, que mucho lo han sido.

Muy excelente Señora.

Besa sus muy excelentes manos = *Domingo de Portonariis.*

SÍGUESE

UNA BREVE INTRODUCCIÓN

PARA LAS PERSONAS QUE SE QUIERAN DAR Á LA ORACIÓN Y Á TODO EJERCICIO DE VIRTUD.

Así como todas las artes humanas tienen sus primeros principios y elementos (que son como un a, b, c) de donde comienzan, así también los tiene el camino de Dios (que es arte de las artes y fin de toda nuestra vida) y éstos será bien señalar aquí brevemente, para los que de nuevo quieren entrar en él. Y porque los comienzos de las cosas han de ser de lo más fácil, de aquí será razón que comencemos, apuntando algunos ejercicios espirituales que con ser muy fáciles de cumplir, son como una leche y nutrimiento desta vida espiritual: porque así como el pece se conserva en el agua, así la vida espiritual con ejercicios espirituales.

Entre éstos el primero sea que así como el hombre se determinare de servir á Dios y dejar al mundo, haga luego una confesión general de todas las culpas de la vida pasada. Para lo cual debe tomar algunos días antes, en los cuales discurriendo por todas las edades de la vida pasada y por todos los mandamientos de la ley divina, examine con dolor y amargura de su corazón todo lo que ha dicho, hecho ó pensado contra Dios, contra su prójimo y contra sí mismo, para confesarlo enteramente á su proprio confesor, aprovechándose en esto de la pluma para poder mejor ayudar á la flaqueza de la memoria. Y aquí debe enseñar el buen maestro á su discípulo la manera de confesarse y examinarse y aparejarse para la confesión, así para esta general como para las otras ordinarias, que más á menudo se han de hacer. Porque no es de todos, ni saberse conocer, ni tampoco saberse confesar fructuosamente, si no son avisados y enseñados en esta parte.

Lo segundo, debe de mirar con cuánta reverencia y con qué devoción se ha de aparejar un día ó dos antes para la sagrada

comunión, y con cuánto temor y temblor se ha de allegar á ella, y con cuanta devoción se ha de recoger después della, para abrazar el Señor que rescibió, y derribarse á sus pies, y darle gracias por tal hospedería, tal visitación y tal beneficio. Y asimismo mire cuán recogido y quieto ha de estar aquel día y el día precedente, y en qué género de liciones, meditaciones y oraciones se ha de ocupar para mejor aparejarse á este misterio y aprovecharse dél.

Lo tercero, mire atentamente de la manera que se ha de haber en todos los lugares y tiempos y en todas las otras obras exteriores, con cuánta templanza y honestidad ha de tomar refección en la mesa, con cuánta devoción y acatamiento ha de estar en la misa (y doquiera que estuviere el Sanctísimo Sacramento) con cuánta atención y devoción ha de asistir á los oficios divinos, aparejándose primeramente con oración y recogimiento de corazón para ellos, y peleando en ellos contra todas las importunas imaginaciones del enemigo, que más allí que en otra parte nos combaten. Mire también cuán compuesto ha de ser en sus movimientos, cuán mesurado en sus ojos, cuán considerado en sus palabras, cuán templado en sus risas, cuán humilde para con los mayores, cuán benigno para con los menores, cuán cortés á sus iguales, cuán humano para con los pobres, cuán piadoso para con los enfermos, y cómo no ha de ser precipitado ni inconsiderado en sus cosas.

Trabaje también cuanto le fuere posible por andar siempre en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos como juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con aquel mismo tiento y religión que las haría si realmente le tuviese delante. Y así mismo trabaje por andar siempre encerrado y escondido dentro de su corazón, procurando en todo lugar y tiempo y en todo género de negocios hurtar el corazón y levantarlo á Dios con alguna breve oración, tomando motivo para esto de todas cuantas cosas hobiere y viere, como hacen las abejas, que de todas las flores sacan algo para hacer su miel.

Y particularmente es muy loable consejo que á imitación del apóstol San Bartolomé muchas veces entre día y noche hincado de rodillas, ó en pie, ó como pudiere, haga oración á Dios, y juntas las manos ofrezca á sí mismo con todos sus deseos á Él, pidiéndole su amor y gracia, aunque esto no sea más que por un

Credo ó dos, porque de esta devoción muchas veces se sigue más provecho de lo que nadie puede pensar. Esto sirve para que en el altar de nuestro corazón siempre haya fuego, procurando atizarlo con todas estas consideraciones y palabras devotas, que son como nutrimento de la devoción y amor de Dios. Y cuando alguna vez el pensamiento se le derramare, debe recogerlo y reducirlo á lo interior, no con pena ni desasosiego (como algunos hacen) sino amorosa y devotamente: porque con el fuego del divino amor se deshacen y consumen todas estas negligencias, como dicen los Sanctos. Y podrá entonces, vuelto á sí mismo, reprehenderse mansamente, diciendo: ¿Dónde me fuí, oh buen Jesús, porque me aparté de ti? ¿Dónde te has ido volando, ánima mía? ¿Qué traes de allá sino derramamiento y tibieza? ¿No sabes que el Señor está con los que están consigo, y se aparta de los que se apartan de su corazón?

Y aunque en todo tiempo debe el hombre traer consigo este cuidado cuanto le sea posible, pero señaladamente á la mañana en despertando trabaje por cerrar la puerta á todo género de pensamientos terrenos, y ocupar la posada con la memoria de nuestro Señor, ofreciéndole luego las primicias del día. Y podrá en este tiempo hacer estas tres cosas: la primera, darle gracias porque le dió aquella noche quieta y le libró de las asechanzas del enemigo, y por todos los otros beneficios, como es de la creación, conservación, vocación, redempción, &c. Lo segundo, ofrézcale todo cuanto aquel día hiciere, y padesciere, y trabajare, y todos los pasos y ejercicios en que se ocupare: y á sí mismo también se ofrezca con todas sus cosas, para que todo sea á gloria suya, y de todo haga Él lo que fuere su sancta voluntad, como de cosa suya.

Lo tercero, pídale gracia para que en aquel día no haga cosa que sea ofensa de su Majestad: y principalmente le pida favor para contra todos aquellos vicios de que se siente más acosado: y ármese con una fuerte determinación y circunspección contra ellos, y con esto diga la oración del Paternoster y Ave María despacio y devotamente.

Á la noche, antes que se acueste, entre consigo en juicio, y tómese cuenta de todo lo que aquel día hizo, ó dijo, ó pensó contra la ley de Dios, y de las negligencias y tibieza que tuvo en su servicio, y del olvido dél. Y dicha con devoción la Con-

fesión general, con un Paternoster y Ave María, pida perdón de lo mal hecho y gracia para emienda dello, proponiendo de lo confesar á su tiempo. Cuando se acostare, póngase en la cama de la manera que estará en la sepultura, y considere un poco la figura que allí ha de tener su cuerpo, y rece sobre sí un responso, ó un Paternoster y un Ave María, como sobre un defuncto.

Todas las veces que despertare de noche, sea con un Gloria Patri ó con otra cosa semejante: y todas las veces que el reloj diere la hora, diga: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Señor, á la hora de mi muerte acuérdate de mí. Y piense entonces cómo ya tiene una hora menos de vida, y que poco á poco se acabará de andar esta jornada.

Cuando se asentare á la mesa, piense cómo Dios es el que le da de comer y el que crió todas las cosas para su servicio, y déle gracias por la comida que le da, y mire á cuántos falta lo que á él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzan con tanto trabajo, comprando á veces con peligro de la vida lo que sirve para sustentar la misma vida. Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima ligereza á la Cruz, y mirar allí á Cristo despedazado, y descoyuntado, y desfigurado, manando ríos de sangre, y acordarse que la principal causa por que allí se puso fué por destruir el pecado: y suplicarle ha con toda devoción no permita Él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable y que Él con tantos trabajos procuró destruir, y así dirá de todo corazón: Señor, ¡ que os pusiésedes Vos ahí porque yo no pecase, y que no baste esto para apartarme de pecar! No lo permitáis, Señor, por esas sacratísimas llagas: no me desamparéis, mi Dios, pues me vengo á Vos: si no, mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si Vos me desamparáis, ¿qué seré de mí? ¿Adónde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, Señor Dios mío, y defendedme deste dragón, pues yo no puedo sin Vos.

Y será muy bien á veces hacer á mucha priesa la señal de la cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie. Desta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona y de que más veces al día levante su corazón á Dios, y así el demonio, que (como dicen) venía por lana, volverá tresquilado. Ésta es, cristiano lector, la leche de los que comienzan. Oye agora en el siguiente capítulo lo que pertenece á los más aprovechados.

DE CINCO COSAS QUE DEBE HACER
EL QUE DESEA APROVECHAR MUCHO EN POCO TIEMPO.

El que quiere en poco tiempo aprovechar mucho, mediante la gracia de nuestro Señor, ha de procurar de hacerse un espiritual holocausto para gloria del mismo Señor. Holocausto era un linaje de sacrificio, donde no parte del animal, sino todo él entero, sin faltar cosa alguna, ardía en el altar. Lo cual es figura de aquéllos que de todo en todo se ofrecen y sacrifican á Dios, sin reservar nada para sí. Pues para esto ha de ser solícito primeramente en la aspereza y mal tratamiento de su carne, en la vileza, aspereza y templanza del comer y beber, en el vestir, en la cama y en todas las cosas que usare: en estar de rodillas, ó en pie, ó en cruz, ó prostrado en la oración, en tomar disciplinas, en traer cilicios, en ayunos, y sobre todo, en las vigilias sanctas en oración. Y en todo se ha de mirar que se aflija la carne, y no se mate el espíritu ni se haga daño á la salud corporal. Y por esto ha de ser con consejo del maestro espiritual, si lo tiene, y si no lo tiene, de otra persona muy espiritual y muy penitente y ejemplar. Y porque muy pocos sienten la perfección si no como ellos la obran, si aun esto no hubiere, ayúdese de su buena discreción, fundada en nuestro Señor y no en el saber de la carne, que el regalo finge ser discreción. Y vaya experimentando las cosas, porque la experiencia con la oración y pura intención le irá dando aviso de lo que debe hacer.

Lo segundo y más principal, conviene que sea solícito en la mortificación interior de sí mismo y de sus apetitos y sensuales inclinaciones, y en la negación de su propria voluntad por cumplir la divina y la de sus mayores, á quien debe obediencia, y en el ejercicio de las virtudes interiores y exteriores, cuando le fuere necesario, ó la caridad del prójimo ó de sí mismo le obligare, aunque sea sin obligación de precepto.

Lo tercero, ha de ser solícito en la perseverancia de la oración, por ser cosa muy ardua la mortificación de nuestra carne, y mucho más la mortificación interior y negamiento de nosotros mismos y el ejercicio de las virtudes, si no mediante la gracia de nuestro Señor. Al cual es fácil obrar en nosotros lo que es sobre toda naturaleza. Lo cual él hará, si instantemente lo pedi-

mos. Y pues somos pobres y no tenemos fuerzas para trabajar, si queremos ser ricos de dones celestiales, necesario nos es mendigar á las puertas de quien nunca cesará de nos dar, si nosotros no cesáremos de le pedir. Y por esto el que quiere enriquecerse destos dones, y sobre todo poseer á Dios por gracia especial, debe tener sus tiempos diputados para la oración, y á veces alargarlos, y andar siempre en la presencia del Señor, como ya dijimos. Estas tres cosas son las que principalmente debe procurar el siervo de Dios, si quiere ser verdadero holocausto suyo. Porque guardadas estas tres cosas, queda todo el hombre reformado con sus partes principales, que son, espíritu, ánima y carne. Porque con los ayunos y asperezas corporales se sanctifica la carne, con la mortificación y negación de todos nuestros apetitos se purifica el ánima, y con la oración y contemplación se perficiona el espíritu, el cual allegándose á Dios, se hace una cosa con él, en lo que está su última perfección.

Mas aquí es de notar que para la perfección deste holocausto aun faltan dos cosas: porque en el cuerpo hay sentidos, y en el ánima imaginación de diversos pensamientos: por donde á estas tres cosas debemos añadir otras dos, que son la guarda de los sentidos (conviene á saber, de los ojos, y de los oídos, y mucho más de la lengua, que es la llave de todo) y la guarda de la imaginación, para que no ande cerrera y libre discurriendo por do quisiere, sino que esté siempre atada á sanctas consideraciones y pensamientos. Porque (como dice San Bernardo) no basta al varón devoto que tenga enfrenados sus afectos y deseos, si no tiene también enfrenada su imaginación y recogidos sus pensamientos. Pues con estas cinco cosas se acaba este perfecto holocausto con que el hombre se consagra y ofrece todo á Dios: con lo cual tiene título para pedir á Dios que sea todo suyo, pues él por esta vía se dispone para ser todo de Dios, reformando todas las fuerzas de su ánima, despidiendo todas las cosas de sí, para poseer á solo Dios. Porque desta manera, despojándose el hombre de sí, esto es, del hombre viejo, se hace hábil para abrazar á Cristo por nos en la cruz desnudo y hacerse participante del resplandor de su gracia. Por donde cuanto más puro, más vacío y más desnudo estuviere nuestro corazón del amor desordenado de todas las cosas del mundo y de sí mismo, tanto más hábil está para ser vestido de Dios y transformado en él por

la participación de su espíritu. El ejemplo desto vemos cada día en el eclipse de la luna: porque cuando la tierra se atraviesa entre ella y el sol, queda escura, y fea, y triste: mas cuando está libre deste impedimento y de lleno en lleno se contrapone á él, entonces está ella toda llena de claridad, hermosura y de la virtud que participa dél. Pues desta manera el ánima que despedidas de sí todas las aficiones desordenadas de la tierra, tiene los ojos fijos en aquel resplandeciente Sol de justicia, toda se viste dél, recibiendo de lleno en lleno las influencias de su gracia y los resplandores de su luz y de sus dones, los cuales sobrepujan todo sentido. Mas la que pone entre sí y Dios la tierra, y en ella tiene puesta toda su afición, por el mismo caso pone impedimento á esta visitación y participación de Dios, y queda escura, triste y fea, como cosa que está privada de la fuente de todos los bienes.

Y para reducir todas estas cosas á alguna orden, has de tener muy entendido que tal quedó por el pecado el corazón del hombre para las cosas de su salvación, como la tierra para fructificar. Vemos, pues, que la tierra para esto tiene necesidad de dos cosas, conviene saber, de agua del cielo y de trabajo y labor del hombre, porque sin estas dos cosas la tierra, que de suyo es estéril, no dará fructo. Pues si la tierra de nuestro corazón ha de llevar fructo de vida eterna, ha de ser con trabajo y sudor de nuestro rostro, y también con agua y roscío del cielo. Para lo primero sirve el castigo de la carne, la guarda de los sentidos, la mortificación de nuestros apetitos y el recogimiento de nuestra imaginación (que es como una labor espiritual) mas para lo segundo sirven los sacramentos y la oración: porque los sacramentos tienen virtud para dar esta agua del cielo, que es la gracia del Espíritu Sancto, y la oración tiene por oficio pedirla, y así le corresponde por premio alcanzarla. Y desta manera, entreviniendo la gracia de Dios y el trabajo del hombre, da fructo de bendición esta tierra de maldición: puesto caso que también este nuestro trabajo no carece de gracia, pues todo lo bueno es de Dios. Por do paresce que la vida del verdadero y perfecto cristiano (si alguno la quisiere abreviar) es continuamente orar y trabajar, y por consiguiente, que dos pies son muy necesarios para este camino, uno de trabajo y otro de oración, confiando el hombre en Dios y trabajando constantemente por su amor, de tal ma-

nera, que ni por la demasiada confianza en Dios se eche á dormir (como hacen los perdidos) ni por la demasiada confianza en sus trabajos menosprecie el socorro de la divina gracia (como hicieron los pelagianos) sino (como suelen decir) con el mazo dando y á Dios llamando.

Por aquí podrá cada cual entender que no es otra cosa la vida del perfecto cristiano sino una perpetua cruz y una perpetua oración. Y cuando digo cruz, entiéndola universalmente de todo el hombre y de todas las partes dél, pues todas quedaron por el pecado lisiadas y todas tienen necesidad de reformación. De manera que es necesario una cruz para la carne, y otra para los ojos, otra para los oídos, otra para la lengua, otra para nuestros apetitos y otra para los pensamientos de la imaginación. Todas estas cruces son menester, y ésta es la muerte que ha de abrazar y elegir nuestra ánima, para que muerta á la vida del primer Adán, viva la vida del segundo. Sin esta cruz poco valen todas nuestras oraciones. De manera que ni aprovechará el trabajo sin oración, porque no será durable, ni la oración sin trabajo, porque no será fructuosa. Con estas dos virtudes seremos templo vivo de Dios, el cual tenía dos lugares, uno para los sacrificios y otro para ofrescer encienso: por el primero entendemos la mortificación de las pasiones, y por el otro el ejercicio de la oración, figurada por el encienso. Mas porque en este sumario presente se trata principalmente de la oración mental (para la cual dispone y ayuda grandemente la oración vocal, que es más fácil á todo género de personas) por esto me paresció poner al principio deste tratado algunas devotas oraciones vocales, con las cuales los deseosos de aprovechar se dispongan y aparejen para el ejercicio de la oración mental, de que aquí principalmente se tracta.

ORACIÓN

para pedir al Señor perdón de los pecados.

OH Padre todopoderoso, todo piadoso y misericordioso, yo miserable pecador con cuanta humildad puedo, y con entera confianza de vuestra infinita bondad y misericordia, derribado ante vuestros pies confieso húmilmente mis grandes culpas, con las cuales hasta agora ofendí á Vos, mi benignísimo

Padre. Confieso también mi grande desagradecimiento á vuestros infinitos beneficios, que es á tanto amor y benignidad como co migo usastes, esperándome tanto tiempo á penitencia y no echándome en los infiernos, donde merescía estar por mi malicia, sino antes muchas veces provocándome y convidándome con vuestra gracia. ¡Oh, cuántas veces, Señor mío, llamastes á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocastes con beneficios! ¡Cuántas me halagastes con regalos! ¡Cuántas me apretastes con azotes! Pero con todo esto os despedí de mí y os volví las espaldas, sufriéndome Vos todavía con inefable paciencia. ¡Oh, cuán justamente me pudiérades haber echado en el abismo de los infiernos, y por vuestra sola clemencia detuvistes el ímpetu de la ira que yo tenía merecida! Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor cuando tales cosas considero. Verdaderamente ni el mismo infierno tiene tantos tormentos cuantos merece la culpa de mis pecados. Indigno soy de llamarme vuestra criatura, y de que la tierra me sustente y dé fructos con que viva. Maravilla es cómo no han tomado de mí venganza todas las criaturas y todos los elementos por las injurias y desacatos que cometí contra Vos con mis continuas maldades. Pero ya, Padre misericordioso, habed misericordia de mí, y volved á mí desconsolado y miserable pecador los ojos de vuestra divina clemencia. Abridme las entrañas de vuestra piedad, y recibidme graciosamente en ellas. Perdonadme porque tanto dilaté convertirme á Vos. Descubridme ese benignísimo pecho de padre, y dadme el mantenimiento y sustentación que soléis dar á vuestros hijos. Suplícoos, Señor, obréis agora en mí aquello para que tanto tiempo me esperastes. ¡Miserable de mí, que desemparé un Padre tan benigno y piadoso, que nunca comigo mostró sino amor, sino beneficios, sino gracia y fidelidad! ¿Porqué, Señor, os negué el corazón en que habíades acordado fundar vuestro templo y morada, y le ensucié con mucha basura, y le hice vaso de maldad y de corrupción? Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene: mas con todo esto confío en vuestra bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de vuestras misericordias. Oh Padre amantísimo, si Vos queréis, sin dubda podéis alimpiarme. Sanadme, Señor, y seré sano, pues claramen-

te confieso que pequé contra Vos. Acordaos de la palabra de tanta consolación que pronunciastes por uno de vuestros profetas: Tú fornicaste con muchos enamorados, pero vuélvete á mí, que yo te recebiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, de todo corazón me vuelvo á Vos, como si á mí solo hobiérades llamado y á mí solo convidado con voz tan amorosa. Porque yo soy aquella sucia y desleal ánima, aquel hijo pródigo y desperdiciado que desdichadamente me enajené de Vos, Padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden, y como oveja modorra me perdí de vuestro rebaño, perdiendo y destruyendo tan largas mercedes como Vos me habíades concedido. Dejéos, fuente de aguas vivas, y cavé para mi beber pozos salobres de amargas consolaciones, que súbitamente se agotan: pues es cierto que todos los temporales y carnales deleites más presto que humo desaparecen. Dejéos, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéos, sumo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos me perdí. Porque desnudo, pobre, miserable y sucio soy hecho, y en el estiércol de mis vicios me podrí. Mas agora, Padre mío, suplícoos queráis olvidaros de la afrenta y deservicios que os hice, no por la penitencia que yo tengo hecha, sino por la que por ellos hizo vuestro unigénito Hijo.

Y Vos, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío Jesucristo, tened misericordia de mí. En vuestra divina clemencia, y en vuestra benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recebistes, descargo todas mis maldades, todo mi desagradescimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males que cometí. Y ruégoos, Dios mío, que todos los queráis deshacer con vuestra preciosa sangre, de tal manera que ninguna memoria quede dellos. Oh amable Jesú, único remedio mío, veisme aquí vengo á Vos con toda afición y deseo de os amar y de huir todo aquello que me pueda apartar de vuestro amor. Vos sois toda mi esperanza y toda mi consolación y mi amparo. Cuanto me turban y enflaquecen mis pecados, tanto me alegra y esfuerza vuestra bondad y los merecimientos de vuestra pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por vuestra muerte cruel fué deshecho: todo cuanto á mí

falta, sobra al valor de vuestra sacratísima pasión. Y dado que mis pecados sean grandes é innumerables, pero muy pequeños y pocos son comparados con vuestra infinita misericordia. Por lo cual confío de vuestra bondad que no dejaréis perecer á quien criastes á vuestra imagen y semejanza, y por quien os hecistes consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de Vos condenado, pues con tanto trabajo y por tan caro precio me redemistes. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

Á Dios y á todos los sanctos para pedir todo lo que es necesario así para nos como para nuestros prójimos.

PADRE benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, habed misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo os ofrezco la vida, la pasión y la muerte de vuestro unigénito Hijo. Ofrézcoos cuanto en este mundo hizo y padesció por nuestra causa. Ofrézcoos los merecimientos de su dulcísima Madre y de todos los sanctos, para que por todos ellos me perdonéis y hayáis misericordia de mí. Á Vos sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso Jesú, Redemptor y Señor mío, habed misericordia de mí. Gracias os doy por la infinita muchedumbre de vuestras misericordias. Gracias os doy por las mercedes sin cuento que á mí indigno habéis hecho y cada día hacéis. Gracias os doy por vuestra sacratísima encarnación, por vuestra perfectísima conversación, por vuestro limpísimo nacimiento, por vuestra crudelísima pasión, por el derramamiento de vuestra bendita sangre y por vuestra tan afrentosa muerte. Ruégoos, piadoso Señor, me queráis hacer particionero de todos vuestros merecimientos, para que encorporado en Vos y hecho una cosa con Vos por amor é imitación de vuestra vida sanctísima, merezca yo gozar de Vos como el sarmiento de la vid, pues Vos sois verdadera vid y vida de todos vuestros fieles. Á Vos sea loor é imperio en los siglos de los siglos. Amén.

Espíritu Sancto consolador, ayudadme, Señor. Á Vos encomiendo mi ánima, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En vuestras

manos dejo el proceso y fin de mi vida. Dadme que acabe yo en vuestro servicio, haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta deste cuerpo mortal. Yo ciego y enfermo mientras en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, fácilmente soy engañado. Por esto me entrego á Vos y me pongo debajo de vuestro amparo. Defended, Señor, á este pobre siervo vuestro de todos los males. Enseñad y alumbrad mi entendimiento, gobernad mi ánima, regid mi cuerpo, fortaleced mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi consciencia. Dadme cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dadme que con suavidad os ame, que mis entrañas se aficionen á Vos, y que en todo lugar y tiempo cumpla yo vuestra sancta voluntad. Á Vos sea bendición y hacimiento de gracias en los siglos de los siglos. Amén.

Adoro, reverencio, glorifico á Vos, Sancta Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Sancto. Ante vuestra divina majestad del todo me derribo, y á vuestra sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, apartad de mí y de todos los fieles todo lo que os desagrada, y concedednos todo aquello que contenta á vuestros beatísimos ojos, y haced que seamos tales cuales queréis que seamos. Encomiéndoos toda esta nuestra compañía, todas las cosas deste lugar, todos sus negocios espirituales y temporales. Encomiéndoos á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y á todos aquéllos por quien debo rogaros, y á todos los que pidieron ó piden mis oraciones. Encomiéndoos á toda vuestra Iglesia: haced que todos, Señor, os sirvan, todos os conozcan, todos os amen y se amen entre sí. Á los errados volved al camino, apagad las herejías y convertid á la fe á todos los que aun no tienen conoscimiento de vuestro sancto nombre. Dadnos paz y conservadnos en ella, así como Vos lo queréis y á nosotros conviene. Recread y consolad á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales ó corporales. Finalmente debajo de vuestro fiel amparo encomiendo todas vuestras criaturas, para que á los vivos concedáis gracia, y á los muertos eterno descanso.

Salúdoos, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, Virgen sacratísima María. Salúdoos, olorosísima violeta

de suavidad divina. Salúdoos, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nascer y mamar leche el Rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia. Alcanzadme, Señora mía, de la mano de vuestro Hijo todo aquello que Vos conoscéis ser necesario para mi ánima. Ayudad, piadosa Madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por vuestro favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel grande y postrero trabajo.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía á una voz glorificáis un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente Vos, sancto Ángel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, tened de mí fiel y diligente cuidado. Oh sanctos y sanctas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo, y salidos deste destierro, llegastes al puerto celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merescimientos y oraciones sea yo favorecido agora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACION

para pedir á nuestro Señor su amor.

INCLINADAS las rodillas de mi corazón, prostrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me represento, Dios mío, delante de ti como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente á todos aquéllos que no les cierran las puertas. Aquí me pongo ante ti, como una materia prima desnuda de todas las formas ante Aquél que es acto puro, que da ser y virtud á todas las formas. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo y clementísimo Maestro una masa de barro y un tronco ñudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo criaste. Criásteme para que te amase: dame gracia para que pueda yo hacer aque-

llo para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir un amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, me amenazas si no te amo, y moristes porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que viendo mi desamor ordenaste un bocado de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti, sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Y qué eres tú á mí, sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿porqué no amaré yo á ti, siendo el que eres para comigo?

Pues confiando, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado, y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que me des licencia para que te ose yo amar.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas (así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas) ¿porqué no te amaré yo? ¿Porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas (así como del mar todas las aguas) ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿porqué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la mesma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas (así como en el hombre están las perfecciones de todas las otras criaturas inferiores) ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿porqué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, porque dél recibió el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título déstos falta á ti, Dios mío, porque no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo, muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva á los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el padre que me heciste, y la cabeza que me conservas, y el esposo que das á mi ánima cumplido contentamiento, y el último fin y bienaventuranza para quien dende *ab æterno* me criaste. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recibir: porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor, sino de Aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura (dice Hieremías) olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, si tú eres toda mi gloria y mi esperanza, ¿cómo será posible olvidarme de ti?

Los amores, pues, que deben los hijos á sus padres, y los miembros á sus cabezas, y las esposas á sus esposos, y los efectos á sus causas, júntalos todos, anima mía, en uno, y ofréscelos á este Señor, porque Él te es todas las cosas por muy más excelente manera que ellas te lo pueden ser. Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios: arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras. Mis esclavos sois y

servidores, diputados por mi Señor para mi servicio: no es razón que yo sea adúltera y desleal á tal esposo, y haga traición con los mismos criados que Él diputó para mí.

Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿porqué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, padre mío sancto, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, me eres todos estas cosas, ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? ¡Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío! Ensancha, Señor, mi corazón en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más parezca, y todo sea yo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo á ti, amado, á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas. Y ¿qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable, oh todo dulce, oh todo deleitable! ¡Oh sanctísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo

Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y Vos todo mío? ¿Cuándo, rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh! ¿Si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilación! Date priesa, oh buen Jesú, date priesa: aguija, Señor, aguija, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se arrima, piedra sobre que se funda, y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra: pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti y si no te pusiere yo, Señor, en la delantera de todas mis alegrías. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN DEVOTÍSIMA Á NUESTRA SEÑORA

Oh Virgen gloriosa, bienaventurada, ¿cómo parescerá, Señora, mi oración delante de ti, pues la gracia que merescí por la pasión de mi Redemptor, perdí por la maldad de mi culpa? Mas aunque yo sea tan grande pecador, viendo que mi demanda es justa, osaré rogarte que me oyas. Oh Reina y Señora mía, suplícote ruegues á tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia quiera perdonarme. Y si esto por mi indignidad no meresciere, séame concedido porque no perezca por mi culpa lo que Él crió á su imagen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los sanctos, tú eres espe-

ranza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: los ángeles en el cielo con tu presencia, las ánimas del purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste tu amado Hijo caminar con la cruz á cuestas al lugar de la muerte, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mi maldad lo que Él remedió por su sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste siguiéndolo hasta la cruz, pon siempre en mi pensamiento, porque contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las máculas de mis pecados. Porque ¿cuál pecador osará parecer sin ti ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo? Pues ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido según mis yerros, mas muy pequeña según tus merescimientos. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar, Reina de los ángeles: enmienda mi vida y ordena todas mis obras de tal manera que merezca yo (aunque malo) ser de ti oído con piedad. Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque desta manera los buenos te alaben y los pecadores esperen en ti. Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo Hijo y Redemptor mío Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean manjar de mi corazón. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú, que eres estrella de la mar y guía de los errados, no me alumbras, ¿dónde iré á parar? No me dejes tentar del enemigo: y si me tentare, no me dejes caer, y si cayere, ayúdame á levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías

cuando, después de abajado de la cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, mirando aquella imagen preciosísima, de los ángeles adorada y entonces de los malos escupida, y viendo la extraña crueldad con que pagó la inocencia del justo por la desobediencia del pecador. Contemplo yo, Reina mía, cuál estabas entonces, con los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazón que nadie pudiera sentir en su proprio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que pudieras decir á los que te miraban: Oh vosotros que pasáis por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante á mi dolor, porque por ellas merezca yo ser oído de ti. Hinca, Señora, en mi ánima aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, porque me acuerde que soy tierra, y que al cabo he de volverle lo que della recebí, porque no me engañe la gloria perecedera de este siglo. Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías á mirar el monumento donde tanto bien dejabas encerrado, porque alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver á mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenías otra cosa viva sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas y comiendo el manjar de tus lastimeras contemplaciones: para que llorando las angustias que padeciste en la tierra, merezca ver la gloria que alcanzaste en el cielo en los siglos de los siglos. Amén.

FIN DE LA INTRODUCCIÓN

COMIENZA LA RECOPILACIÓN

DEL

LIBRO DE LA ORACIÓN

Y MEDITACIÓN

DE LOS GRANDES FRUCTOS

Y PROVECHOS DEL EJERCICIO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

CAPÍTULO I.

Porque este breve tratado habla de la oración y meditación, será bien.....

Véase este tratado íntegro en el tomo X, de la página 443 á la 520. Las variantes se anotarán en el tomo XIV.

VITA CHRISTI

EN EL CUAL SE CONTIENEN

LOS PRINCIPALES PASOS Y MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

COMPUESTO POR

EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO

Y AGORA POR ÉL AÑADIDO Y EMENDADO



EN SALAMANCA

EN CASA DE DOMINGO DE PORTONARIJS

Impresor de su Católica Majestad

1 5 7 4

CON PRIVILEGIO

Está tasado á el pliego.

DON Filipe por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Secilias, de Hierusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, Conde de Flandes y de Tirol, &c. Por cuanto por parte de vos Fray Luis de Granada, de la orden de los Predicadores, nos fué fecha relación diciendo que vos habíades añadido y emendado un libro por vos fecho, intitulado Vita Christi é Instrucción y regla de bien vivir, el cual era muy útil y provechoso á la república cristiana, y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para le poder hacer imprimir y vender, ó como la nuestra merced fuese: lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la Premática por nos agora nuevamente fecha dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, y nos tovímoslo por bien, por la cual vos damos licencia y facultad para que por esta vez podáis hacer imprimir el dicho libro de que de suso se hace mención, sin caer ni incurrir en pena alguna: y mandamos que después de impreso no se pueda vender ni venda sin que primero se traiga al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fué visto, que van rubricadas todas las hojas y firmado al fin de Juan Fernández de Herrera, nuestro escribano de Cámara, de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, y se os dé licencia para lo poder vender, con que se tase ante todas cosas en el nuestro Consejo el precio á que se hubiere de vender cada volumen, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la Premática y leyes de nuestros reinos y más de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dada en Madrid á tres días del mes de Mayo de 1574 años.

D. Eps. Segobieñ.—El Licenciado Pedro Gasco.—El Licenciado Contreras.—El Licenciado Rodrigo Vázquez Arze.—El Licenciado Hernando de Chaves.—El Doctor Luis de Molina.—El Doctor Don Iñigo de Cárdenas Zapata.

Yo Juan Fernández de Herrera, escribano de Cámara de su Majestad, la fice escribir por su mandato, con acuerdo de los del su Consejo.

POR orden y comisión de los Señores del Consejo Real de Su Majestad vi y examiné un volumen intitulado Vita Christi, compuesto, añadido y emendado por el Padre Fray Luis de Granada, de la Orden de los Predicadores, é Instrucción y regla de bien vivir, del mesmo autor. Es obra católica, devota y provechosa. Parésceme se debe dar licencia para que se pueda imprimir y todos la puedan gozar. En Madrid á veinte de Abril, 1574 años.—EL DOCTOR HEREDIA.

AL CRISTIANO LECTOR

MUCHAS personas devotas hay, cristiano lector, las cuales de tal manera tienen repartidos y ordenados los ejercicios espirituales de su oración y recogimiento, que no se contentan con meditar solos los misterios de la sagrada pasión de nuestro Salvador, sino añaden también á éstos los otros principales pasos de su vida, y especialmente los de su sancta niñez: y después de acabado este ejercicio, en algunos días, vuelven luego al principio á andar el mismo camino por los mismos pasos: y con este devotísimo círculo gastan toda la vida. Pues para satisfacer á la devoción de éstos, me paresció que como se hizo aquí este breve sumario del Libro de la Oración, así se hiciese otro de los principales misterios de la vida del Salvador (de los cuales tratamos más copiosamente en el Memorial de Vida Cristiana) para que las tales personas tengan en breve recopilado lo que este Señor hizo y padesció por nosotros. Y porque esto se escribe aquí con mucha brevedad, quien lo quisiere ver más á la larga, en otros tractados nuestros lo hallará más copiosamente declarado. Ni se debe nadie maravillar que hagamos tantos potajes de la vida del Salvador. Porque como ella sea el principal pasto y mantenimiento de nuestras ánimas, convenía darlo á comer de muchas maneras, para quitar el hastío y despertar el apetito de los que se han de sustentar con él. Y esto mismo hizo Sant Buenaventura, el cual en sus opúsculos guisa este manjar celestial de muchas maneras, ya en prosa, ya en verso, ya copiosamente, como lo hace en el libro de las Meditaciones de la Vida de Cristo, ya en breve, como en el tractado que intituló Arbol de la Vida del Crucificado. Y con este ejemplo de un tan grande Doctor puedo yo bien excusarme de haber escripto en diversos tractados los mismos misterios de la vida deste Señor, unas veces brevemente y otras más extendidamente: porque en ella hay tanto que notar y que considerar y que ponderar, que aunque

la vida fuese perpetua y toda se gastase en esto, siempre hallaría el corazón devoto nueva materia y motivos nuevos de amor y temor de Dios y de todas las virtudes.

Es este sancto ejercicio universalmente provechoso para todo género de personas, así principiantes como perfectas. Porque éste es el árbol de vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas, las altas para los grandes (que por aquí suben á la contemplación de la bondad, caridad, sabiduría, justicia y misericordia de Dios) y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo y la fealdad de sus pecados, para moverse á dolor y compasión.

Éste es uno de los más proprios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo y seguir al Cordero por doquiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando (según la translación caldea) dijo que los justos y los fieles serían la cinta de las renes de Cristo, y que andarían siempre al derredor dél. Lo cual espiritualmente se hace, cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta dél, ni le pierde de vista, acompañándole en todos sus caminos y meditando en todos los pasos y misterios de su vida sanctísima. Porque verdaderamente no es otra cosa Cristo (para quien tiene sentido espiritual) sino (como dice la Esposa) un suavísimo bálsamo derramado: el cual (en cualquier paso que le miréis) está siempre echando de sí olor de sanctidad, de humildad, de caridad, de devoción, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nasce que así como el que tiene por oficio tratar ó traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo á aquello que trata, así el cristiano que desta manera trata con Cristo, viene por tiempo á oler al mismo Cristo, que es, parescerse con Él en la humildad, en la caridad, en la paciencia, obediencia y en las otras virtudes. En las cuales señaladamente debe poner los ojos el que se ocupa en este sancto ejercicio, aunque no es sólo éste el intento que se ha de tener en él (puesto que sea el más principal) porque otras veces hemos de tener respecto á sacar deste sancto ejercicio motivos de compasión y de agradescimiento deste soberano beneficio, y de amor deste Señor que tanto nos amó, y de aborrecimiento del pecado, pues Él tanto hizo por destruirlo. Éste pues, hermano, sea nuestro estudio, éste nuestro continuo pensamiento y ejercicio,

diciendo con la Esposa en los Cantares: Manojico de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará. En las cuales palabras da á entender la Esposa que su principal cuidado y estudio era revolver siempre en su corazón la mirra amarguísima de los dolores y trabajos que su Esposo dulcísimo padesció por ella, para darle gracias por ellos y encenderse más por esta causa en su divino amor.

De la Anunciación de Nuestra Señora.

Después que se cumplió el tiempo......

Este tratado queda ya impreso en este mismo tomo, de la página 362 á la 395, y de la 405 á la 408, aunque en esta edición de Salamanca (1574) están suprimidos los pasajes siguientes.

En la página 377 se suprime el pasaje que empieza: «Y cuán grandes sean estos deleites...... *y acaba:* en los dolores que por él ha de padescer».

En la pág. 379: «Aquí también tienes...... y debajo de la flor espinoso».

En la pág. 382: «Considera, pues, al Señor...... como á la verdad lo fué».

En la pág. 386: «Mas como era el demonio el que las inventaba...... y las cerimonias de Rey?»

En la pág. 387: «Mira cuán avergonzado estaría allí...... esta tan dolorosa figura».

En la pág. 388: «En este paso puedes considerar...... por las calles públicas con tanta ignominia».

En la pág. 389: «¡Quién me diera, oh buen Jesú...... á cuestas los instrumentos de tu pasión?»

En la misma pág. 389: «Pues ¿qué haría el bendito Señor..... cuando le enclavaron los sagrados pies»,

En la pág. 392, línea última, en lugar de «obsequias» esta edición de Salamanca (1574) tiene «exsequias».

INSTRUCCIÓN

Y

REGLA DE BIEN VIVIR

PARA LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á DIOS

MAYORMENTE EN LAS RELIGIONES

COMPUESTA POR EL R. P. FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANCTO DOMINGO

Y AGORA POR ÉL AÑADIDA Y EMENDADA

Antes que comencemos á tratar de.....

Véase íntegra en este tomo, de la página 91 á la 119.

FIN DEL TOMO XI

TABLA

MANUAL DE DIVERSAS ORACIONES

Y ESPIRITUALES EJERCICIOS

Primera parte: de las consideraciones y oraciones para los que comienzan.

Segunda parte, en la cual se trata de la consideración de los beneficios divinos, y de la vida de Cristo, y de otras cosas semejantes.

INSPRUCCIÓN Y REGLA DE BIEN VIVIR

para los que comienzan á servir á Dios, mayormente en las religiones.

Páginas.

MANUAL DE DIVERSAS ORACIONES

Y ESPIRITUALES EJERCICIOS

Del primer estado.

Ejercicios del segundo estado.

Páginas.

Ejercicios del tercer estado.

INSTITUCIÓN Y REGLA DE BIEN VIVIR

Páginas.

MEMORIAL

TRATADO

DE ALGUNAS MUY DEVOTAS ORACIONES

VITA CHRISTI

TRATADO DE MEDITACIÓN

RECOPILACIÓN

DEL

LIBRO DE LA ORACIÓN

Páginas.

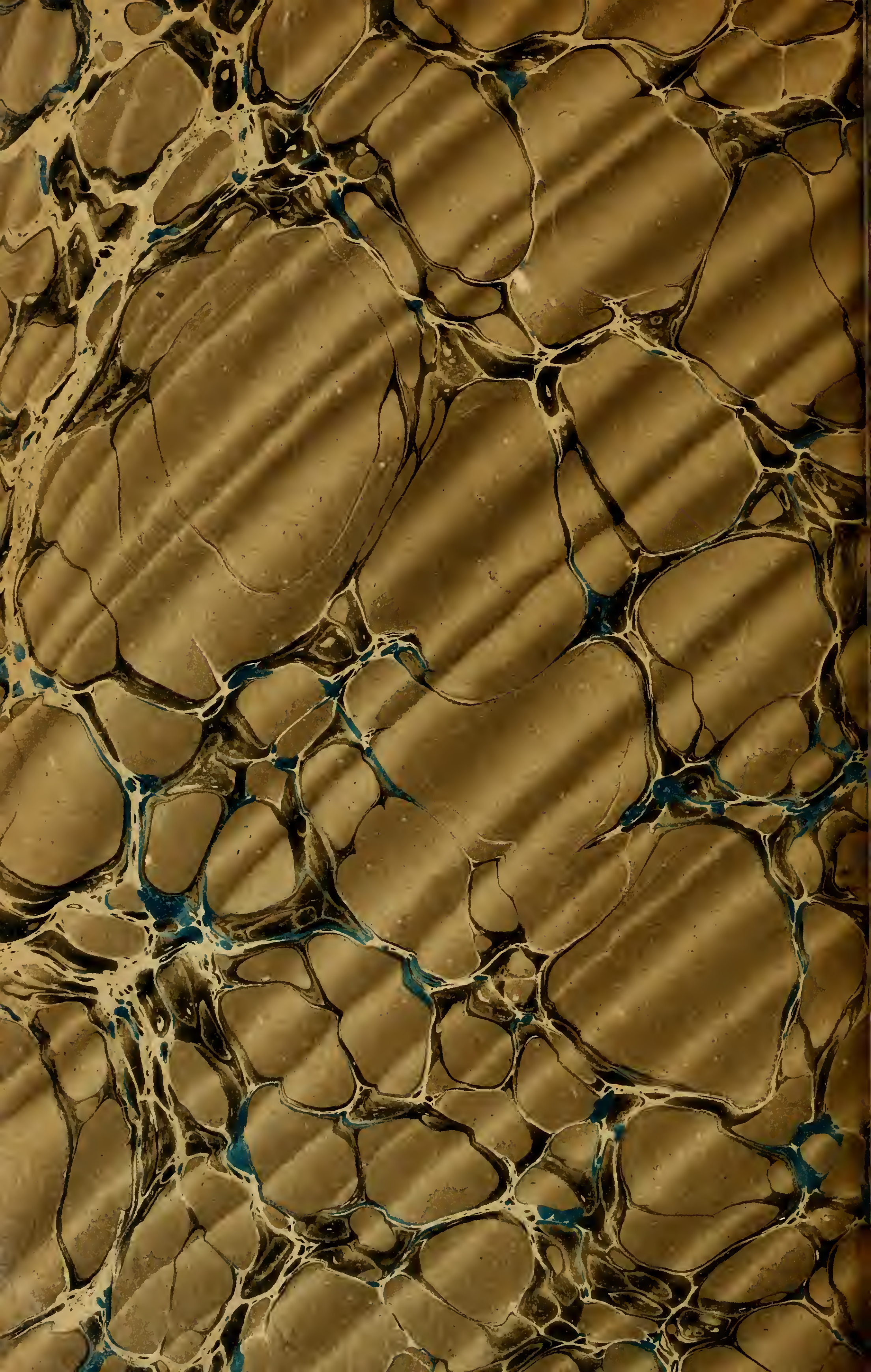
VITA CHRISTI

EN VALLADOLID

EN CASA DE ANDRÉS MARTÍN

1.º DE AGOSTO

1903




BX
2349
L84
1906
v.11
c.1
ROBA

